

The Signs of the Times

**Colección de escritos de Elena G. de White en el
periódico The Signs of the Times**

Volumen 10

6 de junio de 1900 – 4 de enero de 1905

Elena G. de White

Contenido

6 de junio de 1900	9
13 de junio de 1900	12
20 de junio de 1900	15
27 de junio de 1900	18
4 de julio de 1900	20
11 de julio de 1900	23
18 de julio de 1900	27
25 de julio de 1900	29
1 de agosto de 1900	33
1 de agosto de 1900	36
8 de agosto de 1900	37
15 de agosto de 1900	40
22 de agosto de 1900	43
29 de agosto de 1900	46
5 de septiembre de 1900	49
12 de septiembre de 1900	52
19 de septiembre de 1900	55
26 de septiembre de 1900	58
3 de octubre de 1900	61
10 de octubre de 1900	64
17 de octubre de 1900	67
24 de octubre de 1900	70
31 de octubre de 1900	72
7 de noviembre de 1900	76
14 de noviembre de 1900	79
28 de noviembre de 1900	80
12 de diciembre de 1900	81
19 de diciembre de 1900	83

2 de enero de 1901	86
30 de enero de 1901	89
13 de febrero de 1901	91
20 de febrero de 1901	94
20 de marzo de 1901	97
10 de abril de 1901	99
17 de abril de 1901	102
1 de mayo de 1901	106
15 de mayo de 1901	108
22 de mayo de 1901	110
29 de mayo de 1901	112
5 de junio de 1901	115
12 de junio de 1901	119
19 de junio de 1901	121
26 de junio de 1901	124
10 de julio de 1901	126
17 de julio de 1901	128
24 de julio de 1901	131
31 de julio de 1901	133
7 de agosto de 1901	136
14 de agosto de 1901	139
21 de agosto de 1901	141
28 de agosto de 1901	145
4 de septiembre de 1901	147
18 de septiembre de 1901	151
25 de septiembre de 1901	154
2 de octubre de 1901	159
9 de octubre de 1901	161
30 de octubre de 1901	164

6 de noviembre de 1901	167
13 de noviembre de 1901	169
20 de noviembre de 1901	172
4 de diciembre de 1901	175
11 de diciembre de 1901	177
18 de diciembre de 1901	180
25 de diciembre de 1901	182
8 de enero de 1902	185
15 de enero de 1902	188
22 de enero de 1902	191
29 de enero de 1902	193
5 de febrero de 1902.....	196
12 de febrero de 1902.....	198
19 de febrero de 1902.....	200
26 de febrero de 1902.....	204
5 de marzo de 1902	207
19 de marzo de 1902	208
26 de marzo de 1902	211
2 de abril de 1902	214
9 de abril de 1902	216
16 de abril de 1902	219
23 de abril de 1902	222
7 de mayo de 1902	225
14 de mayo de 1902	228
21 de mayo de 1902	232
28 de mayo de 1902	234
4 de junio de 1902	236
18 de junio de 1902	237
25 de junio de 1902	240

2 de julio de 1902	243
9 de julio de 1902	248
16 de julio de 1902	251
23 de julio de 1902	253
30 de julio de 1902	257
6 de agosto de 1902.....	258
13 de agosto de 1902.....	260
20 de agosto de 1902.....	262
27 de agosto de 1902.....	264
3 de septiembre de 1902.....	267
10 de septiembre de 1902.....	269
17 de septiembre de 1902.....	271
24 de septiembre de 1902.....	272
1 de octubre de 1902	275
8 de octubre de 1902	278
29 de octubre de 1902	280
26 de noviembre de 1902	282
3 de diciembre de 1902	284
10 de diciembre de 1902	286
17 de diciembre de 1902	288
7 de enero de 1903	289
14 de enero de 1903	292
28 de enero de 1903	294
4 de febrero de 1903.....	296
18 de febrero de 1903.....	297
11 de marzo de 1903	300
18 de marzo de 1903	301
1 de abril de 1903	303
8 de abril de 1903	305

22 de abril de 1903	306
29 de abril de 1903	308
20 de mayo de 1903	310
27 de mayo de 1903	311
3 de junio de 1903	313
10 de junio de 1903	316
17 de junio de 1903	319
24 de junio de 1903	322
1 de julio de 1903	325
5 de agosto de 1903	329
12 de agosto de 1903	330
19 de agosto de 1903	332
26 de agosto de 1903	334
2 de septiembre de 1903	336
16 de septiembre de 1903	337
30 de septiembre de 1903	339
21 de octubre de 1903	341
28 de octubre de 1903	343
4 de noviembre de 1903	346
11 de noviembre de 1903	348
18 de noviembre de 1903	350
25 de noviembre de 1903	353
9 de diciembre de 1903	355
16 de diciembre de 1903	357
30 de diciembre de 1903	358
6 de enero de 1904	360
13 de enero de 1904	362
20 de enero de 1904	364
3 de febrero de 1904	366

17 de febrero de 1904.....	369
24 de febrero de 1904.....	371
16 de marzo de 1904	373
23 de marzo de 1904	375
30 de marzo de 1904	377
6 de abril de 1904	378
13 de abril de 1904	381
20 de abril de 1904.....	382
27 de abril de 1904	385
11 de mayo de 1904.....	387
18 de mayo de 1904	389
1 de junio de 1904	391
8 de junio de 1904	394
15 de junio de 1904	396
15 de junio de 1904	398
22 de junio de 1904	399
29 de junio de 1904	401
6 de julio de 1904	403
13 de julio de 1904	405
20 de julio de 1904	407
27 de julio de 1904	410
3 de agosto de 1904.....	411
24 de agosto de 1904.....	413
31 de agosto de 1904.....	415
7 de septiembre de 1904.....	417
12 de octubre de 1904	418
2 de noviembre de 1904	420
23 de noviembre de 1904	423
30 de noviembre de 1904	423

30 de noviembre de 1904	426
14 de diciembre de 1904	429
4 de enero de 1905	432

6 de junio de 1900

"Ve, trabaja hoy en mi viña"-No. 2

EGW

Es obra especial de los cristianos ayudar a los que han caído bajo las tentaciones de Satanás. "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús". Los que tienen la mente de Cristo, trabajan en las mismas líneas en que Cristo trabajó. Si ves a un hombre que al ceder a la tentación ha debilitado su poder moral, haz todo lo que puedas para ayudarlo. Que el fuerte sostenga al débil. Ayúdale con palabras que alienten la fe. Con tu influencia procura fortalecer todo rasgo bueno de su carácter.

La desdichada víctima de la intemperancia puede negarse a aprovechar la oportunidad de recuperar su hombría rompiendo con Satanás. ¿Es menos tu deber esforzarte por despertar el alma muerta en delitos y pecados, haciendo todo lo que el esfuerzo humano puede hacer? Recuerda que no estás tratando con un hombre cuerdo, sino con uno que por el momento está bajo el control de un demonio. En el pasado, Satanás ha controlado su mente y ha dirigido sus acciones. Cuando vuelva en sí, cuando ya no esté borracho, haz todo lo que un ser humano puede hacer para demostrarle que eres su amigo. No lo culpes, pues es muy probable que se maldiga a sí mismo; pero ayúdalo a levantarse. Sin alguien que le ayude, volverá una y otra vez sobre el mismo terreno.

El mundo ha fracasado completamente en restaurar la imagen moral de Dios en el hombre. Multitudes han sido seducidas a vender su razón por un vaso de ron; y el mundo mira, sin poder para contrarrestar el mal. ¿Verán los sacerdotes y levitas la ruina que está obrando Satanás sin hacer un esfuerzo, en nombre del Señor Dios de Israel, para levantar un estandarte contra el enemigo? ¿Acaso los que dicen ser hijos e hijas de Dios se sentirán perfectamente libres para disfrutar de las cosas buenas de esta vida, como lo hizo Dives, sin hacer uso de lo que Dios dio para ser usado en el cumplimiento de sus propósitos? ¿Será vana la compasiva ternura del Salvador por los seres desdichados, caídos e indefensos, por falta de canales humanos a través de los cuales pueda comunicar sus tesoros de alimento y vestido y palabras bien dichas?

Cristo está esperando para ejercer su poder en favor de las víctimas destrozadas de la intemperancia; pero pocos, muy pocos, de los que pretenden ser sus hijos han cooperado con Él dirigiendo palabras esperanzadoras a estas almas desanimadas, llevándoles, si es necesario, los dones de una comida sencilla, una

bebida no estimulante y ropa limpia. Miles de personas podrían haberse salvado si los que han actuado como el sacerdote y el levita hubieran hecho el papel del buen samaritano. ¿Quién despertará ahora a las responsabilidades que Dios les ha dado? Un alma rescatada es un alma salvada de las garras de Satanás.

Si se salvan seres pobres y desvalidos, será despertando en ellos el sentido de que no es demasiado tarde para que sean hombres. Los que quisieran hacer el papel del sacerdote y del levita, pueden pasar por el otro lado, diciendo del borracho: Es tiempo perdido para trabajar por tal hombre. Pero Cristo murió por esa alma. ¿Acaso el cuantioso rescate que se pagó por él no tiene importancia? Que cada alma que se crea cristiana se esfuerce con todas sus fuerzas por hacer la obra que Cristo hizo. El Señor usará como Sus instrumentos a aquellos que fielmente actúen su parte.

Recuerda que cada alma que consigas salvar tendrá la vida que mide con la vida de Dios. Aquellos a quienes tratas de ayudar se verán continuamente tentados al mal; pero no por ello dejes de esforzarte. Recuerda la impotencia de estos seres humanos tentados. Sus semejantes cooperan con Satanás en la presentación de sus sobornos. Que todos los que pronuncian el nombre de Cristo se despierten y se esfuercen decididamente por salvar a los pecadores, sabiendo que Jesús, el gran Médico del alma y del cuerpo, es su eficacia.

Hay muchos pobres que se están arruinando. Si las grandes sumas de dinero que ahora se dedican a erigir monumentos a los muertos se utilizaran para ayudar a los millones de hambrientos, famélicos y moribundos que pululan por nuestro mundo, Dios estaría más complacido. ¿No es Él un Dios de vivos? En el juicio se exigirá una estricta rendición de cuentas por cada talento mal empleado. Los que ahora participan en carreras de caballos, partidos de cricket, juegos de azar, están gastando dinero para lo que no es pan. ¿Podrán recibir la bendición: "Bien, buen siervo y fiel; ... entra en el gozo de tu Señor"?

Las ciudades y los pueblos de hoy están fermentados con los principios del mal que prevalecían en tiempos de Cristo. "Como fue en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del hombre. Comían, bebían, se casaban, se daban en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos. Así también fue en los días de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; pero el mismo día que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos. Así sucederá también el día en que se manifieste el Hijo del hombre".

Debemos proclamar la verdad ahora. Somos culpables de un terrible pecado si descuidamos cooperar con Dios en su obra de salvación. Hay trabajo para cada uno. Cuando el pueblo de Dios abra la puerta del corazón a su amor, la luz de su gloria se revelará en su obra, como aún no la hemos visto. A vuestro alrededor, en nuestras ciudades, pueblos y aldeas, hay personas cansadas, agotadas, deprimidas, a quienes Satanás está tentando para que se entreguen a diversiones que allanan el ancho camino que conduce a la ruina y a la muerte. Les está ofreciendo las manzanas de Sodoma, que, cuando las coman, serán como ceniza. ¿Quién tomará sobre sí la carga de estas almas? Con un esfuerzo juicioso se puede llegar a muchos que ahora están encaprichados por placeres que alejan a Cristo del alma. Acerquémonos al propiciatorio, y en el nombre de Cristo reclamemos el poder que ha sido prometido a los colaboradores con Él.

Jesús obrará milagros maravillosos si los hombres hacen su parte. Por sus propias fuerzas, el hombre nunca podrá recuperarse de las garras de Satanás. Sólo mediante la unión con Cristo puede lograrse esta restauración. El hombre debe trabajar, debe orar, debe levantar a los desalentados y desesperanzados con su esfuerzo humano, mientras se aferra al brazo del Poderoso y lucha como Jacob por la victoria. Su clamor debe ser: "No puedo, no te dejaré ir a menos que me bendigas".

¿Cómo era Bunyan antes de su conversión? ¿Quién operó en él el gran cambio? Su vida revela el poder del Médico divino. Estaba muerto en delitos y pecados, pero Cristo lo recreó. Tomó su mente bajo Su control, y le mostró cosas maravillosas, permitiéndole ponerlas en tal forma que fueran el medio de iluminar a muchos en lo que respecta a la guerra cristiana. Bunyan fue redimido de la profanidad y la juerga, Newton del tráfico de esclavos, para proclamar al Salvador levantado. Estos casos muestran el amor de Dios por la humanidad. Nos muestran que el Dios de la naturaleza está por encima de la naturaleza en su profundo e inexpresable amor por el hombre. Por su poder hace que los muertos en delitos y pecados oigan la voz del Hijo de Dios y salgan.

No olvidéis que un Bunyan y un Newton pueden volver a ser redimidos de entre los hombres. En el futuro se obrarán milagros tan maravillosos en las mentes humanas como se han obrado en el pasado. El hombre está muerto, sin Dios y sin esperanza en el mundo. Pero sobre el sepulcro rasgado de José, Cristo proclamó: "Yo soy la resurrección y la vida". No sólo todos los que están en las tumbas oirán Su voz y saldrán, Él es hoy el Restaurador de los muertos en el pecado. Hoy Jesús está obrando sus milagros. El gran Médico está al lado del

obrero fiel, diciendo al alma arrepentida y desanimada: "Hijo, tus pecados te son perdonados."

Sra. E. G. White

13 de junio de 1900

El sacrificio de Cristo por el hombre

EGW

La responsabilidad del hombre

No podemos conocer a Dios y a Jesucristo hasta que escudriñemos las Escrituras. En esta Palabra descubrimos por qué fue necesario que Cristo dejara su alto mando en el cielo, que se separara de la familia angélica, despojándose de su manto real y de su corona real, y revistiendo su divinidad de humanidad. Por nosotros se hizo pobre, para enriquecer con su pobreza a muchos, asegurándoles riquezas eternas. Para obrar en nuestro favor, vino a vivir entre la humanidad caída, en un mundo empañado por el pecado y la miseria.

Adán escuchó la tentación de Satanás. Creyó una mentira, y así deshonró grandemente a Dios. No tenía la menor excusa para transgredir, y su desobediencia cambió su relación con Dios. La ley no puede en ningún caso perdonar al transgresor. Sólo puede condenar al culpable. Adán tuvo que enfrentarse a Dios por su ley quebrantada. Su desobediencia fatal pone de relieve claramente aquello de lo que escribe el apóstol: "Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno los muchos serán constituidos justos".

La felicidad del hombre debe estar siempre custodiada por la ley de Dios. Sólo en la obediencia puede encontrar la verdadera felicidad. La ley es el seto que Dios ha puesto alrededor de su viña. Por ella, los que obedecen están protegidos del mal. En la transgresión, Adán se convirtió en una ley para sí mismo. Por la desobediencia fue sometido a esclavitud. Así entró en la vida del hombre un elemento discordante, nacido del egoísmo. La voluntad del hombre y la voluntad de Dios ya no armonizaban. Adán se había unido a las fuerzas desleales, y la voluntad propia tomó el campo.

En Cristo se presenta la verdadera norma. Él hizo posible que el hombre se uniera de nuevo a Dios. Él vino a tomar la sentencia de muerte para el

transgresor. Ningún precepto de la ley podía ser alterado para satisfacer al hombre en su condición caída; por eso Cristo dio su vida en favor del hombre, para sufrir en su lugar la pena de la desobediencia. Ésta era la única manera en que el hombre podía salvarse, la única manera en que podía demostrarse que es posible que el hombre cumpla la ley. Cristo vino a esta tierra y se paró donde Adán se paró, venciendo donde Adán falló en vencer. Él es hecho para nosotros sabiduría y justicia y santificación y redención.

Pero mientras que la muerte del Hijo de Dios salva a todos los que se arrepienten, dice muerte a los que no reciben a Cristo como Salvador personal. Lo que es vida para el creyente es muerte para el transgresor impenitente. El camino nuevo y vivo es visto y seguido por aquellos que reciben a Cristo como su Redentor. Pero sobre aquellos que se niegan a aceptar Su sacrificio, recae la sentencia de muerte eterna.

"Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.... Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.... así también por la justicia de uno vino a todos los hombres el don gratuito para la justificación de la vida". La caída de Adán en el Jardín del Edén hizo que todos pecaran; pero en el Jardín de Getsemaní Cristo bebió el amargo cáliz del sufrimiento y de la muerte, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna.

Antes de la fundación del mundo, Cristo empenó su palabra de que daría su vida como rescate si el hombre se apartaba de su lealtad a Dios. Reveló su amor humillándose a sí mismo, bajando del cielo para trabajar entre seres humanos caídos, desordenados y sin ley. Por sí mismo, el hombre no podría hacer frente al enemigo. Cristo se ofrece a sí mismo y todo lo que tiene, su gloria, su carácter, al servicio de aquellos que vuelven a su lealtad y guardan la ley de Dios. Esta es su única esperanza. Cristo dice definitivamente, no he venido a destruir la ley. Es una transcripción del carácter de Dios, y vine a cumplir cada una de sus especificaciones. Vine a vindicarla viviéndola en la naturaleza humana, dando un ejemplo de obediencia perfecta.

Cuando Cristo tomó sobre sí esta obra, vio todo lo que traería consigo: su traición (a causa de la envidia, el orgullo y el amor al dinero) por un seguidor declarado, su juicio en el tribunal, la flagelación y la muerte cruel. Había

conducido a los hijos de Israel de la esclavitud egipcia a la tierra de Canaán. Ahora había venido para sacarlos de la esclavitud espiritual y llevarlos a la ciudad de Dios. Pero ellos lo rechazaron y lo entregaron a la muerte. Vino a su viña para recibir el fruto de ella, pero los que deberían haberle acogido, dijeron: "Este es el Heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su heredad."

Mirando hacia el futuro, Cristo vio el retorno que se haría por Su amor. Se vio a Sí mismo condenado a sufrir el castigo que sólo se inflige a los más profundamente hundidos en el crimen. Se vio a Sí mismo, en Su humillación, colgando de la cruz, mientras los sacerdotes y los gobernantes miraban con exultación, diciendo en burla: "Salvó a otros; a sí mismo no puede salvarse. Si es el Rey de Israel, que baje ahora de la cruz, y le creeremos".

Cristo miró hacia abajo a través de las edades, y vio Su humillación llevada a cada generación sucesiva. Oyó el falso testimonio de que murió para abrogar la ley. Vio que para las multitudes este error sería más agradable que la verdad. La mente carnal "no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede". Vio que la mente natural, fiel a la enemistad de su carácter, representaba diariamente de nuevo las escenas del Calvario, hasta el fin de la historia de esta tierra. Vio que algunos mostrarían indiferencia y desprecio hacia la ley de Dios, mientras que otros irían más lejos en su odio hacia ella, derribando sus preceptos con sus falsedades e ingeniosos argumentos. Vio que la ley sería pisoteada y deshonrada hasta que Dios se levantaría para castigar a los habitantes de la tierra.

Sabiendo todo esto, Cristo cargó con la pena de la transgresión. Fue crucificado y sepultado, pero rompió los grilletes de la tumba, y sobre el sepulcro rasgado de José proclamó: "Yo soy la resurrección y la vida." Estaba en posesión del gran don de la vida eterna, y dio dones a los hombres. Envió su mensaje de misericordia y perdón a todos los que quisieran recibirle como Redentor del mundo. "A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios". Él ha pagado el precio por cada hijo e hija de Adán, y es abundantemente capaz de salvar a todos los que lo aceptan como el Portador del Pecado.

Sra. E. G. White

20 de junio de 1900

El lado bueno y el lado malo

EGW

Hay un lado correcto y un lado equivocado. Que cada uno se pregunte: ¿De qué lado estoy? Los que no eligen el lado de Cristo se colocan bajo el estandarte de las tinieblas, con el gran apóstata, que en el cielo se negó a obedecer a Dios, y que en el Jardín del Edén engañó a la santa pareja, y abrió las compuertas del infortunio sobre nuestro mundo.

Del lado de la obediencia está Cristo, haciendo a todos la invitación: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". "Esforzaos [agonizaos] a entrar por la puerta estrecha; porque os digo que muchos procurarán entrar"-con todos sus tesoros mundanos-"y no podrán". "Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la encuentran."

De todas las maneras posibles Satanás trata de hacer atractivo el camino ancho y penoso, humillante y objetable el camino angosto. Traza planes ingeniosos para inducir a hombres y mujeres a satisfacer el apetito. Los placeres baratos e insatisfactorios se hacen todos y en todos en esta época; porque sobre estos placeres Satanás ha echado un espejismo, y los hombres y las mujeres permiten que ocupen el lugar de las cosas eternas. Hay muchos que, como Esaú, venden su primogenitura por la complacencia propia. El placer mundano les parece más deseable que la primogenitura celestial.

Debemos salir del mundo y estar separados, y nuestras obras deben estar de acuerdo con las obras de Cristo. Él declara: "Yo he guardado los mandamientos de mi Padre". ¿Estamos de su lado, obedeciendo los mandamientos de Dios, o del lado de Satanás, guerreando contra la ley de Dios. "Como el Padre me ha amado". Cristo dice: "Yo también os he amado; permaneced en mi amor". ¿Cómo podemos continuar en el amor de Cristo? ¿Desobedeciendo la ley de Dios? No, no. Mostrando al mundo que elegimos estar entre el pueblo leal de Dios. "Este es el amor de Dios, que guardemos sus mandamientos". Este amor es más que un impulso, una emoción. Es un principio vivo, activo, que funciona. No se guía por los sentimientos, sino por la voluntad. En él está comprendida la

severa resolución de una mente sometida y suavizada, que se aferra a la fuerza del Infinito, diciendo: Te serviré hasta la muerte.

"Si permanecéis en Mí, y Mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis, y os será hecho. En esto es glorificado mi Padre, en que lleváis mucho fruto; así seréis mis discípulos". Todos los que son verdaderos y leales a Dios darán fruto, no el fruto de la transgresión, sino el fruto de una obediencia alegre y voluntaria. Están llenos de gratitud por no ser contados entre los que han escogido la puerta ancha y el camino ancho como más convenientes que el camino trazado para que caminen los rescatados del Señor.

El pecado es la transgresión de la ley. Aquellos que continúan en el pecado, a pesar del hecho de que la luz ha venido a mostrarles lo que es el pecado, aquellos que se niegan a levantar la cruz porque hacerlo posiblemente limitaría sus perspectivas de ganancia mundana, se encontrarán con una gran pérdida. Demuestran que no eligen participar de la vida de abnegación y sacrificio de Cristo, y perderán la vida eterna. "¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?".

Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento exaltan la ley de Dios, y aquellos que reverentemente estudian las Escrituras por sí mismos, dejando de lado todas las opiniones preconcebidas enseñadas por la sabiduría humana, no serán dejados en la oscuridad del error. Pero muchos, en lugar de levantar la cruz, ponen su propia interpretación sobre un simple "Así dice el Señor", y arrastran las Escrituras en la dirección de sus propias suposiciones. Son líderes ciegos de ciegos, y tanto ellos como aquellos a quienes guían deben caer en la zanja.

Cuando Cristo estuvo en la tierra, la gran masa del pueblo le habría aceptado si no hubiera sido porque tenían miedo de lo que pudieran hacer los escribas y fariseos. Estos dirigentes, sentados en la cátedra de Moisés, pretendiendo conocer a Dios, vieron que Cristo estaba desviando de ellos la atención del pueblo. Determinaron oponerse a Su obra, y, una vez iniciados en el camino de la oposición, ninguna evidencia tuvo peso para ellos. Negaron las maravillosas obras que Cristo había realizado. Las palabras de gracia que salían de sus labios eran tergiversadas y mal interpretadas. Los sacerdotes y los gobernantes consideraron que el regocijo manifestado por sus obras de compasión y curación era un desaire personal para ellos mismos. Los llamamientos que Cristo hizo, llamamientos que estaban cargados de amor, los argumentos concluyentes que presentó, sólo encendieron fuegos de odio en corazones que, una vez condenados, habían rechazado la luz. Cristo vino a los suyos, pero los suyos no

le recibieron. Tuvo que abandonar Judea para conservar su vida hasta la plenitud de los tiempos. "Después de estas cosas", leemos, "Jesús anduvo en Galilea; porque no quería andar en Judea, porque los judíos procuraban matarle". Así actuarán todos los que decidan permanecer del lado de la rebelión.

Altos y santos deben ser los propósitos de todo aquel que obtenga el carácter que todos deben obtener para ganar la corona de la vida eterna. Dios es serio con nosotros. No podemos jugar a los propósitos sueltos con Él. En Su servicio Él requiere todo el ser, corazón, mente, alma y fuerza. Cristo ha hecho todas las provisiones para que los hombres y las mujeres puedan obtener la salvación; pero, a pesar de la luz que brilla sobre ellos, que conduce a la puerta estrecha y al camino angosto, muchos eligen el camino ancho. ¿Qué camino estamos recorriendo? Podemos llevar con nosotros al camino ancho todas nuestras malas tendencias, nuestra bajeza de carácter, nuestros asociados en el mal. Podemos elegir escuchar las palabras de estos compañeros y reírnos de su ingenio; pero al hacerlo descenderemos más y más en la escala, y al final se pronunciarán las palabras: "Cortad el árbol infructuoso. ¿Por qué se acumula en el suelo?"

No supongas que puedes unirte a los amantes de la diversión, de la alegría y del placer, y al mismo tiempo resistir la tentación. Al tratar de servir a dos amos, te echas a perder completamente para ambos. No serás ni un mundano exitoso ni un cristiano exitoso. Tu Redentor ha dicho, y Sus labios nunca hicieron una declaración falsa: "No podéis servir a Dios y a las riquezas". Entonces, ¿por qué no hacer lo único seguro: seguir el camino que sabes que es correcto, sin importar las consecuencias?

Los habitantes de los mundos no caídos y de las cortes celestiales observan con intenso interés el conflicto entre el bien y el mal. Se regocijan cuando las sutilezas de Satanás son una tras otra discernidas y enfrentadas, "Escrito está", como Cristo las enfrentó en su conflicto con el astuto enemigo. Cada victoria obtenida es una gema en la corona de la vida. Y en el día de la victoria final todo el universo celestial triunfará. Las arpas de los ángeles emitirán música celestial, acompañando la música de sus voces, mientras cantan: "Alégrate y regocíjate de todo corazón, hija de Jerusalén. El Señor ha quitado tus juicios, ha expulsado a tu enemigo; el Rey de Israel, el Señor, está en medio de ti; no verás más el mal. En aquel tiempo se dirá a Jerusalén: No temas; y a Sión: No aflojen tus manos. El Señor tu Dios en medio de ti es poderoso; Él salvará, se alegrará por ti con gozo; descansará en su amor; se regocijará por ti con cánticos."

Sra. E. G. White

27 de junio de 1900

La esperanza del pecador

EGW

Cuando esta tierra fue creada por Cristo, era santa y hermosa. Dios la declaró "muy buena". Cada flor, cada arbusto, cada árbol, respondía al propósito de su Creador. Todo aquello sobre lo que se posaba la vista era hermoso y llenaba la mente de pensamientos de amor hacia el Creador. Cada sonido era música, en perfecta armonía con la voz de Dios.

Pero ha llegado un cambio. El pecado ha traído la decadencia, la deformidad, la muerte. Hoy, el mundo entero está contaminado, corrompido, afectado por una enfermedad mortal. La tierra gime bajo la continua transgresión de sus habitantes.

Los seres humanos han degenerado. Uno tras otro caen bajo la maldición, porque el pecado ha entrado en el mundo, y la muerte por el pecado. La verdad no se hace preciosa por la práctica. No santifica el alma. Se desvanece de la mente porque el corazón no aprecia su valor. En consecuencia, la mente se oscurece cada vez más por la atmósfera, que es maligna a causa de la perpetuación del pecado de Adán. La conciencia ha perdido su sensibilidad. Por la repetición del pecado, la impresión hecha en la conciencia por el pecado ya no tiene fuerza suficiente para detener al transgresor, enfermo, depravado y moribundo. La voz ya no hace eco de la voz de Dios, ni da expresión a la música de un alma santificada por la verdad. El corazón, en el que Dios debería estar entronizado, es un lugar del que salen toda clase de abominaciones. ¡Cómo se ha oscurecido el oro fino! El hombre ha perdido el reflejo del carácter de Dios.

Esta calamidad es casi universal. No hay lugar en la tierra donde no se vea el rastro de la serpiente y se sienta su venenoso aguijón. Toda la tierra está contaminada. La maldición aumenta a medida que aumenta la transgresión. La tierra se prepara para la purificación por el fuego.

Satanás ha descendido con gran poder para obrar con los hijos de los hombres. Sus sentidos son pervertidos por sus ardides. Encanta la visión que les presenta, cubriendo la transgresión con un gran atractivo. Como tentó a Adán y Eva, diciendo: "Seréis como dioses, hechos sabios por haber comido del fruto que Dios os prohibió", así tienta a los hombres y mujeres de hoy.

Pero se ha puesto una esperanza ante cada pecador. En el instante en que Adán cedió a la tentación de Satanás, e hizo lo que Dios había dicho que no debía hacer, Cristo, el Hijo de Dios, se interpuso entre los vivos y los muertos, diciendo: "Que el castigo caiga sobre Mí. Yo me pondré en lugar del hombre. Dadle otra prueba". La transgresión puso al mundo entero bajo la sentencia de muerte. Pero en el cielo se oyó una voz que decía: "He encontrado un rescate". El que no conoció pecado fue hecho pecado por el hombre caído. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". Cristo se despojó de su manto real y de su corona real, y renunció a su mando sobre todo el cielo. Revistió su divinidad de humanidad, para poder soportar todas las debilidades y todas las tentaciones de la humanidad. Fue Varón de dolores y experimentado en quebranto. Herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. El castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por sus llagas fuimos nosotros curados. Por nosotros se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza. Por nosotros dejó la adoración de los ángeles por los insultos y las execraciones de una turba azotada hasta la locura por los sacerdotes y los gobernantes.

Las palabras del primer capítulo de Juan están llenas de significado: "Aquél era la Luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene al mundo. En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho, y el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.... El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.... lleno de gracia y de verdad.... Y de su plenitud tomamos todos, y gracia por gracia".

Todo lo que Dios podía hacer se ha hecho para salvar a los pecadores. El Salvador invita a todos: "Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Pero aquellos que rehúsan llevar el yugo de Cristo, que no quieren aprender del gran Maestro, no pueden recibir la protección de Dios. Si se empeñan en andar por el camino de la desobediencia, Satanás ejercerá sobre ellos su poder, después de engañar, para destruir. Podemos elegir el camino de Dios, y vivir; podemos elegir nuestro propio camino, y saber que el pecado ha entrado en el mundo, y la muerte por el pecado.

Cristo es la luz verdadera. ¿Brillará esta luz en las tinieblas sin que las tinieblas la comprendan? La Palabra de Dios viene a nosotros como una cura para almas

y cuerpos enfermos. Es vida para los que están muertos en delitos y pecados. El que no conoció pecado, por nosotros fue hecho pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él. Sobre Él fueron cargadas las iniquidades de todos nosotros. Vive para ser nuestro Abogado. No hizo nada digno de muerte, y sin embargo murió. Y si oímos las alegres palabras: "Bien, buen siervo y fiel; ... entra en el gozo de tu Señor", no habremos hecho nada digno de la vida. Jesús, el sin pecado, murió sin haber hecho nada que mereciera la muerte. El pecador se salva sin haber hecho nada digno de salvación. No tiene ningún mérito. Pero, vestido con el manto inmaculado de la justicia de Cristo, es aceptado por Dios. El camino vivo ha sido abierto. La vida y la inmortalidad han sido compradas por Cristo. Mediante la obediencia a los mandamientos de Dios, los pecadores pueden encontrar perdón y paz.

Sra. E. G. White

4 de julio de 1900

La necesidad de un trabajo como el de Cristo

EGW

Nos incumbe la solemne responsabilidad de conocer a Dios y a Jesucristo. Cuán grande es esta responsabilidad, lo demuestra la oración ofrecida por Cristo pocas horas antes de Su traición. "Esta es la vida eterna", dijo, "que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado".

Cristo vino a corregir los males existentes. Vino a ajustar las pretensiones de Dios sobre el hombre. Él ve el egoísmo de los seres humanos. Ve que el mundo está absorbido por los negocios y las diversiones. Él ve la intensidad de los esfuerzos realizados para obtener tesoros terrenales. Ve que se olvida a Dios.

Dios ha confiado sus bienes a los hombres, para que hagan progresar su obra en el mundo. Les pide que utilicen los dones que les han confiado para socorrer a sus hijos sufrientes, que imploran misericordia y alivio. Pero se hace caso omiso de Sus exigencias claramente expresadas. Los hombres no pueden permitirse devolver al Señor lo que es suyo. Sin embargo, millones y millones de dólares se gastan en destilerías, donde se fabrica el licor que arruina las almas y los cuerpos de los hombres. Esta agencia destructora de la vida y enloquecedora es distribuida por naciones profesamente cristianas.

¿Cuántos en nuestro mundo reconocen a Dios como dueño del dinero que manejan? Lo gastan para complacerse a sí mismos, para gratificaciones egoístas. Pero ante el tribunal de Dios deben dar cuenta de la forma en que han gastado ese dinero. Aquí deben rendir cuentas de su negligencia para con el huérfano y la viuda. ¡Qué terrible cuenta tendrán que rendir los vendedores de licor en el gran día de Dios! En los libros del cielo se lleva un registro de cada vaso tentador que el hombre tiende a su prójimo, para forjar las cadenas de un apetito que lo enloquece. En el juicio, el dinero y las influencias que podrían haberse utilizado para aliviar a los seres humanos que sufren, serán cargados contra aquellos que podrían haber ayudado en esta obra, pero no lo hicieron. Dios pagará a cada uno según su obra.

Muchos de los oficiales a cargo de vapores y otros buques se ponen bajo el control de Satanás bebiendo licor. La continuación de esta indulgencia destruye el poder nervioso del cerebro, y se vuelven incapaces de hacer su trabajo. No sabemos cuántas veces ha intervenido Dios para salvar de la destrucción a toda la tripulación de un barco, porque había a bordo algunos que le amaban y le temían. Por ellos ha obrado maravillosamente. Pero llega un momento en que se pasa la línea de la tolerancia. La misericordia desciende de su trono de oro y, plegando sus alas, se marcha. Entonces se le permite al enemigo hacer lo que anhela hacer. Un día se verá que muchas de las terribles calamidades que ocurren por tierra y por mar han sido causadas por el consumo de licor.

Quien vive para la autocomplacencia es incapaz de distinguir entre el bien y el mal. Su apetito es su dios. Adora a su estómago. Vive para comer, en lugar de comer para vivir. Esto significa autodestrucción. Así, los seres hechos a imagen de Dios se hunden cada vez más. Su fuerza física, mental y espiritual se destruye.

Satanás tiene al mundo bajo su control. Cristo vino en carne humana para dar a la raza otra prueba. Vino para elevar y ennoblecer a hombres y mujeres. Pero el poder del Evangelio es contrarrestado por el curso que siguen los que profesan ser cristianos. ¡Qué poco hacen los maestros religiosos para elevar el estandarte de la templanza! Hay muchos ministros que temen dar un testimonio decidido sobre la temperancia, porque saben que esto afectaría su salario. Los miembros de sus iglesias se entregan a la bebida alcohólica y no quieren que se diga nada sobre este mal. Están dispuestos a que sus nombres se inscriban como miembros de la iglesia, pero no están dispuestos a vivir una religión que implica una cruz.

Gran parte de la predicación de la época actual tiene el carácter de adormecer espiritualmente a la gente. La doctrina del milenio es una poción calmante para el pecador que no desea dejar de pecar. Y Satanás se complace más con la ayuda que le dan los pastores del rebaño cuando presentan la verdad mezclada con el error, que con la ayuda que le da el incrédulo más audaz.

Todos los seres humanos viven en libertad condicional, y o bien están trabajando en su propio bien eterno o en su ruina eterna. Satanás trata continuamente de apartarlos de Dios. Les presenta una escena de excitación tras otra: carreras de caballos, partidos de fútbol, contiendas pugilísticas. Alrededor de estas escenas se reúnen miles de espectadores, ávidos de emociones, ansiosos de ver al hombre obtener lo mejor de su prójimo. Como en los días de Noé, justo antes de la destrucción del mundo por un diluvio, así será antes de la venida del Hijo de Dios.

Dios ve la pecaminosidad de este mundo. Ve que los hombres han olvidado la eternidad. Ve que la excitación los está enloqueciendo; que son incitados a hacerse violencia unos a otros, mientras la multitud, entre la cual hay cristianos profesos, se queda parada y aplaude. "¿No he de juzgar por estas cosas?" pregunta.

El pecado es la transgresión de la ley, y sin embargo en esta época, cuando Dios está a punto de cerrar los registros para la eternidad, los hombres se atreven a decir que su ley ha sido abrogada. Extraña afirmación, en verdad, cuando Cristo declaró que no había venido a destruir la ley ni los profetas, y que el cielo y la tierra pasarían antes que una jota o una tilde pasara de la ley. Y con su vida demostró que es posible que el hombre cumpla la ley. No hay nada en las Escrituras que lleve al hombre a suponer que puede quebrantar la ley y quedar libre de culpa. Los cielos sobre nosotros permanecen para testificar de los reclamos obligatorios de la ley de Dios.

Dios ha escogido a hombres y mujeres como instrumentos a través de los cuales trabajar para contrarrestar los males de nuestro mundo. Él pedirá cuentas a aquellos a quienes se les ha dado una gran luz y, sin embargo, dedican su tiempo y sus medios a servirse a sí mismos, mientras miles de personas perecen por falta de ayuda. Él está a punto de pasar por aquellos que se niegan a tomar el trabajo que debe hacerse. De los que rehúsan tomar la cruz y negarse a sí mismos, el Señor dice: "No gustarán de mi cena. Tomaré hombres analfabetos y oscuros, y por Mi Espíritu moveré sobre ellos para llevar a cabo Mis propósitos en la obra de salvar almas. El último mensaje de misericordia será

dado al mundo, pero no por los consejos de los supuestos sabios, que recibieron Mi comisión, pero no hicieron Mi obra. La obra será realizada, no por la elocuencia de los sabios, sino por un pueblo que Me ama y Me teme. No por la fuerza, ni por el poder, sino por Mi Espíritu obraré".

Si Jesús fuera la suma y la sustancia de cada discurso, los pecadores se convertirían. Por el mensaje transmitido sabrían lo que deben hacer para ser salvos. Levántenlo a Él, el Hombre del Calvario, más alto y aún más alto. El que se acerca a Cristo no necesita tratar de brillar. Al contemplar al Salvador, capta los divinos rayos de luz del Sol de Justicia, y no puede evitar brillar. La luz que hay en él resplandece en rayos claros y brillantes, en palabras y obras de rectitud. La gracia de Cristo mora ricamente en él, y la luz del cielo brilla a través de él. Honra a Cristo con una obediencia completa. Es estimulado a una acción más vigorosa en la causa de Dios a medida que imparte lo que el Señor le da. Es un portador de luz en el mundo, que ilumina a los que están en tinieblas. Camina junto a Cristo, conversando con Él y recogiendo principios divinos de Su Palabra. Anda haciendo el bien, consolando a los abatidos, guiando los pasos errantes por el camino angosto, endulzando el cáliz de amargura que muchos beben como resultado de su propio proceder, velando por los que necesitan la guía de una mano firme y firme que los conduzca a los pies del Maestro, ayudando a todos aquellos con los que entra en contacto a pelear varonilmente las batallas del Señor.

11 de julio de 1900

"Sé fuerte en el Señor"

EGW

Nadie tiene nada más allá de lo que Dios le da. Todo lo que tenemos, tiempo, capacidad, fuerza, ha sido comprado con un precio costoso. Un rescate, que incluye a cada hijo e hija de Adán, ha sido pagado por la raza humana. La preciosa sangre de Cristo ha sido derramada para redimir al hombre de la terrenalidad, de la inmundicia espiritual y física. Este es el pacto que Dios ha hecho con su pueblo. Ellos han de ser Sus elegidos. Los que verdaderamente reciben a Cristo no cederán a ninguna pretensión, ni siquiera por un momento, que fortalezca los poderes hostiles a la justicia y la verdad. Se ponen el yugo de Cristo, dedicándose sin reservas al Salvador para siempre. Se comprometen a obedecer los mandamientos de Dios, aunque todos los demás miembros de la familia humana se vuelvan desleales.

El que recibe a Cristo por la fe es miembro de la familia real, hijo del Rey celestial, heredero de Dios y coheredero con Cristo. Su suerte forma parte de la cruz de Cristo. Está ligado a Cristo para la vida y para la muerte en el gran plan de la redención. La plena y total renuncia a sí mismo que apareció en Cristo aparece en él. Muestra la mansedumbre de Cristo, pronunciando palabras amables y compasivas, palabras llenas de consuelo, esperanza y amor. Está lleno de solicitud por las almas humanas. Su consigna es: "Vivo yo, pero no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí". Está dispuesto a hacer cualquier sacrificio para atraer a las almas perdidas y peregrinas a la cruz del Calvario.

Una iglesia separada y distinta del mundo es, en la estimación del cielo, el objeto de mayor valor en todo el mundo. Los miembros se comprometen a consagrar su servicio a un solo Maestro, Jesucristo. Deben demostrar que han elegido a Cristo como su Líder. En las Escrituras se representa a los miembros de la Iglesia de Dios como luchando, laborando, trabajando, peleando la buena batalla de la fe y orando en la fe, siempre listos para desenvainar la espada del Espíritu.

La bendición de la gracia es dada a los hombres para que el universo celestial y el mundo caído puedan ver, como no podrían ver de otra manera, la perfección del carácter de Cristo. El gran Maestro vino a nuestro mundo para mostrar a los hombres y mujeres cómo vivir para que en el gran día de Dios se les pueda decir: "Estáis completos en Él". Debemos ser fuertes en el Señor y en el poder de Su fuerza. Cuando sentimos que somos fuertes en nuestras propias fuerzas, entonces viene la derrota. Confiando en Dios seremos victoriosos. La entera confianza en Dios trae el éxito y la victoria. El Señor Jehová es nuestra fuerza y nuestro escudo.

Hay que dar la verdad a los que están dispuestos a perecer. Llama la atención de la gente sobre los signos de los tiempos. Hay guerras y rumores de guerras. Se levantan naciones contra naciones. El egoísmo y la codicia conducen a la violencia, al crimen y a todo tipo de maldad. La nación está observando a la nación, para ver si no hay alguna ventaja que ganar. Una concesión hecha por una nación a otra sólo abre el camino para que se pida otra concesión. Los actos presuntuosos y atrevidos de ambición impía, hechos para ganar poder robando a otros, muestran que los hombres no se dan cuenta de que los que toman la espada perecerán con la espada."

Los signos de la venida de Cristo se están cumpliendo. El tiempo es precioso, demasiado precioso para desperdiciarlo. Dios necesita hombres que den el

mensaje de advertencia. Necesita hombres que vendan y den limosna, para que la obra de advertir al mundo no se vea obstaculizada. La guerra agresiva debe llevarse adelante con firmeza y determinación; porque Satanás ha descendido con gran poder para obrar con todo engaño de iniquidad en los que se pierden.

Los cristianos deben revelar los atributos de Cristo, perseverando firmemente en la obra que Dios les ha encomendado. A los que hacen este trabajo con fidelidad, se les encarga a los ángeles que les den una visión más amplia del carácter y la obra de Cristo y de su poder, gracia y amor. Así llegan a ser partícipes de su imagen, y día tras día crecen hasta alcanzar la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo. Es privilegio de los hijos de Dios tener una comprensión cada vez mayor de la verdad, para que puedan llevar el amor a Dios y al cielo a su trabajo, y atraer de los demás alabanza y acción de gracias a Dios por la riqueza de su gracia.

El Señor es serio con nosotros. Sus promesas nos son dadas a condición de que cumplamos fielmente Su voluntad. El dijo a Salomón: "En cuanto a ti, si anduvieres delante de mí como anduvo David tu padre, e hicieres conforme a todas las cosas que te he mandado, y guardares mis estatutos y mis decretos, yo afirmaré el trono de tu reino, como concerté con David tu padre, diciendo: No te faltará varón que gobierne en Israel. Pero si os apartareis y dejareis mis estatutos y mis mandamientos que he puesto delante de vosotros, y fuereis y sirviereis a dioses ajenos, y los adorareis, entonces los arrancaré de raíz de mi tierra que les he dado; y esta casa que he santificado a mi nombre, la arrojaré de mi presencia, y la pondré por proverbio y fábula entre todas las naciones."

El gobierno de Dios es un gobierno de responsabilidad personal. Nadie puede hacer el trabajo de su vecino. Nadie será excusado por descuidar su propio trabajo porque su amigo o vecino ha fallado en hacer el trabajo que el Señor ha señalado. Cada uno será llamado a dar cuenta individualmente de la manera en que ha realizado la obra de dar el mensaje de advertencia al mundo. A la mano del siervo infiel Dios exigirá la sangre de aquellos que podrían haberse salvado si hubiera cumplido fielmente con su deber.

Pablo resume su instrucción a los Efesios diciendo: "Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor", no en vosotros mismos, "y en el poder de su fuerza", no en la confianza en vosotros mismos y la autosuficiencia. "Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra

principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.

"Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo,"-habiendo obedecido la instrucción dada por el Señor,-"estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz". Que la paz de Cristo reine en el corazón y se exprese en palabras y obras de alabanza y acción de gracias. Las palabras y las obras semejantes a las de Cristo son los frutos que el Salvador ama ver en sus seguidores. No hay excusa para la escasez en el alma. La paz de Cristo, que sobrepasa todo entendimiento, es provista para todos.

"Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con el cual podréis apagar todos los dardos de fuego del maligno". Satanás está cerca, con el propósito de impedir que las almas obtengan los logros espirituales que puedan recibir. La confianza en Dios, el ejercicio constante de la fe, apagarán sus dardos de fuego.

"Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu"-que os presenta el Capitán del ejército del Señor-"que es la Palabra de Dios".

Tenemos motivos para seguir agradecidos a Dios porque nos ha dejado un ejemplo perfecto. Todo cristiano debe esforzarse por seguir las huellas del Salvador. Debemos dar gracias a Dios por habernos dado un Ayudador tan poderoso, una salvaguardia contra toda especie de impropiedad en pensamiento, palabra u obra.

Dios está listo para proveer a sus hijos de luz, gracia y poder. Cada soldado en el ejército del Señor debe permanecer firme en la fe, obrando su propia salvación con temor y temblor, sabiendo que Dios está obrando con él y por él. Los soldados de Dios deben estar siempre listos con la palabra: "Está escrito". Cuando son atacados por el enemigo, no deben usar palabras de sabiduría humana, sino palabras de sabiduría divina, manteniendo los ojos fijos en el Salvador. Mientras trabajan para hacer retroceder a los poderes de las tinieblas, han de orar siempre, "con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos."

La única seguridad contra la caída en el pecado es mantenernos constantemente bajo la influencia moldeadora del Espíritu Santo, trabajando al mismo tiempo activamente en la causa de la verdad y la santidad, cumpliendo con cada deber dado por Dios, pero sin tomar ninguna carga que Dios no haya puesto sobre

nosotros. Los cristianos deben permanecer firmes bajo la bandera de Cristo, peleando la buena batalla de la fe con perseverancia y éxito, confiando no en su propia sabiduría, sino en la sabiduría de Dios, sin olvidar nunca que tienen un Líder que nunca ha sido ni puede ser vencido por el mal.

Sra. E. G. White

18 de julio de 1900

"Mis testigos"-Nº 1

EGW

Y recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Pero al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos: La mies a la verdad es mucha, mas los obreros pocos; rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies."

En su obra, Cristo se encontró con quienes anhelaban un camino mejor, con quienes tenían hambre y sed del pan de vida y del agua de la salvación. El mundo estaba en tinieblas, lleno de pecado y de dolor; sin duda se necesitaba la luz del cielo. El Redentor vio que había llegado el momento de apartar a los hombres para que salieran a trabajar por el pueblo. Sabía que los que iban a hacer esta obra debían obtener una experiencia individual mientras Él estuviera todavía con ellos para instruirlos y corregir cualquier error que pudieran revelar en su manera de trabajar.

El Salvador llamó a los doce discípulos que desde el comienzo de su ministerio público habían estado con Él, escuchando sus palabras de instrucción y advertencia, siendo testigos de sus obras de misericordia y compasión. Con solemne temor reverencial, los discípulos acudieron a recibir su encargo, a ser honrados con el nombramiento de obreros junto con su Señor y Maestro. Iban a ser imbuidos del Espíritu de Cristo. Esto los capacitaría para participar en la gran y solemne obra de llevar a los hombres el mensaje de salvación. Debían trabajar como Cristo trabajaba, brillar como luces en medio de las tinieblas morales que habían envuelto al mundo.

¡Contemplad la conmovedora escena! Contemplad a la Majestad del cielo, al Rey de gloria, rodeado de los doce que había elegido, no hombres instruidos en

las escuelas de los rabinos, sino hombres que habían aprendido del Maestro más grande que el mundo había conocido jamás, hombres sencillos, humildes, de corazón sincero, que necesitaban ser instruidos en la paciencia y la ternura a fin de ser aptos para la confianza que se les había depositado.

Cristo está a punto de ordenar a sus discípulos para su obra. Por medio de estas débiles agencias, a través de Su Palabra y Espíritu, Él se propone poner la salvación al alcance de todos.

Dios y los santos ángeles contemplaron esta escena con interés y con gran alegría. El Padre sabía que de estos hombres resplandecería la luz divina, que las palabras pronunciadas por ellos al dar testimonio de la verdad resonarían de generación en generación.

Cristo dio a sus discípulos "poder contra los espíritus inmundos, para expulsarlos, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia". Y les ordenó: "No vayáis por el camino de los gentiles, ni entréis en ciudad alguna de samaritanos, sino id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Y mientras vais, predicad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado. Curad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia. No os proveáis de oro, ni de plata, ni de bronce en vuestras bolsas, ni de alforja para el camino, ni de dos túnicas, ni de zapatos, ni de bastones; porque el obrero es digno de su alimento."

"No vayáis por camino de gentiles, ni entréis en ciudad de samaritanos". Cristo sabía que si los discípulos se especializaban en trabajar para los samaritanos o los gentiles, predispondrían a los fariseos contra ellos, y su camino quedaría bloqueado desde el principio. Se verían envueltos en una controversia y se desanimarían; porque se requeriría más que sabiduría humana para hacer frente a los argumentos de los hombres que no recibirían ninguna evidencia, por clara y contundente que fuera, que no coincidiera con sus ideas. Los escribas y fariseos creían que Dios era un Dios sólo de judíos, y no de gentiles. En su ceguera habían levantado una barrera entre ellos y cualquier otra nación.

El designio del Salvador era mostrar a sus discípulos que Dios es un Dios de judíos y gentiles, ricos y pobres, libres y esclavos. Pero los discípulos recibieron lentamente la verdad de que todas las naciones, lenguas y pueblos habían de recibir el Evangelio. Hasta que no tuvieran una percepción más clara del plan de Dios, no debían trabajar por los gentiles ni por los samaritanos.

El Redentor fue duramente probado por las tradiciones que se aferraban a sus discípulos elegidos. Cuando Jesús estaba con ellos, no les asustaban las murmuraciones de los sacerdotes y gobernantes. Veían el efecto de sus palabras sobre el pueblo. Veían con qué facilidad desbarataba a sus enemigos cuando trataban de confundirlo y dejarlo perplejo. La doctrina y las máximas judías tenían poca influencia sobre ellos cuando el Salvador estaba a su lado, pues siempre les presentaba la verdad tal como se leía en las Escrituras del Antiguo Testamento. Pero cuando estaban separados de su Maestro, se sentían perplejos e inquietos por los argumentos de los sacerdotes, que hablaban a los discípulos como nunca se atrevieron a hablar a Cristo.

Esta debilidad de los discípulos hizo necesario que Cristo los reprendiera. A veces, embotados de comprensión, no entendían sus palabras. ¡Con cuánta ternura trataba de enseñarles! Si, incapaces de captar todo el significado de sus palabras, acudían a Él en busca de ayuda, enseguida disipaba la nube y aclaraba tanto su significado que no podían dejar de verlo. Se regocijaba cuando podía guiar sus mentes, paso a paso, para que comprendieran las lecciones espirituales que trataba de enseñarles.

Durante muchos meses los hombres que recibieron la comisión evangélica habían estado junto al Salvador. Ahora debían separarse de Él por un corto tiempo, porque necesitaban aprender lecciones sobre cómo enfrentarse a la oposición. Debían comenzar a comprender lo que tendrían que enfrentar cuando Cristo ya no estuviera a su lado en forma humana.

Cristo sabía que a medida que los discípulos salieran en el poder del Espíritu, para resistir a las agencias que trabajaban contra la verdad, ganarían fuerza y valor. Él los seguiría a cada paso, y en el momento de necesidad su Espíritu les recordaría sus palabras. Al vivir la verdad delante de ellos, los había entrenado para el servicio más eficazmente de lo que hubiera podido hacerlo si hubiera estado continuamente hablando de la doctrina. Sabía que cuando estuvieran separados de él, las palabras que les había hablado destellarían en sus mentes cuando estuvieran en conflicto con los poderes de las tinieblas.

Sra. E. G. White

25 de julio de 1900

Mis Testigos-Nº 2

EGW

Y en cualquier ciudad o pueblo en que entréis, preguntad quién es digno en ella; y quedaos allí hasta que salgáis de allí. Y cuando entréis en una casa, saludadla. Y si la casa fuere digna, vuestra paz vendrá sobre ella; mas si no fuere digna, vuestra paz volverá a vosotros. Y a cualquiera que no os reciba ni oiga vuestras palabras, cuando salgáis de esa casa o ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. De cierto os digo que será más tolerable para la tierra de Sodoma y Gomorra en el día del juicio, que para esa ciudad. He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas." Los discípulos no deben mostrar severidad ni de palabra ni de obra. Aunque siempre deben cultivar la sabiduría de la serpiente al tratar de salvar las almas de sus semejantes, deben ser tan inofensivos como las palomas.

La instrucción de Cristo en este momento se refería directamente al corto viaje que los discípulos estaban a punto de hacer, pero Él miró más allá de esto, y vio el trabajo que les esperaba, después de su traición y crucifixión, cuando por la experiencia del día de Pentecostés estarían plenamente preparados para hacer su trabajo. Perdió de vista el comienzo de su misión, sus viajes de prueba, cuando Él podía estar con ellos, para corregir cualquier error que pudiera aparecer en su manera de trabajar, para animarlos a soportar las pruebas, y para mostrarles cómo afrontar el rechazo y la burla. Vio ante ellos un campo misionero más amplio, en el que después de Su ascensión iban a entrar como misioneros de Él, en el que encontrarían una feroz oposición y persecución.

"Pero guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios, y os azotarán en sus sinagogas; y seréis llevados ante gobernadores y reyes por causa de mí, para testimonio contra ellos y contra los gentiles. Pero cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué hablaréis; porque en esa misma hora se os dará lo que debéis hablar." No debían dejarse intimidar o aterrorizar por la oposición. Escudriñando las Escrituras y adquiriendo una clara comprensión de las razones de su fe, debían prepararse para el momento en que fueran llamados a comparecer ante reyes y gobernantes. Debían considerarse a sí mismos bajo el cuidado especial y la tutela de Dios. Aunque estuvieran atados y encarcelados, debían recordar que eran libres en Cristo. Poniendo toda su confianza en Dios, debían realizar la obra más elevada y noble que jamás se haya encomendado a los mortales. No debían desanimarse ni abatirse por la persecución, sino mostrarse dignos de la sagrada confianza que se les había otorgado. Nunca estarían solos, pues el Salvador les aseguró que Uno más poderoso que todos sus enemigos estaría constantemente a su lado. "No sois vosotros los que habláis", declaró Cristo, "sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros".

Esta promesa se cumplió. Después del día de Pentecostés, los apóstoles fueron llenos del Espíritu, y hablaron la Palabra de Dios con denuedo. Y Pablo declaró: "En mi primera respuesta nadie me apoyó, sino que todos me desampararon No obstante, el Señor estuvo conmigo y me fortaleció, para que por mí la predicación fuese plenamente conocida y todos los gentiles oyesen; y fui librado de la boca del león."

Sobre el Príncipe de la vida y los santos ángeles no pueden prevalecer las agencias satánicas. Aunque los discípulos sufrieron y murieron por causa de Cristo, Satanás no triunfó en ningún caso. Él hirió el calcañar de Cristo, pero Cristo hirió su cabeza. Al presentarse ante gobernadores y reyes por causa del Maestro, como testimonio contra ellos y los gentiles, los discípulos fueron el medio que Dios empleó para mostrar el contraste entre el espíritu que controla a los que están relacionados con Satanás y el espíritu que controla a los que están relacionados con el Príncipe de la vida.

La promesa de ayuda en tiempos de necesidad nos es dada tan ciertamente como lo fue a los discípulos. Cuando adoptamos deliberadamente un curso de acción correcto, cuando decidimos ser fieles a las afirmaciones de la verdad, obedecer a Dios, sin desviarnos de los principios para salvar la propiedad, la reputación o la vida, la sabiduría de lo alto nos será dada, así como les fue dada a ellos.

Pablo declara: "No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto", nos exhorta, "tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes." Cualquiera que sea la prueba que os sobrevenga, por oprimidos que estéis por la persecución, recordad que junto a vosotros está Uno poderoso en poder, el Capitán del ejército del Señor. Resuelve que ni una jota ni un tilde de la sagrada ley de Jehová será estropeada o deshonrada por tu conducta, que su autoridad no se debilitará en tus manos.

Satanás es derrotado cada vez que los siervos de Dios mantienen su integridad a pesar de sus acusaciones mentirosas y su feroz persecución. Una entrega total de sí mismo a Aquel que ha comprado a todos los seres humanos permitirá al que sufre decir: "¿Quién es el que condena? Cristo es el que murió, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, el que intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por tu causa somos muertos todo el día; somos contados como ovejas para el matadero. Más aún,

en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó. Porque estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro."

"Por tanto, los que sufren según la voluntad de Dios, encomienden a Él la custodia de sus almas en el bien, como a un Creador fiel". "Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio. No te avergüences, pues, del testimonio de nuestro Señor; ... sino participa de las aflicciones del Evangelio según el poder de Dios."

La fe y la confianza en Dios, que son esenciales en tiempos de prueba, se adquieren cultivando diligentemente las cualidades dadas por Dios. Un esfuerzo diario por conocer a Dios y a Jesucristo dará a la mente un poder y una eficiencia más preciosos que el oro o la plata. A medida que nos esforzamos fielmente por mejorar las facultades que Dios nos ha dado, nos hacemos partícipes de la naturaleza divina.

El Señor desea que sus representantes sean prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Es Su designio que los hombres en posiciones de responsabilidad en el mundo tengan la oportunidad de escuchar la verdad. La verdad ha sido tergiversada. Se han hecho falsas acusaciones contra ella. Los reyes y gobernantes de este mundo deben tener la oportunidad de conocer y entender la verdad por sí mismos. Deben ver la verdad en contraste con el error. Mientras están siendo examinados críticamente por hombres que no aman ni temen a Dios, los siervos del Señor tendrán oportunidad de hablar palabras de sabiduría. "Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros".

Así el ser humano puede dar un poderoso testimonio para su Señor. El cristiano no puede permanecer callado y sin comprometerse hasta que vea que es seguro para él hablar. Está obligado por las responsabilidades más sagradas a posicionarse del lado de la verdad y la justicia y a dar testimonio de Cristo. Está comprometido a luchar valientemente contra el desprecio de la ley de Dios, aunque corra el peligro de ser arrastrado por la furia de las pasiones despertadas por la postura que adopte.

Jesús parecía perder de vista lo más cercano al ver lo que iba a suceder al mundo. Miró hacia el futuro y vio que el mundo despreciaría sus advertencias y reproches. "El hermano entregará a la muerte al hermano", dijo, "y el padre al

hijo; y los hijos se levantarán contra sus padres, y los harán morir". Satanás fue el instigador de toda esta crueldad. Trabajó para dar muerte a los que estaban resueltos a servir a Dios, según la luz que habían recibido, y según los dictados de su propia conciencia. Satanás trata de obligar a los hombres, incluso en su culto a Dios, a llevar a cabo sus ideas. Cristo no ha dado ningún ejemplo para esta clase de obra. Él atrae a los hombres, pero nunca los conduce. "Mis ovejas oyen mi voz", dice Él, "y me siguen".

Sra. E. G. White

(Concluido la próxima semana).

1 de agosto de 1900

"Mis testigos"-No. 3

EGW

Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre," continuó el Salvador; "pero el que persevere hasta el fin será salvo." No vendas tu fe a Satanás, aunque con ello salves tu vida. Perderás tu alma.

"Pero cuando os persigan en esta ciudad, huid a otra; porque de cierto os digo. No habréis atravesado las ciudades de Israel, hasta que venga el Hijo del hombre."

Los discípulos no debían exponerse innecesariamente a la persecución y a la muerte. Cristo, en una ocasión, abandonó Judea porque sabía que si se quedaba, Su vida sería truncada por el odio de los sacerdotes y gobernantes antes de que Su obra estuviera terminada.

"El discípulo no está por encima de su maestro, ni el siervo por encima de su señor. Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al señor de la casa llamaron Belcebú, ¿cuánto más a los de su casa? No les temáis, pues, porque nada hay encubierto que no haya de ser manifestado, ni oculto que no haya de saberse. Lo que os digo en tinieblas, decidlo en luz; y lo que oís al oído, predicadlo en las azoteas." Estad siempre dispuestos a dar a los demás la luz que habéis recibido. Proclama tus principios de acción; desprecia el disimulo. Despliega tus colores, porque eres un espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. No rehuyas la responsabilidad. No podéis servir a Dios y a Baal. Dios desea que sus hijos e hijas defiendan valientemente

lo correcto, para que el mundo sepa dónde se les encontrará en el momento de la prueba.

"Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a Aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno". Cristo ha comprado todo el ser, mente, alma y cuerpo. El precio de la redención del hombre ha sido pagado, y todo lo que tiene y es debe ser rociado con la sangre de Cristo, dedicado a Dios; porque le pertenece a Él. Nuestro lema debería ser: "No soy mío, porque he sido comprado por precio".

Jesús vino a este mundo para ser nuestro sustituto y garantía. Él es nuestro sacrificio expiatorio, pues se ha ofrecido a sí mismo en nuestro favor. Con amor indecible trata de atraer a todos los hombres hacia Él. Dios le ha dado los dones inestimables del cielo para que los entregue a los hombres. Hoy está ante Dios como Abogado del género humano, suplicando por los seres que ha redimido.

¿Nosotros, que hemos recibido tanto por el sufrimiento del Hijo de Dios, temeremos las consecuencias de reconocer libremente nuestra fe? ¿Acaso nosotros, que hemos probado el poder del mundo venidero, nos desalentaremos y nos acobardaremos ante la amenaza del peligro? Cristo nos aceptó en nuestra debilidad e indignidad. ¿Nos acobardaremos ante las pruebas que nos trae el aceptarlo? Él nos dice: "No temáis a los que matan el cuerpo". Se compromete a ayudarnos, diciendo: "Yo soy el que vivo, y estuve muerto; y he aquí que vivo por los siglos de los siglos". "Porque yo vivo, vosotros también viviréis". Cuando seas llevado a la prueba de tu fe, mira a tu sacrificio sin pecado. "Cristo es el que murió, más aún, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros." "¿No se venden dos pajarillos por un cuarto de penique? y ni uno de ellos caerá en tierra sin vuestro Padre. Pero los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues, porque valéis más que muchos pajarillos."

Dios comprende la capacidad de Satanás para engañar y desanimar. A través de Cristo ha declarado su poder para salvar. Cristo está obligado por el pacto de la promesa a interceder por todos los que se acercan a Dios por medio de Él. Sabe que Satanás trata de hacer sentir a los hombres que Dios es un juez severo. Sabe que el enemigo oculta a los seres humanos el amor y la misericordia del Padre, tratando de hacerles creer que son demasiado pecadores para pedir piedad. Por eso, en el lenguaje más sencillo, el Salvador nos asegura que Dios está lleno de misericordia y compasión, y que Él, nuestro Salvador, se compadece de nuestras debilidades, habiendo sido tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin

pecado. Plenamente conocedor de las tentaciones y artimañas del enemigo, presenta ante sus hijos lo que pueden esperar, asegurándoles al mismo tiempo que les ayudará a soportar lo que venga. Conoce nuestras dificultades, comprende nuestras angustias. No se oye un suspiro, ni se siente un latido de angustia, sino que la punzada vibra en el corazón de Cristo. Con tierna compasión por nuestra debilidad, nos señala el cuidado que Dios tiene por el pequeño gorrión que revolotea de rama en rama, y nos dice que ni uno solo de estos diminutos pájaros cae a tierra sin el conocimiento del Padre: "No temáis, pues, porque valéis más que muchos pajarillos".

"A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Pero a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos."

Al escuchar estas palabras, los discípulos quedaron profundamente impresionados, y en su corazón dijeron: "Viviré para el Maestro. Ninguna consideración terrenal me inducirá a repudiar a mi Redentor".

Al contemplar la cruz del Calvario, ¿no recordaremos que, por nosotros, Cristo entró en conflicto con los poderes de las tinieblas? Soportó el castigo del pecado en nuestro favor. Fue herido por nuestras rebeliones y molido por nuestros pecados. Le agradó al Señor herirlo para quebrantarlo, a fin de lograr la redención de la raza humana.

¿Negaremos a nuestro Redentor? Tú dices: No, yo nunca negaré a Cristo. Pero recuerda que hay muchas maneras en que puedes negarlo. Saúl, el primer rey de Israel, negó al Señor desobedeciendo sus mandamientos. No obedeció la primera ley del reino de Dios, la ley del autogobierno. Estableció su propia voluntad como mejor que la voluntad del Señor. Su vida fue un fracaso porque negó a Dios. Los apóstoles, al regresar de su viaje misionero, "se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y lo que habían enseñado". No ocultaban sus errores, sino que lo exponían todo ante Él para que lo inspeccionara. Cada discípulo que llegaba era acogido por el Maestro. El buen Pastor sabía dar el aliento necesario. Los discípulos estaban cansados, pero estaban tan contentos de estar una vez más en presencia de su Señor que olvidaron su cansancio.

Cuántas cargas podríamos quitarnos de encima si hiciéramos como los discípulos: llevar todos nuestros problemas, grandes y pequeños, a Jesús. Él nos ha invitado a hacerlo. Fomentemos el hábito de la comunión íntima con Jesús.

Así aprenderemos a conocerle mejor, y su divina presencia nos traerá alivio y seguridad. Nos sentiremos atraídos por Él como por un amigo cariñoso. Cuando le contemos nuestras penas y perplejidades, nuestros errores y equivocaciones, Él hablará paz y consuelo a nuestros corazones. Él dice: "Que se aferre a Mi fuerza, para que haga las paces conmigo; y hará las paces conmigo". "Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas."

Sra. E. G. White

1 de agosto de 1900

Selecciones de una carta reciente

EGW

¡Cuánto me complace que avance la obra en el campo del Sur! Mi oración es: Que avance, se profundice, se ensanche, se agrande, hasta que ésta sea una parte de la viña que ya no esté descuidada, sino cultivada. Que sea un fructífero jardín del Señor. Esto sólo puede lograrse educando a la gente de color en la lectura. Entonces la Palabra de Dios, la Biblia, puesta en sus manos, incluso sin explicación, se hará clara y aplicada por el Espíritu Santo.

El apóstol Pablo consideraba que el judío tenía una gran ventaja sobre el gentil, "porque a ellos les habían sido confiados los oráculos de Dios". Este es el más alto elogio o testimonio del valor de la Biblia. Debe hacerse todo lo posible para que el Libro sagrado que contiene toda la revelación de Dios, sea puesto en manos de todas las naciones, lenguas y pueblos.

Si la mera posesión de la Biblia es una ventaja, ¡cuánto mayor es el privilegio de saber leer y estudiar sus páginas! Todos los que desean comprender la Palabra son mayordomos de Dios con la misma verdad que aquellos a quienes se han confiado riquezas. Las posesiones terrenales son talentos que deben impartirse a otros para hacer avanzar la obra de la justicia en el mundo.

La Biblia se está convirtiendo cada vez más en un libro de lecciones educativas para niños y jóvenes, dando a los jóvenes, a los de edad madura y a los ancianos de todas las naciones, la instrucción de la verdad en las cosas celestiales, que es la educación superior.

Enseñe a la gente de color a leer la Palabra de Dios, y ésta tendrá un poder transformador sobre la vida y el carácter, y dará vigor al intelecto. A medida que sus principios sean enviados a casa por el poder del Espíritu Santo, obrarán una reforma positiva en las mentes de todos los que reciban la Palabra.

8 de agosto de 1900

La recompensa de la obediencia

EGW

El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará. Cada uno dé como propuso en su corazón, no con tristeza ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre". En estas palabras se esboza claramente el deber de cada uno. Todos deben hacer lo mejor que puedan. Dios ha dado ricas promesas a aquellos que revelarán en la vida diaria la virtud y el poder de su fe y abnegación.

Cristo nos dice: "Ocupaos hasta que yo venga. Haced todo lo que esté en vuestro poder, y mucho de lo que parezca estar más allá de vuestro poder, para salvar a las almas que perecen." Hay muchos que no pueden dar grandes ofrendas de dinero, porque no tienen dinero para dar. Pero mediante la abnegación, negando la inclinación, pueden ahorrar algo para el Maestro; y esta disciplina será de gran valor para ellos. Pueden pensar que su ofrenda es demasiado pequeña para valer algo. Pero al ponerlo sobre el altar, Dios lo bendecirá, y los resultados serán sorprendentes. Practicar la abnegación y el sacrificio es una disciplina necesaria para los discípulos de Cristo.

"Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra (como está escrito: Repartió, dio a los pobres; su justicia permanece para siempre)."

Esta promesa se hace a todos los que revelan una fe operante, una fe que impulsa al que la recibe a aliviar las necesidades de sus semejantes. Esta fe obra por amor y purifica el alma. Pero la fe sin obras está muerta, está sola.

Tenemos la Palabra de Dios como garantía que nos inspira esperanza y consuelo. Dios declara que no ignorará nuestras obras de amor al cumplir Su voluntad en favor de nuestros semejantes. Dios ha hecho de los que creen en Él sus administradores. Deben vivir su ley, mostrando al mundo por sus buenas

obras que esta ley es perfecta, convirtiendo el alma, desarraigando del corazón todo egoísmo y codicia, y plantando allí los preceptos de la justicia.

La ley de Dios es la transcripción de Su carácter. Aquellos que profesan guardar esta ley, pero que no demuestran que aman a Dios con corazón, mente, alma y fuerzas, que no se dedican sin reservas a su servicio, no guardan ni los cuatro primeros mandamientos, que ordenan el amor supremo a Dios, ni los seis últimos, que ordenan el amor desinteresado de unos por otros. "Por sus frutos los conoceréis". El verdadero amor a Dios se manifestará siempre. No puede ocultarse. Aquellos que guardan los mandamientos de Dios en verdad revelarán el mismo amor que Cristo reveló por Su Padre y por Sus semejantes. Aquel en cuyo corazón habita Cristo, revelará a Cristo en el carácter, en su trabajo a favor de aquellos que necesitan ser llevados al conocimiento del Evangelio. Mostrará los frutos de su fe, revelando al Salvador en palabras de amor y en obras de misericordia.

Los cristianos han de mostrar que la ley de Dios no es sólo para ser creída teóricamente, sino para ser actuada en la vida como un principio vivo. Deben mostrar con su vida que la ley está escrita en sus corazones. Así pueden representar al Redentor. Así pueden mostrar que tienen la mente de Cristo y que están haciendo las obras de Cristo.

Los que pretenden tener luz en la Palabra de Dios deben manifestar al mundo la influencia y el poder que esta luz tiene sobre el carácter. Si no produce un cambio decidido en nosotros, no tiene ningún valor para nosotros. Somos como la sal que ha perdido su sabor y no sirve para nada. No revelamos al mundo ninguna cualidad salvadora, redentora.

Fíjate bien en las siguientes palabras: "Y el que da semilla al sembrador, os da pan para comer, y multiplica vuestra semilla sembrada, y aumenta los frutos de vuestra justicia, enriqueciéndoos en todo hasta la abundancia, lo cual produce por medio de nosotros acción de gracias a Dios", acción de gracias ofrecida por aquellos a quienes hemos ayudado por amor a Dios.

El cumplimiento de la ley de Dios es el fruto de su gracia en el corazón. Obedeciendo esta ley, recordamos diariamente que Dios es el dador de todo lo que tenemos en confianza. Él nos da todo lo que tenemos. Es por su misericordia y amor que tenemos fuerza para trabajar. Él abre caminos por los que podemos ganar tesoros terrenales, no para que el yo pueda ser exaltado, no para que el tesoro obtenido pueda ser atesorado, sino para que el nombre de Dios pueda ser glorificado, para que los necesitados puedan ser ayudados, para que el tesoro de

Dios pueda ser provisto con lo que Él reclama en dones y ofrendas, para que el trabajo de elevar la cruz de Cristo en regiones más allá pueda avanzar.

Sobre todos los que se consagran a Dios como obreros junto con Él recae la responsabilidad de velar por los intereses de su causa y obra. Deben vivir la verdad que dicen creer. Deben mantener a Cristo constantemente ante ellos como modelo, y por sus buenas obras hacer que fluya la alabanza de los corazones hambrientos y sedientos del pan de vida. No sólo deben atender a las necesidades espirituales de aquellos a quienes tratan de ganar para Cristo, sino también suplir sus necesidades temporales. Esta obra de misericordia y amor se presenta siempre, y al hacerla fielmente, los siervos de Dios deben mostrar lo que el Evangelio ha hecho por ellos. Deben ser fieles administradores, no sólo de la verdad del Evangelio, sino de todas las bendiciones que se les han dado. No sólo han de pronunciar palabras de simpatía, sino que con sus obras han de demostrar la sinceridad de su amor.

"La administración de este servicio no sólo suple las necesidades de los santos, sino que abunda también en muchas acciones de gracias a Dios". Calienta el corazón y despierta el alma, llenándola de gratitud a Dios. "Por el experimento de esta ministración glorifican a Dios por vuestra profesa sujeción al Evangelio de Cristo, y por vuestra liberal distribución a ellos y a todos los hombres; y por su oración por vosotros, que os anhelan por la sobreabundante gracia de Dios en vosotros."

Este trabajo es un sabor de vida para la vida. Es un "experimento" que siempre producirá los mejores resultados, no sólo en el que lo recibe, sino también en el que lo da.

Los hombres y las mujeres pueden rehuir el reproche que están llamados a soportar por amor de Cristo; pueden hacer las obras de la transgresión, pero tan cierto como que hacen esto, recibirán la recompensa del malhechor. Podrán ascender a lugares de distinción, podrán elevarse en el mundo literario, y con orgullosa superioridad podrán resistir la verdad de origen celestial; pero al final lo perderán todo. La felicidad y la salvación del hombre dependen de comer el pan de la vida, es decir, de obedecer las palabras y hacer las obras de Cristo, de promover la justicia y refrenar la injusticia. Nada puede dar tal confianza en sí mismo, tal valor, tal aumento de talento y capacidad, como una verdadera estimación de los requisitos de la ley de Dios. Nada dará tal firmeza y confianza, tal aprecio de los talentos que se nos han concedido, como la comprensión de

que somos "colaboradores de Dios" y que debemos respetar todos sus mandamientos.

Aquellos que se dan cuenta de la importancia de estudiar la vida de Cristo, que buscan desarrollar un carácter como el Suyo, serán asistidos por santos ángeles, que a cada paso les ayudarán a exaltar al Salvador. Cristo sacrificó su vida para salvar a los que estaban a punto de perecer. Todos pueden participar con Él en la obra divina de convertir las almas a la justicia. Y a los que hacen esto se les da la promesa: "Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a muchos, como las estrellas, por los siglos de los siglos".

Sra. E. G. White

15 de agosto de 1900

Resistencia a la luz-Nº 1

EGW

Jesús estaba en el atrio del templo. En el tiempo de la Fiesta de los Tabernáculos, las multitudes se reunían en este lugar. En el atrio se erigían altos estandartes, sobre los que se colocaban lámparas ramificadas. Después del sacrificio vespertino, se encendían estas lámparas, y la llama, brillante y fuerte, llenaba el atrio, representando la columna de fuego que había guiado a los hijos de Israel por el desierto.

Este espectáculo suscitó el mayor entusiasmo entre el pueblo. Su admiración no tenía límites y su júbilo era universal. Pero el Salvador miraba con compasiva ternura a la congregación que se regocijaba. Aquel que había creado la luz, que, envuelto en la columna de fuego, había guardado y protegido a los hijos de Israel en su viaje por el desierto, estaba ahora en el atrio del templo, y si los adoradores no se hubieran separado de Dios, le habrían reconocido.

El Hijo de Dios miró las lámparas que le representaban, y se oyó su voz, llena de una melodía que imponía silencio, diciendo: "Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida". Sus palabras cayeron en los oídos del pueblo con un extraño poder; pues mientras hablaba, la divinidad destellaba a través de la humanidad, enviando a los corazones de Sus oyentes la convicción de que Sus palabras eran verdaderas.

La Luz del mundo, Cristo, vino al lugar donde Satanás había establecido su trono. No vino a condenar y destruir con su gloria, sino a restaurar y elevar con sus rayos sanadores. Vino como la luz y la vida de los hombres, y se presentó en su verdadera relación con el mundo. Su luz había de brillar, no sólo para la nación judía, representada por las luces de los atrios del templo, sino que había de enviar sus rayos de largo alcance a todas las naciones bajo el cielo. Llegaría el tiempo en que sobre todo ser humano brillaría la luz del Sol de Justicia.

¡Oh, que el pueblo judío hubiera reconocido a Cristo como la luz verdadera que alumbraba a todo hombre que viene al mundo! Pero Satanás había determinado que si no podía derrocar al Príncipe de la Vida, cegaría de tal manera los ojos de la nación que rechazarían al Salvador. Dios había obrado con majestad y poder para hacer de Israel una nación escogida, un sacerdocio real, a fin de que mostrara la luz de su verdad. Habían sido exaltados al cielo por sus privilegios. Satanás decidió usar a este pueblo como agente para apagar toda luz enviada del cielo.

Consiguió que los maestros judíos se pusieran de su parte. Mientras la luz en el atrio del templo causaba gozo y alegría entre los adoradores, los corazones de los fariseos estaban llenos de amargura y asesinato. Estaban bajo el control de Satanás.

"Yo soy la luz del mundo". Las palabras claras y enfáticas del Salvador cayeron en los oídos de todos los presentes. La gente no podía comprender en aquel momento el significado de la relación que Cristo afirmaba tener con el mundo, pero sus palabras calaron en sus corazones, y Él sabía que más tarde muchos comprenderían su significado. Sus palabras, aunque no fueran comprendidas ahora, serían recordadas por el Espíritu Santo. Los rayos del Sol de Justicia brillarían en sus mentes, y las palabras que Él estaba pronunciando serían recordadas y comprendidas. Entonces se darían cuenta de que al escuchar a Cristo no habían escuchado ninguna fábula astutamente urdida, sino la Palabra de Dios, a la cual debían prestar atención como a una luz que brilla en lugar oscuro.

A los maestros judíos Cristo sólo les parecía un impostor. Sólo podían ver el lado humano de su carácter, pues en su orgullo habían pasado por alto las profecías relativas a la humillación del Mesías. No creían que viniera al mundo sin gloria terrenal. Que un hombre como ellos hiciera tales afirmaciones era algo que no podían tolerar.

Una y otra vez Cristo había intentado mostrar a los dirigentes judíos la relación que mantenía con la familia humana. Y al ver las luces que brillaban en el atrio del templo, hizo otro intento. Pero los prejuicios y la incredulidad de ellos salieron a relucir de inmediato. "Tú das testimonio de ti mismo; tu testimonio no es verdadero", dijeron. En una ocasión Cristo había dicho: "Si doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero". Quería decir que si Él venía dando testimonio sólo para promover su propio interés y glorificarse a sí mismo, ellos estarían justificados en no dar crédito a su testimonio. A la acusación de ellos en ese momento Él respondió: "Aunque doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde he venido y a dónde voy..... Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie. Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no estoy solo, sino yo y el Padre que me envió. También está escrito en vuestra ley, que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí. Entonces le dijeron: ¿Dónde está tu Padre? Respondió Jesús: Ni a Mí me conocéis, ni a Mi Padre; si a Mí me conocierais, también a Mi Padre conoceríais."

En otra ocasión dijo de los dirigentes judíos: "Si no hubiera hecho entre ellos las obras que ningún otro hombre hizo, no habrían tenido pecado; pero ahora me han visto y me han odiado a Mí y a mi Padre." Si los escribas y fariseos hubieran recibido el testimonio dado por tantos con respecto a la obra de Cristo, si con espíritu enseñable hubieran escudriñado las Escrituras para ver si sus afirmaciones estaban de acuerdo con la profecía, habrían sido iluminados y habrían reconocido a Jesús como la luz del mundo. Pero, santurriones y autosuficientes, recibieron en cambio las sugerencias de quien fue expulsado del cielo por egoísta. En lugar de escudriñar la Escritura, abrieron sus corazones a imaginaciones malvadas. Decididos a no creer que las afirmaciones de Cristo eran justas, se resistieron a toda convicción que Sus palabras enviaban a sus corazones.

Sra. E. G. White

(Concluido la próxima semana).

22 de agosto de 1900

Resistencia a la luz-Nº 2

EGW

Cristo miró con tristeza a la multitud engañada que, mientras se regocijaba en la representación de la luz que los había guiado por el desierto, rechazaba y se apartaba de la verdadera Luz. ¡Qué lamentable ceguera! ¡Qué extraña incoherencia! Estando como estaba a la sombra misma de la cruz, Cristo anhelaba salvar al pueblo de la perdición a la que se precipitaba. Pero mientras alzaba su voz con serios acentos de súplica, los líderes judíos le observaban con cruel malicia, esperando oírle decir algo por lo que pudieran condenarle. Se habían apartado de la Palabra de Dios, y cuando la verdad se reveló, estaban listos, bajo la dirección de Satanás, para atacarla.

¿Por qué los sacerdotes y los gobernantes no reconocieron a Cristo? Simón tomó al niño Jesús en sus brazos, y dijo, bajo la inspiración del Espíritu Santo: "Señor, permite ahora a tu siervo partir en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, que has preparado ante la faz de todos los pueblos; luz para alumbrar a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel."

¿Por qué los maestros judíos no escudriñaron las Escrituras, comenzando por Moisés y los profetas, y estudiando cuidadosamente los tipos y sombras que señalaban a Cristo? ¡Con cuánta facilidad habrían podido rastrear las profecías relativas a Su misión! Pero leyeron la Palabra de Dios como quien no la entiende; y el príncipe de las tinieblas les ayudó a no ver en Jesús al Mesías prometido. Bajo la guía de Satanás se sumieron en las tinieblas y la incredulidad.

El Redentor del mundo no debía venir la primera vez rodeado de las huestes del cielo, pues los seres humanos no habrían podido soportar esa visión. Era necesario que Cristo se humillara y se convirtiera en Varón de dolores. "Herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados".

Así de claro había sido expuesto el Mesías en la profecía; pero los dirigentes judíos no querían entender estas palabras. No creían en el Cristo representado en las Escrituras, sino en un Cristo imaginario que, según decían, vendría con gran poder para conquistar todas las naciones y derrocar toda autoridad excepto la de los judíos. Esperaban un Mesías que reinara como príncipe temporal en

Jerusalén y que exaltara a los judíos por encima de cualquier otra nación. Cristo no vino según sus ideas, y por eso se negaron a recibirlo.

"No sabéis de dónde vengo ni a dónde voy", les dijo Cristo. Prácticamente les dijo que no deseaban saber de dónde había venido. Habían cerrado los ojos de su entendimiento a la evidencia que una y otra vez Él les había dado. Habéis permitido que el prejuicio y la imaginación os controlen, les dijo. Podéis pretender tener autoridad sobre el pueblo en virtud de vuestra piedad, podéis enorgulleceros de vuestro superior conocimiento de Dios, pero no conocéis al Padre, y por tanto no me conocéis a Mí; porque conocer al Padre es conocerme a Mí. Es vuestra falta de un verdadero conocimiento de Mí lo que destruye vuestra vista espiritual.

"Yo pongo Mi vida, para volverla a tomar", dijo Él. "Nadie me la quita, sino que Yo la pongo de Mí mismo". El Salvador podría haber evitado el sufrimiento y la muerte que padeció. Si así lo hubiera querido, podría haber dejado a la raza humana expuesta a las consecuencias de su apostasía. Pero en consejo con el Padre se comprometió a asegurar la salvación de todo ser humano. Se hizo un pacto irrevocable entre el Padre y el Hijo. Cristo debía seguir adelante y terminar la obra que había emprendido, o todo el mundo perecería.

La muerte de Cristo en la cruz fue una obediencia voluntaria, de lo contrario no habría habido mérito en ella; porque la justicia no castigaría en lugar del pecador a un ser inocente que no estaba dispuesto a soportar la pena. Fue la aceptación plena y libre de la pena por parte del Salvador lo que hizo Su sacrificio totalmente aceptable en todo punto. Así que el pecador debe rendir libremente su propia voluntad a Dios, y aceptar a Cristo como su sustituto y garantía. Debe confiar en Él como el único que puede cambiar a un pecador en santo. Dios nos llama a reconocer nuestra culpa y aceptar el perdón de Cristo, revelando nuestra sinceridad al copiar Su camino y hacer Su voluntad. Del que hace esto se dicen las palabras: Estáis completos en Él, no teniendo vuestra propia justicia, sino la justicia que es de Cristo por la fe.

"A donde yo voy, vosotros no podéis venir", dijo Cristo. "Entonces dijeron los judíos: ¿Se matará a sí mismo?". Vino la respuesta, clara y decidida: "Vosotros sois de abajo; yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo. Por eso os he dicho que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis."

Los astutos espías que seguían la pista de Cristo estaban decididos a hacerle declarar en términos específicos que Él era el Mesías prometido. Habían

presentado al pueblo las falsas ideas del Mesías con que Satanás había llenado sus mentes, de modo que la idea general de lo que Cristo debía ser era muy diferente de la representación dada en la profecía. Si le provocaban para que afirmara que era el Mesías, podían obrar en las mentes de los judíos para que le pronunciaran impostor. "¿Quién eres Tú?", le preguntaron; y Cristo respondió: "El mismo que os dije desde el principio. Tengo muchas cosas que decir y juzgar de vosotros; pero el que me envió es verdadero, y yo digo al mundo lo que he oído de él."

Cristo leyó los pensamientos de sus enemigos y no respondió como ellos querían que respondiera. No intentó probar su condición de Mesías, sino que habló de su relación con Dios. Acusó a los judíos de no conocer al Padre. Su oposición a Su obra era el resultado de esta falta de conocimiento.

"No entendían que les hablaba del Padre. Entonces Jesús les dijo: Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces sabréis que yo soy, y que nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó mi Padre, así hablo. Y el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada. Mientras decía estas palabras, muchos creyeron en Él".

Sus palabras causaron una profunda impresión en muchas mentes; porque mientras hablaba, la divinidad destellaba a través de la humanidad, y un poder convincente acompañaba las verdades que pronunciaba. Muchos estaban inconscientemente imbuidos de la influencia celestial que rodeaba a Cristo.

"Entonces dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: Si permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres."

La verdad nunca lleva al alma a la esclavitud. Es volverse de la verdad al error lo que lleva al alma al cautiverio. El que está vinculado en estrecha relación con Cristo es liberado de la esclavitud del pecado.

Sra. E. G. White

(Concluido la próxima semana).

29 de agosto de 1900

Resistencia a la luz-Nº 3

(Concluido.)

EGW

Los fariseos se ofendieron por las palabras: "La verdad os hará libres". "Nosotros somos descendencia de Abraham", dijeron, "y nunca estuvimos sometidos a ningún hombre; ¿cómo dices Tú: Seréis libres?". Jesús respondió: "En verdad, en verdad os digo: El que comete pecado es siervo del pecado. Y el siervo no permanece en la casa para siempre, sino que el Hijo permanece para siempre. Si, pues, el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres".

Pablo declara: "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que la ley no pudo hacer, siendo débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu."

"Sé que sois descendencia de Abraham", continuó Cristo; "pero tratáis de matarme, porque mi palabra no tiene cabida en vosotros..... Si fuerais hijos de Abraham, haríais las obras de Abraham. Pero ahora buscáis matarme a Mí, un Hombre que os ha dicho la verdad, la cual he oído de Dios; esto no lo hizo Abraham."

Cristo declara que la conexión lineal es reemplazada por la conexión espiritual. Los judíos eran ciertamente simiente de Abraham según la carne, pero manifestaban un espíritu muy diferente del espíritu del justo Abraham. Por su incredulidad y persistente rechazo de la verdad se desheredaron a sí mismos. Abraham obedeció a Dios, y le fue contado por justicia. Por sus obras los judíos demostraron que no tenían ninguna relación real con Abraham.

En una ocasión en que Cristo fue informado de que su madre y sus hermanos estaban fuera, deseando hablar con Él, miró a los hombres y mujeres que estaban deleitándose con sus palabras, y, extendiendo sus manos hacia ellos, dijo: "¡Mirad a mi madre y a mis hermanos! Porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y

mi madre". Preciosa y gloriosa verdad, dicha para confortar a todos los creyentes, que en verdad pueden ser alentados al saber cómo los considera Cristo.

"Vosotros hacéis las obras de vuestro padre", dijo Cristo a los judíos, y ellos respondieron con desprecio: "Nosotros no somos nacidos de fornicación; tenemos un solo Padre, que es Dios." "Si Dios fuera vuestro Padre", dijo Cristo, "me amaríais; porque yo salí y vine de Dios; ni tampoco vine por mí mismo, sino que Él me envió. ¿Por qué no entendéis lo que digo? Porque no podéis oír mi palabra".

Con mano fiel e implacable, Cristo desenmascaró a los hombres que tanto habían profesado y tan poco habían hecho. Detrás de su fingida piedad se ocultaba una engañosa malignidad, principio rector de sus vidas. Hijos de Abrahán, hijos de Dios, no eran ni podían ser. Por sus obras daban pruebas de que eran hijos del enemigo de Dios.

Cristo vio que había llegado el momento de despojar a los líderes judíos de su cubierta de pretendida piedad, y mostrar que no eran más que sepulcros blanqueados. "Vosotros sois de vuestro padre el diablo", dijo claramente, "y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira. Y porque os digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros me convence de pecado? Y si digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios, oye las palabras de Dios; vosotros, pues, no las oís, porque no sois de Dios. Entonces los judíos respondieron y le dijeron: ¿No decimos bien que eres samaritano, y que tienes demonio? Respondió Jesús: No tengo demonio, sino que honro a mi Padre, y vosotros me deshonráis. Y no busco mi propia gloria; hay Uno que busca y juzga".

"¿Quién de vosotros me convence de pecado?". Los agudos ojos de los celos habían estado observando a Cristo, tratando de encontrar algo por lo que pudiera ser condenado. Pero nada pudieron encontrar. "El príncipe de este mundo viene, y nada tiene en mí", declaró el Salvador. Ninguna envidia, ninguna ambición mundana, ningún orgullo, ningún egoísmo, podían encontrarse en Él. "Yo te conozco quién eres", gritaron los espíritus malignos, "el Santo de Dios".

En presencia de la multitud, Cristo pronunció palabras que, de haber sido pronunciadas por cualquier otra persona, habrían sido blasfemas. "Si alguno guardare mi palabra, no verá muerte jamás", dijo. "Entonces los judíos le

dijeron: Ahora sabemos que tienes demonio. Abraham murió, y los profetas; y tú dices: Si alguno guardare mi palabra, no gustará muerte para siempre. ¿Eres Tú mayor que nuestro padre Abraham, que ha muerto, y que los profetas han muerto? Respondió Jesús: Si yo me honro a mí mismo, mi honra no es nada; es mi padre quien me honra; de quien decís que es vuestro Dios. Pero vosotros no le habéis conocido, pero yo le conozco; y si dijera que no le conozco, sería mentiroso como vosotros; pero le conozco y guardo su palabra. Vuestro padre Abraham se regocijó al ver Mi día; y lo vio, y se alegró".

La orden dada a Abraham de matar a su hijo fue la prueba más severa que se le podía presentar. Pero mientras se preparaba con fe para obedecer a Dios, se abrió ante él la venida del Justo, el Cordero inmolado desde la fundación del mundo por los pecados del género humano. A medida que por la fe captaba la promesa, Cristo se le revelaba. Abraham vio al Salvador encarnado y se alegró.

"Entonces le dijeron los judíos: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?". "De cierto, de cierto os digo", respondió Jesús: "Antes que Abraham fuese, yo soy". Entonces tomaron piedras para arrojárselas; pero Jesús se escondió y salió del templo, pasando por en medio de ellos, y así pasó de largo." Tenían los ojos cegados para no verle.

"Antes que Abraham fuese, Yo soy". Cristo es el Hijo de Dios preexistente y autoexistente. El mensaje que Él dio a Moisés para que lo diera a los hijos de Israel fue: "Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me ha enviado a vosotros." El profeta Miqueas escribe de Él: "Pero tú, Belén Efrata, aunque eres pequeña entre los millares de Judá, de ti me saldrá el que ha de ser príncipe en Israel; cuyas salidas son desde el principio, desde la eternidad."

A través de Salomón Cristo declaró: "El Señor me poseyó en el principio de su camino, antes de sus obras de antaño. Fui establecido desde la eternidad, desde el principio, o desde que la tierra es. Cuando no había profundidades, fui engendrado; cuando no había fuentes abundantes en agua. Antes que los montes fuesen asentados, antes que las colinas fui yo engendrado.... Cuando dio al mar su decreto, para que las aguas no pasaran de Su mandamiento; cuando estableció los cimientos de la tierra; entonces yo estaba junto a Él, como criado con Él; y cada día era Su delicia, regocijándome siempre delante de Él."

Al hablar de su preexistencia, Cristo lleva la mente hacia atrás a través de edades sin fecha. Nos asegura que nunca hubo un tiempo en que no estuviera en estrecha comunión con el Dios eterno. Aquel cuya voz escuchaban entonces los judíos había estado con Dios como alguien criado con Él.

Las palabras de Cristo fueron pronunciadas con una serena dignidad y con una seguridad y poder que enviaron convicción a los corazones de los escribas y fariseos. Sintieron el poder del mensaje enviado desde el cielo. Dios llamaba a la puerta de sus corazones, rogándoles que entraran. Pero se negaron a escuchar. Por su persistente rechazo de las advertencias e invitaciones, hicieron que Él los abandonara a su ceguera y a sus resultados. Satanás trabajaba con todo su poder para afianzarlos en su causa, y bajo su control desarrollaron una obstinación que les acarreó la ruina.

Sra. E. G. White

5 de septiembre de 1900

"Pedid y se os dará"

EGW

Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá; porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá". Cristo sabe que no nos es posible resistir a las tentaciones de Satanás con nuestras propias fuerzas. Sólo podemos hacerlo recibiendo la ayuda divina. En nuestras propias fuerzas seguramente fracasaríamos. Se ha dispuesto que en toda emergencia y prueba podamos huir a la fortaleza. Cuando con fe pedimos ayuda, nos será dada. Tenemos la seguridad de esto de labios que no pueden mentir. Su palabra es Sí y Amén.

Entonces, que toda alma cansada y agobiada pida, y recibirá. El que dio a su Hijo amado para que muriera por nosotros, ¿no nos ayudará en el momento de necesidad? No deshonremos a Dios con la incredulidad. Tomémosle la palabra, recordando su promesa. La bendición es nuestra si la alcanzamos por fe. ¿Por qué ha de ser débil e insensible nuestra experiencia cristiana? ¿Por qué han de estar ansiosas nuestras almas? ¿Por qué no habríamos de aventurarnos por fe en las promesas dadas?

Cristo dice: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto"; y Él tiene el poder de hacernos perfectos. Pero con demasiada frecuencia olvidamos esto. Demasiado a menudo nos olvidamos de mirar a Cristo. Él es el Redentor y el Restaurador, y aquellos que lo invocan con fe recibirán fuerza para vencer todo hábito y práctica equivocados.

Los que no se esfuerzan por conformar la voluntad a la de Dios no pueden ser vasos para honra. Un carácter defectuoso muestra que no se ha permitido que la gracia de Dios obre en el corazón. Los malos hábitos son un obstáculo constante para la utilidad. Los que los abrigan no pueden ser cristianos; porque ser cristiano es ser semejante a Cristo. Debemos cumplir con las condiciones establecidas en la Palabra de Dios. Debemos aferrarnos con confianza a las ricas promesas de Dios; entonces seremos vencedores.

"No me habéis elegido vosotros a mí", declara Cristo, "sino que yo os he elegido a vosotros y os he ordenado que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé." Antes de que amáramos a Dios, Él nos amó. Antes de que nos volviéramos hacia Él, Su gracia estaba haciendo su impresión en nuestros corazones. Él nos ha comprado con un precio, "la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación", y desea que andemos delante de Él en santidad, dando fruto para Su gloria.

Dios será para nosotros todo lo que le dejemos ser. Pero debemos creer que recibiremos de Él las cosas que ha prometido. Las oraciones lánguidas, a medias, sin fe, no traerán nada del cielo. Necesitamos presionar nuestras peticiones al trono de la gracia, pidiendo con fe, esperando con fe, recibiendo con fe, regocijándonos en esperanza; porque todo el que pide, recibe.

Sé serio en este asunto. Busca a Dios de todo corazón. Los hombres ponen seriedad y energía en los negocios temporales. Saben que si no lo hacen, sus esfuerzos no serán coronados por el éxito. Aprende con intensa seriedad la ciencia de buscar las ricas bendiciones prometidas en la Palabra de Dios. Trabaja con esfuerzo perseverante, y recibirás luz, verdad y gracia. Estas bendiciones son para todos los que sirven a Dios correctamente. No debemos temer que la promesa que se nos ha dejado de la victoria por medio de Cristo, nos quede corta.

Cristo es nuestro ejemplo. Su vida fue una vida de oración. Sí, Cristo, el Hijo de Dios, igual al Padre, Él mismo todo suficiente, el depósito de todas las bendiciones, Aquel cuya voz podía reprender la enfermedad, calmar la tempestad y llamar a los muertos a la vida, oraba con fuerte llanto y muchas lágrimas. A menudo pasaba noches enteras en oración. Mientras las ciudades dormían en silencio, los ángeles escuchaban las súplicas del Redentor. Ved al Salvador inclinado en oración, con el alma retorcida de angustia. No ora por sí mismo, sino por aquellos a quienes vino a salvar. En los montes de Galilea y en

las arboledas del Olivar, el Amado de Dios oró por los pecadores. Luego salió para ministrarles, su lengua tocada de nuevo con fuego vivo.

Cristo era el representante de la raza. Como nuestro ejemplo, oró al Padre pidiendo fuerza y gracia. Estas oraciones llegan hasta nuestros días. Se identificó con nosotros. Siendo tentado en todo según nuestra semejanza, puede compadecerse de los que son tentados. Se postró ante su Padre como un suplicante, obteniendo fuerza de lo alto. Por la comunión con Dios, fue vigorizado y refrescado para su trabajo de ayudar a los necesitados. Fortalecido para el deber y preparado para el trabajo por la intercesión con el Padre, salió para animar y bendecir a los demás. Aquellos que son realmente amigos de Cristo comulgarán a menudo con Él, teniendo una fe implícita en que Él responderá a todas las oraciones ofrecidas en Su nombre.

Dios permite que de vez en cuando se produzca una crisis, para que sus hijos puedan acudir a Él. Él ve y conoce todas las cosas. Él desea que ellos sientan su impotencia, y que le supliquen, echando sus almas indefensas sobre Él. Entonces están listos para ser enseñados. "Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros". En la presencia del Salvador, el pueblo de Dios no temerá el mal. Las perplejidades siempre variables, los cambios abruptos e inesperados de esta época no los desconcertarán ni los desalentarán, sino que les darán fortaleza y valor, preparándolos para el trabajo.

Cristo declara: "Todo el que pide, recibe; y el que busca, halla". Esta es una ley del gobierno divino, una ley segura e infalible, que establece una conexión entre las agencias humanas y divinas. ¡Oh, qué mundo de promesas tenemos en la Palabra de Dios! A todos los que le buscan en el estrado de la misericordia, Cristo les da poder para dar testimonio de Él. Se ha obligado a no defraudar nunca a un verdadero buscador de la guía del Espíritu Santo. Y para asegurárnoslo apela al amor de los padres terrenales: "¿Qué hombre hay de vosotros", pregunta, "a quien si su hijo le pide pan, le dará una piedra? o si le pide un pez, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan?".

Sra. E. G. White

12 de septiembre de 1900

Nuestro deber como cristianos

EGW

Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza". No confiéis en vuestras propias fuerzas. "Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo". ¿Hacemos la preparación que nos corresponde para poder resistir al enemigo? ¿Nos damos cuenta del carácter sagrado de la obra de Dios y de la necesidad de velar por las almas como quienes deben dar cuenta? Debemos estar vigilantes, "conociendo el tiempo, que ya es hora de despertar del sueño; porque ahora está más cerca nuestra salvación que cuando creímos. La noche está avanzada, el día está cerca; despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz".

"Gracia y paz os sean multiplicadas por el conocimiento de Dios y de Jesús nuestro Señor, según Su divino poder nos ha dado todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento de Aquel que nos llamó a la gloria y a la virtud; por las cuales nos han sido dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia."

Estas promesas son la seguridad de que a través de la influencia del Espíritu Santo somos fortalecidos para llegar a ser como Dios en carácter. Al contemplar su pureza y santidad, nos hacemos partícipes de su naturaleza, superando el egoísmo del corazón natural. Hay un poder en la verdad que siempre obrará si el agente humano coopera de corazón, dejándose llevar por la fe al cautiverio de Jesucristo. Las virtudes y excelencias del Salvador se convierten entonces en el sabor de todo el ser.

"Y además de esto -continúa el apóstol-, poniendo toda diligencia, añadid a vuestra fe virtud; y a la virtud, ciencia; y a la ciencia, templanza; y a la templanza, paciencia; y a la paciencia, piedad; y a la piedad, bondad fraterna; y a la bondad fraterna, caridad."

No se trata de un trabajo superficial. Significa una clara comprensión de las cosas espirituales, y un sentido genuino de la obra práctica del Espíritu Santo sobre la mente y el corazón. "El que carece de estas cosas es ciego, y no puede

ver de lejos, y ha olvidado que fue purgado de sus antiguos pecados". Pero "si estas cosas están en vosotros, y abundan, hacen que no seáis estériles ni estériles en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo."

Mediante la aplicación de las verdades del Evangelio, los hombres se convierten en colaboradores de Dios. Pero los que, aunque dicen creer en la Biblia, no practican la verdad que contiene, están ciegos y no ven de lejos. Por eso muchos hombres y mujeres viven en contradicción con Dios. No viven ni trabajan según el plan evangélico de adición. Su experiencia religiosa está empuñecida.

"Por tanto, hermanos, procurad más bien hacer firme vuestra vocación y elección; porque si hacéis estas cosas, no caeréis jamás, pues así se os concederá abundantemente la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo."

Un mero credo, aunque cada jota y tilde de él sea sólida, no es suficiente para restaurar en el hombre la imagen moral de Dios. Una fe ancestral, por tenaz que sea, no puede corregir los males del corazón natural. Es la mente dispuesta, el espíritu sincero, los esfuerzos sinceros y abnegados, imbuidos de amor a Dios y al hombre, lo que produce resultados aprobados por Dios. Todo el corazón debe estar entregado a Dios, pues de lo contrario dejaremos de amarlo supremamente, y entonces, necesariamente, dejaremos de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. No podemos obedecer la ley a menos que esté escrita en el corazón. Sólo la verdad tal como está en Jesús puede iluminar el alma, capacitándonos para hacer el bien y sólo el bien a aquellos con quienes nos relacionamos.

Hay personas para quienes la verdad no es verdad. La obra del Redentor no ejerce ninguna influencia restauradora en sus vidas. No obedecen la voluntad de Dios. Las innumerables misericordias y bendiciones que se les conceden las reciben como algo natural. ¿Cuál es el problema? No obedecen el mandamiento: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente".

Cristo declara: "Las palabras que yo os hablo, son espíritu y son vida". Hacer profesión de fe mientras fracasamos, recibir la verdad como un sediento recibe agua, deja el alma tan estéril como las colinas de Gilboa. El corazón es la ciudadela del ser, y hasta que el corazón se rinda a Dios, el enemigo lo reclamará como su fortaleza, y ningún poder en la tierra podrá desposeerlo. El cristianismo no está allí. Su lugar lo ocupan los sofismas. No hay amor por el Salvador ni por aquellos por quienes Él murió. No hay conocimiento experimental de las

palabras: "Somos colaboradores de Dios; vosotros sois labranza de Dios; vosotros sois edificio de Dios".

¿No hay muchos como la higuera que no dio fruto? Parecen pensar que la profesión de seguir a Cristo constituye la suma del cristianismo. Muchos deshonran la religión de la Biblia rebajando la norma para satisfacer sus propios logros. No se preparan para enfrentar los ataques del enemigo. No se crucifican a sí mismos. Parecen no darse cuenta de que deben luchar constantemente contra las inclinaciones del corazón natural. ¡Oh, más del espíritu del Maestro! ¡Cuánto lo necesitan Sus hijos!

No estamos obligados a abandonar los negocios para vivir la religión de Cristo. No necesitamos huir al desierto y habitar en las cavernas de la tierra para obtener un camino más cercano con Dios. El Señor no exige que seamos inútiles en la sociedad para servirle. La indolencia no es una gracia cristiana. Debemos ser celosos de buenas obras, "no perezosos en los negocios; fervorosos en espíritu, sirviendo al Señor".

En todas las relaciones de negocios debemos representar a Dios, mostrándonos cristianos. Los hombres pueden servir a Dios en la vida de los negocios si en medio de las tentaciones del mundo mantienen Su religión pura y sin mancha. El cristiano debe poner su meta en alto. Ha de hacer brillar su luz ante los hombres, para que vean sus buenas obras y glorifiquen a su Padre celestial. En medio de la confusión y el cambio de la vida diaria, debe mantener firme su integridad.

La voluntad de Dios debe ser nuestra voluntad y Su camino nuestro camino tanto cuando estamos ocupados en negocios como cuando estamos de rodillas en oración. Debemos mantener los principios cristianos en todas las circunstancias, por difíciles que sean. La religión de la Biblia es para todos los tiempos y todas las ocasiones.

La verdadera bondad se revela dando buenos frutos. Esta bondad lleva el aval del cielo. La religión de Cristo hace verdaderamente benévolos a todos los que la poseen. No tolera pequeñeces ni transacciones mezquinas. Los verdaderos cristianos tienen una nobleza que no permite ninguna de las acciones baratas y codiciosas que son una desgracia para el que las hace.

Si queremos trabajar sabia e inteligentemente para Dios, nuestras pasiones humanas, nuestras tendencias hereditarias y cultivadas al mal, deben ser puestas

bajo el control de un generalato más elevado y dominante que la capacidad humana.

"Deja de hacer el mal; aprende a hacer el bien". Esta es la lección que cada uno debe aprender día a día. Hemos de andar de acuerdo con la voluntad de Dios, que es demasiado sabio para equivocarse y demasiado bueno para hacernos daño. El Redentor se enfrentó a los avances traicioneros de Satanás con las palabras: "Escrito está", y con el mandato imperativo: "Apártate de mí, Satanás". Los cristianos deben recibir con mansedumbre la Palabra injertada, que es capaz de salvar el alma. La Palabra de Dios es una torre de fortaleza, a la que pueden correr y salvarse.

Sra. E. G. White

19 de septiembre de 1900

La necesidad de unidad

EGW

Dios ha dado a Sus hijos diferentes talentos y capacidades, pero todos deben trabajar bajo una gran Cabeza. Los que dicen servir a Dios tienen la obligación de trabajar para Él con fidelidad y desinterés. No deben esperar una oportunidad para construirse a sí mismos en perjuicio de alguien más.

Diferentes dones son impartidos a diferentes personas, para que podamos sentir la necesidad que tenemos unos de otros. Dios concede estos dones, y han de emplearse a Su servicio, no para glorificar al que los posee, sino para elevar al Redentor del mundo. Deben utilizarse para el bien de toda la humanidad. Dios desea que su pueblo se ayude mutuamente en el cumplimiento de sus diversos deberes y en la fiel realización de la obra que Él les ha encomendado.

El Señor desea que Su pueblo alcance un nivel más alto. Desea que superen toda exaltación propia. No deben manifestarse celos ni envidias, ni abrigarse conjeturas malignas. El poder de las agencias satánicas es grande, y el Señor llama a su pueblo a unir sus fuerzas para fortalecerse mutuamente, "edificándoos sobre vuestra santísima fe." "Amad como hermanos, sed compasivos, sed corteses".

Somos obreros junto con Dios. Un obrero planta, otro riega o cultiva, y Dios da el crecimiento. El progreso de la obra en cada alma individual determina la

fuerza de la iglesia. Cuando los que dicen creer la verdad son santificados por medio de la verdad, cuando aprenden de Cristo, de su mansedumbre y humildad, habrá unidad completa y perfecta en la iglesia. Los miembros responderán a la oración de Cristo: "Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad; ... para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. Y la gloria que Tú me diste, yo les he dado; para que sean uno, como Nosotros somos uno; Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfeccionados en Uno; y para que el mundo conozca que Tú me has enviado, y que los has amado a ellos, como también a Mí me has amado."

Cuando Cristo habite en los corazones de los creyentes, todas las peleas, todas las acciones egoístas, todas las palabras descorteses, serán desechadas. Cada uno preguntará seriamente: "Señor, ¿qué quieres que haga?".

Luchemos con ahínco por la victoria sobre el pecado. Estemos decididos a no dar lugar al enemigo criticando, eligiendo defectos, menospreciando a los demás y buscando ser los primeros. Estudiemos la oración hecha en nuestro favor y trabajemos para que se cumpla. Mantengamos la mirada fija en el Modelo perfecto. La única manera de evitar disensiones y contiendas es seguir mirando a Aquel que vino al mundo para salvar a los pecadores, aprendiendo de Él, Su mansedumbre y humildad. Él nos dice: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". ¿Cómo, entonces, puede haber contienda entre nosotros? Si vivimos en la presencia de Cristo, no habrá contienda.

Lee la instrucción dada en el capítulo dieciocho de Mateo. En todos los oráculos de Dios no hay nada más positivo que esto, y sin embargo Dios es deshonrado y Su causa manchada por la realización de los males señalados en este capítulo. Estas palabras son para ti y para mí, y para todos los que dicen ser seguidores del manso y humilde Jesús. Nos muestra los principios sobre los que debemos actuar en todos los casos y en todas las circunstancias. No debe haber lucha por la supremacía. Cristo enseña que en Su reino espiritual no es la posición, no es el esplendor exterior o la autoridad, sino la excelencia interior lo que constituye la grandeza.

Los discípulos se acercaron a Jesús con la pregunta: "¿Quién es el mayor en el reino de los cielos? Jesús llamó a un niño y lo puso en medio de ellos, y dijo: De cierto os digo que si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos."

Esta es la lección de Cristo para aquellos que ha rescatado con su propia sangre. Se interesa profundamente por los más pequeños y débiles de Sus hijos, y considera que lo que se hace por ellos es como si se hiciera por Él mismo. Los ángeles, que están en constante comunión con el Padre, no se avergüenzan, sino que se alegran y están dispuestos a servir a los más necesitados de su ayuda. Entonces, como siervos de Cristo, ¿no deberíamos estar dispuestos a servir a aquellos que suponemos inferiores a nosotros?

Los más grandes en el reino de Dios son los que le conocen y le aman. Estos son los escogidos por Él y los preciosos. Hacer justicia, amar la misericordia y andar humildemente delante de Dios, ésta es una evidencia infalible de la verdadera santificación del corazón y de la vida.

Las enseñanzas de Cristo han de ser para nosotros como las hojas del árbol de la vida. Al recibir y asimilar Sus palabras, revelaremos un carácter simétrico. Mediante nuestra unidad, estimando a los demás mejor que a nosotros mismos, daremos al mundo un testimonio vivo del poder de la verdad. No debemos temer que, a menos que busquemos ser los primeros, no seremos estimados debidamente. Si los hombres tuvieran una visión más elevada y clara de Cristo, si confiaran más en Él y menos en sí mismos, sus caracteres se moldearían y formarían de acuerdo con la semejanza divina. Cuando el yo esté oculto en Cristo, el Salvador aparecerá como el más importante entre diez mil, y el más encantador.

La presencia de Cristo en la iglesia es su vida, su salud y su crecimiento. Que los hijos de Dios recuerden que ser estimados por los hombres no es nada, pero ser alabados por Dios lo es todo. Los cristianos deben renunciar a buscar ser los primeros si quieren obtener el favor y el reconocimiento de Dios. Los que tienen puntos de vista correctos de lo que constituye la verdadera grandeza nunca contendrán por la supremacía.

Alejemos de nosotros todo sentimiento de autoexaltación. Preparémonos para ser buenos soldados de la cruz aprendiendo la lección que Cristo dio cuando dijo: "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas." Aquel que ha aplastado todo deseo de auto-reconocimiento, seguramente será reconocido por el desinterés de Su vida. Para ayudar y animar a los demás, está dispuesto a dejar de lado el yo, a renunciar a sus propios planes y deseos. Un hombre así es un noble líder en el ejército de Cristo.

Observen la paciente resistencia del Salvador en el sufrimiento y la prueba, y recuerden que nosotros también estamos comprometidos en una guerra severa y difícil. Unámonos a Él en un servicio desinteresado. "Nada hagáis por contienda o vanagloria; antes bien con humildad de ánimo, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo.... Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó forma de siervo y se hizo semejante a los hombres.... Hacedlo todo sin murmuraciones ni contiendas, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha, en medio de una nación torcida y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo."

Sra. E. G. White

26 de septiembre de 1900

Como luces en el mundo

EGW

Dios desea que brillemos como luces en el mundo. La oscuridad ha cubierto la tierra y las tinieblas las personas; y Cristo dice a sus seguidores: "Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos." Debemos dar la luz de la verdad a los demás, siempre pidiendo, siempre recibiendo, siempre impartiendo, obrando con toda sencillez mediante la santificación del Espíritu.

Cristo señaló la posición que debía ocupar su pueblo cuando dijo: "Vosotros sois la luz del mundo". De los miembros de la iglesia debe salir una influencia que ilumine a los demás. El Dador de Luz arregla las lámparas para que todos en Su casa (el mundo) puedan ser iluminados. Él tiene un suministro inagotable de luz, y coloca a aquellos que verdaderamente creen en Él, donde brillarán más y más. Constantemente nuestra luz debe aumentar en brillo porque constantemente estamos recibiendo luz de la Fuente de toda luz. Contemplando a Cristo, debemos ser transformados a Su imagen, reflejando Su luz al mundo.

Cada alma unida a Cristo se convierte en una luz en la casa de Dios. Cada uno debe recibir e impartir, dejando que su luz brille con rayos claros y brillantes. Dios nos hace responsables si no dejamos que la luz brille para los que están en tinieblas. Dios ha dado a cada miembro de Su iglesia la obra de dar luz al mundo, y aquellos que fielmente actúan su parte en esta obra recibirán un

suministro creciente de luz para impartir. Por su Espíritu, el Señor moldeará y formará al agente humano, avivando sus energías y dándole luz para iluminar a otros.

La vida siempre se muestra en acción. Si el corazón está vivo, enviará la sangre vital a todas las partes del cuerpo. Aquellos cuyos corazones están llenos de vida espiritual no necesitarán que se les inste a revelar esta vida. La vida divina fluirá de ellos en ricas corrientes de gracia. Cuando oran y hablan, Dios es glorificado.

La eficacia del Señor no tiene límites. Él está preparado para avanzar y añadir nuevos territorios a Su reino. Pero su pueblo debe hacer su parte para llevar adelante esta obra. "Pedid y se os dará", es la promesa. Nuestra parte es apoyarnos en la Palabra con fe inquebrantable, creyendo que Dios cumplirá su promesa. Deja que la fe se abra paso a través de la sombra del enemigo. Cuando surja una duda cuestionadora, acude a Cristo, y deja que el alma se anime por la comunión con Él. La redención que nos ha comprado es completa. La ofrenda que hizo fue abundante e inagotable. El Cielo tiene un suministro inagotable de ayuda para todos los necesitados.

El Salvador se complace en ver a sus seguidores colaborando con Dios, recibiendo generosamente todos los medios para producir fruto y dando generosamente, como obreros a sus órdenes. Cristo glorificó a su Padre por el fruto que dio, y las vidas de sus verdaderos seguidores producirán el mismo resultado. Recibiendo e impartiendo, sus obreros producirán mucho fruto. "Hasta ahora", dijo Cristo a sus discípulos, "nada habéis pedido en mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo".

El Dios de la providencia sigue caminando entre nosotros, aunque no se vean sus pasos, aunque no se reconozcan ni comprendan sus obras positivas y directas. El mundo, en su sabiduría humana, no conoce a Dios. El Señor quiere que a través de los seres humanos se manifieste su gloria, no la gloria de los hombres. Es su luz la que brilla a través de sus agentes. La providencia y la revelación obran en divina armonía, revelando a Dios como el primero, y el último, y el mejor en todo.

Cristo está atrayendo a los pecadores hacia sí por las cuerdas del amor, buscando unirlos a sí mismo, para que puedan ser obreros junto con Dios, no en orgullo y autosuficiencia, sino en mansedumbre y humildad. Cuando los pecadores se convierten, Dios es glorificado ante los principados y potestades del cielo y de la tierra. Estos convertidos son un espectáculo para el mundo,

para los ángeles y para los hombres. "Vosotros sois mis testigos", dice Dios. Al mirarme a Mí debéis ser transformados en carácter; y mediante la manifestación de la paciencia y el amor semejantes a los de Cristo debéis revelar esta transformación.

Debemos hacer brillar nuestra luz transmitiendo a los demás el amor y la ternura que Dios nos ha dado en abundancia. Cada don de Dios debemos utilizarlo de la mejor manera posible, haciéndolo producir el bien. A Dios no podemos darle nada que no sea ya suyo; pero podemos ayudar a los necesitados que nos rodean. Podemos suplirles las necesidades de esta vida y, al mismo tiempo, hablarles del maravilloso amor de Dios.

Cristo ha identificado Sus intereses con los de Su pueblo. Ha afirmado claramente que podemos ministrarle a Él ministrando a Sus sufrientes. Las palabras de aliento y de ánimo, pronunciadas cuando el alma está enferma y el pulso del valor está bajo, son consideradas por el Salvador como si se las dijera a sí mismo. Los ángeles celestiales las contemplan complacidos. No hay mejor manera de expresar nuestro amor a Dios que mediante acciones desinteresadas y abnegadas, realizadas porque la gracia de Dios ha sido recibida en nuestros corazones.

Sólo hay dos reinos en este mundo: el reino de Cristo y el reino de Satanás. Cada uno de nosotros debe pertenecer a uno de estos reinos. En su maravillosa oración por sus discípulos, Cristo dijo: "No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. Ellos no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícalos en tu verdad; tu Palabra es verdad. Como Tú me enviaste al mundo, así también yo los he enviado al mundo".

No es voluntad de Dios que nos aislemos del mundo. Pero mientras estemos en el mundo debemos santificarnos para Dios. No debemos imitar al mundo. Debemos estar en el mundo como una influencia correctiva, como la sal que conserva su sabor. En medio de una generación impía, impura e idólatra, debemos ser puros y santos, mostrando que la gracia de Cristo tiene poder para restaurar en el hombre la semejanza divina. Debemos ejercer una influencia salvadora sobre los que están en el mundo.

"Esta es la victoria que vence al mundo: nuestra fe". El mundo se ha convertido en un lazareto de pecado, una masa de corrupción. No conoce a los hijos de Dios, porque no lo conoce a Él. No debemos seguir sus caminos ni imitar sus costumbres. Debemos resistir continuamente sus principios. Continuamente debemos obedecer las palabras: "Así alumbre vuestra luz delante de los

hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos."

Sra. E. G. White

3 de octubre de 1900

El Pan de Vida

EGW

La Biblia contiene la ciencia de la salvación. "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra."

El que insufló en el hombre el aliento de vida y lo convirtió en alma viviente, ha insuflado en las Escrituras un poder vital y vivificador. "La Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. No hay criatura que no sea manifiesta a sus ojos, sino que todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel con quien tenemos que ver."

Necesitamos estudiar la Palabra de Dios mucho más de lo que lo hacemos. Así nos veremos tal como somos. Tomemos la santa Palabra de Dios como consejera. Estudiémosla con el corazón abierto para recibir su instrucción.

Aquellos que estudian la Biblia con un verdadero propósito llegarán a ser sabios para la salvación. Cristo habla de esto como comer la carne y beber la sangre del Hijo del hombre. "Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo -dijo-; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo.

"Los judíos, pues, discutían entre sí, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Entonces Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.... El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os hablo son espíritu y son vida."

Al ofrecerse en la cruz del Calvario, Cristo dio su carne y su sangre para la salvación del mundo. Los que creen en Él como Salvador personal, los que realizan sus obras, recibiendo sus palabras y practicando sus principios, están comiendo el pan de la vida. Las lecciones de Cristo son su alimento y su bebida. Buscan constantemente hacer la voluntad de Cristo. En todas las circunstancias se esfuerzan por hacer lo que Él haría. Miran a Aquel que es el Autor y Consumador de su fe, preguntando seriamente: ¿Qué haría Jesús? ¿Qué palabras diría? Si yo digo palabras que Él no diría si estuviera en mi lugar, no estoy permaneciendo en Él, ni Él en mí.

La Palabra de Cristo es pan de vida y agua de salvación. La confianza en su plenitud nos llega a través de la comunión constante con Dios. Por ella obtenemos fuerza espiritual. Cristo suministra la sangre vital del corazón, y el Espíritu Santo da poder nervioso. Engendrada de nuevo a una esperanza viva, imbuida del poder vivificante de una nueva naturaleza, el alma está capacitada para elevarse más y más alto. La oración de Pablo por los efesios era "que os conceda, conforme a las riquezas de su gloria, ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu, para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones; a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios."

Así como nuestra vida natural se sustenta con el alimento físico, nuestra vida espiritual debe sustentarse con el alimento espiritual, es decir, con las palabras de Cristo. El Evangelio, creído y vivido, significa vida eterna. Da salud y vigor espirituales. Nos capacita para mostrar en la vida diaria los frutos del Espíritu.

Los discípulos de Cristo deben llevar la perfección de Su carácter a sus caracteres. Él les ha dado Su Palabra como alimento espiritual. Al comer Su Palabra, crecerán como Él, manifestando altruismo, integridad, bondad y amor. En todo lo que hagan, la semejanza a Cristo será revelada. Así mostrarán que están comiendo el pan del cielo y sacando agua viva de las fuentes de la salvación.

En Cristo, "Dios fue manifestado en la carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en la gloria". Estas palabras no son meramente para ser leídas como una lección. Deben ser entendidas, creídas y vividas. Nos darán vida espiritual. Las

enseñanzas de Cristo deben ser llevadas a la experiencia diaria. Tenemos redención por Su sangre, incluso el perdón de nuestros pecados.

El cristiano debe vivir de la Palabra de vida. De ella hemos de recibir un conocimiento cada vez mayor de la verdad. De ella hemos de obtener luz, pureza, bondad y una fe que obra por amor y purifica el alma. Se nos da para que seamos limpiados de toda mancha y presentados sin mancha ante el trono de la gloria divina. ¡Maravillosa victoria, obtenida por Cristo en nuestro favor!

La unidad con Cristo depende de la renovación de la mente por el Espíritu Santo. Así somos fortalecidos para caminar en novedad de vida, recibiendo de Cristo el perdón de nuestros pecados. El que tiene esta experiencia es un vaso limpio, santificado y apto para el uso del Maestro. El yo está muerto. Sus palabras son: "Vivo, pero no yo, sino que Cristo vive en mí". Hay una recepción diaria del Espíritu Santo, y esto trae vida eterna al alma.

Los que comen la carne y beben la sangre del Hijo de Dios tienen una unión vital y salvadora con Él. Participan de la naturaleza divina. Cristo habita en la morada humana. Los verdaderos cristianos son uno con Cristo como Cristo es uno con Dios. La vivificación del Espíritu Santo trae vida al alma. Cuando esto se cree, se comprende y se conoce por experiencia, el carácter de Dios se revela en el agente humano. Cristo permanece en el corazón.

Toda desunión, todos los pensamientos, palabras y acciones egoístas, son el fruto de la obra de un espíritu impío en la mente. Bajo la influencia de este espíritu, se pronuncian palabras que no revelan al Salvador. Cristo no está formado en el interior, la esperanza de gloria. Los que viven así son pecadores, aunque puedan ser tenidos por santos. Carecen de fe. No practican los principios de Cristo. Muchos que dicen ser cristianos cometen pecados graves porque no comen el pan bajado del cielo.

Los que reciben a Cristo son mansos y humildes. Cristo abre en sus corazones una fuente de agua viva, que brota para vida eterna, refrescando las almas de los demás. La vida de los que comen el pan de vida es purificada por la gracia de Dios. Reclaman y reciben todo lo que significa la entrega de la carne y la sangre de Cristo. Vivificados por el Espíritu Santo, están capacitados para realizar las obras de Cristo.

La Palabra de Dios debe ser nuestra consejera en todas las dificultades, nuestra guía en todas las relaciones de la vida. En el corazón, en el hogar, en el lugar de trabajo, los oráculos vivientes de Dios deben reinar supremos. Cuando estamos

solos, cuando ningún ojo humano ve, ningún oído humano oye, la verdad debe ser nuestra compañera. Siempre el alma debe estar sujeta a su control. Sobre el pensamiento, la palabra y la acción ha de imprimir su divina huella. Para los que obedecen, la Palabra de Dios es el árbol de la vida. Posee los elementos necesarios para la formación de un carácter perfecto, y del efecto que su enseñanza produzca en nosotros depende nuestro destino para la eternidad.

Sra. E. G. White

10 de octubre de 1900

Su maravilloso amor

EGW

Dios creó a Adán y Eva, y los puso a cargo del Jardín del Edén, donde todo era bello a la vista, y el fruto agradable al paladar. Les dijo: "De todo árbol del jardín puedes comer; pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás." Se les prohibió comer del fruto de este árbol. Esto parece poca cosa, pero era una prueba de su obediencia y de su confianza en Dios. Dios les dijo que si desobedecían, el resultado sería la muerte. Su felicidad dependía de la obediencia.

Por la obediencia Adán no habría perdido nada de lo que le convenía conservar. Pero, a pesar de ello, desobedeció. La tentación de transgredir fue presentada por Eva, quien, habiendo comido ella misma de la fruta prohibida y sin darse cuenta de ningún daño inmediato, ofreció un poco de ella a Adán, hablándole de las grandes ventajas de las que se veían privados al no permitírseles comer de ella.

Así entró el pecado en el mundo. Dios cerró contra la pareja desobediente las puertas del Paraíso, colocando un ángel con una espada flamígera para guardar el camino hacia el árbol de la vida. Ahora el hombre no debía comer del fruto del árbol de la vida, pues el pecado no debía immortalizarse. Una estrella de esperanza iluminó el oscuro y sombrío futuro. Dios dijo a la serpiente: "Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar". Así fue dada la promesa del Redentor.

Dios se compadeció de la raza caída. Él "amó tanto al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida

eterna". Cristo vino a traer vida e inmortalidad a los muertos en delitos y pecados. ¿Quién es el que lleva semejante peso de responsabilidad? - "Saldrá una vara del tronco de Jesé, y un vástago brotará de sus raíces; y reposará sobre él el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de temor del Señor." "Un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz".

Cristo declaró: "Antes que Abraham fuese, Yo soy". Con esta declaración puso al descubierto los recursos de su naturaleza infinita, impartiendo en sus palabras seguridad de paz y perdón para la raza culpable. Habló con la seguridad de que era capaz de tomar y entregar su vida como quisiera, para asegurar la salvación de los que habían caído en la trampa de Satanás.

Cristo habló con la autoridad de la grandeza, pues con voz clara y distinta dijo: "Yo soy la luz del mundo". "Yo soy el pan de vida". "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida". "Yo soy el Buen Pastor.... Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen; y yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano." "Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga".

Juan llama nuestra atención sobre el amor que Dios nos ha concedido. "Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios". Aunque durante siglos el pecado se ha ido acumulando, aunque por medio de la falsedad y el artificio Satanás ha arrojado la negra sombra de su interpretación sobre la Palabra de Dios, sin embargo la misericordia y el amor del Padre no han cesado de fluir hacia la tierra en ricas corrientes. Si los seres humanos abrieran las ventanas del alma hacia el cielo, en agradecimiento a los dones divinos, se derramaría un torrente de virtud sanadora, que llevaría a los hombres a exclamar: "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados."

Para ampliar nuestra visión de la bondad de Dios, Cristo nos invita a contemplar las obras de sus manos. "Mirad las aves del cielo", dice; "no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; pero vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas? ¿Quién de vosotros podrá aumentar su estatura un codo con sólo pensarlo? ¿Y por qué os preocupáis por el vestido?"

Considerad los lirios del campo, cómo crecen; no trabajan, ni hilan; y sin embargo os digo, que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Por tanto, si Dios viste así a la hierba del campo, que hoy es, y mañana es echada en el horno, ¿no os vestirá mucho más a vosotros, hombres de poca fe? Por tanto, no os preocupéis, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos vestiremos? ... Porque vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas."

Aunque los hombres hayan pecado gravemente, no están abandonados. La Mano que sostiene el mundo, sostiene y fortalece al ser humano más débil y pecador. El gran Maestro Artista, cuya habilidad está infinitamente más allá de la habilidad de cualquier ser humano, que da al lirio del campo sus delicados y hermosos tintes, y que cuida del pequeño gorrión, cuida también de Sus hijos.

El cuidado concedido por el Cielo a cualquier objeto dado es proporcional al lugar ocupado por este objeto en la escala de la creación. Si a la flor se le da una belleza que sobrepasa la gloria de Salomón, ¿cuál puede ser la estimación que Dios hace de su herencia adquirida? Cristo nos señala el cuidado otorgado a las cosas que se marchitan en un día, para mostrarnos cuánto amor debe tener Dios por los seres creados a Su propia imagen. Él desea que cada mente capte esta preciosa verdad. Abre ante nosotros el volumen de la providencia y nos pide que contemplemos los nombres escritos en él. En este volumen cada ser humano tiene una página, en la que están escritos los acontecimientos de su vida. Y en la mente de Dios estos nombres no están ausentes ni un momento. Maravillosos son el amor y el cuidado de Dios por los seres que ha creado.

En favor del hombre, Dios ha derramado todo el tesoro del cielo, y a cambio reclama y espera todo nuestro afecto. Por nosotros entregó a su Hijo unigénito a una vida de rechazo, abuso, insulto y burla.

Todo esto lo hizo Dios para que el hombre se llenara del amor y la benevolencia divinos. Así aseguraría a los pecadores que los pecados de la mayor magnitud pueden ser perdonados si el transgresor busca el perdón, entregándose a sí mismo, cuerpo, alma y espíritu, para ser transformado por la gracia de Dios, y cambiado a Su semejanza.

Cristo impartió su divina bendición, con una copiosidad que mostraba que todo el poder del cielo y de la tierra le había sido dado para bendecir y fortalecer a la humanidad. Todos los tesoros de la eternidad están a sus órdenes. No hay restricción a su beneficencia. Para todos, altos y bajos, ricos y pobres, que lo

reciben por fe como Hijo de Dios, Él es una ayuda muy presente. No consideró un robo ser igual a Dios, para revelar a Dios de palabra y obra.

Habiendo traído al mundo los grandes tesoros del cielo, poseídos y creados por el Dios eterno, Cristo puede dar a todos la vida eterna. Con su humanidad toca a la humanidad, y con su divinidad se aferra firmemente a la divinidad. En el hombre postrado, enfermo, debilitado, puede insuflar el soplo de vida, haciéndole partícipe de la naturaleza divina.

Sra. E. G. White

17 de octubre de 1900

Ayuda para los tentados

EGW

"En el mundo tendréis tribulación; pero confiad, yo he vencido al mundo".

No hay guerra entre Satanás y sus agentes, entre los ángeles caídos y los que se han entregado al mal. Ambos poseen los mismos atributos, ambos son malos por el pecado. Pero entre los seguidores de Cristo y los poderes de las tinieblas hay un conflicto incansable, que no tendrá fin hasta que Cristo venga por segunda vez sin pecado para salvación, para destruir a aquel que ha destruido tantas almas mediante su poder engañoso.

De esta enemistad se habló en el Edén. Dios declaró a Satanás: "Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar". Esta enemistad se reveló tan pronto como el hombre transgredió la ley de Dios. Su naturaleza se volvió malvada. Formó una confederación con el enemigo de Dios. Los hombres caídos y los ángeles caídos se han unido en una compañía desesperada contra el bien. Satanás hace todo lo posible para inducir a los hombres a trabajar con él. Cristo se ha comprometido a entrar en conflicto con el príncipe de las tinieblas, y los soldados de Cristo, los elegidos de Dios, luchan contra los principados y las potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra la maldad espiritual en las regiones celestes.

Satanás tienta a hombres y mujeres de muchas maneras. A diestra y siniestra obra con todo engaño de iniquidad. A unos viene con vestiduras de vencedor y

con aire amistoso. A otros viene con vestiduras de oscuridad, para dispersar y matar. Con temores torturadores trata de desalentar y distraer.

Una y otra vez se acercó a los hijos de Israel, y en ningún momento fue rechazado por completo. Siempre encontraba algún alma dispuesta a agasajarlo. Los mismos hombres que habían visto la gloria de Dios desde el monte lo recibieron como a un huésped bienvenido. Doscientos cincuenta príncipes, hombres de renombre, cayeron bajo su sutil poder. Miembros del sacerdocio, relacionados con la sagrada obra de Dios, fueron engañados por sus artimañas, y se les encontró luchando contra el Señor.

Estos hombres mezclaron la copa de hiel para Moisés. Creyeron servir a la hueste hebrea abriéndoles una puerta de libertad. ¡Qué terrible engaño albergaban! ¡Cuán terriblemente engañados estaban!

La historia de los hijos de Israel fue registrada para beneficio de aquellos sobre quienes ha llegado el fin del mundo. Debemos aprender de su experiencia, para que no deshonremos a Dios como ellos lo deshonraron. Satanás los incitaba continuamente a la rebelión, pero hoy está aún más activo. Ataca primero a uno y luego a otro, y cuando los hombres están desprevenidos logra su propósito.

Cristo vio que el poder de Satanás se ejercía sobre la familia humana, y que reclamaba a toda la raza como suya. El Salvador empeñó su palabra de dar la vida en favor del hombre. Se despojó de su manto real y vistió su divinidad con humanidad, para poder revestir a la humanidad con su manto de justicia.

Jesús vino al mundo como un ser humano, para conocer a los seres humanos y acercarse a ellos en su necesidad. Nació como un niño en Belén. Creció como los demás niños. Y desde su juventud hasta su madurez, durante toda su vida terrena, fue asaltado por las más feroces tentaciones de Satanás.

Adán fue tentado por el enemigo y cayó. No fue el pecado interior lo que le hizo ceder, pues Dios lo hizo puro y recto, a Su propia imagen. Era tan intachable como los ángeles ante el trono. No había en él principios corruptos, ni tendencias al mal. Pero cuando Cristo vino al encuentro de las tentaciones de Satanás, llevaba "semejanza de carne de pecado". En el desierto, debilitado físicamente por un ayuno de cuarenta días, se encontró con su adversario. Su dignidad fue cuestionada, Su autoridad disputada, Su lealtad a Su Padre asaltada por el enemigo caído.

Todo el cielo observaba el conflicto entre el Príncipe de la Luz y el príncipe de las tinieblas. Los ángeles estaban listos para intervenir en favor de Cristo si Satanás traspasaba el límite prescrito. ¡Oh, qué amor ardía en sus corazones al ver a su Comandante aparentemente en poder de su enemigo! Cuando llegó la última tentación, cuando Satanás ofreció a Cristo todo el mundo y la gloria de él, si se postraba y lo adoraba, la divinidad destelló a través de la humanidad, y el enemigo fue resistido, el amor de los ángeles no conoció límites. Su simpatía ya no pudo contenerse.

Cristo venció a Satanás en todos los puntos. El astuto enemigo no pudo inducirle a desviarse de su lealtad a su Padre. "Apártate de mí, Satanás", dijo Cristo; "porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás". El Capitán de nuestra salvación venció por nosotros; Satanás abandonó el campo como enemigo vencido. Pero la tensión sobre Cristo lo había dejado como a un muerto. "Y he aquí vinieron ángeles y le servían". Sus brazos le rodeaban. Su cabeza descansaba sobre el pecho del ángel más alto del cielo. El consuelo divino afluyó a su alma. El enemigo fue vencido. La humanidad estaba en posición ventajosa. Cristo había vencido. Aquellos que se hicieran partícipes de la naturaleza divina serían capaces de resistir las tentaciones del enemigo.

Cristo vivió una vida humana para ser ejemplo del hombre en todas las cosas. Soportó la tentación como todo ser humano debe soportarla. Creyó en Dios, como nosotros debemos creer. Aprendió a obedecer, como nosotros debemos aprender a obedecer. Y venció, como nosotros debemos vencer. Su camino pasaba por múltiples tentaciones; por eso sabe cómo socorrer a los que son tentados.

Maravillosa es en verdad la obra de Dios en favor del hombre. Que el alma tentada recuerde que es un representante de Cristo. Sólo entrando en contacto con obstáculos y dificultades y superándolos nos hacemos fuertes. Nuestra necesidad es la oportunidad de Dios. Si nos aferramos a Cristo, toda prueba será para nuestro bien.

"No tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado". "En todo le convenía ser semejante a sus hermanos, para ser misericordioso y fiel Sumo Sacerdote en lo que a Dios se refiere, a fin de expiar los pecados del pueblo. Porque en cuanto El mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados."

Sra. E. G. White

24 de octubre de 1900

Una Ayuda Presente en Todo Momento de Necesidad

EGW

Los obreros de Cristo deben ser hombres y mujeres bien calificados, bien entrenados, que gocen del uso vigoroso de todas sus facultades. Deben ser hombres y mujeres que se han negado a sí mismos, que en una crisis sabrán, como Daniel, qué curso seguir para honrar y glorificar a Dios.

Habrà que enfrentarse a la infidelidad en muchas formas engañosas. Satanás trabaja bajo disfraz, y se requerirá una mente bien entrenada, aguzada por la iluminación divina, para hacer frente a sus astutas artimañas. Los hombres no pueden ahora retener con seguridad los defectos de carácter. Si no hacen esfuerzos decididos para vencer las tendencias hereditarias y cultivadas al mal, estas tendencias se convertirán en lujurias que guerrearán contra el alma.

Mi corazón se agita dentro de mí al ver tantas ciudades y aldeas en la oscuridad de la superstición y la ignorancia, sin nadie que les enseñe las verdades especiales tan importantes para este tiempo. Apenas puedo contenerme y exclamar en voz alta: ¿Dónde están los misioneros que lleven la luz a estos ignorantes? ¿Dónde están los hombres y mujeres que trabajarán con abnegación y sacrificio para salvar almas?

Ay, ¿no hay muchos como la higuera condenada que no dio fruto, meros acumuladores de tierra? Parecen pensar que profesar a Cristo constituye la suma del cristianismo. Muchos viven con la esperanza de mejorar algún día, pero no avanzan ni un paso. Deshonran la religión de la Biblia rebajando la norma para satisfacer sus propios logros. No se preparan para enfrentar los asaltos de Satanás. No se dan cuenta de que Dios los llama a entablar una guerra constante contra el egoísmo y el orgullo de sus propios corazones. No crucifican el yo. ¡Oh, más del Espíritu del Maestro! ¡Cuánto lo necesita Su pueblo!

Cada día y cada hora necesitamos la santificación del Espíritu, pues de lo contrario seremos sorprendidos. Cristo, el Comandante del cielo, no se atrevió a lanzar contra el diablo una acusación injuriosa, aunque tenía todas las excusas para hacerlo. Debemos aprender a manifestar la humildad de Cristo. "Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí", dice el Salvador. "Yo no soy jactancioso. Oculto mi gloria. Soy manso y humilde de corazón". Cuando el pueblo de Dios tenga corazones santificados y lenguas santificadas, hará una

obra de la que no será necesario arrepentirse. La influencia que ejerzan será un sabor de vida para vida. El Señor está abriendo el camino para la difusión del Evangelio, pero no estamos preparados. Diariamente necesitamos ser suavizados y refinados por el poder del Espíritu Santo. Incluso nuestros pensamientos deben someterse a Cristo. El yo no consagrado debe ser crucificado. Como María, debemos sentarnos a los pies de Cristo y aprender de Él.

Cuando trabajamos para Cristo, no necesitamos apelar a la sabiduría de los seres humanos. Cristo dice: "Venid a Mí, ... y Yo os haré descansar". Tened fe en Dios. ¿Qué es la fe? - "La certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve". Sin fe es imposible agradar a Dios. Haz de la fe en Cristo una realidad gloriosa. Una fe poderosa en el Redentor ejerce una influencia que nada puede resistir. Dios mismo acude en ayuda de sus seguidores probados y tentados, pero fieles.

Dios es nuestra única defensa segura. El camino nuevo y vivo se abre ante todo aquel que se somete alegremente al yugo de Cristo. La fuerza del Señor se perfecciona en la debilidad de sus seguidores, ya sean tan renombrados como Pablo o tan oscuros como el más pequeño de los discípulos. Aquellos que suponen que son perfectos necesitan tomar el yugo de Cristo sobre ellos, y aprender de Él su mansedumbre y humildad. Así descubrirán cuán débiles e ineficaces son en realidad. Los que se creen puros de espíritu y fuertes en la fe necesitan aprender diariamente el significado de las palabras: "Sin mí nada podéis hacer."

Como colaboradores de Dios, debemos estar agradecidos porque no todos somos iguales. Cada hoja de la creación del Señor tiene su propia identidad. Dios no pide a sus seguidores que sean exactamente iguales. Las tentaciones llegan a cada uno de una manera diferente, y Dios revela su poder sosteniendo y liberando a cada uno. La liberación en el tiempo de prueba está preparada para todos los que son tentados, no importa cuán diversas sean sus tentaciones. Fuerza para avanzar hacia arriba y hacia adelante es provista para cada uno.

Cada alma debe luchar sus propias batallas. Él mismo debe ponerse la armadura. Debe orar por sí misma. Debe estar en comunión con Dios por sí misma. Debe mantener su propia alma bajo una guía vigilante, sabiendo que si hace su parte, Dios no dejará de hacer la Suya.

A medida que el tentado se acerca a Dios, Dios se acerca a él, y levanta para él un estandarte contra el enemigo. A medida que los seres humanos busquen al

Señor en oración sincera, aprenderán lo que ningún ser humano puede enseñarles. Verán lo que significa la transgresión de la ley, y qué precio tan costoso se ha pagado por la redención de la raza. Odiarán los pecados que hieren el corazón de Cristo. Verán en Jesús a un Sumo Sacerdote compasivo y tierno, y se inclinarán contritos ante Él.

El pueblo de Dios es débil porque no ha confiado en Él. No han hecho de Él su dependencia, sino que han depositado sus cargas en mentes finitas y corazones humanos. La ayuda que han recibido ha sido como los ayudantes que han buscado. Han perdido de vista a Dios. Mirad a Aquel que puede decir: "Quiero; sé limpio", y enseguida la lepra del pecado se va. Id en busca de ayuda a Aquel que manda a los vientos y a las olas, y ellos obedecen su voz; que habla, y los muertos salen de la corrupción a la vida y a la salud. Gloria y majestad le rodean en todos sus caminos.

¿Quién ha hablado como Jesús? Sus oraciones eran expresión de la voluntad divina. ¿Quién amó jamás a los hombres como Aquel que dio su vida por ellos? Él es el Santo de Dios, y tiene derecho a nuestra alabanza y adoración. Su gloria y majestad llenan los cielos, y sin embargo está lleno de amor y simpatía por Su hijo más débil.

¡Cuán infinitamente inferiores somos al Modelo perfecto que estamos llamados a copiar! Sin embargo, en Su fuerza podemos alcanzar el ideal que se nos propone. Podemos hacer "todas las cosas" en Su poder. Debemos dar hoy al pueblo de Dios el mensaje dado a Moisés para los hijos de Israel: "Avanzad". Cristo pronunció estas palabras. Él guió a los hijos de Israel a través del desierto. Su brazo derecho les trajo la victoria en su guerra contra sus enemigos; y Él está tan dispuesto a ayudarnos en nuestra guerra como lo estuvo para ayudarlos a ellos.

Sra. E. G. White

31 de octubre de 1900

La parábola de la viña

EGW

En la parábola de la viña, Cristo abrió ante los judíos la historia pasada de su nación, mostrando las obras de injusticia que habían hecho, a pesar de la gran luz que se les había dado. En la inmensa congregación que rodeaba a Cristo

había muchos sacerdotes y gobernantes. La mirada del divino Maestro abarcó el pasado, el presente y el futuro, mientras presentaba a los gobernantes judíos su propio curso de acción. Mensajero tras mensajero había sido enviado por Dios a los labradores encargados de la viña, para recibir sus frutos. Estos mensajeros llevaban a los labradores un mensaje solemnísimos. Pero fueron tratados vergonzosamente por ellos. A uno lo golpearon, a otro lo apedrearon y a otro lo mataron.

En último lugar, el dueño de la viña envió a su Hijo, diciendo: "Reverenciarán a mi Hijo". Pero los labradores, al verle, dijeron: "Este es el heredero; venid, matémosle y apoderémonos de su heredad."

Cuando Cristo describió su viña, cercada por los mandamientos de Dios, y cuando habló del trato que habían recibido sus mensajeros, los gobernantes judíos se quedaron como clavados en el sitio; y cuando Cristo preguntó: "Cuando venga, pues, el Señor de la viña, ¿qué hará a esos labradores?", se unieron al pueblo para responder: "Destruirá miserablemente a esos malvados, y dejará su viña a otros labradores, que le darán los frutos a su tiempo". Con sus propios labios pronunciaron su sentencia.

Jesús los miró, y al ver su mirada, supieron que leía los secretos de sus corazones. Su divinidad resplandeció ante ellos con poder inconfundible, y, viendo en los labradores una representación de sí mismos, exclamaron involuntariamente: "Dios no lo quiera."

Con la luz celestial brillando en Su semblante, Cristo dijo: "¿Nunca leísteis en las Escrituras: La Piedra que desecharon los constructores, ésta ha venido a ser cabeza del ángulo?". ¡Qué impresión causaron estas palabras en quienes las oyeron! Si hubieran recibido a Cristo como Enviado de Dios, diciendo: "Bendito el que viene en nombre del Señor.... Tú eres mi Dios, y yo te alabaré; Tú eres mi Dios, yo te exaltaré", ¡qué diferente habría sido su futuro! Pero ellos rechazaron a Cristo, y Él declaró: "Por eso os digo que el reino de Dios os será quitado, y será dado a una nación que produzca sus frutos. Y cualquiera que cayere sobre esta Piedra, será quebrantado; mas sobre quien Ella cayere, le desmenuzará". Los labradores no habían cedido a Dios, y en estas palabras se describe su perdición final. La Piedra yace pasiva bajo el trato que recibe. Se la descarta, se tropieza con ella, se burlan de ella; pero al fin un poder vivo se apodera de ella. Parece surgir de la tierra y cae sobre aquellos que la han tratado con tanto desprecio. Sobre aquellos que no caen sobre Ella y se quebrantan,

cuyos corazones no son limpiados por la misericordia y el perdón de Dios de las tendencias hereditarias y cultivadas al mal, esa Piedra caerá y los hará polvo.

"Cuando los sumos sacerdotes y los fariseos oyeron sus parábolas, se dieron cuenta de que hablaba de ellos". Sus corazones estaban llenos de odio hacia Él, "pero cuando procuraban echarle mano, temían a la multitud, porque le tenían por profeta."

Aquellos que son verdaderos aprendices en la escuela de Cristo estudiarán con intenso interés la parábola de la viña. En esta parábola Cristo presentó la verdadera condición del otrora pueblo escogido de Dios. Les reveló su pecaminosa falta de confianza. Él diseñó esta parábola para que fuera una lección para todos, advirtiéndoles que a menos que anden en los caminos del Señor, guardando todos sus mandamientos, Él no puede bendecirlos ni sostenerlos. La Iglesia en la tierra es muy amada por Dios. Es el redil provisto para las ovejas de Su prado. Pero el Señor no servirá con los pecados de Su pueblo. Muchas veces ha sufrido calamidades y derrotas porque se han glorificado a sí mismos, entretejiendo falsos principios en su práctica. Él perdona de buena gana a los que se arrepienten, pero quitará su favor a los que siguen pecando, exaltándose a sí mismos y mezclando lo sagrado con lo común. Terribles juicios destruirán a quienes lo han tergiversado, diciendo: "El templo del Señor, El templo del Señor, El templo del Señor, son éstos", cuando su ejemplo es engañoso.

En su vida diaria, Cristo dio a los hombres un ejemplo de la obra que debían realizar. En el templo, en las carreteras y caminos, por medio de sus parábolas, sus milagros, su divina compasión y simpatía, declaraba constantemente: No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Anduvo haciendo el bien, sanando las almas y los cuerpos de los enfermos; y cuando Pilato lo entregó a la ira del pueblo por el que tanto había hecho, fue con las palabras: "No hallo en él ningún defecto". La suya fue una humanidad perfecta. En su vida, la actividad y la devoción se mezclaban armoniosamente. El día lo encontraba enseñando en el templo o curando a los enfermos; y la noche, orando en el Olivete por la fuerza para completar Su obra. Como Hijo del hombre, debía prepararse para el deber y la tentación. Debe tener vigor de alma y cuerpo. Debe dejar a sus seguidores un ejemplo perfecto de cómo combatir al enemigo. Y oró fervientemente a su Padre pidiéndole fuerza para hacerlo. Para todos los que deseen seguirlo, Su ejemplo ha quedado registrado. La oración santificó su ministerio. La fortaleza y el vigor para el deber diario se derivan de la adoración

a Dios en la belleza de la santidad. La lámpara debe llenarse con aceite santo antes de que su luz pueda brillar en medio de la oscuridad moral.

El Señor tiene una advertencia para Su pueblo. Cuando los hombres que ocupan puestos de confianza se vuelven descuidados, cuando hacen caso omiso de los requisitos de Dios, cuando abusan de la influencia y se apropian indebidamente de los talentos que Dios les ha dado, están abusando de Sus bienes, y el castigo seguramente caerá sobre ellos. Aquellos que son llamados por el nombre de Cristo deben llevar Sus credenciales, mostrando que han aprendido Su mansedumbre, Su humildad, Su compasión, Su amor por los demás. Cuando los cristianos hagan esto, habrá una condición diferente de las cosas en la iglesia; porque Cristo será revelado. La humanidad estará bajo la influencia de la divinidad.

Para el bien de su Iglesia, Dios ha confiado a hombres designados por Él la obra de representarle por medio de sus palabras bien escogidas y su firme resistencia al mal. Los corazones de estos hombres deben ser tiernos y sus caracteres simétricos, para que puedan representar correctamente al Salvador. Pero muchos al servicio de Dios son ásperos y descorteses. Sus espíritus carecen de amor, pues están llenos de egoísmo y codicia. Creen que tienen derecho a establecer sus propias condiciones en cuanto al valor de su trabajo, y se vuelven opresivos. Si, después de ponerlos a prueba, Dios ve que no se arrepienten, los destituye y da su lugar a hombres que lo representen mejor. Si aquellos que son así levantados por el Señor permanecen fieles y leales, el Señor obrará a través de ellos de una manera notable.

La confusión que debilita a la Iglesia de Dios es el resultado de la obra de hombres no consagrados, cuya estrechez de miras les impide ver la bondad amorosa que Dios les muestra. No ven que Dios les da para que ellos puedan dar a los demás. Todos los consejos de Dios son fieles y verdaderos. Disciplina a su pueblo para guiarlo por el buen camino. Si rehúsan ser instruidos, si no atienden el mandato de impartir lo que reciben, Dios no puede usarlos. Cuando el pueblo de Dios se vuelve tan ciego que pierde de vista los principios, cuando participa del mismo espíritu que agita los corazones de los impíos, no puede llevar la señal ni el sello de Dios. La severidad de su castigo será proporcional a la luz que tenían, pero a la que no prestaron atención.

Satanás utiliza constantemente poderosos principados y potestades para destruir al pueblo elegido de Dios. Los cristianos no consagrados le están ayudando en su obra. Todos los que no mantienen a Cristo en vista están trabajando lejos de

lo correcto. No se reúnen con Cristo, sino que se dispersan. El poder vivificador de Jehová es más necesario ahora que en ningún otro período de la historia de la Iglesia. El pueblo de Dios debe permanecer firme en la fuerza reconocida de Jesucristo. Él es su refugio y su defensa.

La verdadera fe y el trabajo santificado son muy necesarios en este tiempo. Dios dice a su pueblo: "Juntaos, juntaos, para que no seáis destruidos como los moradores de Jerusalén". "Ven, pueblo mío, entra en tus aposentos, y cierra tus puertas en derredor tuyo, escóndete como por un momento, hasta que pase la indignación. Porque he aquí que el Señor sale de su lugar para castigar a los moradores de la tierra por su iniquidad; también la tierra descubrirá su sangre, y no cubrirá más a sus muertos." Se acerca la persecución, y Dios llama a todos a permanecer firmes en el amor cristiano, con los corazones unidos, una misma mente y un mismo juicio. Su pueblo debe apegarse a Él, y deben amarse unos a otros como Él los ha amado. La vida de Cristo ha de ser su ejemplo. Deben seguirlo en amor, mansedumbre y humildad.

Sra. E. G. White

7 de noviembre de 1900

Al servicio del Maestro

EGW

A estos doce envió Jesús, y les mandó, diciendo: No vayáis por camino de gentiles, ni entréis en ciudad de samaritanos. Id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel".

Si los discípulos hubieran predicado ahora el Evangelio a los gentiles o a los samaritanos, habrían perdido su influencia entre los judíos. Al excitar el prejuicio de los fariseos, se habrían envuelto en una controversia, que los habría desanimado desde el principio. Incluso los discípulos tardaron en comprender que el Evangelio debía ser llevado a todas las naciones. Hasta que ellos mismos no pudieran comprender esta verdad, no estaban preparados para trabajar por los gentiles. Si los judíos recibían el Evangelio, Dios se proponía hacer de ellos Sus mensajeros a los gentiles. Por lo tanto, ellos eran los primeros en escuchar el mensaje.

El Salvador continuó: "Y mientras vais, predicad diciendo: El Reino de los Cielos está cerca. Curad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad

fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia. No llevéis ni oro, ni plata, ni bronce en vuestras bolsas; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni zapatos, ni bastón; porque el obrero es digno de su alimento. Y en cualquier ciudad o aldea donde entréis, preguntaos quién es digno en ella, y quedaos allí hasta que salgáis. Y cuando entréis en una casa, saludadla. Y si la casa fuere digna, vuestra paz vendrá sobre ella; mas si no fuere digna, vuestra paz volverá a vosotros. Y a cualquiera que no os reciba ni oiga vuestras palabras, cuando salgáis de esa casa o ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. De cierto os digo que será más tolerable para la tierra de Sodoma y Gomorra en el día del juicio, que para esa ciudad. He aquí, yo os envío como ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas."

El Salvador describió ante sus mensajeros delegados el trato que recibirían cuando dieran testimonio de Él. No les permitió comenzar su trabajo como Sus mensajeros sin decirles lo que encontrarían. Él tenía un conocimiento completo de las luchas que encontrarían. Les mostró el plan de la batalla, señalándoles los peligros que les aguardaban. No debían entrar en la obra con los ojos vendados, sino que debían contar el costo de cada prueba.

"Guardaos de los hombres", dijo Cristo, "porque os entregarán a los concilios, y os azotarán en sus sinagogas; y seréis llevados ante gobernadores y reyes por causa mía, para testimonio contra ellos y contra los gentiles."

Cristo no deseaba que sus discípulos entablaran la guerra con sus propias fuerzas, pensando que podrían derribar toda influencia opositora; porque entonces serían tomados desprevenidos por el enemigo. Les dijo lo que podían esperar. Les dijo que debían calcular el coste. Al mismo tiempo, les aseguró que recibirían ayuda de lo alto. Estaban luchando la buena batalla de la fe, y no se quedarían solos. Los ángeles celestiales lucharían en sus filas, y el poderoso General del cielo les abriría el camino. Podrían temer que su pecaminosidad los hiciera impotentes. Podrían sentir que no podrían hacer frente al enemigo. Debían recordar que la Omnipotencia podía hacerlos más que vencedores si avanzaban con fe, negándose a fracasar o a desanimarse.

El Espíritu Santo suplirá con su gracia a quienes sientan su ineficacia. Los que confían en el Señor se verán rodeados de un muro de luz y santidad. Cristo dice hoy a sus soldados: "Tened buen ánimo; yo he vencido al mundo". "Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados,

contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes."

Esta maldad espiritual se desarrollará con el paso del tiempo. Se harán leyes para obligar a los hombres a adorar a Dios de acuerdo con las opiniones humanas. "Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto del Evangelio de la paz; sobre todo, tomando el escudo de la fe, con el cual podréis apagar todos los dardos de fuego del impío. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios."

Los poderes de esta tierra se unirán con los poderes de abajo para oprimir al pueblo de Dios. En el Apocalipsis, Juan escribe: "Vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, y hablaba como un dragón. Y ejerce todo el poder de la primera bestia que está delante de ella, y hace que la tierra y los moradores de ella adoren a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada. Y hace grandes prodigios, de tal manera que hace descender fuego del cielo a la tierra a la vista de los hombres, y engaña a los moradores de la tierra por medio de los milagros que tenía poder de hacer a la vista de la bestia, diciendo a los moradores de la tierra que hagan una imagen a la bestia que tenía la herida de espada y vivía. Y tenía poder para dar vida a la imagen de la bestia, para que la imagen de la bestia hablase, y para hacer morir a todos los que no adorasen la imagen de la bestia. Y hace que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les ponga una marca en la mano derecha o en la frente, y que nadie pueda comprar ni vender, sino el que tenga la marca, o el nombre de la bestia, o el número de su nombre."

Cuando las agencias satánicas se unan con el profeso mundo cristiano para oponerse a Dios, se cumplirán estas palabras del profeta. En celo ciego "el hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra sus padres, y los harán morir. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; pero el que persevere hasta el fin será salvo."

Dios desea que sus siervos recuerden la instrucción aquí dada, para que no sean engañados con respecto a lo que viene sobre el mundo. Por nosotros mismos no podemos hacer nada. Sin el Espíritu de Dios estamos completamente indefensos. Nuestra fuerza reside en escondernos en Jesús. Dios puede hacer más en un momento para convencer a la gente de lo que nosotros podemos hacer

en toda una vida. Por lo tanto, aferrémonos al brazo de la Omnipotencia. Apoyémonos en Jesús. Así nos fortaleceremos para hacer Su voluntad. El Señor es nuestro ayudador. No nos dejará ni nos abandonará.

Sra. E. G. White

14 de noviembre de 1900

"Ni por la fuerza ni por el poder"

EGW

Esta es la palabra de Jehová a Zorobabel, diciendo: No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, dice Jehová de los ejércitos. ¿Quién eres tú, oh gran monte? Delante de Zorobabel te convertirás en llanura; y él sacará su cabecera con gritos, clamando: Gracia, gracia a ella."

El mundo comienza su obra con pompa, espectáculo y jactancia; pero todo quedará en nada. El camino de Dios es hacer que el día de las cosas pequeñas sea el comienzo del triunfo de la verdad y la justicia. Por esta razón, nadie debe alegrarse por un comienzo próspero, ni abatirse por una aparente debilidad. Dios es para su pueblo riqueza, plenitud y poder. Sus propósitos para Su pueblo elegido son, como las colinas eternas, firmes e inamovibles.

Recuerda que el poder humano no estableció la iglesia de Dios, ni puede el poder humano destruirla. De edad en edad el Espíritu Santo es una fuente rebosante de vida. "Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe". Hay victoria para todos los que se esfuerzan legítimamente, en perfecta armonía con la ley de Dios. Triunfarán sobre toda oposición. Al llevar adelante la obra de Dios frente a todos los enemigos, recibirán la custodia de los santos ángeles.

Cristo se ha comprometido a ayudar a todos los que se unan a su ejército, a cooperar con Él en la lucha contra los enemigos visibles e invisibles. Ha prometido que serán coherederos con Él de una herencia inmortal, que reinarán como reyes y sacerdotes ante Dios. Los que estén dispuestos a compartir en esta vida la humillación del Salvador, compartirán con Él su gloria. Aquellos que elijan sufrir aflicción con el pueblo de Dios en vez de disfrutar de los placeres del pecado por una temporada, recibirán un lugar con Cristo en Su trono.

Aférrate a la Palabra de vida. La tempestad de la oposición se consumirá por su propia furia. El clamor se extinguirá. Llevad adelante la obra del Maestro con

valentía y alegría. El Padre de lo alto, que vela por Sus elegidos con la más tierna solicitud, bendecirá los esfuerzos realizados en Su nombre. Su obra nunca cesará hasta su terminación en medio del grito triunfante: "Gracia, gracia a él".

Sra. E. G. White

28 de noviembre de 1900

La crisis actual

EGW

Al pueblo de Dios le espera una gran crisis. Una gran crisis espera al mundo. La lucha más trascendental de todas las épocas está ante nosotros. Acontecimientos que durante más de medio siglo hemos declarado como inminentes, basándonos en la autoridad de la Palabra profética, están ocurriendo ahora ante nuestros ojos. Una enmienda a la Constitución que restringe la libertad de conciencia, ha sido instada por mucho tiempo a los legisladores de la nación; y la cuestión de imponer la observancia del domingo se ha convertido en una de importancia nacional. ¿Estamos preparados para el problema que implica el movimiento dominical?

Muchos de los que están trabajando por la imposición del domingo nunca han entendido los reclamos del sábado bíblico, y el falso fundamento sobre el que descansa la institución dominical. Y están cegados ante los resultados de la legislación dominical. No ven que sería un golpe contra la libertad religiosa. Pero cualquier movimiento a favor de la legislación religiosa es en realidad un acto de concesión al papado, que durante tantos siglos ha combatido constantemente la libertad de conciencia. El domingo debe su existencia como institución supuestamente cristiana al "misterio de iniquidad"; y su aplicación será un reconocimiento virtual de los principios que son la piedra angular del romanismo. Cuando nuestra nación abjure de los principios de su gobierno hasta el punto de promulgar una ley dominical, el protestantismo se unirá en este acto al papado; estará dando vida a la tiranía que durante tanto tiempo ha estado esperando ansiosamente su oportunidad para saltar de nuevo al despotismo activo.

A medida que esta lucha progresa, puede parecer a la vista humana que Satanás triunfa y que la verdad es superada por la falsedad y el error. En el país que ha sido un asilo para los siervos de Dios oprimidos por la conciencia y defensores de Su verdad, la libertad religiosa puede estar en peligro, y el pueblo sobre el

cual Dios ha extendido Su escudo, puede encontrar sufrimiento y prueba. Pero Dios quiere que recordemos Sus tratos con Su pueblo en el pasado, para salvarlos de sus enemigos, y que confiemos en Él. Siempre ha escogido los extremos, cuando parecía no haber esperanza posible de liberación de las obras de Satanás, para desplegar su poder. La necesidad del hombre es la oportunidad de Dios.

Mientras el mundo protestante está haciendo concesiones a Roma, y el peligro aumenta por todas partes, despertémonos para comprender la situación, y para ver la contienda que tenemos ante nosotros en su verdadera dimensión. Que los atalayas alcen la voz, y den con claridad el mensaje que es la verdad presente para este tiempo. "Porque si la trompeta diere sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla?". Mostrémosle a la gente dónde estamos en la historia profética, y tratemos de despertar el espíritu del verdadero protestantismo, despertando en el mundo un sentido del valor de la libertad religiosa que han disfrutado por tanto tiempo.

12 de diciembre de 1900

Administradores infieles

EGW

Juzgados por sus propias bocas

Entonces comenzó a decir al pueblo esta parábola: Un hombre plantó una viña, la arrendó a labradores y se fue a un país lejano por largo tiempo. A su tiempo envió un siervo a los labradores para que le diesen del fruto de la viña; pero los labradores le golpearon y le despidieron vacíos..... Entonces dijo el señor de la viña: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado; tal vez lo veneren cuando lo vean. Pero los labradores, al verle, pensaron entre sí, diciendo: Este es el heredero; venid, matémosle, para que la heredad sea nuestra. Y le echaron fuera de la viña, y le mataron. ¿Qué, pues, les hará el señor de la viña?". Los sacerdotes y los fariseos respondieron: "Destruirá miserablemente a esos malvados, y arrendará su viña a otros labradores, que le darán los frutos a su tiempo". Jesús les dijo: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los constructores, ésa es la cabeza del ángulo? Y cualquiera que cayere sobre esta piedra, será quebrantado; pero sobre quien ella cayere, le desmenuzará."

Los fariseos habían observado estrechamente a Cristo mientras daba esta parábola. Sus palabras les cortaron el corazón; porque no podían dejar de ver su propósito. La nación judía había tratado a los siervos que Dios les había enviado con desprecio, injusticia y crueldad; y en consecuencia se les quitaría la viña y serían castigados con temible severidad. Y los fariseos vieron que Él los había señalado como los mismos cuya sentencia ellos mismos habían pronunciado. Se llenaron de ira contra Cristo. Decidieron que Él sabía demasiado de sus viles prácticas como para permitirle vivir. Temían que expusiera ante el pueblo las maldades que habían cometido, y el resultado sería la pérdida de su popularidad.

Desconcertados hasta aquí en sus intentos de atrapar a Cristo, los fariseos se aconsejaron con los herodianos. Habiendo trazado sus planes, "enviaron espías, que se fingiesen justos, para apoderarse de sus palabras, a fin de entregarle al poder y autoridad del gobernador". No enviaron a los viejos fariseos, con quienes Jesús se había encontrado a menudo, sino a hombres jóvenes, ardientes y celosos, a quienes creían que Cristo no conocía.

Los representantes de los fariseos y de los herodianos se acercaron a Cristo con aparente sinceridad, como deseosos de conocer su deber. "Maestro", dijeron, "sabemos que dices y enseñas rectamente, ni aceptas la persona de nadie, sino que enseñas verdaderamente el camino de Dios". Esta era una admisión maravillosa; pero sus palabras no eran sinceras, sino que fueron dichas para engañar. Sin embargo, el testimonio era verdadero. Los fariseos sabían que Cristo decía y enseñaba correctamente, y por sus propias palabras serán juzgados.

"¿Nos es lícito dar tributo al César, o no?", continuaron. Esta era una cuestión sobre la que había mucha controversia. Los fariseos pagaban sus impuestos de mala gana, y muchos negaban el derecho de los romanos a exigir tributo. Los espías esperaban que Cristo respondiera a la pregunta con un simple sí o no. Si les decía que era lícito pagar tributo al César, perdería el favor popular. Si decía que el tributo era ilegal, esperaban "entregarlo al poder y autoridad del gobernador".

Parecían preguntar honestamente, y pensaban que habían disimulado suficientemente su propósito. Pero Jesús leyó sus corazones como un libro abierto, y sondeó su hipocresía. "¿Por qué me tentáis? les preguntó, dándoles así una señal de que no le habían preguntado al mostrar que había leído su propósito oculto. Quedaron aún más confundidos cuando dijo: "Mostradme un centavo". "¿De quién es la imagen y la inscripción? preguntó, y ellos

respondieron: "Del César". Señalando la inscripción de la moneda, Jesús dijo: "Dad, pues, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios".

Así reprendió Cristo la hipocresía y la presunción de los fariseos, y a los circunstantes su respuesta les pareció tan sabia que admiraron su tacto y sabiduría. Su respuesta no fue una evasiva, sino una respuesta sincera, y en muchas mentes se resolvió una cuestión controvertida. Para siempre se aferraron al principio correcto. Y aunque muchos se marcharon insatisfechos, vieron que el principio subyacente había sido expuesto en líneas rectas.

Cuando los fariseos oyeron la respuesta de Cristo, "se maravillaron, y dejándole, se fueron". Fueron convencidos contra su voluntad; pero no quisieron ceder y aceptar a Cristo. En aquel momento no podían satisfacer su ira, pero estaban decididos a llevar a cabo su propósito. En adelante la evidencia no tuvo efecto alguno sobre su arraigado prejuicio. No hubo más paz ni descanso para el Salvador; porque manifestaron la más amarga oposición e intenso odio, y sus planes y maquinaciones para atraparle fueron abundantes, sin cesar hasta que el propósito del odio se cumplió plenamente en el Calvario.

Pero a pesar de la oposición de los sacerdotes y fariseos, Cristo mantuvo su misión siempre ante Él. Con un corazón siempre conmovido por el dolor humano, ministraba a los que le rodeaban. Hablaba con claridad, sencillez y autoridad, y sus sermones eran como nunca antes se habían oído. Sus principios eran tan clara y sabiamente inculcados que nadie tenía por qué equivocarse, si tan sólo le seguía y guardaba sus palabras.

Sra. E. G. White

19 de diciembre de 1900

Advertencia

EGW

La Ley de Dios en vigor

Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, ¡cuántas veces quise reunir a tus hijos, como reúne la gallina a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! He aquí, vuestra casa os es dejada desierta. Porque os digo que no me veréis más hasta que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor."

Esta fue la denuncia más solemne que jamás se había pronunciado contra Jerusalén. Después de denunciar la hipocresía de los dirigentes judíos, que adoraban el templo, pero trabajaban con odio satánico para destruir a Aquel que hacía del templo algo sagrado, Cristo se despidió de los sagrados atrios. Abandonó el templo para siempre, declarando: "Vuestra casa os es dejada desierta".

A partir de entonces, Cristo vio una nube más negra que el cilicio que se cernía sobre la nación antaño favorecida. Mirando hacia el futuro, vio las puertas de Jerusalén abiertas de par en par por los asaltos de las legiones romanas. Vio las murallas, blancas como muros de nieve, rotas, y las hermosas piedras, que habían sido colocadas con habilidad artística, derribadas, de modo que no quedó ni una en pie. El brazo fuerte para salvar se había vuelto fuerte para herir.

Los discípulos eran incapaces de comprender las palabras de Cristo en referencia al templo. Llamaron Su atención sobre sus macizos muros, diciendo: "¡Maestro, mira qué clase de piedras y qué edificios hay aquí!". Las piedras del templo eran de mármol purísimo, de una blancura perfecta, y los pilares que sostenían los pórticos eran de enormes dimensiones. No podían comprender las palabras de Cristo condenando a la destrucción estos poderosos muros, una parte de los cuales había resistido la devastación de ejércitos.

Cuando se fijó en la magnificencia del templo, ¡cuáles debieron de ser los pensamientos inconfesables de aquel rechazado! La vista ante Él era ciertamente hermosa; pero Él dijo con tristeza: Lo veo todo. Los edificios son maravillosos. Vosotros los señaláis como aparentemente indestructibles; pero escuchad mis palabras. Os digo solemnemente que llegará el día en que no quedará piedra sobre piedra que no sea derribada.

Los profetas habían predicho solemnes juicios contra Jerusalén. Su iniquidad y su crimen habían causado una vez su destrucción y el cautiverio de su pueblo en Babilonia. En su humillación, muchos buscaron al Señor con arrepentimiento y compasión; y cuando volvieron del cautiverio, pareció haber por un tiempo una reforma. "No contenderé para siempre", declaró Dios, "ni estaré siempre airado; porque el espíritu debe desfallecer delante de mí, y las almas que he hecho. Por la iniquidad de su codicia me enojé y lo herí..... He visto sus caminos, y lo sanaré; también lo guiaré, y le devolveré el consuelo".

Pero los líderes del pueblo no permanecieron convertidos. No "guardaron el camino del Señor, para hacer justicia y juicio". Rechazaron la palabra del Señor a través de Sus profetas. Entonces Dios envió a Su Hijo con un mensaje de

misericordia, llamándoles al arrepentimiento; pero ellos rehusaron recibirle, y dijeron: "Este es el heredero; venid, matémosle, y la herencia será nuestra." Así Cristo "vino a los suyos, y los suyos no le recibieron".

El tiempo de mayor responsabilidad para la nación judía fue cuando Jesús estuvo entre ellos. Fue también el tiempo de su mayor privilegio y bendición. Y al rechazar al Hijo de Dios, y rechazar toda propuesta de misericordia, se hicieron culpables del mayor de todos los pecados.

"No me veréis más", dijo Cristo, "hasta que digáis: Bendito el que viene en nombre del Señor". Os habéis negado a ver en Mí a un Salvador misericordioso, que os ofrece redención. Cuando los pesados juicios de Dios caigan sobre vosotros, aún os negaréis a ver en Mí a un Salvador que perdona los pecados. Pero un día anhelaréis a un Libertador que una vez estuvo entre vosotros, pero a quien no quisisteis recibir. Entonces estaréis dispuestos a bendecir a Aquel a quien una vez maldecisteis, pero será demasiado tarde. Así, con poder y autoridad, nuestro Señor reprendió al pueblo judío.

Jerusalén se perdió por su obstinada negativa a reconocer la verdad. Esta es la condición del mundo de hoy. Los hombres se niegan a ver la verdad tan claramente dada en la Palabra de Dios. "Así dice el Señor" se considera de poco valor, mientras que a las palabras de los hombres se les da gran autoridad.

Cristo no abolió la santa ley de Dios. "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas", dijo; "no he venido para abrogar, sino para cumplir". Como cabeza de la familia humana, vivió cada precepto, cada jota y cada tilde de la ley. Vivió en la humanidad la vida que exigía a Sus seguidores. Él enfatizó Sus palabras: "De cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido". Su muerte en la cruz, en lugar de anular la ley, es un argumento incontestable a favor del carácter inmutable de todo precepto.

El mandamiento del sábado forma parte de esta ley inmutable. El sábado fue dado al mundo como memorial de la creación. Comienza con el "acuérdate". "Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; ninguna obra harás en él". Luego se da la razón: "Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar y todas las cosas que en ellos hay, y reposó el séptimo día; por lo cual bendijo Jehová el día de reposo y lo santificó". La explicación es completa, para que nadie quede en tinieblas, a menos que elija las tinieblas, tal como hicieron los judíos con respecto al mensaje que Cristo vino a traer al mundo.

El profeso pueblo de Dios puede ignorar el sábado; pero no puede hacerlo menos obligatorio para él. Nadie tiene excusa para aceptar el sábado por aquel a quien la Palabra de Dios designa como "el hombre de pecado", que "piensa cambiar los tiempos y las leyes". Piensa así mostrar su supremacía sobre Dios; pero no lo hace. No puede cambiar la ley de Dios; el poder de hacer leyes es prerrogativa exclusiva de Dios. Dios está por encima de todos los reyes y gobernantes sobre la faz de la tierra. Él es Dios, y fuera de Él no hay nadie más.

El sábado, santificado y bendecido por Dios, fue diseñado como su gran memorial de la creación. Debe permanecer siempre incommovible, como una roca de ofensa, tal como Cristo lo fue para la nación judía. El sábado es la prueba hoy, como Cristo fue una prueba para los judíos.

Cuarenta años después de que Cristo pronunciara su predicción respecto a Jerusalén y el templo, sus palabras se cumplieron al pie de la letra. Jerusalén fue destruida, y en el asedio se afirma que perecieron más de un millón de personas. El rechazo del Hijo de Dios decidió el destino de aquella nación. Que los cristianos presten atención, no sea que al rechazar el santo monumento de Dios también se decida su destino.

Sra. E. G. White

2 de enero de 1901

"No es tuyo"

EGW

Algunas reflexiones para el nuevo año

El año viejo, con su carga de registros, está pasando rápidamente. El nuevo año, con todas sus posibilidades, pronto será inaugurado. ¿Qué progreso hemos hecho en el conocimiento de Cristo durante el año pasado? ¿Estamos preparados para demostrar, más decididamente que nunca, que estamos del lado del Señor? En este tiempo, cuando las naciones del mundo vacilan entre la infidelidad y la idolatría, ¿estamos preparados para permanecer como fieles embajadores de Cristo? ¿No deberíamos, al comienzo de este nuevo año, entregarnos a nosotros mismos y todo lo que tenemos a Dios? ¿No escucharemos Su voz, que nos llama a un concurso renovado, a una consagración más completa de nosotros mismos y de nuestras capacidades confiadas a Su servicio?

A Dios le debemos todo lo que tenemos y somos. En Él vivimos, nos movemos y existimos. Él no nos ha olvidado. En Su libro cada ser humano tiene una página, en la que está registrada toda su historia. Dios trabaja constante e incansablemente por nuestra felicidad. Los tesoros que ha puesto a nuestro alcance son innumerables. "El Señor es bueno con todos, y sus entrañables misericordias están por encima de todas sus obras. Tú abres Tu mano, y sacias el deseo de todo ser viviente". Él es el Padre de las misericordias y el Dios de todo consuelo. La tierra está llena de Su bondad. La creación proclama, con voz innumerable, la indulgencia, el amor y la compasión del Todopoderoso.

A través de los siglos, Dios ha manifestado por la raza humana un amor sin parangón. Amó tanto al hombre que le concedió un don que no se puede calcular. Para que se manifestara la abundancia de su gracia, envió a su Hijo unigénito a nuestro mundo, para que viviera como hombre entre los hombres, para que gastara su vida al servicio de la humanidad. Por nosotros, el Hijo del Dios infinito fue contado entre los transgresores. Cristo fue el canal a través del cual el Padre derramó en el mundo el rico torrente de su gracia. Dios no podía dar menos que la plenitud, ni le era posible dar más. "En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados".

Dios nos ha hecho Sus administradores. A cada uno le ha dado algún talento, que debe ser mejorado y devuelto a Él. Cada uno es poseedor de alguna confianza. El tiempo, el intelecto, la razón, el dinero, el tierno ministerio al que algunos están adaptados, son dones de Dios. Desde el más humilde hasta el más elevado, a todos se les han confiado los bienes del cielo, y todos están llamados a devolverlos al Dador.

Lo primero que debemos hacer es entregarnos al Señor. La vida, con sus dones y privilegios, es un don de Dios. Recordemos que viene de Dios y que debemos consagrarnos enteramente a Él. Digamos con Pablo: "Lo estimo todo como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor; por quien lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe".

Cuando nos hayamos entregado a Dios, estaremos dispuestos a darle lo que Él nos ha dado. Todo lo que tenemos y somos debe ser puesto a los pies de Cristo. Hemos sido comprados por un precio que no puede estimarse, y deberíamos considerar un privilegio cooperar con Dios negándonos a nosotros mismos,

dando nuestras posesiones terrenales para hacer posible que aquellos que están en la oscuridad del error oigan la verdad. Cada alma salvada vale más que un mundo, porque es salvada para vida eterna. Los que invierten sus medios en esta obra duplican sus talentos.

Demos o no mente, alma y fuerza a Dios, todo le pertenece a Él. Dios habla a cada ser humano, diciendo: "Tengo un derecho sobre ti. Dame tu celo, tus capacidades, tu energía, tus medios". Tiene derecho a pedirlo, porque somos suyos, redimidos del servicio del pecado por su amor sin límites y por la agonía de la cruz del Calvario. En ningún caso debemos dedicar nuestras fuerzas a servirnos a nosotros mismos. Día tras día debemos devolver al Señor lo que nos ha confiado. Y hemos de pedirle, no sólo bendiciones temporales, sino también dones espirituales. Quien pide con fe, creyendo que Dios cumplirá su palabra, y quien actúa de acuerdo con su oración, haciendo en todo la voluntad de Dios, recibirá ricas bendiciones de lo alto. Y según las reciba, ha de impartirlas a quienes necesiten ayuda.

Al cristiano se le ha dado la administración de los bienes de su Señor. Se ha depositado en él una gran confianza, y debe tratar los bienes que están en sus manos con tanto cuidado como si fueran suyos; sí, debe ser más exacto en su trato, poniendo más atención, más energía, más devoción en su trabajo, porque se le ha confiado que ocupe el lugar de su Señor. Sus intereses deben estar ligados a los intereses de su Maestro. Debe perder todo egoísmo al trabajar para Aquel que lo ha honrado al confiar en él. Si utilizara en provecho propio una parte de los bienes que se le han confiado, demostraría que no es digno de la confianza que se ha depositado en él. Sacrificaría su honor en el santuario de las riquezas.

Cristo nos advierte contra la acumulación de tesoros en esta tierra, "donde la polilla y el orín corrompen". Nos exhorta a utilizar nuestros bienes para el progreso del Reino de Dios. Ve a los hombres arriesgarlo todo para asegurarse riquezas terrenales, enloquecidos por la perspectiva de obtener ganancias; y, alzando la voz, clama: "¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?". En comparación con el valor de un alma, el mundo entero se hunde en la insignificancia.

Sra. E. G. White

30 de enero de 1901

Esperanza para los intemperantes

EGW

Yo señalaría a los destemplados un poder fuera y más allá de ellos mismos, el poder de Jesús. Huye a tu Salvador. Él ha vencido en favor de los indefensos y pecadores como ustedes. En Su fuerza pueden ser hombres honestos, fieles y leales a su Creador. Pero ningún trabajo a medias será suficiente. Deben ser minuciosos. Y no piensen que pueden hacer el trabajo de abstenerse gradualmente. Dejen la cosa maldita de una vez y para siempre. "No toques, no pruebes, no manipules". No bebas ni una gota del licor que enciende el apetito depravado.

No le robes a Dios los poderes que te ha dado para fines elevados y santos. Recuerda que hablas y actúas en presencia de Dios y de los santos ángeles. Piensa, oh, piensa en la superioridad de un hombre cristiano sobre un pobre votante del pecado. Ved la diferencia entre un hombre hundido en el vicio, víctima de sus propias pasiones, y un hombre recuperado por la verdad de la Palabra de Dios, ennoblecido al contemplar a Jesús. Mira la condición de los que se entregan a la intemperancia. Degradados y menospreciados, están sin Dios y sin esperanza en el mundo. Este es el resultado de su propio curso. La Palabra de Dios declara: "Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará". Dios no quiere que el hombre se pierda. Él ha hecho toda provisión para su salvación. Él dio a Su Hijo amado para salvar a los hombres de la miseria. Pero con demasiada frecuencia se niegan a aceptar el regalo. Hay hombres que, si hubieran aceptado el Evangelio de Jesús, podrían estar de pie entre sus semejantes, con sus semblantes no como ahora, hinchados, depravados y toscos, sino radiantes de inteligencia, sus esperanzas brillantes, y todo su comportamiento indicando la dignidad y la serenidad derivadas del trato con hombres buenos y el estudio de la Palabra de Dios.

Los borrachos eligen el camino del pecado, un camino sembrado de espinas y que termina en la muerte. No conocen a Dios ni Su Palabra. No recuerdan su elevado origen, sino que degradan los poderes que Dios les ha dado al nivel de la bestia. ¿Les encantarán estos seres degradados y obsesionados? ¿Te inducirán a degradar tus poderes? ¿Te embelesarías como ellos? ¿Permitirás que te hundan en el libertinaje? ¿Serán tu modelo aquellos que apenas tienen un rastro de la imagen moral de Dios? ¿Seguirás su ejemplo de maldad? ¿No es la imagen

de su condición suficiente para hacerte evitar el primer paso en la intemperancia?

Con mucho gusto escribiría algo para guiar a los destemplados a aferrarse por fe al poderoso Auxiliador. El cielo puede invitarlos, presentándoles sus más selectas bendiciones, pero todo será inútil a menos que estén dispuestos a ayudarse a sí mismos. Deben desplegar sus poderes para vencer, o se hundirán más y más.

Apenas podemos concebir lo que el hombre puede llegar a ser, lo que Dios puede hacer a través de él. Aunque caído y degradado, puede, por los méritos de Cristo, ser un heredero de la inmortalidad, sus pensamientos elevados y ennoblecidos, su corazón purificado, su conversación en el cielo.

Permíteme decirle a aquel que lucha por vencer: Dios presenta ante ti una fuerte esperanza para que te aferres a la vida eterna. No pierdas la oportunidad de hacerte hombre. Cuando te miras a ti mismo, y piensas en la fuerza de la tentación, dices: "No puedo resistir". Yo te digo que puedes resistir. Aunque seas débil y degradado, puedes ser un hijo de Dios. Aunque la autoindulgencia ha marcado tu camino, no tiene por qué ser siempre así. Puedes resistir la tentación. Jesús te ayuda. En Su fuerza puedes vencer el poder del apetito. Llama a la fuerza de voluntad en tu ayuda; porque a menos que tu voluntad se ponga del lado del Señor, nunca podrás tener éxito en vencer, en tratar de elevarte. No pienses que no puedes decir: puedo y quiero. Dios se ha comprometido a ayudarte en cada esfuerzo decidido que hagas para recuperar tu virilidad. Si aceptas Su ayuda, te convertirás en una luz brillante y resplandeciente en el mundo, y por fin oirás la bendición: "Bien hecho."

Dios creó a Adán puro y noble, pero por la indulgencia del apetito cayó. Sin embargo, a pesar del gran abismo que se abrió entre Dios y el hombre, Cristo amó al pecador sin esperanza. Abandonó su trono real, revistió su divinidad de humanidad y vino a nuestro mundo para salvar el abismo que había abierto el pecado y unir el poder divino a la debilidad humana, para que con su fuerza y su gracia el hombre pudiera luchar contra las tentaciones de Satanás, vencerlas y erguirse en la virilidad que Dios le había dado, vencedor del apetito pervertido y de las pasiones degradantes. Las últimas palabras de David a Salomón, su hijo, que pronto se sentaría en el trono de Israel, fueron: "Sé fuerte y muéstrate hombre". Al débil y tentado le dirijo las mismas palabras: "Muéstrate hombre". Le señalo la cruz del Calvario. En el nombre de Jesús le pido que mire y viva. No te destruyas a ti mismo. Es posible que ganes la ascendencia sobre el apetito

y la pasión. Jesús se extiende sobre las almenas del cielo para levantarte en sus fuertes brazos y ponerte sobre tus pies.

La vida está en todos los casos cargada de pesadas responsabilidades, y feliz será para aquellos que se preparan para enfrentarla con valentía, con la firmeza de Cristo resistiendo cada tentación, con la fortaleza de Cristo soportando cada prueba, y venciendo en el nombre del Redentor. Dios ha hecho al hombre capaz de progresar constantemente en valor mental y moral. Ninguna otra criatura de Su mano es capaz de tal progreso. El hombre puede alcanzar una eminencia en el dominio de sí mismo que lo colocará por encima de la esclavitud del apetito y de las pasiones, donde podrá presentarse ante Dios con agradecimiento y regocijo.

A los que luchan contra el poder de la costumbre, Dios les dice: "¿Queréis andar por las calles de la ciudad santa? Entonces obedece el mandamiento: Salid de en medio de ellos, apartaos y no toquéis lo inmundo. Yo, el Dios infinito, el Creador del universo, os recibiré. Seré un Padre para vosotros, y seréis Mis hijos e hijas". "Teniendo, pues, estas promesas, queridos hermanos, limpiémonos de toda inmundicia de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios." Conectaos con el Cielo. Así podréis convertirlos en hijos del Rey celestial. ¿Queréis mayor honor, mayor exaltación? Dios tiene riquezas en abundancia para los que vencen; porque las calles de la ciudad santa están pavimentadas con oro. Es vuestro privilegio entrar en esta ciudad, participar del árbol de la vida, escuchar la voz que es más dulce y más rica que cualquier música que jamás haya caído sobre oídos mortales. Hay fuerza en el brazo del Señor. Aferraos a él, y un día os alzaréis vencedores en la ciudad de Dios, llevando cada uno sobre su frente una corona de gloria inmortal.

Sra. E. G. White

13 de febrero de 1901

"Sed amables los unos con los otros"

EGW

En su vida, Cristo dio ejemplo de cómo debemos tratarnos unos a otros. Él anduvo "haciendo el bien", atendiendo a los que sufrían y enseñando a los ignorantes. No vino a este mundo para salvar a los justos, porque no había justos. Vino a salvar a todos los que sentían la necesidad de un Salvador. Para ello trabajó incansablemente, sin pensar nunca en sí mismo.

Cristo trabajó sin cesar para salvar a los hombres del engaño. Con este fin deben trabajar sus siervos. Dios ha dado a cada hombre una medida de luz, y él debe dejar que esta luz brille para los demás. Ningún cristiano vive para sí mismo. El que se dedica a servirse a sí mismo aún no ha aprendido del Maestro divino, aunque profese ser cristiano. Una cosa es asentir pasivamente a la verdad, y otra aplicarla a la vida práctica. Hay muchos oidores, pero pocos hacedores.

Dios está midiendo el templo y los adoradores en él. Hay quienes en la providencia de Dios han sido colocados en posiciones donde tienen oportunidad de hacer mucho bien con las bendiciones que han recibido. Sobre ellos pone la responsabilidad de ministrar a los que tienen pocas bendiciones y poco estímulo. "De gracia recibisteis", dice; "dad de gracia". Los seres humanos, en su sufrimiento, claman a Dios, y sus oraciones ascienden ante Él con la misma seguridad con que ascendió la sangre de Abel. Dios no es indiferente a las necesidades de sus hijos, dondequiera que se encuentren; y sus ángeles están esperando a ver qué testimonio pueden llevar a los tribunales de lo alto acerca de la ayuda que aquellos que son altamente privilegiados han prestado a estos sufrientes.

Dios nunca abandona a sus hijos. Jacob obtuvo su primogenitura mediante fraude, y luego huyó para escapar de la ira de su hermano. Sabía que había pecado. Triste y abatido, se acostó a dormir. Pero Dios no le había abandonado. Aquella noche vio una escalera que iba del cielo a la tierra, con la base firmemente plantada en la tierra y el extremo superior que llegaba hasta lo más alto del cielo. Y de esta escalera subían y bajaban continuamente ángeles de resplandeciente fulgor. Jacob comprendió el significado de este sueño, y dijo: "Ésta no es otra sino la casa de Dios, y ésta es la puerta del cielo". "Ciertamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía".

Hay en los discursos de nuestro Señor numerosos lugares donde Él habla de ser herido personalmente por una injusticia hecha a Sus seguidores. Se siente afectado por todo lo que les sucede, pues se ha identificado con ellos. Nunca es un espectador indiferente de las acciones de los hombres. Se pone en el lugar de sus hijos heridos y oprimidos. Su alma palpita de dolor compasivo cuando los miembros de Su cuerpo sufren; porque Él es el gran nervio simpático de la iglesia. Todo el sufrimiento de los miembros es sentido por Él. En el último gran día dice a los egoístas: "En cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, a mí no me lo hicisteis".

En el "mandamiento nuevo" Cristo ha establecido la regla que hemos de seguir en el trato con nuestros semejantes. "Un mandamiento nuevo os doy -dijo-: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros". Si no obedecemos este mandamiento, no glorificaremos a nuestro Redentor. Nuestra ambición debe ser sobresalir en todo lo que es noble, bueno y desinteresado. Nunca debemos hacer nada que estropee nuestra representación del carácter de Dios. Debemos mantener firme hasta el fin el principio de nuestra confianza. Los amigos de la verdad son amigos unos de otros. Están unidos entre sí y con Cristo por los lazos de oro del amor. Cada uno ha de trabajar fervientemente por el mayor bien de su hermano.

Necesitamos más que nunca orar con el corazón y la voz para que el Espíritu more en nosotros y podamos ser utilizados en el servicio de Dios. Debemos unirnos a nuestros compañeros de trabajo en la edificación del reino de Dios. Nunca hemos de estar satisfechos con los logros presentes, sino que hemos de ir siempre hacia arriba y hacia adelante, buscando un mayor fervor y un celo más puro. Nuestro mayor deseo debe ser ser encontrados fieles al Maestro.

¿Deseas que tu corazón rebose del amor de Dios? Entonces cultiva la acción de gracias agradecida por el increíble privilegio de conocer la verdad. Piérdase de vista a sí mismo contemplando a Cristo. Entonces serás transformado de gloria en gloria a Su imagen. Refrena tu disposición. Entonces la paz y la satisfacción llenarán tu alma.

Dios desea que Su iglesia esté firmemente unida en los lazos de la unidad cristiana. La falta de armonía es el resultado del desarrollo de la raíz de la amargura. A menos que cada fibra de ésta sea erradicada, muchos serán contaminados.

Santiago escribió a sus hermanos: "¿Quién es entre vosotros sabio y dotado de ciencia? Que muestre de buena conducta sus obras con mansedumbre de sabiduría. Pero si tenéis amargas envidias y contiendas en vuestros corazones, no os gloriéis ni mintáis contra la verdad. Esta sabiduría no descende de lo alto, sino que es terrenal, sensual, diabólica. Porque donde hay envidia y contienda, allí hay confusión y toda obra perversa. Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin parcialidad y sin hipocresía. Y el fruto de la justicia se siembra en la paz de los que hacen la paz."

La espiritualidad de muchos está siendo asesinada por su egoísmo. Muchos abrigan un espíritu de autosuficiencia, que les lleva a tratar con dureza la compra de la sangre de Cristo. A menos que los tales se conviertan, nunca podrán ver el reino de los cielos. Dios dice: "Amaos los unos a los otros con amor fraternal; con honra prefiriéndoos los unos a los otros". "Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo". "El Señor os haga crecer y abundar en amor los unos para con los otros, y para con todos los hombres, ... a fin de que establezca vuestros corazones irreprochables en santidad delante de Dios, nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesucristo."

Sra. E. G. White

20 de febrero de 1901

Advertencia

EGW

Cristo predijo la destrucción de Jerusalén, así como la del templo. Sus palabras fueron pronunciadas a oídos de un gran número de personas; pero cuando volvió a quedarse solo, se le acercaron Pedro, Santiago, Juan y Andrés, diciendo: "Dinos, ¿cuándo sucederán estas cosas? y ¿cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo?".

Jesús no respondió a sus discípulos hablando por separado de la destrucción de Jerusalén y del último gran día de su venida. La ciudad de Jerusalén representaba al mundo, y las palabras relativas a su destrucción deben relacionarse con la destrucción más terrible del mundo. Al hablar de Jerusalén, Sus palabras proféticas alcanzaron más allá de ese acontecimiento a la conflagración que tendrá lugar en aquel día cuando el Señor se levantará "de Su lugar para castigar a los habitantes de la tierra por su iniquidad." La descripción de los dos acontecimientos está mezclada, y todo el tema es una advertencia para los que vivirán en las últimas escenas de la historia de la tierra.

"Mirad que nadie os engañe", dijo Cristo. "Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo, y engañarán a muchos". Falsos mesías aparecerán, afirmando hacer milagros, y declarando que la liberación de la nación judía ha llegado. Estos engañarán a muchos. Las palabras de Cristo se cumplieron. Entre su muerte y el sitio de Jerusalén, aparecieron muchos falsos mesías. Pero esta advertencia se da también a los que viven en esta época del mundo. Los mismos engaños practicados antes de la destrucción de Jerusalén

serán practicados de nuevo. Se repetirán los acontecimientos que tuvieron lugar en el derrocamiento de Jerusalén.

"Y oiréis de guerras y rumores de guerras; mirad que no os turbéis; porque es necesario que todo esto acontezca, pero aún no es el fin". Antes de la destrucción de Jerusalén, hubo rumores de guerras. Los hombres luchaban por la supremacía. Emperadores fueron asesinados. Los que debían estar junto al trono fueron asesinados. "Es necesario que todo esto suceda", dijo Cristo, "pero aún no es el fin".

"Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá hambres, y pestilencias, y terremotos en diversos lugares. Todo esto es principio de dolores". Los rabinos, dijo Cristo, declararían que los signos que aparecían eran señales del advenimiento del Mesías. Pero no os engaños; son el principio de sus juicios. El pueblo no se ha arrepentido ni se ha convertido para que yo lo cure. Las señales que ellos aducen como señales de su liberación de la esclavitud, son señales de su próxima destrucción.

"Entonces os entregarán para ser afligidos, y os matarán; y seréis aborrecidos de todas las naciones por causa de mi nombre. Y entonces muchos se escandalizarán, se entregarán unos a otros y se odiarán". Todo esto sufrieron los cristianos. Madres y padres traicionaron a sus hijos; hijos traicionaron a sus padres. Los amigos entregaron a sus amigos al Sanedrín.

A través de los apóstoles, Dios dio al pueblo judío una última oportunidad para arrepentirse. Se manifestó a través de Sus testigos, en su arresto, en su juicio y en su encarcelamiento. Había dicho a sus discípulos que serían entregados a los concilios; pero también les dijo que no debían preocuparse por cómo reivindicar la verdad, pues les daría una sabiduría que todos sus adversarios no podrían refutar ni resistir. Sin embargo, sus perseguidores llevaron a cabo su propósito matando a Esteban, Pablo, Pedro y otros cristianos, hombres de quienes el mundo no era digno. Al matarlos, los judíos crucificaron de nuevo al Hijo de Dios.

En cada ocasión en que tiene lugar una persecución, los testigos toman decisiones, ya sea a favor o en contra de Cristo. Los que muestran simpatía por los hombres injustamente condenados, y no se muestran amargados contra ellos, muestran su adhesión a Cristo.

"Y se levantarán muchos falsos profetas, y engañarán a muchos". Se levantaron falsos profetas y falsos Cristos, engañando al pueblo y llevando a grandes

números al desierto. Magos y hechiceros, afirmando tener poderes milagrosos, atraían a la gente tras ellos a las soledades de las montañas. Pero esta profecía fue pronunciada también para los últimos días. Esta señal es un signo del segundo advenimiento. Las agencias satánicas estarán preparadas para engañar y embaucar.

"Y porque abundará la iniquidad, el amor de muchos se enfriará". En tiempos de prueba muchos se ofenderán porque los principios de la verdad cortan directamente con su práctica o sus ingresos. Muchos tropezarán y caerán. Han profesado amar la verdad; pero entonces demostrarán que no tenían unión vital con la Vid Verdadera. Serán cortados, como pámpanos que no dan fruto, y quedarán unidos a los incrédulos. "Pero el que persevere hasta el fin, éste será salvo".

"Por tanto, cuando veáis la abominación desoladora, de que habló el profeta Daniel, estar en el lugar santo (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea huyan a los montes; el que esté en la azotea no descienda a tomar nada de su casa, ni el que esté en el campo vuelva a tomar sus ropas." Esta advertencia fue dada para ser escuchada cuarenta años después, en la destrucción de Jerusalén. Los cristianos obedecieron, y ninguno de ellos pereció en la destrucción de la ciudad.

"Pero rogad que vuestra huida no sea en invierno ni en sábado". Cristo, que hizo el sábado, no lo abolió clavándolo en Su cruz. El cuarto mandamiento no fue anulado por Su muerte. Debía mantenerse sagrado cuarenta años después de Su muerte; incluso mientras los cielos y la tierra permanezcan, así mantendrá su reclamo sobre la familia humana.

"Entonces, si alguno os dijere: He aquí está el Cristo, o allí; no lo creáis. Porque se levantarán falsos Cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos. He aquí, os lo he dicho antes. Por tanto, si os dijeren: He aquí, está en el desierto; no salgáis; he aquí, está en las cámaras secretas; no lo creáis. Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del hombre". Aquí, de nuevo, la advertencia concerniente a Jerusalén se mezcla con la advertencia del segundo advenimiento.

Los discípulos oyeron las palabras de Cristo, pero no las comprendieron plenamente. No sabían por qué relacionaba los peligros del derrocamiento de Jerusalén con los peligros de su segundo advenimiento. El Espíritu Santo debía guiarlos a toda la verdad, trayéndoles a la memoria todas las cosas que Cristo

les había dicho. Pero los que viven en esta época pueden comprender la advertencia general, y deben apropiársela, aplicándola al período al cual pertenece.

"Este Evangelio del reino será predicado en todo el mundo para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin".

Sra. E. G. White

20 de marzo de 1901

El sábado del Señor

EGW

El sábado debe ser una señal entre Dios y Su pueblo. "De cierto guardaréis mis sábados; porque es señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico". Esta es la santificación bíblica.

Los que enseñan como doctrinas mandamientos de hombres anulan la ley de Dios con su tradición. Dijo Cristo: "Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una vela para ponerla debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbrará a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos. No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido." Mientras los cielos permanezcan sobre nosotros, y la tierra esté bajo nuestros pies, no puede haber apariencia de excusa para que ningún poder en el cielo o en la tierra cambie la ley de Dios. "Cualquiera, pues", continuó Cristo, "que quebrante uno de estos mandamientos más pequeños, y así lo enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, ése será llamado grande en el reino de los cielos. Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos."

"Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se apartaron del camino, todos a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. Su garganta es un sepulcro abierto; con su lengua han usado engaño; el veneno de los áspides está

debajo de sus labios. Cuya boca está llena de maldición y amargura; sus pies se apresuran a derramar sangre; destrucción y miseria hay en sus caminos; y el camino de la paz no han conocido; no hay temor de Dios ante sus ojos." El ojo de Aquel que ve la condición presente de las cosas ha retratado el estado de cosas existente en el mundo y en la iglesia hoy. Salmo 14:1-4. ¿Qué es lo que ha provocado esta terrible situación?

Los hombres que tienen los oráculos de Dios no sólo violan la ley ellos mismos, sino que enseñan a hacer lo mismo a aquellos que investigarían y obedecerían la luz. Los hombres que dicen ser maestros engañan a la gente, como lo hicieron los líderes en Israel en los días de Cristo. Él, el gran Maestro, estaba en el mundo; era la luz del mundo; pero Satanás interpuso su sombra infernal entre Él y las almas que Cristo vino a salvar. Cuando fue acusado por los fariseos, dijo: "Anuláis la ley de Dios por vuestra tradición". "Enseñáis como doctrinas mandamientos de hombres". Otra vez dijo a esos supuestos maestros: "Vosotros ignoráis las Escrituras y el poder de Dios".

Satanás continúa en la tierra la obra que comenzó en el cielo. Lleva a los hombres a transgredir los mandamientos de Dios. El claro "Así dice el Señor" es dejado de lado por el "así dice" de los hombres. El mundo entero necesita ser instruido en los oráculos de Dios, para comprender el objeto de la expiación, la unión con Dios. El objeto de esta expiación era que se mantuvieran la ley y el gobierno divinos. El pecador es perdonado mediante el arrepentimiento hacia Dios y la fe en nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Hay perdón del pecado, y sin embargo la ley de Dios permanece inmutable, eterna como Su trono.

No existe tal cosa como debilitar o fortalecer la ley de Jehová. Como siempre ha sido, así es. No puede ser derogada ni cambiada en un principio. Es eterna, inmutable como Dios mismo. Honrarla" o "deshonrarla" no es más que el discurso de los hombres. La ley es para despertar respeto y honor en las mentes de la familia humana. Cristo honró la ley de Jehová dándole su obediencia implícita. La ley de Jehová fue siempre santa, justa y buena, y completa en sí misma. La ley es una cosa completamente diferente de lo que los hombres, en su ignorancia, han considerado. Es debido a las falsedades de Satanás que existe tal ceguera con respecto a la ley.

La ley de Dios fue dada para la familia humana, y al castigar el pecado, Cristo revela su santidad, y su amor incluso por aquellos a quienes ha castigado. Los hombres no obedecieron la Palabra de Dios en este mundo; y porque Él los amaba, les dio una probación; les dio a su Hijo unigénito para que cargara con

toda la culpa de su transgresión. Si rechazan la costosa Ofrenda del cielo, y no obedecen Sus mandamientos durante su vida, mientras dependan totalmente de Dios; si no muestran gratitud y amor guardando Sus mandamientos, Cristo no puede hacer más por ellos. Pero si reciben al Hijo de Dios y creen en Él, encontrarán el camino de regreso, por los propios méritos de Jesucristo, al lugar de hijos e hijas de Dios.

Sra. E. G. White

10 de abril de 1901

Los días de Noé

EGW

Como los días de Noé, así será también la venida del Hijo del hombre. Porque como en los días que precedieron al diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no lo supieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del hombre."

En lugar de mostrar gratitud a Dios por Sus bendiciones, los antediluvianos utilizaron Sus bendiciones como un medio para separarse de Él. No buscaban honrar y glorificar a su Creador. El oro y la plata que Él les confió los utilizaron para su propia gratificación. La violencia llenó la tierra. El apetito y la pasión dominaban. Los hombres empleaban su tiempo en la disipación y la diversión y en enriquecerse. La tierra se contaminó bajo sus habitantes, y Dios dijo: "El fin de toda carne ha llegado ante Mí; porque la tierra se ha llenado de violencia a través de ellos; y, he aquí, yo los destruiré con la tierra". Declaró que mediante un diluvio limpiaría la tierra de su contaminación.

A Noé se le encomendó la tarea de advertir al pueblo del diluvio que se avecinaba. Durante ciento veinte años, el fiel predicador de la justicia hizo sonar la advertencia. En obediencia al mandato de Dios construyó un arca, para que en el día de la destrucción aquellos que creyeran en su mensaje pudieran encontrar un refugio. Con sus obras, así como con sus palabras, advirtió al mundo. Cada golpe dado en el arca era una nota de advertencia.

En aquella época el mundo apenas mostraba los primeros signos de decadencia. Todo en la naturaleza era bello y hermoso. Los altos árboles, las elevadas

montañas, los signos que Dios había colgado en los cielos, parecían tan grandes y grandiosos a la gente que se negaban a creer que la tierra iba a ser destruida.

Los antediluvianos tuvieron abundantes oportunidades de aprender acerca del diluvio, pero no quisieron aprender. La advertencia fue dada; pero cerraron sus ojos para no ver, y sus oídos para no oír, la evidencia de la condenación venidera. Prevalcieron el engaño, la violencia, el orgullo y la iniquidad. El pueblo seguía como antes, comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento. Estas cosas no eran ilícitas en sí mismas, pero se llevaban al exceso. Las mentes del pueblo estaban tan absortas en ellas que se olvidaron de su Dios.

¿No existe hoy una situación similar? ¿No están nuestros diarios llenos de registros de crímenes, asesinatos e iniquidades de todo tipo? ¿No testifican que así como fue en los días de Noé, así es hoy?

Los antediluvianos fueron advertidos, pero consta que no lo supieron hasta que llegó el diluvio y se los llevó a todos. "No podemos creer tu mensaje", dijeron a Noé. "Todo en nosotros es tan firme, tan duradero. Mira la hermosa tierra. No conoce la decadencia, ni la conocerá en miles de años".

A la gente le pareció incoherente el proceder de Noé. Juntos hablaban de la insensatez de construir un arca en tierra seca, y la incredulidad de uno se veía reforzada por la incredulidad de otro.

Pero Noé creía que Dios haría lo que había dicho, y actuó de acuerdo con su creencia. Mientras la gente se reía, se burlaba y se mofaba, él continuó con su trabajo, enseñando y construyendo. No se detuvo a escuchar los falsos informes, a contradecir las calumnias que le lanzaban. A él se le había encomendado la tarea de advertir al mundo y preparar un refugio para los que recibieran su palabra, y no permitió que nada le apartara de esta tarea.

Llegó el momento de que se cumpliera la Palabra de Dios. Pero el pueblo siguió su camino, sin tener en cuenta la advertencia. Aún así permitieron que sus mentes fueran absorbidas por las cosas del mundo.

El arca está terminada, y la gente ve animales que vienen del bosque, y por su propia voluntad entran en el arca. Pronto ven que los cielos están negros de pájaros, y se preguntan: "¿Adónde irán?". He aquí que vuelan hacia el arca, y de dos en dos entran en ella. Con curioso interés, la gente observa el extraño espectáculo. No entienden lo que significa. Se alarman, pero tratan de encontrar alguna razón para lo ocurrido, y pronto le quitan importancia.

¿Acaso no se daba cuenta la gente de que la construcción del arca era obra de Dios? ¿No sabían que los animales y las aves no entrarían en el arca en perfecto orden y por su propia voluntad sin la guía de una mano divina? Podrían haberlo sabido; pero durante ciento veinte años habían estado endureciendo sus corazones. Durante ciento veinte años se habían estado entrenando para rechazar el mensaje de la verdad. Ahora, cuando se les dio una prueba inequívoca, sus corazones estaban tan endurecidos que se rieron de ella.

En seguida vieron entrar en el arca a Noé, a su mujer, a sus hijos y a sus mujeres, y se les cerró la puerta. Sólo ocho personas entraron en aquel refugio contra la tormenta, y durante una semana esperaron a que llegara la lluvia. ¿Podemos imaginar la prueba que esta espera supuso para la fe de Noé? Durante ese tiempo el enemigo le sugirió dudas, mientras afuera la gente se reía del viejo loco que con su familia se había encerrado en un arca. Cada día salía y se ponía el sol en un cielo despejado, y cada día le venía a Noé la tentación de dudar. Pero el Señor había dicho que vendría el diluvio, y Noé descansaba en esta palabra.

Al cabo de siete días empezaron a juntarse nubes. Era un espectáculo nuevo, pues la gente nunca había visto nubes. Hasta entonces no había llovido; la tierra estaba regada por la niebla. Las nubes se hicieron cada vez más espesas y pronto empezó a llover. La gente trató de creer que no era nada alarmante. Pero pronto pareció como si se hubieran abierto las ventanas del cielo, pues la lluvia caía a cántaros. Durante un tiempo, la tierra absorbió la lluvia; pero pronto el agua empezó a subir, y día tras día subía más y más. Cada mañana, al ver que la lluvia seguía cayendo, la gente se miraba con desesperación, y cada noche repetían: "¡Sigue lloviendo!". Así era, mañana y tarde.

Durante cuarenta días y cuarenta noches llovió a cántaros. El agua entró en las casas y empujó a la gente a los templos que habían erigido para su culto idólatra. Pero los templos fueron barridos. La corteza de la tierra se rompió, y el agua que había estado oculta en sus entrañas estalló. Grandes piedras fueron lanzadas al aire.

Por todas partes se veían seres humanos huyendo en busca de refugio. Había llegado el momento en que habrían aceptado con gusto la invitación a entrar en el arca. Llenos de angustia, gritaban: "¡Oh, por un lugar seguro!". Algunos gritaron a Noé, suplicando ser admitidos en el arca. Pero en medio de la furiosa tempestad sus voces no fueron escuchadas. Algunos se aferraron al arca hasta que fueron arrastrados por las olas. Dios había encerrado a los que creían en su palabra, y ningún otro podía entrar.

Los padres con sus hijos buscaron las ramas más altas de los árboles que aún quedaban en pie; pero apenas alcanzaron este refugio, el viento arrojó árboles y personas a las espumosas e hirvientes aguas. Animales aterrorizados y seres humanos aterrorizados treparon a las montañas más altas, sólo para ser arrastrados juntos por la furiosa inundación.

Preservada por el poder de Dios, la inmensa barca cabalgaba segura sobre las aguas, y Noé y su familia estaban a salvo en su interior.

Sra. E. G. White

17 de abril de 1901

Los días del Hijo del Hombre

EGW

El Registro Inspirado dice: "Como los días de Noé, así será también la venida del Hijo del Hombre".

A nosotros se nos ha dado el mensaje de la segunda venida de Cristo. En la ascensión de nuestro Señor, los ángeles estaban de pie junto a los discípulos, y con ellos observaron al Salvador mientras pasaba a los cielos. Luego se volvieron a los discípulos con las palabras: "Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo." Este mensaje fue dado a los discípulos para que nos lo dieran a nosotros, y Dios quiere que resuene hasta el fin de los tiempos. Debemos esperar y velar para que Cristo venga en su propio tiempo señalado, sin pecado para salvación.

Los que están en el mundo no se dan cuenta de que los juicios de Dios están a punto de caer sobre la tierra. Sus mentes están llenas de pensamientos de comer y beber y obtener ganancias. Han permitido que estos temas tomen toda su atención, y como resultado la violencia llena el mundo. El pecado va en aumento. La iniquidad prevalece.

¿Cómo se recibe el mensaje de advertencia? Igual que en tiempos de Noé. "Todas las cosas continúan como eran desde el principio", dicen los hombres.

Cristo declara: "Si aquel siervo malo dijere en su corazón: Mi Señor se tarda en venir; y comenzare a herir a sus consiervos, y a comer y beber con los borrachos,

el Señor de aquel siervo vendrá en día que no le espera, y a la hora que no sabe, y le despedazará, y le pondrá su parte con los hipócritas."

El hombre fue creado para glorificar a su Hacedor. Pero la iniquidad ha aumentado tanto que en la actualidad los hombres y las mujeres no aprecian la bondad de Dios. No creen en Su Palabra. El yo es el dios que adoran.

Desde su caída, Satanás ha estado trabajando a contrapelo de Dios, tratando de borrar todo rastro de la semejanza divina en el hombre. Ha inducido a los seres humanos a satisfacer el apetito por el licor y el tabaco. Él sabe que los que se entregan a la indulgencia de estos apetitos no pueden permanecer en la hombría que Dios les ha dado. Son esclavos. Su razón está nublada, su intelecto embotado.

En todo el mundo, el orgullo, la vanidad y la autoindulgencia están paralizando a hombres y mujeres, de modo que deshonran a Dios como su Creador. La ira de Jehová pronto caerá sobre los impíos; pero los seres humanos están tan controlados por el enemigo que no ven lo que viene. Tan profundamente absortos están en las cosas de este mundo que no tienen tiempo para estudiar la Palabra de Dios, ni para pensar seriamente en su bienestar espiritual. Su único pensamiento es ganar riquezas, hacer ostentación; y si cometen errores, no tienen tiempo para remediarlos, sino que se apresuran a seguir adelante, sin pensar apenas que pronto tendrán que dar cuenta de la obra de su vida.

Satanás viene a hombres y mujeres con sus engañosas tentaciones. Ofreciéndoles riquezas y poder, les dice: "Todo esto te daré, si postrado me adorares". Y miles y miles escuchan sus palabras, y lo adoran absortos en la búsqueda de riquezas o en seguir las modas de esta época degenerada. Así el mundo está siendo llevado cautivo. Los seres que Dios creó a Su propia imagen están descuidando por completo prepararse para el Juicio.

Como las aguas del diluvio limpiaron la tierra en los días de Noé, así la purificará el fuego de Dios en el último gran día. Entonces el agua de los cielos se unió con el agua de las entrañas de la tierra; y en la destrucción que se avecina, el fuego del cielo se unirá con el fuego almacenado en la tierra.

¿Nos estamos preparando para lo que viene sobre la tierra? ¿Hemos pensado seriamente en estas cosas? Vosotros que os entregáis al orgullo y a la vanidad, ¿habéis pensado en el día en que tendréis que dar cuenta del tiempo y del dinero que habéis malgastado?

Cristo dijo a sus discípulos: "Escudriñad las Escrituras, porque en ellas pensáis que tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí". Nos dicen que Cristo viene pronto, para tomar consigo a los que le han amado y han esperado su aparición; y para los que han dedicado el tiempo a la búsqueda del placer y a la ostentación, a la búsqueda de las riquezas que perecen con el uso, traen el mensaje: "Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad".

Así como Noé advirtió al pueblo del diluvio venidero, así Dios desea que Su pueblo de hoy dé el mensaje de advertencia de la pronta venida de Cristo. No hay tiempo que perder. La venida de Cristo está cerca, y en lugar de pasar nuestras vidas en la inactividad, en lugar de invertir nuestros medios en las cosas de este mundo, debemos usar nuestros talentos para la gloria de Dios. Entreguemos nuestro dinero a los cambistas, para que en su venida Cristo reciba a los suyos con usura.

Los que sirven a Dios se encontrarán con pruebas y tentaciones. Tendrán cargas que soportar y dificultades que afrontar. Noé fue ridiculizado y despreciado. Su obra se convirtió en un hazmerreír. Pero nada de esto lo apartó de su propósito, y el pueblo de Dios no debe permitir que las pruebas que encuentre lo alejen de él. Todas las dificultades que encontremos, todas las cargas que se nos impongan, debemos llevarlas al Señor en oración, pidiéndole ayuda. Aquellos que hacen esto seguramente obtendrán la victoria.

Ahora es nuestro tiempo de prepararnos para encontrarnos con Cristo. Dios nos ha dado este tiempo, y si lo usamos en la autogratificación en lugar de crucificarnos a nosotros mismos con el sacrificio, llegaremos al Juicio sin estar preparados. En aquel día muchos alegarán como excusa que no sabían que la venida de Cristo estaba cerca. Pero esta excusa no será aceptada. Ellos no sabían simplemente porque no querían saber. Dios les dio abundantes oportunidades de saber, pero cerraron sus ojos para no ver, y taparon sus oídos para no oír. Su único pensamiento era disfrutar de las cosas de este mundo. Como la gente de los días de Noé, pasaron sus vidas en la autogratificación.

Los casos de todos están pendientes en el santuario celestial. Día tras día los ángeles de Dios observan el desarrollo del carácter y sopesan el valor moral. En el juicio la pregunta no será: "¿Qué profesión hiciste?", sino: "¿Qué has hecho por Mí? ¿Qué frutos has dado para Mi gloria?". Ahora es el momento de prepararse para la venida del Rey. Cultivad la mente; porque es capaz del cultivo más elevado. Prepárate para estar entre los que se salvarán con una salvación eterna cuando el Maestro venga a recoger Sus joyas. "Aún no se ha manifestado

lo que hemos de ser; pero sabemos que, cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él; porque le veremos tal como Él es".

Todos los defectos deben ser remediados. El carácter debe asimilarse al de Cristo. "El que quiera venir en pos de mí", declaró el Salvador, "niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". Todo lo que no se parece a Cristo, todo odio, celos, insensatez, codicia, debe ser desechado. Debemos ser como los ángeles en espíritu si queremos unirnos a ellos en el reino de gloria.

Cuando Juan vio a la multitud de pie alrededor del trono de Dios, se hizo la pregunta: "¿Qué son éstos que están vestidos de ropas blancas, y de dónde han venido?" "Estos son los que salieron de la gran tribulación", respondió el ángel, "y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero." A un costo infinito se ha preparado una fuente para nuestra purificación. En la sangre del Hijo de Dios podemos lavar nuestras vestiduras de carácter, y blanquearlas. Si ahora crucificamos el yo y vivimos para Cristo, Dios nos dará un lugar en las mansiones que está preparando para los que le aman.

Gracias a Dios que tenemos un tiempo para prepararnos, un tiempo para lavar y planchar nuestras vestiduras de carácter, para presentarnos ante Cristo sin mancha ni arruga ni cosa semejante.

En el día de la venida de Cristo, muchos clamarán: "Demasiado tarde, demasiado tarde". Otros suplicarán misericordia, pero la misericordia habrá plegado sus alas y se habrá marchado. Cristo habrá bajado del trono. Entonces se oirá el terrible grito a las rocas y a los montes: "Caed sobre nosotros, y escondednos de la faz del que está sentado en el trono, y de la ira del Cordero; porque el gran día de su ira ha llegado, ¿y quién podrá sostenerse en pie?".

¿Nos preparamos para encontrarnos con el Salvador en paz, o estamos absortos en los negocios y placeres mundanos? ¿No nos esforzaremos por estar entre el número de los que darán la bienvenida a Cristo con las palabras: "He aquí, éste es nuestro Dios; le hemos esperado, y nos salvará; éste es el Señor; 'le hemos esperado, nos alegraremos y gozaremos en su salvación"?

Sra. E. G. White

1 de mayo de 1901

El Maestro Divino

EGW

En su manera de enseñar, Cristo nos ha dado el secreto de toda enseñanza eficaz. No apeló meramente al entendimiento. Trató de llegar al corazón. Con la mayor sencillez presentó verdades sublimes y eternas.

Las palabras de Cristo eran contundentes y fáciles de entender. Sus ilustraciones eran las mejor calculadas para impresionar con poder convincente las mentes de todas las clases de personas, tanto las eruditas como las ignorantes. Ilustró sus lecciones con los objetos con los que sus oyentes estaban más familiarizados y en los que sus ojos se posaban diariamente. La ciudad asentada sobre un monte, la sal que ha perdido su sabor, la candela puesta en el candelero, la vid y los sarmientos, el pastor y las ovejas, el árbol infructuoso, la puerta estrecha por la que los hombres tratan de entrar, pero no pueden, la puerta ancha que admite a la multitud, el sembrador y la semilla, la cizaña entre el trigo: por medio de estas cosas Cristo ilustró verdades divinas, sabiendo que después, cada vez que sus oyentes vieran estos objetos, recordarían las palabras que había pronunciado.

Cristo hablaba con claridad y con voz clara y melodiosa. Sus tonos eran naturales y uniformes. Si hubiera elevado su voz a un tono poco natural, como lo hacen tantos oradores hoy en día, su patetismo y melodía se habrían destruido, y gran parte de la fuerza de la verdad se habría perdido.

Los maestros judíos habían arrebatado al pueblo la llave del conocimiento. Los rabinos habían cerrado el reino de los cielos a los pobres e ignorantes, dejándolos perecer. Cristo vino a anunciar el Evangelio a toda la humanidad, altos y bajos, ricos y pobres, sabios e ignorantes.

Cristo es el origen de toda verdad. Por obra del enemigo, las preciosas gemas de la verdad habían sido arrancadas de su lugar y colocadas en un marco de error. Cristo vino a reponer las joyas de la verdad en el lugar que les correspondía. Las rescató de la basura del error, les dio un nuevo poder y las hizo permanecer firmes para siempre. Podía usar estas verdades con perfecta libertad, porque Él era su autor. Las había depositado en la mente de cada generación; y cuando vino al mundo, vitalizó y reorganizó la verdad que Satanás

había despojado de vida. Vistiéndolas con más que su frescura y poder originales, las entregó al mundo para beneficio de las generaciones futuras.

A nosotros se nos ha dado el precioso legado de la enseñanza de Cristo. Está registrada en Su Palabra. Para hacerla nuestra, debemos escudriñar la Palabra con diligencia. Muchas verdades están escondidas, como el mineral precioso está escondido en la tierra. Y no sólo debemos escudriñar; debemos pedir a Dios sabiduría para que nos ayude en la búsqueda. Las verdades esenciales que debemos conocer están demasiado profundamente enterradas para ser descubiertas por la investigación humana sin ayuda.

Satanás ha tergiversado el propósito de Dios y ha hecho que el hombre lo vea bajo una luz falsa; sin embargo, a través de los siglos el amor de Dios por el hombre nunca ha cesado. Cristo, el divino Maestro, vino a revelar al Padre como un Ser misericordioso y compasivo, lleno de bondad y verdad. El Salvador barrió la sombra en la que el enemigo había envuelto al Padre, declarando: "Yo y Mi Padre somos uno; miradme a Mí y contemplad a Dios".

Cristo vino a dar conocimiento a los ignorantes y esperanza a los desesperados. Ofreció a los hombres la sabiduría que los haría sabios para la salvación. Trató de aligerar sus cargas autoimpuestas de ansiedad y cuidado mundanos. Los invitó a venir a Él, a cambiar sus yugos pesados y penosos por Su yugo, que es ligero. Y a través de los siglos han estado sonando las palabras llenas de gracia de la invitación: "Venid a mí, ... y yo os haré descansar".

Cristo tiene lecciones preciosas que debemos aprender. La fortaleza de propósito y el valor moral se obtienen a través de Su gracia. Él es hecho para nosotros "sabiduría, y justicia, y santificación, y redención". Sus tesoros de verdad nos han sido abiertos, para que comprendamos el gran amor con que Dios nos ha amado. "Por tanto, aperebid los lomos de vuestro entendimiento; sed sobrios, y esperad hasta el fin la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais en vuestra ignorancia, sino sed santos en toda vuestra manera de vivir, como aquel que os llamó es santo; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo."

Sra. E. G. White

15 de mayo de 1901

El rechazo de un mensaje fiel

EGW

En el capítulo sexto de Juan se registra el claro testimonio que Cristo dio a sus seguidores. "El Espíritu es el que da vida", dijo; "la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os hablo son Espíritu y son vida. Pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar. Y dijo: Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí, si no le fuere dado de mi Padre."

Era necesario que Cristo hablara así de claro con respecto a su obra. Los que decían ser sus discípulos debían ser probados. Debían ser probados, y esto antes de que él los dejara, no fuera que después de su partida su apostasía sorprendiera a los verdaderos discípulos y la prueba fuera demasiado severa para ellos. El Salvador vio que esta prueba era necesaria para la seguridad futura de su iglesia.

"Hay algunos de vosotros que no creen.... Por eso os he dicho que nadie puede venir a Mí, si no le fuere dado de mi Padre". Deseaba impresionarlos con el hecho de que si no eran atraídos a Él, sería porque no eran sensibles a la grandeza del amor del Padre por los seres humanos caídos. "El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente". Es por una fe viva y siempre creciente que el alma ve y aprecia la santidad de Cristo. Esta es la gloria que recibe la fe pura, y despierta en el alma la acción decidida que demuestra el poder de Dios.

La verdad dicha sin rodeos hizo su trabajo. Muchos se sintieron ofendidos. Demostraron con sus acciones que la verdad les era desagradable. Cerrando sus ojos a la luz, y sus corazones a la reprensión, escogieron la alabanza de los hombres en vez de la amonestación de Dios. Voluntariamente malinterpretaron las palabras de Cristo. "Desde entonces", leemos, "muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él".

Con corazón dolorido, el Salvador observó el resultado de sus palabras y vio que muchos se apartaban de Él. Su compasión no era apreciada, su amor no correspondido, su misericordia menospreciada, su salvación rechazada; y lo sintió profundamente. Fueron acontecimientos como éste los que le hicieron varón de dolores y experimentado en la aflicción.

Rápidamente se difundió la noticia de que el propio Cristo había declarado que Él no era el Mesías. Esta confusa declaración cambió la marea del sentimiento popular y alejó a muchos de Él. Pero Cristo no entró en controversia con los que le habían abandonado. No trató de eliminar de sus mentes la impresión que había provocado su alejamiento. No trató de explicar sus palabras. Mirando a los doce que habían quedado, preguntó: "¿Queréis irnos también vosotros?". Pedro respondió: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros creemos y estamos seguros de que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo". "¿A quién iremos?" Separados de Cristo, ¿dónde estarían? ¿Deberían dejar Sus lecciones de amor y misericordia por la incredulidad y la maldad del mundo?

Los que fueron reprendidos en el amor se ofendieron, y se apartaron de Cristo con desdén, uniéndose a sus enemigos. No pudieron soportar la prueba enviada para salvarlos de un engaño fatal.

Hoy en día las almas están siendo probadas y probadas, y muchos están pasando por el mismo terreno pisado por los que abandonaron a Cristo. Cuando son probados por la Palabra, rechazan al divino Maestro. Cuando se les reprende porque sus vidas no están en armonía con la verdad y la justicia, se apartan del Salvador; y su decisión, como la de los discípulos ofendidos, nunca se revierte. No caminan más con Cristo. Así se cumplen las palabras: "Cuyo abanico está en su mano, y limpiará su era, y recogerá su trigo en el granero".

Para aquellos que son controlados por el Espíritu Santo, las lecciones de Cristo aparecen completas en su armonía con Su misión de amor. Los que participan de la naturaleza divina, se derretirán en ternura cuando el Espíritu envíe la convicción de pecado. Verán la gran obra que debe hacerse por el alma antes de que esté preparada para morar en la presencia de Dios. No serán demasiado autosuficientes para recibir corrección. Y en su trato mutuo, manifestarán la ternura compasiva que Cristo reveló en sus palabras y obras.

Los cristianos verdaderos, sinceros y abnegados comprenderán cada vez más el misterio de la piedad. El Espíritu de Cristo mora con ellos. Son colaboradores de Cristo, y el Salvador les revela sus propósitos. No se ve en ellos nada del trabajo superficial que deja el carácter enano, débil y enfermizo. Diariamente crecen en gracia y en el conocimiento de Dios. Reconocen la misericordia que administra la reprensión y extiende la mano para refrenar el mal. De palabra y de obra dicen: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna".

Sra. E. G. White

22 de mayo de 1901

El fundamento de toda piedad verdadera

EGW

Cuando el abogado acudió a Cristo con la pregunta: "¿Qué haré para heredar la vida eterna?", el Salvador hizo recaer la carga de la respuesta sobre el interrogador. "¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?". preguntó. El abogado contestó: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo." "Has respondido bien", dijo Cristo; "haz esto y vivirás".

El amor supremo a Dios y el amor desinteresado al prójimo son el fundamento de toda piedad verdadera. Los más grandes en el reino de los cielos son aquellos que aman al Salvador demasiado bien como para tergiversarlo, que aman a sus semejantes demasiado bien como para poner en peligro sus almas dándoles un mal ejemplo.

"¿Con qué me presentaré ante el Señor, y me inclinaré ante el Dios alto? ¿Me presentaré ante él con holocaustos, con becerros de un año? ¿Se complacerá Jehová en millares de carneros, o en diez millares de ríos de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi rebelión, el fruto de mi cuerpo por el pecado de mi alma? Él te ha mostrado, oh hombre, lo que es bueno; ¿y qué pide el Señor de ti, sino hacer justicia, amar la misericordia y caminar humildemente con tu Dios?".

Dios no nos pide que compremos Su favor con ningún sacrificio costoso. Sólo pide el servicio de un corazón humilde y contrito, un corazón que ha aceptado con alegría y agradecimiento Su don gratuito. El que recibe a Cristo como su Salvador personal tiene en su posesión la salvación provista por Cristo. Y nunca debe olvidar que así como ha recibido gratuitamente, debe impartir gratuitamente. Cuando no se aprecian las necesidades de la humanidad, cuando no se está dispuesto a ser la mano amiga de Dios, las ofrendas más costosas, las demostraciones más grandiosas de liberalidad, son abominables a los ojos del Señor.

Las palabras y las obras del Señor armonizan. Sus palabras son misericordiosas y sus obras generosas. "Él hace crecer la hierba para el ganado, y la hierba para el servicio del hombre". Cuán generosamente nos ha provisto. Cuán maravillosamente ha desplegado Su munificencia y poder en nuestro favor. Si

nuestro bondadoso Benefactor nos tratara como nos tratamos unos a otros, ¿dónde estaríamos?

Qué maravillosa condescendencia mostró el Salvador en su obra. Con cuánta gracia, sin prejuicios ni parcialidades, recibió a todos los que acudían a Él, ricos o pobres, blancos o negros. Con Él no hay castas. "Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación el que le teme y obra justicia es acepto a él".

Variadas eran las circunstancias y las necesidades de los que pedían ayuda a Cristo. Uno venía por su hijo, otro por su hija. Un señor generoso y compasivo vino a pedir ayuda para su criado, que estaba paralítico. Había hecho cuanto podía por él, pero vio que necesitaba un poder curativo que él no poseía. Acudió al Gran Médico, diciendo: "Señor, mi criado yace en casa enfermo de parálisis, gravemente atormentado". Cristo no rechazó al ferviente peticionario. Su gran corazón de amor infinito respondió al ansioso interés y a la compasión mostrados por el amo. Siempre se complace en ver que la posición superior del maestro no le ha llevado a descuidar a los que están relacionados con él en el servicio. No necesitó más súplicas, sino que respondió gustosamente: "Iré y le curaré".

Hacer el bien a todos, animar y fortalecer en vez de desanimar y debilitar, ésta es la verdadera obra misionera. Pablo ordenó a los filipenses: "No se preocupe cada uno por lo suyo propio, sino también por lo de los demás". Y como ejemplo les señala a Cristo, "el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó forma de siervo y se hizo semejante a los hombres, y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz".

Cristo no vino a esta tierra simplemente para vivir como cualquier hombre. Descendió hasta lo más profundo de la aflicción humana, haciéndose obediente hasta una muerte vergonzosa e ignominiosa, incluso la muerte por crucifixión. Pablo quedó tan profundamente impresionado por la condescendencia del Salvador que recorre su historia de etapa en etapa, como si el sacrificio fuera demasiado grande para ser comprendido de una sola vez. Paso a paso nos conduce hacia abajo, hasta llegar a las profundidades más bajas de la humillación, y vemos al Salvador colgado en la cruz, mientras los sacerdotes y los gobernantes dicen burlescamente: "A otros salvó; a sí mismo no puede salvarse. Si es el Rey de Israel, que baje ahora de la cruz y le creeremos".

Presento a los cristianos este cuadro maravilloso. Si se discierne claramente, ¿no aniquilará el egoísmo? Al ver al Sufriente real colgado de la cruz, pensemos

en la altura desde la que descendió en nuestro favor. Desde los atrios celestiales contempló la miseria de la raza, y viniendo a esta tierra encontró un rescate para nosotros, incluso a través de gran humillación y sufrimiento. Para rescatarnos, el Señor de la vida y la gloria asumió la posición y los deberes de un siervo. Por nosotros se sometió a la burla, el insulto y el rechazo. Se hizo varón de dolores, experimentado en quebranto. "Herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados".

¿Haremos caso omiso de este maravilloso sacrificio? ¿No causará impresión en nuestras mentes? ¿Acaso los que se llaman cristianos deshonran a su Redentor desatendiendo egoístamente las necesidades de los que les rodean? ¿No seguirán más bien la regla de oro: "Todo lo que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos"?

Ante los ángeles y ante los hombres representamos a Cristo. ¿No procuraremos representarlo correctamente? ¿No debemos amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado? Que aquellos que han sido redimidos por el derramamiento de la sangre de Cristo, no obstaculicen con su egoísmo la realización de Su plan de salvación. Que no estén tan atados por el egoísmo que dejen de ver las necesidades de sus semejantes que sufren. Que se conviertan más bien en la mano amiga de Dios, para restaurar, sanar y bendecir.

Sra. E. G. White

29 de mayo de 1901

El propósito de Dios para nosotros

EGW

Dios creó al hombre para Su propia gloria. Era Su propósito repoblar el cielo con la raza humana, si después de la prueba y el juicio demostraban ser leales a Él. Adán iba a ser probado, para ver si sería obediente o desobediente. Si hubiera resistido la prueba, sus pensamientos habrían sido como los pensamientos de Dios. Su carácter se habría moldeado según la semejanza del carácter divino.

Pero Adán no resistió la prueba. Satanás, el ángel caído, celoso de Dios, decidió frustrar el propósito del cielo llevando a Adán y Eva al pecado. Se acercó a Eva, no en forma de ángel, sino de serpiente, sutil, astuta y engañosa. Con una voz que parecía proceder de la serpiente, le habló, y su conversación fue como las

palabras que hoy hablan los ángeles sabios y malvados a través de diversas agencias. Mientras Eva escuchaba, las advertencias que Dios le había dado se desvanecieron de su mente. Ella cedió a la tentación, y cuando tentó a Adán, él también olvidó las advertencias de Dios. Creyó las palabras del enemigo de Dios.

En el Edén, Satanás se sirvió de la serpiente como instrumento. Hoy se sirve de los miembros de la familia humana, esforzándose por medio de toda clase de engaños en obstruir la senda de justicia trazada para los rescatados del Señor.

¿Cuáles fueron las palabras que Satanás dijo a Eva? - "No moriréis ciertamente; porque Dios sabe que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses, sabiendo el bien y el mal". El "mal" era la desobediencia a los mandamientos de Dios. Y Adán efectivamente pasó por la experiencia de *conocer el mal*, con todas sus terribles consecuencias.

Los ojos de Adán y Eva se abrieron, pero ¿para qué? Para ver su propia vergüenza y ruina, para darse cuenta de que las vestiduras de luz celestial que habían sido su protección ya no estaban a su alrededor como salvaguardia. Vieron que la desnudez era el resultado de la transgresión. Cuando oyeron la voz de su Creador en el jardín, se escondieron de Él, porque anticipaban lo que antes no habían conocido: la condenación de Dios.

La mentira que Satanás dijo a Eva: "No moriréis", ha sonado a través de los siglos de generación en generación. Así tentó Satanás a nuestros primeros padres, y así nos tienta hoy. Y de edad en edad los hombres y las mujeres han caído en su trampa, a pesar de que tienen ante sí la desobediencia de Adán y sus resultados. Hoy los hombres piensan y actúan según las palabras del gran engañador, dando la impresión de que Dios no quiere decir lo que dice.

La acusación que Adán hizo contra Eva: "La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y comí", no tuvo influencia para salvarlo del resultado de la desobediencia. Dios dijo: "Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé, diciendo: No comerás de él; maldita es la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida; espinas y cardos también te producirá."

Adán y Eva fueron expulsados del Edén, y un ángel con una espada flamígera custodiaba el camino hacia el árbol de la vida, para que la pareja desleal y desobediente no pudiera acceder a él, e inmortalizar así la transgresión.

Observa este punto. El Señor no depositó en Adán caído y desobediente la confianza que depositó en Adán leal y verdadero, que vivía de toda palabra que salía de la boca de Dios. El plan de Dios era dar al hombre lucidez en toda su obra. Esto fue dispuesto para Adán por su Padre celestial. Debía haber cooperación entre Dios y el hombre. Pero este plan fue interferido por la transgresión de Adán. Satanás indujo a Adán a pecar, y el Señor no pudo comunicarse con él después de que pecó como lo hizo cuando estaba sin pecado.

El instrumento de Satanás, la serpiente, fue maldecido. Y todos los que hoy se dejan usar por Satanás como sus instrumentos para inducir a otros a desobedecer los mandamientos del cielo, están bajo la maldición de Dios. La seguridad del hombre radica en creer de todo corazón en un "Así dice el Señor". Esta es la declaración de la verdad. Los que por cualquier motivo se apartan de la verdad, para aventurarse en un camino de su propia elección, están siguiendo un camino que los llevará a la destrucción.

A Adán y Eva se les dio un período de prueba para volver a su lealtad; y en este plan de benevolencia se incluyó a toda su posteridad. Después de la caída, Cristo se convirtió en el instructor de Adán. Actuó en lugar de Dios hacia la humanidad, salvando a la raza de la muerte inmediata. Tomó sobre sí la obra de mediador entre Dios y los hombres. En la plenitud de los tiempos había de manifestarse en forma humana. Debía ocupar su puesto a la cabeza de la humanidad tomando la naturaleza, pero no la pecaminosidad del hombre. En el cielo se oyó la voz: "El Redentor vendrá a Sión, y a los que se conviertan de la rebelión en Jacob, dice el Señor".

Cristo fue ungido "para anunciar buenas nuevas a los mansos; ... a vendar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a pregonar el año agradable del Señor, y el día de venganza de nuestro Dios; a consolar a todos los enlutados; a poner a los enlutados en Sión, a darles belleza en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alabanza en lugar del espíritu angustiado; para que sean llamados árboles de justicia, plantío del Señor, para que Él sea glorificado."

El propósito de Dios es que Su nombre sea exaltado entre las naciones. "Por amor de Sión no callaré, y por amor de Jerusalén no descansaré, hasta que salga su justicia como resplandor, y su salvación como antorcha que arde. Y los gentiles verán tu justicia, y todos los reyes tu gloria; y serás llamada con un nombre nuevo, que la boca del Señor nombrará. Y serás corona de gloria en la mano del Señor, y diadema real en la mano de tu Dios."

Esta será la experiencia de aquellos que mantienen firme el principio de su confianza hasta el fin. Todo el capítulo sesenta y dos de Isaías es una representación de la obra que Cristo hará por medio de los que sigan su ejemplo. "Pasad, pasad por las puertas; preparad el camino del pueblo; echad, echad la calzada; recoged las piedras; levantad estandarte para el pueblo. He aquí que el Señor ha proclamado hasta el fin del mundo: Decid a la hija de Sión: He aquí que viene tu salvación; he aquí que su recompensa está con él, y su obra delante de él. Y los llamarán: Pueblo santo, Redimidos del Señor; y a ti te llamarán: Buscada, Ciudad no desamparada."

Sra. E. G. White

5 de junio de 1901

La ley moral

EGW

No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido."

Un gobierno, cualquiera que sea su carácter, requiere un gobernador. Este mundo tiene un gobernador, el Dios del universo. Su tutela es universal, se extiende al hombre y a la bestia, y alcanza incluso al pequeño gorrión; pues Cristo declara: "¿No se venden dos gorriones por un cuarto de penique, y no caerá uno de ellos en tierra sin vuestro Padre? Pero los cabellos de vuestra cabeza están todos contados".

En el gobierno moral de Dios, que es un gobierno basado en una distinción entre lo correcto y lo incorrecto, la ley es esencial para asegurar la acción correcta. La ley de Dios es la expresión de Su carácter, y en Su Palabra se declara santa, justa y buena. David dice: "La ley del Señor es perfecta, que convierte el alma; el testimonio del Señor es seguro, que hace sabio al sencillo".

Lucifer tomó la posición de que como resultado de la ley de Dios, el mal existía en el cielo y en esta tierra. Esto trajo contra el gobierno de Dios la acusación de ser arbitrario. Pero esto es una falsedad, inventada por el autor de todas las falsedades. El gobierno de Dios es un gobierno de libre albedrío, y no hay acto de rebelión u obediencia que no sea un acto de libre albedrío.

Como Creador de todo, Dios es gobernador de todo, y está obligado a hacer cumplir Su ley en todo el universo. Exigir a Sus criaturas menos que la obediencia a Su ley sería abandonarlas a la ruina. No castigar la transgresión de Su ley sería poner el universo en confusión. La ley moral es la barrera de Dios entre el agente humano y el pecado. Así, la sabiduría infinita ha puesto ante los hombres la distinción entre el bien y el mal, entre el pecado y la santidad.

Dios es supremo. No corresponde al hombre finito cuestionar Su derecho a gobernar el universo. Dios afirmó Su derecho a gobernar cuando declaró: "No tendrás dioses ajenos delante de Mí"; "porque en seis días hizo el Señor el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay". Él es el Creador y el Conservador de los mundos. Él sostiene el universo con la palabra de Su poder. La naturaleza y la ciencia atestiguan que Él tiene derecho a gobernar Su propia creación. Los ángeles están sujetos a Su dominio; por lo tanto, que el hombre se incline en adoración ante Él.

Las Escrituras dejan claro que Dios es el Gobernante, y que el hombre está bajo la más alta obligación de reconocer esto, y de obedecer su ley con corazón y mente, confiando en su poder para ayuda y protección. Esta ley que el hombre está llamado a obedecer como norma de derecho para el universo, es el sabio y santo consejo de Dios. Es una ley moral, y tiene su fundamento en la diferencia entre el bien y el mal. La ley moral es universal; la ley positiva no es necesariamente universal, sino que puede restringirse o ampliarse según la voluntad del legislador. La ley moral debe ser inmutable, mientras que la ley positiva puede ser modificada o abolida, a elección del legislador.

El Decálogo, o código moral de Dios, consta de diez preceptos, grabados en piedra por el dedo de Dios. Estos preceptos contienen todo el deber del hombre. Los cuatro primeros definen el deber del hombre para con su Dios; los seis últimos, el deber del hombre para con sus semejantes. Estos dos grandes principios fueron reconocidos por el Salvador, pues declaró que toda la ley pendía del amor a Dios y del amor al hombre. En las Escrituras pueden encontrarse otros mandamientos, pero sólo como ampliación de los contenidos en los diez preceptos del Decálogo.

La obra de Cristo consistía en librar a los mandamientos de las tradiciones y costumbres impuestas por los maestros judíos. La obra de cubrir la ley con exacciones inútiles había sido planeada por el adversario de Dios, a fin de que el ministerio puro de Cristo no armonizara con la enseñanza de los escribas y fariseos. Los dirigentes judíos habían cedido a la tentación de apartarse del

Señor, y mientras con sus formas y ceremonias hacían de la ley un yugo de esclavitud que el pueblo no era capaz de soportar, no seguían sus grandes principios. Esto llevó a Cristo a declarar: "Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos."

Al comienzo de su ministerio, Cristo, en su Sermón de la Montaña, hizo una exposición de la ley, que durante mucho tiempo había estado sepultada bajo costumbres y tradiciones hechas por el hombre. Sacó a la luz sus principios puros, liberándola de las gravosas exacciones que le imponía el hombre. A medida que Él mostraba las pretensiones de largo alcance de la ley, los fariseos veían que sus pequeñas teorías estaban siendo barridas por sus claras declaraciones. Los celos se apoderaron de sus corazones, porque sintieron que sus enseñanzas y su influencia quedaban sin efecto. En sus corazones habían mezclado durante tanto tiempo la tradición humana con los mandamientos divinos, que cuando Cristo hizo caso omiso de estas tradiciones, pensaron que estaba anulando la ley. Pero Cristo leyó sus pensamientos, y de repente se sobresaltaron con las palabras: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido".

Con toda la exaltada influencia y gloria que poseía antes de la caída, Satanás no pudo cambiar la letra más pequeña de la ley; y como apóstata y traidor, todavía ha sido incapaz de alterarla. Si ha tenido éxito en su propósito de ganar a su lado al mundo que profesa ser cristiano, y si el mundo y la iglesia han formado un lazo de confraternidad para anular la ley de Dios, esto no prueba que haya sido cambiada. Admitir que Dios hizo una ley tan imperfecta que necesitaba ser cambiada sería tachar a Dios de cambiante e imperfecto. Dios ha hablado sobre este punto. Prestemos atención a lo que dice: "No romperé mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios".

Cristo, en su enseñanza, desarrolló plenamente los principios de la ley, dejando claro que no se refiere únicamente a las acciones externas, sino que tiene que ver con el corazón, llegando incluso a los pensamientos tácitos. Cristo exaltó la ley, presentándola en su pureza original como un sistema perfecto de moralidad. Su vida fue una ilustración viviente de la ley de Dios. Él hizo honorable esta ley por su perfecta conformidad con sus requisitos.

La ley de Dios, aplicada en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, es regla exclusiva del deber. La objeción que a veces se hace contra la ley, de que en

ninguna parte del Nuevo Testamento se especifican todos los mandamientos del Decálogo, no tiene fuerza; porque las expresiones tan repetidas "la ley", "los mandamientos de Dios", significan el todo, no una parte.

El Señor ha dado esta regla de justicia, el fundamento de la verdadera religión, y debe ser obedecida. Más nos valdría sacrificar todos nuestros intereses temporales -casas, tierras, riquezas, libertad, incluso la vida misma- que desobedecer el menor de los mandamientos de Dios. El Salvador declara: "El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mi causa, la encontrará".

Tenemos muchos ejemplos nobles de lealtad a la ley en la historia de los profetas y apóstoles, que soportaron el encarcelamiento, la tortura, la muerte misma, antes que quebrantar uno de los mandamientos de Dios. Pedro y Juan han dejado un registro tan heroico como cualquiera en la dispensación del Evangelio. Cuando fueron llamados ante el sumo sacerdote, y se les ordenó que no hablaran en absoluto, ni predicaran en el nombre de Jesús, respondieron: "Juzgad si es justo a los ojos de Dios escucharos a vosotros más que a Dios. Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído. Así que, después de haberlos amenazado más, los dejaron ir, sin hallar cómo castigarlos, a causa del pueblo; porque todos glorificaban a Dios por lo que se había hecho." Cuando fueron llamados por segunda vez ante el concilio, los dirigentes judíos les preguntaron, diciendo: "¿No os habíamos mandado estrictamente que no enseñaseis en este nombre? y he aquí que habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina, y pretendéis traer sobre nosotros la sangre de este hombre. Entonces respondiendo Pedro y los otros apóstoles, dijeron: Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres." En esta respuesta tenemos evidencia de que ninguna autoridad humana tiene derecho a ponernos bajo la obligación de demandas que nos hagan desobedecer a nuestro legítimo Soberano, cuyos súbditos afirmamos ser.

Dios tiene especial consideración por la rectitud de carácter. En Su Palabra se nos dice que se complace en los que le temen, en los que esperan en Su misericordia. Ordena a los habitantes de la tierra que le teman, y sin embargo invita a los más humildes a buscarle, "por si quizá le buscaren y le hallaren, aunque no esté lejos de cada uno de nosotros".

Al obedecer voluntariamente los mandamientos de Dios, demostramos nuestro amor por Él. Así ganamos aptitud para estar entre aquel número de quienes se

dirá: "Bienaventurados los que guardan sus mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad."

Sra. E. G. White

12 de junio de 1901

Crecimiento espiritual

EGW

Es el deseo del Señor que sus seguidores crezcan en gracia, que su amor abunde más y más, que estén llenos de los frutos de la justicia, que son por Jesucristo, para alabanza y gloria de Dios.

Donde hay vida, habrá crecimiento y fructificación; pero a menos que crezcamos en gracia, nuestra espiritualidad será enana, enfermiza, infructuosa. Sólo creciendo, dando fruto, podremos cumplir el propósito que Dios tiene para nosotros. "En esto es glorificado mi Padre", dijo Cristo, "en que deis mucho fruto". Para dar mucho fruto, debemos aprovechar al máximo nuestros privilegios. Debemos aprovechar toda oportunidad que se nos conceda para obtener fuerzas.

Un carácter puro y noble, con todas sus grandes posibilidades, ha sido provisto para cada ser humano. Pero hay muchos que no anhelan seriamente ese carácter. No están dispuestos a dejar lo malo para tener lo bueno. Grandes oportunidades se ponen a su alcance. Pero no aprovechan las bendiciones que los pondrían en armonía con Dios. Trabajan en contra de Aquel que busca su bien. Son pámpanos muertos, que no tienen unión viva con la Vid. No pueden crecer.

Uno de los planes divinos para el crecimiento es la impartición. El cristiano debe fortalecerse fortaleciendo a los demás. "El que riega, él también será regado". Esto no es meramente una promesa; es una ley divina, una ley por la cual Dios diseña que las corrientes de benevolencia, como las aguas del gran abismo, se mantengan en constante circulación, fluyendo continuamente de regreso a su fuente. En el cumplimiento de esta ley está el secreto del crecimiento espiritual.

Escucha las palabras de Cristo: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden

todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo." No hay palabras que puedan expresar las bendiciones recibidas por aquellos que trabajan fervientemente para llevar a cabo esta comisión. De aquellos que después de la resurrección del Salvador obedecieron su mandato de impartir la luz que habían recibido, leemos: "Salieron y predicaron en todas partes, colaborando con ellos el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían."

Se hizo todo lo que se podía hacer para que nuestros primeros padres fueran puros y se mantuvieran puros. Y desde la caída, el Señor ha llevado a cabo Su voluntad en el plan de redención, un plan mediante el cual trata de restaurar al hombre a su perfección original. La muerte de Cristo en la cruz ha hecho posible que Dios reciba y perdone a toda alma arrepentida. Esto fue dispuesto en los concilios del amor. Es posible que seamos más que vencedores por medio de Aquel que dio su vida por nosotros. Si acudimos a Dios con fe, Él nos recibirá y nos dará fuerzas para ascender hacia la perfección. Si vigilamos cada palabra y acción, para no hacer nada que deshonor a Aquel que ha confiado en nosotros, si mejoramos cada oportunidad que se nos concede, creceremos hasta alcanzar la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo. Se nos han dado promesas muy grandes y preciosas para que podamos hacer esto.

Que aquellos que están oprimidos bajo un sentido de pecado recuerden que hay esperanza para ellos. La salvación de la raza humana ha sido siempre el objeto de los concilios del cielo. El pacto de misericordia se hizo antes de la fundación del mundo. Ha existido desde toda la eternidad, y se le llama el pacto eterno. Tan cierto como que nunca hubo un tiempo en que Dios no existiera, tan cierto como que nunca hubo un momento en que no fuera el deleite de la mente eterna manifestar su gracia a la humanidad. Siempre está llamando: "Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos; y vuélvase al Señor, y él tendrá de él misericordia; y al Dios nuestro, porque él será amplio en perdonar". "He aquí que no se ha acortado la mano del Señor para salvar, ni se ha agravado su oído para oír".

Cristianos, ¿se revela Cristo en nosotros? ¿Hacemos todo lo que está en nuestras manos para conseguir un cuerpo que no se debilite fácilmente, una mente que mire más allá de sí misma para ver la causa y el efecto de cada movimiento, que pueda luchar con problemas difíciles y vencerlos, una voluntad que sea firme para resistir el mal y defender lo correcto? ¿Estamos crucificando el yo? ¿Estamos creciendo hasta alcanzar la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo, preparándonos para soportar la dureza como buenos soldados de la cruz?

Sra. E. G. White

19 de junio de 1901

La oración de Cristo por nosotros

EGW

Esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado."

Estas palabras son de la mayor importancia para nosotros. Los cristianos profesantes deben manifestar una profunda y ferviente ansiedad por parecerse en carácter al Redentor. Deben morar en la vida de Cristo. Entonces serán transformados a su semejanza. Que cada uno se examine a sí mismo críticamente, para ver si en el hogar, en la iglesia y en el mundo está revelando la semejanza de Cristo, de modo que el Salvador pueda decir: "Yo soy glorificado en él".

"No ruego que los quites del mundo", continuó Cristo, "sino que los guardes del mal". Los cristianos deben ejercitar todas las habilidades que Dios les ha dado en un esfuerzo por responder a esta oración. Deben pedir a Dios seria y frecuentemente que los guarde del mal que hay en el mundo. Cristo ha encomendado a sus seguidores que oren sin cesar. Nunca dejen de importunar a Dios en oración privada. Nunca dejéis de interceder ante él; porque cuando dejáis de orar, os quedáis sin fuerzas para resistir las tentaciones de Satanás.

Nuestra santificación es obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es el cumplimiento del pacto que Dios ha hecho con aquellos que se unen a Él, para estar con Él, con Su Hijo y con Su Espíritu en santa comunión. ¿Has nacido de nuevo? ¿Te has convertido en un nuevo ser en Cristo Jesús? Entonces coopera con los tres grandes poderes del cielo que están trabajando en tu favor. Haciendo esto revelarás al mundo los principios de la justicia.

Al esforzarnos por representar a Cristo ante el mundo, debemos ejercitar la fe en Él. Él dice: "Conforme a vuestra fe os sea hecho". Fue por fe que Enoc caminó con Dios. No pidas a otros que ejerzan la fe por ti. Tú mismo debes obtener una experiencia diaria en las cosas de Dios. Usted es usted mismo para realizar la verdad de las palabras, "Todas las cosas son posibles al que cree."

Cuando aceptas a Cristo, en cierto sentido te separas del mundo. Estás muerto a sus ambiciones, muerto a su codicia de ventaja sobre tus hermanos y vecinos. Dios dice: "Salid de en medio de ellos, y apartaos, ... y no toquéis lo inmundo; y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso". Esta es la promesa del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; hecha a vosotros si guardáis vuestro voto bautismal, y no tocáis lo inmundo. Debéis apartaros de todo lo que pervierta los principios puros y sagrados de la verdad. No debes entrar en intrigas. Las prácticas deshonestas con creyentes o incrédulos son una ofensa a los ojos de Dios. Es un pecado que pone a quienes lo cometen en conexión con el autor de todo pecado.

Los que salen del mundo en espíritu y en toda práctica pueden considerarse hijos e hijas de Dios. Pueden creer Su palabra como un niño cree cada palabra de sus padres. Toda promesa es segura para el que cree. Aquellos que se unen al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, que demuestran con su vida que ya no siguen el camino que seguían antes de unirse a estos instrumentos divinos, recibirán la sabiduría de lo alto. No dependerán de la sabiduría humana. Para tratar rectamente con el mundo, como miembros de la familia real, hijos del Rey celestial, los cristianos deben sentir su necesidad de un poder que sólo proviene de los organismos celestiales que se han comprometido a trabajar en favor del hombre.

Después de haber formado una unión con el gran poder triple, consideraremos nuestro deber hacia los miembros de la familia de Dios con un temor sagrado. Trataremos de responder a la oración: "Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo", viviendo vidas puras y santificadas, mostrando al mundo cómo se hace la voluntad de Dios en el cielo.

"Enoc anduvo con Dios; y no fue, porque Dios lo tomó". Y cuando Dios lleve a los miembros de su iglesia al cielo, será porque han caminado con él aquí en esta tierra, recibiendo de lo alto la fuerza y la sabiduría que les capacita para servirle rectamente. Los que sean llevados a Dios serán hombres y mujeres que ahora oran con humildad y contrición, cuyos corazones no están elevados a la vanidad. En su trato con sus semejantes representan a Cristo. Los que deshonran a Dios mientras profesan servirle, son uno con el mundo. En el último gran día serán hallados entre los que conocían la voluntad de su Señor, pero no la cumplieron.

Dios llama a aquellos que se han unido a Él, que se han comprometido a morir al mundo y vivir para Cristo, a representar adecuadamente su profesión de fe.

Si son partícipes de la naturaleza divina, los principios de la sagrada hermandad serán sagradamente apreciados por ellos. Manifestarán a todos ternura, simpatía y compasión. Revelarán el anhelo de Cristo de recibir a los miembros de su familia y de alimentar sus almas hambrientas con el pan de vida.

"Santifícalos por medio de tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así también yo los he enviado al mundo. Y por ellos me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados por la verdad. Y no ruego sólo por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste". Estas palabras presentan el gran resultado de la unidad cristiana. Los cristianos deben ser uno en Cristo. Por su unidad han de dar testimonio al mundo de que Cristo es el Enviado de Dios. Todos los verdaderos discípulos comprenderán que ésta es la norma que deben alcanzar. Se esforzarán continuamente por ayudarse unos a otros.

"Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me has dado". Ellos están de Mi lado. Están bajo Mi bandera. Al recibirme como su Salvador personal, se han comprometido a guardar Mi santa ley, a revelarme en todas sus transacciones en la iglesia y en el mundo. Los he comprado por Mi manifestación de amor y poder en su favor. Por ellos me he santificado a Mí mismo para la obra que Tú me has designado, para que ellos también sean santificados para la obra que Tú les has designado, para que por su unión Conmigo y unos con otros puedan revelar al mundo que Tú me enviaste a la tierra para salvar a los pecadores.

"Y la gloria que me diste, yo les he dado; para que sean uno, así como nosotros somos uno; yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfeccionados en uno; y para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado". El mundo necesita ver una representación correcta de los principios del Evangelio. Como cristianos es nuestro deber mostrar el poder elevador y santificador de la verdad. Tenemos una gran obra que hacer, y oh, necesitamos tanto cerrar las ventanas del alma hacia la tierra, y abrirlas hacia el cielo. Dios mantendrá la corriente de Su gracia fluyendo en los corazones de aquellos que están dispuestos a ser canales de luz.

Sra. E. G. White

26 de junio de 1901

Nuestra Guía

EGW

Cuando se le planteaba una pregunta a Cristo, la respuesta era: "¿No habéis leído?". "¿Qué dicen las Escrituras?" Cristo podría haber respondido a cada pregunta desconcertante que se le hacía, pero no lo hizo. Dirigió a sus interlocutores al gran almacén del conocimiento. Sabía que no siempre podría estar con ellos en forma humana, y deseaba enseñarles a hacer de la Palabra su dependencia. "Escudriñad las Escrituras", dijo. Los remitió a Su propia Palabra inspirada, para que cuando fueran tentados por el enemigo pudieran enfrentarse a él como Él lo había hecho, diciendo: "Escrito está". Así el enemigo podría ser rechazado; porque él no tiene poder sobre el que confía en el testimonio de la Palabra de Dios.

De la Palabra de Dios escribe el salmista: "La entrada de tu Palabra ilumina; da entendimiento a los sencillos". Es como una luz que brilla en un lugar oscuro. Al escudriñar sus páginas, la luz entra en el corazón, iluminando la mente. Por esta luz vemos lo que debemos ser.

Vemos en la Palabra advertencias y promesas, con Dios detrás de todas ellas. Se nos invita a buscar ayuda en esta Palabra cuando nos encontremos en situaciones difíciles. Si no consultamos la Guía a cada paso, preguntando: ¿Es éste el camino del Señor? nuestras palabras y acciones estarán contaminadas por el egoísmo. Nos olvidaremos de Dios y caminaremos por sendas que Él no ha elegido para nosotros.

La Palabra de Dios está llena de preciosas promesas y útiles consejos. Es infalible, porque Dios no puede equivocarse. Tiene ayuda para cada circunstancia y condición de la vida, y Dios mira con tristeza cuando sus hijos la abandonan en busca de ayuda humana.

Así como recibimos fuerza física del alimento que comemos, así debemos recibir fuerza espiritual al estudiar la Palabra de Dios. Es tan necesario que se preste atención al clamor del alma por alimento espiritual como que se preste atención al clamor de un niño hambriento por alimento temporal. La negligencia en suministrar al alma el pan de vida la deja débil y sin fuerzas, incapaz de hacer la voluntad de Dios. La vida de alguien así es como la higuera estéril, sin fruto.

El que conversa con Dios a través de las Escrituras será ennoblecido y santificado. Al leer el registro inspirado del amor del Salvador, su corazón se derrite en ternura y contrición. Le invade el deseo de ser como el Maestro, de vivir una vida de servicio amoroso.

Los patriarcas y los profetas irradiaron una gran luz. Se hablaron cosas gloriosas de Sión, la ciudad de Dios. Así, el Señor quiere que la luz brille hoy a través de sus seguidores. Si los santos del Antiguo Testamento dieron un testimonio tan brillante de lealtad, ¿no deberíamos nosotros hoy, que tenemos la luz acumulada de siglos, levantarnos y brillar? La gloria de las profecías ilumina nuestro camino. El tipo se ha encontrado con el antitipo en la muerte del Hijo de Dios. Cristo ha resucitado de entre los muertos, proclamando sobre la tumba: "Yo soy la resurrección y la vida". Ha enviado su Espíritu a nuestro mundo para que recordemos todas las cosas. Por un milagro de Su poder ha preservado Su Palabra escrita a través de los siglos. ¿No deberíamos, entonces, hacer de esta Palabra nuestro estudio constante, aprendiendo de ella el propósito de Dios para nosotros?

Los de Berea fueron elogiados por ser más nobles que los de Tesalónica, ya que recibían la Palabra con toda prontitud de ánimo y escudriñaban las Escrituras diariamente. No escudriñaban la Biblia por curiosidad, sino para aprender acerca de Cristo. Diariamente comparaban Escritura con Escritura, y mientras escudriñaban, inteligencias celestiales estaban junto a ellos, iluminando sus mentes e impresionando sus corazones.

Debemos abrir la Palabra de Dios con reverencia, con un deseo sincero de conocer la voluntad de Dios respecto a nosotros. Entonces los ángeles celestiales dirigirán nuestra búsqueda. Dios nos habla por medio de Su Palabra. Estamos en la sala de audiencias del Altísimo, en la presencia misma de Dios. Cristo entra en el corazón. El Espíritu Santo toma las cosas de Dios y nos las muestra. Vemos más claramente la grandeza del amor de Dios y la plenitud de su salvación. Apreciamos más plenamente su bondadoso designio de hacernos partícipes de la empresa celestial. Entramos en plena simpatía con los planes de Dios. Su secreto está con nosotros, y Él nos muestra Su pacto.

La verdad se asemeja a un tesoro escondido en un campo, "el cual cuando un hombre lo encuentra, lo esconde, y de gozo va, y vende todo lo que tiene, y compra el campo". Desea cultivarlo para apoderarse de su tesoro. Así debemos tomar la Palabra de Dios y escudriñar sus páginas, para encontrar los tesoros de la verdad. Es oficio del Espíritu Santo dirigir y recompensar esta labor. El

buscador encuentra vetas de mineral precioso, y hunde aún más el pozo en busca de tesoros aún más valiosos. Los campos de oro de la tierra no están tan estrechamente entrelazados con vetas de mineral precioso como lo están los campos de la revelación con vetas de verdad que traen a la vista las inescrutables riquezas de Dios.

Sra. E. G. White

10 de julio de 1901

Qué significa ser cristiano

EGW

Ser cristiano significa ser como Cristo, seguir al Salvador. Seguir implica obediencia. Ningún soldado puede seguir a su jefe si no obedece las órdenes. Seguir significa imitar. "Aprended de Mí", dice el gran Maestro a los que han tomado el nombre de cristianos. Mantened los ojos fijos en el Modelo. Haz todas las cosas para Su gloria y en y por el amor que Él te tiene.

El cristiano es la luz del mundo, y la única Biblia que muchos leen. A través de los cristianos los hombres ven a Dios. Cuánto cuidado, pues, deben tener los que han tomado el nombre de cristianos. Pero muchos que profesan ser cristianos crucifican de nuevo al Hijo de Dios y lo avergüenzan abiertamente. Quien no corrige los errores que se le muestran en el espejo divino, presenta ante el mundo una miserable representación de Cristo. Los ángeles velan sus rostros de dolor. El mundo ve que no es lo que profesa ser, y se apartan de él como de una falsificación. Los cristianos están bajo el gobierno de Cristo o bajo el control del enemigo. Su influencia es o un sabor de vida para vida o de muerte para muerte. O hacen un bien positivo o un daño incalculable.

Los hijos de Cristo han sido redimidos de la esclavitud de Satanás, y deben permanecer bajo el estandarte manchado de sangre del Príncipe Emmanuel, trabajando con desinterés y fidelidad para Aquel que los posee. Siempre deben recordar las palabras: "No sois vuestros, porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios". Cuando tomaron el nombre de cristianos, se comprometieron a ser fieles a Dios. Están unidos a Él y a los ángeles en relación familiar, porque Jesús los ha liberado de la opresión de un tirano. En todos los aspectos, sus acciones deben ser como las de los santos. Desechando todo lo que es impropio, deben vivir una vida nueva y santa. Al hacer esto demuestran

que son dignos de la sagrada confianza que se les ha conferido, que han nacido de nuevo, no de la carne, sino del Espíritu, que ya no viven para sí mismos, sino para Dios, de quien son y a quien sirven.

Pablo dice: "Haced todo sin murmuraciones ni contiendas, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha, en medio de una nación torcida y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo." Como valientes y verdaderos soldados, los cristianos han de obedecer las órdenes de su capitán, pues han hecho la sagrada promesa de gobernarse bien a sí mismos. Deben esforzarse fervorosamente por vencer todo lo que les impida cumplir su elevada y santa resolución. La mente y el cuerpo deben ser tratados con el mayor respeto, porque son de Cristo. Día tras día han de ser mejorados, para que a la ferviente mirada de los ángeles vigilantes pueda revelarse que Cristo no ha muerto en vano.

Cristianos, cuando tomasteis este nombre, prometisteis prepararos en esta vida para la vida superior en el reino de Dios. Tomad la vida de Cristo como modelo. Tened siempre presente la eternidad. Seguid principios rectos de acción, que con su influencia refinadora y ennoblecedora restaurarán en el hombre la imagen moral de Dios. A medida que por la fe adoptamos los principios que son una expresión de la vida de Cristo, son en el alma como una fuente de agua que mana para vida eterna. El alma rebosa de las riquezas de la gracia de Cristo, y el desbordamiento refresca a otras almas. Así puede el agente humano demostrar que cumple la promesa que ha hecho. Así puede trabajar en asociación con Cristo, mostrando al mundo lo que significa ser cristiano.

El Evangelio es la voz del deber y la voz de Dios. Lo que significa no obedecer sus principios se muestra en la historia de Satanás, que por su desobediencia fue expulsado del cielo. Los dones más elevados que podían concederse a un ser creado fueron otorgados a Lucifer, el querubín protector. Antes de su caída era un ser glorioso, que ocupaba un puesto junto a Cristo en los atrios celestiales. Pero al tratar de ser igual a Dios, trajo sobre sí la ruina irremediable.

Con esta lección ante nosotros, escondámonos en Cristo. Él es la fuente de toda sabiduría y poder. Contemplad en la cruz del Calvario la garantía de nuestra salvación. Contempla al Salvador dando su vida por nosotros para que seamos cristianos.

Los que viven la vida de un cristiano están luchando contra la mentira del diablo: que el hombre no puede cumplir la ley de Dios. ¿Podemos dudar del resultado de este conflicto? Dios vive, Dios reina; y diariamente está obrando

Sus milagros. "Los que son de Cristo han crucificado la carne, con los afectos y las concupiscencias". Ante el universo muestran que están tratando de vivir las palabras. "Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre... en esto pensad".

"Amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza": éstos son los frutos del árbol cristiano. El árbol que sólo da hojas, la vida que sólo tiene profesión, debe marchitarse por la maldición de Dios, igual que el árbol sin fruto que ostentaba su abundante follaje ante el Salvador.

Dios nos ayude a ser verdaderos cristianos, coherentes hoy, coherentes mañana, rectos en la acción, amables en la palabra, puros en el pensamiento. El verdadero cristiano vive la vida de Cristo. En todos sus actos enarbola el estandarte de la cruz. Si se le malinterpreta, no se ofende, sino que sigue el tenor uniforme de su camino. Es amable, considerado e indulgente. Se examina atentamente a sí mismo, no sea que de palabra o de obra niegue a su Señor. Elige el camino de Dios. Cada día de su vida sirve desinteresadamente a los demás. La luz que hay en él resplandece, y acalla la contienda de lenguas. Día tras día, aunque inconscientemente para sí mismo, está llevando a cabo ante los hombres y los ángeles un vasto y sublime experimento. Está mostrando lo que el Evangelio puede hacer por los seres humanos caídos.

Sra. E. G. White

17 de julio de 1901

"Sed, pues, perfectos"

EGW

Los que sirven a Dios deben aspirar a la perfección. Hay que superar los malos hábitos. Deben formarse hábitos correctos. Bajo la disciplina del Maestro más grande que el mundo haya conocido, los cristianos deben avanzar y ascender hacia la perfección. Este es el mandato de Dios, y nadie debe decir, no puedo hacerlo. Por el contrario, debe decir: Dios exige que yo sea perfecto, y Él me dará la fuerza para superar todo lo que se interponga en el camino de la perfección. Él es la fuente de toda sabiduría, de todo poder.

Individualmente debemos ser leales a las leyes que rigen el reino de Dios. Los cristianos han de ser portadores de luz, diciendo a todos con quienes entran en contacto: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Deben

ser ejemplos de piedad, representando a Cristo en palabra, en espíritu y en acción. Sus acciones deben ser una copia de las acciones del Salvador. Así deben mostrar la superioridad de los principios de Cristo sobre los principios del mundo. Deben trabajar en un plano de acción más elevado que los que no son cristianos. Deben llevar la influencia ennoblecedora del Evangelio a cada fase de la vida. Su pureza y utilidad deben ser una fuente de iluminación para los demás.

El mundo ha establecido una norma para satisfacer las inclinaciones de los corazones no santificados, pero ésta no es la norma para los que aman a Cristo. El Redentor los ha escogido del mundo, y les ha dejado su vida sin pecado como norma. Él quiere que se eleven por encima de toda tacañería de palabra o acción. "Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados, y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante". "Ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad hasta el fin la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado.... Como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo."

Estas palabras deben ser creídas y practicadas. Los cristianos han de ser superiores en sabiduría, en conocimiento, en habilidad, porque creen en Dios y en su poder. El Señor desea que alcancen el peldaño más alto de la escalera, para que puedan glorificarlo. Él tiene un tesoro de sabiduría del que pueden sacar. La religión de Cristo nunca degrada; nunca hace a los hombres y a las mujeres toscos y ásperos. Dios quiere que sus hijos sean correctos en el hablar y correctos en los hábitos. Desea que posean conocimientos que les den un lugar entre los hombres.

Vencer significa mucho más de lo que pensamos. Significa resistir al enemigo y acercarse a Dios. Significa tomar la cruz y seguir a Cristo, haciendo alegremente aquellas cosas que son contrarias a la inclinación natural. Cristo vino del cielo para mostrarnos cómo vivir una vida de abnegación. En su fuerza hemos de alcanzar la perfección. Él ha hecho posible que lo hagamos, y cuando venga por segunda vez, nos preguntará por qué no hemos cumplido Su propósito para nosotros. Día a día, hora a hora, nos estamos preparando para el juicio, decidiendo nuestro destino eterno. Estamos comerciando con los bienes de nuestro Señor. Cuando Él venga, hará cuentas con nosotros, para ver cómo hemos mejorado Sus bienes. Se exigirán resultados proporcionales a los talentos confiados, y a todo cristiano fiel y abnegado se le dará una recompensa

proporcional a su trabajo. Nada de lo que se hace con sinceridad es en vano. Todo se pesa con exactitud en la balanza de oro del santuario.

Cristianismo significa conformidad perfecta con la vida de Cristo. Los que poseen este cristianismo mostrarán un sano crecimiento espiritual, porque son partícipes de la naturaleza divina. El cielo está lleno de luz, y se ha dispuesto que esta luz brille en claros rayos sobre los que aceptan a Cristo, y de ellos se refleje a los que están muertos en delitos y pecados, para que por el poder del Espíritu Santo sean resucitados a una vida nueva. Los cristianos deben ser obreros junto con Dios, o fracasarán en la victoria, y su influencia hará que otros fracasen. Nadie se pierde si no hace caer a otros. Los que llevan el nombre de Cristo, apártense de toda iniquidad, para que Cristo no se avergüence de sus profesos seguidores.

El ojo del Señor está en todo lugar, contemplando lo malo y lo bueno. Él conoce todas nuestras tentaciones, y espera que las resistamos como Cristo las resistió. Jesús murió por nosotros para que pudiéramos vivir Su vida de pureza. Nuestra oración debe ser: "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí". El corazón debe ser purificado, porque de él salen los asuntos de la vida. La voluntad debe ceder su timón al mandato de Cristo. Pablo describe esto como revestirse del hombre nuevo, "que conforme a Dios ha sido creado en justicia y santidad verdadera."

Ningún compromiso con el pecado puede ser aceptado jamás por un Dios puro y santo. Ninguna conversión es genuina que no cambie radicalmente el corazón, el carácter, cada línea de conducta. "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es". No se debe desperdiciar ni un momento en una religión de retazos. Nuestra ciudadanía está arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Esta vida presente es sólo nuestra escuela de entrenamiento. Aquí hemos de ser purificados para que en la venida de Cristo estemos sin mancha ni arruga ni cosa semejante, preparados para recibir la herencia de los santos en luz.

El verdadero cristiano obtiene una experiencia que trae santidad. La luz de la verdad irradia su entendimiento. Un resplandor de amor por el Redentor despeja la nube que se ha interpuesto entre su alma y Dios. La voluntad de Dios, pura, elevada y santificada, se convierte en su voluntad. Su rostro revela la luz del cielo. Su cuerpo es un templo adecuado para el Espíritu Santo. La santidad adorna su carácter. Dios puede estar en comunión con él, porque el alma y el cuerpo están en armonía con los principios del cielo.

Sra. E. G. White

24 de julio de 1901

Comerciar con los bienes de Nuestro Señor

EGW

A los hombres y mujeres Dios les ha confiado talentos para que los mejoren con el uso y se los devuelvan a Él. Nuestro tiempo, nuestra fuerza, nuestro intelecto, nuestros medios, todo pertenece a Dios. Él nos los ha prestado para que los empleemos en ayudar a los que nos rodean. Si usamos estos dones en beneficio de los demás, nos convertimos en canales de utilidad, y Dios nos da un aumento; porque Su ley es: "Dad, y se os dará". Aquellos que han sido bendecidos por Dios y, sin embargo, se niegan a ayudar a los necesitados, son acusados en el libro de cuentas del cielo de robo hacia su Hacedor, ante cuyo tribunal serán llamados a rendir cuentas por su negligencia hacia los necesitados y los que sufren.

Dios nos ha comprado con la muerte de su Hijo. Él desea que recordemos que somos Suyos, y que mediante el uso correcto de nuestras dotes debemos hacer de nosotros mismos todo lo que nos sea posible ser. Debemos cultivar fervientemente las facultades más elevadas de nuestro ser, esforzándonos con perseverancia por alcanzar la mayor eficiencia espiritual. En espíritu, en palabra, en acción, debemos tratar de agradar a Dios. Esto podemos hacerlo; porque Enoc agradó a Dios, aunque vivía en una época degenerada. El poder a las órdenes de Enoc está también a nuestras órdenes.

Dios da medios a los hombres, diciendo: Ponedlo a los cambiadores. Úsalo donde bendiga a alguien que a su vez bendiga a otro. A medida que Mi dinero se pone en circulación para ayudar a Mis hijos, se multiplicará constantemente.

Aquellos que tienen el Espíritu de Cristo no gastarán egoístamente en sí mismos lo que proveería hogares para los desamparados, y daría a los indigentes comida y ropa. No guardarán su dinero para aumentar sus ganancias. Aquellos que hacen esto son controlados por la codicia. No aman ni a Dios ni al hombre. Sus semejantes están pereciendo a su alrededor, y sin embargo, aunque está en su poder ser una bendición para ellos, cierran los ojos a sus necesidades.

Dios tiene una controversia con aquellos que usan Sus dones para la autogratificación. Cuando se celebre el juicio y se abran los libros, tendrán que ajustar cuentas. Si no estuvieran cegados por el enemigo, temerían y temblarían

al pensar en el momento en que Dios vengará la muerte de su Hijo, a quien, por su egoísmo, han crucificado de nuevo y avergonzado abiertamente.

Escuchad las palabras del Señor: "Id ahora, ricos, llorad y aullad por vuestras miserias que vendrán sobre vosotros.... Habéis amontonado tesoros para los últimos días. He aquí que el jornal de los obreros que han segado vuestros campos, retenido de vosotros por fraude, clama; y los clamores de los que han segado han entrado en los oídos del Señor del sábado. Habéis vivido en placer sobre la tierra y habéis sido libertinos; habéis alimentado vuestros corazones, como en día de matanza. Habéis condenado y matado al justo, y él no os resiste".

Esta es la condición de las cosas en el mundo de hoy. Los hombres se apoderan de todo lo que pueden obtener, pagando a sus obreros los precios más bajos, mientras exigen los precios más altos por lo que venden. Se aprecian el egoísmo, la avaricia y la codicia. Miles y miles de dólares se encierran donde no sirven para nada. Así el capital del Señor no logra traerle un aumento.

Los talentos sólo tienen valor en la medida en que se utilizan para cumplir el designio del Dador. Dios ha dado a los seres humanos oportunidades y privilegios para que puedan sacar lo mejor de sí mismos desde el punto de vista bíblico. Si usamos nuestros talentos sabiamente, nuestro mejoramiento será una bendición para nosotros mismos y para los demás; pero cuando consideramos que nuestros talentos tienen valor desde el punto de vista de acumular ganancias para fines egoístas, fracasamos en llevar a cabo el propósito del Señor, y de ello resultan graves pérdidas para el Maestro. Aquellos que podrían haber sido beneficiados no reciben la ayuda que el Señor deseaba que recibieran.

En el día del juicio nadie será aceptado porque se haya enriquecido con sus astutas maquinaciones y sus astutos manejos. A tal persona Cristo le dirá: "Te di talentos de habilidad, talentos de tesoros mundanos, para que cooperaras conmigo. Yo estaba dispuesto a enseñarte cómo impartir correctamente. Podría haber hecho de ti un canal de comunicación. Podría haberte ayudado a revelar Mis atributos impartiendo a otros la sabiduría y el entendimiento que te fueron impartidos. Podrías haber utilizado Mis dones para Mi gloria y para la elevación de los que te rodean. Pero permitiste que el tentador corrompiera tus sentidos; y bajo su guía Me has robado la gloria que debería haber recibido, si hubieras utilizado tus talentos para aliviar el sufrimiento de Mis hijos. Fuiste un receptor, pero no un productor. Si hubieras utilizado Mi dinero para hacer avanzar Mi reino, ahora podría reconocerte como un siervo fiel. Pero retuviste los medios que debías haber impartido. Te di Mis bienes para que los distribuyeras, pero

no diste de comer al hambriento ni vestiste al desnudo. Desatendiste a la viuda y al huérfano. En su indigencia clamaron por ayuda, pero no les hiciste caso. Sus gritos han llegado hasta Mí. Sus lágrimas están registradas en Mi libro. Ha llegado el momento de que me ocupe de mis siervos infieles. ¿De qué os sirven ahora vuestras riquezas? ¿Qué paz, qué felicidad encontráis en vuestras transacciones? ¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre a cambio de su alma?".

Recordemos que no habrá una segunda probación. Algunos se lisonjean pensando que el Señor les dará otra oportunidad. ¡Fatal ilusión! Ahora mismo, día tras día, nos estamos preparando para el juicio. Estamos comerciando con los bienes de nuestro Señor, y en Su venida Él hará cuentas con nosotros. Y de cada uno Él esperará un retorno. Hagamos un trabajo fiel y desinteresado. Nuestra recompensa será proporcional al trabajo que hayamos hecho. "He aquí que vengo pronto", dice Cristo, "y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según su obra". El Maestro pide que cada uno haga la obra que le ha sido dada según su capacidad. En el amor del Salvador, que los cristianos se levanten y trabajen por los que están cerca y los que están lejos.

Sra. E. G. White

31 de julio de 1901

Una ley perfecta

EGW

Dios, el gran gobernador del universo, ha puesto todo bajo ley. La flor diminuta y el roble imponente, el grano de arena y el poderoso océano, el sol y el chaparrón, el viento y la lluvia, todo obedece a las leyes de la naturaleza. Pero el hombre está sometido a una ley superior. Se le ha dado un intelecto para ver, y una conciencia para sentir, los poderosos reclamos de la gran ley moral de Dios, la expresión de lo que Él desea que sean Sus hijos.

Dios ha dado a conocer su voluntad tan claramente que nadie tiene por qué equivocarse. Desea que todos comprendan correctamente su ley, que sientan el poder de sus principios, porque aquí están en juego sus intereses eternos. El que comprende las exigencias de largo alcance de la ley de Dios puede entender algo de la atrocidad del pecado. Y cuanto más exaltadas sean sus ideas de las exigencias de Dios, mayor será su gratitud por el perdón que se le ha concedido.

La ley de Dios alcanza los sentimientos y los motivos, así como los actos externos. Revela los secretos del corazón, arrojando luz sobre cosas antes enterradas en la oscuridad. Dios conoce cada pensamiento, cada propósito, cada plan, cada motivo. Los libros del cielo registran los pecados que se habrían cometido si hubiera habido oportunidad. Dios juzgará toda obra, con toda cosa secreta. Por Su ley Él mide el carácter de cada hombre. Como el artista transfiere al lienzo los rasgos del rostro, así los rasgos de cada carácter individual son transferidos a los libros del cielo. Dios tiene una fotografía perfecta del carácter de cada hombre, y esta fotografía la compara con Su ley. Revela al hombre los defectos que estropean su vida, y le exhorta a arrepentirse y apartarse del pecado.

Hay quienes dicen: "Dadme a Cristo, pero no quiero nada de la ley". Hablan de la gracia de Cristo, pero no conocen el significado de la gracia; porque Dios no usa su gracia para anular la ley. Satanás ha confundido sus mentes, llevándolos a considerar la ley como un yugo de esclavitud, un obstáculo para la espiritualidad. Hablan de fe, pero no conocen el significado de la palabra; porque la fe nunca se encuentra separada de la verdad. La paz que presumen que les da su fe no es más que una confianza farisaica. Que nadie afirme que ha sido aceptado por Cristo, y que vive sin pecado, mientras que al mismo tiempo está, como Lucifer, haciendo la guerra contra la ley de Dios, ayudando al enemigo en la misma obra que comenzó en el cielo y está llevando a cabo en esta tierra.

Miles transgreden hoy la ley de Dios, defendiendo las ideas que por siglos Satanás ha estado fabricando. Como los orgullosos fariseos, ignoran tanto las Escrituras como el poder de Dios. Envueltos en las tinieblas de la incredulidad, se niegan a escudriñar las Escrituras por sí mismos. Aceptan fábulas en lugar de la verdad. Reclaman las promesas de Dios mientras rompen sus preceptos. En el último gran día le dirán a Cristo: "Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en tu nombre, y en tu nombre hemos echado fuera demonios, y en tu nombre hemos hecho muchas obras maravillosas?". Pero Cristo responderá: "Nunca os conocí; apartaos de mí".

El corazón natural se rebela contra las exigencias de la ley de Dios. Fue la ley contra la cual Satanás luchó en el cielo, y los que son controlados por él odian sus principios. Pero que recuerden que cuando lanzan reproches contra la ley, lanzan reproches contra Aquel con quien se originó la ley. El que mientras pisotea la ley de Dios afirma que Cristo ha perdonado sus pecados, no sabe de lo que habla. Juan declara que el pecado es la transgresión de la ley. Si no

hubiera ley, no habría pecado. Los que afirman amar a Cristo, mientras que al mismo tiempo se niegan a obedecerle, son como fuentes que arrojan agua impura. Profesando seguir a Cristo, hacen la obra del adversario. Su fe está muerta, pues no se apoya en las buenas obras. No pueden salvarse por su fe, como no pueden salvarse por su fe los ángeles caídos, que creen y tiemblan.

Para el mayor bien de sus criaturas, Dios ha dado una ley perfecta, una ley que exige una obediencia perfecta. Dios no obliga a nadie a obedecer esta ley. Él deja a los hombres la libertad de decidir si obedecerán y recibirán la recompensa de la obediencia, o desobedecerán y recibirán el castigo de la transgresión.

Estudemos la ley de Dios en relación con la obra de Cristo. El hombre quebrantó la ley. Cristo vino a esta tierra para hacer expiación por la transgresión. Su expiación fue completa en cada parte. Mientras colgaba de la cruz, pudo decir: "Consumado es". Las demandas de la justicia fueron satisfechas. El camino al trono de la gracia fue abierto para cada pecador.

La ley se mantiene firme, y la justicia señala severamente al pecador sus santos preceptos. No corresponde a la ley salvar al pecador, sino condenar; no perdonar, sino condenar. No puede cambiarse para satisfacer al hombre en su condición caída. Entonces, ¿cómo se satisface la justicia de Dios y se obtiene su favor? No por las obras; "porque por las obras de la ley nadie será justificado delante de él". En su propia fuerza el pecador no puede satisfacer las demandas de Dios. Debe acudir en busca de ayuda a Aquel que pagó el rescate por él. Le es imposible por sí mismo cumplir la ley. Pero Cristo puede darle la fuerza para hacerlo. El Salvador vino a este mundo y en carne humana vivió una vida de perfecta obediencia, para que el pecador pudiera presentarse ante Dios justificado y aceptado.

Cristo es nuestra esperanza. Los que confían en Él son purificados. La gracia de Cristo y el gobierno de Dios caminan juntos en perfecta armonía. Cuando Jesús se convirtió en el sustituto del hombre, la misericordia y la verdad se encontraron, y la justicia y la paz se besaron. La cruz del Calvario da testimonio de las elevadas exigencias de la ley de Dios. Cristo no murió para alentar al hombre en su rebelión contra Dios, sino para proporcionarle un camino por el que pudiera cumplir toda la ley. Su vestidura de justicia inmaculada viste al pecador arrepentido y creyente. Él es hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención.

Sra. E. G. White

7 de agosto de 1901

"Pedid y se os dará"

EGW

Parece tan triste que alabemos tan poco a Dios. La gratitud, la alabanza y la acción de gracias deben ser buscadas y cultivadas como artes perdidas. Son más preciosas para el Señor Jesús que todos los tesoros de oro y plata que contiene la tierra. Todo ser humano debe apreciar la bondad y el amor con que Dios nos ha amado. Cuando aún éramos enemigos, Cristo dio su vida para que nos salváramos. ¿Cuánto hemos apreciado este don?

El don omnisciente del Espíritu

En Su instrucción a Sus discípulos, Cristo se detuvo en el gran don del Espíritu, declarando que nada era demasiado grande para esperar la venida del Espíritu divino. Anhelaba acelerar y ampliar el concepto de sus discípulos comunicándoles su propia apreciación completa del amor de Dios, para que pudieran comprender el valor del don de todos los dones, otorgado por Dios con la entrega de su amado Hijo, el don del Espíritu Santo. Este don ha sido concedido a todos los que aman y sirven a Dios. Cristo ha dispuesto que todos reciban su Espíritu, porque desea ver la naturaleza humana liberada de la esclavitud del pecado y, por el poder que Dios le da, renovada, restaurada, elevada a una santa rivalidad con los ángeles.

A la mujer del pozo dijo Cristo: "Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le pedirías, y Él te daría agua viva..... El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna."

Sí; al dar el Espíritu Santo, era imposible que Dios diera más. A este don no se le puede añadir nada. Con él se suplen todas las necesidades. El Espíritu Santo es la presencia vital de Dios, y si se aprecia, suscitará alabanzas y acciones de gracias, y siempre estará brotando para vida eterna. La restauración del Espíritu es el pacto de la gracia. Sin embargo, ¿cuán pocos aprecian este gran don, tan costoso, pero tan gratuito para todos los que lo aceptan? Cuando la fe se apodera de la bendición, viene un rico bien espiritual. Pero con demasiada frecuencia la bendición no se aprecia. Necesitamos un concepto más amplio para comprender su valor.

Un estímulo divino para la fe

Cristo declaró: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. Si un hijo pidiera pan a alguno de vosotros que es padre, ¿le dará una piedra? o si le pidiera un pez, ¿le dará por pez una serpiente? o si le pidiera un huevo, ¿le ofrecerá un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?"

¡Oh, qué asombroso amor y condescendencia! El Señor Jesús anima a sus creyentes a pedir el Espíritu Santo. Al presentar la ternura paternal de Dios, trata de alentar la fe en la recepción del don. El Padre celestial está más dispuesto a dar el Espíritu Santo a los que se lo piden que los padres terrenales a dar buenos regalos a sus hijos.

¿Qué cosa más grande podría prometerse? ¿Qué más se necesita para despertar una respuesta en cada alma, para inspirarnos un anhelo por el gran don? ¿No deberían nuestras súplicas poco entusiastas convertirse en peticiones de intenso deseo por esta gran bendición?

No pedimos lo suficiente de las cosas buenas que Dios ha prometido. Si nos eleváramos más y esperáramos más, nuestras peticiones revelarían la influencia vivificante que llega a toda alma que pide con la plena expectativa de ser escuchada y contestada. El Señor no es glorificado por las súplicas mansas que muestran que no se espera nada. Él desea que todo aquel que cree se acerque al trono de la gracia con seriedad y seguridad. ¿Nos damos cuenta de la magnitud de la obra en la que estamos comprometidos? Si lo hiciéramos, habría más fervor en nuestras oraciones. Nuestras súplicas se elevarían ante Dios con seriedad convincente. Pediríamos poder como un niño hambriento pide pan. Si nos diéramos cuenta de la grandeza del don, si deseáramos alcanzar la bendición, nuestras peticiones ascenderían con seriedad, importunidad, urgencia. Sería como si estuviéramos en la puerta del cielo, solicitando la entrada.

No entiendo la mansedumbre en las peticiones ofrecidas a Dios. Debemos abrirnos paso hasta la misma presencia de Dios, hasta el Lugar Santo del Altísimo. Hemos de suplicar lo que más necesitamos: el pan de vida, la hoja del árbol de la vida. Como Jacob luchó con el ángel, diciendo: "No te soltaré si no me bendices", así hemos de luchar en la oración hasta vencer. Hemos de pedir

con una urgencia que no será rechazada, que espera que Dios conceda sus bendiciones con una liberalidad que es una garantía para todo temor.

"Así dice el Señor, el Santo de Israel y su Hacedor: Preguntadme de lo por venir acerca de mis hijos, y de la obra de mis manos mandadme. Yo hice la tierra y creé al hombre sobre ella. Yo, Mis manos, extendí los cielos, y todo su ejército mandé". Esta es la Palabra del Señor, que es Sí y Amén. Entonces que tus oraciones sean más fervientes, más cargadas de fe y esperanza. Que la intensidad de tu deseo sea proporcional al valor del objeto que desees obtener.

La grandeza del don y nuestra necesidad de él deberían llenarnos de un deseo hambriento de él.

¿Tenemos razones para creer que una solicitud ferviente a la Fuente de todo poder para que el Espíritu Santo se mueva profundamente en los corazones será coronada por el éxito? Ciertamente; pero antes de hablar con otros al respecto, hablemos primero con Dios. Suplícale como si tu vida dependiera del don que desees. Recuerda que la bendición se promete incondicional, absoluta, ciertamente. Si pides con fe, presentando el nombre del Hijo de Dios como tu aval, tu oración será escuchada y contestada. La bondad de Dios hace que esta promesa sea inmutable. La infalibilidad de la promesa ha de inspirar fe al que pide. "Pedid y recibiréis".

Debemos pedir con una seriedad que no será negada. El Señor desea intensamente que cada uno dé pasos de avance con absoluta certeza, confiando en Dios. Él es la luz y la vida de todos los que le buscan. La medida que recibimos de la santa influencia de su Espíritu es proporcional a la medida de nuestro deseo de recibir, de nuestra fe para captar, y de nuestra capacidad para disfrutar de la gran bondad de la bendición, y para impartirla a otros.

Sra. E. G. White

14 de agosto de 1901

"Pedid y se os dará"

EGW

(Concluido de la semana pasada.)

Todo el que pide, recibe; y el que busca, halla". Cristo presenta aquí una ley del gobierno divino. Pedir el Espíritu Santo está relacionado con recibir este don. El Señor lee los corazones de todos los hombres. Selecciona de entre sus súbditos a los que puede utilizar, escogiendo el material que se puede trabajar. Selecciona a los súbditos **menos prometedores**, y a través de ellos magnifica Su propia sabiduría y poder haciendo que se sienten entre príncipes. En todas las épocas ha utilizado a seres humanos para llevar a cabo Sus propósitos. Él escoge súbditos que no se pervertirán, que con toda rectitud y fe honrarán Su nombre. Pasa por alto a los hombres que han pervertido las capacidades que Él les ha dado, y selecciona a hombres de Su propia sabiduría, que hacen de Él su confianza, su dependencia, su eficiencia. Él labra y pule las piedras ásperas que ha extraído del mundo. Trabaja por medio de hombres que se dan cuenta de que deben someterse al hacha, al cincel y al martillo, permaneciendo pasivos bajo la mano divina. A través de aquellos que voluntariamente se someten a Él en todos los asuntos, que le buscan con fe y esperanza, Él lleva a cabo sus planes.

Preguntar con razón

Los que piden porque desean impartir a los demás no quedarán defraudados. Dios recompensará a quienes acudan a Él con fe sincera. Él nos asegura que el pensamiento de Su majestad y soberanía no debe mantenernos atemorizados. Él hará mucho más misericordiosamente de lo que suponemos si nos acercamos al escabel de su misericordia. Insiste en su soberanía como una razón de su grande y misericordiosa generosidad para satisfacer las demandas que se le hacen. Se compromete a escuchar nuestras oraciones, declarando que las escuchará. Condesciende a apelar desde el instinto de la ternura paternal a la benevolencia infinita de Aquel de quien somos por creación y redención. Dice: "Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan". Los necesitados y hambrientos de alma nunca suplican a Dios en vano.

La humanidad y la divinidad deben estar unidas en la experiencia de todo vencedor. En nuestra debilidad debemos aceptar el poder de Cristo. Él nos

asegura: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo".

En vista de esto, díganme quiénes deberían lucir semblantes más brillantes y alegres, más llenos de sol, que aquellos que viven de la fe en el Hijo de Dios. En Él, los necesitados y los hambrientos encuentran todo lo que necesitan. Pero no olvidemos que aquellos a quienes Dios ha bendecido con los bienes de esta vida han de ser su mano amiga, para suplir las necesidades de sus necesitados. Deben ser obreros juntamente con Él. Son sus **mayordomos en confianza**, y deben usar sus bienes para el progreso de su obra, a fin de que su nombre sea glorificado. El Señor desea emplear a la iglesia como un canal a través del cual comunicar sus generosidades. Si su pueblo mantuviera abierto el canal, recibiendo los dones espirituales y temporales de su gracia, e impartíéndolos a los necesitados, no habría enfermos desatendidos, ni huérfanos clamando por alimento. Los corazones de las viudas y los huérfanos cantarían de alegría.

Dios ha dado al hombre el más rico de Sus dones. Esto lo ha hecho para que el hombre pueda dispensar Sus bondades. La obra médica misionera y el ministerio evangélico son los canales a través de los cuales Dios procura derramar un suministro constante de Su bondad. Deben ser como el río de la vida para la irrigación de Su iglesia. No hay ni la más mínima excusa para la condición sin vida de un pueblo que conoce el claro "Así dice el Señor". Dios llama su atención a las palabras: "Vosotros sois la luz del mundo.... Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". Nos recuerda que sólo tenemos que pedir, y recibiremos; buscar, y encontraremos; llamar, y se nos abrirá.

Abre las ventanas del alma hacia el cielo y ciérralas hacia la tierra. El Señor ha hecho de su iglesia el depósito de la influencia divina. El universo celestial está esperando que los miembros se conviertan en canales a través de los cuales la corriente de vida fluya hacia el mundo, para que muchos se conviertan, y a su vez se conviertan en canales a través de los cuales la gracia de Cristo fluya hacia las porciones desiertas de la viña del Señor.

El universo celestial está agobiado por la magnitud de los dones divinos que tiene que impartir. Los ángeles anhelan la gran alegría de impartir la gracia de

Dios a los hombres que la impartirán a sus semejantes. La comisión es: "Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones". A todos los que pertenecen a la iglesia se les ordena brillar. Cada receptor de la gracia divina es responsable de las almas de aquellos a su alcance que están en las tinieblas de la incredulidad, ignorantes de las ricas bendiciones que Dios está esperando para otorgarles.

"A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios". Los que participan en el solemne rito del bautismo, en nombre de las más altas autoridades del cielo, se comprometen a salir del mundo, a separarse de sus prácticas idólatras. Dios pone su signo sobre ellos, haciéndolos miembros de la familia real. Y ellos, por su parte, se comprometen ante los ángeles y ante los hombres a vivir para Cristo. Son sepultados con Él en el bautismo a semejanza de su muerte y resucitados a semejanza de su resurrección. "Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, que es nuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros os manifestaréis con Él en gloria."

En el día de las cuentas finales, ¿qué dará la iglesia como razón de su extraña indiferencia para llevar a las almas al conocimiento de la verdad? Mis hermanos y hermanas, mantengan el templo de Dios puro y santo, para que Él pueda usarlo para la gloria de Su nombre. Dios engrandecerá sus facultades y multiplicará sus dones para vosotros, a medida que hagáis uso de ellos para reunir almas bajo el estandarte manchado de sangre del Redentor. Acércate a Dios, y Él se acercará a ti. Al ceder a las tentaciones del enemigo, al perder de vista a Dios, has perdido el sentido de lo que debe ser un hijo de Dios. Tus poderes de percepción están nublados. Pero el camino está abierto para que tu vida espiritual sea reforzada con un nuevo poder. "Pedid y recibiréis".

Sra. E. G. White

21 de agosto de 1901

La necesidad del esfuerzo misionero

EGW

El último mensaje de misericordia ha de darse al mundo mediante la proclamación de la verdad evangélica. *Verdad, verdad bíblica*, esto es lo que la gente necesita. De rodillas debemos reclamar las promesas de la Palabra de

Dios, pidiendo que podamos recibir la verdad pura, no adulterada, y que podamos darnos cuenta de la necesidad de dar esta verdad a otros. Entonces hombres y mujeres se convertirán. La mano de Dios será reconocida en el levantamiento de nuevas iglesias. El Señor bautizará con el espíritu apostólico a muchos que irán a hacer obra misionera en lugares donde la gente no conoce la verdad.

La verdadera obra misionera proveerá a las iglesias de un fundamento seguro, un fundamento que tenga este sello: "El Señor conoce a los que son suyos". Entonces Dios será glorificado en su pueblo. Las misiones cristianas se edificarán sobre Jesucristo. Bajo la supervisión de Dios la obra avanzará, y se darán innumerables evidencias de la autenticidad de la obra. Los obreros no tratarán de glorificarse a sí mismos, sino que alabarán a Dios como diseñador y organizador de toda obra santa y ennoblecedora. No sólo *profesan* ser creyentes; *son* creyentes. Son santificados por la verdad; porque la verdad, tanto *actuada* como *predicada*, tiene una influencia purificadora sobre el carácter.

En el hogar y en la iglesia, el verdadero misionero es una exposición viva de la verdad. Come la carne y bebe la sangre del Hijo de Dios, y su vida se moldea según la semejanza divina. Digiere y asimila la Palabra, diciendo: "Vivo yo, pero no yo, sino que Cristo vive en mí". La verdadera obra misionera lleva a los que se dedican a ella a inclinarse ante Dios en humillación y gratitud no fingida por las manifestaciones pasadas y presentes de su poder. Se esconden en Cristo, alabándolo y glorificándolo como el Único totalmente encantador.

La obra misionera cristiana es de gran valor para las iglesias locales. Por medio de ella, los miembros son inspirados con celo santo y santificado a negarse a sí mismos, a levantar la cruz de Cristo, a trabajar con esfuerzo abnegado para enviar la verdad a las regiones del más allá. La obra misionera cristiana ejerce una influencia refleja sobre las iglesias, una influencia elevadora y santificadora. Tiene una influencia saludable sobre los incrédulos; porque a medida que los obreros trabajan bajo la superintendencia divina, los mundanos son inducidos a ver la grandeza de los recursos que Dios ha provisto para los que le sirven. La verdad de Dios, demostrada por la obra de la gracia en el corazón, multiplica los organismos de utilidad cristiana y causa una decidida impresión en el mundo.

Dios desea que su pueblo sea ejemplo vivo de la influencia purificadora de la verdad. Desea que revelen en sus vidas su poder para elevar y ennoblecer. Así han de ilustrar la excelencia de la verdad, elevando el nivel de la cortesía, la

ternura y el amor cristianos. Deben esforzarse intensamente por salvar a los que perecen. Que el corazón anhele hasta quebrantar a los que no conocen la verdad. Que los creyentes no centren sus pensamientos en sí mismos. Que vayan a trabajar por los demás, olvidándose de sí mismos en el amoroso deseo de ayudar a los que los rodean. Que piensen, planifiquen y trabajen para los que no conocen a Dios. No son sólo los eruditos, los talentosos, los que deben trabajar por los demás. Todos los que dicen creer en Jesús deben hacerlo. Esta es la utilidad cristiana. Y en este trabajo mostremos una santa dependencia de Dios. La dependencia de Dios, la santificación del propósito, la seriedad en el servicio, distinguen entre los que sirven a Dios y los que no le sirven. Los creyentes debemos ilustrar con nuestra vida la excelencia de la vida de Cristo. Los miembros de la Iglesia deben levantarse y brillar en medio de las tinieblas morales del mundo. Si estamos conectados con la Luz del mundo, reflejaremos la luz a los demás. Si participamos de la rica gracia del Salvador, seremos una bendición para los que nos rodean.

Dios nos llama a mostrar un patriotismo sagrado, a revelar los atributos del Salvador en el hogar y en la iglesia, a negarnos a nosotros mismos lo que tengamos que dar a la obra en los campos lejanos. Procuremos todos manifestar la benevolencia de Cristo. Él dio su vida para salvar a un mundo caído, y *los cristianos*, aquellos que pretenden ser sus representantes en la tierra, ¿no estarán dispuestos a negarse a sí mismos? ¿Seguirán siendo débiles e ineficaces porque son demasiado egoístas para sacrificarse por Aquel que dio su vida en sacrificio por ellos?

Dios nos ayude a levantarnos y a tomar una posición decidida en el centro de un gran círculo de trabajo benevolente. Así podremos glorificar y magnificar el nombre de Aquel que es la verdad. Tenemos la más solemne obligación de proporcionar, en las misiones cristianas, una gran ilustración de los principios del reino de Dios. La iglesia debe trabajar activamente como un cuerpo organizado para extender la influencia de la cruz de Cristo. Los que trabajan desinteresadamente para dar la verdad a los que están cerca y a los que están lejos, están inscritos en los tribunales de arriba: "Labradores juntamente con Dios; ... labradores de Dios, ... el edificio de Dios". Controlados por el gran Diseñador, muestran lo que los seres humanos pueden ser cuando llevan el yugo de Cristo, aprendiendo Su mansedumbre y humildad.

Es porque muchos de los que profesan ser seguidores de Cristo buscan ser los primeros que Él no puede confiar en ellos. Si fueran humildes, dispuestos a ser enseñados por Él, serían un poder para mostrar al mundo la influencia de la

verdad sobre el carácter humano. Los que trabajan en la línea de Cristo, sin tratar nunca de exaltarse a sí mismos, revelarán una actividad constante y un progreso firme en las empresas misioneras. No estarán satisfechos a menos que se añada iglesia a iglesia.

Dios espera que los que están a su servicio luchan ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos. Nuestra agresiva obra misionera debe ser más abundante de lo que ha sido en el pasado. Se ha de anexar más territorio; se ha de plantar el estandarte de la verdad en nuevos lugares; se han de establecer iglesias; se ha de hacer todo lo que se pueda hacer para cumplir la comisión: "Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo."

La vida de una iglesia depende del interés que sus miembros manifiesten por los que están fuera del redil. Que la Iglesia de Dios recuerde que Cristo se entregó a sí mismo como sacrificio para salvar al mundo de la destrucción. Por nosotros se hizo pobre, para que nosotros, por su pobreza, llegáramos a poseer riquezas eternas. ¿Acaso aquellos a quienes Dios ha bendecido con el conocimiento de la verdad se volverán estrechos en sus planes? Que se despierten al sentido de sus vastas obligaciones, cortando todo hilo de egoísmo, para que el Señor derrame sobre ellos su Espíritu Santo. Que busquen al Señor mientras pueda ser hallado, y lo invoquen mientras esté cerca. No tienen razón para ser infieles y quejarse. Dejen de buscar culpables y de murmurar, y fomenten un espíritu de gratitud por las misericordias y bendiciones pasadas. Que alaben al Señor con gratitud no fingida por la luz de su Palabra, que brilla en su camino, para ser recibida en el corazón y la mente, y reflejada sobre los que están en tinieblas. Así estarán preparados para trabajar para alabanza y gloria de Cristo, y para inscribir en sus estandartes: "Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús."

Sra. E. G. White

28 de agosto de 1901

Palabras de ánimo

EGW

Y me mostró al sumo sacerdote Josué que estaba delante del ángel del Señor, y a Satanás que estaba a su diestra para resistirle. Y el Señor dijo a Satanás: El Señor te reprenda, oh Satanás; aun el Señor que ha elegido a Jerusalén te reprenda: ¿no es éste un tizón arrancado del fuego? Y Josué se vistió de ropas inmundas, y se puso delante del ángel".

Josué representa al pueblo de Dios. Cuando Satanás lo acusó, el Señor lo reprendió, y habló a los que estaban delante de él, diciendo: Quitadle las vestiduras inmundas. Y le dijo: He aquí, yo he hecho pasar de ti tu iniquidad, y te vestiré con muda de ropa. Y dije: Pongan sobre su cabeza una mitra hermosa. Y pusieron una mitra hermosa sobre su cabeza, y lo vistieron de ropas. Y los ángeles del Señor estaban allí".

Satanás se esfuerza por traer reproche sobre aquellos que están tratando de servir y honrar a Dios. Los presenta bajo una luz cuestionable, como aquellos que están vestidos con ropas sucias. Pero Dios dice: "Quita las vestiduras inmundas. No tienes derecho a ponérselas a mi pueblo. Quitadlas. Mi pueblo puede tener imperfecciones de carácter; puede fracasar en sus esfuerzos; pero si se arrepiente, lo perdonaré."

La palabra de seguridad se da a todos los que tienen fe en Dios. Recibid esta maravillosa promesa. No es un ser humano quien está hablando: "Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Si anduvieres en mis caminos, y si guardares mi ordenanza, tú también juzgarás mi casa, y tú también guardarás mis atrios, y yo te daré lugar para que andes entre estos que están".

Entre los que aguardan, las huestes del enemigo, que tratan de desacreditar al pueblo de Dios, y las huestes del cielo, diez mil veces diez mil ángeles, que velan y guardan al pueblo de Dios tentado, levantándolo y fortaleciéndolo. Estos son los que permanecen a la espera. Y Dios dice a sus creyentes: Caminaréis entre ellos. No serás vencido por los poderes de las tinieblas. Estaréis delante de mí a la vista de los santos ángeles, que son enviados para ministrar a los que serán herederos de la salvación.

Dios ama a su pueblo creyente, y ha puesto sus pies en un camino seguro y firme. Les ha hecho sentarse en los lugares celestiales en Cristo Jesús. Esto lo ha hecho, no por su bondad y mérito, sino por los impulsos gratuitos de su gracia, porque es rico en misericordia, por el gran amor con que los ama. Los ha librado del poder de las tinieblas y los ha trasladado al reino de su amado Hijo. Él está muy deseoso de que perfeccionen caracteres que les permitan presentarse ante Él, purificados y emblanquecidos.

Pero que no supongan que el camino hacia el cielo será siempre llano, que no vendrán tentaciones. Surgirán dificultades especiales que pondrán a prueba su fe, su paciencia y su firmeza. Afrontad las dificultades con valentía. Sean hombres y mujeres de principios inquebrantables. Recuerden que Cristo ha dicho: "Tened buen ánimo; yo he vencido al mundo". La batalla está ante vosotros, pero no estáis llamados a luchar solos. Cristo y los ángeles están contigo. La perseverancia es el servicio, la obediencia voluntaria al camino de Dios, ganará para ti una corona de vida. Entonces desecha las obras de las tinieblas, y vístete con la armadura de Dios.

"Fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz; sobre todo, tomando el escudo de la fe, con el cual podréis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios."

La incredulidad es repulsiva, oscura, prohibitiva. Sólo puede negar y destruir. La fe levanta la cabeza en consciente dignidad y firme confianza en Dios. Los verdaderos obreros caminan y trabajan por fe. A veces se cansan de ver el lento avance de la obra, cuando la batalla se libra fuerte entre los poderes del bien y del mal. Pero si se niegan a fracasar o a desanimarse, verán cómo se apartan las nubes y se cumple la promesa de liberación. A través de la niebla que Satanás ha arrojado sobre su camino, verán brillar los resplandecientes rayos del Sol de Justicia. La gloria del Señor llenará toda la tierra.

Ten fe en Dios. Cuando cometas errores, convierte tus derrotas en victorias. Tu amor y tu fidelidad serán puestos a prueba por las dificultades, las decepciones y las pruebas. Tu fe debe superarlas. La carga que lleves por amor de Cristo, el servicio que prestes en la completa entrega de tu voluntad a Dios, ésta es la medida de tu amor por Él. Hay plenitud para ti en Cristo. Acércate al agua de la vida y bebe. No te alejes y te quejes de sed. El agua de la vida es gratuita para todos. Pasa mucho tiempo de rodillas en oración. Cree que Dios escucha tus oraciones, y verás de Su salvación.

Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él gratuitamente todas las cosas? ... ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Antes bien, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó. Porque estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro."

Sra. E. G. White

4 de septiembre de 1901

Instrucción a los creyentes

EGW

El primer capítulo de Colosenses es una decidida alocución a todo creyente. El Espíritu Santo indicó esta instrucción para ayuda de los que después compondrían la iglesia, así como para aquellos a quienes Pablo dirigió su carta. El apóstol escribe:

"Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y Timoteo nuestro hermano, a los santos y fieles hermanos en Cristo que están en Colosas: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Damos gracias a Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, orando siempre por vosotros, desde que oímos de vuestra fe en Cristo Jesús, y del amor que tenéis a todos los santos, por la esperanza que os está guardada en los cielos, de la cual oísteis antes en la palabra de la verdad del Evangelio; el cual ha llegado a vosotros, como a todo el mundo, y produce fruto, como también en vosotros, desde el día que oísteis de él, y conocisteis la gracia de Dios en verdad; como también lo supisteis de

Epafras nuestro querido consiervo, que es para vosotros fiel ministro de Cristo; el cual también nos declaró vuestro amor en el Espíritu.

"Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros, y de desear que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual; para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, fructificando en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos con toda fuerza, según su glorioso poder, para toda paciencia y longanimidad con gozo."

Esta escritura habla de la unión vital que debe existir entre Cristo y sus discípulos. Debemos esforzarnos constantemente por obtener esta unión. La religión que consiste meramente en la profesión no es más que fingimiento. Aquellos cuya unión con Cristo termina con la escritura de sus nombres en la lista de la iglesia no son canales de luz.

"Dando gracias al Padre, que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; que nos libró del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reino de su amado Hijo". El gran objeto por el cual Cristo vino a nuestro mundo fue demostrar la falsedad de la pretensión de Satanás a la soberanía del mundo, y reafirmar la propiedad original y suprema de Dios. Como Restaurador y Dador de Vida, Cristo se colocó en el camino del enemigo, disputándole su derecho sobre las almas y los cuerpos de hombres y mujeres. Plantó Su cruz a medio camino entre el cielo y la tierra, para poder luchar con los poderes de las tinieblas y vencerlos. Dio su vida por la vida de los pecadores, y Satanás, el príncipe del mundo, fue expulsado.

"Tenemos redención por su sangre, el perdón de los pecados; quien es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura; porque en Él fueron creadas todas las cosas, las que están en los cielos y las que están en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, dominios, principados o potestades; todas las cosas fueron creadas por Él y para Él; y Él es antes de todas las cosas, y en Él consisten todas las cosas Quiso el Padre que en Él habitase toda plenitud; y habiendo hecho la paz mediante la sangre de su cruz, por Él reconciliar consigo todas las cosas; por Él, digo, sean las que están en la tierra, sean las que están en los cielos. Y a vosotros, que en otro tiempo erais extraños y enemigos en vuestra mente por obras inicuas, ahora os ha reconciliado en el cuerpo de su carne por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él, si permanecéis en la fe fundados y firmes, y no os movéis de la

esperanza del Evangelio que habéis oído y que ha sido predicado a toda criatura que está debajo del cielo."

Dios nos ha enseñado el gran plan de la redención. Esto debería ser para nosotros motivo de ferviente acción de gracias. Las promesas de Dios nunca fallarán si velamos constantemente en oración. Habiendo aprendido el camino excelente, hemos de ser santificados en cuerpo, alma y espíritu. Hemos de ser purificados y limpiados mediante el lavamiento de la Palabra. Es privilegio de cada uno estar cimentado y establecido en la fe. Nadie que ejerza esa fe que obra por amor y purifica el alma se apartará de la esperanza del Evangelio.

Acariciar la bondad en el corazón es una obra que muchos han descuidado extrañamente. Aquellos cuyos corazones están santificados y limpios no seguirán prácticas bruscas. Pero las malas pasiones llenan el corazón movido por el egoísmo. El egoísmo conduce a la opresión, y a medida que los actos de opresión se repiten, la mente se corrompe y no toma decisiones correctas.

En ningún caso Cristo servirá con un trato injusto e infiel. "A vosotros, que en otro tiempo erais extraños y enemigos en vuestra mente por obras inicuas, ahora os ha reconciliado en el cuerpo de su carne por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él". Dios llama a cristianos inteligentes, a hombres y mujeres llenos del conocimiento de Su voluntad. Él llama a hombres y mujeres que por sus buenas obras muestren que la verdad ha producido un cambio en sus vidas.

Los siervos de Dios deben adquirir cada día más conocimiento de Él, y este conocimiento debe dar espiritualidad al entendimiento. El Señor se complace cuando los que están relacionados con Él están llenos del conocimiento de Su voluntad. Diariamente deben crecer en gracia y en entendimiento espiritual, fortalecidos con poder según su glorioso poder. Deben aumentar en eficiencia espiritual, para que puedan dar fortaleza a aquellos por quienes trabajan.

Dios no pide a los hombres y mujeres que entren a Su servicio con sus rasgos naturales de carácter, que fracasen ante el universo celestial y ante el mundo. No le pide a un hombre inconverso que intente servirle. Cristo invita a todos a venir a Él; pero cuando vengan, deben despojarse de sus pecados. Todos sus vicios y locuras, todo su orgullo y mundanalidad, deben ser puestos en Su cruz. Esto lo exige porque los ama y desea salvarlos, no en sus pecados, sino de sus pecados.

El espíritu duro y cruel que juzga y condena ha dejado la huella del enemigo en la obra. Pero la misericordia ha de entrar y dejar su amplia huella en cada plan. El mundo ha de ver principios diferentes de los que se han presentado hasta ahora. Dios no llama a ningún hombre a fabricar pruebas y cruces para su pueblo. Presenta sus requisitos ante ellos, y les hace la invitación: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Llevad mi yugo, y en vuestra experiencia diaria encontraréis el descanso que sólo viene a los obedientes.

La verdad debe ser creída y practicada, porque es la Palabra del Dios viviente. Los rayos de luz más brillantes del umbral del cielo se arrojan sobre el sendero por el que Dios exige que camine su pueblo. Cuando los pecadores aceptan a Cristo como su Salvador personal, se dan cuenta de la grandeza del don de Dios para ellos, y la alabanza y la acción de gracias fluyen hacia el Dador divino. La recuperación de las almas del pecado ha de ser un ingreso de bondad para los hombres y de gloria para Dios.

Pero, ¿cuántos alaban y dan gracias a Dios? ¿Cuántos, al dar gracias al Dador, demuestran que aprecian sus bendiciones? ¿Cuántos dan gracias al Padre, "que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz"? Tenemos redención por Su sangre. Nos ha librado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo. Los ángeles celestiales están constantemente ocupados en servirnos, trayéndonos las más maravillosas oportunidades y bendiciones. ¿Por qué, entonces, deberíamos ser tan lentos para expresar nuestro agradecimiento? Quien ofrece alabanzas glorifica a Dios. Una atmósfera fragante rodea al alma creyente y agradecida que ofrece alabanzas agradecidas a su Padre celestial. Que todos aprecien las bendiciones del Señor. Reflejamos brillantes rayos de luz cuando en el hogar y en la iglesia expresamos nuestro agradecimiento por la bondad del Señor.

"El misterio que estuvo oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, a quien anunciamos, amonestando a todo hombre y enseñando a todo hombre con toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre, para lo cual también trabajo, luchando según la operación de Él, la cual actúa poderosamente en mí." Por medio de sus instrumentos humanos Dios

desea demostrar el poder de su gracia. Por medio de sus santos quiere dar a conocer entre los gentiles las riquezas de su plan de redención.

En toda sabiduría la gente debe ser advertida y enseñada. Los que procuran ganar almas para Cristo deben cuidarse en cada acción, no sea que causen una impresión equivocada en aquellos para quienes trabajan. El Señor dará éxito a aquellos que en lo espiritual y en lo temporal traten fielmente con las mentes humanas. Que los que trabajan para Cristo se revistan de Cristo. Entonces habrá un avance continuo en el conocimiento y la comprensión, un avance que causará impresión en el mundo. Los que aprenden diariamente de Cristo llegarán a ser tan mansos y humildes que Cristo podrá guiarlos. Él irá delante de ellos como su justicia. A medida que sigan Sus pasos, cumpliendo Sus requisitos, muchos tomarán conocimiento de ellos que han estado con Cristo. Sus vidas son conformadas a la verdad, y mientras revelan el carácter del Salvador en sus vidas, están haciendo la obra que El hizo. Al contemplar a Cristo, son cambiados de gloria en gloria, de carácter en carácter. Tales creyentes conmoverán al mundo.

Sra. E. G. White

18 de septiembre de 1901

"Su servicio razonable"

EGW

Hemos considerado la obligación que recae sobre aquellos que no han aceptado a Cristo como Salvador personal. Pero, ¿cómo han de convencerse de la importancia de la obediencia a la verdad? ¿No es mediante la obra de hombres y mujeres cristianos altruistas y abnegados? "No hay diferencia entre el judío y el griego, porque el mismo Señor de todos es rico para con todos los que le invocan. Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin predicador? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian el evangelio de la paz y traen buenas nuevas!".

¿No es hora de que la Iglesia se levante y brille, porque ha llegado su luz y la gloria del Señor ha resucitado sobre ella?

Para iluminar a los que están en tinieblas, debemos recibir los brillantes rayos del Sol de Justicia. Para dar el pan de vida a las almas hambrientas, debemos recibir nosotros mismos este pan de la mano del Salvador. Para que el alma se rodee de la atmósfera pura del cielo, debemos respirar Su espíritu.

Para la salud y la vitalidad del alma, el Médico divino ha prescrito la comunión con Cristo. La salud espiritual depende del alimento que se da al corazón y a la mente, y de la atmósfera que se respira. El alma necesita alimento, y para obtenerlo es preciso estudiar la Palabra de Dios. Cristo declara:

"Yo soy el pan de vida; el que a Mí viene, nunca tendrá hambre, y el que en Mí cree, no tendrá sed jamás.... Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo.... El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así también el que me come, vivirá por mí El espíritu es el que vivifica, la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os hablo son Espíritu y son vida."

Respirar aire puro es esencial para la salud física. Y no es menos cierto que el aire que respiramos en la vida espiritual debe ser puro si queremos crecer sanamente en la gracia. Respira la atmósfera que produce pensamientos puros y palabras nobles. Elige la sociedad cristiana. El cristiano no será sano espiritualmente a menos que cuide cuidadosamente sus asociaciones.

El ejercicio es esencial para el crecimiento en la gracia. Cuando a los enfermos espirituales se les da ejercicio en las cosas espirituales, se ve una transformación del carácter. Pero la espiritualidad no puede crecer mientras el corazón esté lleno de las llagas corruptoras del egoísmo. El alma debe ser limpiada y purificada por la gracia refinadora de Dios. El canal de comunicación entre la tierra y el cielo debe mantenerse libre de toda obstrucción, para que el alma pueda recibir de Cristo un suministro de agua viva. Cada músculo y tendón espiritual debe ser puesto a prueba. Dios nos ha dado muchas oportunidades de trabajar para Él. A menos que mejoremos estas oportunidades, no podemos ser cristianos en crecimiento. Cuando Cristo es formado dentro, la esperanza de gloria, se verá un cambio decidido en la experiencia religiosa de los cristianos profesantes.

El joven convertido a la verdad no debe seguir siendo siempre un niño en el conocimiento espiritual. Un niño, por hermoso que sea como niño, es un enano si no se desarrolla con el paso de los años. Y todo cristiano que es verdaderamente cristiano, debe crecer. Debe crecer constantemente en sabiduría y conocimiento. Día tras día debe acercarse más a la plena estatura de un hombre en Cristo Jesús. Debe avanzar hacia una apreciación más profunda del amor de Dios y un conocimiento más claro de su voluntad. Si su luz no brilla más y más, su fe se debilita, su amor se debilita; y a menos que busque y reconozca su peligro, está haciendo más daño a la causa de Dios que un incrédulo declarado. La piedad abandona el templo del alma. El hombre se aparta descuidadamente de sus deberes y responsabilidades. Por él el Hijo de Dios es crucificado de nuevo y avergonzado abiertamente.

Vivimos en la era de la duda. La vida cristiana ha sido rebajada por la incredulidad. Incluso aquellos que afirman estar esperando el regreso de su Señor no son todos fieles a sus principios. La verdad puede ser enseñada con tan poca vida, tan fríamente y tan despiadadamente, que no tiene ningún efecto. A menos que los miembros de la iglesia se despierten y se arrepientan, y se consagren a Dios, su influencia hará más daño que bien a los incrédulos.

"Esto dice el que tiene las siete estrellas en su mano derecha, el que anda en medio de los siete candeleros de oro: Yo conozco tus obras, y tu trabajo, y tu paciencia, y cómo no puedes soportar a los que son malos; y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has soportado, y has tenido paciencia, y por amor de mi nombre has trabajado, y no has desmayado. Sin embargo, tengo algo contra ti, porque has dejado tu primer amor. Acuérdate, pues, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; porque si no, vendré presto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te arrepientes."

Dios nos pide que nos acerquemos a Él. Al hacer esto resistimos al diablo, y él huye de nosotros. A menos que sigamos día a día conociendo al Señor, a menos que nuestra fe aumente, y la santidad entre en la experiencia diaria, perderemos nuestro primer amor. Su frescura y poder desaparecerán. El candelero se moverá de su lugar.

Antes de poder entrar en los atrios celestiales, debemos ser refinados, purificados, elevados y ennoblecidos. Para preservar la pureza que Dios requiere, la verdad debe ponerse en contacto constante con la mente y el

corazón. Dios llama a su pueblo a caminar con él, como lo hizo Enoc. Estudia su Palabra, si deseas tener a Cristo morando en ti, la sangre vital del alma.

La Iglesia cristiana necesita ser purgada y purificada. Los miembros deben ser consagrados a un oficio más elevado que el que han ocupado hasta ahora. "Id", dijo Cristo, "y predicad el Evangelio a toda criatura". Dios pide una reforma decidida. Os llamáis cristianos. ¿Sois cristianos? ¿No teméis tergiversar a Cristo al tomar su nombre y decir: "El templo del Señor, el templo del Señor" somos nosotros, mientras permitís que el amor al dinero os lleve a retener vuestro diezmo, vuestra ofrenda y vuestro servicio a Él? La negligencia y la indiferencia de los que profesan ser cristianos son arrojadas por el mundo como un reproche contra Dios.

¿Cómo podemos nosotros, hombres y mujeres que tenemos un conocimiento de la verdad presente, ser tan apáticos e indiferentes, tan descuidados con respecto a la obra que debe hacerse para advertir a las almas que perecen en el pecado? Los cristianos necesitan una clara convicción del deber. El corazón necesita llenarse de la fe infantil que toma a Dios por su palabra. Entonces el estupor de muerte que descansa sobre la iglesia será eliminado. El Señor obrará en los corazones. El templo del alma será purificado. No habrá crecimiento de hongos. La pereza y la estupidez ya no pondrán en peligro la fe. Se verá elasticidad espiritual y crecimiento vigoroso.

Dios pide un cambio decidido en su pueblo. Es necesaria la conversión del corazón. El Señor nos llama a revelar al mundo el poder santificador de la verdad. Nos llama a ponernos sobre Su altar, un sacrificio vivo, consagrando todo lo que tenemos y somos a Su servicio.

Sra. E. G. White

25 de septiembre de 1901

"Trabaja en tu propia salvación"

EGW

Trabajen en su propia salvación con temor y temblor. Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad."

La salvación del alma requiere la mezcla de la fuerza divina y humana. Dios no se propone hacer la obra que el hombre puede hacer para cumplir la norma de

justicia. El hombre tiene una parte que actuar. La humanidad debe unirse y cooperar con la divinidad. La gracia y la suficiencia han sido abundantemente provistas para cada alma. Pero para recibir esto, el hombre debe unirse con su Ayudador divino. A menos que el hombre consienta por sí mismo en renunciar a sus prácticas pecaminosas, Cristo no puede quitarle su pecado. El hombre debe cooperar de corazón con Dios, obedeciendo voluntariamente sus leyes, mostrando que aprecia el gran don de la gracia. Sintiendo su dependencia de Dios, teniendo fe en Cristo como su Salvador personal, esperando eficacia y éxito sólo en la medida en que mantiene al Señor siempre delante de él, es como el hombre cumple con el mandato: "Trabaja en tu propia salvación con temor y temblor".

Pero el esfuerzo humano no es suficiente. No sirve de nada sin el poder divino. Por sí mismo, el hombre no tiene fuerzas para luchar contra los poderes de las tinieblas. Por eso Cristo revistió su divinidad de humanidad y vino a esta tierra para cooperar con el hombre. A los que lo reciben y confían en su poder de salvación, les imparte la virtud de su justicia. Les da el poder de convertirse en hijos de Dios. "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, ... lleno de gracia y de verdad.... Y de su plenitud tomamos todos, y gracia por gracia".

El agente humano debe recordar que no tiene en sí mismo ningún mérito que presentar a Dios. Cristo es la fuente de la vida, la fuente de la inmortalidad. Él es el Autor y Consumador de nuestra fe. La grandiosa obra de perfeccionar el carácter no puede llevarse a cabo sin la ayuda que Él siempre está dispuesto a prestar.

El que desea crecer en poder físico, mental y espiritual debe sentir a cada momento su dependencia de Aquel que le proporciona eficiencia para el servicio. En la obra de desarrollar y fortalecer las facultades del cuerpo y de la mente, los hombres deben recibir constantemente poder de lo alto. El Señor observa con vivo interés cómo se conducirá el hombre en la vida que le ha sido dada. No seáis descuidados e indiferentes con respecto a la obra que han de realizar Dios y el hombre. Por tu parte debes creer, recibir la gracia de Dios y honrar a Cristo en la vida. Por su parte, Él mora en tu corazón, suministrándote la fuerza divina, obrando en ti el querer y el hacer por su buena voluntad.

Los padres deben cooperar con Dios educando a sus hijos en su amor y temor. No pueden desagradarle más que descuidando la educación correcta de sus hijos. Dios les ha dado a estos hijos como un encargo sagrado, para que los eduquen para Él. En cierto sentido, ocupan el lugar de Dios ante sus hijos.

Deben trabajar por la salvación de aquellos que son demasiado jóvenes para comprender la diferencia entre el bien y el mal. En ningún caso deben pensar que el bien predominará naturalmente en el corazón de sus hijos. Deben vigilar cuidadosamente las palabras y acciones de sus pequeños, para que el enemigo no gane influencia sobre ellos. Esto es lo que él desea intensamente hacer, para contrarrestar el propósito de Dios. Con bondad, seriedad y ternura, los padres deben trabajar por sus hijos, cultivando todo rasgo bueno y reprimiendo todo rasgo malo que se desarrolle en el carácter.

Los padres deben ser aprendices constantes en la escuela de Cristo. Necesitan frescura y poder, para que con la sencillez de Cristo puedan enseñar a los miembros más jóvenes de la familia de Dios el conocimiento de Su voluntad. Línea tras línea, precepto tras precepto, deben reiterar Sus lecciones. Deben ser estudiantes diligentes de la Biblia, para que puedan ser aptos en la labranza del jardín del corazón. Con esfuerzo perseverante han de cultivar los corazones de los niños puestos a su cuidado; y Dios los ayudará en todo esfuerzo fiel y paciente.

En los primeros años de la vida del niño, la tierra del corazón debe ser cuidadosamente preparada para las lluvias de la gracia de Dios. Entonces las semillas de la verdad deben ser sembradas cuidadosamente y cuidadas con diligencia. Y Dios, que recompensa todo esfuerzo hecho en Su nombre, dará vida a la semilla sembrada. Aparecerá primero la brizna, luego la espiga, después el grano lleno en la espiga.

Con demasiada frecuencia, debido a la perversa negligencia de los padres, Satanás siembra sus semillas en el corazón de los hijos, y se produce una cosecha de vergüenza y dolor. El mundo de hoy está desprovisto de verdadera bondad porque los padres no han reunido a sus hijos consigo mismos en el hogar. No los han guardado de la asociación con los descuidados e imprudentes. Por eso los hijos han salido al mundo a sembrar las semillas de la muerte.

En el cultivo del jardín del corazón, los esfuerzos de los padres deben ser incesantes, o brotarán malas hierbas y ahogarán la buena semilla. Las malas hierbas que brotan, las imperfecciones naturales que aparecen, deben ser eliminadas. Día tras día, los padres deben vigilar y corregir sabiamente, insistiendo en la pronta obediencia.

Padres, dedicad tiempo a vuestros hijos. Enseñenles a formar hábitos cuidadosos. Algunos padres permiten que sus hijos sean destructivos, que utilicen como juguetes cosas que no tienen derecho a tocar. Hay que enseñar a

los niños que no deben manipular la propiedad ajena. Para la comodidad y la felicidad de la familia, deben aprender a observar las reglas del decoro. Los niños no son más felices cuando se les permite tocar todo lo que ven. Si no se les educa para que sean cuidadosos, crecerán con rasgos de carácter desagradables y destructivos.

Los padres hacen un gran mal a sus hijos cuando les permiten gritar y llorar. No se les debe permitir que sean descuidados y bulliciosos. Si estos rasgos objetables de carácter no se controlan en sus primeros años, los niños los llevarán consigo, fortalecidos y desarrollados, a la vida religiosa y de negocios. Los niños serán igual de felices si se les enseña a estar tranquilos en casa.

Padres y madres sed sensatos. Enseñad a vuestros hijos que deben estar subordinados a la ley. No permitáis que piensen que, por ser niños, tienen el privilegio de hacer todo el ruido que quieran en la casa. Deben establecerse y aplicarse normas y reglamentos sensatos para que no se eche a perder la belleza de la vida hogareña.

Si, cuando los padres comenzaron a vivir en la tierra, hubiera habido una firme adhesión a las leyes de Dios, el mundo estaría ahora lleno de familias bien ordenadas. De padres a hijos se habrían transmitido hábitos y costumbres correctos, y Dios habría sido amado y honrado.

La maldad que existe hoy en el mundo se debe a la negligencia de los padres en disciplinarse a sí mismos y a sus hijos. Miles y miles de víctimas de Satanás son lo que son debido a la forma imprudente en que fueron manejados durante la niñez. Dios reprende severamente esta mala administración. Los registros del cielo muestran la terrible historia de los hombres y mujeres que de niños fueron dejados a seguir su propio camino.

Sobre los padres recae la responsabilidad de desarrollar en sus hijos las capacidades que les permitirán prestar un buen servicio a Dios. Para hacer este trabajo aceptablemente, los padres deben ejercer dominio propio. Deben elegir el bien y rechazar el mal. Hay muchos padres que necesitan convertirse. Sus caracteres no entrenados los incapacitan para la gran obra de entrenar a sus hijos. Cuando un niño revela los rasgos erróneos que ha heredado de sus padres, ¿se enfurecerán ellos por esta reproducción de sus propios defectos? Que los padres se vigilen cuidadosamente a sí mismos, guardándose de toda tosquedad y aspereza, no sea que estos defectos se vean una vez más en sus hijos.

La madre es especialmente la educadora de sus hijos. "La mano que mece la cuna es la mano que gobierna el mundo". Dios ve todas las posibilidades en ese ácaro de humanidad. Ve que, con la formación adecuada, el niño se convertirá en un poder para el bien en el mundo. Él observa con ansioso interés si los padres llevarán a cabo Su plan, o si por equivocada bondad destruirán Su propósito, complaciendo al niño hasta su ruina presente y eterna. Transformar este ser indefenso y aparentemente insignificante en una bendición para el mundo y un honor para Dios, es una obra grande y grandiosa. Los padres no deben permitir que nada se interponga entre ellos y la obligación que tienen para con sus hijos.

La educación de los hijos constituye una parte importante del plan de Dios para demostrar el poder del cristianismo. Los padres tienen la solemne responsabilidad de educar a sus hijos para que, cuando salgan al mundo, hagan el bien y no el mal a aquellos con quienes se relacionan. Nuestros hijos deben ser educados línea sobre línea, precepto sobre precepto, un poco aquí y un poco allá. Desde la infancia, el carácter del niño debe ser moldeado y formado de acuerdo con el plan divino. Las virtudes deben ser inculcadas en su mente incipiente.

En el manejo de sus hijos, los padres deben estar en perfecta armonía con el plan divino. Las reglas y reglamentos de la vida hogareña deben estar en estricta conformidad con un "Así dice el Señor". Las reglas que Dios ha dado para el gobierno de Su iglesia son las reglas que los padres deben seguir en la iglesia en el hogar. Es designio de Dios que haya orden perfecto en las familias de la tierra, preparatorio para su unión con la familia del cielo. De la disciplina y el entrenamiento recibidos en el hogar depende la utilidad de hombres y mujeres en la iglesia y en el mundo.

El Señor llama a los padres a estudiar y obedecer Su Palabra. Les pide que guíen y eduquen a sus hijos de tal manera que éstos se levanten y los llamen bienaventurados. Recomiendo a los padres que estudien la voluntad y el camino de Dios. Les insto a que se pongan toda la armadura de Dios y se ciñan para la batalla. Serán ayudados y alentados en cada movimiento que hagan en la dirección correcta.

Sin el esfuerzo humano, el esfuerzo divino es en vano. Dios obrará con poder cuando en confiada dependencia de Él los padres despierten a la sagrada responsabilidad que descansa sobre ellos, y procuren educar rectamente a sus hijos. Dios cooperará con los padres que eduquen a sus hijos con esmero y

oración, obrando su propia salvación y la de sus hijos. Él obrará en ellos el querer y el hacer que le plazca.

Sra. E. G. White

2 de octubre de 1901

Amor a Dios y a los hombres

EGW

Todo cristiano debe estar resuelto a no deshonrar, ni de palabra ni de obra, la ley de Dios. Esta ley es una expresión del carácter de Dios, una revelación de lo que debe ser todo ministro del Evangelio, todo maestro, todo hombre, mujer y niño. El cristiano llegará a ser excelente en sabiduría, si se entrega a la dirección de los principios de la ley de Dios. Esta no ha de ser una influencia entre muchas influencias. Dios diseña los principios celestiales de su ley para que sean la influencia todopoderosa en la vida de sus hijos, santificándolos y purificándolos. Es el propósito de Dios que estos principios se sigan en nuestros hogares, nuestras instituciones, nuestras iglesias. Son Sus verdades eternas, proclamadas en justicia, misericordia y amor.

El amor supremo a Dios y el amor desinteresado de los unos por los otros son los dos grandes brazos de los que penden toda la ley y los profetas. El mayor de todos los dones, de todos los talentos, es el amor verdadero, semejante al de Cristo. Es la prueba más brillante del poder de la religión. Por medio de él, se da al mundo un testimonio diario de Cristo. El Señor llama a sus iglesias a manifestar este amor.

"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo". Esta fue la respuesta que dio el letrado cuando Cristo le preguntó: "¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?". Y ante los sacerdotes y gobernantes Cristo respondió: "Has respondido bien; haz esto y vivirás". Así resolvió para siempre la gran pregunta: "¿Qué haré para heredar la vida eterna?".

Cristo ha ordenado expresamente a sus seguidores que se respeten y amen unos a otros. Dice: "Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros".

El que toma la posición de maestro, pero no muestra una tierna consideración por sus hermanos, más vale que cese en sus labores hasta que el poder convertidor de Dios le enseñe las lecciones que debe aprender para realizar una obra exitosa. El que realmente desea ser un vaso apto para el uso del Maestro, debe someterse al proceso de moldeado y pulido llevado a cabo por la rueda de la providencia de Dios, hasta que toda deformidad y aspereza hayan desaparecido. Sólo así puede llegar a ser un vaso para honra.

Ningún hombre debe tomar la obra de ministro de Jesucristo hasta que haya cumplido con la invitación: "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas". Los ministros de Dios deben mostrar en sus vidas el amor desinteresado que Cristo enseñó constantemente y ejemplificó perfectamente. Así ha de mostrarse la marcada distinción entre los que aman a Dios y guardan sus mandamientos, y los que están bajo el negro estandarte de Satanás.

Ningún hombre puede separar la comunión con Dios de una vida de santidad. La santificación abarca todo el ser. Caminar en la luz es conocer y obedecer la verdad. Tener comunión con Dios es tratarnos unos a otros como hijos de Dios. "Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no hacemos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado."

Muchos en nuestros días reclaman comunión con Dios mientras que por sus vidas niegan la reclamación. No aman a Dios supremamente y a su prójimo como a sí mismos. No están dispuestos a hacer a los demás lo que desean que les hagan a ellos. El egoísmo se muestra en el uso del dinero de Dios. La extravagancia se ve donde debería practicarse la economía para que la causa de Dios pueda avanzar. El hombre se aventura a usar para su propia indulgencia medios que deberían usarse para el Señor. Esto es enteramente contrario a las lecciones que Cristo ha dado. Es imposible armonizar un uso egoísta del dinero del Señor con los principios de la vida de Cristo.

Aquel cuya mente está tan llena de sus propios designios que tiene poco tiempo para estudiar la Palabra de Dios, ningún tiempo para descubrir, mirándose en el Espejo Divino, qué clase de carácter está formando, no debería pensar que está capacitado para transmitir la Palabra de vida a los demás. Tal vez vislumbre los errores que está cometiendo. Ve que su edificio no se parece al diseño que se le ha dado. Pero está tan absorto en corregir a los demás que no tiene tiempo para

corregir sus propios defectos, y por lo tanto continúa presentando ante los ángeles y los hombres una miserable representación de Cristo. No sabe lo que es sentir el poder salvador de la gracia divina. Está demasiado ocupado para actuar como un cristiano, demasiado ocupado para expresar con palabras corteses y hechos bondadosos el amor semejante al de Cristo. Los ángeles cubren sus rostros de dolor. Los hombres ven que no es lo que profesa ser, y se apartan de él como de una falsificación.

La aceptación de la expiación de Cristo es la base de la verdadera fe. A los que se arrepienten y confiesan sus pecados, el Espíritu Santo, el Autor de toda santificación, les dará gracia para decir palabras amables, tiernas y respetuosas. Aquellos que se miran lo suficiente en el Espejo Divino para ver y despreciar su falta de semejanza con el manso y humilde Salvador, tendrán fuerza para vencer. Todos los que crean de verdad confesarán y abandonarán sus pecados. Cooperarán con Cristo en la obra de poner sus tendencias hereditarias y cultivadas al mal bajo el control de la Voluntad Divina, de modo que el pecado no tenga dominio sobre ellos. Mirando a Jesús, el Autor y Consumador de su fe, serán transformados a Su semejanza. Crecerán hasta alcanzar la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo.

Sra. E. G. White

9 de octubre de 1901

La crisis que viene

EGW

Tiempos turbulentos se ciernen sobre nosotros. Los signos de los tiempos evidencian que los juicios del cielo se están derramando, que el día del Señor está cerca. Los diarios están llenos de indicaciones de un intenso conflicto en el futuro. Los robos son frecuentes. Las huelgas son comunes. Se cometen robos y asesinatos por doquier. Hombres poseídos por demonios están tomando las vidas de hombres, mujeres y niños pequeños. Todas estas cosas testifican que la venida del Señor está cerca.

El Espíritu moderador de Dios se está retirando del mundo. Huracanes, tormentas, tempestades, desastres por mar y por tierra, se suceden en rápida sucesión. Las señales que se multiplican a nuestro alrededor, anunciando la proximidad del Hijo de Dios, no se atribuyen a la verdadera causa. Los hombres no pueden discernir al ángel centinela que refrena los cuatro vientos para que

no soplen hasta que los siervos de Dios sean sellados; pero cuando Dios ordene a sus ángeles que suelten los vientos, se producirá una escena de lucha como ninguna pluma puede imaginar.

Ha llegado el momento en que habrá un dolor en el mundo que ningún bálsamo humano podrá curar. Incluso antes de que la última gran destrucción venga sobre el mundo, los monumentos halagadores de la grandeza del hombre se desmoronarán en el polvo. Los juicios retributivos de Dios caerán sobre aquellos que ante la gran luz han continuado en el pecado. Se erigen costosos edificios, supuestamente a prueba de incendios. Pero así como Sodoma pereció en las llamas de la venganza de Dios, así estas orgullosas estructuras se convertirán en cenizas. He visto embarcaciones que costaron inmensas sumas de dinero luchando con el poderoso océano, tratando de amamantar a las furiosas olas. Pero con todos sus tesoros de oro y plata, y con toda su carga humana, se hundieron en una tumba acuosa. El orgullo del hombre será sepultado con los tesoros que ha acumulado mediante el fraude. Dios vengará a las viudas y a los huérfanos que, hambrientos y desnudos, clamaron a Él para que los librara de la opresión.

Las palabras de Apocalipsis 18 se cumplirán. Juan escribe: "Oí otra voz del cielo que decía: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados ni recibáis parte de sus plagas. Porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus iniquidades. Recompensadla como ella os ha recompensado, y dadle el doble según sus obras; en la copa que ha colmado, llenadla hasta el doble. Cuanto ella se ha glorificado, y ha vivido deliciosamente, tanto tormento y dolor le dé; porque dice en su corazón: Reina soy, y no soy viuda, y no veré dolor. Por tanto, vendrán en un día sus plagas: muerte, luto y hambre; y será quemada a fuego; porque fuerte es el Señor Dios que la juzga."

"Como los días de Noé, así será también la venida del Hijo del hombre. Porque como en los días que precedieron al diluvio, estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no lo supieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del hombre." En los días de Noé vio Dios que la maldad del hombre era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos de su corazón era de continuo solamente el mal. "Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió su corazón.... Y dijo Dios a Noé: El fin de toda carne ha llegado delante de mí, porque la tierra está llena de violencia por causa de ellos; y he aquí que yo los destruiré con la tierra."

Pero aunque los hombres fueran tan perversos, Dios no los destruiría sin previo aviso. "Mi Espíritu no contendrá siempre con el hombre", dijo, "pero sus días serán ciento veinte años". Durante este período de prueba, el mensaje de advertencia dado a Noé debía resonar en sus oídos.

Al principio muchos se sobresaltaron con este mensaje. Algunos lo creyeron y otros murieron en la fe. Pero con el paso del tiempo, el mensaje perdió su poder sobre la gente descuidada y amante del mundo. Olvidaron todo pensamiento de peligro, y se rieron de Noé por construir un arca en tierra seca. Pero el trabajo de construcción continuó. Noé mostró su fe por sus obras, y por su fe y sus obras condenó al mundo.

Como Noé advirtió al mundo, así el pueblo de Dios hoy debe advertir al mundo. Por su fe y sus obras deben condenar a los transgresores. Encontrarán la misma resistencia malvada que Noé encontró en su día. Pero no deben fracasar ni desanimarse. Dios pide hombres que actúen con prudencia y contiendan ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos.

El Señor envía a su pueblo la advertencia: "Cuidaos de vosotros mismos, no sea que en algún momento vuestros corazones se sobrecarguen de glotonería y embriaguez, y de los afanes de esta vida, y os sobrevenga de improviso aquel día. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra. Velad, pues, y orad siempre, para que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del hombre."

En estas palabras se eleva la señal de peligro. La advertencia se da a aquellos que han recibido la verdad importante para este tiempo, sin embargo, no se están preparando para la venida de Cristo. No hay tiempo en que la pereza espiritual sea excusable. Sólo vistiéndonos con el manto de la justicia de Cristo podemos escapar de los juicios que vienen sobre la tierra.

Vivimos tiempos que exigen una acción decidida. El mundo se opone más amargamente que nunca a la reforma evangélica. Pero, a pesar de ello, la obra de Dios debe seguir adelante. Las palabras de Cristo llegan hasta nosotros, que vivimos en el final de la historia de la tierra: "Cuando estas cosas comiencen a suceder, mirad y levantad vuestras cabezas, porque vuestra redención está cerca". Las naciones están agitadas. Tiempos de perplejidad se ciernen sobre nosotros. Los corazones de los hombres están fallando ellos por miedo de las cosas que están viniendo sobre la tierra. Pero los que creen en Dios oirán su voz en medio de la tempestad, diciendo: "Soy yo; no temáis." El mundo yace en la

maldad y la apostasía. La rebelión a la ley de Dios parece casi universal. Pero en medio del tumulto de excitación, con confusión en todas partes, hay una obra que hacer para Dios en el mundo.

"Tocad la trompeta en Sión, santificad un ayuno, convocad una asamblea solemne; reunid al pueblo, santificad la congregación, congregad a los ancianos, reunid a los niños; ... salga el novio de su cámara, y la novia de su alcoba. Que los sacerdotes, los ministros del Señor, lloren entre el pórtico y el altar; y que digan: Perdona, Señor, a tu pueblo, y no entregues tu heredad al oprobio." "Volveos a Mí de todo corazón, con ayuno, llanto y lamento; rasgad vuestro corazón, y no vuestras vestiduras, y volveos al Señor vuestro Dios; porque Él es clemente y misericordioso, lento para la ira y de gran bondad, y se arrepiente del mal. ¿Quién sabe si volverá y se arrepentirá, y dejará tras de sí una bendición?".

Sra. E. G. White

30 de octubre de 1901

Resistir al mal

EGW

¿Pensáis que la Escritura dice en vano: El espíritu que mora en nosotros codicia la envidia? Pero Él da más gracia. Por eso dice: Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes. Someteos, pues, a Dios. Resistid al diablo, y huirá de vosotros. Acercaos a Dios, y Él se acercará a vosotros".

Hay quienes cuando entristecen al Espíritu Santo se alejan de Dios porque sienten que a Él no le agrada su proceder. Pero cuánto mejor y más seguro es acercarse a Dios, para que la luz pura que brilla de Su Palabra sane las heridas que el pecado ha hecho en el alma. El Señor se acercará a aquel que confiese a sus hermanos el mal que les ha hecho, y luego se acerque a Dios con humildad y contrición.

Cuanto más cerca estamos de Dios, más seguros estamos; porque Satanás odia y teme la presencia de Dios. "Someteos, pues, a Dios. Resistid al diablo, y huirá de vosotros".

"Limpiad vuestras manos, pecadores; y purificad vuestros corazones, vosotros de doble ánimo. Afligíos, lamentad y llorad; que vuestra risa se convierta en

llanto, y vuestro gozo en tristeza. Humillaos delante del Señor, y él os exaltará". ¡Preciosa promesa! Cuán bueno y aceptable será para el Señor cuando Su pueblo se acerque a Él y se humille ante Él.

"No habléis mal los unos de los otros, hermanos". Cuánta mercancía se ha hecho de los errores de un hermano y de los pecados de un hermano por aquellos que son mucho más culpables a los ojos del Padre celestial que aquel a quien condenan. "¿Echa una fuente en el mismo lugar agua dulce y amarga?". Sólo hay una respuesta a esta pregunta: No; es imposible. "¿Puede la higuera, hermanos míos, dar bayas de olivo? ¿O la vid, higos? Ninguna fuente puede dar agua salada y dulce a la vez". La suma la prueba quien nunca se equivoca. La contradicción entre la vida y la profesión del cristiano que habla mal de sus hermanos es evidente.

"¿Quién es entre vosotros sabio y dotado de ciencia? Que muestre de buena conducta sus obras con mansedumbre de sabiduría". ¡Cuántos pecados evitaría esta conducta coherente! Cuántas almas convertiría de sendas torcidas a sendas de rectitud. Mediante una vida bien ordenada y una conversación piadosa, el pueblo de Dios ha de demostrar el poder de las grandes verdades que Dios le ha dado.

"Pero si tenéis amargas envidias y contiendas en vuestros corazones, no os gloriéis,"-aunque supongáis que habéis ganado el dominio en la discusión,-"y no mintáis contra la verdad." Podéis ser agudos en la discusión, pero con un espíritu polémico Dios no se complace. "Esta sabiduría no descende de lo alto, sino que es terrenal, sensual, diabólica. Porque donde hay envidia y contienda, allí hay confusión y toda obra perversa. Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable y fácil de ser tratada, llena de misericordia y de buenos frutos, sin parcialidad y sin hipocresía." "Fácil de ser tratada". Prefiere sufrir el mal antes que hacer una injuria a la herencia de Dios.

Se establece un contraste entre los que se creen sabios y los que Dios ha dotado de sabiduría. Un hombre puede hablar palabras hermosas, pero a menos que su vida revele buenas obras, su sabiduría carece de valor. La sabiduría genuina está llena de mansedumbre, misericordia y amor. La política mundana que los hombres llaman sabiduría, Dios la llama necedad. Muchos en la iglesia se han convertido en bancarrotas espirituales porque se han conformado con esta sabiduría. Han perdido la oportunidad de obtener conocimiento, porque no se han dado cuenta de que la eficiencia de Cristo es esencial para hacer un mayordomo exitoso para Dios, uno que comercie sabiamente con los bienes que

le han sido confiados. Han fracasado en abastecerse de la mercancía celestial, y el valor de sus existencias en el comercio ha disminuido continuamente.

No basta con tener conocimientos. Debemos tener la capacidad de utilizar el conocimiento correctamente. Dios nos llama a vivir la vida de Cristo, una vida libre de toda aspereza y vanidad. No pronunciéis palabras duras, porque engendrarán contiendas. Habla, en cambio, palabras que den luz y conocimiento, palabras que restauren y edifiquen. Un hombre muestra que tiene verdadera sabiduría usando el talento de la palabra para producir música en las almas de aquellos que están tratando de hacer su trabajo designado, y que están necesitados de ánimo.

"Que muestre de una buena conversación sus obras con mansedumbre de sabiduría". Que cada acción sea tal que gane la aprobación divina. En cada transacción de negocios lleva la misericordia, la justicia y el amor de Dios.

Llamemos al pecado por su nombre correcto y purguémoslo de la iglesia mediante la confesión, el arrepentimiento y la reforma, para que los miembros no presenten ante los ángeles y los hombres una tergiversación de las verdades que profesan creer.

Que las palabras del apóstol, pronunciadas tan clara y distintamente, y con tanta ternura y amor, derriben toda barrera. Que el pueblo de Dios se esfuerce por arrepentirse. No os afanéis en humillaros unos a otros. Humíllense *ustedes mismos*. Analicen su propio caso y, mediante una humilde confesión, aclárense ante Dios. Confesaos vuestras faltas unos a otros, para que seáis sanados. Cuántos hay que llevan una carga de maldades no confesadas. Tratan de arreglar las cosas de modo que su dignidad no resulte herida. Reparar el mal desde el primer momento, les parece como extinguirse. Piensan que si lo hicieran, su utilidad quedaría destruida. Si dejaran este razonamiento, y se pusieran en las manos de Dios, para dejar que Él haga su voluntad en ellos, cuánto más seguros estarían. Retrasar la confesión de la injusticia hacia los demás es el camino más peligroso que se puede seguir. Así se llega a un compromiso con las agencias satánicas. La carga del pecado no confesado es la más pesada que se puede llevar. Jesús, el gran portador de cargas, te pide que le transfieras tu carga a Él. Acércate a Dios, y nunca más te separes de Él. Satanás rehúye la compañía de aquellos con quienes una vez estuvo relacionado en las cortes celestiales.

Sé fiel en las cosas pequeñas, y serás fiel en las confianzas mayores. "El que es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y el que es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho". Realiza fielmente la obra preparatoria en la perfección del

carácter cristiano, y obtendrás una gran victoria eterna. "La obra de la justicia será paz, y el efecto de la justicia quietud y seguridad para siempre".

Sra. E. G. White

6 de noviembre de 1901

"Vigilar y rezar"

EGW

Al pueblo de Dios llega el mandato: "Velad y orad para que no entréis en tentación". Las tentaciones nacidas del egoísmo y la codicia vendrán a nosotros constantemente, y constantemente debemos resistirlas, fortalecidos por la gracia de Dios. Ante un mundo que vigila a los que profesan ser cristianos, dispuesto a sacar provecho de cualquier incoherencia, los que se revisten de Cristo pondrán en práctica los principios puros del cielo.

La iglesia de Dios ha de ser la luz del mundo, brillando en medio de las tinieblas morales. No permitamos que nada que no sea Cristo haga la menor aparición entre las personas a quienes Dios ha dado la obra de revelar su carácter a los que se oponen a él. Debemos llevar principios puros a todo nuestro trato con creyentes e incrédulos. Los cristianos deben tratar a sus compañeros de trabajo como desearían ser tratados, teniendo cuidado de no aprovecharse lo más mínimo de ellos. No deben aprovechar egoístamente las oportunidades que pongan a su hermano en desventaja. Los padres, los amos, los gobernantes, nunca deben aprovecharse de su posición para crear una condición de cosas tal que prevalezcan principios cuestionables.

Os hablo con las palabras del gran Maestro: "Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el Dueño de la casa, si al anochecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o por la mañana; no sea que viniendo de repente os encuentre durmiendo. Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad". Alzo mi voz en advertencia. Escuchad las palabras de Jesús. En todas las transacciones comerciales, velad. Ministros y presidentes de conferencias, velad en oración. Elaborad vuestras propias oraciones, y descubriréis que estáis cooperando con Cristo.

Hermanos míos, no pueden permitirse dar un solo paso en el lado equivocado, un solo paso que de alguna manera reivindique los principios que Dios condena. Apartaos de los malos ejemplos, sean de quien sean, porque no deben seguirse.

Dios está obrando, llamando la atención sobre las leyes de su reino. No os inclinéis ante ninguna autoridad humana, a menos que un claro "Así dice el Señor" os dé seguridad para hacerlo. Cuando los que pretenden tener autoridad en los negocios se desvíen en lo más mínimo de la misericordia y la justicia, no sigas sus caminos, ni trates de vindicar sus acciones.

Los que serán más exaltados en el reino de Dios son los que en esta vida aman al Señor Jesús y a sus semejantes, los que están siempre dispuestos a honrar a Aquel que hizo tan gran sacrificio por ellos. Dejó a un lado su corona real y su manto real, y se bajó de su alto mando para ocupar su lugar a la cabeza de una raza caída. Vistiendo su divinidad con humanidad, vino a un mundo todo abrasado y manchado por la maldición, para hacerse uno con la humanidad, para soportar en nombre de la humanidad las tentaciones del astuto enemigo. Vino a mostrar a los hombres que pueden estar en terreno ventajoso con Dios, guardando todas las leyes de Su reino, cumpliendo Su voluntad en amor, bondad y lealtad, haciendo el bien y no el mal.

Nada ha sido tan difícil de aprender para el pueblo de Dios como la lealtad a los principios puros, elevados y desinteresados del cielo. Y como resultado, el pecado y el sufrimiento constituyen una gran parte de su historia. Las palabras que el ángel dirigió a Daniel son positivas: "Muchos serán purificados, emblanquecidos y probados; pero los impíos obrarán impiamente, y ninguno de los impíos entenderá." Tened la seguridad de que Satanás, como hombre fuerte y armado, está continuamente en guardia, tratando de penetrar hasta el corazón mismo de la fuerza obrera de Dios, esforzándose por introducir métodos dudosos de tratar, y así estropear la obra de Dios. Trabaja con todo su poder para introducir sus teorías sospechosas y malignas en los negocios del pueblo de Dios. Le complacería eclipsar el brillo de los principios de Dios con el egoísmo de los principios sobre los cuales trabaja. Si puede, empañará el oro puro del carácter. Si puede colocar lo falso donde debería estar lo verdadero, su objetivo está logrado.

Satanás, el creador de todos los males, viene con paso sigiloso, presentando teorías plausibles al pueblo de Dios, diciéndoles que si hacen esto o aquello, aunque sea cuestionable, obtendrán grandes ventajas, y el fin justificará los medios. Trata de persuadirlos de que comer del fruto prohibido será para ellos una fuente de gran bien. Cuando los hombres le escuchan, la vista espiritual se oscurece, y se pierde el poder de distinguir entre el bien y el mal.

Sra. E. G. White

13 de noviembre de 1901

El Divino Guardián de la Iglesia

EGW

La obra de Satanás está representada en el tercer capítulo de Zacarías. Leemos: "Me mostró al sumo sacerdote Josué de pie junto al ángel del Señor, y a Satanás de pie a su derecha para resistirle. Y el Señor dijo a Satanás: Jehová te reprenda, oh Satanás; Jehová que ha elegido a Jerusalén te reprenda; ¿no es éste un tizón arrancado del fuego? Y Josué se vistió de ropas inmundas, y se puso delante del ángel".

Satanás viene al pueblo de Dios con la tentación, la tentación obtiene la victoria, y los que dicen seguir a Cristo caen presa de las artimañas del enemigo, dándole una excusa para señalar al pueblo de Dios como vestido con ropas sucias. Señala los defectos de los tales como muestra de lo que hace el pueblo de Dios que guarda los mandamientos.

Puede parecer que el Señor ha olvidado los peligros de su iglesia y el daño que le han hecho aquellos que siguen principios que Él no puede aprobar. Pero Dios no lo ha olvidado. Nada en este mundo es tan querido para el corazón de Dios como su iglesia. Él marca cada acción de los miembros. No es su voluntad que la política mundana corrompa su historial como representante del cielo. Nada ofende tanto el corazón de Cristo como el daño causado a aquellos por quienes murió para salvarlos. Su corazón de amor se aflige cuando los cojos son desviados del camino por las sendas torcidas hechas por otros. Dios no deja que su pueblo sea vencido por las tentaciones de Satanás. Él castigará a aquellos que lo tergiversan. Pero será misericordioso con todos los que se arrepientan sinceramente.

"Respondió y habló a los que estaban delante de él, diciendo: Quitadle las vestiduras inmundas. Y le dijo: He aquí, he hecho pasar de ti tu iniquidad, y te vestiré con muda de ropa. Y dije: Pongan sobre su cabeza una mitra hermosa. Y pusieron una mitra hermosa sobre su cabeza, y le vistieron de ropas. Y el ángel del Señor estaba allí. Y el ángel del Señor protestó a Josué, diciendo: Así ha dicho el Señor de los ejércitos: Si anduvieres en mis caminos, y si guardares mi ordenanza, tú también juzgarás mi casa, y tú también guardarás mis atrios, y yo te daré lugar para que andes entre estos que están delante."

Josué representaba bien la condición de los ministros de Dios y de los miembros laicos de la iglesia. Necesitan ser revividos y reformados. Necesitan ser santificados por el Espíritu Santo. Pero Dios reprenderá a Satanás, negándose a escuchar sus acusaciones contra Su iglesia, aunque esté lejos de lo que debería ser.

Los que continúen en el servicio de Dios, mediante el reavivamiento de los organismos designados por Dios, volverán a la obediencia de todo corazón, dependiendo de los méritos de un Salvador crucificado y confiando en su expiación para la salvación. Los justos seguirán continuamente la justicia, porque Cristo, que está formado en su interior, es justicia y verdad. Estarán imbuidos de un amor puro y ferviente, un amor engendrado por el amor de Dios. Sus transgresiones serán perdonadas y sus pecados perdonados. Y Dios los mirará con agrado.

Cristo ama a Su iglesia. Él dará toda la ayuda necesaria a aquellos que le pidan fortaleza para el desarrollo de un carácter semejante al de Cristo. Pero Su amor no es debilidad. Él no servirá con sus pecados, ni les dará prosperidad mientras continúen siguiendo un curso de acción equivocado. Sólo a través del arrepentimiento fiel sus pecados serán perdonados; porque Dios no cubrirá el mal con el manto de Su justicia. Él honrará el servicio fiel. Bendecirá abundantemente a aquellos que revelen a sus semejantes Su justicia, misericordia y amor. Que aquellos que están comprometidos en Su servicio caminen ante Él con verdadera humildad, siguiendo fielmente Sus pasos, apreciando los santos principios que vivirán a través de las edades eternas. Que en palabra y acción muestren que obedecen las leyes que se obedecen en el cielo.

Recuerda que los que están verdaderamente unidos a Cristo mostrarán una simpatía semejante a la de Cristo los unos por los otros. ¿Acaso no son miembros de Su cuerpo? ¿No deberían mostrar un interés bondadoso por sus colaboradores, y regocijarse en ayudarlos? Tales creyentes ejercerán una influencia que producirá frutos de justicia. Su luz brillará para otros, y la iglesia sentirá el beneficio del poder santificador de la gracia de Cristo.

El camino del mundo es comenzar con pompa y jactancia, exaltando a los agentes humanos. Pero todo esto será en vano. El camino de Dios es hacer que el día de las pequeñas cosas sea el comienzo del glorioso triunfo de la verdad y la justicia. Tened presente que el poder humano y las invenciones humanas no establecieron la iglesia, y tampoco la destruirán. El Espíritu Santo guardará a

todo aquel que en fe y confianza esté encomendado a su cargo. La fuente rebosante de vida es para que la disfruten los siervos de Dios. Los hace más que vencedores, victoriosos sobre toda oposición.

Presento la siguiente escritura a aquellos que dicen respetar la ley de Jehová:

"Escuchadme, islas, y oídme, pueblos lejanos: El Señor me llamó desde el vientre; desde las entrañas de mi madre hizo mención de mi nombre. Y puso mi boca como espada aguda; en la sombra de su mano me escondió, y me hizo asta pulida; en su aljaba me escondió, y me dijo: Tú eres mi siervo, oh Israel, en quien seré glorificado. Entonces dije: En vano he trabajado, en balde y en vano he gastado mis fuerzas; mas ciertamente mi juicio está con Jehová, y mi obra con mi Dios. Y ahora, dice el Señor, que me formó desde el vientre para ser su sierva, para hacer volver a él a Jacob: Aunque Israel no se reúna, yo seré gloriosa a los ojos del Señor, y mi Dios será mi fortaleza. Y dijo: Poco es para mí que tú seas mi siervo, para levantar las tribus de Jacob y para restaurar el remanente de Israel; también te daré por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta los confines de la tierra. Así dice el Señor, el Redentor de Israel y su Santo, al que el hombre desprecia, al que la nación aborrece, al siervo de los gobernantes: Los reyes verán y se levantarán, los príncipes también adorarán, a causa del Señor que es fiel, y el Santo de Israel, y él te elegirá. Así ha dicho Jehová: En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido; y te guardaré, y te daré por alianza de pueblos, para afirmar la tierra, para hacer heredar las heredades assoladas; para que digas a los presos: Salid; a los que están en tinieblas: Mostraos. En los caminos pacerán, y sus pastos estarán en todas las alturas. No tendrán hambre ni sed; ni el calor ni el sol los herirá; porque el que tiene misericordia de ellos los guiará, y por las fuentes de las aguas los conducirá. Y haré de todos mis montes un camino, y mis calzadas serán enaltecidas. He aquí, éstos vendrán de lejos; y he aquí, éstos del norte y del occidente, y éstos de la tierra de Sinim. Cantad, cielos, y alegraos, tierra, y prorrumpid en cánticos, montes, porque el Señor ha consolado a su pueblo y tendrá misericordia de sus afligidos. Pero Sión dijo: El Señor me ha abandonado, y mi Señor se ha olvidado de mí. ¿Acaso puede una mujer olvidarse de su niño de pecho, para no tener compasión del hijo de sus entrañas? Sí, pueden olvidarse, pero yo no me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas de Mis manos te tengo esculpida; tus muros están siempre delante de Mí."

Dios habla en serio. Él continúa llevando adelante Su obra de redención en los corazones de aquellos que se arrepienten y se convierten. La iglesia ha fracasado, tristemente fracasado, en cumplir las expectativas de su Redentor, y

sin embargo el Señor no se retira de su pueblo. Los soporta todavía, no por la bondad que se halle en ellos, sino para que su nombre no sea deshonrado ante los enemigos de la verdad y la justicia, para que las agencias satánicas no triunfen en la destrucción del pueblo de Dios. Ha soportado durante mucho tiempo su rebeldía, incredulidad e insensatez. Con maravillosa paciencia y compasión los ha disciplinado. Si prestan atención a su instrucción, limpiará sus tendencias perversas, salvándolos con una salvación eterna y convirtiéndolos en monumentos eternos del poder de su gracia. Bajo su cuidado supervisor, llevarán adelante su obra sin tergiversarla en ningún aspecto. Su gloriosa obra, fundada en principios eternos, nunca decaerá. Brillará con la luz del Sol de Justicia, y habrá gritos de Gracia, gracia a ella.

Sra. E. G. White

20 de noviembre de 1901

Llamados a la victoria

EGW

Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios. Hablad consoladoramente a Jerusalén, y clamadle que su guerra ha concluido, que su iniquidad ha sido perdonada; pues ha recibido de la mano del Señor el doble por todos sus pecados.... Oh Sión, portadora de buenas nuevas, sube al monte alto; oh Jerusalén, portadora de buenas nuevas, alza tu voz con fuerza; levántala, no temas; di a las ciudades de Judá: ¡He aquí vuestro Dios! He aquí que el Señor Dios vendrá con mano fuerte, y su brazo se enseñoreará de él; he aquí que su recompensa está con él, y su obra delante de él. Él apacentará Su rebaño como un pastor; Él recogerá los corderos con Su brazo, y los llevará en Su seno, y suavemente guiará a los que están con los jóvenes.... ¿No has sabido? ¿No has oído que el Dios eterno, el Señor, el Creador de los confines de la tierra, no desfallece ni se cansa? No hay escudriñamiento de su entendimiento. Él da poder a los débiles, y a los que no tienen fuerza les aumenta las fuerzas. Aun los jóvenes desmayarán y se fatigarán, y los mozos caerán; pero los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán."

Que aquellos que están comprometidos en el servicio del Maestro estudien estas elocuentes palabras. ¿Cuál es el objeto de la compasión divina? La elevación de la humanidad caída. Con este propósito se envían mensajeros desde el trono de Dios a esta tierra. En Segunda de Reyes leemos cómo los santos ángeles

vinieron en misión de custodiar a los siervos elegidos del Señor. El profeta Eliseo estaba en Dotán, y allí el rey de Siria envió caballos y carros y un gran ejército para llevárselo. "Y cuando el siervo del varón de Dios se levantó de mañana y salió, he aquí que un ejército rodeaba la ciudad con caballos y carros. Y su criado le dijo: ¡Ay, señor mío! ¿cómo haremos? Y él respondió: No temas, porque los que están con nosotros son más que los que están con ellos. Entonces Eliseo oró y dijo: Te ruego, Señor, que abras sus ojos para que vea. Y el Señor abrió los ojos del joven, y vio; y he aquí que el monte estaba lleno de caballos y carros de fuego alrededor de Eliseo."

Los ángeles de Dios descendieron con gran poder, no para consumir, no para despreciar, no para gobernar o exigir homenaje, sino para servir a los que debían ser herederos de la salvación. Vinieron con gran poder a acampar alrededor de los siervos fieles del Señor.

Confía en esto: Si estudias la Palabra de Dios con un sincero deseo de adquirir conocimiento, Dios llenará tu alma de luz. Los misterios del cielo se convertirán en los tesoros de tu mente. Tu trabajo será aprobado por Dios, y tu influencia será un sabor de vida. Nunca te quejes. Que tus labios no expresen perversidad. No hables de tinieblas porque las apariencias están en tu contra. Estamos en un mundo de pecado y crimen. Al trabajar para el Maestro, sentiremos presión por falta de medios, pero Dios oírás y responderá a nuestras peticiones. Que tu lenguaje sea: "El Señor Dios me ayudará; por eso no seré confundido; por eso he puesto mi rostro como un pedernal, y sé que no seré avergonzado."

Mira el lado positivo. Si el trabajo se ve obstaculizado, asegúrate de que no es culpa tuya, y entonces regocíjate en el Señor, aunque la experiencia por la que estés pasando sea dura y penosa. El cielo está lleno de alegría. Resuena con las alabanzas de Aquel que ha hecho un sacrificio tan maravilloso para la redención del hombre. ¿No debería la Iglesia en la tierra estar llena de alabanzas? ¿No deberían los cristianos publicar por todo el mundo la alegría de servir a Cristo?

El Señor desea que seamos fuertes en su fuerza y alegres en su amor. Así revelamos el poder de la gracia redentora. Podemos triunfar en el poder guardador del Redentor. A través de la fe en Él podemos obtener victoria tras victoria sobre nosotros mismos.

Los que entran en el cielo deben aprender en la tierra el cántico celestial, cuya nota clave es la alabanza y la acción de gracias. Sólo cuando aprendan este cántico podrán unirse al coro celestial.

Compañeros de trabajo, que nunca decaiga vuestro ánimo. El cristiano siempre tiene en el Señor un fuerte ayudador. Cuando, por no poder obtener la ayuda necesaria, lleguéis a una pausa en vuestros fervientes esfuerzos, echad vuestra carga sobre el Señor. Conténtate con dejarla allí, sabiendo que Él es fiel y que lo ha prometido. El qué y el cómo de la ayuda del Señor no lo sabemos; pero esto sí sabemos: El Señor nunca fallará a los que confían en Él. Cuando haya probado plenamente a sus obreros, los sacará refinados como oro probado en el fuego.

Las lecciones que Dios envía siempre, si se aprenden bien, traerán ayuda a su debido tiempo. "La tribulación produce paciencia; y la paciencia, experiencia; y la experiencia, esperanza; y la esperanza no avergüenza, porque el amor de Dios está derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado."

Pon tu confianza en Dios. Rezad mucho, y creed que en Su buena obra el Señor os guiará paso a paso. Confiando, esperando, creyendo en el Señor, asidos de la mano del Poder Infinito, seréis más que vencedores. En Dios tendréis la victoria y el éxito. Veréis la salvación del Señor.

Trabaja con fe y deja los resultados en manos de Dios. Reza con fe sincera, y el misterio de la providencia de Dios traerá su respuesta.

"Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá". A veces puede parecer que no puedes tener éxito. Vendrán obstáculos. Serás probado y puesto a prueba. Pero trabaja y cree, poniendo fe, vida, esperanza y coraje en tu trabajo. Después de haber hecho lo que puedas, espera en el Señor, declarando Su fidelidad, y Él cumplirá Su palabra. Espera, no con ansiedad inquieta, sino con fe impertérrita y confianza inquebrantable.

"Porque saldréis con alegría, y seréis conducidos con paz; los montes y las colinas prorrumpirán delante de vosotros en cánticos, y todos los árboles del campo aplaudirán. En lugar del espino subirá el abeto, y en lugar de la zarza subirá el mirto; y será al Señor por nombre, por señal eterna que no será cortada."

Sra. E. G. White

4 de diciembre de 1901

Sembrar y cosechar

EGW

¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses, y entonces vendrá la siega? He aquí, yo os digo: Alzad los ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega. Y el que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna; para que se gocen juntamente el que siembra y el que siega. En esto es verdad el dicho: Uno siembra, y otro cosecha. Yo os envié a segar aquello en lo que no trabajasteis; otros trabajaron, y vosotros habéis entrado en sus labores."

No digas, cuando hayas puesto tu semilla en la tierra. Todavía faltan cuatro meses -el tiempo habitual entre la siembra y la cosecha- y luego viene la siega. Al hablar así a los discípulos, Cristo se refería especialmente a la obra que había que realizar en favor de los samaritanos. La mujer samaritana con la que había estado hablando había dejado su cántaro de agua y había ido a la ciudad, para decir a la gente de allí: "Venid, ved a un hombre que me ha dicho todas las cosas que yo he hecho; ¿no es éste el Cristo? Y muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer, que testificaba: Me ha dicho todo lo que he hecho..... Le rogaron que se quedase con ellos; y se quedó allí dos días. Y muchos más creyeron por su propia palabra, y dijeron a la mujer: Ahora creemos, no por tu dicho; porque nosotros mismos le hemos oído, y sabemos que éste es verdaderamente el Cristo, el Salvador del mundo."

La venida de estas personas a Cristo y su conversión a la verdad fue una lección objetiva para los discípulos, y debería enseñar una lección importante a todos los que están comprometidos en la obra de salvar almas. De ella deben aprender los ministros que Dios desea que salgan a una labor agresiva, que no les ha dado el trabajo de rondar las iglesias, cuando cerca de ellas hay almas que perecen por falta de conocimiento.

"En esto es verdad el dicho: Uno siembra y otro cosecha. Yo os he enviado a segar aquello en lo que no habéis trabajado". El Salvador pronunció estas palabras anticipándose a la ordenación y envío de sus discípulos. La obra terrenal del gran Maestro iba a terminar pronto. Los apóstoles vendrían después para perfeccionar esta obra, para recoger el fruto de la semilla que Él había sembrado. En las calles de las ciudades y en las sinagogas, Cristo había estado sembrando las semillas de la verdad. El plan de salvación había sido clara y nítidamente esbozado, pues la verdad nunca languideció en los labios del

Salvador. Su obra había despertado interés. Los discípulos debían seguir los esfuerzos del Sembrador divino, cosechando donde Él había sembrado, para que tanto el Sembrador como los segadores pudieran regocijarse juntos.

Hoy, en su gran campo de cosecha, Dios tiene necesidad tanto de sembradores como de segadores. Que los que salen a la obra, unos para sembrar y otros para segar, recuerden que nunca deben atribuirse la gloria del éxito de su trabajo. Las agencias designadas por Dios han estado delante de ellos, preparando el camino para la siembra de la semilla y la cosecha de la cosecha. "Yo os he enviado a segar aquello en que vosotros no trabajasteis", dijo Cristo; "otros trabajaron, y vosotros habéis entrado en sus trabajos".

Los que siembran la semilla, presentando ante reuniones grandes y pequeñas las verdades de prueba para este tiempo, a costa de mucho trabajo, no siempre recogen la cosecha. Después que ellos han hecho su parte, y descansan de sus labores, otros siervos de Dios, repasando la tierra, cosechan el fruto de su siembra, completando su obra.

"El que siega recibe salario, y recoge fruto para vida eterna; para que tanto el que siembra como el que siega se regocijen juntos". Lee atentamente estas palabras. Estudia su significado; porque ellas delinean el plan de Dios. A menudo los obreros del Señor encuentran una amarga oposición en su campo de trabajo, y así su labor se ve obstaculizada. Hacen lo mejor que pueden. Con empeño y esfuerzo siembran la buena semilla. Pero el elemento de oposición se hace cada vez más feroz. Algunos pueden estar convencidos de la verdad, pero se sienten intimidados por la oposición. No tienen el valor de reconocer su convicción. La vida de los obreros puede estar en peligro por aquellos que están controlados por Satanás. Es entonces su privilegio seguir el ejemplo de su Maestro, e ir a otro lugar. "No habréis atravesado las ciudades de Israel", dijo Cristo, "hasta que venga el Hijo del Hombre".

Que los mensajeros de la verdad pasen a otro campo. Aquí puede haber una oportunidad más favorable para el trabajo, y pueden lograr con éxito el trabajo de siembra y cosecha. El informe de su éxito llegará al lugar donde el trabajo aparentemente no tuvo éxito, y el próximo mensajero de la verdad que vaya allí será recibido más favorablemente. Se verá que la semilla sembrada en la prueba y el desaliento tiene vida y vitalidad. La adversidad, el dolor, la pérdida de bienes, los cambios de la providencia de Dios, recordarán a la mente del pueblo con vívida claridad la palabra pronunciada muchos años antes por los fieles

siervos de Dios. Primero aparecerá la hoja, luego la espiga, después el grano lleno en la espiga.

El rechazo de la verdad del Evangelio por unos prepara el camino para su recepción por otros, que pueden ver la debilidad e inconsistencia de los argumentos usados para hacer que la verdad no tenga efecto. Así, los que tratan de oponerse al consejo de Dios, más que obstaculizar la verdad la promueven.

Como el alimento al hambriento y el agua al sediento, así es la realización de la obra de Dios para los que obedecen su voluntad porque le aman. Los que están comprometidos en la obra del ministerio deben dar evidencia de que Dios tiene un mensaje para que lo lleven y una obra para que la hagan. Deben trabajar en espíritu de mansedumbre, mostrando que han aprendido en la escuela de Cristo la humildad de corazón, llevando consigo la evidencia de que han estado con Cristo y han aprendido de él. "Así dice el alto y sublime que habita la eternidad, cuyo nombre es Santo: Yo habito en el lugar alto y santo, también con el que es de espíritu contrito y humilde, para vivificar el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los contritos."

Todas las partes de la viña de Dios deben ser trabajadas. Se necesitan hombres y mujeres sabios, que trabajen con empeño para llevar a cabo la obra que se les ha encomendado. Dios los usará como sus instrumentos en la conversión de las almas. Unos sembrarán y otros recogerán la cosecha de la semilla sembrada. Que cada uno haga todo lo posible por mejorar sus talentos, para que Dios pueda usarlo como sembrador o como segador.

Sra. E. G. White

11 de diciembre de 1901

Cooperar con Dios

EGW

El Señor se compara a sí mismo con un alfarero y a su pueblo con arcilla. Él busca moldear y formar a Su pueblo de acuerdo a Su semejanza. La lección que deben aprender es la lección de la sumisión. Si prestan atención a las instrucciones del Señor, sometiéndose a la voluntad divina, la mano del Alfarero producirá una vasija bien formada.

Una vez más, el Señor se compara a sí mismo con un jardinero, y a su pueblo con árboles y plantas. Así como un jardinero endereza los árboles que crecen torcidos, así el Señor corrige a Su pueblo. Y ellos deben cooperar con la mano maestra y eficiente que busca remediar lo que está mal en ellos. Es su deseo que le sirvamos con corazón, alma y fuerza, no sólo por la esperanza del cielo, sino para que en altruismo, pureza y santidad seamos una bendición para nuestros semejantes. No hemos de ser meramente árboles de justicia. Cristo dijo: "A mi Padre le agrada que llevéis mucho fruto".

Pero qué común es que los defectos se consideren virtudes. El barro se niega a ser moldeado; el árbol se niega a ser enderezado. Así, la deformidad se introduce en el crecimiento. Las tendencias al mal estropean el carácter. No se ve la perfección que Dios desea que cada ser humano revele.

Qué natural es que el hombre sienta que es su deber corregir a los demás, cuando su propia formación de carácter revela defectos marcados. Cristo nos ha advertido de esto. Dice: "No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, os será medido. ¿Por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no miras la viga que está en tu propio ojo? ¿O cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí una viga en tu propio ojo? Hipócrita, saca primero la viga de tu propio ojo; y entonces verás claramente para sacar la paja del ojo de tu hermano". Dios desea que nos critiquemos a nosotros mismos. "Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe". Haced el examen de vosotros mismos minucioso y crítico. Los que se niegan a verse en el espejo de la Palabra de Dios no pueden entrar en el reino de los cielos. Las puertas del paraíso se cerrarán contra aquellos que no obren su propia salvación con temor y temblor.

Este mundo es una escuela en la que los seres humanos reciben una educación que decidirá su destino eterno. La juventud debe ser cuidadosa y juiciosamente educada; porque los hábitos erróneos formados en la infancia y la juventud a menudo se aferran a toda la experiencia de la vida. Que Dios nos ayude a ver la necesidad de empezar bien. Los padres tienen un papel muy importante que desempeñar en este asunto. Sobre ellos descansa la responsabilidad de formar a sus hijos para Dios, de ayudar a sus pequeños a formar caracteres que les ganen la entrada a las cortes de arriba. Y en la escuela, los niños deben ser educados para obedecer los requerimientos de la Palabra de Dios. Los padres y los maestros deben ser obreros junto con Dios, trabajando unidos para ayudar a los jóvenes a prepararse para ser miembros de la familia real.

No hay que dejar que los niños crezcan como quieran. Como el jardinero endereza los árboles jóvenes en un huerto, así deben ser enderezados. Hay que frenar su perversidad, porque si no se hace esto, la llevarán consigo a la vida religiosa y los convertirá en miembros torcidos de la Iglesia. Los padres que piensan que no hay necesidad de refrenar a sus hijos, que les permiten formar su propio carácter, verán en el futuro el triste resultado de esta negligencia. Verán que su fracaso en señalar y corregir los defectos ha hecho imposible que sus hijos entren en el cielo.

De generación en generación se perpetúa la negligencia de los padres. Los males no corregidos en un niño se ven en los hijos y en los hijos de los hijos. Padres, el pecado que permiten que su hijo abrigue puede resultar en la ruina de las familias hasta la tercera y cuarta generación. Permitir que un niño crezca con tendencias malvadas sin corregir es un mal que nunca se puede deshacer. Pero criar a los hijos en la crianza y amonestación del Señor es hacer una obra que dará fruto para justicia eterna.

Se debe enseñar a los niños a obedecer el mandamiento: "Honra a tu padre y a tu madre". Desde su más tierna infancia deben ser entrenados para llevar su parte de las cargas del hogar. Se les debe enseñar que las obligaciones son mutuas. También se les debe enseñar a trabajar con rapidez y pulcritud. Esta educación será de gran valor para ellos en el futuro.

Padres e hijos deben conocerse mutuamente. Juntos deben aprender a cumplir sus deberes para con Dios y para con los demás. La madre no debe aceptar cargas en la iglesia que la obliguen a descuidar a sus hijos. La mejor obra eclesiástica a la que puede dedicarse una madre es la educación de sus hijos. Que se asegure de que en este trabajo no se pierdan puntadas. De ninguna otra manera puede una madre ayudar más a la iglesia que dedicando su tiempo a aquellos que dependen de ella para su instrucción. Una familia bien disciplinada y ordenada ejerce una influencia más poderosa en favor del cristianismo que todos los sermones que puedan predicarse.

Padres y madres, valorad vuestros privilegios y mejorad vuestras oportunidades. Buscad un carácter tan coherente que el pecado no encuentre lugar ni en palabra ni en acción. Caminad sabiamente ante vuestros hijos, para que cuando os inclinéis en oración, el Señor pueda escucharos y responderos. Que tus palabras estén sazonadas con la gracia del cielo. Que la semejanza a Cristo de tus palabras y acciones sea una señal para tus hijos de que caminas con el Salvador. Aferrándose a las promesas de Dios y obedeciendo sus

requerimientos, pueden ser evangelistas en el hogar, ministros de gracia para sus hijos.

Sra. E. G. White

18 de diciembre de 1901

Vivir para Cristo

EGW

No hay parte del ser de la que Cristo no deba ser todo y en todos. Él es nuestra vida. El contacto personal con Él edifica el alma, supliendo sus necesidades siempre recurrentes. Él es nuestra suficiencia. Aquel en cuyo corazón habita Cristo es consciente de un gozo espiritual constante. Nuestro Redentor es hecho para nosotros "sabiduría y justicia, santificación y redención".

Dios es el dueño de todo lo que tiene el hombre, el dueño de las riquezas que los egoístas se apropian para su propio uso. Con un movimiento de Su mano podría barrer todo lo que poseen. Entonces, para encontrar el verdadero poder debemos mirar más allá de los hombres honrados y ricos del mundo. Aquellos cuyas mentes alcanzan el cielo encuentran la causa primera de toda grandeza, todo honor, toda majestad. En comparación con Él, los seres humanos no son más que el pequeño polvo de la balanza.

Dios creó al hombre con afectos capaces de abarcar realidades eternas. Estos afectos debían mantenerse puros y santos, libres de toda terrenalidad. Pero los seres humanos han perdido de vista la eternidad. Se olvidan de Dios, el Alfa y la Omega, el principio y el fin, Aquel que guarda el destino de cada alma. Creyéndose poderosos en el conocimiento, los hombres se han rebajado al nivel más bajo a los ojos de Dios.

La mente del hombre se ha vuelto terrenal. En lugar de revelar la impronta de la divinidad, revela la impronta de la humanidad. En sus cámaras se ven las imágenes de la tierra. Las prácticas degradantes que prevalecieron en los días de Noé, colocando a los habitantes de esa época más allá de la esperanza de salvación, se ven hoy en día.

En un lenguaje vívido, el profeta ha descrito la condición del mundo: "Nuestras transgresiones se han multiplicado delante de ti, y nuestros pecados testifican contra nosotros; porque nuestras transgresiones están con nosotros; y en cuanto

a nuestras iniquidades, las conocemos; al transgredir y mentir contra el Señor, y apartarnos de nuestro Dios, hablando opresión y rebelión, concibiendo y pronunciando de corazón palabras de mentira. Y el juicio se ha vuelto atrás, y la justicia está lejos; porque la verdad ha caído en la calle, y la equidad no puede entrar. Sí, la verdad desfallece; y el que se aparta del mal se hace presa; y el Señor lo vio, y le desagradó que no hubiera juicio."

Pero a los seres humanos no se les ha dejado vivir en la desesperanza y la desesperación. "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna". "Vio que no había hombre, y se maravilló de que no hubiera intercesor; por tanto, su brazo le trajo salvación, y su justicia, le sustentó. Porque se vistió de justicia como de coraza, y de yelmo de salvación sobre su cabeza; y se puso las vestiduras de la venganza por vestidura, y se vistió de celo como de manto. Según sus obras, así pagará, furor a Sus adversarios, retribución a Sus enemigos; a las islas pagará retribución. Así temerán el nombre del Señor desde el occidente, y su gloria desde el nacimiento del sol. Cuando el enemigo venga como una inundación, el Espíritu del Señor levantará un estandarte contra él. Y vendrá el Redentor a Sión, y a los que se conviertan de la prevaricación en Jacob, dice el Señor".

Estas promesas se cumplirán cuando los cristianos ocupen el puesto que Dios desea que ocupen. Es Su deseo que demuestren al mundo que los seres humanos pueden vivir vidas puras y rectas. A fin de "purificar para sí un pueblo propio", Cristo abandonó las cortes reales y revistió su divinidad de humanidad. Vivió en el mundo los principios de la ley de Dios, mostrando que Su gracia tiene poder para redimir a hombres y mujeres y elevarlos a un plano de integridad moral. En medio de la terrible confederación del mal que existe ahora en el mundo, los cristianos deben defender firme y valientemente al Redentor, protestando con vidas intachables contra la apostasía reinante.

Los cristianos deben caminar humildemente con Dios, porque Él es su fuerza. Deben esforzarse por dominarse a sí mismos, recordando que su felicidad presente y futura depende del ascendiente que lo espiritual adquiera sobre lo temporal en la vida. Deben cultivar la paciencia y la tolerancia de Cristo, manteniendo los pensamientos bajo la influencia suavizadora del Espíritu Santo. Deben hacer un pacto solemne con Dios de que gobernarán sus palabras. "Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, y capaz también de refrenar todo el cuerpo".

Los cristianos han de estimar el oprobio de Cristo como mayor riqueza que todos los tesoros de esta tierra. Viniendo al ajetreado mundo, lleno de clamor y confusión, Cristo trató de romper el hechizo de la terrenalidad que descansaba sobre los seres humanos. "¿De qué le servirá al hombre", clamó, "si gana el mundo entero y pierde su alma?". Hizo ver a los hombres el mundo más noble, que habían perdido de vista. Les mostró el umbral de la eternidad, inundado de la gloria de Dios.

Ante el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, el cristiano profesante se compromete a vencer el orgullo, la codicia y la incredulidad. Y a medida que trata de cumplir este compromiso, crece en la desconfianza en sí mismo, poniendo toda su dependencia en Dios. Se da cuenta de lo que significa ser hijo de Dios. Sabe que la sangre purificadora de Cristo le asegura el perdón y la paz. Crece en espiritualidad como el alto cedro. Diariamente tiene comunión con Dios, y es poderoso en el conocimiento de las Escrituras. Su comunión es con el Padre y el Hijo, y aprende más y más de la voluntad divina. Lleno de un amor cada vez mayor por Dios y por sus semejantes, da un poderoso testimonio del Maestro.

Sra. E. G. White

25 de diciembre de 1901

El Amor que es de Dios

EGW

En esto se manifiestan los hijos de Dios y los hijos del diablo: el que no hace justicia no es de Dios, ni el que no ama a su hermano. Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: que nos amemos unos a otros. No como Caín, que era de aquel inicuo, y mató a su hermano. ¿Y por qué lo mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas".

El odio causó la primera muerte en nuestro mundo. Después del pecado, Dios dio a los hombres la promesa del Redentor, que había de morir por la redención de la raza y obtener así su perdón. El hombre debía mostrar su fe en esta promesa ofreciendo en sacrificio un cordero sin defecto. Así debía demostrar su fe en la gran verdad de que sin derramamiento de sangre no hay remisión de los pecados.

"Y aconteció que Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda al Señor. Y Abel, también trajo de los primogénitos de su rebaño, y de la grosura de ellos."

Caín sabía que Dios deseaba que trajera un cordero sin defecto. Pero él era labrador y no quiso añadir a su ofrenda un cordero del rebaño de su hermano. Mi ofrenda es abundante, pensó. Pero le faltaba precisamente lo que la habría hecho valiosa. Sin el cordero, todo lo que traía carecía de valor.

Cuando Caín presentó su ofrenda, no vio nada que significara que había sido aceptada por Dios. Pero cuando Abel presentó su ofrenda, fuego del cielo consumió el sacrificio. "El Señor respetó a Abel y su ofrenda; pero a Caín y su ofrenda no los respetó".

"Y Caín se enojó en gran manera, y decayó su semblante. Y el Señor dijo a Caín: ¿Por qué te irritas y por qué se abate tu rostro? Si bien hicieras, ¿no serás acepto? y si no hicieras bien, el pecado está a la puerta".

"Y Caín habló con su hermano Abel", discutiendo sobre su ofrenda, negándose a ver que era su desobediencia la que la había hecho inaceptable para Dios. Estaba enojado porque la ofrenda de Abel, su hermano menor, había sido aceptada, mientras que la suya había sido rechazada. Estaba enojado con Abel por sostener que Dios es justo. "Y sucedió... que Caín se levantó contra su hermano Abel y lo mató.

"Y el Señor dijo a Caín: ¿Dónde está Abel tu hermano? Y él respondió: No lo sé; ¿soy yo acaso guarda de mi hermano? Y él dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Y ahora eres maldito de la tierra, que ha abierto su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano; cuando labres la tierra, no te dará desde ahora su fuerza; fugitivo y vagabundo serás en la tierra."

Los seres humanos pertenecen a una gran familia: la familia de Dios. El Creador quiso que se respetaran y amaran mutuamente, manifestando siempre un interés puro y desinteresado por el bienestar de los demás. Pero el objetivo de Satanás ha sido conducir a los hombres al egoísmo primero; y sometándose a su control, han desarrollado un egoísmo que ha llenado el mundo de miseria y lucha, poniendo a los seres humanos en desacuerdo unos con otros. El egoísmo es la esencia de la depravación, y porque los seres humanos han cedido a su poder, lo opuesto a la lealtad a Dios se ve en el mundo de hoy. Las naciones, las familias y los individuos están llenos del deseo de hacer del yo un centro. El hombre anhela gobernar sobre sus semejantes. Separándose en su egoísmo de Dios y de sus semejantes, sigue sus inclinaciones desenfrenadas. Actúa como si el bien de los demás dependiera de su sometimiento a su supremacía.

El egoísmo ha traído discordia a la iglesia, llenándola de ambición impía. Si los cristianos son santificados a través de la creencia en la Palabra de Dios, ¿por qué tan a menudo hablan palabras que herirían los corazones de otros? ¿Por qué no reconocen otra ley que la ley del egoísmo? Bajo la torva influencia del egoísmo, los hombres han perdido el sentido de lo que significa amarse unos a otros con un amor semejante al de Cristo.

El amor a Cristo une al hombre con su prójimo en un interés desinteresado. Esta es la ciencia de la benevolencia. Aquel cuyo corazón está lleno del amor que se centra en Dios, se da cuenta de que debe tratar con justicia y ternura a sus semejantes porque han sido redimidos por la sangre de Cristo. El amor supremo a Dios nos lleva a buscar el mayor bien de la humanidad.

El egoísmo destruye la semejanza a Cristo, llenando al hombre de amor propio. Lleva a apartarse continuamente de la rectitud. Cristo dice: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto". Pero el amor propio es ciego a la perfección que Dios requiere.

¡Qué grande es el amor de Dios! Dios hizo el mundo para agrandar el cielo. Deseaba una familia más numerosa. Y antes de que el hombre fuera creado, Dios y Cristo celebraron un pacto según el cual, si caía de su lealtad, Cristo cargaría con la pena de la transgresión. El hombre cayó, pero no fue abandonado al poder del destructor. "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna". Al Redentor le fue dado todo el poder de impartir a los seres humanos caídos para su beneficio y bendición.

Mientras estuvo en la tierra, el Salvador fue sometido a duras pruebas. Fue tentado en todo según nuestra semejanza. Derramó su alma con fuerte llanto y lágrimas al contemplar la condición reincidente del pueblo que había sacado de la esclavitud. Los vio llenos de orgullo y exaltación propia, llenos de egoísmo y codicia. Debía esforzarse por vencer todo esto. Debe vivir entre ellos la vida que Dios exige que vivan todos sus hijos. Debe permanecer libre de la menor mancha de impureza. No debe desviarse en lo más mínimo de los principios de la rectitud.

El abismo hecho por el pecado ha sido salvado. Todos pueden acudir con denuedo al trono de la gracia, en busca de ayuda en cualquier momento de necesidad. Siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Tomó el lugar del pecador, para presentar al Padre al pecador arrepentido, diciendo: "Echad sobre mí su culpa. Yo he abrazado su causa". Extendiendo Sus manos, con las marcas

de la crucifixión, el Salvador dice: "He grabado a ese pecador en las palmas de Mis manos. No lo mires más como culpable. Deja que se presente ante ti sin culpa, porque yo he cargado con su iniquidad". En la cruz, la justicia y la misericordia se encontraron, y la rectitud y la paz se besaron. Dios inclinó la cabeza en reconocimiento de la plenitud de la ofrenda hecha por el pecado, y dijo: "Basta".

Al contemplar el gran amor de Dios, ¿no se someterán y ablandarán, sí, se quebrantarán nuestros corazones? ¿No nos llenaremos de paciencia, longanimidad y amor? ¿No moriremos al yo?

Cristo vino a este mundo para revelar el amor de Dios. Sus seguidores deben continuar la obra que Él comenzó. Esforcémonos por ayudarnos y fortalecernos mutuamente. Buscar el bien de los demás es el camino en el que se puede encontrar la verdadera felicidad. El hombre no obra contra su propio interés al amar a Dios y a sus semejantes. Cuanto más altruista es su espíritu, más feliz es, porque está cumpliendo el propósito que Dios tiene para él. El aliento de Dios se respira a través de él, llenándolo de alegría. Para él, la vida es una confianza sagrada, preciosa a sus ojos porque Dios se la ha dado para que la emplee en servir a los demás.

"Amados, amémonos unos a otros, porque el amor procede de Dios; y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama, no conoce a Dios; porque Dios es amor.... Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso; porque el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y este mandamiento tenemos de Él: que el que ama a Dios, ame también a su hermano".

Sra. E. G. White

8 de enero de 1902

Religión duradera

EGW

La religión perdurable es la que nos lleva a visitar a los huérfanos y a las viudas en su aflicción, y a mantenernos sin mancha del mundo. Esto es el cristianismo. El cristiano sigue a Cristo. Levantando la cruz, la lleva tras su Líder en el camino de la abnegación.

La religión que se construye sobre el yo no vale nada; porque Dios no transige con el egoísmo. Para tener una religión pura, debemos abrir el corazón para recibir al Huésped celestial. Mientras la puerta esté cerrada contra Su entrada, no podremos tener paz duradera. Ningún rayo de sol puede inundar los aposentos del alma, ninguna luz puede atravesar la niebla y las nubes.

La religión de Cristo cambia las tendencias hereditarias y cultivadas al mal. Destierra la confianza en sí mismo y el egoísmo, llevando al hombre a verse tal como es, débil y pecador, incapaz por sí mismo de hacer nada bueno. Le lleva a contemplar a Jesús, y contemplando, es transformado a Su semejanza.

La religión de Cristo es un tejido firme, compuesto de innumerables hilos, entretejidos con tacto y habilidad. Sólo con la sabiduría que Dios nos da podemos tejer esta tela. Confiando en nosotros mismos, introducimos en ella hilos de egoísmo, y el patrón se estropea.

Hay muchos tipos de tela que al principio tienen un aspecto fino, pero no resisten la prueba. Los colores no son rápidos. Se destiñen. Con el calor del verano se destiñen y se pierden. Una tela así no soporta el trato duro y vale muy poco.

Lo mismo ocurre con la religión. Cuando la trama y la urdimbre de la religión no resisten la prueba, el material del que está compuesta carece de valor. Y un esfuerzo por remendar la tela vieja con una pieza nueva no mejora la condición de las cosas; porque el material gastado y endeble se desprende del nuevo, dejando la rotura mucho más grande que antes. No basta con remendar. La única manera es desechar la prenda vieja y procurarse una nueva. La religión del yo, compuesta de hilos que se destiñen y ceden bajo la tensión de la tentación, debe ser desechada, para ser reemplazada por la religión tejida por Aquel en cuya vida ningún egoísmo encontró lugar.

El plan de Cristo es el único seguro. Él declara: "He aquí, yo hago nuevas todas las cosas". "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es". El Salvador no alienta a nadie a pensar que aceptará una religión hecha de retazos. Tal religión no tiene ningún valor a Sus ojos. Al principio puede parecer que hay algo de egoísmo y algo de Cristo; pero pronto se ve que no hay nada de Cristo. Los remiendos del egoísmo aumentan hasta que todo el vestido está cubierto de ellos.

Cristo mira con piedad a los que tienen una religión de retazos. El Testigo fiel y verdadero ve la carencia del alma, y Su voz se alza en advertencia: "Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. Ojalá fueras frío o caliente. Así

que, porque eres tibio, y ni frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres desventurado, y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo: Yo te aconsejo que compres de Mí oro afinado en el fuego, para que seas rico; y vestiduras blancas para que estés vestido, y no aparezca la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas."

Una religión formada según el modelo divino es la única que perdurará. Sólo esforzándonos por vivir la vida de Cristo aquí podemos prepararnos para vivir con Él a través de las edades eternas. Lo que tiene valor en esta vida lo tendrá en la vida venidera. El futuro de un hombre se decide por la forma en que ahora se deja influir. Si abriga inclinaciones egoístas, negándose a negarse a sí mismo, nunca podrá entrar en el reino de Dios. Pero si lucha contra sí mismo, si está dispuesto a ser gobernado por el Espíritu de Cristo, su carácter es transformado. Se sienta a los pies del Salvador, y de Él aprende las lecciones que deben aprender todos los que se salvan. Así se fortalece para resistir el mal. Dios obra en él y con él, para querer y hacer lo que le agrada.

Tal persona está llena de un intenso deseo de salvar a las almas que perecen a su alrededor. Camina como Cristo caminó, siguiendo Su ejemplo en todas las cosas. Entiende la ciencia de la piedad, y consagra su vida a Dios, dispuesto a gastar y ser gastado en Su servicio. No permite que sus inclinaciones naturales obtengan la victoria, sino que camina dignamente ante Dios y sus semejantes.

Es el deseo de Cristo que sus hijos lleguen a este lugar. Él anhela revelar a través de ellos los tesoros de Su gracia. Les dice: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto". Y lo dice porque sabe que es posible que alcancen la perfección. Él vivió en este mundo la vida que ellos deben vivir. Se enfrentó al enemigo sin ayuda, como ellos deben enfrentarse a él. Pidió y recibió poder para poder vencer en el conflicto. Y aquellos que caminan en el camino de Dios pueden tener el mismo poder. Los mismos ángeles que ministraron a Cristo ministran a los que serán herederos de la salvación. Como Él venció, así venceremos nosotros. "En todo le convenía ser semejante a sus hermanos, para ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, a fin de expiar los pecados de su pueblo. Porque en cuanto El mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados."

Queridos hermanos y hermanas en Cristo, mi oración por vosotros es "para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y

cimentados en amor, seáis capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a Él sea gloria en la iglesia por Jesucristo por todas las edades, por los siglos de los siglos."

Sra. E. G. White

15 de enero de 1902

Nuestro Hermano Mayor

EGW

Entonces Jesús vino con ellos a un lugar llamado Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, mientras voy a orar allá. Y tomando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse en gran manera. Entonces les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo. Y yéndose un poco más lejos, se postró sobre su rostro y oró".

Cristo sintió que por el pecado estaba siendo separado de Su Padre. El abismo era tan ancho, tan negro, tan profundo, que su espíritu se estremeció ante él. No debía ejercer su poder divino para escapar de esta agonía. Como hombre debía sufrir las consecuencias del pecado del hombre. Como hombre debía soportar la ira de Dios contra la transgresión.

Poco antes, Cristo había ofrecido su oración de intercesión al Padre, no como un vencido en la batalla, sino como alguien que había obtenido la victoria a cada paso, a medida que se acercaba a la consumación de su obra. Como uno ya glorificado, había reclamado la unidad con Dios.

Pero había llegado la hora del aparente triunfo de Satanás. La tormenta de la ira estaba a punto de azotar al Salvador. Un horror de grandes tinieblas oprimía su alma. Todo estaba en juego. En sus rasgos más duros Satanás presionó la situación sobre el Redentor: "El pueblo que pretende estar por encima de todos los demás en ventajas temporales y espirituales, te ha rechazado. Están tratando de destruirte a ti, el fundamento, el centro y el sello de las promesas hechas a ellos como pueblo peculiar. Uno de tus propios discípulos, que ha escuchado tu

instrucción, y ha estado entre los más destacados en las actividades de la iglesia, te traicionará. Uno de tus más fervientes seguidores te negará. Todos te abandonarán". Todo el ser de Cristo aborrecía ese pensamiento. Que aquellos a quienes se había comprometido a salvar, aquellos a quienes tanto amaba, se unieran en las conspiraciones de Satanás, le traspasó el alma. El conflicto era terrible. Los pecados de los hombres pesaban sobre el Salvador, y el sentido de la ira de Dios contra el pecado le estaba destrozando la vida. De sus pálidos labios salió el amargo grito: "Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú".

"Y viniendo a los discípulos, los halló durmiendo". Si los hubiera encontrado orando, se habría sentido aliviado. Si hubieran estado buscando refugio en Dios, para que las agencias satánicas no prevalecieran contra ellos, se habría sentido reconfortado por su fe firme. Pero no habían prestado atención a la repetida advertencia: "Velad y orad". Al principio se habían sentido muy turbados al ver a su Maestro, normalmente tan tranquilo y digno, luchando con un dolor que iba más allá de toda comprensión. Habían orado al oír los fuertes gritos del que sufría. No tenían intención de abandonar a su Señor, pero parecían paralizados por un estupor del que podrían haberse sacudido si hubieran seguido suplicando a Dios.

La debilidad de los discípulos despertó la simpatía de Jesús. Dirigiéndose a Pedro, le dijo: "Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar conmigo una hora?". Temía que no fueran capaces de soportar la prueba que les sobrevendría con su traición y muerte; y dijo: "Velad y orad, para que no entréis en tentación." Incluso en su gran agonía trató de excusar su debilidad. "El espíritu verdaderamente está dispuesto", dijo, "pero la carne es débil".

Una vez más Cristo buscó su lugar de oración, y su voz se oyó en el aire tranquilo de la tarde, no en tonos de triunfo, sino llena de angustia humana. Las palabras del Salvador llegaron a oídos de los somnolientos discípulos: "Padre mío, si no pasa de mí este cáliz, si no lo bebo, hágase tu voluntad".

De nuevo Cristo sintió el anhelo de compañía, de unas palabras de sus discípulos que le trajeran alivio. Una vez más se acercó a ellos, "pero los ojos de ellos estaban agravados; no sabían qué responderle."

Dando media vuelta, Jesús buscó su retirada, y cayó postrado en tierra, sobrecoigido por el horror de una gran oscuridad. La humanidad del Hijo de Dios tembló en aquella hora de prueba. No oraba ahora por sus discípulos, para que su fe no decayera, sino por su propia alma angustiada y agonizante. Había

llegado el momento terrible, el momento que iba a decidir el destino del mundo. El destino de la humanidad temblaba en la balanza. Cristo podía negarse a beber el cáliz que se había repartido al hombre culpable. Aún no era demasiado tarde. Podía dejar que el hombre pereciera en su iniquidad. Podría decir: "Que el transgresor reciba el castigo de su pecado; y yo volveré a mi Padre". ¿Beberá el Hijo de Dios el amargo cáliz de la humildad y la agonía? ¿Sufrirá el inocente las consecuencias de la maldición del pecado, para salvar al culpable? Las palabras caen temblorosas de sus labios. "Padre mío, si no pasa de mí este cáliz, si no lo bebo, hágase tu voluntad".

Tres veces ha pronunciado Él esa oración. Tres veces ha rehuido la humanidad el último y supremo sacrificio. Pero ahora la historia de la raza humana se presenta ante el Redentor del mundo. Él ve que los transgresores de la ley, si son abandonados a sí mismos, deben perecer. Ve el poder del pecado. Las aflicciones y lamentaciones de un mundo condenado se levantan ante Él. Contempla su destino inminente y toma una decisión. Salvará al hombre a cualquier precio. Se convertirá en la propiciación de una raza que ha querido pecar.

Oh alma probada y tentada, recuerda que Aquel que sufrió en Getsemaní es *tu* Salvador. Él siente *tus* debilidades, porque fue "tentado en todo según nuestra semejanza". Por eso, "puede socorrer a los que son tentados". Él se perfeccionó mediante el sufrimiento. Él vela por ti, tembloroso hijo de Dios. ¿Estás tentado? Él te libraré. ¿Eres débil? Él te fortalecerá. ¿Eres ignorante? Él te iluminará. "Él sana a los quebrantados de corazón y vendará sus heridas". Cualesquiera que sean tus ansiedades y pruebas, expone tu caso ante el Señor. Tu espíritu se fortalecerá para resistir. Se te abrirá el camino para desenredarte de la vergüenza y la dificultad. Cuanto más débil e indefenso te sientas, más fuerte serás en Su fuerza.

Para todos los que se esfuerzan por sentir la mano guiadora de Dios, el momento de mayor desaliento es el momento en que la ayuda divina está más cerca. Recordarán con gratitud la parte más oscura de su camino. De cada tentación y de cada prueba saldrán con una fe más fina y una experiencia más rica.

Sra. E. G. White

22 de enero de 1902

La alegría de dar

EGW

Durante todo el día, la gente se había agolpado en la casa donde estaban Cristo y sus discípulos. Todo el día les había estado enseñando el Salvador. Habían escuchado sus palabras llenas de gracia, tan sencillas y tan claras que eran como el bálsamo de Galaad para sus almas. La curación de su mano divina había traído la salud a los enfermos y la vida a los moribundos. El día les había parecido como el cielo en la tierra, y eran completamente inconscientes de cuánto tiempo hacía que no comían nada.

El sol se ocultaba en el poniente y, sin embargo, la gente se demoraba. Jesús había trabajado todo el día sin comer ni descansar. Estaba pálido de cansancio y hambre. Pero no podía alejarse de la multitud que lo apremiaba.

"Sus discípulos se le acercaron, diciendo: Este es un lugar desierto, y el tiempo ya pasó; despide a la multitud, para que vayan a las aldeas y compren provisiones. Jesús les dijo: No es necesario que se vayan; dadles vosotros de comer. Ellos le dijeron: No tenemos aquí más que cinco panes y dos peces. Él les dijo: Traédmelos. Y mandó a la multitud que se sentase sobre la hierba; y tomando los cinco panes y los dos peces, mirando al cielo, bendijo, partió y dio los panes a sus discípulos, y los discípulos a la multitud."

En esta parábola se encierra una profunda lección espiritual para los obreros de Dios. Cristo recibió del Padre; Él impartió a los discípulos; ellos impartieron a la multitud; y la gente unos a otros. Así, todos los que están unidos a Cristo recibirán de Él el pan de vida, el alimento celestial, y lo impartirán a los demás.

Confiado plenamente en Dios, Jesús tomó la pequeña provisión de panes; y aunque sólo había una pequeña provisión para su propia familia de discípulos, no los invitó a comer, sino que comenzó a distribuirlos, ordenándoles que sirvieran a la gente. El alimento se multiplicó en sus manos, y las manos de los discípulos, que tendían las suyas hacia Cristo, Pan de vida Él mismo, no se vaciaron nunca. La pequeña provisión era suficiente para todos. Una vez satisfechas las necesidades de la gente, se recogieron los fragmentos, y Cristo y sus discípulos comieron del precioso alimento suministrado por el cielo.

Los discípulos eran el canal de comunicación entre Cristo y la gente. Esto debería ser un gran estímulo para Sus discípulos de hoy. Cristo es el gran Centro, la Fuente de toda fuerza. Sus discípulos deben recibir sus provisiones de Él. Los más inteligentes, los más espirituales, sólo pueden dar lo que reciben. Por sí mismos no pueden suplir las necesidades del alma. Sólo podemos impartir en la medida en que recibimos, y sólo podemos recibir en la medida en que impartimos. A medida que continuemos impartiendo, continuaremos recibiendo; y cuanto más impartamos, más recibiremos.

"Hay quien dispersa, y sin embargo aumenta; y hay quien retiene más de lo debido, pero tiende a la pobreza". Observen ese estanque que recibe las lluvias del cielo, pero no tiene salida. No es una bendición para nadie, pero en el egoísmo estancado envenena el aire alrededor. Ahora mirad el arroyo que fluye de la ladera de la montaña, refrescando la tierra sedienta por la que pasa. ¡Qué bendición trae! Uno pensaría que al dar tan generosamente, agotaría sus recursos. Pero no es así. Es parte del gran plan de Dios que el arroyo que da nunca falte; y día tras día y año tras año fluye en su camino, siempre recibiendo y siempre dando.

No hay nada, excepto el corazón egoísta del hombre, que viva para sí mismo. Ningún pájaro que surque el aire, ningún animal que se mueva sobre la tierra, sino que sirve a otra vida. No hay hoja del bosque, ni brizna de hierba, que no tenga su ministerio. Cada árbol, cada arbusto y cada hoja exhalan ese elemento de vida sin el cual ni el hombre ni el animal podrían vivir; y el hombre y el animal, a su vez, sirven a la vida del árbol, del arbusto y de la hoja. Las flores exhalan fragancia y despliegan su belleza para bendecir al mundo. El océano, fuente de todos nuestros manantiales y fuentes, recibe las corrientes de todas las tierras, pero toma para dar. Las nieblas que ascienden de su seno caen en lluvias para regar la tierra, para que pueda brotar y florecer.

Los ángeles de la gloria encuentran su gozo en dar, en dar amor y en vigilar incansablemente a las almas caídas e impías; los seres celestiales cortejan los corazones de los hombres; traen a este mundo oscuro la luz de los atrios de lo alto; mediante un ministerio suave y paciente se mueven sobre el espíritu humano, para llevar a los perdidos a una comunión con Cristo que es aún más estrecha de lo que ellos mismos pueden conocer.

Dios desea que demos, con alegría, de buena gana, con gozo. Nadie puede cumplir Su ley sin servir a los demás. La felicidad es el don de Dios para aquel que, en el espíritu de Cristo, se esfuerza por el bien de los demás.

Hay muchos para quienes la vida es una lucha dolorosa. Sienten sus deficiencias, y se sienten miserables e incrédulos; piensan que no tienen nada por lo que estar agradecidos. Palabras amables, miradas de simpatía, expresiones de aprecio, serían para muchos que luchan y se sienten solos como el vaso de agua fría para un alma sedienta. Una palabra de simpatía, un acto de bondad, levantaría cargas que descansan pesadamente sobre hombros cansados. Y cada palabra o acto de bondad desinteresada es una expresión del amor de Cristo por la humanidad perdida.

"Gratis lo habéis recibido; dadlo gratis". "Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti". Si ha resucitado sobre tu espíritu la gloria del Señor; si has contemplado su hermosura, que es la mayor entre diez mil, y la toda hermosa; si tu alma se ha vuelto radiante en presencia de su gloria, a ti te es enviada esta palabra del Maestro. ¿Has estado con Cristo en el monte de la transfiguración? Abajo, en la llanura, hay almas esclavizadas por Satanás; esperan que la palabra de fe y de oración las libere.

El que esté más cerca de Cristo será aquel que en la tierra haya bebido más profundamente del espíritu de Su amor abnegado, amor que "no se vanagloria, no se envanece, ... no busca lo suyo, no se irrita fácilmente, no piensa el mal", amor que mueve al discípulo, como movió a nuestro Señor, a vivir y trabajar y sacrificarse, incluso hasta la muerte, por la salvación de la humanidad.

Sra. E. G. White

29 de enero de 1902

El poder de la oración

EGW

La oración es la apertura del corazón a Dios como a un amigo. En el lugar secreto de la oración, donde sólo Dios puede ver, donde sólo Él puede oír, podemos derramar nuestros más ocultos deseos y anhelos al Padre de infinita piedad; y en el silencio del alma, esa voz que nunca deja de responder al clamor de la necesidad humana, hablará a nuestros corazones.

Mediante la oración el hombre se prepara para el deber y para la prueba. Mañana y tarde nuestras fervientes oraciones deben elevarse a Dios para que nos bendiga y nos guíe. La verdadera oración se apodera de la Omnipotencia y obtiene la victoria. De rodillas, el cristiano obtiene fuerza para resistir la tentación. Y

mientras estamos ocupados en nuestro trabajo diario, debemos elevar el alma al cielo en oración. Así fue como Enoc caminó con Dios. La oración silenciosa y ferviente del alma se eleva como incienso santo al trono de la gracia, y es tan aceptable a Dios como si se ofreciera en el santuario. Para todos los que así lo buscan, Cristo es una ayuda presente en tiempo de necesidad. En el día de la prueba serán valientes y fuertes.

De la experiencia de Moisés podemos ver qué comunión íntima con el Altísimo tiene el hombre el privilegio de disfrutar. Después de que Israel había deshonrado tanto a Dios adorando el becerro de oro, Moisés suplicó a Dios en su favor. El Señor leyó la sinceridad y el propósito desinteresado en el corazón de su siervo, y comulgó con él cara a cara, "como habla un hombre con su amigo".

Moisés había llevado la carga de Israel; había soportado un peso abrumador de responsabilidad; cuando el pueblo pecaba, sufría un remordimiento agudo, como si él mismo fuera culpable. Ahora se apoderaba de él la comprensión del terrible resultado si Dios entregaba a Israel a su oscuridad e impenitencia. Oró para que el favor de Dios fuera restaurado a su pueblo, y para que la señal de su presencia continuara dirigiendo sus viajes: "Si tu presencia no va conmigo, no nos hagas subir de aquí. Porque ¿en qué se conocerá aquí que yo y tu pueblo hemos hallado gracia delante de tus ojos, sino en que tú vas con nosotros? Así seremos separados, yo y tu pueblo, de todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra."

Y el Señor dijo: "Haré también esto que has dicho; porque has hallado gracia delante de mí, y te conozco por tu nombre." Pero el profeta no cesaba de suplicar. Cada oración había sido contestada, pero él estaba sediento de mayores muestras de la bendición de Dios. Ahora hizo una petición que ningún ser humano había hecho antes: "Te suplico que me muestres tu gloria".

Dios no reprendió su petición como presuntuosa; se pronunciaron las palabras llenas de gracia: "Haré pasar delante de ti toda mi bondad". La gloria de Dios sin velo, ningún hombre en este estado mortal puede soportar mirarla y vivir; pero a Moisés se le aseguró que contemplaría tanta gloria divina como pudiera soportar. De nuevo fue llamado a la cima de la montaña; entonces la mano que hizo el mundo, la mano que "remueve los montes, y ellos no lo saben", tomó a esta criatura de polvo, a este poderoso hombre de fe, y lo colocó en una hendidura de la roca, mientras la gloria de Dios y toda su bondad pasaban ante él.

Los que buscan a Dios en secreto, contándole al Señor sus necesidades y suplicándole ayuda, no suplicarán en vano. "Tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará en público". Al hacer de Cristo nuestro compañero diario, sentiremos que los poderes de un mundo invisible nos rodean; y al mirar a Jesús, nos asimilaremos a su imagen. Al contemplar, seremos cambiados. El carácter se suaviza, se refina y se ennoblece para el reino celestial. El resultado seguro de nuestra relación y comunión con Dios será el aumento de la piedad, la pureza y el fervor. Habrá una creciente inteligencia en la oración. Estamos recibiendo una educación divina, y esto se ilustra en una vida de diligencia y celo.

Los días de Cristo transcurrieron atendiendo a las multitudes que lo apremiaban y desenmascarando los sofismas traicioneros de los rabinos, y esta labor incesante a menudo lo dejaba tan agotado que su madre y sus hermanos, e incluso sus discípulos, habían temido que su vida fuera sacrificada. Pero cuando regresaba de las horas de oración que cerraban el día agotador, notaban una expresión de paz en su rostro. Era de las horas pasadas con Dios de donde salía, mañana tras mañana, para llevar la luz del cielo a los hombres.

No podemos vivir la vida cristiana sin oración como no podemos vivir la vida física sin alimento. Para crecer en la gracia, debemos pedir y recibir el pan del cielo. La fuerza obtenida por la oración da una preparación para el deber y llena el corazón de paz.

A toda oración sincera y ferviente llegará una respuesta. Puede que la respuesta a tu oración no llegue tal como la deseas, o en el momento que la buscas; pero llegará, y de la manera y en el momento que sea para tu bien. Las oraciones que ofreces en la soledad, en el cansancio y en la prueba, Dios las responde, no siempre según tus expectativas, pero siempre para tu bien.

Ni una sola oración sincera se pierde. En medio de los himnos del coro celestial, Dios escucha los gritos del ser humano más débil. Vertemos el deseo de nuestro corazón en nuestros armarios, exhalamos una oración por el camino, y nuestras palabras llegan al trono del Monarca del universo. Pueden ser inaudibles para cualquier oído humano, pero no pueden morir en el silencio, ni pueden perderse a través de las actividades de los negocios que están en marcha. Nada puede ahogar el deseo del alma. Se eleva por encima del estrépito de la calle, por encima de la confusión de la multitud, hasta los atrios celestiales. Es a Dios a quien hablamos, y nuestra oración es escuchada.

Sra. E. G. White

5 de febrero de 1902

De la prueba a la confianza perfecta

EGW

"Se sentará como refinador y purificador de plata; y purificará a los hijos de Leví, y los limpiará como a oro y plata, para que ofrezcan a Jehová ofrenda en justicia". El proceso de refinación es difícil de soportar para la naturaleza humana; pero sólo mediante él puede purgarse la escoria del carácter. En el horno de la prueba somos purificados de la escoria que nos impide reflejar la imagen de Cristo. Dios mide cada prueba; Él vigila el fuego del horno que debe probar cada alma.

A través de la prueba, Dios conduce a sus hijos a la confianza perfecta. "En el mundo tendréis tribulación", dice Cristo; "pero en mí tendréis paz". Es a través de mucha tribulación que hemos de entrar en el reino de Dios. Los seguidores de Cristo serán a menudo duramente probados y afligidos. José fue calumniado y perseguido porque estaba decidido a preservar su virtud e integridad. David, el mensajero escogido de Dios, fue perseguido como una bestia de presa por malvados enemigos. Daniel fue arrojado al foso de los leones porque no quiso ceder su lealtad a Dios. Jeremías habló la palabra que Dios le dio, y su claro testimonio enfureció tanto al rey y a los príncipes que fue arrojado a una fosa repugnante. Esteban fue apedreado por predicar a Cristo y a éste crucificado. Pablo fue encarcelado, y finalmente condenado a muerte, porque obedeció el mandato de Cristo de llevar el Evangelio a los gentiles. Juan, el discípulo amado, fue desterrado a la isla de Patmos por la Palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo.

Sin cruz no hay corona. ¿Cómo podemos ser fuertes en el Señor sin pruebas? Para tener fuerza física, debemos hacer ejercicio. Para tener una fe fuerte, debemos ser colocados en circunstancias donde nuestra fe sea probada. Cada tentación resistida, cada prueba soportada valientemente, nos da una nueva experiencia, y nos hace avanzar en la obra de edificación del carácter. Nuestro Salvador fue probado de todas las maneras, pero triunfó en Dios constantemente. Es nuestro privilegio bajo todas las circunstancias ser fuertes en la fortaleza de Dios, y gloriarnos en la cruz de Cristo.

A través de la aflicción, Dios nos revela los puntos de plaga de nuestro carácter, para que por su gracia podamos superar nuestras faltas. Se nos abren capítulos desconocidos con respecto a nosotros mismos, y llega la prueba de si

aceptaremos la reprensión y el consejo de Dios. Cuando somos puestos a prueba, no debemos inquietarnos ni preocuparnos. No debemos rebelarnos ni inquietarnos por escapar de la mano de Cristo. Debemos humillar el alma ante Dios. Los caminos del Señor son oscuros para quien desea ver las cosas bajo una luz agradable para sí mismo. Parecen oscuros y sin alegría para nuestra naturaleza humana. Pero los caminos de Dios son caminos de misericordia, y el fin es la salvación. Elías no sabía lo que hacía cuando, en el desierto, dijo que ya estaba harto de la vida y rogó que lo dejaran morir. El Señor, en su misericordia, no le tomó la palabra. Elías tenía todavía una gran obra que hacer; y cuando su obra estuviese terminada, no había de perecer en el desaliento y la soledad del desierto. No era para él el descenso al polvo de la tierra, sino el ascenso en gloria, con el convoy de carros celestiales hasta el trono de lo alto.

Nuestras penas no brotan de la tierra. Dios "no aflige voluntariamente ni entristece a los hijos de los hombres". Cuando permite pruebas y aflicciones, es para nuestro provecho, para que seamos partícipes de su santidad. Si se recibe con fe, la prueba que parece tan amarga y difícil de soportar resultará ser una bendición. El golpe cruel que arruina las alegrías de la tierra será el medio de volver nuestros ojos al cielo. Cuántos hay que nunca habrían conocido a Jesús si el dolor no los hubiera llevado a buscar consuelo en Él.

Las pruebas de la vida son los obreros de Dios, para quitar las impurezas y asperezas de nuestro carácter. Su tallado, escuadrado y cincelado, su bruñido y pulido, es un proceso doloroso; es duro ser apretado contra la muela. Pero la piedra sale preparada para ocupar su lugar en el templo celestial. A ningún material inútil concede el Maestro un trabajo tan cuidadoso y minucioso. Sólo Sus piedras preciosas son pulidas a semejanza de un palacio.

Pero cuando nos sobreviene la tribulación, cuántos de nosotros somos como Jacob. Pensamos que es la mano de un enemigo, y en la oscuridad luchamos a ciegas hasta que nuestras fuerzas se agotan, y no encontramos consuelo ni liberación. A Jacob, el toque divino al romper el alba le reveló a Aquel con quien había estado luchando, el Ángel de la Alianza; y, llorando e indefenso, cayó sobre el pecho del Amor Infinito, para recibir la bendición que su alma anhelaba. Nosotros también necesitamos aprender que las pruebas significan beneficio, y no despreciar el castigo del Señor, ni desmayar cuando somos reprendidos por Él.

"Feliz el hombre a quien Dios corrige.... El hiere, y sus manos curan. En seis tribulaciones te libraré, y en siete no te tocará mal alguno". A cada afligido,

Jesús viene con el ministerio de la curación. La vida de duelo, dolor y sufrimiento puede ser iluminada por preciosas revelaciones de su presencia.

Cada prueba de fuego es el agente de Dios para nuestro refinamiento. Cada una nos prepara para nuestro trabajo como colaboradores con Él. "Nuestra leve tribulación, que es momentánea, nos obra un peso de gloria mucho mayor y eterno; mientras no miramos las cosas que se ven, sino las que no se ven; porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas."

Sra. E. G. White

12 de febrero de 1902

Vivir para Cristo

EGW

Vosotros sois la luz del mundo.... Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.... Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué se salará? Ya no sirve para nada, sino para ser echada fuera y pisoteada por los hombres."

Dios ha dado a sus súbditos una obra que realizar. Por medio de palabras útiles y acciones bondadosas deben revelar a Cristo al mundo. Mediante la abnegación, sacrificando lo que se obtendría a costa de la pérdida de otro, han de mostrar el poder de la verdad para refrenar las malas inclinaciones. Los que hacen esto son "la sal de la tierra", preservándola de la decadencia.

Dios requiere que sus seguidores ejerzan hacia los demás la compasión que desean que los demás ejerzan hacia ellos. Los cristianos deben ser semejantes a Cristo en su servicio, para que en sus manos la verdad no pierda su influencia preservadora. En todas sus asociaciones en la iglesia y en el mundo deben ser desinteresados y sinceros.

Si un cristiano profesante no es cristiano; si abriga rasgos impíos de carácter, estudiando cómo puede obtener lo mejor de un trato en desventaja de alguien más, si, olvidando que es su deber ayudar a otros, le importa poco si destruye las perspectivas de su prójimo, es como la sal que ha perdido su sabor, sólo apta para ser desechada. Puede obtener alguna ventaja para sí mismo, pero ¿qué

ayuda es para el mundo? Si el carácter no está bajo la influencia moldeadora del Espíritu de Dios, si la vida no está libre de egoísmo, ¿de qué sirve la profesión?

¿Cómo podemos conservar en nuestras vidas las cualidades conservadoras de la verdad? ¿Cómo podemos ejercer una influencia salvadora en el mundo? Obedeciendo el claro mandamiento de Dios; siendo bondadosos y generosos; aliviando las necesidades de los necesitados; obrando como Cristo obró.

"Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿quién morará en tu santo monte? El que camina rectamente, y obra justicia, y dice la verdad en su corazón. El que no murmura con su lengua, ni hace mal a su prójimo, ni levanta injuria contra su prójimo. A cuyos ojos es despreciada la persona vil; pero honra a los que temen al Señor. El que jura en su propio perjuicio, y no cambia. El que no pone su dinero a usura, ni toma recompensa contra el inocente. El que hace estas cosas nunca será conmovido".

Pongamos en práctica estas lecciones. No somos ni un diezmo de lo que deberíamos ser en pureza, en semejanza a Cristo. Por eso no tenemos más poder con Dios. Profesamos creer la verdad que Dios declara que refinará y santificará la vida. Pero si nuestra religión es meramente nominal, somos como sal sin sabor.

Todo verdadero cristiano dirá de corazón: Cuando fui bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, fui sepultado a semejanza de la muerte de Cristo y resucitado a semejanza de su resurrección. He hecho el voto sagrado de vivir en estrecha comunión con Cristo. Me comprometo a dedicar mi vida a Su servicio.

"Sepultados con Él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con Él mediante la fe en la operación de Dios, que le resucitó de los muertos. Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados." Al renunciar abiertamente al pecado y a Satanás, los tres grandes poderes del cielo se comprometieron a ayudarte a vencer. Fuiste levantado en novedad de vida por el poder que levantó a Cristo de entre los muertos. Saliste de la tumba de agua con el compromiso de dedicar tu vida al servicio del Maestro. De ahora en adelante debes vivir una vida nueva, como si la razón, el conocimiento, el afecto, el habla, la propiedad y todo lo demás que tienes, te hubiera sido confiado de nuevo, con una clara insinuación del cielo de que deben ser usados para Dios. Debes vivir una vida de sacrificio y abnegación, una vida ligada a la vida de Cristo.

El carácter del cristiano debe ser una reproducción del carácter de Cristo. El mismo amor, la misma gracia, la misma benevolencia desinteresada que caracterizaron la vida del Redentor, han de caracterizar la vida de sus seguidores. "Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, que es nuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros os manifestaréis con Él en gloria."

En Su gran misericordia, Dios da a hombres y mujeres poder para el servicio, fortaleciéndolos como fortaleció a José, Samuel, Daniel, Timoteo y muchos otros que se valieron de Sus promesas. Creyeron en Él y confiaron en Él, y ésta fue su justicia. Sin la ayuda que sólo viene de Dios estamos en constante peligro de caer en las trampas que Satanás ha preparado para nuestros pies. El que obedece a Dios, el que no está satisfecho si no tiene consigo la presencia divina, es un poder para el bien en el mundo.

"Escribe al ángel de la iglesia de Éfeso: Esto dice el que tiene las siete estrellas en su mano derecha, el que anda en medio de los siete candeleros de oro: Yo conozco tus obras." Esta figura ilustra la eterna vigilancia de nuestro Salvador. Cristo está en medio de los siete candeleros de oro, caminando de iglesia en iglesia, de congregación en congregación, de corazón en corazón. El que guarda a Israel no se adormece ni duerme. Si los candeleros se dejaran al cuidado de los seres humanos, cuántas veces parpadearían y se apagarían. Pero Dios no ha entregado Su Iglesia en manos de los hombres. Cristo, Aquel que dio su vida por la vida del mundo, es el Vigilante de la casa. Él es el Guardián, fiel y verdadero, de los atrios del templo del Señor. No dependemos de la presencia del sacerdote o del ministro. Somos guardados por el poder de Dios. La presencia de Cristo es el secreto de nuestra vida y de nuestra luz.

Sra. E. G. White

19 de febrero de 1902

Qué significa ser cristiano

EGW

En todos los detalles de la vida, los cristianos deben seguir los principios de la estricta integridad. Estos no son los principios que gobiernan el mundo; porque allí Satanás es el amo, y sus principios de engaño y opresión prevalecen. Pero

los cristianos sirven bajo un amo diferente, y sus acciones deben ser forjadas en Dios. Deben dejar de lado todo deseo de ganancia egoísta.

Para algunos, la desviación de la perfecta equidad en el trato comercial puede parecer poca cosa, pero nuestro Salvador no lo considera así. Sus palabras sobre este punto son claras y explícitas: "El que es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y el que es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho". Un hombre que se extralimita en lo poco, se extralimitará en lo mucho si le viene la tentación.

Los seguidores de Cristo están obligados a estar más o menos relacionados con el mundo en asuntos de negocios. En su oración por ellos, el Salvador dice: "No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal". Los cristianos deben comprar y vender sabiendo que el ojo de Dios está sobre ellos. Nunca deben usar balanzas falsas o pesas engañosas. Dios dice:

"No tendrás en tu bolsa pesas diversas, una grande y otra pequeña.... sino que tendrás un peso perfecto y justo, una medida perfecta y justa tendrás; para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da. Porque todos los que hacen tales cosas, y todos los que obran injustamente, son abominación a Jehová tu Dios." "No oprimirás al jornalero pobre y menesteroso, sea de tus hermanos, o de tus extranjeros que están en tu tierra dentro de tus puertas; en su día le darás su jornal, ni se pondrá el sol sobre él, porque es pobre y pone en ello su corazón; no sea que clame contra ti al Señor, y te sea pecado..... No pervertirás el juicio del forastero ni del huérfano; ni tomarás la ropa de la viuda para empeñar.... Cuando segares tu mies en tu campo, y olvidares una gavilla en el campo, no volverás a recogerla; será para el extranjero, para el huérfano y para la viuda; para que Jehová tu Dios te bendiga en toda obra de tus manos. Cuando mates tu olivo, no volverás a pasar por sus ramas; será para el extranjero, para el huérfano y para la viuda. Cuando recojas las uvas de tu viña, no las rebuscarás después; será para el extranjero, para el huérfano y para la viuda."

En cada acción de la vida, el verdadero cristiano es justo lo que desea que los que le rodean piensen que es. Se guía por la verdad y la rectitud. No maquina; por lo tanto, no tiene nada que ocultar. Puede ser criticado, puede ser puesto a prueba; pero a través de todo, su integridad inquebrantable brilla como oro puro. Es amigo y benefactor de todos los que se relacionan con él, y sus semejantes confían en él, porque es digno de confianza. ¿Contrata obreros para recoger su cosecha? No retiene el dinero que con tanto esfuerzo han ganado. ¿Dispone de medios para los que no tiene un uso inmediato? Alivia las necesidades de su

hermano menos afortunado. No trata de aumentar sus posesiones aprovechándose de las circunstancias desfavorables de su prójimo. Sólo acepta un precio justo por lo que vende. Si hay defectos en los artículos vendidos, se lo dice francamente al comprador, aunque al hacerlo pueda parecer que obra en contra de sus propios intereses pecuniarios.

Un hombre puede no tener un exterior agradable, pero si tiene reputación de trato directo y honesto, se le respeta. La integridad severa cubre muchos rasgos desagradables del carácter. Un hombre que se adhiere firmemente a la verdad se gana la confianza de todos. No sólo los cristianos confían en él; los mundanos se ven obligados a reconocer la valía de su carácter.

Satanás sabe muy bien qué poder para el bien tiene la vida de un hombre de integridad inquebrantable, y se esfuerza celosamente por impedir que los hombres vivan tales vidas. Acude a ellos con seductoras tentaciones, prometiéndoles riqueza, posición, honor mundano, si tan sólo ceden a los principios de la rectitud. Y tiene mucho éxito. Miles ceden a su soborno. El deseo de riqueza, de fama, de posición, es demasiado poderoso para que puedan resistirlo. Olvidándose de Dios, apartan de Él su afecto y adoran a las riquezas.

De la triste historia de muchos que han fracasado aprendemos el peligro de la prosperidad. No son los que han perdido sus bienes los que corren mayor peligro, sino los que han obtenido una fortuna. La adversidad puede deprimir, pero la prosperidad frecuentemente eleva a la presunción. A menudo se pide oración por los hombres y mujeres afligidos; y esto es correcto. Pero los que están en la prosperidad necesitan más las oraciones de los siervos de Dios, porque corren mayor peligro de perder la salvación. En el valle de la humillación los hombres caminan seguros mientras reverencian a Dios y hacen de Él su confianza. En el pináculo elevado, donde se oye la alabanza, necesitan la ayuda del poder especial de lo alto.

Viendo el temible peligro del amor al lucro, Pablo escribe: "Los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición. Porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores. Pero tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas, y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre.... Encomienda a los ricos de este mundo que no sean arrogantes, ni confíen en riquezas inciertas, sino en el Dios vivo, que nos da abundantemente todas las cosas para que las disfrutemos; que hagan el bien,

que sean ricos en buenas obras, prontos para repartir, dispuestos a comunicar; acumulando para sí un buen fundamento para el tiempo venidero, a fin de aferrarse a la vida eterna."

Un hombre cae en la tentación de seguir un camino equivocado para ganar dinero. Él cede, y se compromete a lo que el Señor no puede aprobar. Y cada día la vida espiritual de ese hombre se debilita. Cada día se aleja más de la verdadera felicidad.

La triste historia de Judas es una lección para todos. Judas fue bendecido con maravillosas oportunidades. Estuvo con Cristo durante todo el período del ministerio del Salvador. Día tras día, durante tres años, escuchó sus instrucciones y fue testigo de sus maravillosas obras. Si hubiera estado dispuesto a renunciar a todo egoísmo, el Señor lo habría utilizado para hacer avanzar su reino. Pero Judas amaba la ganancia. Era un especulador. Pensó que podía manejar las finanzas de la iglesia, y así hacer dinero. Su codicia crecía cada vez más, hasta que finalmente vendió a su Maestro por treinta monedas de plata.

¡Cuántos hoy son como Judas traicionando a su Señor! ¡Cuántos sacrifican los principios en aras de las ganancias mundanas! Así crucifican de nuevo a Cristo y lo exponen a la vergüenza.

Tanto en los asuntos más pequeños como en los más grandes de la vida, la primera pregunta debería ser: "¿Cuál es la voluntad de Dios?". "Obedecer es mejor que el sacrificio, y escuchar que la grosura de los carneros". Cristo llama a Sus hijos a despojarse de todo egoísmo, de toda codicia, de toda impureza. "Venid a Mí", dice Él, "y os daré descanso". Someteos a Mi entrenamiento. Somete tu voluntad a Mi voluntad, tu camino a Mi camino. Que vuestra vida sea una con Mi vida. Así ganaréis un tesoro que perdurará hasta la vida eterna.

La verdadera religión no es un experimento. Es una imitación real de Cristo. Dios lleva una cuenta personal con cada hombre, probándolo por los resultados prácticos de su obra. Pronto se oirá la llamada: "Da cuenta de tu administración".

Sra. E. G. White

26 de febrero de 1902

Una lección para las madres

EGW

A pesar de todo lo que Dios había hecho por su pueblo en el desierto, los hijos de Israel, después de su asentamiento en Canaán, continuaron andando en sus propios caminos. "No destruyeron las naciones acerca de las cuales Jehová les había mandado, sino que se mezclaron con las naciones, y aprendieron sus obras. Y sirvieron a sus ídolos, que les fueron un lazo.... Por eso se encendió la ira del Señor contra su pueblo, hasta el punto de aborrecer su propia heredad. Y los entregó en mano de las naciones; y se enseñorearon de ellos los que los aborrecían."

Mientras Israel era duramente hostigado por los hijos de Ammón al este y por los filisteos al oeste, el Señor escuchó las oraciones de su pueblo y comenzó a obrar por su liberación. Después de dieciocho años de opresión, hicieron la guerra contra los amonitas y destruyeron eficazmente su poder. Pero el pueblo rebelde e idólatra pronto olvidó la lección que la Sabiduría Divina había procurado enseñarles tan a menudo. Como continuaron apartándose de Dios, Él permitió que siguieran siendo oprimidos por sus poderosos enemigos, los filisteos.

Durante cuarenta años los hijos de Israel fueron constantemente hostigados, y a veces completamente subyugados, por esta nación cruel y belicosa. Se habían mezclado con estos idólatras, uniéndose a ellos en el comercio, en el placer e incluso en el culto, hasta que parecieron identificarse con ellos en espíritu e interés. Entonces estos amigos declarados se convirtieron en sus enemigos más acérrimos, y buscaron por todos los medios lograr su destrucción.

Todavía había en Israel hombres y mujeres de verdadero corazón cuyas almas estaban llenas de angustia por la condición del pueblo. Sus oraciones de confesión, penitencia y fe ascendían sin cesar a Dios. Él no era indiferente a sus clamores, y mientras aparentemente no había respuesta a ellos, Él estaba preparando ayuda para ellos. En todo Israel no se encontraba un hombre a través del cual el Señor pudiera obrar para la liberación de su pueblo. La educación errónea que se daba a los niños, la indulgencia del apetito y la conformidad con las prácticas del paganismo, habían disminuido grandemente el poder físico y moral.

Padres y madres piadosos contemplaban el futuro con sombríos presentimientos. Muchas madres habían abrigado en secreto la esperanza de poder dar a Dios y a Israel un hijo que librara a su pueblo. Pero a medida que los padres veían crecer a sus hijos con apetitos pervertidos y pasiones incontroladas, surgía la pregunta: ¿Cuál será el fin? ¿Qué papel desempeñarán estos jóvenes y niños en el gran drama de la vida? En el corazón de algunos padres la esperanza luchaba contra el miedo; pero en muchos otros sólo reinaba el desaliento y la desesperación. ¿Qué podía hacer la madre para evitar el mal amenazado? ¿Cómo desterrar el terror sin nombre que oprimía su alma? "Perdónanos, oh Dios, perdónanos", era la oración repetida a menudo. "No permitas que tu pueblo perezca; no permitas que nuestros hijos sean presa del enemigo".

En aquel tiempo, el Señor se apareció a la mujer de Manoa, israelita de la tribu de Dan, y le dijo que tendría un hijo. Le dio instrucciones especiales acerca de sus hábitos y del trato que debía dar a su hijo. "Ten cuidado, te ruego", le dijo, "y no bebas vino ni sidra, ni comas cosa inmunda". También le ordenó que no pasara navaja alguna por la cabeza del niño, pues iba a ser consagrado a Dios como nazareo desde su nacimiento, y a través de él el Señor comenzaría a liberar a Israel de los filisteos.

La mujer buscó a su marido, y después de describir al mensajero celestial repitió sus palabras. Entonces, temeroso de que cometieran algún error en la importante obra que se les había encomendado, el marido rogó fervientemente: "Que el varón de Dios que enviaste vuelva a nosotros y nos enseñe lo que debemos hacer con el niño que ha de nacer."

En respuesta a esta petición apareció de nuevo el ángel, y la ansiosa pregunta de Manoa fue: "¿Cómo ordenaremos al niño y qué haremos con él?". Se repitió la instrucción anterior: "Guárdese de todo lo que he dicho a la mujer. Que no coma nada que proceda de la vid, ni beba vino ni sidra, ni coma cosa inmunda; que observe todo lo que le he mandado."

Las palabras dirigidas a la esposa de Manoa contienen una verdad que las madres de hoy harían bien en estudiar. Al hablar a esta madre, el Señor habló a todas las madres ansiosas y afligidas de aquel tiempo, y a todas las madres de las generaciones venideras. Sí, toda madre puede comprender su deber. Ella puede saber que el carácter de sus hijos dependerá mucho más de sus hábitos antes de su nacimiento y de sus esfuerzos personales después de su nacimiento, que de las ventajas o desventajas externas.

"Que tenga cuidado", dijo el ángel. Que esté preparada para resistir la tentación. Sus apetitos y pasiones deben ser controlados por principio. De toda madre puede decirse: "Que tenga cuidado". Hay algo que ella debe evitar, algo contra lo cual debe trabajar, si cumple el propósito que Dios tiene para ella al darle un hijo. Si antes del nacimiento de su hijo ella es inestable, si es egoísta, malhumorada y exigente, la disposición de su hijo llevará las marcas de su mal proceder. Así, muchos hijos han recibido como primogenitura tendencias casi inconquistables al mal.

Pero si se adhiere inquebrantablemente a lo correcto, si es amable, gentil y altruista, dará a su hijo estos rasgos de carácter.

Muy explícito era el mandamiento que prohibía el uso del vino por parte de la madre. Cada gota de bebida fuerte tomada por ella para satisfacer el apetito pone en peligro la salud física, mental y moral de su descendencia, y es un pecado directo contra su Creador. El mandamiento que prohíbe el uso de bebidas fuertes fue dado por Aquel que hizo al hombre y que sabe lo que es mejor para él. ¿Se atreve alguien a considerarlo con indiferencia?

Los consejeros imprudentes instarán a la madre a satisfacer todos sus deseos e impulsos como algo esencial para el bienestar de sus hijos. Tal consejo es falso y malicioso. Por mandato de Dios mismo, la madre tiene la solemne obligación de ejercer autodominio. ¿A qué voz debemos prestar atención, a la de la sabiduría divina o a la de la superstición humana?

La madre que es maestra idónea para sus hijos debe, antes de que nazcan, formarles hábitos de abnegación y dominio de sí misma; porque les transmite sus propias cualidades, sus propios rasgos fuertes o débiles de carácter. El enemigo de las almas comprende este asunto mucho mejor que muchos padres. Él traerá la tentación sobre la madre, sabiendo que si ella no lo resiste, él puede a través de ella afectar a su hijo. La única esperanza de la madre está en Dios. Puede acudir a Él en busca de gracia y fortaleza. No buscará ayuda en vano. Él la capacitará para transmitir a sus hijos cualidades que les ayudarán a tener éxito en esta vida y a ganar la vida eterna.

Tanto los padres como las madres están implicados en esta responsabilidad, y también ellos deben buscar fervientemente la gracia divina, para que su influencia sea tal que Dios pueda aprobarla. La pregunta de todo padre y madre debería ser: "¿Qué haremos con el niño que ha de nacer?". Muchos han considerado con ligereza el efecto de la influencia prenatal; pero la instrucción enviada desde el cielo a aquellos padres hebreos, y repetida dos veces de la

manera más explícita y solemne, muestra cómo considera el Creador este asunto.

Sra. E. G. White

5 de marzo de 1902

Una lección para las madres-Nº 2

EGW

No bastaba con que el niño que iba a liberar a Israel recibiera un buen legado de sus padres. Esto debía ir seguido de una cuidadosa formación. Desde la infancia debía ser entrenado en hábitos de estricta templanza. Desde su nacimiento debía ser nazareo. Por lo tanto, se le impuso la prohibición perpetua de consumir vino y bebidas fuertes.

Así que hoy en día las lecciones de templanza, abnegación y dominio propio deben enseñarse a los niños desde la infancia. Debe ser el esfuerzo constante de toda madre conformar sus hábitos a la voluntad de Dios, para que pueda trabajar en armonía con Él en la educación de sus hijos. Que las madres se pongan en relación correcta con su Creador, para que por Su gracia puedan construir alrededor de sus hijos un baluarte contra la intemperancia. Si tan sólo siguieran el curso que Dios les ha trazado, verían a sus hijos alcanzar un alto nivel moral e intelectual, los verían convertirse en una bendición para la sociedad y un honor para su Creador.

Si las madres estudiaran más las Escrituras y menos las revistas de moda, si se dieran cuenta de que su conducta afecta el destino de cientos y tal vez miles de personas, cuán diferente sería la condición de la sociedad. La causa de la reforma está sufriendo por la falta de hombres y mujeres íntegros y firmes, hombres y mujeres cuyas vidas son una ilustración de la abnegación y el autocontrol que cierran el camino contra la intemperancia.

¿Podemos contemplar la incredulidad, la intemperancia, el crimen, que parecen inundar la tierra, sin sentir que nuestras almas se conmueven hasta lo más profundo? La infidelidad levanta su orgullosa cabeza, diciendo: "No hay Dios". La intemperancia marcha audazmente por la tierra, llevando consigo la degradación, la desolación y la muerte. Pronto el grito de los hombres y las naciones que han abandonado a Dios, y han sido abandonados por Dios, rasgará los cielos. ¿Qué puede impedir el crimen, qué puede detener el infortunio que

está llenando el mundo? El mal podría haberse evitado si las generaciones pasadas hubieran sido educadas para temer, amar y obedecer a Dios. Hagamos ahora lo que podamos para producir el cambio que es necesario. La Palabra de Dios nos ha dado instrucciones explícitas. Que estos principios sean llevados a cabo por la madre con la cooperación y el apoyo del padre. Que los niños sean entrenados desde la infancia en hábitos de autocontrol. Que se les enseñe que el objetivo de la vida es traer bendición a los demás y honra a Dios.

Padres y madres, trabajad seria y fielmente, confiando en la sabiduría de Dios. Que vuestro objetivo sea el mayor bien de vuestros hijos y luego exigid obediencia. Manteneos constantemente bajo el control del Espíritu de Dios. Entonces sí podremos esperar ver a nuestros hijos "como plantas crecidas en su juventud", y a nuestras hijas "como piedras angulares, pulidas según la semejanza de un palacio."

Sra. E. G. White

19 de marzo de 1902

En la carrera por la vida eterna

EGW

Para ilustrar la carrera del cristiano por la corona de la vida, Pablo utiliza las carreras de los antiguos griegos. Dice: "¿No sabéis que los que corren en una carrera corren todos, pero uno solo recibe el premio? Corred, pues, para que lo obtengáis. Y todo hombre que lucha por el dominio es templado en todas las cosas. Ellos lo hacen para obtener una corona corruptible; pero nosotros, una incorruptible".

Ganar el premio -una corona de flores perecederas, entre los aplausos de la multitud- era considerado el mayor honor por los corredores griegos. Con la esperanza de ganar este premio, se sometían al entrenamiento más severo y a una abnegación continua. Dejaban de lado cualquier indulgencia que pudiera debilitar sus facultades físicas. Nosotros luchamos por un premio infinitamente más valioso, incluso la corona de la vida eterna. ¡Cuánto más cuidadoso debe ser nuestro esfuerzo! ¡Cuánto más voluntarioso nuestro sacrificio y abnegación!

Los que ganan este premio que Dios les ofrece, tienen por delante un trabajo severo y serio. Deben "despojarse de todo peso y del pecado que con tanta facilidad los asedia, ... y ... correr con paciencia". Uno de los pesos que deben

dejar de lado es la indulgencia del apetito. La intemperancia ha maldecido al mundo casi desde su nacimiento. El hijo de Noé se degradó tanto por el uso del vino que perdió todo sentido del decoro, y la maldición que siguió a su pecado nunca se ha levantado de sus descendientes.

Nadab y Abiú eran hombres con cargos sagrados; pero sus mentes se nublaron tanto por el uso del vino que no pudieron distinguir entre las cosas sagradas y las comunes. Ellos "ofrecieron delante de Jehová fuego extraño, que él no les había mandado. Y salió fuego de Jehová, y los consumió, y murieron delante de Jehová".

A Alejandro le resultó mucho más fácil someter reinos que gobernar su propio espíritu. Después de conquistar naciones, cayó por la indulgencia del apetito, víctima de la intemperancia.

A través del apetito Satanás controla todo el ser. Miles de personas que podrían haber vivido para honrar a Dios y bendecir a la humanidad se han ido a la tumba, destrozadas física, mental y moralmente, porque sacrificaron sus facultades a la autoindulgencia. Aquellos que ganan la vida eterna deben traer cada apetito bajo el control del Espíritu de Dios. Entonces tendrán poder para correr la carrera que tienen por delante.

El cristiano debe dejar de lado todo egoísmo, viviendo y trabajando por el bien de los demás. La única manera de crecer en la gracia es hacer el trabajo que Cristo nos ha encomendado, ayudando y bendiciendo a los que necesitan la ayuda que podemos dar. La fuerza viene por el ejercicio; la acción es la condición misma de la vida. Los que se esfuerzan por mantener la vida cristiana aceptando pasivamente las bendiciones que vienen por los medios de la gracia, y sin hacer nada por Cristo, están tratando de vivir comiendo sin trabajar. Y en el mundo espiritual como en el natural, esto siempre resulta en degeneración y decadencia. Un hombre que rehusara ejercitar sus miembros pronto perdería el poder de usarlos. El cristiano que no ejercita los poderes que Dios le ha dado, no sólo no crece en Cristo, sino que pierde la fuerza que ya tenía.

El espíritu de trabajo desinteresado por los demás da profundidad, estabilidad y la belleza de Cristo al carácter, y trae paz y felicidad a su poseedor. Las aspiraciones se elevan. No hay lugar para la pereza o el egoísmo. Los que ejercitan así las gracias cristianas crecerán y se fortalecerán para trabajar por Dios. Trabajan con toda seguridad en su propia salvación.

El cristiano debe dejar de lado todo egoísmo. La hipocresía de los fariseos era producto del egoísmo. La glorificación del yo era el objetivo de sus vidas. Fue esto lo que los llevó a pervertir y aplicar mal las Escrituras, y los cegó al propósito de la misión de Cristo. Este sutil mal incluso los discípulos corrían el peligro de acariciarlo. Fue esto lo que provocó la lucha por quién sería el más grande. Fue esto lo que se interpuso entre ellos y Cristo, haciéndolos tan poco afines a su misión de abnegación, tan lentos para comprender el misterio de la redención.

Así como la levadura, si se deja que complete su obra, causará corrupción y putrefacción, así el espíritu de búsqueda de sí mismo, acariciado, obra la contaminación y la ruina del alma. Sin embargo, entre los seguidores de nuestro Señor hoy, como antaño, ¡cuán extendido está este pecado sutil y engañoso! ¡Cuán a menudo nuestro servicio a Cristo, nuestra comunión de unos con otros, se ve empañada por el secreto deseo de exaltarnos a nosotros mismos!

Sólo el poder de Dios puede desterrar el egoísmo. Este cambio es el signo de Su obra. Cuando la fe que aceptamos destruye el egoísmo y la pretensión, cuando nos lleva a buscar la gloria de Dios y no la nuestra, podemos saber que es del orden correcto. "Padre, glorifica tu nombre" fue la nota clave de la vida de Cristo, y si le seguimos, ésta será la nota clave de nuestra vida.

El cristiano debe dejar de lado la duda. Cristo no dejará pasar bajo el poder del enemigo a nadie que, en penitencia y fe, haya reclamado su protección. El Salvador está al lado de sus tentados. Con Él no puede haber tal cosa como fracaso, pérdida, imposibilidad o derrota; podemos hacer todas las cosas por medio de Él que nos fortalece. Cuando vengan las tentaciones y las pruebas, no esperes a ajustar todas las dificultades, sino mira a Jesús, tu Ayudador.

Hay cristianos que piensan y hablan demasiado sobre el poder de Satanás. Piensan en su adversario, oran acerca de él, hablan de él, y él se cierne cada vez más grande en su imaginación. Es verdad que Satanás es un ser poderoso; pero gracias a Dios, tenemos un Salvador poderoso, que echó del cielo al maligno. Satanás se complace cuando magnificamos su poder. ¿Por qué no hablar de Jesús? ¿Por qué no magnificar su poder y su amor?

El arco iris de la promesa que rodea el trono en lo alto es una prenda eterna del amor de Dios por nosotros. Atestigua al universo que Dios nunca abandonará a su pueblo en sus luchas contra el mal. Es una garantía para nosotros de fuerza y protección mientras dure el trono mismo.

La envidia, la malicia, el mal pensar, el mal hablar, la codicia, son pesos que el cristiano debe desechar si corre con éxito la carrera por la inmortalidad. "Y si tu mano te fuere ocasión de caer, córtala; mejor te es entrar en la vida manco, que con tus dos manos ir al infierno, al fuego que no se apaga. Y si tu pie te hace tropezar, córtalo; bueno te es entrar en la vida parado, antes que tus dos pies sean arrojados al infierno."

Porque "el Hijo del Hombre ha venido a salvar lo que se había perdido". ¿Mostrarán los discípulos de Cristo menos consideración por las almas de sus semejantes de la que ha mostrado la Majestad del cielo? Cada alma ha costado un precio infinito, y cuán terrible es el pecado de apartar un alma de Cristo, de modo que para él el amor, la humillación y la agonía del Salvador hayan sido en vano.

Cualquier hábito o práctica que conduzca al pecado y deshonre a Cristo, es mejor que se elimine, cualquiera que sea el sacrificio. Lo que deshonra a Dios no puede beneficiar al alma. La bendición del cielo no puede acompañar a ningún hombre que viole los principios eternos del derecho. Y un pecado acariciado es suficiente para degradar el carácter y engañar a otros. Si el pie o la mano fueran cortados, o incluso el ojo fuera arrancado, para salvar el cuerpo de la muerte, cuánto más serios deberíamos ser para quitar el pecado, que trae muerte al alma.

Cada paso que da el cristiano es un paso de avance. El Señor se acerca a él mientras se esfuerza por alcanzar el objetivo que se le ha propuesto. Cada tentación superada marca un triunfo. Cada noche de conflicto y prueba, soportada valientemente, anuncia el amanecer de un día mejor. Haciendo a un lado todo lo que podría impedir su progreso, olvidando las cosas que han quedado atrás, avanza hacia la meta del premio de su alto llamamiento.

Sra. E. G. White

26 de marzo de 1902

Palabras a los cristianos

EGW

Cristianos, recordad que sois "espectáculo al mundo, y a los ángeles, y a los hombres". Los hombres os observan para ver el efecto de vuestra religión. Los pecadores han de ser salvados, no sólo por la predicación de la Palabra, sino por

vidas que revelen el poder de la gracia de Cristo. Debemos representar a Cristo como Cristo representó al Padre. ¿Te das cuenta de que debes hacer las obras de Cristo, que debes vivir Su vida? Dios desea que tu corazón esté limpio de todo lo que no es cristiano, para que puedas decir palabras a tiempo a los cansados. Vive muy cerca del propiciatorio. Entonces estarás capacitado para reflejar la luz del ejemplo de Cristo. Es su deseo que seáis "irreprensibles y sencillos, hijos de Dios, sin mancha en medio de una nación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo."

Ningún ser humano puede trabajar para Dios con su propio poder. Cristo dice: "Sin mí nada podéis hacer". Aquellos que entregan cuerpo, mente y espíritu en las manos de Dios, para ser controlados por Él, verán de Su salvación.

Cristo dice: "Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Preciosa es la experiencia de encontrar descanso. Quien no aprende, día a día, lecciones de Cristo, no puede apreciar las sugerencias del Espíritu Santo. Pero el que aprende diariamente de Jesús, valiéndose de todos los medios de la gracia, crece en el conocimiento de Dios. Bajo la influencia del Espíritu, su corazón se llena de la paz y el consuelo de la esperanza. Su fe y confianza se fortalecen. Su desarrollo en la semejanza de Cristo es evidente para todos aquellos con quienes entra en contacto.

El cumplimiento serio y sincero de la obra que Dios da, es la garantía de aceptación con Él. Su palabra es: "Id, ... enseñad a todas las naciones"; y al mandamiento se añade la promesa: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días". El Señor no exige de nosotros nada que no nos dé poder para realizar. Los discípulos obedecieron el mandato de dar testimonio de Cristo, y de su experiencia leemos: "Salieron y predicaron en todas partes, colaborando con ellos el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían". Tanto de ti como de los discípulos pueden decirse estas palabras.

No pienses que has recibido toda la ayuda espiritual que necesitas. Y no pienses que puedes obtener bendiciones espirituales sin cumplir las condiciones que Dios ha establecido. Santiago y Juan pensaban que por pedir podían tener el lugar más alto en el reino de los cielos. ¡Oh, cuán cortos de entendimiento estaban! No se dieron cuenta de que antes de poder compartir la gloria de Cristo, debían llevar su yugo y soportar sus cargas. Los que aspiran a la corona de la vida eterna tienen una carrera que correr, una batalla que librar. La cruz viene antes que la corona.

"A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios, los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios". La justicia propia no encuentra crédito a los ojos de Dios. "Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.... Y de su plenitud tomamos todos, y gracia por gracia". Dios satisface el anhelante deseo de paz y santidad de Sus hijos. Él abre los ojos de su entendimiento para que vean las verdades de Su Palabra. Así son fortalecidos y establecidos. Y mientras descansan en Su amor, son "firmes, constantes, abundando siempre en la obra del Señor."

"Y contemplamos su gloria". Es de esta contemplación de la que habla el apóstol Pablo en las palabras: "Todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen", de carácter en carácter, "como por el Espíritu del Señor". El que ordenó que de las tinieblas resplandeciera la luz, ilumina la mente de todo aquel que lo contempla, de todo aquel que lo ama en grado sumo y muestra una fe y una confianza inquebrantables en Él. El corazón se llena de la luz que brilla en el rostro de Jesucristo, y con esta luz viene el discernimiento espiritual, el conocimiento de la gloria de Dios.

Nuestra seguridad está en contemplar a Cristo. Cuando el yo es el objeto de adoración, cuando, llenos de autoexaltación, los hombres se inclinan ante su propia imagen, perdiendo de vista a Cristo, corren un peligro temible. Cristo es la luz del mundo. Aparta tu rostro de Él, y caminarás en tinieblas. Mantén tus ojos fijos en Su perfección, y caminarás en la luz del cielo. Mediante el poder de la manifestación de la gloria divina, aumentas constantemente en comprensión espiritual.

"Y esto ruego, que vuestro amor abunde aún más y más en conocimiento y en todo juicio; que aprobéis las cosas que son excelentes; que seáis sinceros y sin ofensa hasta el día de Cristo; estando llenos de los frutos de justicia, que son por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios." "El mismo Dios de paz os santifique por completo; y ruego a Dios que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo."

Sra. E. G. White

2 de abril de 1902

La maldición de la embriaguez

EGW

¡Ay de los poderosos para beber vino, y de los hombres fuertes para mezclar bebidas fuertes; que justifican al impío para recompensa, y le quitan la justicia del justo! Por tanto, como el fuego devora el rastrojo, y la llama consume la paja, así será su raíz como podredumbre, y su flor como polvo; por cuanto desecharon la ley de Jehová de los ejércitos, y menospreciaron la palabra del Santo de Israel."

A pesar de miles de años de experiencia y progreso, la misma mancha oscura que manchó las primeras páginas de la historia sigue desfigurando nuestra civilización moderna. La embriaguez, con todos sus males, se encuentra dondequiera que vayamos. La resolución de convertir las bendiciones de Dios en una maldición fue formada en los consejos del enemigo, y por él insinuada en las mentes de los seres humanos bajo su control. Ha trazado sus planes con sutileza y astucia. Cerca de nuestras puertas están sus trampas mortales. En la esquina de casi todas las calles de nuestras grandes ciudades hay una taberna, lo más atractiva posible, para tentar a los débiles e incautos.

El mandamiento: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo", impone al hombre la responsabilidad de ser el guardián de su hermano, no su destructor; de conducirlo a Dios, no alejarlo de Dios. Pero los hombres que ocupan altas posiciones de confianza en el mundo, que se han comprometido a trabajar por el bien del pueblo, violan los principios del derecho al autorizar la venta de lo que saben que es un mal mortal.

Bajo el hechizante poder de la tentación, el hombre se entrega a un apetito que no conoce freno, que no está sujeto a control. Con temblorosa avidez, toma el vaso que le tiende el vendedor de licores, y una sola probada barre con toda buena resolución. Vende su razón por un vaso de ron; es incapaz de distinguir entre el bien y el mal; la crueldad y el asesinato se adueñan de su alma; totalmente inconsciente de sus actos, levanta la mano para cometer un acto del que, en sus momentos de sobriedad, se hubiera apartado con horror. Es arrestado, y aquellos que legalizaron la venta de aquello que lo convirtió de un hombre cuerdo en un loco, son ahora llamados a dictar sentencia contra él. Es enviado a prisión, dejando tras de sí, muy probablemente, una esposa e hijos que luchan con la pobreza y la penuria. Que los hombres piensen seriamente en

estas cosas; que tengan cuidado de no mancharse las manos con la sangre de sus semejantes. Hay un tribunal más alto que los tribunales de la tierra, un tribunal ante el cual todo hombre debe responder por los actos realizados en el cuerpo.

"Venid ahora y razonemos juntos dice el Señor; aunque vuestros pecados sean como la grana, quedarán blancos como la nieve; aunque sean rojos como el carmesí, quedarán como la lana. Si estuviereis dispuestos y fuereis obedientes, comeréis el bien de la tierra; pero si os negareis y fuereis rebeldes, seréis devorados a espada; porque la boca del Señor lo ha dicho. Cómo se ha convertido en ramera la ciudad fiel! Estaba llena de juicio; la justicia se alojaba en ella; pero ahora asesinos. Tu plata se ha convertido en escoria, tu vino mezclado con agua; tus príncipes son rebeldes, y compañeros de ladrones; todos aman las dádivas, y siguen las recompensas; no juzgan al huérfano, ni les llega la causa de la viuda."

"La destrucción de los transgresores y de los pecadores será junta; y los que abandonan al Señor serán consumidos. Porque se avergonzarán de las encinas que deseasteis, y seréis confundidos por los jardines que escogisteis." En algunas ciudades hay terrenos, hechos atractivos por las flores y la música, en los cuales se venden toda clase de licores embriagantes. Llegará el tiempo en que se cumplirá la profecía: "Seréis como encina cuya hoja se marchita, y como huerto que no tiene agua. Y el fuerte será como estopa, y su artífice como chispa, y arderán ambos juntos, y nadie los apagará."

El Señor dice a los traficantes de licor: "Vuestras manos están llenas de sangre. Lavaos, limpiaos; quitad la maldad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer el mal; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, aliviad al oprimido, juzgad al huérfano, abogad por la viuda."

En los libros del cielo, el licorero es acusado de los pecados que aquellos a quienes vendió licor fueron inducidos a cometer mientras estaban bajo su influencia. Mira al borracho, tú que pones la botella en los labios de tu prójimo. Mira bien tu trabajo. Ese hombre te dio dinero, y a cambio tú le diste aquello que lo colocó más abajo que las bestias. El brillo ha desaparecido de sus ojos; su cerebro está paralizado; y sus músculos, sin control. Tambaleándose de un lado a otro, se tambalea por la calle, un espécimen de tu obra. Si la embriaguez no fuera tan común, se despertaría la indignación de los transeúntes y se tomarían medidas para detener la venta de licor.

Un poder demoníaco está actuando en nuestro mundo, sembrando semillas que brotan y producen una abundante cosecha. En una estación de ferrocarril se da una señal equivocada, hay una colisión y se pierden muchas vidas. Y cuando se hace la investigación, se descubre que la persona cuyo trabajo era dar la señal, había estado bebiendo. Un barco, cargado de almas preciosas, se hunde en el mar; y por los supervivientes se sabe que en el momento del accidente los que estaban a cargo del barco estaban intoxicados.

Los terribles resultados de la embriaguez, los accidentes, el sufrimiento de mujeres y niños, los repugnantes crímenes cometidos, la transmisión del mal de generación en generación, son atribuidos por Dios a los hombres en posiciones de poder, que podrían hacer mucho para remediar el mal. Es su deber emplear todos los medios legítimos para poner fin al tráfico de licores.

El borracho es esclavo del hábito; pero en vez de socorrerlo, en vez de romper las cadenas que lo atan, sus semejantes siguen legalizando la venta de aquello que lo convierte en lo que es. Sólo Satanás podría endurecer así el corazón. Los hombres ven a sus semejantes hundirse más y más en la degradación, y sin embargo no hacen ningún esfuerzo por ayudarlos, ningún esfuerzo por poner la tentación fuera de su alcance. Bajo la sanción de la ley, el infame tráfico continúa, y los hombres caen más y más bajo. ¿Qué pensaríamos de los hombres que contemplan un naufragio sin hacer ningún esfuerzo por salvar a los que están a bordo? Pero aún más duros de corazón son los que sostienen el tráfico que emborracha a los hombres.

Sra. E. G. White

9 de abril de 1902

La crucifixión del yo

EGW

El más desesperado, el más incurable de todos los pecados es el orgullo, la autosuficiencia. Este pecado se interpone en el camino de todo avance, de todo crecimiento en la gracia. Ha causado la ruina de miles y miles de almas. Un hombre puede ser un gran pecador, pero si se da cuenta de que ha pecado contra Dios, si se arrepiente y confiesa su pecado, y se esfuerza por restituir el pasado, recibirá el perdón. Dios declara: "Al que a mí viene, no le echo fuera". Su promesa al alma contrita y arrepentida es: "Si vuestros pecados fueren como la

grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana".

Pero cuando un hombre está tan lleno de autosuficiencia que no puede ver sus faltas, ¿cómo puede ser limpiado del pecado? "Los que están sanos no necesitan médico". ¿Cómo puede un hombre mejorar cuando piensa que sus caminos son perfectos? La autosuficiencia fue la ruina de los líderes de Israel. No vinieron a Cristo, porque no pensaban que necesitaban un Salvador. Se negaban a admitir que abrigaban pecados de los que necesitaban arrepentirse y abandonar.

Muchos, muchos cristianos carecen de poder porque son autosuficientes, porque no sienten la necesidad de un Cristo permanente. Sufren una gran pérdida; y el mundo, necesitado de su testimonio, también sufre una gran pérdida. Sumido en las tinieblas del error, el mundo necesita la luz que deben reflejar los que dicen amar y servir a Dios. Pero muchos de los que se presentan como testigos del Salvador se exaltan a sí mismos. Jesús es ocultado por la pobre y egoísta humanidad. El mundo no ve el ejemplo puro y santo que debería ser una luz brillante y resplandeciente en medio de sus tinieblas.

Algunos sienten que en su experiencia cristiana no tienen necesidad de nada más, que son "ricos y colmados de bienes". Si pudieran verse a sí mismos como Dios los ve, reconocerían que son "desventurados, miserables, pobres, ciegos y desnudos". A los tales dice el Testigo Verdadero: "Te aconsejo que compres de mí oro refinado en el fuego", el oro de la fe y del amor, "para que seas rico; y vestiduras blancas", el manto de la justicia de Cristo, "para que estés vestido, y no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas".

Que nadie que lea esta descripción se desanime y diga: "Si ésta es mi condición, nunca podré ser un testigo aceptable de Cristo." Toma la Palabra de Dios, y escudriña sus páginas como nunca antes, para que aprendas lo que significa ser cristiano. No necesita desanimarse, porque Aquel que murió para salvarle declara: "Recibiréis poder", poder para vencer el yo y el egoísmo, poder para revelar a Cristo tal como es, lleno de gracia y verdad.

Para trabajar para Dios con éxito, debemos morir al yo, entregándolo todo a Dios. Con palabras de gran ternura, Cristo nos invita: "Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar". Cuando respondáis a esta invitación, cuando aprendáis lo que significa encontrar descanso levantando la cruz y llevándola tras el Señor, seréis verdaderos testigos de Él. Pero hasta que

no se aprenda esta lección, aparecerá el yo, y Jesús quedará en un segundo plano.

Ven a Cristo, y Su gentileza y amor derribarán el duro y frío egoísmo que te impide revelarlo al mundo. Tu temperamento precipitado será subyugado, tu orgullo expulsado. Jesús llenará tu corazón con Su dulzura, Su paciencia, Su amor. Entonces podrás presentarlo ante los pecadores. Trabajando para Él, perderás todo pensamiento del yo. Por Su amor estarás dispuesto a soportar la vergüenza y el reproche.

El Señor dice: "Reconoce solamente tu iniquidad, que has prevaricado contra el Señor tu Dios". "Entonces rociaré sobre ti agua limpia, y quedarás limpio; de toda tu inmundicia y de todos tus ídolos te limpiaré".

Debemos tener un conocimiento de nosotros mismos, un conocimiento que resulte en contrición, antes de que podamos encontrar perdón y paz. Cristo sólo puede salvar a quien se sabe pecador. Debemos conocer nuestra verdadera condición, o no sentiremos nuestra necesidad de la ayuda de Cristo. Debemos comprender nuestro peligro, o no huiremos al refugio. Debemos sentir el dolor de nuestras heridas, o no desearemos la curación.

¿Estás dispuesto a derribar los ídolos que has acariciado? ¿Estás dispuesto a dejar que Jesús entre en tu corazón para limpiarlo de todo lo que lo contamina? ¿Obtienes en todo momento y en toda circunstancia el dominio sobre ti mismo? ¿Puedes decir: "Para mí vivir es Cristo", yo soy Suyo? Todo lo que tengo, de tiempo, o fuerza, o influencia, todo es Suyo? ¿Lo estás representando por tu tolerancia, tu paciencia, tu altruismo? ¿Estás aprendiendo a ser como Él?

La palabra de Dios para nosotros es: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto". Él llama a cada uno a crucificarse a sí mismo. Aquellos que responden crecen fuertes en Él. Aprenden diariamente de Cristo, y cuanto más aprenden, mayor es su deseo de edificar el reino de Dios ayudando a sus semejantes. Cuanta más iluminación tienen, mayor es su deseo de iluminar a los demás. Cuanto más hablan con Dios, menos viven para sí mismos. Cuanto mayores son sus privilegios, oportunidades y facilidades para el trabajo cristiano, mayor es la obligación que sienten de trabajar por los demás.

La naturaleza humana lucha siempre por expresarse. El que se completa en Cristo debe vaciarse primero de orgullo, de autosuficiencia. Entonces hay silencio en el alma, y la voz de Dios puede ser oída. Entonces el Espíritu puede

entrar sin obstáculos. Deja que Dios actúe en ti y a través de ti. Entonces podrás decir con Pablo: "Vivo yo, pero no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí". Pero hasta que el yo no sea puesto sobre el altar, hasta que no dejemos que el Espíritu Santo nos moldee y nos forme según la semejanza divina, no podremos alcanzar el ideal que Dios tiene para nosotros.

Cristo dijo: "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia". Esta vida es lo que debemos tener para trabajar por Cristo, y debemos tenerla "más abundantemente." Dios insuflará esta vida en cada alma que muera al yo. Pero se requiere una renuncia total a sí mismo. A menos que esto tenga lugar, llevamos con nosotros aquello que destruye nuestra felicidad y utilidad.

El Señor necesita hombres y mujeres que lleven consigo a la vida diaria la luz de un ejemplo piadoso, hombres y mujeres cuyas palabras y acciones muestren que Cristo mora en el corazón, enseñando, dirigiendo y guiando. Necesita hombres y mujeres de oración que, luchando a solas con Dios, obtengan la victoria sobre sí mismos, y luego salgan a impartir a otros lo que han recibido de la Fuente del poder. Dios acepta a los que crucifican el yo, y los hace vasos para honra. Están en Sus manos como la arcilla en las manos del alfarero, y Él obra Su voluntad a través de ellos. Tales hombres y mujeres reciben poder espiritual. Cristo vive en ellos, y el poder de Su Espíritu acompaña sus esfuerzos. Se dan cuenta de que deben vivir en este mundo la vida que Jesús vivió, una vida libre de todo egoísmo; y Él los capacita para dar testimonio de Aquel que atrae a las almas a la cruz del Calvario.

Sra. E. G. White

16 de abril de 1902

El amor de Cristo por sus hijos

EGW

El amor de Cristo es una cadena de oro que une al ser humano finito con el Dios infinito. Este amor sobrepasa nuestro conocimiento. La ciencia humana no puede explicarlo. La sabiduría humana no puede comprenderlo. Cuanto más sintamos la influencia de este amor, más semejantes seremos a Cristo. La oración de Pablo por los efesios era: "Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad

y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que sobrepasa todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios."

Escribiendo a la iglesia de Roma, Pablo declara: "Estoy persuadido de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro."

Los hijos del Señor nunca están ausentes de Su mente. Incluso las aves son objeto de su tierna solicitud. "Mirad las aves del cielo", dijo Cristo; "porque no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; sin embargo, vuestro Padre Celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas?" Si el Señor cuida de los pájaros, ¿no tiene un cuidado especial de los que creen en Él? Su amor y cuidado fluyen hacia Sus hijos. Nos conoce por nuestro nombre. Conoce la propia casa en la que vivimos, el nombre de cada ocupante. A veces ha dado instrucciones a sus siervos para que vayan a cierta calle de cierta ciudad, a tal casa, para encontrar a uno de sus hijos.

Cada alma es tan conocida por Jesús como si fuera la única por la que murió el Salvador. La angustia de cada uno toca Su corazón. El grito de auxilio llega a sus oídos. Él vino para atraer a todos hacia Sí. Dice: "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen". Cuida de cada uno como si no hubiera otro sobre la faz de la tierra. Cada hijo es amado por Él con un amor peculiar.

A los discípulos, justo antes de Su crucifixión, Cristo les dijo: "El que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él." Jesús leyó el futuro de los discípulos. Vio a uno llevado al patíbulo, a otro a la cruz, a otro al destierro entre las rocas solitarias del mar, a otros a la persecución y a la muerte. Les animó con la promesa de que en cada prueba Él estaría con ellos. Esa promesa no ha perdido nada de su fuerza. El Señor sabe todo acerca de sus fieles siervos que por su causa yacen en prisión o son desterrados a islas solitarias. Él los consuela con su propia presencia. Cuando por causa de la verdad el creyente se enfrenta a tribunales injustos, Cristo está a su lado. Todos los reproches que caen sobre él, caen sobre Cristo. Cristo es condenado de nuevo en la persona de su discípulo. Cuando uno es encarcelado entre los muros de una prisión, Cristo embriaga el corazón con Su amor. Cuando uno sufre la muerte por Su causa, Cristo dice: "Yo soy el que vivo y estuve muerto; y he aquí que vivo por los siglos de los siglos, ... y tengo las llaves del infierno y de la muerte". La vida que se sacrifica por Mí se conserva para gloria eterna.

Las circunstancias pueden separar a los amigos; las aguas agitadas del ancho mar pueden rodar entre nosotros y ellos. Pero ninguna circunstancia, ninguna distancia, puede separarnos del Consolador. Dondequiera que estemos, Él está a nuestra diestra, para sostenernos, apoyarnos y animarnos. Más grande que el amor de una madre por su hijo, es el amor del Salvador por Sus redimidos. Es nuestro privilegio descansar en este amor; decir: "Confiaré en él, porque él dio su vida por mí".

Jesús es nuestra fuerza y nuestra felicidad. Él es el gran almacén del que podemos sacar gracia y poder. Cuán afligido se siente Él cuando, después de haber declarado su voluntad de ayudarnos, apartamos nuestros ojos de su suficiencia para contemplar y lamentar nuestra debilidad. Debemos mantener nuestros ojos fijos en Él. ¿No ha prometido Él que Su fuerza se perfeccionará en nuestra debilidad? Recibiendo e impartiendo Sus bendiciones, crecemos en gracia, aumentando en fortaleza y santidad.

Por cada servicio que realizamos, el Señor ha empeñado su palabra en recompensarnos, no porque sea una deuda que tenga con nosotros, sino porque su corazón está lleno de amor, de misericordia y de ternura. Promete recompensarnos el ciento por uno en esta vida, y en el mundo venidero darnos la vida eterna. Pero cuántos hay que pasan sus días en la tristeza y el desaliento, mirando el lado oscuro de su experiencia, olvidando que los ángeles del cielo están esperando cooperar con ellos, esperando hacer de ellos canales de bendición para el mundo.

Escuchad las palabras de consuelo de Cristo, dirigidas a sus discípulos afligidos y a todos sus hijos afligidos: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, os lo hubiera dicho. Voy a prepararos un lugar. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.

Con palabras de ternura, Cristo nos invita: "Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Cargad sobre Mí todas vuestras preocupaciones, dice, Yo las llevaré por vosotros.

En estas palabras, Cristo se dirige a todos los seres humanos. Lo sepan o no, todos están cansados y agobiados. Todos están agobiados por cargas que sólo Cristo puede quitar. La carga más pesada que llevamos es la carga del pecado.

Si tuviéramos que soportar esta carga, nos aplastaría. Pero Aquel sin pecado ha tomado nuestro lugar. "El Señor cargó sobre Él la iniquidad de todos nosotros". Él ha llevado la carga de nuestra culpa. Él tomará la carga de nuestros hombros cansados. Él nos dará descanso. También llevará la carga de nuestras preocupaciones y penas. Nos invita a echar nuestras preocupaciones sobre Él, porque Él nos lleva en Su corazón. Hasta que no estemos cara a cara con Dios, cuando veamos como somos vistos y conozcamos como somos conocidos, no sabremos cuántas cargas ha llevado el Salvador por nosotros, y cuántas cargas habría llevado con gusto si se las hubiéramos traído.

El Hermano Mayor de nuestra raza está junto al trono eterno. Él mira a cada alma que vuelve su rostro hacia Él como el Salvador. Sabe por experiencia cuáles son las debilidades de la humanidad, cuáles son nuestras necesidades, y dónde reside la fuerza de nuestras tentaciones; porque "fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado". "Venid a Mí", es Su invitación. Mientras más débil e indefenso te sientas, más fuerte te harás en Su fuerza. "En todo le convenía ser semejante a sus hermanos, para ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, a fin de expiar los pecados del pueblo. Porque en cuanto El mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados."

El amor humano puede cambiar, pero el amor de Cristo no conoce el cambio. Cuando clamamos a Él por ayuda, Su mano está extendida para salvar. "Los montes se apartarán, y las colinas serán removidas; pero mi bondad no se apartará de ti, ni el pacto de mi paz será removido, dice el Señor que tiene misericordia de ti".

Sra. E. G. White

23 de abril de 1902

Educación infantil

EGW

Hay un gran trabajo que hacer para el Señor. Que los padres no olviden que su parte en esta obra comienza en el hogar. Este es su primer campo de esfuerzo misionero. Cuando demuestran que saben cómo manejar a sus propios hijos, dan evidencia de que están preparados para participar en la obra de la iglesia.

Padres, tenéis la solemne obligación de formar a vuestros hijos para Dios. Ellos son Su herencia, y a ustedes se les ha dado el trabajo de prepararlos para ser aceptados como miembros de la familia real. Deben dar a sus hijos una formación tal que, a medida que crezcan, participen en la obra del Señor. Deben ser enseñados a llevar cargas. A medida que crezcan, serán cada vez más útiles, más aptos para llevar su parte de las cargas de la vida.

Hay que enseñar a los niños a ser respetuosos con sus padres y con los demás. Así aprenden a ser respetuosos con Dios. Se les ha de enseñar a apreciar las capacidades que Dios les ha dado, y a recordar que el amor de Cristo por ellos exige la entrega de todo a Él. Se les debe enseñar a hacer lo correcto porque es correcto; a controlarse a sí mismos, a ser amables, cariñosos y gentiles; a olvidarse de sí mismos en el esfuerzo por ayudar a los demás.

Padres, hagan todo lo que esté en su mano para mantener las desavenencias fuera del círculo familiar. Si los hijos discuten, recuérdense que Dios ha dicho: "Que no se ponga el sol sobre vuestra ira". Enseñales a que nunca se ponga el sol sobre sentimientos airados o pecados no confesados. Enseñales que la armonía debe reinar en el hogar, así como reina en los cielos.

En el trato con tus hijos, revela la justicia y la misericordia de Dios. Reprima toda palabra dura. Recuerde que la irritación y el regaño son tan perjudiciales para sus hijos como la blasfemia, y que el exceso de control es tan malo como la falta de control. Sé firme, pero no dejes escapar de tus labios palabras fuertes y airadas. Governe a sus hijos con ternura y compasión, recordando que "sus ángeles contemplan siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos." Si deseas que los ángeles hagan por tus hijos la obra que Dios les ha encomendado, coopera con ellos poniendo de tu parte. Trabaja con ternura amorosa; porque así es como trabaja Cristo.

Recuerde que su hijo tiene derechos que deben ser respetados. Ten mucho cuidado de no presentar nunca contra él una acusación injusta. Nunca le castigues sin darle la oportunidad de explicarse. Escucha pacientemente sus problemas y perplejidades. No le cuentes nunca sus faltas, ni sus astucias. Ni siquiera en presencia de sus hermanos y hermanas se debe hablar de estas cosas. Hablando de sus palabras y actos brillantes, fomentas la confianza en sí mismo. Hablando de sus defectos, lo humillas sin ablandarlo. El odio surge en su corazón contra tu conducta, que considera cruel e injusta.

Recuerda que durante toda su vida tus hijos llevarán la impronta de la instrucción que reciban de ti. Piensa en el gran alcance que tendrán tus esfuerzos

por educarlos correctamente. Las lecciones que tú les des, ellos se las darán a sus hijos. La influencia que ejerzáis sobre ellos, la ejercerán ellos sobre sus pequeños.

Los padres que descuidan a sus hijos para hacer trabajo misionero, cometen un triste error. El curso de sus hijos no entrenados e indisciplinados les roba toda influencia para el bien. Padres, no permitan que nada se interponga entre ustedes y el trabajo que Dios les ha dado para hacer por sus pequeños. Pero esto no les impedirá hacer obra misionera fuera del hogar. Enseñen a sus hijos a ayudar a otros niños. Con la instrucción apropiada pueden hacer mucho trabajo misionero real. Usted encontrará en ellos una gran ayuda para trabajar por los demás.

Cuando los padres enseñan a sus hijos, ellos mismos aprenden valiosas lecciones. Así adquieren una educación del más alto valor. Así aprenden a trabajar para los demás. Se están preparando para hacer una obra elevada y santa para Dios, con sus hijos para ayudarles como Su mano amiga.

Recuerda que tus hijos han venido al mundo sin voz ni consentimiento por su parte, y que deben ser tratados con la sabiduría y la ternura que exigen sus necesidades. Vosotros conocéis el camino; vuestros hijos, jóvenes e inexpertos, no. Son indefensos e ignorantes. Necesitan una guía sabia y cuidadosa, para que sus pies no se desvíen por caminos prohibidos. Recuerda que estás moldeando su carácter para la eternidad. Enséñales pacientemente hábitos de pulcritud, utilidad y pureza. Muéstrales con tu ejemplo el encanto de una conducta correcta. No te canses en tu labor de amor. El ángel de la misericordia no se detiene en sus esfuerzos hasta que el último pecador ha escuchado el mensaje de misericordia. Pacientemente, incansablemente, trabaja por tus pequeños. Piensa en lo jóvenes que son, en lo mucho que tienen que aprender. Trátalos con dulzura y amor. Con las cuerdas del amor desinteresado, átalos a ti y a Cristo.

Demasiado a menudo los padres dan al mundo el tiempo y la atención que pertenecen a sus hijos. Si se dieran cuenta de la responsabilidad que descansa sobre ellos, si hicieran todo lo que está en su poder por sus hijos, Dios obraría con ellos, por medio de su Espíritu, impresionando las mentes de los niños. El Señor no hará el trabajo que ha dado a los padres para hacer; pero será su ayudante, cooperando con cada esfuerzo sincero y desinteresado que hagan.

Que el Señor impresione a padres y madres con lo sagrado de su responsabilidad. Al unirse con el Señor en la crianza de sus hijos en Su temor,

se están preparando para... iba a decir responsabilidades más altas, pero no puedo. No hay responsabilidad más alta que la educación de los hijos.

Sra. E. G. White

7 de mayo de 1902

"Se verá su gloria"

EGW

De una raza de esclavos, los israelitas fueron exaltados por encima de todos los pueblos, para ser el tesoro peculiar del Rey de reyes. Dios los separó del mundo para confiarles una misión sagrada. Los escogió como depositarios de tesoros inestimables de la verdad. Se propuso, a través de ellos, preservar entre los hombres el conocimiento de Sí mismo. De este modo, la luz del cielo debía brillar en un mundo envuelto en tinieblas, y debía oírse una voz que exhortara a todos los pueblos a abandonar su idolatría y servir al Dios vivo.

El propósito de Dios para su pueblo está expresado en las palabras que Cristo les dirigió por medio de Moisés: "Tú eres un pueblo santo para el Señor tu Dios", dijo; "el Señor tu Dios te ha elegido para que seas un pueblo especial para Él, por encima de todos los pueblos que hay sobre la faz de la tierra..... Guardarás, pues, los mandamientos, estatutos y decretos que yo te mando hoy, para ponerlos por obra. Por tanto, si atendiereis a estos decretos, y los guardareis y pusiereis por obra, Jehová tu Dios te guardará el pacto y la misericordia que juró a tus padres; y te amará, y te bendecirá, y te multiplicará.... Serás bendito sobre todos los pueblos".

"He aquí", dijo Moisés, "yo os he enseñado estatutos y decretos, como el Señor mi Dios me mandó, para que los pongáis por obra en la tierra a la que vais para poseerla. Guardadlos, pues, y ponedlos por obra; porque ésta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de las naciones, las cuales oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente esta gran nación es un pueblo sabio y entendido. Porque ¿qué nación hay tan grande, que tenga a Dios tan cerca de sí, como lo está Jehová nuestro Dios en todas las cosas por las cuales le invocamos? ¿Y qué nación hay tan grande, que tenga estatutos y decretos tan justos como toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros?"

Dios deseaba hacer de su pueblo Israel una alabanza y una gloria. En la obediencia a Su ley encontrarían su sabiduría y entendimiento. Les dijo que el

cumplimiento de sus mandamientos les traería una elevación de vida y carácter que incluso el mundo pagano reconocería y elogiaría. Pero Israel no cumplió el propósito de Dios. Se olvidaron de Dios y perdieron de vista su alto privilegio como Sus representantes. Por medio de la desobediencia, desarrollaron un carácter exactamente opuesto al que Dios quiso que desarrollaran por la obediencia a su ley. Mientras el pueblo estaba firme en su lealtad a Dios, sus mandamientos no eran gravosos; pero cuando se separaron de él y entregaron sus poderes al servicio del príncipe del mal, se dieron cuenta de su incapacidad para ejecutar los santos decretos del cielo. La ley, que antes había sido su delicia, se convirtió en un peso insoportable.

Los israelitas pusieron su propio molde y su propio sello sobre las verdades que se les habían confiado. La ambición egoísta avivó la actividad de sus mentes. Inspirándolos con un poder de abajo, Satanás infundió en sus mentes sutiles sentimientos despectivos del carácter de Dios. Inventó teorías con las cuales atrapó las mentes de todas las clases. Poco a poco se fue perdiendo de vista la ley de Dios, ocupando su lugar las minucias del formalismo. La religión judía se convirtió en una religión de ritos y ceremonias. Los líderes religiosos, poniendo gran énfasis en sus propias opiniones, y enseñando como doctrina los mandamientos de los hombres, llenaron las mentes del pueblo con teorías y doctrinas que eran contrarias a la ley de Dios.

En medio del confuso estruendo de voces se necesitaba un maestro directamente del cielo que declarara con labios inspirados las verdades de prueba tan importantes para todo ser humano. Y fue entonces cuando Cristo, viendo la condición del mundo, decidió cambiar el orden de las cosas. El Comandante de todos los cielos, dejando a un lado su gloria, su corona real, su manto real, vino a nuestro mundo, su divinidad revestida de humanidad, para que en su humanidad pudiera tocar a la humanidad.

Como Maestro enviado de Dios, la obra de Cristo consistía en explicar el verdadero significado de las leyes del gobierno de Dios. Su obra fue importante, porque trató de presentar la verdad en contraste con las muchas teorías falsas tan destructivas para la salvación de todos los que las sostenían. No vino a abrogar la ley, sino a ser en su vida un correcto expositor del carácter de Dios, que la ley revelaba. Para eliminar la confusión de opiniones que existía en todas partes acerca del significado de la ley, Él mismo vivió la ley en su pureza.

Cristo vino como Alguien capaz de exponer la ley de Dios, tanto tiempo mal entendida y mal interpretada por sacerdotes y líderes. Arrancó el sombrío marco

de error y duda, tradición y superstición, con el que los hombres habían rodeado la verdad y oscurecido su brillo. Volviendo a colocar las joyas de la verdad en el marco de la ley de Dios, hizo que brillaran con su lustre original y celestial. Enseñó una religión completamente distinta de la que enseñaban los fariseos. Mostró que la verdadera felicidad brota de la pureza del corazón. La verdadera religión no es una mera teoría; afecta al corazón y se expresa en la vida mediante las buenas obras.

Si la nación judía hubiera recibido al Maestro enviado de Dios, habrían renunciado a las tradiciones y máximas transmitidas de rabino en rabino, y acumuladas de edad en edad. Si hubieran ocultado la ley de Dios en sus corazones, si hubieran dado el debido respeto a sus sagrados principios, habría ejercido una influencia correctiva sobre toda la vida, y habría remodelado sus disposiciones egoístas y avaras según el carácter de Dios. Pero en lugar de seguir al Gran Maestro, eligieron seguir su propio camino. Por indulgencia pecaminosa expulsaron del corazón el amor de Dios y el amor de los principios de Su santa ley. El amor del mundo llenó sus corazones, impulsándolos a desobedecer.

El Señor trató a su pueblo elegido como un padre amoroso trata a un hijo desobediente. Durante mil años les dio bendiciones y responsabilidades, privilegios y oportunidades. Pero como pueblo, los judíos no cumplieron Su propósito; y a otros se les confiaron los privilegios de los que habían abusado, las oportunidades que habían menospreciado.

Las gloriosas posibilidades puestas ante Israel sólo podían realizarse mediante la obediencia. La misma elevación de carácter, la misma plenitud de bendición, bendición sobre la mente, el alma y el cuerpo, bendición sobre la casa y el campo, bendición para esta vida y para la vida venidera, es posible para nosotros sólo a través de la obediencia.

En todas las épocas los que han rendido obediencia a Dios han sido transformados en su carácter; y en estos últimos días, cuando la iniquidad abunda por todas partes, nuestra sabiduría y comprensión ante todos los hombres consistirá en nuestra obediencia a la norma de justicia. El favor de Dios se promete sólo a los que obedecen. "Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor", declara el Maestro. No en los grandes talentos, no en las grandes posesiones, no en la gran apariencia, sino en el humilde servicio a nuestro Hacedor, está nuestra fuerza, sabiduría y comprensión.

Dios ha encomendado una obra a su pueblo. Tanto en casa como en las regiones del más allá, hay trabajo por hacer. Las verdades de la Biblia se han vuelto a oscurecer por la costumbre, la tradición y la falsa doctrina. Las enseñanzas erróneas de la teología popular han hecho miles y miles de escépticos e infieles. Multitudes han sido inducidas a abrigar una concepción errónea de Dios, como los judíos, engañados por los errores y tradiciones de su tiempo, tenían una falsa concepción de Cristo. "Si *lo hubieran sabido*, no habrían crucificado al Señor de gloria". Si tenemos el Espíritu de Cristo, y somos obreros junto con Él, es nuestro llevar adelante la obra que Él vino a hacer, nuestro revelar al mundo el carácter de Dios. Y Su mano está extendida para salvar a Su pueblo en esta época de hundirse en el estado formal y sin Cristo en el que se hundió la nación judía.

Así como los israelitas fueron puestos como una luz para las naciones circundantes en la oscuridad del paganismo, así hoy cada seguidor de Cristo debe ser como una luz para aquellos cuyas mentes están oscurecidas por el pecado. Cristo dice ahora a su pueblo: "Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti. Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones; mas sobre ti nacerá el Señor, y sobre ti será vista su gloria. Y los gentiles vendrán a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento. Alza tus ojos en derredor, y mira; todos se reúnen, vienen a ti; tus hijos vendrán de lejos, y tus hijas serán amamantadas a tu lado. Entonces verás, y fluirán juntos, y tu corazón temerá, y se ensanchará; porque la abundancia del mar se convertirá a ti, las fuerzas de los gentiles vendrán a ti." "Porque como la tierra produce su renuevo, y como el huerto hace brotar lo que en él se siembra, así el Señor Dios hará brotar la justicia y la alabanza delante de todas las naciones."

Sra. E. G. White

14 de mayo de 1902

"Las inescrutables riquezas de Cristo"

EGW

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con todas las bendiciones espirituales en los lugares celestiales en Cristo; según nos escogió en Él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él en amor; habiéndonos predestinado para adopción de

hijos por Jesucristo para Sí, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia en que nos hizo aceptos en el amado."

Tales son las palabras con las que "Pablo el anciano", "el prisionero de Jesucristo", escribiendo desde su prisión en Roma, se esforzó por exponer ante sus hermanos de Éfeso lo que el lenguaje le parecía inadecuado para expresar en su plenitud: "las inescrutables riquezas de Cristo", el tesoro de gracia ofrecido gratuitamente a los hijos caídos de los hombres. El plan de la redención se estableció mediante un sacrificio, un don. Dice el apóstol: "Conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, por amor de vosotros se hizo pobre, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos".

El primer capítulo de la carta a los Efesios está lleno de ricos estímulos. Esta escritura nos presenta los privilegios y las oportunidades, la esperanza y la confianza, que nos han sido dadas por y a través de nuestro Abogado, Jesucristo el justo. Las palabras de Pablo elevan a Cristo. El apóstol deseaba que todos contemplaran al Redentor del mundo, "en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados, según las riquezas de su gracia, en la cual abundó para con nosotros en toda sabiduría y prudencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, conforme a su beneplácito que se había propuesto en sí mismo."

Su propósito

Dios tiene un propósito para cada uno. "Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas". Estas palabras nos muestran lo que podemos llegar a ser si nos esforzamos por cumplir el propósito de Dios.

Cuando Adán cayó, los atributos de santidad, justicia y verdad de Dios no podían cambiar. Sin embargo, deseaba reconciliar al hombre con la ley inmutable del cielo. Anhelando salvar a la humanidad caída, trató de idear un plan por el cual el pecador no tuviera que perecer, sino que pudiera obtener la vida eterna. Cristo, la Verdad Eterna, la Luz, la Vida, el Soberano del cielo, se

ofreció a revestir su divinidad con la humanidad, y dar su vida como rescate por la raza caída. Dios, en Su sabiduría, aceptó el plan propuesto por Cristo para la realización de Su propósito.

Un amor que sobrepasa todo entendimiento se reveló para salvar al hombre caído. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito [¡maravillosa, maravillosa condescendencia!], para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna". Dios no escatimó a su Hijo unigénito, sino que lo entregó en rescate por *nosotros* y por un mundo sumido en el pecado y la ignorancia.

El Salvador y Maestro

Cristo vino a dar poder moral al hombre; a elevarlo, ennoblecerlo y fortalecerlo. Vino a probar la falsedad de la acusación de Satanás de que Dios había hecho una ley que el hombre no podía cumplir. Mientras poseía la naturaleza del hombre, Cristo guardó los Diez Mandamientos. Así demostró a los habitantes de los mundos no caídos y a los seres humanos que es posible que el hombre obedezca perfectamente la ley. Él vindicó la justicia de Dios al exigir la obediencia a Su ley. Aquellos que aceptan a Cristo como su Salvador, haciéndose partícipes de la naturaleza divina, están capacitados para seguir Su ejemplo de obediencia a cada precepto divino.

Cristo vino como el Expositor de las profecías que Él mismo había dado a Su pueblo a través de santos hombres de la antigüedad. Separó los preceptos de Jehová de las máximas y tradiciones de los hombres. Enseñó al pueblo que los Diez Mandamientos son una expresión de la verdad en toda su pureza. De los líderes y maestros del pueblo declaró: "En vano me adoran, enseñando como doctrinas los mandamientos de los hombres". Y a estos maestros les dijo: "Habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición". "Erráis, no conociendo las Escrituras, ni el poder de Dios".

Durante treinta y tres años, el Unigénito de Dios habitó entre los hijos de los hombres. Representaba al Padre, el Único lleno de bondad, misericordia y verdad, el Único tocado siempre por el dolor humano. Durante estos años, Cristo terminó la gran obra que había venido a realizar. Se convirtió en la propiciación por los pecados de todos los que creen en Él.

Reconciliar al hombre con Dios

La justicia y la misericordia fueron reconciliadas por el sacrificio de Cristo. En la cruz, la Misericordia y la Verdad se encontraron; la Justicia y la Paz se

abrazaron. Por el sacrificio de Cristo, la Misericordia se extiende, ofreciendo limpiar al hombre de su injusticia. Así se cumple el propósito eterno de Dios. El hombre puede aceptar el gran don de la redención y cooperar con Dios, conformando su *propia* voluntad a la de Dios.

Entre el hombre impío y Dios, la encarnación de la santidad, no puede haber compañía. El profeta Habacuc declara que Dios es "de ojos más puros que para contemplar el mal, y no puede mirar la iniquidad". Pero Cristo "se dio a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda iniquidad" y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras. Cristo es el Portador del Pecado. Él carga con la iniquidad de todos los que se arrepienten y creen, de todos los que aceptan Su manto de justicia. Por nosotros el Inocente es declarado culpable, mientras que por Sus méritos los culpables son declarados inocentes. Los pecadores arrepentidos pueden ser "lentos del conocimiento de Su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual", para que puedan "andar como es digno del Señor, agradándole en todo, fructificando en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder, según la gloria de Su fuerza, en toda paciencia y longanimidad con gozo."

El gran corazón del Amor infinito se siente atraído hacia el pecador con una compasión sin límites. "Tenemos redención por Su sangre, el perdón de los pecados". Sí, sólo cree que Dios es tu ayudador. Él quiere restaurar Su imagen moral en el hombre. A medida que te acerques a Él con confesión y arrepentimiento, Él se acercará a ti con misericordia y perdón. Se lo debemos todo al Señor. Él es el autor de nuestra salvación. Mientras trabajas en tu propia salvación con temor y temblor, "Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad."

El amor de Dios no tiene límites

Todo el amor paterno que se ha transmitido de generación en generación por el canal de los corazones humanos, todos los manantiales de ternura que se han abierto en el alma de los hombres, no son más que un riachuelo minúsculo frente al océano sin límites, cuando se comparan con el amor infinito e inagotable de Dios. La lengua no puede expresarlo; la pluma no puede describirlo. Puedes meditar en él todos los días de tu vida; puedes escudriñar las Escrituras diligentemente para comprenderlo; puedes recurrir a todo poder y capacidad que Dios te ha dado, en el esfuerzo de comprender el amor y la compasión del Padre Celestial; y sin embargo hay una infinidad más allá. Puedes estudiar ese amor durante siglos; sin embargo, nunca podrás comprender plenamente la

longitud y la anchura, la profundidad y la altura del amor de Dios al dar a Su Hijo para morir por el mundo. La eternidad misma nunca podrá revelarlo plenamente. Sin embargo, a medida que estudiamos la Biblia y meditamos sobre la vida de Cristo y el plan de redención, estos grandes temas se abrirán cada vez más a nuestra comprensión. Y será nuestro comprender la bendición que Pablo deseaba para la iglesia de Efeso, cuando oró "que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé *Espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él*; que sean iluminados los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza de su llamamiento, y cuáles las *riquezas de la gloria* de su herencia en los santos, y cuál *la supereminente grandeza de su poder* para con nosotros los que creemos."

Sra. E. G. White

21 de mayo de 1902

Mercy

EGW

El amor de Dios por la raza caída es una manifestación peculiar de amor, un amor nacido de la misericordia, porque todos los seres humanos son inmerecidos. La misericordia implica la imperfección del objeto hacia el que se manifiesta. Fue a causa del pecado que la misericordia entró en ejercicio activo.

El pecado no es objeto del amor de Dios, sino de su odio. Pero Él ama y se compadece del pecador. Los hijos e hijas descarriados de Adán son los hijos de Su redención. Mediante el don de su Hijo, ha revelado hacia ellos su infinito amor y misericordia. Él "amó tanto al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna".

Recibir para poder dar

"Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso". La misericordia es un atributo que el agente humano puede compartir con Dios. Como Cristo, así el hombre puede asirse del brazo divino y estar en comunicación con el poder divino. A nosotros se nos ha dado un servicio de misericordia para que lo prestemos a nuestros semejantes. Al realizar este servicio, estamos trabajando junto con Dios. Hacemos bien, pues, en ser misericordiosos, como es misericordioso nuestro Padre que está en los cielos.

"Tendré misericordia", dice Dios, "y no sacrificio". La misericordia es bondadosa, compasiva. La misericordia y el amor de Dios purifican el alma, embellecen el corazón y limpian la vida de egoísmo. La misericordia es una manifestación del amor divino, y la muestran aquellos que, identificados con Dios, le sirven reflejando la luz del cielo en el camino de sus semejantes.

La condición de muchas personas exige el ejercicio de una auténtica misericordia. Los cristianos, en su trato mutuo, deben ser controlados por principios de misericordia y amor. Deben aprovechar toda oportunidad para ayudar a sus semejantes en peligro. El deber de todo cristiano está claramente esbozado en las palabras: "No juzguéis y no seréis juzgados: No condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando". "Como queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos". Estos son los principios que haremos bien en apreciar.

Recibimos misericordia como la otorgamos

Que aquellos que desean perfeccionar un carácter semejante al de Cristo tengan siempre presente la cruz en la que Cristo sufrió una muerte cruel para redimir a la humanidad. Que abriguen siempre el mismo espíritu misericordioso que llevó al Salvador a hacer un sacrificio infinito por nuestra redención. Que los que han pecado contra Dios no se nieguen a perdonar a un pecador arrepentido. Así como tratan a un semejante que en espíritu o en acción ha obrado mal y después se ha arrepentido, así tratará Dios con ellos por sus defectos de carácter. Quien no muestra misericordia hacia sus semejantes no puede esperar ser protegido por la misericordia de Dios. Él mismo depende de la misericordia que Dios le ha ordenado ejercer al tratar de restaurar a cada alma no salva que entre en la esfera de su influencia. Si se niega a cultivar esta gracia divina, él mismo sufrirá el resultado de su negligencia. Alguna vez, cuando necesite la misericordia de Dios y de sus semejantes, se encontrará más allá de la misericordia.

Los atributos de la misericordia y el amor casi se han perdido de los corazones de muchísimos miembros de la iglesia. Debemos recordar que todos cometen errores: incluso los hombres y mujeres que han tenido años de experiencia a veces yerran; pero Dios no los desecha por sus errores; a cada hijo e hija de Adán que yerra le da el privilegio de otra prueba. El verdadero seguidor de Jesús manifiesta un espíritu semejante al de Cristo hacia su hermano descarriado. En vez de hablar con condenación, recuerda las palabras: "El que convierte al

pecador del error de su camino, salvará un alma de la muerte, y encubrirá multitud de pecados."

Necesidad y efecto de la misericordia

En la Iglesia militante, los hombres tendrán siempre necesidad de ser restaurados de las consecuencias del pecado. El que en algunos aspectos es superior a otro, en otros es inferior a él. Todo ser humano está sujeto a la tentación y necesita el interés y la simpatía fraternales. El ejercicio de la misericordia en nuestras relaciones diarias con los demás es uno de los medios más eficaces para alcanzar la perfección del carácter; porque sólo los que caminan con Cristo pueden ser verdaderamente misericordiosos.

El misericordioso "alcanzará misericordia". "El alma liberal será engordada; y el que riega será también él mismo regado". Hay una dulce paz para el espíritu compasivo, una bendita satisfacción en la vida de servicio olvidado de sí mismo por el bien de los demás.

El que entregó su vida a Dios en ministerio a sus hijos, está unido a Aquel que tiene todos los recursos del universo a sus órdenes. Por la cadena de oro de las promesas inmutables, su vida está ligada a la vida de Dios. El Señor no le fallará en la hora del sufrimiento y la necesidad. "Mi Dios suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús". Y en la hora de la necesidad final el misericordioso encontrará refugio en la misericordia del Salvador compasivo, y por Él será recibido en moradas eternas.

Sra. E. G. White

28 de mayo de 1902

"La voluntad de Dios sobre ti"

EGW

Esta es la voluntad de Dios para con vosotros, vuestra santificación". Grandes posibilidades, altos y santos logros, están a nuestro alcance. Santificación significa amor perfecto, obediencia perfecta, entera conformidad con la voluntad de Dios. Significa una entrega sin reservas a Él. Significa ser puro y desinteresado, sin mancha ni defecto.

Desde la eternidad Dios nos ha elegido para ser sus hijos obedientes. Dio a su Hijo para que muriera por nosotros, a fin de que fuéramos santificados por su gracia. Su propósito para nosotros es el progreso continuo en conocimiento y virtud. Su ley es el eco de Su propia voz, que invita a todos: "Subid más alto. Sed santos, más santos todavía". Cada día podemos avanzar en la perfección del carácter cristiano. Para esto Cristo revistió su divinidad de humanidad. Para ello vino a la tierra y vivió una vida de sufrimiento y privaciones.

Pero que nadie piense que es posible que el ser humano alcance con sus propias fuerzas el ideal que Dios le presenta. Nuestros corazones son malos y no podemos cambiarlos. "¿Quién puede sacar cosa limpia de cosa inmunda? - Nadie". "La mente carnal es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede". La educación, la cultura, el ejercicio de la voluntad, el esfuerzo humano, todos tienen su esfera apropiada; pero aquí son impotentes. Pueden producir una corrección externa de la conducta, pero no pueden cambiar el corazón; no pueden purificar el alma. Debe haber un poder obrando desde adentro, una nueva vida desde lo alto, antes de que el hombre pueda ser cambiado del pecado a la santidad. Ese poder es Cristo. Sólo su gracia puede vivificar las facultades sin vida del alma y atraerla a Dios, a la santidad.

Salva hasta el extremo

La gran lección que todos deben aprender -el pobre pecador muerto en delitos y pecados, y el cristiano profesante que ha conocido a Cristo, pero se ha aferrado a sus pecados- es que Cristo salvará perpetuamente a todos los que vengan a Él. "Al que viene a Mí", dice, "no lo echaré fuera". Los pobres, los que sufren, los pecadores, pueden encontrar en Cristo todo lo que necesitan. Tan pronto como reciben a Jesús como su Salvador personal, los gritos de angustia y aflicción se convierten en cantos de alabanza y acción de gracias.

Cuando el pecador siente su necesidad del Sol de Justicia, cuando viene a Jesús, diciendo: "Señor, soy pecador, indigno, desesperado e impotente; sálvame, o pereceré", es aceptado en el Amado. Aprende lo que significa sentarse en los lugares celestiales en Cristo Jesús. Dios dice: "Hágase la luz", y hay luz. El corazón una vez oscurecido por el pecado es irradiado por la presencia de Aquel que es la luz de la vida.

Dios siempre está tratando de asociar las mentes humanas con lo divino. Nos ofrece el privilegio de cooperar con Cristo en la revelación de su gracia al mundo, para que podamos recibir un mayor conocimiento de las cosas

celestiales. Mirando a Jesús, obtenemos visiones más brillantes y más claras de Dios, y contemplando, nos transformamos. La bondad, el amor a nuestros semejantes, se convierte en nuestro instinto natural. Desarrollamos un carácter que es la contraparte del carácter divino. Creciendo en su semejanza, ampliamos nuestra capacidad de conocer a Dios. Más y más entramos en comunión con el mundo celestial, y tenemos continuamente más poder para recibir las riquezas del conocimiento y la sabiduría de la eternidad. "Todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor."

Sra. E. G. White

4 de junio de 1902

La fuente inagotable

EGW

El suministro inagotable de la gracia de Dios está esperando la demanda de cada alma. Sanará toda enfermedad espiritual. Por ella los corazones pueden ser limpiados de toda contaminación. Une a los seres humanos con Cristo, capacitándolos para caminar en el sendero de la obediencia voluntaria. Mediante la influencia del Espíritu de Dios, el hombre se transforma; su gusto se refina, su juicio se santifica, su corazón se limpia; se completa en Cristo. El amor que se manifestó en la muerte de Cristo despierta en su corazón una respuesta agradecida. El entendimiento se apodera de Cristo. La belleza y la fragancia de Su carácter se revelan en la vida, testificando que Dios en verdad ha enviado a Su Hijo al mundo. Ningún otro poder podría producir un cambio tan maravilloso.

Las palabras de Cristo caerán con poder vivo sobre los corazones obedientes; se reproducirá la imagen perfecta de Dios, y en el cielo se dirá: "Estáis completos en Él."

Al darse cuenta de que carece de sabiduría y experiencia, el cristiano se somete a la formación del gran Maestro, sabiendo que sólo así puede alcanzar la perfección. Y la inhabitación del Espíritu le permite revelar su semejanza con Cristo. Cada día es más capaz de comprender las cosas espirituales. Cada día de trabajo diligente lo encuentra al final mejor preparado para ayudar a los demás. Permaneciendo en Cristo, da mucho fruto.

"Esta es la voluntad de Dios para con vosotros, vuestra santificación". ¿Es ésta también tu voluntad? ¿Anhelas a Dios, sí, jadeas tras Él, como el ciervo jadea tras los arroyos de agua? El placer y el poder del mundo pasarán; pero la vida gastada en hacer la voluntad de Dios permanecerá para siempre. Los resultados de los esfuerzos realizados para elevar a la humanidad perdurarán por toda la eternidad.

Cuando el pecador, atraído por el amor de Cristo, se acerca a la cruz y se postra ante ella, se produce una nueva creación. Se le da un corazón nuevo. Se convierte en una nueva criatura en Cristo Jesús. La santidad descubre que no tiene nada más que exigir. Dios mismo es "el justificador del que cree en Jesús". Y "a los que justificó, a éstos también glorificó". Grandes como son la vergüenza y la degradación por el pecado, aún mayores serán el honor y la exaltación por el amor redentor. A los seres humanos que se esfuerzan por conformarse a la imagen divina, se les imparte un desembolso de tesoros celestiales, una excelencia de poder, que los colocará más alto que incluso los ángeles que nunca han pecado.

Aquellos que consagran sus vidas al servicio de Dios vivirán con Él a través de las incesantes edades de la eternidad. "Dios mismo estará con ellos, y será su Dios". "Verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes". En este mundo sus mentes fueron entregadas a Dios; le sirvieron con el corazón y el intelecto, y ahora Él puede poner su nombre en sus frentes. No entran en la santa ciudad como los que no tienen lugar allí; porque Cristo les dice: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo." "Y enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron."

Sra. E. G. White

18 de junio de 1902

Oración

EGW

La oración es comunión con Dios. Es abrir el corazón a Dios como a un amigo. No es que sea necesaria para dar a conocer a Dios lo que somos, sino para permitirnos recibirle. La oración no nos baja a Dios, sino que nos sube a Él.

Jesús mismo, mientras moraba entre los hombres, oraba con frecuencia. La oración precedía y santificaba cada acto de su ministerio. Mediante la oración se preparaba para el deber y para la prueba. Él es un hermano en nuestras debilidades, "tentado en todo según nuestra semejanza"; pero como sin pecado, su naturaleza retrocedió ante el mal; soportó las luchas y la tortura del alma en un mundo de pecado. Su humanidad hizo de la oración una necesidad y un privilegio. Encontró consuelo y gozo en la comunión con su Padre. Y si el Salvador de los hombres, el Hijo de Dios, sintió la necesidad de la oración, cuánto más los débiles y pecadores mortales deben sentir la necesidad de la oración ferviente y constante.

Dios anhela concedernos las bendiciones de su gracia. Tiene un deseo profundo y ferviente de nuestra felicidad. Dice: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá". Nos exhorta a presentar nuestras necesidades. Su corazón de amor está lleno de un anhelante deseo de ponernos en estrecho contacto con Él.

No temas acudir a Él

No albergues el pensamiento de que porque has cometido errores, porque tu vida ha sido oscurecida por errores, tu Padre Celestial no te ama y no te escuchará cuando ores. Él dice: "Al que a mí viene, no le echo fuera". "El Señor es muy compasivo, y de tierna misericordia". Su corazón de amor se conmueve por nuestras penas, e incluso por el hecho de que las expresemos. Llévale a Él todo lo que desconcierta tu mente. Nada es demasiado grande para que Él lo soporte; pues Él sostiene los mundos, Él gobierna los asuntos del universo. Nada de lo que concierne a nuestra paz es demasiado pequeño para Él. No hay capítulo en nuestra experiencia demasiado oscuro para que Él lo lea; no hay perplejidad demasiado difícil para que Él la desentrañe. Nadie ha caído tan bajo, nadie es tan vil, que no pueda encontrar liberación en Cristo. Los endemoniados de Gadara, en el lugar de oración, sólo podían pronunciar las palabras de Satanás; pero, sin embargo, la súplica tácita del corazón fue escuchada. Ningún grito de un alma necesitada es desoído.

El oído del Señor está abierto al clamor de todo suplicante. Aun antes de que se ofrezca la oración o se manifieste el anhelante deseo del alma, el Espíritu de Dios sale a su encuentro. Nunca ha habido un deseo genuino, ni una lágrima derramada en contrición del alma, sino que la gracia de Cristo ha salido al encuentro de la gracia que obra en el corazón humano.

El camino abierto

Cristo nos ha abierto el camino para acercarnos a Dios. Él dice: "Haz uso de Mi nombre. Será vuestro pasaporte al corazón de mi Padre y a todas las riquezas de su gracia. Todo lo que pidáis al Padre en Mi nombre, Él os lo dará.... Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo". En el nombre de Cristo, sus seguidores deben presentarse ante Dios. Por el valor del sacrificio hecho por ellos, son de valor a la vista del Señor. Por la justicia imputada de Cristo, son considerados preciosos. Por amor a Cristo, el Señor perdona a los que le temen. No ve en ellos la vileza del pecador; reconoce en ellos la semejanza de Su Hijo, en quien creen.

La verdadera oración trae poder. La oración ha "subyugado reinos, hecho justicia, obtenido promesas, cerrado la boca de los leones, apagado la violencia del fuego" -sabremos lo que esto significa cuando oigamos los relatos de los mártires que fueron quemados por su fe-, "puesto en fuga a los ejércitos de los extranjeros".

Oiremos hablar de estas victorias cuando el Capitán de nuestra salvación, el Rey del cielo, abra el registro ante aquellos de quienes escribe Juan: "Estos son los que salieron de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado en el trono morará entre ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, ni el sol brillará sobre ellos, ni calor alguno. Porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará, y los conducirá a fuentes de aguas vivas; y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos."

Frescura y progreso en la vida religiosa

Si mantenemos al Señor siempre ante nosotros, permitiendo que nuestros corazones salgan en acción de gracias y alabanza a Él, tendremos una frescura continua en nuestra vida religiosa. Nuestras oraciones tomarán la forma de una conversación con Dios, como hablaríamos con un amigo. Él nos hablará personalmente de sus misterios. A menudo tendremos la dulce y gozosa sensación de la presencia de Jesús. A menudo nuestros corazones arderán dentro de nosotros, cuando Él se acerque para estar en comunión con nosotros como lo hizo con Enoc. Cuando ésta es en verdad la experiencia del cristiano, se ven en su vida sencillez, humildad, mansedumbre y humildad de corazón, que

muestran a todos con quienes se relaciona que ha estado con Jesús y ha aprendido de Él.

Toda oración sincera es escuchada en el cielo. Puede no ser expresada con fluidez; pero si el corazón está en ella, ascenderá al santuario donde Jesús ministra, y Él la presentará al Padre, hermosa y fragante con el incienso de Su amor.

Qué maravilloso es que podamos orar eficazmente; que mortales indignos y errantes posean el poder de ofrecer sus peticiones a Dios. ¿Qué poder más elevado puede exigir el hombre que éste: estar unido al Dios infinito? El hombre débil y pecador tiene el privilegio de hablar a su Creador. Pronuncia palabras que llegan hasta el trono del Monarca del universo.

El grito del alma no puede morir en el silencio, ni puede perderse. Se eleva por encima del estruendo de la calle, por encima del ruido de la maquinaria, hasta los atrios celestiales. Es a Dios a quien hablamos, y la oración es escuchada.

El arco iris alrededor del trono es una garantía de que Dios es verdadero, de que en Él no hay mudanza ni sombra de variación. Hemos pecado contra Él, y no merecemos su favor; sin embargo, Él mismo ha puesto en nuestros labios la más maravillosa de las súplicas: "No nos abomines, por amor de tu nombre; no deshonres el trono de tu gloria; acuérdate, no rompas tu pacto con nosotros". Cuando venimos a Él confesando nuestra indignidad y pecado, Él se ha comprometido a prestar atención a nuestro clamor. El honor de Su trono está en juego por el cumplimiento de Su Palabra para con nosotros.

Sra. E. G. White

25 de junio de 1902

Qué es para nosotros la Palabra de Dios

EGW

Dios nos ha dado su Palabra como lámpara para nuestros pies y luz para nuestro camino. Sus enseñanzas tienen una importancia vital para nuestra prosperidad en todas las relaciones de la vida. Incluso en nuestros asuntos temporales será una guía más sabia que cualquier otro consejero. Su instrucción divina es el único camino hacia el éxito. No hay posición social ni fase de la experiencia humana para la que el estudio de la Biblia no sea una preparación esencial.

La Biblia es la gran norma del bien y del mal, que define claramente el pecado y la santidad. Sus principios vivos, que recorren nuestras vidas como hilos de oro, son nuestra única salvaguardia en la prueba y la tentación.

La Biblia es una carta que nos muestra los hitos de la verdad. Aquellos que conocen esta carta estarán capacitados para caminar con certeza en el camino del deber, dondequiera que sean llamados a ir.

La Biblia contiene un sistema sencillo y completo de teología y filosofía. Es el libro que nos hace sabios para la salvación. Nos dice cómo alcanzar las moradas de la felicidad eterna. Nos habla del amor de Dios manifestado en el plan de la redención, impartiéndonos el conocimiento esencial para todos: el conocimiento de Cristo. Él es el Enviado de Dios; Él es el Autor de nuestra salvación. Pero aparte de la Palabra de Dios, no podríamos tener conocimiento de que una persona como el Señor Jesús visitó alguna vez nuestro mundo, ni ningún conocimiento de Su divinidad, como lo indica Su existencia previa con el Padre.

La Biblia no fue escrita sólo para el erudito; por el contrario, fue diseñada para la gente común. Las grandes verdades necesarias para nuestra salvación son tan claras como el mediodía, y nadie se equivocará ni perderá su camino excepto aquellos que siguen su propio juicio en lugar de la voluntad de Dios claramente revelada.

La Palabra de Dios ataca todo rasgo erróneo del carácter, moldeando al hombre entero, interna y externamente, abatiendo su orgullo y su autoexaltación, llevándole a llevar el Espíritu de Cristo a los deberes más pequeños y más grandes de la vida. Le enseña a ser inquebrantable en su lealtad a la justicia y la pureza, y al mismo tiempo a ser siempre amable y compasivo.

El aprecio de la Biblia crece con su estudio. En cualquier dirección que se vuelva el estudiante, encontrará desplegada la infinita sabiduría y el amor de Dios. Para el que está verdaderamente convertido, la Palabra de Dios es la alegría y el consuelo de la vida. El Espíritu de Dios le habla, y su corazón se vuelve como un jardín regado.

Un fortalecedor del intelecto

No hay nada más calculado para fortalecer el intelecto que el estudio de la Biblia. Ningún otro libro es tan potente para elevar los pensamientos, para dar vigor a las facultades, como las amplias y ennoblecedoras verdades de la Biblia.

Si la Palabra de Dios se estudiara como es debido, los hombres tendrían una amplitud de mente, una nobleza de carácter, que raramente se ven en estos tiempos.

Ningún conocimiento es tan firme, tan consistente, tan trascendental, como el que se obtiene del estudio de la Palabra de Dios. Si no hubiera otro libro en el ancho mundo, la Palabra de Dios, vivida a través de la gracia de Cristo, haría al hombre perfecto en este mundo, con un carácter apto para la vida futura e inmortal. Aquellos que estudian la Palabra, tomándola en fe como la verdad, y recibéndola en el carácter, serán completos en Aquel que es todo y en todos. Gracias a Dios por las posibilidades puestas ante la humanidad.

"Todas las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y el consuelo de las Escrituras, tengamos esperanza". "Medita en estas cosas; entrégate por entero a ellas, para que tu provecho sea manifiesto a todos." "Porque toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y su flor se marchita; pero la palabra del Señor permanece para siempre."

El tiempo dedicado al estudio de la Palabra de Dios y a la oración se multiplicará por cien.

La Palabra de Dios es la semilla viva, y a medida que esta semilla se siembra en la mente, el agente humano debe prestar diligente cuidado a las sucesivas etapas de su crecimiento. Después de haber recibido la Palabra en la oración, hay que cuidarla y ponerla en práctica en la vida diaria. Ha de brotar y dar fruto, produciendo primero la hoja, luego la espiga y después el grano completo en la espiga.

El espíritu necesario

No basta con estudiar la Biblia como se estudian otros libros. Para que sea comprendida salvíficamente, el Espíritu Santo debe moverse en el corazón del buscador. El mismo Espíritu que inspiró la Palabra debe inspirar al lector de la Palabra. Entonces se oirá la voz del cielo. "Tu Palabra, oh Dios, es verdad", será el lenguaje del alma.

La mera lectura de la Palabra no logrará el resultado diseñado del Cielo; debe ser estudiada, y acariciada en el corazón. El conocimiento de Dios no se obtiene sin esfuerzo mental. Debemos estudiar diligentemente la Biblia, pidiendo a Dios la ayuda del Espíritu Santo, para que podamos entender Su Palabra. Debemos

tomar un versículo, y concentrar la mente en la tarea de averiguar el pensamiento que Dios ha puesto en ese versículo para nosotros. Debemos morar en el pensamiento hasta que se haga nuestro, y sepamos "lo que dice el Señor".

La lectura apresurada de las Escrituras no aporta grandes beneficios. Uno puede leer toda la Biblia y, sin embargo, no ver su belleza ni comprender su significado profundo y oculto. Un pasaje estudiado hasta que su significado es claro para la mente, y su relación con el plan de salvación es evidente, es de más valor que la lectura de muchos capítulos sin un propósito definido a la vista, y ninguna instrucción positiva obtenida. Mantenga su Biblia con usted. Cuando tengas oportunidad, léela; fija los textos en tu memoria. Incluso mientras camina por la calle, puede leer un pasaje y meditar en él, fijándolo así en su mente.

La vida de Cristo, que da vida al mundo, está en Su Palabra. Fue por Su palabra que Jesús curó enfermedades y expulsó demonios; por Su palabra calmó el mar y resucitó a los muertos; y el pueblo dio testimonio de que Su palabra era con poder. Hablaba la palabra de Dios, como había hablado a todos los profetas y maestros del Antiguo Testamento. Toda la Biblia es una manifestación de Cristo. Es nuestra fuente de poder.

Como nuestra vida física se sustenta en el alimento, así nuestra vida espiritual se sustenta en la Palabra de Dios. Y cada alma debe recibir vida de la Palabra de Dios para sí misma. Así como debemos comer por nosotros mismos para recibir alimento, así debemos recibir la Palabra por nosotros mismos. No debemos obtenerla meramente a través del medio de otra mente.

Sí, la Palabra de Dios es el pan de vida. Los que comen y digieren esta Palabra, haciéndola parte de cada acción y de cada atributo del carácter, crecen fuertes en la fortaleza de Dios. Da vigor inmortal al alma, perfeccionando la experiencia y trayendo alegrías que permanecerán para siempre.

Sra. E. G. White

2 de julio de 1902

Nuestros talentos

EGW

Los seguidores de Cristo han sido redimidos para el servicio. Nuestro Señor enseña que el verdadero objeto de la vida es el ministerio. Cristo mismo fue un

trabajador, y a todos sus seguidores les da la ley del servicio, servicio a Dios y a sus semejantes. Aquí Cristo ha presentado al mundo una concepción más elevada de la vida que la que jamás habían conocido. Al vivir para servir a los demás, el hombre entra en conexión con Cristo. La ley del servicio se convierte en el vínculo que nos une a Dios y a nuestros semejantes.

A sus siervos, Cristo encomienda "sus bienes", es decir, algo para que lo utilicen. Él da a cada hombre Su obra, cada uno tiene su lugar en el plan eterno del cielo. Cada uno debe trabajar en cooperación con Cristo para la salvación de las almas. No es más seguro el lugar preparado para nosotros en las mansiones celestiales que el lugar especial designado en la tierra donde hemos de trabajar para Dios.

A cada hombre Dios le ha dado talentos, "según su diversa capacidad". Los talentos no se reparten caprichosamente. El que tiene capacidad para usar cinco talentos, recibe cinco. El que puede mejorar sólo dos, recibe dos. El que puede usar sabiamente sólo uno, recibe uno. Nadie tiene que lamentarse por no haber recibido dones más grandes; porque Aquel que ha repartido a cada hombre es igualmente honrado por la mejora de cada confianza, ya sea grande o pequeña. Aquel a quien se le han encomendado cinco talentos ha de rendir el mejoramiento de cinco; aquel que sólo tiene uno, el mejoramiento de uno. Dios espera devoluciones "según lo que el hombre tiene, y no según lo que no tiene".

El Poder de la Palabra es un talento que debe cultivarse con diligencia. De todos los dones que hemos recibido de Dios, ninguno es capaz de ser una bendición mayor que éste. Con la voz convencemos y persuadimos; con ella ofrecemos alabanzas y oraciones a Dios; y con ella hablamos a otros del amor del Redentor. No se debe pronunciar ni una sola palabra imprudentemente. No se escapará de los labios de quien sigue a Cristo ninguna mala palabra, ninguna conversación frívola, ningún lamento irritado ni ninguna sugerencia impura. El apóstol Pablo, escribiendo por el Espíritu Santo, dice: "Ninguna comunicación corrompida salga de vuestra boca". Una comunicación corrupta no significa sólo palabras viles. Significa cualquier expresión contraria a los principios santos y a la religión pura y sin mácula. Incluye insinuaciones impuras y sugerencias encubiertas de maldad. A menos que se resistan instantáneamente, éstas conducen a un gran pecado.

Sobre cada familia, sobre cada cristiano individual, recae el deber de cerrar el paso a las palabras corruptas. Cuando estemos en compañía de aquellos que se entregan a una conversación necia, es nuestro deber cambiar el tema de

conversación, si es posible. Con la ayuda de la gracia de Dios, debemos tratar de dejar caer palabras o introducir un tema que convierta la conversación en un canal provechoso.

Nuestras palabras deben ser de alabanza y acción de gracias. Si la mente y el corazón están llenos del amor de Dios, esto se revelará en la conversación. No será un asunto difícil impartir lo que entra en nuestra vida espiritual. Grandes pensamientos, nobles aspiraciones, claras percepciones de la verdad, propósitos desinteresados, anhelos de piedad y santidad, darán fruto en palabras que revelen el carácter del tesoro del corazón. Cuando Cristo se revela así en nuestra palabra, ésta tendrá el poder de ganar almas para Él.

Debemos hablar de Cristo a quienes no lo conocen. Debemos hacer como Cristo. Dondequiera que estuviese, en la sinagoga, junto al camino, en la barca alejada un poco de la tierra, en la fiesta del fariseo o en la mesa del publicano, hablaba a los hombres de las cosas que pertenecen a la vida superior. Las cosas de la naturaleza, los acontecimientos de la vida diaria, estaban unidos por Él con las palabras de la verdad. Los corazones de sus oyentes se sentían atraídos hacia Él, porque había curado a sus enfermos, había consolado a sus afligidos y había tomado a sus hijos en brazos y los había bendecido. Cuando abría los labios para hablar, la atención de ellos se clavaba en Él, y cada palabra era para alguna alma un sabor de vida para vida.

Así debe ser con nosotros. Dondequiera que estemos, debemos buscar oportunidades para hablar a los demás del Salvador. Si seguimos el ejemplo de Cristo haciendo el bien, los corazones se abrirán a nosotros como se abrieron a Él. No bruscamente, sino con el tacto que nace del amor divino, podemos hablarles de Aquel que es "el más grande entre diez mil" y "todo él codiciable". Esta es la obra más elevada en la que podemos emplear el talento de la palabra. Nos fue dado para que pudiéramos presentar a Cristo como el Salvador que perdona los pecados.

La influencia es un talento

Por medio de Cristo, Dios ha investido al hombre de una influencia que le hace imposible vivir para sí mismo. Individualmente estamos conectados con nuestros semejantes, una parte del gran todo de Dios, y estamos bajo obligaciones mutuas. Ningún hombre puede ser independiente de sus semejantes, pues el bienestar de cada uno afecta a los demás. El propósito de

Dios es que cada uno se sienta necesario para el bienestar de los demás y procure promover su felicidad.

Cada alma está rodeada de su propia atmósfera, una atmósfera que puede estar cargada con el poder vivificante de la fe, el valor y la esperanza, y dulce con la fragancia del amor. O puede ser pesada y fría con la oscuridad del descontento y el egoísmo, o venenosa con la mancha mortal del pecado acariciado.

Por la atmósfera que nos rodea, cada persona con la que entramos en contacto se ve afectada consciente o inconscientemente. Esta es una responsabilidad de la que no podemos liberarnos. Nuestras palabras, nuestros actos, nuestra vestimenta, nuestro porte, incluso la expresión del semblante tiene una influencia que ningún hombre puede medir. Cada impulso así impartido es una semilla sembrada que producirá su cosecha. Es un eslabón en la larga cadena de los acontecimientos humanos, que se extiende sin que sepamos hacia dónde. Si con nuestro ejemplo ayudamos a otros a desarrollar buenos principios, les damos poder para hacer el bien; a su vez, ellos ejercen la misma influencia sobre otros, y ellos sobre otros más. Así, por nuestra influencia inconsciente, miles pueden ser bendecidos.

Si arrojamos un guijarro al lago, se forma una ola, luego otra, y otra, y a medida que aumentan, el círculo se ensancha hasta llegar a la misma orilla. Lo mismo ocurre con nuestra influencia. Más allá de nuestro conocimiento o control, repercute en los demás bendiciendo o maldiciendo.

Nuestro tiempo pertenece a Dios

Cada momento es Suyo, y estamos bajo la obligación más solemne de mejorarlo para Su gloria. De ningún talento que Él haya dado exigirá una cuenta más estricta que de nuestro tiempo.

Cada momento está cargado de consecuencias eternas. Debemos permanecer como hombres-minuto, listos para el servicio en cualquier momento. La oportunidad que ahora se nos presenta de hablar a algún alma necesitada la palabra de vida puede que no se nos ofrezca nunca más. Dios puede decir a esa persona: "Esta noche tu alma será requerida de ti", y por nuestra negligencia puede no estar preparada. En el gran día del juicio, ¿cómo rendiremos cuentas a Dios?

Cristo consideraba precioso cada momento, y así deberíamos considerarlo nosotros. La vida es demasiado corta para desperdiciarla. Sólo tenemos unos

pocos días de prueba para prepararnos para la eternidad. No tenemos tiempo que perder, ni tiempo que dedicar al placer egoísta, ni tiempo para la indulgencia del pecado. Es ahora cuando debemos formar caracteres para la vida futura e inmortal. Es ahora cuando debemos prepararnos para el juicio escrutador.

Los talentos utilizados son talentos multiplicados

El éxito no es fruto de la casualidad ni del destino; es obra de la providencia de Dios, recompensa de la fe y de la discreción, de la virtud y del esfuerzo perseverante. El Señor desea que utilicemos todos los dones que tenemos; y si lo hacemos, tendremos mayores dones que utilizar. Él no nos dota sobrenaturalmente con las cualidades que nos faltan; pero mientras usamos lo que tenemos, Él trabajará con nosotros para aumentar y fortalecer cada facultad. Nuestro poder aumentará con cada sacrificio sincero y de todo corazón al servicio del Maestro. Mientras nos entregamos como instrumentos para la obra del Espíritu Santo, la gracia de Dios obra en nosotros para negar viejas inclinaciones, vencer poderosas propensiones y formar nuevos hábitos. A medida que apreciamos y obedecemos los impulsos del Espíritu, nuestros corazones se ensanchan para recibir más y más de su poder, y para hacer más y mejor obra. Las energías dormidas se despiertan, y las facultades paralizadas reciben nueva vida:

El hombre que recibió un talento "fue y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor". Lo que él hizo, muchos hoy lo están haciendo. Pero que no piensen que cuando Cristo venga a ajustar cuentas con sus siervos, se contentará con la devolución de lo único que se le dio. Él pedirá lo suyo "con usura". El Señor espera que cada uno aumente sus dones. Se han hecho todas las provisiones para que lo hagamos. Aquel que no mejora sus talentos es considerado por el Señor como un siervo perezoso e indigno de confianza, indigno de ser admitido en los atrios celestiales.

Las denuncias de Dios no se limitan a los pecados más repugnantes. En el día del juicio se hará especial referencia a la negligencia en hacer lo que se podría haber hecho, pero que no se hizo por falta de la cualificación que Cristo murió para poner al alcance de todos.

Tomemos el caso de alguien que dice conocer a Cristo, pero que permite que el egoísmo ocupe el lugar más importante en su vida. Ocupado en las cosas del yo, se olvida de Dios. No mejora sus talentos, y así se descalifica a sí mismo para la esfera de utilidad que podría haber llenado. Por su infidelidad, se pierden

almas. Ha decepcionado a su Maestro. Sobre él debe caer la pena de no haber cumplido el propósito de Dios. Dios lo hace responsable del mal resultante de su negligencia, de las almas que podría haber salvado si hubiera sido fiel a su confianza. Cada hora gastada en descuidada inacción, en indiferencia a las demandas de Dios, es una hora perdida para siempre. Cada oportunidad de servicio que se deja pasar sin mejorar significa una pérdida eterna.

Sra. E. G. White

9 de julio de 1902

Servicio incondicional

EGW

Cristo dice: "El que no está conmigo, está contra mí; y el que conmigo no recoge, desparrama". Él pide discípulos de todo corazón, intrépidos, hombres y mujeres que estén dispuestos a hacer y a atreverse por Él, dispuestos a seguirle dondequiera que Él guíe el camino. Esto requiere una conversión completa. Los hombres a medio convertir son cristianos a medias. Son árboles sin fruto. En ellos Cristo busca en vano el fruto: no encuentra más que hojas.

Muchos, por la manera poco entusiasta y descuidada en que hacen su trabajo, le dicen al Maestro: "Te ruego que me excuses". Miles se unirían a Cristo si pudieran hacerlo sin negarse a sí mismos. Si Cristo y el yo pudieran ser servidos al mismo tiempo, un gran número se uniría a las filas de los que viajan hacia el cielo. Pero Jesús no llama a personas como éstas. Su causa no necesita tales adherentes.

Los verdaderos seguidores de Cristo utilizan sus conocimientos para hacer de los demás los destinatarios de su gracia. Con sus lámparas llenas de aceite santo, salen a dar luz a los que están en tinieblas. Tales obreros ven a muchas almas volverse al Señor. Continuamente se les revelan nuevas verdades, y a medida que las reciben, las imparten.

Aquellos para quienes las cadenas del pecado han sido rotas, que han buscado al Señor con quebranto de corazón, y han obtenido respuesta a sus anhelantes peticiones de justicia, nunca están fríos y sin espíritu. Se dan cuenta de que tienen una parte que desempeñar en la obra de salvar almas. Velan, oran y trabajan por la salvación de las almas. Moldeados y formados por el Espíritu Santo, adquieren profundidad, amplitud y estabilidad de carácter cristiano.

Adquieren felicidad espiritual duradera. Caminando tras las huellas de Cristo, se identifican con Él en sus planes de sacrificio. Tales cristianos no son fríos e impresentables. Sus corazones están llenos de amor desinteresado por los pecadores. Apartan de ellos toda ambición mundana, toda búsqueda de sí mismos. El contacto con las cosas profundas de Dios los hace parecerse cada vez más a su Salvador. Exultan en sus triunfos; se llenan de su alegría. Día tras día crecen hasta alcanzar la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo Jesús.

Cristo odia el pecado. El mal recibe de Él una severa reprimenda. Pero aunque odia el pecado, ama al pecador. Dejando a un lado sus riquezas y su gloria, vino a esta tierra a buscarnos a nosotros, pecadores, descarriados e infelices, para conducirnos al cielo. Se humilló a sí mismo y tomó sobre sí nuestra naturaleza, para hacernos semejantes a sí mismo, puros y rectos, libres de mancha. Sufrió más de lo que cualquiera de ustedes jamás será llamado a sufrir. Lo dio todo por vosotros. ¿Qué has dado tú por Él?

Según los talentos que se os confíen serán los rendimientos exigidos por el Maestro. ¿Qué has hecho para persuadir a los pecadores a creer en Cristo? A tu alrededor, en pecado y degradación, están aquellos por quienes Cristo murió, para que fueran puros, santos sin pecado. ¿Qué haces tú por ellos? ¿Has llenado tu vida de buenas obras? ¿Has sembrado en los corazones de aquellos con quienes tienes contacto, semillas que brotarán para dar fruto de justicia?

Cuando nos sentamos a los pies de Jesús, y aprendemos de Él a ser mansos y humildes de corazón, Él puede impartirnos sus tesoros de verdad, sabiendo que seremos obreros sabios. Hasta que la vida de Cristo no sea un poder vitalizador en nuestras vidas, no podremos ser fuertes para resistir las tentaciones que nos asaltan desde dentro y desde fuera. Necesitamos apretarnos al lado de Cristo. Necesitamos estar seguros de que llevamos Su yugo de restricción y obediencia. Entonces estaremos seguros, porque estamos del lado del Señor. Su verdad está en nuestros corazones, y encontramos Su yugo fácil y Su carga ligera. Somos fuertes en el Señor y en el poder de su fuerza. Pero sin la fuerza de Cristo nos doblaremos como el sauce a cada soplo de crítica. Nada sino Su poder puede hacernos y mantenernos fieles y firmes. Nadie puede mantenerse firme que no abrigue en su corazón la verdad de Dios.

Somos siervos de Dios, y hemos de ser obreros junto con Él, haciendo Su obra a Su manera, para que todos con quienes entremos en contacto vean que no sólo hablamos de abnegación, sino que la llevamos a la práctica en nuestras vidas.

No debe haber en nuestro servicio ninguna mancha de egoísmo. "No podéis servir a Dios y a las riquezas". Levántenlo a Él, el Hombre del Calvario. Levántenlo por fe viva en Dios, para que sus oraciones prevalezcan. ¿Nos damos cuenta de lo cerca que Jesús vendrá a nosotros? Él nos habla individualmente. Él se revelará a cada uno que esté dispuesto a ser vestido con el manto de Su justicia. Él declara: "Yo soy el que sostiene tu mano derecha". Pongámonos donde Él pueda tomarnos de la mano, donde podamos oírle decir con seguridad y autoridad: "Yo soy el que vivo, y estuve muerto; y he aquí que vivo por los siglos de los siglos."

Todos son sometidos a prueba

Por la forma en que hacemos el trabajo que Cristo nos ha dado para hacer en Su ausencia, decidimos nuestro destino futuro. Muchos descuidan el trabajo que Dios les ha dado. Se niegan a ser la mano amiga de Dios. Temamos quedarnos cortos en el plan de Dios para nosotros. Sus siervos deben estar siempre en servicio, trabajando siempre para la elevación de aquellos por quienes Él dio Su vida.

Cristo, el Señor de la casa, ha ido a prepararnos mansiones en la ciudad celestial. Esperamos su regreso. Honrémosle en su ausencia haciendo con fidelidad el trabajo que ha puesto en nuestras manos. Esperando, vigilando, trabajando, debemos prepararnos para Su regreso. Si somos fieles, si le servimos con pleno propósito de corazón, Él nos recibirá con las gentiles palabras: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo." Él nos recibirá con honor. Se nos dará una corona de gloria que no se marchita, y un nombre nuevo, "que nadie conoce sino aquel que lo recibe." Los que siguen a Cristo aquí, un día "seguirán al Cordero por dondequiera que vaya".

Dios llama. ¿Oyes Su voz? Él llama a obreros sinceros y de todo corazón. ¿Escucharás y, negándote a ti mismo, tomarás la cruz y lo seguirás? Los que se niegan, entregándose al amor a la comodidad y al egoísmo, sufren una pérdida eterna.

Sra. E. G. White

16 de julio de 1902

La gracia de la cortesía

EGW

Los que trabajan para Cristo han de ser puros, rectos y dignos de confianza, y también han de tener un corazón tierno, ser compasivos y corteses. La cortesía es una de las gracias del Espíritu. Es un atributo del cielo. Los ángeles nunca se apasionan, nunca son envidiosos ni egoístas. No se les escapa ninguna palabra dura o desagradable. Si queremos ser compañeros de los ángeles, también nosotros debemos ser refinados y corteses.

La verdad de Dios está diseñada para elevar al receptor, para refinar su gusto y santificar su juicio. Ningún hombre puede ser cristiano sin tener el Espíritu de Cristo; y si tiene el Espíritu de Cristo, se manifestará en una disposición refinada y cortés. Su carácter será santo, sus modales corteses, sus palabras sin engaño. Abrigará el amor que no se irrita fácilmente, que sufre mucho y es bondadoso, que todo lo espera y todo lo soporta.

Lo que Cristo fue en Su vida en esta tierra, eso debe ser cada cristiano. Él es nuestro ejemplo, no sólo por su pureza inmaculada, sino también por su paciencia, gentileza y disposición bondadosa. Era firme como una roca en lo que se refería a la verdad y al deber, pero era invariablemente amable y cortés. Su vida fue una ilustración perfecta de la verdadera cortesía. Siempre tenía una mirada amable y una palabra de consuelo para los necesitados y oprimidos.

Su presencia trajo una atmósfera más pura al hogar, y Su vida fue como levadura que trabaja en medio de los elementos de la sociedad. Inofensivo e inmaculado, caminó entre los desconsiderados, los rudos, los descorteses; entre los publicanos injustos, los samaritanos injustos, los soldados paganos, los rudos campesinos y la multitud mezclada. Dijo una palabra de compasión aquí y otra allá, cuando vio a los hombres cansados y obligados a llevar pesadas cargas. Compartió sus cargas y les repitió las lecciones que había aprendido de la naturaleza sobre el amor, la bondad y la amabilidad de Dios.

Trató de inspirar esperanza a los más rudos y poco prometedores, presentándoles la seguridad de que podrían llegar a ser irrepreensibles e inofensivos, alcanzando un carácter tal que los haría manifiestos como hijos de Dios.

Aunque era judío, Cristo se mezcló con los samaritanos, desechando las costumbres farisaicas de su nación. A pesar de sus prejuicios, aceptó la hospitalidad de este pueblo despreciado. Durmió bajo sus techos, comió con ellos en sus mesas -participando de la comida preparada y servida por sus manos-, enseñó en sus calles y los trató con la mayor amabilidad y cortesía.

Jesús se sentó como huésped de honor a la mesa de los publicanos, demostrando con su simpatía y amabilidad social que reconocía la dignidad de la humanidad; y los hombres anhelaban hacerse dignos de su confianza. Sus palabras cayeron sobre sus almas sedientas con un poder bendito y vivificador. Se despertaron nuevos impulsos y se abrió la posibilidad de una nueva vida para estos marginados de la sociedad.

La religión de Jesús suaviza todo lo que es duro y áspero en el temperamento, y alisa todo lo que es áspero y cortante en los modales. Es esta religión la que hace que las palabras sean suaves y la conducta ganadora. Aprendamos de Cristo a combinar un alto sentido de pureza e integridad con la solemnidad de la disposición. Un cristiano amable y cortés es el argumento más poderoso que puede producirse en favor del Evangelio.

El principio inculcado por el mandamiento: "Sed bondadosos los unos con los otros", está en la base misma de la felicidad doméstica. La cortesía cristiana debe reinar en todos los hogares. Tiene el poder de ablandar naturalezas que sin ella se volverían duras y ásperas. La esposa y la madre pueden atar a su esposo y a sus hijos con fuertes lazos, si son siempre gentiles y corteses en sus palabras y en sus modales. La cortesía cristiana es el broche de oro que une a los miembros de la familia en lazos de amor que cada día se hacen más estrechos y fuertes.

Los que profesan ser seguidores de Cristo, y al mismo tiempo son rudos, poco amables y descorteses en sus palabras y en su conducta, no han aprendido de Jesús. Un hombre bravucón, prepotente y criticón no es un cristiano; porque ser cristiano es ser semejante a Cristo. La conducta de algunos que profesan ser cristianos carece tanto de amabilidad y cortesía que se habla mal de su bondad. No se puede dudar de su sinceridad, no se puede cuestionar su rectitud; pero la sinceridad y la rectitud no compensarán la falta de amabilidad y cortesía. El cristiano ha de ser comprensivo a la vez que sincero, compasivo y cortés a la vez que recto y honesto.

Las palabras amables son como el rocío y las lluvias suaves para el alma. La Escritura dice de Cristo que la gracia fue derramada en sus labios, para que

"supiera hablar a tiempo al cansado". Y el Señor nos manda: "Hablad siempre con gracia", "para que dé gracia a los oyentes".

Algunas personas con las que te relacionas pueden ser bruscas y descorteses; pero no por ello seas tú menos cortés. El que desea conservar su propia dignidad debe tener cuidado de no herir innecesariamente la dignidad de los demás. Esta regla debe observarse sagradamente con los más torpes, con los más torpes. Lo que Dios piensa hacer con estos aparentemente poco prometedores, no lo sabes. Él ha aceptado en el pasado a personas no más prometedoras o atractivas para hacer una gran obra para Él. Su Espíritu, moviéndose en el corazón, ha despertado cada facultad a una acción vigorosa. El Señor vio en estas piedras ásperas y sin labrar un material precioso, que resistiría la prueba de la tormenta, el calor y la presión. Dios no ve como ve el hombre. No juzga por las apariencias, sino que escudriña el corazón y juzga con justicia.

La verdadera cortesía, mezclada con la verdad y la justicia, hace la vida no sólo útil, sino hermosa y fragante. Palabras amables, miradas agradables, un semblante alegre, arrojan un encanto sobre el cristiano que hace su influencia casi irresistible. En el olvido de sí mismo, en la luz, la paz y la felicidad que constantemente otorga a los demás, encuentra la verdadera alegría.

Olvidémonos de nosotros mismos, siempre atentos para alegrar a los demás, para aligerar sus cargas con actos de tierna bondad y obras de amor desinteresado. No pronunciemos palabras crueles; dejemos que el desprecio egoísta de la felicidad de los demás dé lugar a la simpatía amorosa. Estas atentas cortesías, que comienzan en el hogar y se extienden mucho más allá del círculo familiar, contribuyen en gran medida a la suma de la felicidad de la vida, y su descuido constituye una parte no pequeña de la miseria de la vida.

Sra. E. G. White

23 de julio de 1902

La rebelión de Satán

EGW

¡Cómo has caído del cielo, oh Lucifer, hijo de la mañana! ¡Cómo has sido cortado en tierra, que debilitabas a las naciones! Porque has dicho en tu corazón: Subiré al cielo, elevaré mi trono sobre las estrellas de Dios; me sentaré también en el monte de reunión, a los lados del norte; subiré sobre las alturas de las

nubes; seré semejante al Altísimo. Pero tú serás abatido al infierno, a los lados de la fosa".

Entre los habitantes del cielo, Satanás, después de Cristo, fue en un tiempo el más honrado por Dios, y el más alto en poder y gloria. Antes de su caída, Lucifer, "hijo de la mañana", era el primero de los querubines protectores, santo e inmaculado. Estaba en presencia del gran Creador, y los incesantes rayos de gloria que envolvían al Dios eterno descansaban sobre él.

Poco a poco, Lucifer llegó a satisfacer el deseo de autoexaltación. Debido a la exaltación de Cristo, el Único igual al Padre, permitió que los celos surgieran en su corazón.

"¿Por qué", cuestionó, "Cristo debe tener la supremacía? ¿Por qué es honrado por encima de Lucifer?"

Aunque toda su gloria procedía de Dios, Lucifer llegó a considerarla propia. No contento con su posición, aunque honrado por encima de la hueste celestial, se aventuró a codiciar el homenaje debido sólo al Creador. Abandonando su lugar en la inmediata presencia del Padre, salió a difundir el espíritu de descontento entre los ángeles. Trabajó con misterioso secreto, y durante un tiempo ocultó su verdadero propósito bajo una apariencia de reverencia a Dios. Comenzó a insinuar dudas sobre las leyes que regían a los seres celestiales, leyes que declaraba arbitrarias, perjudiciales para los intereses del universo celestial y necesitadas de cambio. Intereses vitales estaban en juego. ¿Conseguiría Lucifer minar la confianza en la ley de Dios? ¿Haría tan evidentes estos supuestos defectos de la ley, que los habitantes del universo celestial estarían justificados en reclamar que la ley podría ser mejorada?

Por su rebelión contra la ley de Dios, Satanás trajo el pecado a la existencia; porque "el pecado es la transgresión de la ley".

Dios, en su sabiduría, no usó medidas de fuerza para suprimir la rebelión de Satanás. Tales medidas habrían despertado simpatía por Satanás, fortaleciendo su rebelión en vez de disminuir su poder. Si Dios hubiera castigado desde el principio su rebelión, muchos más lo habrían considerado como alguien a quien se había tratado injustamente, y habrían seguido su ejemplo. Era necesario que tuviera tiempo y oportunidad de desarrollar sus falsos principios. Hubo guerra en el cielo, y el Príncipe de la vida venció al apóstata. Satanás fue arrojado del cielo, con los ángeles que se habían unido a él.

En el principio, Dios puso al hombre bajo la ley, como condición indispensable de su propia existencia. Era un súbdito del gobierno divino, y no puede haber gobierno sin ley. El árbol del conocimiento, que estaba cerca del árbol de la vida en medio del jardín del Edén, debía ser una prueba de la obediencia, la fe y el amor de nuestros primeros padres. Aunque se les permitía comer libremente de todos los demás árboles, se les prohibía probar éste, so pena de muerte. También debían ser expuestos a las tentaciones de Satanás; pero si soportaban la prueba, quedarían finalmente fuera de su poder, para gozar del favor perpetuo de Dios.

En esta tierra Satanás trató de llevar adelante la obra que comenzó en el cielo. Declaró que el hombre no podía obedecer la ley de Dios. Acercándose a nuestros primeros padres mientras estaban siendo juzgados en el jardín del Edén, logró, por medio de la falsedad y la tergiversación, apartarlos de la lealtad a la ley de Dios. Al no resistir la tentación, quedaron bajo la jurisdicción de Satanás. De este modo, el enemigo obtuvo la supremacía sobre la raza humana.

Cuando el hombre se rebeló, todo el cielo se llenó de dolor. La pena de la desobediencia a la ley de Dios es la muerte. No parecía haber escapatoria para los que habían transgredido la ley. La ley no podía cambiarse para satisfacer al hombre en su condición caída. Pero el amor de Dios por la humanidad nunca puede medirse. En lugar de condenar a la raza humana a la muerte eterna, dio a su Hijo unigénito para su redención.

El Hijo de Dios, el glorioso Comandante del cielo, se compadeció de la raza caída. Estableció un pacto con Dios para salvar al hombre y vindicar el carácter de su Padre expresado en la ley. Vino a la tierra en forma de hombre para refutar la mentira de Satanás de que Dios había dado una ley que el hombre no podía cumplir. Vino a entregarse como sacrificio por el pecado, revelando así al universo celestial que la ley es tan inmutable y eterna como Jehová mismo.

Dios es omnipotente, omnisciente, inmutable. Siempre sigue un camino recto. Su ley es verdad, inmutable, verdad eterna. Sus preceptos son coherentes con sus atributos. Pero Satanás los hace aparecer bajo una luz falsa. Al pervertirlos, trata de dar a los seres humanos una impresión desfavorable del Dador de la Ley. A lo largo de su rebelión ha tratado de representar a Dios como un ser injusto y tiránico.

Al principio, el propósito de Satanás era separar al hombre de Dios. Y este propósito lo ha llevado a cabo en todas las épocas. Constantemente obra entre los hijos de los hombres. Influye en todas las clases. El mismo método de

engaño, la misma lógica, que usó para engañar a la santa pareja en el Edén, ha usado en todas las edades sucesivas. Su plan de trabajo siempre ha sido el engaño. A veces asume un manto de piedad, pureza y santidad. A menudo se transforma en un ángel de luz. Ha cegado los ojos de los hombres para que no puedan ver debajo de la superficie y discernir su verdadero propósito. Como resultado de la desobediencia de Adán, todo ser humano es un transgresor de la ley, vendido al pecado. A menos que se arrepienta y se convierta, está bajo la esclavitud de la ley, sirviendo a Satanás, cayendo en los engaños del enemigo y dando testimonio contra los preceptos de Jehová. Pero por la perfecta obediencia a los requisitos de la ley, el hombre es justificado. Sólo mediante la fe en Cristo es posible tal obediencia. Los hombres pueden comprender la espiritualidad de la ley, pueden darse cuenta de su poder como detector del pecado, pero son impotentes para resistir el poder y los engaños de Satanás, a menos que acepten la expiación provista para ellos en el sacrificio reparador de Cristo, que es nuestra expiación-nuestra unión con Dios.

Los que creen en Cristo y obedecen sus mandamientos no están sometidos a la ley de Dios; porque para los que creen y obedecen, su ley no es una ley de esclavitud, sino de libertad. Todo el que cree en Cristo, todo el que confía en el poder guardador de un Salvador resucitado que ha sufrido la pena pronunciada sobre el transgresor, todo el que resiste la tentación y en medio del mal copia el modelo dado en la vida de Cristo, llegará a ser, mediante la fe en el sacrificio expiatorio de Cristo, partícipe de la naturaleza divina, habiendo escapado a la corrupción que hay en el mundo por la concupiscencia. Todo aquel que por la fe obedezca los mandamientos de Dios, alcanzará la condición de impecabilidad en que vivía Adán antes de su transgresión.

Cristo tomó sobre sí la naturaleza del hombre, y mediante una vida perfecta demostró la falsedad de las afirmaciones de quien acusa constantemente a los que intentan obedecer la ley de Dios. Y la sangre de Cristo derramada en la cruz es el testimonio eterno e incontrovertible de que la ley de Dios es tan inmutable como lo es Su propio carácter. En el día del juicio, cuando la muerte en la cruz se vea en todo su significado, se callarán todas las voces. Todos verán que Satanás es un rebelde, y reconocerán la sabiduría, la justicia y la bondad de Dios; unánimes declararán: "Justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos."

Sra. E. G. White

30 de julio de 1902

La Palabra de Dios

EGW

Revestido de los ornamentos de la humanidad, el Hijo de Dios descendió al nivel de aquellos a quienes quería salvar. En Él no había engaño ni pecado; siempre fue puro e inmaculado; sin embargo, tomó sobre Sí nuestra naturaleza pecaminosa. Vistiendo su divinidad con humanidad, para poder asociarse con la humanidad caída, trató de recuperar para el hombre lo que por la desobediencia Adán había perdido, para sí mismo y para el mundo. En su propio carácter, Jesús manifestó al mundo el carácter de Dios; no se complació a sí mismo, sino que se dedicó a hacer el bien. Toda su historia, durante más de treinta años, fue de pura y desinteresada benevolencia.

¿Podemos extrañarnos de que los hombres se asombraran de su enseñanza? "Les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas". La enseñanza de los escribas y fariseos era una continua repetición de fábulas y tradiciones infantiles. Sus opiniones y ceremonias descansaban en la autoridad de antiguas máximas y dichos rabínicos, que eran frívolos y sin valor. Cristo no se detuvo en los débiles e insípidos dichos y teorías de los hombres. Como alguien que posee una autoridad superior, se dirigió a sus oyentes, presentándoles temas trascendentales; y sus llamamientos llevaron la convicción a sus corazones. La opinión de todos, expresada por muchos que no pudieron guardar silencio, fue: "Jamás hombre alguno habló como este Hombre."

La Biblia enseña toda la voluntad de Dios respecto a nosotros. "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra." La enseñanza de esta Palabra es exactamente la que se necesita en todas las circunstancias en que podamos encontrarnos. Es una regla suficiente de fe y práctica; porque es la voz de Dios que habla al alma, dando a los miembros de su familia instrucciones para guardar el corazón con toda diligencia. Si esta Palabra se estudia, no sólo se lee, sino que se estudia, nos proporciona un cúmulo de conocimientos que nos permite mejorar todas las dotes que Dios nos ha dado. Nos enseña nuestra obligación de usar las facultades que nos han sido dadas. Guiados por sus preceptos, podemos rendir obediencia a los requerimientos de Dios.

Todos los que acudan a la Palabra de Dios en busca de guía, con mentes humildes e inquisitivas, decididos a conocer los términos de la salvación, comprenderán lo que dice la Escritura. Pero los que traen a la investigación de la Palabra un espíritu que ella no aprueba, quitarán de la búsqueda un espíritu que ella no ha impartido. El Señor no hablará a una mente despreocupada. No desperdicia Su instrucción en alguien que es voluntariamente irreverente o contaminado. Pero el tentador educa a toda mente que se somete a sus sugerencias y está dispuesta a dejar sin efecto la santa ley de Dios.

Necesitamos humillar nuestros corazones, y con sinceridad y reverencia escudriñar la Palabra de vida; porque sólo esa mente que es humilde y contrita puede ver la luz. El corazón, la mente, el alma deben estar preparados para recibir la luz. Debe haber silencio en el alma. Los pensamientos deben ser llevados cautivos a Jesucristo. La jactanciosa confianza en sí mismo y la autosuficiencia deben ser reprendidas en presencia de la Palabra de Dios. El Señor habla al corazón que se humilla ante Él.

Tiempos agitados están ante nosotros, y es fatal ser descuidado e indiferente. "Todavía un poco, y el que ha de venir vendrá, y no tardará". No podemos darnos el lujo de ser desobedientes a los requerimientos de Dios. La ira que los impenitentes están atesorando ahora contra aquel día en que se sentará el juicio, y cada caso será juzgado según las cosas escritas en los libros del cielo, pronto estallará sobre ellos. Entonces la voz de la misericordia ya no suplicará en favor del pecador.

Si rechazamos las invitaciones que se nos hacen ahora, si persistimos en la desobediencia, no tendremos una segunda probación. "Escogeos hoy a quién sirváis: a Dios o a las riquezas. Ahora, mientras es llamado hoy, si oís Su voz, no endurezcáis vuestro corazón, no sea que sea la última invitación de misericordia.

Sra. E. G. White

6 de agosto de 1902

"Los justos florecerán como la palmera"

EGW

Veán al cansado viajero esforzándose sobre la arena caliente del desierto, sin ningún refugio que le proteja de los rayos del sol tropical. Le falta el agua y no

tiene con qué saciar su ardiente sed. Se le hincha la lengua y se tambalea como un borracho. Visiones de su hogar y amigos pasan por su mente mientras cree estar a punto de perecer. De repente, ve a lo lejos, surgiendo de la triste arena, una palmera verde y floreciente. La esperanza acelera su pulso y sigue adelante, sabiendo que lo que da vigor y frescura a la palmera refrescará su sangre febril y le dará una vida renovada.

Como la palmera en el desierto -guía y consuelo para el viajero desfallecido- así ha de ser el cristiano en el mundo. Debe guiar a las almas cansadas, llenas de inquietud y listas para perecer en el desierto del pecado, hacia el agua viva. Debe señalar a sus semejantes a Aquel que invita a todos: "Si alguno tiene sed, venga a mí y beba".

El cielo puede ser como el bronce, la arena ardiente puede golpear las raíces de la palmera y amontonarse en torno a su tronco; sin embargo, el árbol sigue vivo, fresco y vigoroso. Retira la arena y descubrirás el secreto de su vida: sus raíces se hunden en las aguas ocultas en la tierra.

Así sucede con el cristiano. Su vida está escondida con Cristo en Dios. Jesús es para él una fuente de agua que salta hasta la vida eterna. Su fe, como las raíces de la palmera, penetra por debajo de las cosas que se ven, extrayendo vida de la fuente de la vida. Y, en medio de toda la corrupción del mundo, es fiel y leal a Dios. La dulce influencia de la justicia de Cristo lo rodea. Su influencia eleva y bendice.

El más humilde y pobre de los discípulos de Jesús puede ser una bendición para otros. Tal vez no se den cuenta de que están haciendo un bien especial, pero por su influencia inconsciente pueden iniciar olas de bendiciones que se ampliarán y profundizarán, y los benditos resultados tal vez nunca los conozcan hasta el día de la recompensa final. No es necesario que se fatiguen con la ansiedad del éxito. Sólo tienen que seguir adelante tranquilamente, haciendo fielmente el trabajo que la providencia de Dios les asigna, y su vida no será en vano. Sus propias almas crecerán más y más en la semejanza de Cristo; son obreros junto con Dios en esta vida, y están así preparados para el trabajo más elevado y el gozo sin sombra de la vida venidera.

A lo largo de tu vida, te encontrarás con personas cuya suerte no es nada fácil. El trabajo y las privaciones, sin esperanza de cosas mejores en el futuro, hacen que su carga sea muy pesada. Y cuando se añaden el dolor y la enfermedad, la carga es casi mayor de lo que pueden soportar. Desgarrados y oprimidos, no saben a quién acudir en busca de alivio. Pon todo tu corazón en la obra de

ayudarles. No es el propósito de Dios que sus hijos se encierren en sí mismos. Recuerda que Cristo murió por ellos tanto como por ti. Extiéndeles una mano de ayuda. Esto te abrirá el camino para ayudarles, para ganar su confianza, para inspirarles esperanza y valor.

Todos tenemos pruebas, penas difíciles de soportar, tentaciones difíciles de resistir. No cuentes tus penas a tus compañeros, sino llévaselo todo a Dios en la oración. Ten por norma no pronunciar nunca una sola palabra de duda o desaliento. Puedes hacer mucho para alegrar la vida de los demás y fortalecer sus esfuerzos, con palabras de santo ánimo.

Hay muchas almas valientes que están muy presionadas por la tentación, casi a punto de desfallecer en el conflicto consigo mismas y con los poderes del mal. No desanimas a tal alma en su dura lucha. Aliéntalo con palabras valientes y esperanzadoras que lo impulsen en su camino. "Ninguno de nosotros vive para sí mismo". Por nuestra influencia inconsciente otros pueden ser alentados y fortalecidos.

El servicio prestado con sinceridad tiene una gran recompensa. "Tu Padre, que ve en secreto, él mismo te recompensará en público". Los rostros de los hombres y mujeres que caminan y trabajan con Dios expresan la paz del cielo. Están rodeados de la atmósfera del cielo. Para estas almas ha comenzado el reino de Dios. Tienen la alegría de Cristo, la alegría de ser una bendición para la humanidad. Tienen el honor de ser aceptados para el uso del Maestro; se confía en ellos para hacer Su obra en Su nombre.

E. G. White.

13 de agosto de 1902

Cristo, nuestro mediador

EGW

El Señor se siente honrado cuando confiamos en Él, llevándole todas nuestras perplejidades. "Todo lo que pidáis en mi nombre", dice, "lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo". Las designaciones y concesiones de Dios en nuestro favor no tienen límite. El trono de la gracia es el centro de atracción, porque lo ocupa Aquel que nos permite llamarle Padre. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna".

Jehová no consideró completo el plan de salvación mientras estuviera investido únicamente de su propio amor. Ha colocado en su altar a un Abogado revestido de nuestra naturaleza, cuyo oficio es presentarnos a Dios como sus hijos e hijas. Cristo intercede en favor de todos los que lo reciben. Les da poder para llegar a ser hijos de Dios. Y el Padre demuestra su amor a Cristo recibiendo y acogiendo como amigos suyos a los amigos de Cristo. Está satisfecho con la expiación realizada. Es glorificado por la mediación de Su Hijo. Somos aceptados en el Amado.

En nombre de Cristo, nuestras súplicas ascienden al Padre. Él intercede por nosotros, y el Padre pone a nuestra disposición todos los tesoros de su gracia. "Pedid en mi nombre", dice Cristo. "No digo que yo rogaré al Padre por vosotros; porque el Padre mismo os ama, porque vosotros me amáis a Mí. Utilizad Mi nombre. Esto dará a vuestras oraciones eficacia y poder, el Padre os dará las riquezas de su gracia. Por tanto, pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo."

¿Qué más podría hacer Dios por nosotros de lo que ya ha hecho? El arco iris que rodea el trono es una promesa eterna de que todos los que se acerquen a Él encontrarán el perdón. Cristo nos anima a orar siempre. Busca atraernos hacia Él, para satisfacer su deseo de ayudarnos. Nos exhorta a presentarle nuestras necesidades. Su corazón de amor está lleno de un ferviente deseo de ponernos en estrecho contacto con Dios.

Cuando Satanás te diga que el Señor no te mirará con buenos ojos porque has pecado, dile: "Jesús dio su vida por mí. Sufrió una muerte cruel para que yo pudiera resistir la tentación. Sé que Él me ama, a pesar de mi imperfección. Descanso en Su amor. Dios ha aceptado Su perfección en mi favor. Él es mi justicia y confío en sus méritos. Me quita las vestiduras manchadas por el pecado y me viste con el manto de su justicia. Vestido con este manto, estoy ante el Padre justificado".

"¿Qué diremos, pues, a estas cosas? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con Él gratuitamente todas las cosas?". "Estoy persuadido de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada podrá apartarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro."

Sí; Cristo se ha convertido en el medio de oración y de bendición entre Dios y el hombre. Pone toda la influencia de su justicia del lado del suplicante. Él suplica por el hombre; y el hombre, necesitado de la ayuda divina, suplica por sí mismo, usando el nombre de Aquel que dio Su vida por la vida del mundo. Cuando nos acercamos a Dios en nombre de Cristo, reconociendo nuestro aprecio por Su sacrificio, se da fragancia a nuestras peticiones. Nos vestimos con sus vestiduras sacerdotales. El Salvador nos acerca a su lado, rodeándonos con su brazo humano, mientras con su brazo divino se aferra al trono del Infinito.

Sra. E. G. White

20 de agosto de 1902

Palabras a las madres

EGW

La madre tiene el privilegio de formar a sus hijos para el cielo. Esta es su gran vocación. Pero la obra es difícil, requiere más que la fuerza y la sabiduría humanas, y a menudo la madre cansada y sobrecargada siente que la tarea es demasiado para ella. Pero escucha, madre cansada, la invitación del Salvador: "Venid a mí, y yo os haré descansar". Acude a Él, con tus pequeños en brazos. El que ha dicho: "Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis", no os rechazará. Os acogerá y os dará paz y alegría. En Su presencia encontrarás la fuerza que te dará valor y sabiduría para la hora más difícil.

Si las madres acudieran a Cristo con más frecuencia, si confiaran más plenamente en Él, sus cargas serían más ligeras y encontrarían descanso. Jesús conoce la carga de cada madre. Él es su mejor amigo en cada emergencia. Sus brazos eternos la sostienen. Ese Salvador cuya madre luchó con la pobreza y la privación, simpatiza con cada madre en su trabajo, y escucha sus fervientes oraciones. Aquel Salvador que emprendió un largo viaje con el propósito de aliviar el ansioso corazón de una mujer cananea, hará otro tanto por la afligida madre de hoy. El que devolvió a la viuda de Naín a su único hijo cuando lo llevaban a la sepultura, se conmueve hoy por el dolor de la madre desconsolada. El que lloró ante la tumba de Lázaro, el que perdonó a María Magdalena, el que en la cruz se acordó de las necesidades de su madre, el que después de la resurrección se apareció a las mujeres que lloraban y las convirtió en sus mensajeras, es hoy el mejor amigo de la mujer, dispuesto a ayudarla en su necesidad si confía en Él.

Madres, sed fieles. No os desaniméis en vuestro trabajo. Hablad a vuestros hijos de Cristo y rezad con ellos y por ellos. Vuestras palabras permanecerán en sus corazones. Puede parecer que no prestan atención a lo que les decís. Pueden dar una apariencia de indiferencia y ligereza, como si tus palabras fueran desatendidas. Pero no cejes en tus esfuerzos en su favor. Tus palabras están en su mente. No pueden olvidarlas. Has sembrado la semilla. En los años venideros, brotará y dará mucho fruto.

Cuántas veces el recuerdo de las oraciones y amonestaciones de una madre ha detenido al hijo ausente cuando estaba a punto de ceder a la tentación. "Cuando yo era niño", dijo un anciano, "mi madre solía pedirme que me arrodillara a su lado, y poniendo su mano sobre mi cabeza, imploraba la bendición de Dios sobre su hijo. Antes de que yo tuviera edad suficiente para conocer su valor, ella murió, y yo quedé abandonado a mi propia guía. Yo era naturalmente inclinado al mal, pero una y otra vez fui refrenado por el pensamiento de las oraciones de mi madre. De joven, viajé mucho y estuve expuesto a muchas tentaciones. Pero cuando hubiera cedido a la tentación, me parecía sentir la presión de la mano de mi madre sobre mi cabeza, y me salvaba. A veces llegaba con ella una voz a mi corazón, una voz que debía ser obedecida: "No hagas esta maldad, hijo mío; no peques contra tu Dios".

Madre cristiana, no olvides dónde está la Fuente de tu fortaleza. Abundancia en la oración: oración ferviente, sincera, luchadora. Grandes y arduos son tus deberes, y grande tu necesidad de ayuda de lo alto. Necesitas sabiduría, firmeza, paciencia, dominio propio. ¿Adónde puedes ir para esto sino al propiciatorio de Aquel que "da a todos abundantemente, y no reprende"? "Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de lo alto y desciende del Padre de las luces".

La oración constante te capacitará para tus deberes. Mediante la oración podrás echar mano de la fuerza de Dios, y estar capacitado para decir con el apóstol: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece."

Lleva a tus hijos al Salvador en brazos de la fe. Suplica por ellos las promesas de Dios. La voz de una madre nunca suplicará en vano. El orgullo te enseñaría a pedir honor mundano, grandeza terrenal, para tus seres queridos; pero, oh, pide para ellos una bendición mayor que éstas. Extiende la mano y toma para ellos un premio cuyo valor sólo la eternidad revelará.

Oh madre, tienes una labor de amor que realizar. No desmayes ni te canses. Que el sentido de la importancia de tu alta vocación te anime a correr con paciencia la carrera que tienes por delante. Y cuando hayas terminado tu carrera, tuya será

la indecible alegría de ser recibido con las palabras: "Bien, buen siervo y fiel; ... entra en el gozo de tu Señor". Y con tus seres queridos a tu alrededor, estarás de pie en el Monte Sión, y arrojarás tu corona a los pies de Jesús, diciendo: No a nosotros, sino a Tu nombre sea la gloria.

27 de agosto de 1902

Justicia y amor de Dios

EGW

El amor de Dios se derrama en nuestros corazones.... Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos.... Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros".

Después de la caída de nuestros primeros padres, Cristo declaró que, para salvar al hombre de la pena del pecado, vendría al mundo para vencer a Satanás en el propio campo de batalla del enemigo. La controversia que comenzó en el cielo debía continuar en la tierra.

En esta controversia había mucho en juego. Había enormes intereses en juego. Ante los habitantes del universo celestial debían responderse las preguntas: "¿Es la ley de Dios imperfecta, necesita enmienda o abrogación, o es inmutable? El gobierno de Dios, ¿necesita cambios, o es estable?".

Antes del primer advenimiento de Cristo, el pecado de negarse a conformarse a la ley de Dios se había generalizado. Al parecer, el poder de Satanás iba en aumento; su guerra contra el cielo era cada vez más decidida. Se había llegado a una crisis. Los ángeles celestiales observaban con intenso interés los movimientos de Dios. ¿Saldría de su lugar para castigar a los habitantes del mundo por su iniquidad? ¿Enviaría el fuego o el diluvio para destruirlos? Todo el cielo esperaba la orden de su Comandante para derramar las copas de la ira sobre un mundo rebelde. Una palabra de Él, una señal, y el mundo habría sido destruido. Los mundos no caídos habrían dicho: "Amén. Tú eres justo, oh Dios, porque has exterminado la rebelión".

Pero "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". Dios podría haber enviado a Su Hijo para condenar, pero lo envió para salvar. Cristo vino como Redentor. No hay palabras para describir el efecto de este movimiento en

los ángeles celestiales. Con asombro y admiración sólo pudieron exclamar: "¡En esto consiste el amor!".

Cristo emprendió su misión de misericordia, y desde el pesebre hasta la cruz fue acosado por el enemigo. Satanás le disputó cada palmo de terreno, ejerciendo todo su poder para vencerlo. Como una tempestad, una tentación tras otra se abatieron sobre Él. Pero cuanto más despiadadamente caían, tanto más firmemente se aferraba el Hijo de Dios a la mano de su Padre, y seguía adelante en el camino manchado de sangre.

La severidad del conflicto por el que pasó Cristo fue proporcional a la inmensidad de los intereses implicados en su éxito o fracaso. No eran sólo los intereses de un mundo los que estaban en juego. Esta tierra era el campo de batalla, pero todos los mundos que Dios había creado se verían afectados por el resultado del conflicto.

Satanás trató de derrocar a Cristo, a fin de que él mismo pudiera seguir reinando en este mundo como supremo. Y planeó y llevó a cabo el asesinato de Cristo con la esperanza de que el Hijo de Dios no soportara una muerte tan terrible como su astucia pudiera hacerla. Pensó demostrar la verdad de su afirmación de que Cristo no era abnegado.

Inspirados por influencias satánicas, los hombres clamaron por la crucifixión del Salvador. Todo el cielo contempló las sucesivas etapas de su humillación: su prueba, su rechazo y su muerte. Satanás urdió todas las maquinaciones, planeó todas las maldades, inflamó todas las mentes para traer aflicción al Hijo de Dios. Fue él quien instigó las falsas acusaciones contra Aquel que sólo había hecho el bien; fue él quien inspiró a los hombres a cometer los actos crueles que aumentaron su sufrimiento.

Satanás trató de hacer creer que trabajaba por la libertad del universo. Estaba decidido a hacer que sus argumentos fueran tan variados, tan engañosos, tan insidiosos, que todo el mundo se convenciera de que la ley de Dios era tiránica. Incluso mientras colgaba de la cruz, asaltado por Satanás con sus más feroces tentaciones, Cristo salió victorioso. No entregó su vida hasta que hubo cumplido la obra que había venido a hacer, y con su aliento de despedida exclamó: "Consumado es". La batalla había sido ganada. Su diestra y su santo brazo le habían dado la victoria. La sangre del inocente había sido derramada por el culpable. Por la vida que Él dio, el hombre fue rescatado de la muerte eterna, y la condenación de aquel que tenía el poder de la muerte fue sellada.

No fue sino hasta la muerte de Cristo que el carácter de Satanás fue claramente revelado a los ángeles o a los mundos no caídos. Entonces se vieron en su verdadera luz las prevaricaciones y acusaciones de aquel que una vez había sido un ángel exaltado. Se vio que su carácter supuestamente inmaculado era engañoso. Se discernió plenamente su plan para exaltarse a sí mismo a la supremacía. Sus falsedades fueron evidentes para todos. La autoridad de Dios quedó establecida para siempre. La verdad triunfó sobre la falsedad.

No sólo en las mentes de unas pocas criaturas finitas de este mundo, sino en las mentes de todos los habitantes del universo celestial, se ha establecido la inmutabilidad de la ley de Dios. El curso de Satanás contra Cristo fue anunciado a todo el mundo. Cuando la cuestión fue finalmente determinada, todo ser no caído expresó indignación por la rebelión. Con una sola voz alabaron a Dios como recto, misericordioso, abnegado, justo. Su ley había sido vindicada.

El universo celestial había presenciado las armas escogidas por el Príncipe de la Vida -las palabras de la Escritura: "Escrito está", y las armas usadas por el príncipe del mundo -la falsedad y el engaño. Habían visto al Príncipe de la Vida tratar con líneas rectas de verdad, honestidad e integridad, mientras que el príncipe del mundo ejercía su poder de astucia, secreto artero, intriga, enemistad y venganza. Habían visto a Aquel que llevaba el estandarte de la verdad sacrificarlo todo, incluso Su vida, para mantener la verdad, mientras que el que llevaba el estandarte de la rebelión seguía reforzando sus acusaciones contra el Dios de la verdad. Los mundos celestiales y el cielo mismo se asombraron de la larga paciencia de Dios.

Cuando Dios expresó su aborrecimiento de Satanás, y su indignación contra él, el universo entero respondió. Habían sido convencidos. El último vestigio de afecto por los ángeles caídos había sido desarraigado; el último lazo había sido cortado. El Señor había demostrado su sabiduría y justicia al desterrar a Satanás del cielo.

Por su propio proceder, Satanás ha forjado una cadena por la que será atado. Los habitantes del universo celestial serán testigos de la justicia de Dios en su destrucción. El cielo mismo ha visto lo que sería el cielo, si se le permitiera permanecer en él. Todos los seres no caídos están ahora unidos en la consideración de la ley de Dios como inmutable. Apoyan el gobierno de Aquel que, para redimir al transgresor, no escatimó a su propio Hijo. Su ley ha demostrado ser intachable. Su gobierno es seguro para siempre. El Padre, el

Hijo y Lucifer han sido revelados en su verdadera relación mutua. Dios ha dado pruebas inequívocas de su justicia y su amor.

3 de septiembre de 1902

"Deja que esta mente esté en ti"

EGW

La ética inculcada por el Evangelio no reconoce otra norma que la perfección de la mente de Dios, la voluntad de Dios. Dios exige de sus criaturas la conformidad con su voluntad. La imperfección del carácter es pecado, y el pecado es la transgresión de la ley. Todos los atributos justos del carácter moran en Dios como un todo perfecto y armonioso. Todo aquel que recibe a Cristo como su Salvador personal tiene el privilegio de poseer estos atributos. Esta es la ciencia de la santidad.

¡Cuán gloriosas son las posibilidades que se ofrecen a la raza caída! Por medio de su Hijo, Dios ha revelado la excelencia que el hombre es capaz de alcanzar. Por los méritos de Cristo, el hombre es elevado de su estado depravado, purificado y hecho más precioso que la cuña de oro de Ofir. Le es posible llegar a ser compañero de los ángeles en la gloria, y reflejar la imagen de Jesucristo, brillando incluso en el resplandeciente esplendor del trono eterno. Tiene el privilegio de tener fe en que, por el poder de Cristo, será inmortal. Sin embargo, ¡qué pocas veces se da cuenta de las alturas que podría alcanzar si permitiera que Dios dirigiera cada uno de sus pasos!

Dios permite que cada ser humano ejerza su individualidad. No desea que nadie sumerja su mente en la mente de otro mortal. Aquellos que desean ser transformados en mente y carácter no deben mirar a los hombres, sino al Ejemplo divino. Dios invita: "Haya, pues, en vosotros *este sentir* que hubo también en Cristo Jesús". Mediante la conversión y la transformación, los hombres han de recibir la mente de Cristo. Cada uno ha de presentarse ante Dios con una fe individual, una experiencia individual, sabiendo por sí mismo que Cristo está formado en su interior, la esperanza de gloria. Para nosotros, imitar el ejemplo de cualquier hombre, incluso de uno que pudiéramos considerar casi perfecto en carácter, sería poner nuestra confianza en un ser humano defectuoso, incapaz de impartir una jota o tilde de perfección.

Tenemos como ejemplo a Aquel que es todo y en todos, el primero entre diez mil, Aquel cuya excelencia no tiene comparación. Él adaptó graciosamente Su

vida para la imitación universal. En Cristo se unieron riqueza y pobreza; majestad y abajamiento; poder ilimitado, y mansedumbre y humildad que en cada alma que lo reciba se reflejarán. En Él, a través de las cualidades y poderes de la mente humana, se reveló la sabiduría del más grande Maestro que el mundo haya conocido jamás.

Ante el mundo, Dios nos está desarrollando como testigos vivos de lo que los hombres y mujeres pueden llegar a ser por la gracia de Cristo. Se nos ordena que nos esforcemos por alcanzar la perfección de carácter. El divino Maestro dice: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto". ¿Nos tentaría Cristo exigiéndonos algo imposible? ¡Qué honor nos confiere al exhortarnos a ser santos en nuestra esfera, como el Padre es santo en la Suya! Él puede capacitarnos para hacerlo, pues declara: "*Todo* poder me es dado en el cielo y en la tierra". Es nuestro privilegio reclamar este poder ilimitado.

La gloria de Dios es Su carácter. Mientras Moisés estaba en el monte, intercediendo fervientemente ante Dios, oró: "Te ruego, muéstrame tu gloria". En respuesta, Dios declaró: "Haré pasar toda mi bondad delante de ti, y proclamaré el nombre del Señor delante de ti; y tendré piedad del que tendré piedad, y mostraré misericordia del que mostraré misericordia."

Entonces se reveló la gloria de Dios, su carácter: "El Señor pasó delante de él, y proclamó: El Señor, el Señor Dios, misericordioso y clemente, paciente y abundante en bondad y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad y la transgresión y el pecado, y que de ningún modo exculpará al culpable."

Este carácter se reveló en la vida de Cristo. Para poder condenar con su propio ejemplo el pecado en la carne, tomó sobre sí la semejanza de la carne pecaminosa. Constantemente contempló el carácter de Dios; constantemente reveló este carácter al mundo.

Cristo desea que Sus seguidores revelen en sus vidas este mismo carácter. En Su oración intercesora por Sus discípulos Él declaró: "La gloria [carácter] que Tú me diste, yo les he dado; para que sean uno, así como Nosotros somos uno; Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfeccionados en uno; y para que el mundo conozca que Tú me has enviado, y que los has amado a ellos, como también a Mí me has amado."

Hoy todavía es Su propósito santificar y limpiar a Su iglesia "con el lavamiento del agua por la Palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha". Ningún don mayor que el carácter que reveló, puede Cristo pedir a Su Padre que conceda a los que creen en Él. ¡Qué grandeza hay en Su petición! ¡Qué plenitud de gracia tiene el privilegio de recibir todo seguidor de Cristo!

Dios trabaja con aquellos que representan adecuadamente Su carácter. A través de ellos se hace Su voluntad en la tierra como se hace en el cielo. La santidad lleva a su poseedor a ser fructífero, abundando en toda buena obra. El que tiene la mente que estaba en Cristo nunca se cansa de hacer el bien. En vez de esperar la promoción en esta vida, espera el tiempo en que la Majestad del cielo exaltará a los santificados a su trono, diciéndoles: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo."

¡Oh, que pudiéramos apreciar más plenamente el honor que Cristo nos confiere! Llevando Su yugo y aprendiendo de Él, llegamos a ser como Él en aspiración, en mansedumbre y humildad, en fragancia de carácter, y nos unimos con Él en atribuir alabanza y honor y gloria a Dios como supremo. Aquellos que viven a la altura de sus altos privilegios en esta vida recibirán una recompensa eterna en la vida venidera. Si somos fieles, nos uniremos a los músicos celestiales para entonar con dulce armonía cánticos de alabanza a Dios y al Cordero.

Es el trabajo de nuestra vida avanzar hacia la perfección del carácter cristiano, esforzándonos constantemente por conformarnos a la voluntad de Dios. Día tras día debemos presionar hacia arriba, siempre hacia arriba, hasta que pueda decirse de nosotros: "Estáis completos en él".

10 de septiembre de 1902

Trabajo para cristianos

EGW

Porque el mundo estaba arruinado por el pecado, Dios dio a su Hijo para atraer a los hombres de nuevo a Él. Amó tanto al mundo que dio todo lo que el cielo podía dar para salvar a los perdidos. En cada alma que reciba este amor, se manifestará de igual manera. Dios amó tanto que lo dio todo. Si amamos con Su amor, también nosotros lo daremos todo. Seremos colaboradores de Aquel cuya misión es "predicar el Evangelio a los pobres, ... sanar a los quebrantados de corazón, predicar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, poner en

libertad a los oprimidos". Todos los que oran con sinceridad: "Sé Tú mi modelo", trabajarán en la línea de Cristo; mostrarán que ellos mismos se esfuerzan por seguir a Cristo y, como resultado natural, llevarán a otros a buscar la vida superior.

"Levantad las manos que cuelgan y las rodillas débiles, y haced sendas derechas para vuestros pies, no sea que el cojo se aparte del camino, sino que más bien sea sanado". A nuestro alrededor hay almas que se han apartado del camino, almas que han sido heridas y golpeadas por el enemigo, y que anhelan ayuda, consuelo y simpatía. Estas almas, cuando entran en contacto con nosotros, deben encontrar una mano fuerte tendida para estrechar su mano, una fe fuerte y viva que les ayude a poner su confianza en Jesús.

Que nadie sienta que Cristo lo ha colocado en el tribunal para juzgar a un hermano o a una hermana que ha caído en el error. Muchos corazones están dolorosamente afligidos, a quienes palabras bien dichas traerían paz y descanso. Tales personas son una prueba para sus hermanos y hermanas. Todo el Cielo mira para ver cómo tratamos a los que necesitan nuestra ayuda. La manera en que nos relacionamos con ellos muestra si el fuego del amor divino arde en nuestros corazones.

Todo el que pronuncia el nombre de Cristo está llamado, en la medida de sus posibilidades, a ayudar a todas las demás almas en el camino hacia el cielo. El Salvador registra todos esos esfuerzos como realizados por Él mismo, pues se ha identificado con los seres humanos que sufren.

El poder de la palabra es un don precioso de Dios, y cuando se usa para pronunciar palabras de esperanza y coraje a los oprimidos, es sabor de vida para vida. Pero puede ser un sabor de muerte para la muerte. Las palabras duras, o incluso desconsideradas, pueden ser un gran obstáculo para el alma que lucha y desfallece. Pueden agujinear y herir, hasta que la persona es llevada al campo de batalla de Satanás, y nunca más vuelve a escuchar la voz de Cristo.

¡Qué poder para el bien tendría la Iglesia, si todos sus miembros estuvieran tan imbuidos del Espíritu de Cristo que sólo hablaran palabras de consuelo y esperanza; si nadie se sintiera en libertad de juzgar, de oprimir, de ensombrecer la vida de otro!

Muchos, cegados por el pecado, han perdido de vista a Cristo, y andan a tientas en la sombra oscura del desaliento. Acércate a ellos, con un corazón lleno de amor y ternura, y háblales del Salvador. Invítalos a recibir la justicia de Cristo,

a reclamar la justificación mediante la fe en el Fiador divino. Indícales Su expiación por sus pecados, Sus méritos y Su amor inmutable por ellos.

"Para santificar al pueblo con su propia sangre", Jesús "padeció fuera de la puerta", llevando el oprobio. "Vayamos, pues, a Él fuera del campamento, llevando su oprobio. Porque aquí no tenemos ciudad permanente, sino que buscamos una venidera. Por tanto, ofrezcamos continuamente a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de nuestros labios, dando gracias a su nombre Y el Dios de paz, que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesús, el gran Pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno, os haga perfectos en toda obra buena para que hagáis su voluntad, haciendo en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo."

17 de septiembre de 1902

La Puerta del Estrecho

EGW

Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la encuentran."

El que quiera entrar por la puerta estrecha debe desechar todo amor al mundo. No hay lugar para andar por el camino angosto llevando las cosas del mundo. El que quiera caminar por este camino debe hacer una entera consagración de todo su ser a Dios. Cristo dice: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". Los que aman las riquezas, el honor mundano, la alta posición, no pueden entrar por la puerta angosta a menos que se separen de estos ídolos.

Hay que dejar a un lado los pecados que nos acosan. No hay lugar para andar por el camino estrecho y, al mismo tiempo, abrigar malas conjeturas, dudas, críticas, envidias, falta de bondad. Entrar por la puerta estrecha y recorrer el camino angosto exige firmeza de propósito, perseverancia, constancia; porque por todas partes hay voces que invitan al alma a entrar en senderos prohibidos. Exige que demos a la vida futura nuestra primera atención. Debemos apartar de nuestra vida todo lo que obstaculice nuestro progreso. Toda inclinación al mal debe ser negada, todo hábito que no esté en armonía con la palabra de Dios debe ser superado. Debemos ser uno con Cristo. Debemos negarnos a tomar el

camino de la transgresión, aunque la inclinación natural nos lleve a tomar un rumbo opuesto a la voluntad de Dios. Los que así se esfuercen por seguir a Cristo oirán su voz que les dice: "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida."

La entrada por la puerta angosta no depende de la posesión de riquezas o erudición, pero sí de la posesión de un espíritu enseñable. Debemos escudriñar las Escrituras con el propósito decidido de conocer la voluntad de Dios. El que se acerca a la Biblia con un espíritu humilde y enseñable, con un corazón que prefiere la verdad al error, y el favor de Dios a la amistad del mundo, conocerá la doctrina. No se dejará engañar por el enemigo, ni se dejará llevar de aquí para allá por falsas doctrinas. Cristo le guiará día a día, y entrará por la puerta estrecha, para caminar por el camino angosto que conduce a la vida.

No nos neguemos a entrar por la puerta estrecha porque no podamos ver todo el camino hacia el Paraíso de Dios. Quien recibe el primer rayo de luz que se le envía, y camina en él, armonizando sus acciones con la Palabra de Dios, recibirá más luz. El que camina en la luz a medida que llega, sin esperar a que se disipen todas las dudas, a que se resuelvan todos los misterios, seguirá adelante para conocer al Señor. Para él, la luz brillará más y más hasta el día perfecto. Su camino se iluminará a medida que avance. La Palabra de Dios será una lámpara para sus pies y una luz para su camino.

Sigamos a nuestro Líder. Él ha recorrido el camino antes que nosotros, y nos guiará con seguridad. Con una confianza incuestionable en nuestro Guía, avancemos como hijos de la luz.

24 de septiembre de 1902

El sacrificio de Cristo por nosotros

EGW

El Señor creó al hombre puro y santo. Pero Satanás lo extravió, pervirtiendo sus principios y corrompiendo su mente, desviando sus pensamientos por un cauce equivocado. Su propósito era corromper por completo al mundo.

Cristo vio el terrible peligro del hombre, y determinó salvarlo mediante el sacrificio de sí mismo. Para poder cumplir su propósito de amor por la raza caída, se hizo hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne. "Como los hijos participan de carne y sangre, así también él participó de lo mismo, para

destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a los que por el temor de la muerte estaban toda la vida sujetos a servidumbre. Porque ciertamente no tomó sobre sí la naturaleza de los ángeles, sino que tomó sobre sí la simiente de Abraham. Por lo cual en todo le convenía ser semejante a sus hermanos, para ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, a fin de expiar los pecados del pueblo. Porque en cuanto El mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados."

"Vemos a Jesús, que por el padecimiento de la muerte fue hecho un poco menor que los ángeles, coronado de gloria y de honra, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos los hombres. Porque a Aquel por quien son todas las cosas, y por quien son todas las cosas, para llevar a muchos hijos a la gloria, le convenía perfeccionar mediante el sufrimiento al Capitán de la salvación de ellos." A través de la acción del Espíritu Santo, un nuevo principio de poder mental y espiritual iba a ser traído al hombre, quien, a través de la asociación con la divinidad, iba a llegar a ser uno con Dios. Cristo, el redentor y restaurador, iba a santificar y purificar la mente del hombre, convirtiéndola en un poder que atraería otras mentes hacia Él. Es Su propósito, mediante el poder elevador y santificador de la verdad, dar a los hombres nobleza y dignidad. Desea que sus hijos revelen su carácter, que ejerzan su influencia, para que otras mentes sean atraídas a la armonía con su mente. "Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él, arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en ella con acción de gracias.... Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad. Y vosotros estáis completos en Él, que es la cabeza de todo principado y potestad".

Cristo podría, a causa de nuestra culpa, haberse alejado de nosotros. Pero en lugar de alejarse, vino y habitó entre nosotros, lleno de toda la plenitud de la Divinidad, para ser uno con nosotros, para que por su gracia pudiéramos alcanzar la perfección. Con una muerte de vergüenza y sufrimiento pagó nuestro rescate. De la más alta excelencia vino, con su divinidad revestida de humanidad, descendiendo paso a paso hasta las más bajas profundidades de la humillación. No hay línea que pueda medir la profundidad de su amor.

Cristo nos ha mostrado hasta qué punto nuestro Dios puede amar y sufrir para asegurar nuestra completa restauración. El Hijo de Dios, en quien residía la perfección absoluta, se hizo pecado por la raza caída. No conoció el pecado por la experiencia de pecar, pero cargó con el terrible peso de la culpa de todo el

mundo. Se convirtió en nuestra propiciación, para que todos los que lo reciban lleguen a ser hijos de Dios. La cruz fue erigida para salvar al hombre. Cristo levantado en la cruz fue el medio ideado en el cielo para despertar en el alma humana el sentido de la pecaminosidad del pecado. Mediante la cruz, Cristo trató de atraer a todos hacia sí. Murió como única esperanza de salvar a los que, a causa del pecado, estaban en la hiel de la amargura.

Para derribar la barrera que Satanás había erigido entre Dios y el hombre, Cristo hizo un sacrificio pleno y completo, revelando una abnegación sin parangón. Reveló al mundo el asombroso espectáculo de Dios viviendo en carne humana y sacrificándose para salvar a los hombres caídos. ¡Qué amor tan maravilloso! Cuando pienso en ello, lloro al pensar que muchos de los que dicen creer en Cristo están llenos de egoísmo. Viven para sí mismos y no conocen a su Salvador. Ojalá tuvieran más fe, más amor. Si entraran en la obra de Dios con el espíritu de Cristo, si conocieran el poder de Su gracia, estarían imbuidos de santo celo. Trabajarían fervientemente para dar a los obreros del Señor en campos necesitados y difíciles todas las ventajas posibles. Con sus oraciones y con sus medios recorrerían mar y tierra para establecer monumentos conmemorativos para Dios.

Es porque la influencia divina no ha impregnado a los seguidores de Cristo que hay tan poco trabajo desinteresado. Debe llevarse al mundo un mensaje que imparta impulsos nuevos y santificados a los que están corrompidos por el pecado. El mensaje debe ser escuchado por los que están cerca y los que están lejos.

Mi alma se llena de tristeza cuando veo que los que profesan ser hijos de Dios traen sus hábitos y tendencias pecaminosas a la vida cristiana. El yo gana el dominio, y Cristo es deshonrado. Me maravilla que los que profesan ser cristianos no capten los recursos divinos, que no vean más claramente la cruz como el medio del perdón y el indulto, el medio de poner el corazón orgulloso y egoísta del hombre en contacto directo con el Espíritu Santo, para que las riquezas de Cristo se derramen en la mente, y el agente humano sea adornado con las gracias del Espíritu, para que Cristo sea encomendado a los que no lo conocen.

1 de octubre de 1902

"¿Qué han visto en tu casa?"

EGW

Recorto de un intercambio los siguientes párrafos. Transmiten una lección importante que merece nuestra consideración:

Una señora acababa de despedirse de unas amigas que habían sido sus huéspedes durante unos días. Con un sentimiento de soledad, se sentó en su desierta sala de estar. Sus ojos se posaron en una Biblia, y abriéndola, leyó las palabras: "¿Qué han visto en tu casa?". "Extrañas palabras", pensó. "¿Qué significan? Hojeando el capítulo anterior, se enteró de la gracia con que el Señor había librado a Ezequías de los peligros de la batalla y luego de la enfermedad. Leyó cómo llegaron embajadores con regalos del rey de Babilonia, y cómo Ezequías los agasajó. ¿Qué les mostró? - "No las obras del Señor", dijo la dama, con un creciente sentimiento de autorreproche. "Seguramente", pensó, "el Señor me habrá enviado estas palabras. Hace dos años el Señor me libró de mi terrible conflicto con la incredulidad, y me llevó a la libertad y al gozo de una hija de Dios.

"El verano pasado, cuando yacía en mi oscura habitación, enfermo de muerte, supliqué fervientemente a Dios que me devolviera la salud, para poder hablar a mis amigos del amor y la justicia de Cristo, y de las maravillosas riquezas de su gracia.

"La señora R. y su hija han sido mis huéspedes, y ahora el Señor me pregunta: '¿Qué han visto en tu casa? ¿Qué puedo responder? Ayer, después de cenar, les enseñé todos nuestros dibujos en acuarela; luego llevé a la señora R. a mi tocador para que viera mi nueva alfombra. No recuerdo lo que vieron el miércoles, salvo que le enseñé a la señora R. el precioso juego de joyas que me regaló mi tío. Pasamos la tarde del miércoles pensando en lo que deberían llevar nuestros hijos la próxima primavera. Qué preciosa oportunidad he perdido de hablarle del manto inmaculado de la justicia de Cristo. Y Marian se ha ido a casa anhelando tener una pulsera como la que vio en mi hijo. Si hubiera sido fiel, me habría dejado hablar de Jesús y de Su gloria.

"¿Qué han visto en mi casa? Vanidad, ociosidad, tesoros mundanos. ¿Y qué han oído? Ciertamente oyeron la lectura familiar y la oración. Pero debió parecerles una mera forma. Deben haber pensado que nos deleitábamos mucho más en las

canciones mundanas que se cantaban, y en la alegre conversación, que la forma del culto familiar apenas interrumpía. Me dejaron, sin haber visto nada mejor que lo que los visitantes de Babilonia vieron en la casa de Ezequías".

Lector, ¿no es esto una palabra para tu alma? Mira a tu alrededor, y ve cuántas cosas has reunido que guerrean contra el alma. Revisa tu trato social, tu entretenimiento de invitados, y luego contesta a Dios la pregunta: "¿Qué han visto en tu casa?"

Espero que estos párrafos que he citado impresionen las mentes de aquellos que los lean tan fuertemente como lo hicieron con la mía. Estamos viviendo en medio de las escenas finales de la historia de esta tierra. Es un tiempo en el que debemos acercarnos mucho a Dios. ¿Cómo ocupamos nuestro tiempo? ¿Qué estamos haciendo para llevar a aquellos con quienes nos asociamos a buscar fervientemente logros más elevados y santos? El Señor nos ha dado la seguridad de que podemos trabajar con Él en la obra de salvar almas. Desea que estemos siempre atentos a las oportunidades de señalar las almas a Cristo, diciendo: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo."

¿Qué han visto tus amigos y conocidos en tu casa? En vez de revelar los tesoros de la gracia de Cristo, ¿exhibes las cosas que perecerán con el uso? ¿O comunicas a aquellos con quienes te relacionas alguna idea nueva del carácter y la obra de Cristo? ¿Tienes siempre alguna nueva revelación de Su amor compasivo para impartir a aquellos que no lo conocen?

Estudia el caso de Ezequías. Había estado enfermo de muerte. Había apelado al Señor, y Dios había añadido a su vida quince años. "En aquel tiempo Merodac-baladán hijo de Baladán, rey de Babilonia, envió cartas y un presente a Ezequías; porque había oído que había estado enfermo, y que había recobrado la salud. Y Ezequías se alegró de ellos, y les mostró la casa de sus cosas preciosas, la plata, y el oro, y las especias, y el unguento precioso, y toda la casa de su armadura, y todo lo que se halló en sus tesoros; no hubo cosa en su casa, ni en todo su señorío, que Ezequías no les mostrase. Entonces vino el profeta Isaías al rey Ezequías, y le dijo: ¿Qué han dicho estos hombres, y de dónde han venido a ti? Y Ezequías respondió: Han venido a mí de un país lejano, de Babilonia. Entonces él dijo: ¿Qué han visto en tu casa? Ezequías respondió: Todo lo que hay en mi casa han visto; nada hay entre mis tesoros que yo no les haya mostrado. Entonces Isaías dijo a Ezequías: Oye la palabra de Jehová de los ejércitos: He aquí que vienen días en que todo lo que hay en tu casa, y lo

que tus padres han atesorado hasta hoy, será llevado a Babilonia; nada quedará, dice Jehová."

La visita de los embajadores a Ezequías fue una prueba de su gratitud y devoción. El registro dice: "Sin embargo, en todos los negocios de los embajadores de los príncipes de Babilonia, que enviaron a él para informarse de la maravilla que se había hecho en la tierra, Dios lo dejó, para probarlo, a fin de que supiera todo lo que había en su corazón." Dios lo había levantado de un lecho de muerte, dándole un nuevo aliento de vida. Los babilonios habían oído hablar de su maravillosa recuperación. Se maravillaron de que el sol hubiera retrocedido diez grados, como señal de que se cumpliría la palabra del Señor. Enviaron mensajeros a Ezequías para felicitarlo por su recuperación. La visita de estos mensajeros le dio la oportunidad de ensalzar al Dios del cielo. Qué fácil habría sido señalarles al Dios de los dioses. Pero el orgullo y la vanidad se apoderaron del corazón de Ezequías, y en su exaltación de sí mismo expuso a los ojos codiciosos los tesoros con que Dios había enriquecido a su pueblo. No lo hizo para glorificar a Dios, sino para enaltecerse a los ojos de los príncipes extranjeros. No se detuvo a pensar que estos hombres no tenían el temor o el amor de Dios en sus corazones, y que por lo tanto no eran confidentes seguros. Su indiscreción preparó el camino para el desastre nacional. Los embajadores llevaron a Babilonia el informe de las riquezas de Ezequías, y el rey y sus consejeros planearon enriquecer a Babilonia con los tesoros de Jerusalén.

Si Ezequías hubiera aprovechado la oportunidad que se le dio de dar testimonio del poder, la bondad y la compasión del Dios de Israel, el informe de los embajadores habría sido como la luz que atraviesa las tinieblas. Pero él se engrandeció por encima del Señor de los ejércitos, y no le dio a Dios la gloria. Él "no devolvió conforme al beneficio que se le había hecho; porque se enalteció su corazón; por lo cual hubo ira sobre él, y sobre Judá y Jerusalén."

Oh, que aquellos por quienes Dios ha hecho cosas maravillosas manifestaran sus alabanzas y contaran sus maravillas. Pero cuán a menudo aquellos por quienes Dios obra son como Ezequías, olvidadizos del Dador de todas sus bendiciones.

8 de octubre de 1902

Testigos de Dios

EGW

Dios no puede desplegar el conocimiento de su voluntad y las maravillas de su gracia entre el mundo incrédulo, a menos que tenga testigos esparcidos por toda la tierra. Este es el plan de Dios: que los hombres y mujeres que son partícipes de esta gran salvación por medio de Jesucristo, sean Sus misioneros, cuerpos de luz por todo el mundo, para que sean como señales a los pueblos-epístolas vivientes, conocidas y leídas por todos los hombres; su fe y sus obras testificando de la proximidad del Salvador venidero, y de que no han recibido la gracia de Dios en vano. El pueblo debe ser advertido para que se prepare para el Juicio venidero. A los que sólo han estado escuchando fábulas, Dios les dará la oportunidad de oír la palabra segura de la profecía, a la cual harán bien en prestar atención, como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro. Dios presentará la palabra segura de la verdad al entendimiento de todos los que quieran prestar atención, para que puedan contrastar la verdad con las fábulas que les han sido presentadas por hombres que dicen entender la Palabra de Dios, y profesan estar calificados para instruir a los que están en tinieblas.

Muchos que se han llamado adventistas han sido fijadores de tiempo. Se ha fijado tiempo tras tiempo para la venida de Cristo, pero el resultado han sido repetidos fracasos. Se declara que el tiempo definitivo de la venida de nuestro Señor está más allá del conocimiento de los mortales. Aun los ángeles que ministran a los que serán herederos de la salvación, no saben el día ni la hora. "Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre". Debido a que los tiempos repetidamente fijados han pasado, el mundo se encuentra en un estado de incredulidad más decidido que antes con respecto al cercano advenimiento de Cristo. Miran con disgusto los fracasos de los que fijaron los tiempos; y porque los hombres han sido engañados de tal manera, se apartan de la verdad corroborada por la Palabra de Dios de que el fin de todas las cosas está *cerca*.

Aquellos que presuntuosamente predicán el tiempo definido, al hacerlo gratifican al adversario de las almas; porque están promoviendo la infidelidad en lugar del cristianismo. Presentan las Escrituras, y mediante una falsa interpretación muestran una cadena de argumentos que aparentemente prueba su posición. Pero sus fracasos demuestran que son falsos profetas, que no interpretan correctamente el lenguaje de la Inspiración. La Palabra de Dios es

verdad y verdad; pero los hombres han pervertido su significado. Estos errores han desacreditado la verdad de Dios para estos últimos días. Los ministros de todas las denominaciones se burlan de los adventistas. Sin embargo, los siervos de Dios no deben callar. Las señales predichas en la profecía se están cumpliendo rápidamente a nuestro alrededor. Esto debe incitar a todo verdadero seguidor de Cristo a una acción celosa.

En tiempos de Noé, los habitantes del viejo mundo se reían con desprecio de lo que calificaban de temores y presentimientos supersticiosos del predicador de la justicia. Lo denunciaron como un personaje visionario, un fanático, un alarmista. "Como fue en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del Hombre". Los hombres rechazarán el solemne mensaje de advertencia en nuestros días como lo hicieron en tiempos de Noé. Se referirán a aquellos falsos maestros que han predicho el acontecimiento y fijado el tiempo definitivo, y dirán que no tienen más fe en nuestra advertencia que en la de ellos. Esta es la actitud del mundo de hoy. La incredulidad está muy extendida, y la predicación de la venida de Cristo es objeto de burla y escarnio. Esto hace aún más esencial que aquellos que creen en la verdad presente muestren su fe por sus obras. Deben ser santificados por medio de la verdad que profesan creer; porque son señales de vida para vida, o de muerte para muerte.

Noé predicó a la gente de su tiempo que Dios les daría ciento veinte años para arrepentirse de sus pecados y refugiarse en el arca; pero rechazaron la amable invitación. Se les concedió abundante tiempo para apartarse de sus pecados, superar sus malos hábitos y desarrollar un carácter recto. Pero la inclinación al pecado, aunque débil al principio en muchos, se fortaleció con la indulgencia repetida, y los precipitó a una ruina irremediable. La misericordiosa advertencia de Dios fue rechazada con burlas y mofas, y se les dejó en la oscuridad, para que siguieran el curso que sus corazones pecaminosos habían elegido. Pero su incredulidad no impidió el acontecimiento predicho. Llegó, y grande fue la ira de Dios que se manifestó en la ruina general.

Estas palabras de Cristo deberían calar en los corazones de todos los que creen en la pronta venida de Cristo. "Y mirad por vosotros mismos, no sea que en algún momento vuestros corazones se sobrecarguen de glotonería y embriaguez, y de los afanes de esta vida, y así aquel día venga sobre vosotros sin avisar". Nuestro peligro es presentado ante nosotros por Cristo mismo. Él conocía los peligros que encontraríamos en estos últimos días, y quería que nos preparáramos para ellos. "Como fue en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del Hombre". Comían y bebían, plantaban y edificaban, se casaban

y se daban en casamiento, y no lo supieron hasta el día en que Noé entró en el arca, y vino el diluvio y los barrió a todos. El día de Dios encontrará a los hombres absorbidos de la misma manera en los negocios y placeres del mundo, en banquetes y glotonería, y complaciendo el apetito pervertido en el uso contaminante del licor, y el narcótico, tabaco. Esta es ya la condición de nuestro mundo, y estas indulgencias se encuentran incluso entre el pueblo profeso de Dios. Abogados, mecánicos, granjeros, comerciantes, y aun ministros desde el púlpito, claman "Paz y seguridad", cuando la destrucción se acerca rápidamente sobre ellos.

¡Qué posición tan responsable, unirse al Redentor del mundo en la salvación de los hombres! Esta obra exige abnegación, sacrificio y benevolencia; perseverancia, valor y fe. La razón por la cual se ven tan pocos resultados de los que ministran en palabra y doctrina, es que no tienen el fruto de la gracia de Dios en sus corazones y vidas. No tienen fe. Muchos que profesan ser ministros de Jesucristo, manifiestan una sumisión maravillosa al ver a los inconversos a su alrededor yendo a la perdición. Un ministro de Cristo no tiene derecho a estar tranquilo, y sentarse sumisamente ante el hecho de que la verdad es impotente, y las almas no se conmueven por su presentación. Deben recurrir a la oración, y trabajar y orar sin cesar. Los que se someten a permanecer desprovistos de bendiciones espirituales, sin luchar fervorosamente por esas bendiciones, consienten en que Satanás triunfe. Es necesaria una fe persistente y prevaleciente. Los ministros de Dios deben entrar en estrecha compañía con Cristo, y seguir su ejemplo en todas las cosas: en pureza de vida, abnegación, benevolencia, diligencia y perseverancia. Deben recordar que un día se levantará acta contra ellos por la menor omisión del deber.

29 de octubre de 1902

Cómo afrontar la tentación

EGW

Cristo vio que no era posible que el hombre venciera con sus propias fuerzas; por eso vino en persona desde el trono de gloria, y soportó la prueba que Adán no pudo soportar. En nombre del hombre resistió las tentaciones del enemigo, e hizo posible que el hombre, por la fe en Él, venciera por sí mismo. Satanás sabía que todo dependía del resultado de su esfuerzo por vencer a Cristo. Sabía que si Cristo soportaba la prueba que Adán no pudo soportar, el plan de salvación se llevaría a cabo hasta su cumplimiento, y su destrucción sería segura. Vio que debía vencer o ser vencido. Todos los poderes de los apóstatas

se unieron contra el Hijo de Dios. Cristo se convirtió en el blanco de todas las armas del infierno. Satanás concentró todas sus energías en el esfuerzo de hacer que Cristo se desviara de su lealtad. Desde el desierto hasta el Calvario, la tormenta de la ira enemiga azotó al Salvador; pero cuanto más despiadadamente caía, tanto más firmemente se aferraba el Hijo de Dios a la mano de su Padre y seguía adelante en el camino manchado de sangre. Todos los esfuerzos de Satanás por vencerle no hacían más que poner de manifiesto, bajo una luz más pura, su carácter inmaculado.

En nuestras propias fuerzas nos es imposible vencer en el conflicto con el pecado. Pero Cristo conoce nuestras necesidades y nuestra debilidad. Vino a este mundo como hombre, y como hombre vivió una vida de obediencia. Nunca seremos llamados a sufrir como Él sufrió; porque sobre Él fueron cargados los pecados de todo el mundo. Para que nosotros pudiéramos tener vida eterna, Él soportó el oprobio, la burla, el insulto y una muerte de vergüenza.

No debemos esperar obtener la victoria sobre el pecado sin soportar sufrimiento, ni ganar la recompensa del vencedor con esfuerzos débiles. Piensa en cuánto le costó al Salvador luchar contra la tentación en el desierto. Durante cuarenta días ayunó y oró. Débil y demacrado por el hambre, agotado y ojeroso por la agonía mental, "Su rostro estaba más desfigurado que el de cualquier hombre, y su figura más que la de los hijos de los hombres".

La vida cristiana es una vida de conflicto constante. Es una batalla y una marcha. Cada acto de obediencia, cada acto de abnegación, cada prueba soportada con valentía, cada tentación resistida, cada victoria obtenida, es un paso adelante en la marcha hacia el triunfo eterno.

Hay esperanza para el hombre. Cristo dice: "Al que venciere, le daré que se sienta conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono." Pero no olvidemos nunca que los esfuerzos que hacemos con nuestras propias fuerzas son totalmente inútiles. Nuestra fuerza es debilidad; nuestro juicio, necedad. Sólo en el nombre y la fuerza del Conquistador podemos vencer. Cuando seamos acosados por la tentación, cuando los deseos anticristianos clamen por el dominio, ofrezcamos una oración ferviente e importuna al Padre celestial, en el nombre de Cristo. Así obtendremos la ayuda divina. En el nombre del Redentor obtendremos la victoria.

Cuando, viendo la pecaminosidad del pecado, caemos indefensos ante la cruz, pidiendo perdón y fortaleza, nuestra oración es escuchada y atendida. Aquellos

que presentan sus peticiones a Dios en el nombre de Cristo nunca serán rechazados. El Señor dice: "Al que a mí viene, en ninguna manera le echo fuera". "Tendrá en cuenta la oración del indigente". Nuestra ayuda viene de Aquel que tiene todas las cosas en Sus manos. La paz que Él envía es la seguridad de Su amor hacia nosotros.

Nada puede ser más indefenso y sin embargo más invencible que el alma que siente su nada, y confía enteramente en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado. Dios enviaría a todos los ángeles del cielo en ayuda de aquel que pone toda su dependencia en Cristo, antes que permitir que sea vencido.

Si aceptamos a Cristo como nuestro Guía, Él nos conducirá con seguridad por el camino estrecho. El camino puede ser áspero y espinoso, y la subida empinada y peligrosa; puede haber trampas a la derecha y a la izquierda. Cuando estemos cansados y ansiemos descansar, tendremos que esforzarnos; cuando estemos desfallecidos, tendremos que luchar; pero con Cristo como guía, no dejaremos de llegar al cielo. Cristo mismo ha recorrido el camino áspero delante de nosotros, allanándolo para nuestros pies. El camino está iluminado por Aquel que es la luz del mundo. A medida que seguimos sus huellas, el camino se hace cada vez más luminoso hasta el día perfecto.

26 de noviembre de 1902

La oración de Cristo por la unidad

EGW

La última oración de Cristo antes de Su juicio fue por la unidad de Sus seguidores. "Que todos sean uno, como Nosotros", oró. ¡Oh, que la importancia de esta oración quede grabada en nuestros corazones! ¡Oh, que el espíritu de esta oración influya y controle nuestras vidas!

"No ruego sólo por éstos -prosiguió-, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Y la gloria que me diste, yo les he dado; para que sean uno, como Nosotros somos uno; Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfeccionados en uno; y para que el mundo conozca que Tú me has enviado, y que los has amado, como también a Mí me has amado."

Todos estamos de acuerdo en la virtud del sacrificio de Cristo por nosotros. Su oración por nosotros es que seamos perfeccionados en uno. Al obedecer su palabra, ¿no haremos posible que Dios responda a esta oración?

La armonía que existe entre hombres de diversas disposiciones es la prueba más contundente que se puede tener de que Dios ha enviado a su Hijo al mundo para salvar a los pecadores. Los verdaderos cristianos son distintos en individualidad, y difieren en disposición; pero son santificados por el mismo espíritu, y son uno en la comprensión de las cosas de Dios. Son diferentes partes del mismo gran templo.

"Un mandamiento nuevo os doy", dijo Cristo: "Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros."

¿Por qué llamó Cristo a esto un mandamiento nuevo? Porque todavía tenía que dar, en el sacrificio de su vida, la prueba suprema de su amor. Cuando se hubiera hecho esta ofrenda, el don estaría completo, y los discípulos comprenderían más plenamente el significado del mandamiento nuevo. "Como yo os he amado, que también os améis los unos a los otros".

¿No deberíamos apreciar este amor? ¿No deberíamos esforzarnos por responder a la oración del Salvador por la unidad, la receta para curar toda alienación y contienda? ¿No deberíamos, sin demorarnos ni una hora, comenzar a cumplir Su propósito para nosotros, amándonos los unos a los otros como Él nos ha amado? Entonces vendrá el glorioso resultado; porque estamos unidos por la cadena de oro del amor, los hombres sabrán que somos discípulos de Cristo. Y el corazón del Salvador se llenará de regocijo.

A veces nos preguntan: ¿Por qué Dios no obra milagros a través de la iglesia hoy, como lo hizo en los días de los apóstoles? -Porque la iglesia se niega a ser guiada y controlada por Él. El amor de Cristo en el corazón, revelando a través de la vida su maravilloso poder, éste es el mayor milagro que puede realizarse ante un mundo caído y pendenciero. Hagamos posible que Dios realice este milagro. Revistámonos de Cristo, y el poder milagroso de su gracia se revelará tan claramente, en la transformación del carácter, que el mundo se convencerá de que Dios ha enviado a su Hijo para hacer a los hombres como ángeles en vida y carácter.

3 de diciembre de 1902

"En todos los puntos tentados como nosotros"

EGW

Cristo vino a este mundo como hombre, para demostrar a los ángeles y a los hombres que el hombre puede vencer, para que en toda emergencia sepa que los poderes del Cielo están dispuestos a ayudarlo. Nuestro Salvador tomó la naturaleza del hombre, con todas sus posibilidades. No tenemos nada que soportar que Él no haya soportado.

En el bautismo de Cristo, la gloria de Dios se posó sobre Él, como una paloma de oro bruñido. La luz del trono de Dios lo rodeaba, mientras desde el cielo se oían las palabras: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia."

Entonces Cristo fue conducido por el Espíritu al desierto; y aquí vino su prueba. Fue al desierto para estar solo, para contemplar su misión y su obra. Mediante el ayuno y la oración debía prepararse para el camino manchado de sangre que debía recorrer. Pero Satanás sabía que el Salvador había ido al desierto, y pensó que era el mejor momento para acercarse a él.

Antes de comenzar su ministerio público, Cristo se sometió a los feroces asaltos del enemigo, sabiendo que sin conflicto no podía haber victoria. Condescendió a participar en la contienda bajo cualquier circunstancia que el enemigo pudiera requerir. En todo fue hecho "semejante a sus hermanos". Fue "tentado en todo según nuestra semejanza". "En cuanto Él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados".

En el desierto Cristo y Satanás se encontraron en combate, Cristo en la debilidad de la humanidad, aparentemente sin un amigo que le ayudara. Satanás es sutil. Trata de imponerse mediante la mentira. Con todo el poder que poseía, trató de vencer al Hijo del Hombre. Si lograba que el Salvador se desviara un ápice de su lealtad a Dios, la victoria sería suya. El mundo quedaría bajo su control.

Satanás embrujó al primer Adán con sus sofismas, igual que embruja a los hombres y mujeres de hoy, haciéndoles creer una mentira. Adán no buscó el poder divino por encima de su humanidad. Creyó las palabras de Satanás. Pero el segundo Adán no debía convertirse en esclavo del enemigo.

Adán tenía la ventaja sobre Cristo, en que cuando fue asaltado por el tentador, ninguno de los efectos del pecado estaba sobre él. Estaba en la fuerza de la virilidad perfecta, poseyendo pleno vigor de cuerpo y mente. Estaba rodeado de las glorias del Edén y en comunión diaria con los seres celestiales. No era así con Jesús cuando entró en el desierto para enfrentarse con Satanás. Durante cuatro mil años la raza había ido disminuyendo en fuerza física, en poder mental, en valor moral; y Cristo tomó sobre sí las flaquezas de la humanidad degenerada. Sólo así pudo rescatar al hombre de las más bajas profundidades de la degradación.

Todas las estratagemas que el enemigo podía sugerir fueron utilizadas contra Él. Fue cuando Cristo estaba en una condición debilitada, después de su largo ayuno de cuarenta días, que el más sabio de los ángeles caídos utilizó las palabras más seductoras a su disposición en un esfuerzo por obligar a la mente de Cristo a ceder a su mente.

"Si Tú eres el Hijo de Dios, ordena que estas piedras se conviertan en pan". Aquí está la insinuación de desconfianza. En los tonos de la voz del tentador hay una expresión de incredulidad absoluta. ¿Trataría Dios así a su propio Hijo? ¿Lo dejaría en el desierto con las fieras, sin comida, sin compañía, sin consuelo? Satanás insinuó que Dios nunca quiso que su Hijo estuviera en un estado como éste. "Si eres el Hijo de Dios", dijo, "muestra tu poder aliviándote a Ti mismo de esta hambre apremiante. Ordena que esta piedra se convierta en pan".

En su respuesta, Cristo no se refirió a la duda. No iba a probar su divinidad a Satanás, ni a explicar la razón de su humillación. "Escrito está", dijo, "no sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". Se enfrentó a Satanás con las palabras de la Escritura. En cada tentación el arma de su guerra fue la Palabra de Dios. Satanás exigió de Cristo un milagro como señal de su divinidad. Pero aquello que es más grande que todos los milagros, una firme confianza en un "Así dice el Señor", era una señal que no podía ser controvertida. Mientras Cristo mantuviera esta posición, el tentador no podría obtener ventaja alguna.

Cuando Cristo dijo a Satanás: "No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios", repitió las palabras que, más de mil cuatrocientos años antes, había dirigido a Israel: "El Señor tu Dios te condujo estos cuarenta años por el desierto, ... y te humilló, y te hizo pasar hambre, y te alimentó con maná, que tú no conocías, ni tus padres lo habían conocido; para hacerte saber que no sólo de pan vive el hombre, sino que de toda palabra que

sale de la boca del Señor vive el hombre." En el desierto, cuando todos los medios de sustento fallaron, Dios envió a su pueblo maná del cielo, y se le dio un suministro suficiente y constante. Esta provisión debía enseñarles que mientras confiaran en Dios y anduvieran en sus caminos, Él no los abandonaría. El Salvador puso ahora en práctica la lección que había enseñado a Israel. Por la palabra de Dios se había socorrido a la hueste hebrea, y por la misma palabra se socorrería a Jesús. Esperaba el momento de Dios para traer alivio. Estaba en el desierto obedeciendo a Dios, y no consentiría en obtener alimento siguiendo las sugerencias de Satanás. En presencia del universo testigo, testificó que es menos calamidad sufrir lo que pueda suceder que apartarse de cualquier manera de la voluntad de Dios.

(Concluido la próxima semana).

10 de diciembre de 1902

"En todos los puntos tentados como nosotros"

(Concluido.)

EGW

Entonces el diablo lo llevó a la santa ciudad, y lo puso sobre un pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y en sus manos te llevarán, para que no tropieces con tu pie en piedra."

Cuando Satanás citó la promesa: "A sus ángeles mandará acerca de ti", omitió las palabras: "para que te guarden en todos tus caminos"; es decir, en todos los caminos escogidos por Dios, Jesús se negó a salirse de la senda de la obediencia. Aunque manifestaba una perfecta confianza en Su Padre, no se colocaría sin proponérselo en una posición que hiciera necesaria la interposición de Su Padre para salvarle de la muerte. No quiso obligar a la Providencia a acudir en su rescate, dejando así de dar al hombre un ejemplo de confianza y sumisión.

Jesús declaró a Satanás: "Otra vez está escrito: No tentarás al Señor tu Dios". Estas palabras fueron dichas a los hijos de Israel cuando tuvieron sed en el desierto, y exigieron que Moisés les diera agua, exclamando: "¿Está el Señor entre nosotros, o no?". Dios había obrado maravillosamente en favor de ellos,

pero en la angustia dudaban de Él y exigían pruebas de que estaba con ellos. En su incredulidad trataron de ponerlo a prueba. Y Satanás instaba a Cristo a hacer lo mismo. Dios ya había testificado que Jesús era su Hijo; y ahora pedirle pruebas de que era el Hijo de Dios sería poner a prueba la Palabra de Dios, tentarle. Y lo mismo sería pedir lo que Dios no había prometido. Sería manifestar desconfianza, y sería realmente tentarle, o probarle. No debemos presentar nuestras peticiones a Dios para probar si cumplirá su palabra, sino porque la cumplirá; no para probar que nos ama, sino porque nos ama. "Sin fe es imposible agradarle; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan".

"Además, el diablo lo lleva a un monte muy alto, y le muestra todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos; y le dice: Todo esto te daré, si postrado me adoras."

Este fue el esfuerzo supremo de Satanás. En este esfuerzo volcó todo su poder seductor. Era el encanto de la serpiente. Ejerció el poder de su fascinación sobre Cristo, esforzándose por hacerle ceder su voluntad a él.

En su debilidad, Cristo se aferró a Dios. La divinidad resplandeció a través de la humanidad. Cristo se reveló como el comandante del cielo, y sus palabras fueron las palabras de Aquel que tiene todo el poder. "Vete, Satanás", dijo, "porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a Él sólo servirás".

Satanás había puesto en duda que Jesús fuera el Hijo de Dios. En su destitución sumaria tenía una prueba que no podía refutar. No tenía poder para resistirse a la orden. Retorciéndose de humillación y rabia, se vio obligado a retirarse de la presencia del Redentor del mundo. La victoria de Cristo fue tan completa como lo había sido el fracaso de Adán.

Cristo sabía de los largos años de conflicto que se librarían entre el hombre y su sutil enemigo. Él es el refugio de todos los que, acosados por la tentación, le invocan. La tentación y la prueba vendrán a todos nosotros, pero nunca necesitamos ser vencidos por el enemigo. Nuestro Salvador ha vencido en nuestro favor. Satanás no es invencible. Día tras día sale al encuentro de los que están a prueba, esforzándose con sus asechanzas por dominarlos. Pero ellos tienen un Auxiliador que fue tentado en todo según su semejanza, y que sabe cómo socorrerlos. La tentación no es pecado; el pecado consiste en ceder. Para el alma que confía en Jesús, la tentación significa victoria y mayor fortaleza.

Cristo está dispuesto a perdonar a todos los que vengan a Él confesando sus pecados. Al alma probada y luchadora se le dirige la palabra: "Eche mano de mi fortaleza, para que haga las paces conmigo; y hará las paces conmigo". Gracias a Dios, tenemos un Sumo Sacerdote que siente nuestras debilidades; porque Él fue tentado en todo según nuestra semejanza.

17 de diciembre de 1902

Santidad al Señor

EGW

Dios ha elegido desde la eternidad a los hombres para que sean santos. "Esta es la voluntad de Dios para con vosotros: vuestra santificación". El eco de Su voz viene a nosotros, siempre diciendo: "Más santo, más santo todavía". Y nuestra respuesta siempre ha de ser: "Sí, Señor, más santos todavía".

Ningún hombre recibe la santidad como un derecho de nacimiento, o como un regalo de cualquier otro ser humano. La santidad es el don de Dios por medio de Cristo. Los que reciben al Salvador se convierten en hijos de Dios. Son Sus hijos espirituales, nacidos de nuevo, renovados en justicia y verdadera santidad. Sus mentes cambian. Con una visión más clara contemplan las realidades eternas. Son adoptados en la familia de Dios, y se conforman a su semejanza, cambiados por su Espíritu de gloria en gloria. De abrigar un amor supremo por sí mismos, pasan a abrigar un amor supremo por Dios y por Cristo.

"Justificados por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo". Justificación significa perdón. Significa que el corazón, purificado de las obras muertas, está preparado para recibir la bendición de la santificación. Dios nos ha dicho lo que debemos hacer para recibir esta bendición. "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor. Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad". "Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha, en medio de una nación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo."

El amor de Dios, acariciado en el corazón y revelado en las palabras y los actos, hará más por elevar y ennoblecer a los seres humanos que todo lo demás. En la vida de Cristo, este amor encontró una expresión plena y completa. En la cruz de Cristo, el Salvador hizo expiación por la raza caída. La santidad es el fruto de este sacrificio. Es porque Él ha muerto por nosotros que se nos promete este

gran don. Y Cristo anhela concedernos este don. Anhela hacernos partícipes de su naturaleza. Anhela salvar a aquellos que por el pecado se han separado de Dios. Los llama a elegir Su servicio, a entregarse totalmente a Su control, a aprender de Él cómo hacer la voluntad de Dios.

"Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús; el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó forma de siervo y se hizo semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre; para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre."

Jesús es la luz del mundo. Aquellos que no lo reciben como Salvador personal nunca, nunca pueden llegar a la luz. Nunca podrán tener vida eterna. Pero los que le siguen tienen la luz de la vida. Aquel que ordenó que de las tinieblas resplandeciera la luz, resplandece en sus corazones, revelando a través de sus vidas la luz del conocimiento de Cristo. En Su luz ven la luz.

Aceptar a Cristo como Salvador personal y seguir su ejemplo de abnegación es el secreto de la santidad. Dios exaltó a Cristo por encima de todo nombre. Pero Cristo llegó primero a las profundidades de la humillación, elaborando en favor de la raza humana un carácter perfecto, y atrayendo a hombres y mujeres hacia Dios por su ministerio desinteresado. Él ha dado un ejemplo que todos los que se dedican a Su servicio deben seguir. Cuanto más semejantes a Cristo sean nuestros esfuerzos por Dios, más amplia será su influencia para el bien y mayor será la obra que realicen.

7 de enero de 1903

Feliz Año Nuevo

EGW

El año viejo se ha ido. Padres e hijos, hermanos y hermanas, conocidos y amigos repiten las palabras: "Te deseo un Feliz Año Nuevo". En un mundo como el nuestro, este saludo de Año Nuevo parece más apropiado que el "Feliz Navidad", tan repetido últimamente de boca en boca. En todas partes hay rostros pálidos, ceños fruncidos por el dolor y la preocupación, o formas encorvadas

por la edad. Dondequiera que nos volvamos podemos ver el atuendo del luto. Los que sufren, los que se preocupan y los ancianos ya no pueden estar alegres. En muchos hogares hay una silla vacía; un hijo amado o un esposo y padre, cuya presencia alegró las últimas festividades de Navidad y Año Nuevo, se ha ido del círculo. Para esa familia afligida, una feliz Navidad parece una burla. Pero cualesquiera que sean las preocupaciones y penas de la vida, cualesquiera que sean sus errores y equivocaciones, las palabras "Feliz Año Nuevo", pronunciadas como expresión de amor y respeto, caen agradablemente en el oído.

Y, sin embargo, ¿no se olvidan a menudo estos buenos deseos al pronunciarlos? ¡Cuántas veces no llevamos su significado a la vida diaria, y así ayudamos a que se cumplan! ¡Cuántas veces la felicitación de Año Nuevo es pronunciada por labios insinceros, por corazones que no renunciarían a una gratificación egoísta para hacer felices a los demás!

Padres y madres, mientras deseáis a vuestros hijos un Feliz Año Nuevo, ¿no os esforzaréis en el temor de Dios para que sea un año feliz? ¿No conduciréis a vuestros seres queridos a la verdadera fuente de la paz y de la alegría? ¿No consagraréis vuestros corazones a Dios para ejercer una influencia santificadora sobre vuestros hijos? ¿No los separaréis del pecado y, por una fe viva, los uniréis a Dios?

Una madre puede conceder a sus hijas una educación que será inestimable, entrenándolas para llevar su parte de las cargas familiares. Un padre puede dar a sus hijos un capital que valga más que el oro o la plata, enseñándoles a amar el empleo útil. Padres, ahora es el momento de formar en vuestros hijos hábitos de industria, confianza en sí mismos y autocontrol; de cultivar la economía y el tacto en los negocios. Ahora es el momento de enseñarles a mostrar cortesía y benevolencia hacia sus semejantes, y amor y reverencia hacia Dios.

Cumpliendo fielmente con vuestro deber, podéis hacer que éste sea un año feliz para vuestros hijos. El hogar debe ser para ellos el lugar más atractivo de la tierra; y puede convertirse en tal mediante palabras y acciones amables, y, por encima de todo, una firme adhesión al derecho. Padres y madres, enseñad a vuestros hijos que la única manera de ser verdaderamente felices es amar y temer a Dios; y recalcad esta lección con vuestro ejemplo. Que los niños vean que la paz de Cristo reina en vuestros corazones, y que Su amor controla vuestras vidas.

Niños que saludáis a vuestro padre y a vuestra madre con un "Feliz Año Nuevo", ¿haréis que éste sea un año feliz para ellos? Está en vuestro poder hacerlo feliz o infeliz. Podéis aligerar sus cargas y darles valor y esperanza, o podéis llenar sus corazones de ansiedad y angustia. No puedes hacer feliz su año nuevo si vives para la autogratificación.

Comienza este año con propósitos rectos y motivos puros. Ten presente que día a día tus palabras y tus actos se registran en los libros del cielo. Deberás encontrarte con ellos cuando se celebre el juicio y se abran los libros.

¿Cuántas veces vuestros labios pronuncian el amable saludo: "Os deseo un Feliz Año Nuevo", y luego, al cabo de unos instantes, pronuncian palabras impacientes e inquietas! ¿Cuántos niños están siempre dispuestos a discutir por nimiedades, poco dispuestos a hacer el menor sacrificio por los demás! Para ellos, el nuevo año no traerá la verdadera felicidad. Pueden entregarse a una alegría bulliciosa, pero sus corazones no conocen la paz ni la alegría. ¿No vendrás a Jesús con penitencia y humildad, para que Él te limpie del pecado y te prepare para Su reino? Al hacer esto, tendrás el año más feliz que jamás hayas conocido. Traerá gozo en el cielo y alegría en la tierra.

Son muchos los regalos y felicitaciones que se intercambian padres e hijos, esposos y esposas, hermanos y hermanas, amigos y conocidos el día de Año Nuevo. Cuando termina el día, muchos se sienten aliviados. Han cumplido con su deber al repartir regalos, sonrisas y cumplidos para la ocasión, y se supone que ahí termina el asunto. El día siguiente, y el siguiente, y así sucesivamente hasta el final del año, traen palabras inquietas y apasionadas, culpabilización, recriminación y descuido de los seres queridos del hogar. Oh, el registro de un año así es uno que los ángeles se afligen y avergüenzan de registrar. Trae a los amigos y parientes un regalo de dolor, una carga de falta de amabilidad, que aplasta la esperanza y hace que la tumba parezca deseable.

¿Deseamos de verdad a nuestros seres queridos un feliz año nuevo? Entonces hagámoslo para ellos con amabilidad, con simpatía, con alegría, con devoción desinteresada. Si nos conectamos con Dios, la fuente de paz, luz y verdad, su Espíritu fluirá a través de nosotros, para refrescar y bendecir a todos los que nos rodean.

Este año puede ser el último de nuestra vida. ¿No deberíamos entrar en él con consideración? ¿No deberían la sinceridad, el respeto y la benevolencia marcar nuestra conducta hacia todos? Que este año sea un tiempo que nunca se olvide, un tiempo en el que Cristo permanezca con nosotros, diciendo: "Paz a vosotros".

14 de enero de 1903

Nuestra garantía de victoria

EGW

¿Qué es el hombre", pregunta el salmista, "para que te acuerdes de él? y el hijo del hombre, para que lo visites"? "He aquí que las naciones son como la gota de un balde, y se cuentan como el polvillo de la balanza; he aquí que Él toma las islas como cosa muy pequeña". Así, declara Isaías, considera Dios a los habitantes de este mundo, sin exceptuar a los que están a la cabeza de la nobleza de la tierra, a los que han adquirido la mayor erudición, a aquellos en cuya suerte han caído grandes riquezas y mucho honor.

A pesar de la insignificancia de este mundo en comparación con el universo entero, Cristo se ofreció voluntariamente a tomar sobre Sí la naturaleza de la humanidad, y a cargar sobre Su alma divina los pecados de la humanidad, a fin de redimir a la raza caída y permitirle obtener la vida eterna. Despojándose de su corona real y de su manto real, dejó su alto mando en los atrios celestiales, revistió su divinidad de humanidad y entró en el mundo como un niño indefenso. Por nosotros se hizo pobre, para enriquecernos con su pobreza.

Satanás, el poderoso ángel que había sido expulsado del cielo, había reclamado durante mucho tiempo el dominio sobre la tierra. Cristo vino para vencer a este enemigo, a fin de que, por la gracia divina, también nosotros pudiéramos obtener la victoria sobre el enemigo de nuestras almas. A la cabeza de la humanidad, Cristo demostró al universo que el hombre podía resistir a las tentaciones de Satanás, por su perfecta obediencia a los mandamientos de Dios.

Era necesario que Cristo revistiera su divinidad de humanidad. Sólo así podía convertirse en el Redentor de la raza caída. Para ser realmente un Salvador, era necesario que conociera el poder de la tentación, que soportara todas las pruebas y aflicciones que nos acontecen. En todas nuestras aflicciones Él fue afligido. Soportó todas las penurias que sobrevienen al pobre y al necesitado. Sufrió cansancio y hambre. Comprendió todos los inconvenientes a los que podemos ser sometidos. En todas las circunstancias permaneció fiel a cada precepto de la ley de Dios, viviendo en nuestro favor una vida perfecta. Desde la niñez hasta la madurez soportó la prueba de la obediencia.

Se ha hecho todo lo que se podía hacer para hacer posible nuestra salvación. Cristo ha obtenido una victoria eterna, para poder abrirnos la puerta del cielo.

Para obtener nuestra salvación, colgó de la cruz del Calvario. Por nosotros fue sepultado. Por nosotros resucitó de entre los muertos, y también por nosotros proclamó sobre el sepulcro desgarrado de José. "Yo soy la resurrección y la vida". Y cuando al final de su ministerio terrenal ascendió al cielo, los portales de la ciudad de Dios se abrieron de par en par, y entró como vencedor, para asumir allí, en el santuario celestial, su ministerio en favor de aquellos por quienes había dado la vida. El Hijo de Dios divino y humano está ahora en la presencia del Padre, defendiendo nuestros casos y presentando Su sacrificio como expiación por nuestras transgresiones.

En vista del sacrificio infinito de Cristo, ¡cuán cruel es que hombres y mujeres rechacen la gran salvación, o tergiversen a su Salvador después de profesar entregarse a Su servicio! ¡Cuán cruel es que duden de que Él escuchará sus oraciones! Él dice: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá; porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá".

Cristo representa a su Padre celestial como manteniendo con nosotros la misma tierna relación que un padre terrenal mantiene con sus hijos. "¿Qué hombre hay de vosotros", pregunta Él, "a quien si su hijo le pide pan, le dará una piedra? O si le pide un pez, ¿le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan?" Dios da el Espíritu Santo a todo el que se lo pide con fe.

Teniendo acceso a la Fuente de toda fuerza, ¿por qué seguimos siendo tan débiles que cedemos a la tentación? Teniendo una seguridad tan grande del poder que nos capacita para vencer, ¿por qué somos tan infieles? ¿Por qué no acudimos siempre a nuestro Padre celestial, para pedirle con fe sencilla e infantil lo que necesitamos? Deberíamos rezar mucho más de lo que lo hacemos. En cada hora de prueba podemos obtener la victoria a través de la fuerza dada en respuesta a la oración ferviente.

Cristo desea que finalmente entremos en la ciudad celestial como vencedores. A través de la gracia que Él imparte constantemente a la humanidad, está preparando a un pueblo para vivir con Él a través de las incesantes edades de la eternidad. Esta preparación puede recibirla todo aquel que decida seguirle. Glorifiquemos Su nombre aceptando la salvación tan gratuitamente ofrecida.

28 de enero de 1903

Lecciones del primer capítulo del Apocalipsis

Versículos 1-10

EGW

La Revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y la envió y la manifestó por medio de su ángel a su siervo Juan, el cual dio testimonio de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo, y de todas las cosas que vio."

Debería haber un estudio más profundo y diligente del Apocalipsis, y una presentación más seria de las verdades que contiene, verdades que conciernen a todos los que viven en estos últimos días. Estas verdades deben penetrar en los designios y principios mismos de la iglesia de Dios. Si emprendemos el estudio de este libro en un estado mental receptivo, con corazones susceptibles a las impresiones divinas, las verdades reveladas tendrán una influencia santificadora sobre nosotros.

Para alentar el estudio de este libro, Dios declara: "Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca".

El Apocalipsis es considerado por muchos como un libro cerrado. No pocos ministros declaran que no puede ser comprendido. Pero es nuestro privilegio saber algo al respecto. De ninguna manera debemos cansarnos de mirarlo debido a sus símbolos aparentemente místicos. Cristo puede darnos comprensión. La bendición pronunciada sobre aquellos que leen, y oyen, y guardan las palabras de esta profecía, puede ser nuestra.

El Apocalipsis fue escrito a las siete iglesias de Asia, que representaban al pueblo de Dios en todo el mundo. "Juan a las siete iglesias que están en Asia: Gracia y paz a vosotros, del que es, y que era, y que ha de venir; y de los siete Espíritus que están delante de su trono; y de Jesucristo, que es el testigo fiel, y el primogénito de los muertos, y el príncipe de los reyes de la tierra."

Desterrado a las soledades de la isla de Patmos, Juan fue favorecido con la presencia de Jesucristo. ¡Qué reconfortantes son las palabras del anciano apóstol cuando escribía a las iglesias de su Salvador! "A Aquel que nos amó, y nos lavó

de nuestros pecados con su propia sangre, y nos ha hecho reyes y sacerdotes para Dios y su Padre; a Él sea la gloria y el dominio por los siglos de los siglos".

"He aquí que viene con las nubes; y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra se lamentarán por él". Seamos salvos o perdidos, alguna vez veremos al Salvador tal como es, en toda su gloria, y comprenderemos su carácter. En Su segunda venida, la convicción será traída a cada corazón. Aquellos que se han apartado de Él para dedicarse a las cosas triviales de esta tierra, buscando intereses egoístas y honores mundanos, en el día de Su venida reconocerán su error. Estos son de los que habla el Revelador como "todos los linajes de la tierra", que "se lamentarán a causa de Él". No nos contentemos con ser contados entre los "linajes de la tierra". Recordando que nuestra ciudadanía está en los cielos, aferrémonos a la esperanza que nos ofrece el Evangelio.

"Y también a los que le traspasaron". Estas palabras se aplican no sólo a los hombres que traspasaron a Cristo cuando colgaba de la cruz del Calvario, sino también a los que, hablando mal y haciendo el mal, lo traspasan hoy. Él sufre diariamente las agonías de la crucifixión. Cada día, hombres y mujeres lo traspasan deshonrándolo, negándose a hacer Su voluntad.

El Señor desea que seamos hombres y mujeres en Cristo Jesús. Nuestras disposiciones naturales han de ser suavizadas y subyugadas por su gracia. Entonces no estaremos continuamente crucificándole de nuevo. Nuestro Salvador vivió en esta tierra una vida perfecta. Él es nuestro Ejemplo. Si ahora lo seguimos, haciendo Su voluntad en todas las cosas, en el mundo venidero viviremos con Él para siempre. Tengámoslo constantemente presente. El propósito de nuestra vida debe ser glorificar a Cristo. Este es el gran propósito que ha inspirado a los cristianos de todas las épocas. Al abrigar este propósito nos aseguramos la salvación eterna. Aprendamos a conocer a Aquel a quien conocer correctamente es paz, gozo y vida eterna.

"Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin, dice el Señor, el que es, el que era y el que ha de venir, el Todopoderoso".

"Yo, Juan, que también soy vuestro hermano, y compañero en la tribulación, y en el reino y la paciencia de Jesucristo, estuve en la Isla que se llama Patmos, por la Palabra de Dios, y por el testimonio de Jesucristo."

En su vejez, el apóstol hablaba continuamente de Cristo, y la gente se cansó de sus palabras, que reprendían su obstinado rechazo de Cristo como su Salvador.

Para librarse del testimonio de Juan, lo desterraron a Patmos. Pero al enviarlo a esa isla solitaria, no lo pusieron fuera del alcance de Jesús. Fue allí donde recibió una maravillosa revelación de su Salvador y de las cosas que iban a suceder en la tierra; y fue también en Patmos donde escribió el registro de sus visiones que tenemos en el libro del Apocalipsis, un registro que será verdad presente hasta que todos los acontecimientos predichos hayan tenido lugar.

4 de febrero de 1903

Lecciones del primer capítulo del Apocalipsis

EGW

Versículos 10-20

Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor", escribe el profeta de Patmos, "y oí detrás de mí una gran voz, como de trompeta, que decía: Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último; y: Lo que ves, escríbelo en un libro y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, a Esmirna, a Pérgamo, a Tiatira, a Sardis, a Filadelfia y a Laodicea. Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo. Y vuelto, vi siete candeleros de oro; y en medio de los siete candeleros uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por los pechos con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como la lana, blancos como la nieve; y sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes al bronce bruñido, como si ardieran en un horno; y su voz como el estruendo de muchas aguas. Y tenía en su diestra siete estrellas; y de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza. Y cuando le vi, caí como muerto a sus pies. Y puso su diestra sobre mí, diciéndome: No temas; yo soy el primero y el último: Yo soy el que vivo, y estuve muerto. Y he aquí que yo vivo por los siglos de los siglos, Amén; y tengo las llaves del infierno y de la muerte. Escribe las cosas que has visto, las que son y las que han de ser; el misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y los siete candeleros de oro. Las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias; y los siete candeleros que viste son las siete iglesias."

Puede parecernos maravilloso que Cristo se revele a Juan tal como es, extraño que se dirija así a las iglesias. Pero debemos recordar que la iglesia, por debilitada y defectuosa que sea, es el objeto de la suprema consideración de Cristo. Constantemente vela por ella con tierna solicitud y la fortalece con su Espíritu Santo. ¿Permitiremos nosotros, como miembros de Su iglesia, que Él

impresione nuestras mentes y obre por medio de nosotros para Su gloria? ¿Prestaremos atención a los mensajes que Él dirige a la iglesia? Determinemos estar entre el número de los que se reunirán con Él con gozo en Su venida, y no entre los que "se lamentarán a causa de Él". Aseguremos nuestra redención obedeciendo los mensajes que Él da a Su iglesia.

Cristo lleva a la iglesia las palabras de consuelo: "Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la tentación, que vendrá sobre todo el mundo para probar a los moradores de la tierra. He aquí, yo vengo pronto; retén lo que tienes, para que nadie tome tu corona. Al que venciere, yo le haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de él; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, que es la Nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios, y escribiré sobre él mi nombre nuevo."

Al vencedor se le promete una corona de gloria inmarcesible, y una vida que se mide con la vida de Dios. "Al que venciere", declara Cristo, "le daré a comer del árbol de la vida, que está en medio del paraíso de Dios". "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman." Esforcémonos por obtener una entrada abundante en el reino de nuestro Señor. Estudiemos diligentemente el Evangelio que Cristo vino en persona a presentar a Juan en la Isla de Patmos, el Evangelio que se llama "La Revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto". Recordemos siempre que "bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca."

18 de febrero de 1903

"Levántate y alégrate"

EGW

La vida es disciplinaria. Mientras esté en el mundo, el cristiano se encontrará con influencias adversas. Habrá provocaciones que pondrán a prueba su temperamento; y es enfrentándolas con un espíritu recto como se desarrollan las gracias cristianas. Si las injurias y los insultos se soportan mansamente, si a las palabras insultantes se responde con respuestas amables, y a los actos opresivos con bondad, esto es prueba de que el Espíritu de Cristo mora en el corazón.

Es alto el nivel que debemos alcanzar si queremos ser hijos de Dios, puros, santos y sin mancha. ¿Cómo podríamos alcanzar esta norma si no hubiera dificultades que enfrentar, obstáculos que superar, nada que desarrolle nuestra paciencia y resistencia? Las pruebas no son las bendiciones más pequeñas que nos llegan. Están diseñadas para infundirnos la determinación de triunfar. En lugar de permitir que nos obstaculicen, nos opriman y nos destruyan, debemos utilizarlas como un medio de Dios que nos permita obtener la victoria sobre nosotros mismos.

En la vida cotidiana entramos a menudo en contacto con quienes están llenos de mezquindades. Al tratar con ellos, se nos ordena "estar firmes y regocijarnos". Obedeciendo este mandato podremos obtener siempre la victoria. Cuando alguien hable con malicia, simplemente "levántate y alégrate". No digas ni una palabra en respuesta a la provocación. Si los labios se abren para hablar en vindicación de sí mismo, un volumen de palabras fluirá. Guarda silencio. Esta es la manera más fácil de obtener la victoria.

Las palabras pronunciadas en respuesta a los que están enfadados, suelen actuar como un látigo, azotando el temperamento con furia en lugar de calmarlo. Grandes bendiciones se pierden a causa de palabras apasionadas. Aprendamos lecciones de autocontrol. Los sentimientos de ira, cuando se encuentran con el silencio, se extinguen muy rápidamente. El silencio es elocuencia, y avergüenza al que está lleno de ira. Podemos mortificar a Satanás guardando la lengua con toda diligencia.

No sólo debemos alegrarnos, sino que debemos "gloriamos también en las tribulaciones, sabiendo que *la tribulación produce paciencia*, y la paciencia, experiencia; y la experiencia, esperanza; y la esperanza no avergüenza, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos". ¡Maravilloso amor! "Apenas morirá alguno por un justo; pero quizá alguno se atreverá a morir por un bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Mucho más, pues, estando ahora justificados por su sangre, por él seremos salvos de la ira."

El apóstol Pablo declara: "Justificados por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo." Los que no tienen esta paz son propensos a volverse irritables. El que manifiesta un espíritu irritable y regañón bien puede preguntarse: ¿Soy cristiano? Mientras se inquiete y regañe, no es cristiano, y

está ejerciendo una influencia que hace mucho daño. Revistámonos de Cristo; seamos semejantes a Cristo en cada palabra y acto; vivamos de tal manera que otros puedan ver la diferencia entre la disposición de un cristiano y la disposición de alguien que no pretende ser seguidor de Jesús.

Debemos darnos cuenta de que la Presencia divina está constantemente a nuestro lado. Cristo ha dicho: "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". Él oye cada palabra desagradable, cada expresión áspera y cortante. Si lo viéramos a nuestro lado, ¿diríamos tales palabras? Las palabras que causan dolor y desunión nunca deben salir de nuestros labios. Guardemos cuidadosamente cada palabra y cada acto, caminando con toda humildad de mente, abrigando un espíritu de mansedumbre y bondad.

Padres y madres, tanto si estáis en vuestra casa como en otro lugar, nunca está bien que os digáis una sola palabra irrespetuosa. Si os acosan, decid con firmeza: "Esto viene de Satanás. Quiere que me haga eco de sus palabras, que comunique su espíritu; pero esto no lo haré". Decidíos a hablar con amor; a cultivar la paciencia, la bondad, la longanimidad, la cortesía y la delicadeza en el trato mutuo. ¿Por qué? -Porque sois cristianos; porque os estáis preparando para la sociedad de los ángeles celestiales, para un hogar en el reino de gloria, donde nunca se pronuncian palabras ásperas, poco amables, impacientes. Recordad que es Satanás quien incita a los hombres y a las mujeres a hablar mal. Santifica tu talento para hablar. Las palabras son un don precioso, capaz de hacer mucho bien, de realizar una gran obra para el Maestro. Cada pensamiento, cada palabra, está registrado en los libros del cielo. Guarda bien tus pensamientos y tus palabras, para que en el juicio no te avergüences de conocer tu registro.

Como Satanás fracasó rotundamente en su intento de hacer pecar a Cristo, así fracasará en vencernos a nosotros, si actuamos con sensatez. Resolvamos firmemente que cuando el enemigo nos tienta a hablar precipitadamente, sintiendo que se nos trata injustamente o que se nos malinterpreta, no abriremos los labios. Si dijéramos una sola palabra en respuesta, el enemigo obtendría casi con seguridad la victoria. Debemos aprender la lección del silencio. Con la lengua refrenada, podremos salir victoriosos de todas las pruebas de paciencia por las que se nos llame a pasar.

11 de marzo de 1903

La nueva vida en Cristo

EGW

Hay una vida más elevada para que los cristianos vivan de lo que muchos de ellos están viviendo. Es la vida nueva en Cristo. Sólo aquellos que lo contemplan constantemente -a Aquel que está lleno de gracia y verdad- pueden vivir esta vida. Al contemplarlo, son transformados en la misma imagen, de gloria en gloria. Al contemplarlo, Él les da el poder de convertirse en hijos de Dios. Con amor y compasión, sin rastro de dureza, el Salvador les sale al encuentro en su necesidad. Con compasiva ayuda, mediante el suave toque de la gracia, transforma al pecador en santo. Con paciencia infatigable, Él trabaja para expulsar del alma todos los elementos perturbadores, cambiando la enemistad en amor, y la incredulidad en confianza.

Los que se someten al solemne rito del bautismo se comprometen a consagrar su vida al servicio de Dios; y las tres grandes potencias del cielo, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, se comprometen a cooperar con ellos, a obrar en ellos y a través de ellos. Cuando los hombres y las mujeres entran así en una relación de alianza con Dios, toman el nombre de cristianos. A partir de ese momento deben vivir la vida de Cristo. Han sido sepultados con Él, y deben "buscar las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios".

Hay una figura bíblica en la que el alma es representada como liberada del pecado para recibir la moda del nuevo hombre, Cristo Jesús. Los que han "nacido de nuevo" deben vivir para Dios, y todo lo que hacen y dicen debe representar Su santidad. Constantemente deben recibir poder de Él. Esto es necesario para que puedan vivir la nueva vida en Cristo. Ninguna parte de la vida enferma del pecado debe permanecer. Cristo difunde la actividad santificada por todas las partes del ser, y se desarrolla el altruismo en el servicio de Dios.

El Salvador es el ejemplo divino de la perfección de Dios, y modela el alma de nuevo. Los que reciben su gracia la imparten a otros, dando a conocer su virtud de carácter mediante la abnegación y el sacrificio, la mansedumbre y la humildad, las buenas palabras y las obras. En la vida no se ve ningún engaño, ninguna falsedad. Las palabras pronunciadas son palabras fieles, dignas de confianza, que significan todo lo que expresan. La vida no es una falsedad, una pretensión de representar a Cristo y, al mismo tiempo, una negación de Él.

Cristo espera que nos entreguemos a Él. Entonces nos moldeará y formará a la semejanza divina, tomando las cosas de Dios y mostrándonoslas. Y a medida que contemplemos la belleza del carácter del Salvador, nos pareceremos cada vez más a Él, hasta que al fin Dios pueda decir de nosotros: "Estáis completos en Él". Crear el alma de nuevo, sacar luz de las tinieblas, amor de la enemistad, pureza de la impureza, es obra únicamente de la Omnipotencia. ¿Cuál es el honor conferido a Cristo? Sin emplear ninguna compulsión, ninguna violencia, Él conforma la voluntad del sujeto humano a la voluntad de Dios, haciendo la vida completa, trayendo perfección al carácter. Esta es la ciencia de la eternidad, porque por medio de ella se produce un poderoso cambio, el cambio que debe producirse en la vida de todo aquel que atraviesa las puertas de la ciudad de Dios.

18 de marzo de 1903

Cristo da el arrepentimiento

EGW

Muchos piensan que el arrepentimiento es una obra que incumbe enteramente al hombre, pero esto es un error. La Biblia no enseña que el hombre deba arrepentirse antes de venir a Cristo. El arrepentimiento debe preceder al perdón; pero el pecador no se arrepiente hasta que tiene fe en Cristo como su mediador. Cristo es el autor y consumidor de nuestra fe. Su amor, que resplandece desde la cruz, habla elocuentemente de los sufrimientos del unigénito Hijo de Dios por el hombre caído. Este amor atrae a los pecadores hacia Él. El transgresor puede resistirse a este amor; puede negarse a ser atraído hacia Cristo; pero si no se resiste, será conducido al pie de la cruz, en arrepentimiento por los pecados que causaron la muerte del Hijo de Dios.

Si fuera posible que el hombre se arrepintiera por sí mismo, el sacrificio expiatorio de Cristo sería en vano. Pero esto no es posible. El arrepentimiento viene de Cristo tan ciertamente como el perdón. Es una teoría falsa la que enseña que el arrepentimiento es una obra que el hombre debe hacer por sí mismo, sin ninguna ayuda especial de Cristo. Si un paso en el camino de la salvación pudiera darse sin Cristo, todos los pasos podrían darse sin Él. Pero sin Su ayuda, el pecador no puede dar el primer paso en este camino. La gracia que trae el perdón trae también la contrición y el arrepentimiento.

Es verdad que grandes reformas en la conducta externa son hechas por aquellos que nunca han expresado fe en Cristo, y que pueden no tener ni siquiera un conocimiento de Él. Pero no es menos cierto que es la influencia de Su gracia la que pone en sus corazones el deseo de reformarse. El cambio en su vida es el resultado de una fe ciega. Ignorantemente adoran aquello que los lleva a respetar la verdadera hombría. Si continúan caminando hacia la luz, una luz mayor brillará sobre ellos; y se inclinarán en adoración ante Dios, llenos de gratitud por el amor que le llevó a dar a su Hijo unigénito como sacrificio por la raza perdida.

El arrepentimiento que Dios acepta es un arrepentimiento que no necesita ser arrepentido, un arrepentimiento revelado por un cambio radical de mente y corazón. El corazón debe someterse a Cristo, y un arrepentimiento que produzca tal cambio nunca puede originarse en el hombre. Sólo de Aquel que declaró: "Yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo", puede proceder tal arrepentimiento. Cuando el pecador cede al poder de atracción del amor de Cristo, el dolor por el pecado y el deseo de apartarse de sus malos caminos llenan su corazón, y cuando busca la ayuda de Dios, se le da la fuerza de lo alto. El Salvador dice: "Que se aferre a mi fortaleza, para que haga las paces conmigo; y hará las paces conmigo".

A los que Dios perdona, primero los hace penitentes. Algunos dirán que esto deja al hombre sin nada que hacer, sin participar en la lucha contra el pecado. No es así; todas las facultades que le han sido confiadas al hombre deben emplearse en el esfuerzo por cumplir la voluntad de Dios. El hombre nunca puede salvarse en la indolencia. Cristo declaró: "Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo"; y aquellos por quienes ha dado su vida han de ser colaboradores suyos. Debemos velar y orar, no sea que caigamos en tentación. Debemos luchar contra el orgullo, la exaltación propia, los celos, los malos pensamientos y las malas palabras. Nuestro sincero esfuerzo por vencer el mal en nuestro carácter pondrá de manifiesto la sinceridad de nuestras oraciones.

Debemos ejercitar la fe en Dios. "Sin fe es imposible agradecerle; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan". Es sólo por la fe que podemos reclamar Su promesa, diciendo: "Recibo las cosas que pido; Tu Palabra es segura; no puede fallar."

Debemos estar dispuestos a darnos cuenta de nuestra necesidad. Aquellos que se sienten pecadores, pobres y desdichados son precisamente aquellos a quienes se extiende la invitación de la misericordia. Jesús dice: "No he venido a llamar

a justos" -a los que están revestidos con las vestiduras de su propia justicia- "sino a pecadores al arrepentimiento". Los que son ricos y honorables en su propia estimación no tienen hambre ni sed de justicia. No sienten necesidad; por lo tanto, no piden ni reciben la bendición de Dios.

Sin la ayuda del Salvador, el hombre caído nunca podría guardar la ley de Dios. Pero, ¿cuán gloriosa es la verdad de la expiación? ¡Qué fundamento tan firme tienen los santos del Altísimo para depositar su esperanza de salvación! Ninguna de las promesas de Dios puede fallar. Por medio de la justicia de Cristo, el pecador condenado puede ser purificado y emblanquecido. El Redentor ha llevado la carga de culpa y aflicción del mundo, y es capaz de fortalecer a Sus hijos para los conflictos que día tras día encontrarán en el camino al cielo.

1 de abril de 1903

Formación infantil

EGW

Los hombres y las mujeres generalmente están diseñados para la vida hogareña, y desde temprana edad se les debe enseñar a cumplir con los deberes de esta vida. Se les debe enseñar a ver y mejorar las oportunidades de ayudar a los demás.

Tal entrenamiento es de un valor incalculable para un niño, y puede darse de tal manera que el niño encuentre placer y felicidad en aprender a ser útil. Este es el trabajo de la madre, entrenar pacientemente a sus hijos para que sean útiles. Al hacer este trabajo, ella ganará una experiencia invaluable.

Los niños se interesan tan fácilmente por el trabajo útil como por el juego. Cada niño debe tener sus deberes asignados, y se le debe enseñar a realizarlos con consideración y cuidado. Y cuando lo haga bien, que la madre le exprese su agradecimiento. Esto llenará su corazón de alegría. Que demuestre a sus hijos que aprecia sus esfuerzos por ayudar. Una palabra de elogio les animará a hacer el bien. Enseñando así a sus hijos, la madre se convierte en su compañera; y están unidos por lazos de amor y ayuda.

En la educación de un niño, hay momentos en que la voluntad firme y madura de la madre se encuentra con la voluntad irracional e indisciplinada del niño. En esos momentos se necesita una gran sabiduría por parte de la madre. Con un

manejo imprudente, con una severa compulsión, puede causar un gran daño a su hijo.

Siempre que sea posible, debe evitarse esta crisis, pues supone una dura lucha tanto para la madre como para el hijo. Pero una vez que se entra en tal crisis, el niño debe ser llevado a ceder su voluntad a la voluntad más sabia del padre.

La madre debe mantenerse bajo perfecto control, sin hacer nada que pueda despertar en el niño un espíritu de desafío. No debe dar órdenes en voz alta. Ganará mucho si mantiene la voz baja y suave. Debe tratar al niño de una manera que lo atraiga a Jesús. Debe darse cuenta de que Dios es su Ayudador; el amor, su poder. Si es una cristiana sabia, no tratará de obligar al niño a someterse. Ora fervientemente, y mientras ora, es consciente de una renovación del poder espiritual. Ve que el mismo poder que actúa en ella actúa también en el niño. Se vuelve más amable, más sumiso. La batalla está ganada. La paciencia de la madre, sus sabias palabras de contención, han hecho su trabajo. Hay paz después de la tormenta, como el resplandor del sol después de la lluvia. Y los ángeles, que han estado observando la escena, prorrumpen en cantos de alegría.

Hermano mío, hermana mía, ¿vives en estrecha relación con Dios, de modo que lo representas en el hogar? ¿Ven tus hijos en tu vida diaria aquello que los fortalece en todo propósito recto? Tus palabras y acciones, sí, y los tonos de tu voz y la expresión de tu semblante, están dejando en sus mentes impresiones que nunca podrán borrarse. La influencia que usted ejerce en el hogar se mezcla con las primeras concepciones de sus hijos, y debe ser para ellos un sabor de vida para vida. Si su corazón está santificado por la gracia de Cristo, usted se presentará en el hogar como un oráculo de la cruz. Cristo le enseñará a hablar palabras correctas. Él hablará a través de usted, revelando el poder de su gracia.

Que no desfallezca vuestro corazón ni se cansen vuestras manos. Pronto se abrirán para vosotros y vuestros hijos las puertas de la ciudad celestial, y podréis llevarlos a Dios diciendo: "Heme aquí, y los hijos que me has dado". Qué recompensa tendréis entonces: ver a vuestros hijos coronados de vida inmortal en la ciudad de Dios.

8 de abril de 1903

La vida en casa

EGW

Sólo tenemos una vida que vivir, sólo una prueba en la que formar caracteres que Dios pueda aprobar. Que los padres presten atención, primero a sí mismos y luego a sus hijos. Que aprendan de la Palabra de Dios cuál es su deber. La obra que se les ha encomendado es sumamente solemne e importante, una obra que no pueden descuidar sin incurrir en grave culpa. Deben hacer que todo lo demás sea secundario con respecto a la educación de sus hijos, y recordar que tal como son estos hijos en el hogar, así serán cuando salgan al mundo.

Nunca se dará demasiada importancia a la formación temprana de los niños. Las lecciones que el niño aprende durante los primeros siete años de su vida tienen más que ver con la formación de su carácter que todo lo que aprenda en años posteriores.

A la madre se le confía un papel importante en la formación de sus hijos. Pero no toda la responsabilidad recae sobre ella. Padre y madre deben unirse en esta gran labor. El marido debe demostrar a su esposa que la aprecia. Si desea mantenerla fresca y alegre, para que sea como el sol en el hogar, que la ayude a sobrellevar sus cargas.

Padres, alegrad el hogar de vuestros hijos. Con esto no quiero decir que los miméis. Cuanto más los consientan, más difícil será manejarlos y más difícil les resultará vivir una vida verdadera y noble cuando salgan al mundo. Si les permites hacer lo que quieran, su pureza y belleza de carácter se desvanecerán rápidamente. Enséñales a obedecer. Hazles ver que tu palabra debe ser respetada. Esto puede parecer que les trae un poco de infelicidad ahora, pero les ahorrará mucha infelicidad en el futuro. Que el gobierno del hogar sea justo y tierno, lleno de amor y compasión, pero firme y verdadero. No permitas ni una palabra irrespetuosa ni un acto desobediente.

Paciencia y amabilidad en la corrección

No te impacientes con tus hijos cuando se equivoquen. Cuando les corrijas, no hables brusca y duramente. Esto les confunde y les hace tener miedo de decir la verdad. Recuerda que en ellos estás encontrando tus propios rasgos de carácter, rasgos que tú les has dado. Por lo tanto, sé muy amable, muy compasivo, muy

cuidadoso de no hacer nada que despierte las peores pasiones del corazón humano. Sé tan tranquilo, tan libre de ira, que ellos se convencerán de que los amas, aunque los castigues.

No olvidéis nunca las palabras: "Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeños. Porque os digo que en los cielos sus ángeles contemplan siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos."

Que la madre enseñe a sus hijos a ser sus voluntariosos ayudantes, asistiéndola gustosamente a sobrellevar las cargas de la vida. Que reine la alegría en el hogar. La madre debe poner todo su empeño en hacer del hogar el lugar más agradable del mundo para sus hijos. Que las largas tardes de invierno se dediquen a la lectura útil, o a alguna otra forma de superación personal.

Desde su más tierna infancia, el niño debe familiarizarse con las cosas de Dios. En palabras sencillas, que la madre le hable de la vida de Cristo en la tierra. Y más aún, que lleve a su vida diaria las enseñanzas del Salvador. Que muestre a su hijo, con su propio ejemplo, que esta vida es una preparación para la vida venidera, un período concedido a los seres humanos en el que pueden formar caracteres que les ganarán la entrada en la ciudad de Dios.

22 de abril de 1903

La cooperación de la humanidad con la divinidad

EGW

Como nuestro Creador y Redentor, Cristo ha abrazado al mundo en sus brazos de amor infinito. Todas las cosas le pertenecen por eficacia originaria y mediadora. Él es el primero y el último, y la eficiencia de todo. Todo el valor que hay en cualquier ser humano es de Cristo, y todo le pertenece a Él. Todo lo que tenemos nos fue confiado para cumplir Su plan mediador.

En el plan divino, el mal estaba previsto y provisto. Se proporcionó un remedio suficiente para la restauración completa. Pero en este plan el hombre mismo debe desempeñar un papel. El hombre es el instrumento por medio del cual Dios obra en favor de la humanidad. Así como Cristo trabajó por los pecadores, así el hombre debe trabajar para que la humanidad pueda entrar en conexión con la divinidad.

En su vasto plan, Dios ha abarcado a toda la humanidad. Él llama a hombres y mujeres para que cumplan su nombramiento como agentes elegidos para llevar a cabo Sus propósitos.

Cristo recluta a su servicio a todos los que consienten en estar bajo su autoridad, a todos los que llevan su yugo y aceptan las condiciones que unen lo humano con lo divino. Aquellos que hacen esto son moldeados por la influencia que, a través de la gracia de Cristo, une corazón con corazón, mente con mente, en un todo completo.

Fuimos creados porque se nos necesitaba. Qué triste es pensar que si nos situamos en el lado equivocado, en las filas del enemigo, estamos perdidos para el designio de nuestra creación. Estamos decepcionando a nuestro Redentor; los poderes que Él diseñó para Su servicio son usados para oponerse a Su gracia y amor incomparable.

Dios dio a Su Hijo unigénito para que el hombre pudiera ser restaurado a la unidad con Él. Y por indiferente que el agente humano crea ser su privilegio, será juzgado de acuerdo con las disposiciones de la gracia que tanto costaron al Cielo. El hombre puede ignorar su responsabilidad; puede elegir ser inspirado y controlado por Satanás, apartarse de todos los principios rectos. Sin embargo, será juzgado como alguien que podría haber utilizado todas sus capacidades al servicio de Dios, pero que se negó a hacerlo. Su fracaso en hacer el bien que podría haber hecho, si hubiera sido partícipe de la naturaleza divina, será registrado en su contra como una señal de que despreció y descuidó la gran misericordia y bondad amorosa de Dios, negándose a reconocer el reclamo del Creador a su servicio.

Los que aman a Dios no vivirán como si tuvieran poca o ninguna obligación para con Él. No vivirán para complacerse a sí mismos. Trabajarán como Cristo trabajó. Todo lo que tienen y son lo pondrán en el altar del servicio. Trabajarán sincera e incansablemente para salvar a las almas por las que Cristo murió. Él, el Redentor del mundo, puede salvar y salvará las almas de todos los que acudan a Él. Y a nosotros nos ha dado el privilegio de cooperar con Él en la realización de su gran plan.

El trabajo que nos queda por hacer es esforzarnos por atraer a todos los hombres hacia Cristo, por elevar a un Salvador crucificado y resucitado, por hablar a los demás de su compasión, señalándole como hizo Juan el Bautista, diciendo: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo."

29 de abril de 1903

Nuestro Hermano Mayor

EGW

Cristo vino a este mundo como siervo incansable de la necesidad del hombre. Revistió su divinidad de humanidad para poder estar entre los hombres como uno de ellos, compartiendo su pobreza y su dolor. El amor por la raza perdida se manifestó en todo lo que dijo e hizo.

¡Qué vida tan ajetreada llevó! Día tras día se le podía ver entrando en las humildes moradas de la necesidad y el dolor, dando esperanza a los abatidos y paz a los afligidos. Humilde, misericordioso, compasivo, anduvo haciendo el bien, levantando a los abatidos y consolando a los afligidos. Nadie que acudiera a Él quedaba sin ayuda. A todos llevaba esperanza y alegría. Dondequiera que iba, llevaba bendiciones.

Durante su niñez y juventud, el Salvador vivió con sus padres en Nazaret, asumiendo de buen grado su parte en el reparto de las cargas del hogar. Había sido comandante de las huestes celestiales, y los ángeles se habían deleitado en cumplir Su palabra; ahora era un siervo voluntario, un hijo amante y obediente. Aprendió un oficio, y con sus propias manos trabajó en la carpintería con José. Con el sencillo atuendo de un obrero común recorría las calles de la pequeña ciudad, yendo y volviendo de su trabajo. Cuando llegó el momento de comenzar su obra pública, salió a proclamar el Evangelio del Reino.

Cristo supeditó estrictamente sus deseos a su misión. Glorificó su vida subordinándolo todo a la voluntad de su Padre. Cuando en su juventud su madre lo encontró en la escuela de los rabinos, le dijo: "Hijo, ¿por qué nos has tratado así? he aquí que tu padre y yo te hemos buscado apenados". Él respondió -y Su respuesta es la nota clave de la obra de Su vida-: "¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme de los asuntos de Mi Padre?".

Su vida fue una constante abnegación. Vino a este mundo para vivir en nuestro nombre la vida de los más pobres, para caminar y trabajar entre los necesitados y los que sufren. Sin ser reconocido ni honrado, entró y salió entre la gente por la que tanto había hecho. Dueño del mundo, no tenía hogar en él. "Las zorras tienen guaridas", dijo, "y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar la cabeza". "Ciertamente llevó Él nuestras enfermedades, y

sufrió nuestros dolores". "Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto".

La obra de Cristo no estaba confinada a ningún tiempo o lugar. Sólo estaba limitada por Su amor y simpatía por aquellos por quienes pronto daría Su vida. Su compasión no conocía límites. A tan gran escala llevó a cabo su obra de curación y enseñanza, que no había edificio en Palestina lo suficientemente grande para albergar a las multitudes que acudían a él. En cada ciudad y aldea por donde pasaba se encontraba su hospital. En las laderas de las colinas de Galilea, en las grandes vías de comunicación, a la orilla del mar, en todos los lugares donde había corazones dispuestos a escuchar su mensaje, Jesús curaba a la gente y les señalaba a su Padre celestial. Su vida sentó las bases de una religión en la que no hay castas, en la que judíos y gentiles, libres y esclavos, están unidos en una hermandad común, iguales ante Dios.

Cristo vivió una vida de oración. Diariamente acosado por la tentación, constantemente opuesto por los líderes del pueblo, sabía que debía fortalecer su humanidad mediante la oración. Para ser una bendición para los hombres, debía estar en comunión con Dios, y obtener de Él energía, perseverancia y firmeza.

Cristo es nuestro Cargador. Vino a soportar las pruebas que debemos soportar, a resistir las tentaciones que debemos resistir. Vino para mostrar que, recibiendo el poder de lo alto, el hombre puede vivir una vida inmaculada. Con amor compasivo y tierna compasión, sin rastro de dureza, Él sale a nuestro encuentro en nuestras necesidades. Trabaja con amable ayuda e infatigable paciencia. Con el suave toque del amor, Él expulsa del alma la inquietud y la duda, cambiando la enemistad y la incredulidad por la confianza y la fe. "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios". "Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros... lleno de gracia y de verdad". "No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado." "En todo le convenía ser semejante a sus hermanos, para ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, a fin de expiar los pecados del pueblo."

20 de mayo de 1903

El modo en que Cristo nos ayuda

EGW

Cuando el Señor ve a sus discípulos deficientes en poder espiritual, día a día perdiendo terreno, día a día alejándose más y más de la Fuente de fortaleza, les envía aflicción y adversidad. Las esperanzas defraudadas les hacen detenerse y reflexionar, y les viene el arrepentimiento y el deseo de acercarse a Dios. Y cuando regresan a Él, Él se acerca a ellos, diciendo: "Que se aferre a Mi fuerza, para que haga las paces conmigo, y hará las paces conmigo". Él recibe al pecador arrepentido con amorosas seguridades de perdón.

No hay poder en el arrepentimiento para cambiar la vida. Pero cuando el alma indefensa se echa sobre Cristo, viene la transformación del carácter. El Salvador declara: "Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros".

Dios a menudo lleva a los hombres a una crisis para mostrarles su debilidad, y para señalarles la Fuente de la fortaleza. Si oran y velan hasta la oración, luchando con valentía, sus puntos débiles se convertirán en sus puntos fuertes. La experiencia de Jacob contiene muchas lecciones valiosas para nosotros. Toda la noche Jacob luchó con el ángel. Finalmente el fuerte luchador fue debilitado por un toque en su muslo. Ahora estaba incapacitado y sufría el dolor más agudo, pero no quiso perder el control. Todo penitente y quebrantado, se aferró al ángel; "lloraba y suplicaba", implorando una bendición. Debía tener la seguridad de que su pecado había sido perdonado. Su determinación se hizo más fuerte, su fe más ferviente y perseverante, hasta el último momento. El ángel trató de soltarse; instó: "Déjame, que amanece", pero Jacob respondió: "No te soltaré, si no me bendices". Si hubiera sido una confianza jactanciosa y presuntuosa, Jacob habría sido destruido al instante; pero la suya era la seguridad de quien confiesa su propia indignidad, pero confía en la fidelidad de un Dios que cumple su pacto.

Jacob "tuvo poder sobre el ángel, y prevaleció". Mediante la humillación, el arrepentimiento y la autoentrega, este mortal pecador y descarriado prevaleció ante la Majestad del cielo. Se había aferrado temblorosamente a las promesas de Dios, y el corazón del Amor infinito no pudo rechazar la súplica del pecador.

Como prueba de que Jacob había sido perdonado, su nombre fue cambiado de uno que era un recordatorio de su pecado a uno que conmemoraba su victoria.

"Tu nombre", dijo el ángel, "ya no será Jacob, sino Israel; porque como príncipe tienes poder con Dios y con los hombres, y has vencido."

¿Obtendremos la fuerza de Dios, y ganaremos victoria tras victoria, o lo intentaremos con nuestras propias fuerzas, y al final caeremos derrotados, agotados por el vano esfuerzo? La victoria es segura cuando el yo se rinde a Dios. El Señor no descuida su promesa. Ha dado a sus ángeles el cuidado de sus hijos. De aquí en adelante se oirá el testimonio: "Mis pies estuvieron a punto de resbalar, pero el Señor me sostuvo". Su camino era el mejor: acudir en prueba al que deseaba ayudar.

Y cuando obtengamos la bendición, no la atesoremos egoístamente. Utilicemos la fuerza que hemos obtenido para ayudar a algún prójimo en apuros. Recordad que la denuncia y la recriminación no mejoran a nadie. Acusar a un alma tentada de su culpa no le inspira en modo alguno la determinación de reformarse. Señala al descarriado y desanimado a Aquel que es capaz de salvar por completo a todos los que acuden a Él. Muéstrale lo que puede llegar a ser. Dile que no hay nada en él que lo recomiende a Dios, sino que Cristo murió por él, para que fuera aceptado en el Amado. Inspírale esperanza, mostrándole que en la fuerza de Cristo puede hacerlo mejor. Muéstrale las posibilidades que tiene. Señálale las alturas que puede alcanzar. Ayúdale a aferrarse a la misericordia del Señor, a confiar en su poder perdonador. Jesús está esperando para tomarlo de la mano, esperando para darle el poder de vivir una vida noble y virtuosa.

27 de mayo de 1903

La responsabilidad del hombre

EGW

La justicia exige que el hombre tenga luz, y exige también que quien se niegue a caminar en esta luz enviada por el cielo, cuya entrega costó la muerte del Hijo de Dios, reciba el castigo. Es un principio de justicia que la culpa del pecador sea proporcional al conocimiento que se le ha dado, pero no usado, o usado de manera equivocada. "Si fuerais ciegos, no tendríais pecado", dijo Cristo a los fariseos; "pero ahora decís: Vemos; por tanto, vuestro pecado permanece." "Esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz".

Cristo vino para que tuviéramos vida, y para que la tuviéramos "en abundancia". Dios espera que los seres humanos acepten a Su Hijo como propiciación por el

pecado, y que reciban en sus vidas las verdades que Él vino a traer. Los que se ven vencidos en la lucha contra el pecado no tienen excusa, pues el Salvador ofrece a todos el poder que les permitirá vencer el mal que les asedia.

Si Dios no hubiera hecho su parte, si hubiera dado a los seres humanos alguna razón para descuidar la gran salvación que se les ofrece, el hombre podría alegar ignorancia como excusa válida. Pero Él ha allanado el camino. ¿Cuándo le ha exigido a alguien que haga algo sin darle instrucciones completas en cuanto a lo que Él requiere que haga? Dios quiere que todos los hombres se salven. Él comunica a todos el conocimiento de Su voluntad, para que cada uno pueda decir: Yo sé lo que el Señor desea que yo haga.

A unos se les da más luz que a otros. Cada uno será juzgado por la luz que se le haya dado. El grado de luz concedida es la medida de la responsabilidad. Obsérvese el ay pronunciado sobre los que, habiendo visto gran luz, rehusaron andar en el camino de Dios. Hablando de las ciudades en las cuales se habían hecho la mayoría de sus obras poderosas, Cristo dijo: "¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho las obras poderosas que se han hecho en vosotros, hace tiempo que se habrían arrepentido en cilicio y ceniza. Pero yo os digo: A Tiro y a Sidón les será más tolerable el día del juicio que a vosotros. Y tú, Capernaum, que eres exaltada hasta el cielo, serás abatida hasta el infierno; porque si en Sodoma se hubieran hecho las maravillas que se han hecho en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Pero yo os digo, que será más tolerable para la tierra de Sodoma en el día del juicio, que para ti."

A aquellas bulliciosas ciudades en torno al mar de Galilea se habían ofrecido gratuitamente las más ricas bendiciones del Cielo. Día tras día, el Príncipe de la Vida había entrado y salido de entre ellos. La gloria de Dios, que profetas y reyes habían anhelado ver, había brillado sobre las multitudes que se agolpaban a los pasos del Salvador. Sin embargo, rechazaron el Don celestial. Y así como rechazaron al Hijo de Dios, Dios los rechazó a ellos.

Las personas de cada época serán juzgadas por la luz que hayan recibido. La iglesia de hoy ha sido favorecida con gran luz y muchas oportunidades-favorecida incluso como fueron favorecidas Corazín y Betsaida. ¡Cuánto anhelaba Cristo ver algún fruto de la labor que empleó en estas ciudades! Y hoy, ¡cuánto anhela ver a Su iglesia libre del pecado! ¡Oh, que aquellos por quienes Él ha obrado tan poderosamente se esforzaran por ser como Él en carácter! Cómo alegraría Su corazón verlos participar de Su naturaleza, y que sus obras

dieran testimonio de su fe en Dios, y de su comprensión de la obligación que recae sobre ellos de trabajar para Él.

Muchos se asombran de la ceguera de los judíos al rechazar a Cristo. Si hubiéramos vivido en sus días, declararían, con gusto habríamos recibido sus enseñanzas; nunca habríamos sido partícipes de la culpa de los que rechazaron al Salvador. Pero cuando la obediencia a Dios exige abnegación y humillación, estos mismos reprimen sus convicciones y se niegan a obedecer.

Dios espera que cada día comprendamos mejor su voluntad. Nos pide que consagremos a su servicio todo lo que tenemos y somos. No somos nuestros; hemos sido comprados por un precio; y debemos usar para Dios todos los dones que nos ha confiado. Él nos coloca donde tenemos oportunidad de conocer Su voluntad, y nos ofrece poder para cumplirla. Si queremos, podemos ser testigos de Él. El que ignora su deber, y descuida sus oportunidades, debe cargar con las consecuencias de su negligencia.

Si has vislumbrado la verdad del Cielo, no te apartes. No seas desobediente a la visión celestial. Camina en la luz que has recibido, y tu sendero se hará cada vez más brillante. En la luz que brilla desde el Calvario verás la pecaminosidad del pecado, y verás también la voluntad y el poder de Dios para salvar del pecado.

3 de junio de 1903

"Caminar en la luz"

EGW

Al peregrino cristiano no se le deja caminar en la oscuridad. Jesús guía el camino. Los que le siguen caminan bajo el sol de su presencia. El camino que recorre el peregrino es claro y bien definido. La justicia de Cristo va delante de él, la justicia que hace posible las buenas obras que caracterizan la vida de todo verdadero cristiano. Dios es su retaguardia. Camina en la luz como Cristo está en la luz. A medida que avanza en el camino cristiano, combina la fe con el esfuerzo sincero por ganar a otros para que lo acompañen. Constantemente recibe la luz de la presencia de Cristo, y constantemente refleja esta luz a los demás con palabras de aliento y obras de abnegación. Lleva el signo de la obediencia a la ley de Dios, que lo distingue de los que no siguen el camino que conduce a la vida eterna.

El peregrino cristiano no puede ser agrio, sombrío, deprimido. Es una tergiversación de la fe cristiana ser hosco, irrazonable o agrio de espíritu. El que camina en la luz no abriga tal espíritu, sino que, mediante un comportamiento concienzudo y coherente, atiende a la admonición del apóstol de provocar a sus compañeros peregrinos al amor y a las buenas obras. Los que se preocupan por las necesidades de los demás, los que hablan con palabras de amable simpatía, los que prestan ayuda a los demás para ayudarles en su trabajo, no sólo animan a sus semejantes, sino también a sí mismos, porque así se convierten en colaboradores de Dios.

Si no fuera por la luz que se nos da desde lo alto, no podríamos seguir paso a paso las huellas de Jesús. Cristo vino a este mundo para que tuviéramos esta luz. Él es "la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene al mundo". Él, la Majestad del cielo, el Hijo del Dios vivo, el Igual al Padre, vino a nuestro mundo para ponerse al lado de los seres caídos, dando valor a la humanidad con su sacrificio. Bajó más y más en su humillación, hasta que le fue imposible descender más. Por nosotros sufrió y murió. Mientras colgaba de la cruz, exclamó: "Consumado es". Había cumplido su obra por nosotros; se había convertido en propiciación por nuestros pecados; había hecho posible que fuéramos aceptados por Dios mediante la fe en los méritos expiatorios del Crucificado.

Si desde el principio de nuestra experiencia cristiana hubiéramos caminado en el consejo de Dios, muchos más se habrían convertido al Salvador. Pero a menudo se han hecho caminos torcidos. Hagamos sendas rectas, no sea que los cojos se aparten del camino. Que nadie siga un camino torcido que otro ha hecho; porque así no sólo se extraviaría él mismo, sino que haría más llano este camino torcido para que otro lo siguiera. Querido lector, determina que, en lo que a ti respecta, caminarás por la senda de la obediencia. Ten la certeza de que estás bajo el amplio escudo de la Omnipotencia. Date cuenta de que las características de Jehová deben revelarse en tu vida, y que en ti debe realizarse una obra que moldeará tu carácter según la semejanza divina. Sométete a la guía de Aquel que es Cabeza sobre todo.

Estamos haciendo una obra para el juicio. Seamos aprendices de Jesús. Necesitamos Su guía a cada momento. A cada paso debemos preguntarnos: "¿Es éste el camino del Señor?", no: "¿Es éste el camino del hombre que está sobre mí?". Sólo debemos preocuparnos de si estamos caminando en el camino del Señor. Inconscientemente, todo verdadero seguidor del Maestro dirá: "¿No hay más que doce horas en el día, y no estoy trabajando al final del día? Debo

caminar en la luz como uno de los hijos de la luz. Debo despojarme de todo peso y del pecado que tan fácilmente me asedia, y correr con paciencia la carrera que tengo por delante. Me esfuerzo por alcanzar una corona de gloria que no se marchita".

Andar en la luz" significa decidirse a ejercitar el pensamiento para ejercer la fuerza de voluntad, en un esfuerzo sincero por representar a Cristo en la dulzura de carácter. Significa alejar toda oscuridad. Que nadie se contente con decir: "Soy hijo de Dios". ¿Estás contemplando a Jesús y, al contemplarlo, te estás transformando a su semejanza? Andar en la luz" significa avanzar y progresar en los logros espirituales. Pablo declaró: "No como si ya lo hubiera alcanzado, ni fuera ya perfecto; sino... olvidando lo que queda atrás", contemplando constantemente el Modelo, llego "a lo que está delante".

Andar en la luz" significa "andar rectamente", andar "en el camino del Señor", andar por fe", "andar en el Espíritu", "andar en la verdad", "andar en amor", "andar en novedad de vida". Es "perfeccionar la santidad en el temor de Dios".

¡Qué terrible cosa es oscurecer el camino de los demás trayendo sombra y penumbra sobre nosotros mismos! Que cada uno se cuide a sí mismo. No carguéis sobre los demás vuestros defectos de carácter. Habla claro; camina en la luz. "Dios es luz, y en él no hay tinieblas". No estudies cómo agradarte a ti mismo. Piérdanse de vista y contemplen a las multitudes que perecen en sus pecados. Reunid en vuestras almas el valor que sólo puede venir de la Luz del mundo. Olvidándoos de vosotros mismos, ayudad a los muchos que están a vuestro alcance. Hablad de fe, y vuestra fe aumentará. Dejad de lamentaros. Trabaja en la línea de Cristo. Esfuérzate por complacerle con amor. Su excelencia te ayudará a ser semejante a Cristo. Estad siempre dispuestos a levantar las manos caídas y a fortalecer las rodillas débiles. Brillad como luces en el mundo, atrayendo a otros por el resplandor de la gloria de Cristo revelada a través de vuestras buenas obras.

Dios honrará y sostendrá a toda alma sincera y ferviente que busque caminar delante de Él en la perfección de la gracia de Cristo. Él nunca dejará ni abandonará a un humilde y tembloroso seguidor Suyo. Él obrará en los corazones de aquellos que lo reciban, haciendo a sus hijos puros y santos, capacitándolos por su rica gracia para ser obreros junto con Él. Con aguda percepción santificada apreciarán la fuerza de sus promesas y se apropiarán de ellas, no por mérito propio, sino porque por fe viva aprovechan los beneficios del sacrificio de Cristo y reciben el manto de su justicia.

Mi compañero de viaje en el camino cristiano, mientras caminas en la luz, ora, simplemente confiando en Jesús tu Redentor. Camina de modo que tu vida refleje rayos de luz para los demás. Confía en el amor de Jesús, y tendrás gracia para salvar a las almas que perecen. Tu camino será como el camino del justo,- una "luz resplandeciente que brilla más y más hasta el día perfecto."

10 de junio de 1903

Triunfantes por Cristo

EGW

Los cristianos están en guerra. La iglesia militante no es la iglesia triunfante. Los seguidores de Cristo, marchando hacia Sión, deben luchar a cada paso. Su adversario es el que una vez estuvo en los atrios celestiales como el primero de los querubines protectores. Los rayos de gloria que cubrían al Dios eterno descansaban constantemente sobre él. Pero, no contento con su posición, aunque honrado por encima de la hueste celestial, comenzó a codiciar la gloria con que el Padre había investido al Hijo. Lucifer deseaba ser el primero en el cielo. Así introdujo el pecado en el universo. Al entrar en el Jardín del Edén después de su expulsión del cielo, logró engañar a nuestros primeros padres. Desde entonces se ha apoderado de este mundo. Declarando que ningún ser humano puede guardar la ley del reino de Dios, reclama a todos los hombres como súbditos suyos.

El Redentor de la raza caída

Fue la existencia del pecado en el corazón humano lo que llevó a Cristo a venir a esta tierra. Él pactó con Dios despojarse de su corona real y de su manto real, revestir su divinidad de humanidad y, de pie en esta tierra a la cabeza de la humanidad, dar testimonio contra la afirmación de las tinieblas de que el hombre no podía vivir sin pecado. Para salvar a los pecadores, la Majestad del cielo, el Rey de gloria, descendió paso a paso hasta las más bajas profundidades de la humillación.

Si preguntáramos a Isaías quién es Jesús de Nazaret, recibiríamos esta respuesta: "Un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre sus hombros; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz". Tales son los títulos que Isaías da a Aquel que vino a nuestro mundo para salvar a la raza caída.

Cristo vino para someterse a todas las tentaciones que acosan al hombre. En la naturaleza humana sufrió todas las pruebas y decepciones, las humillaciones y aflicciones que sufre el hombre. Por nosotros, Cristo asumió la humanidad y se puso a la cabeza de la humanidad. En su humanidad, Él tocó a la humanidad; en su divinidad, como su derecho, Él se aferró al trono de Dios.

Cuando los fariseos preguntaron a los discípulos por qué su Maestro comía con publicanos y pecadores, Cristo, al oír la pregunta, se volvió a sus acusadores y, en la dignidad de su misión, dijo: "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento". En Su vida nos ha dado una representación de lo que pueden llegar a ser los pecadores arrepentidos. Él era puro y sin mancha. De Sus labios no escapó ninguna palabra que pudiera dejar una mancha en Su carácter. A través de las Escrituras nos ha asegurado que por medio de Su gracia podemos alcanzar la misma perfección de carácter que Él alcanzó.

Nuestro Alto Patrimonio

Al entregarse, Cristo ofreció un sacrificio completo, para que nosotros, creyendo en Él, pudiéramos llegar a ser "hijos e hijas del Altísimo". ¿Qué estamos dispuestos a hacer a cambio de este sacrificio infinito? ¿Qué sacrificio estamos dispuestos a hacer, para ser hijos e hijas de Dios, "participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia?"

Hermano mío, hermana mía, ¿deseas ser miembro de la familia real, hijo del Rey celestial? ¿Deseas participar en la recompensa final de los fieles? No importa cuál sea tu entorno; si buscas en Cristo consejo y fortaleza, podrás resistir toda tentación.

Que aquellos que están tan deseosos del placer mundano, tan ambiciosos del honor mundano, piensen en Aquel que sacrificó todo lo Suyo para mostrarles lo que pueden llegar a ser a través de Su gracia y Su fuerza. ¿Harán lo que deben hacer para salvarse aquellos por quienes Él ha muerto? ¿Aprenderán de Su vida las lecciones que deben aprender con respecto al carácter que deben formar a fin de estar preparados para unirse a la familia leal y santa que entrará por las puertas en la ciudad?

"Poned vuestro afecto en las cosas de arriba, no en las de la tierra". Si los afectos están puestos en las cosas terrenales, la vida se mancha y se corrompe. Recordad siempre que al someteros al rito del bautismo habéis dado a entender que "estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios". Cuando Cristo, que

es nuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros os manifestaréis con él en gloria." ¡Preciosa promesa!

La vida de Cristo

¡Cuán agradecidos deberíamos estar de que Cristo viniera en la pobreza! Nadie puede decir que Él no sabe nada de las pruebas y penurias de la pobreza. Aunque sabía que era la Majestad del cielo y el Redentor de la raza perdida, trabajó muchos años en el oficio de carpintero. Desde la infancia puso de su parte para sostener a una familia que vivía en la pobreza. Y en su trabajo diario enseñó lecciones relativas al perfeccionamiento del carácter. En cada detalle del trabajo relacionado con la construcción de edificios -en cada golpe que daba, en cada pieza que preparaba y unía a otras piezas- mostraba el cuidado y la exactitud con que debía edificarse el carácter. Él es quien inspiró a Pablo a declarar: "Vosotros sois el edificio de Dios".

Los compañeros de Jesús le decían a menudo: ¿Por qué tienes que ser tan particular? No es necesario trabajar así. Podrías trabajar con menos exactitud y ahorrar tiempo. En lugar de discutir con ellos, Jesús respondió a sus críticas poniéndose a cantar uno de los Salmos en los que David enseñaba que la fidelidad y la integridad deben marcar el carácter. El espíritu del canto afectó a los corazones de los que estaban con Jesús, y casi antes de que se dieran cuenta de lo que estaban haciendo, captaron la tensión y se unieron a él en el canto. Y cuando surgía una disputa, en vez de detenerse a discutir o a justificar su proceder, Jesús se ponía a cantar. Pronto sus compañeros olvidaban sus diferencias de opinión y sus palabras airadas. Los que unos momentos antes se habían sentido provocados con Él o entre sí, ahora se unían para cantar el himno de alabanza.

Siguiendo el mismo camino podremos escondernos en Cristo. Entonces seremos partícipes de la naturaleza divina.

La victoria

El Capitán de nuestra salvación se perfeccionó mediante el sufrimiento, para poder llevar a muchos hijos e hijas al Padre de lo alto. Estamos bajo el estandarte manchado de sangre del Príncipe Emmanuel. Como fieles soldados de la cruz no debemos luchar contra principados y potestades, sino contra la maldad espiritual en las alturas. Debemos encontrarnos con Satanás y sus huestes. En esta guerra no hay descanso, no hay liberación. Debemos conquistar en el

nombre de Jesús, o ser conquistados. Armados con la mente de Cristo, seremos más que vencedores.

El Señor desea que seamos victoriosos sobre los poderes de las tinieblas. Está dispuesto a salvar perpetuamente a todos los que acudan a Él. Es a través de Él que "tenemos acceso por fe a esta gracia en la cual estamos firmes". Por medio de Él tenemos acceso al tesoro del cielo: Su Palabra, las Sagradas Escrituras. De este tesoro hemos de sacar las armas de nuestra guerra, las armas que tan eficazmente usó nuestro Salvador. Con la espada de la verdad - "escrito está"- venció al enemigo. Armados con esta espada, y protegidos por el escudo de la fe, nosotros, la iglesia militante, seremos capaces de permanecer impasibles ante los asaltos de Satanás. Si seguimos resistiendo al enemigo, ganaremos fuerza constantemente, y finalmente nos convertiremos en la iglesia triunfante.

17 de junio de 1903

La esperanza del mundo

EGW

No podemos comprender el misterio de la redención. Nos basta saber que Dios amó tanto al mundo que entregó a su Hijo unigénito para que muriera por nosotros. La pena de nuestra transgresión cayó sobre un Sustituto puro, santo e inocente, el Hijo de Dios. Él llevó nuestros pecados en Su propio cuerpo sobre el madero, para que por fin pudiéramos presentarnos ante Dios vestidos con el manto de la impecabilidad.

El Evangelio es la esperanza del mundo. La cruz es el instrumento de Dios para contrarrestar los planes de Satanás y devolver al hombre su pureza original. El plan de salvación ideado por el Padre y el Hijo será un gran éxito. El sacrificio expiatorio de Cristo despertará la mente aletargada, poniendo en actividad las facultades mentales y espirituales del hombre.

Un maestro enviado por Dios

Las tinieblas habían cubierto la tierra, y una oscuridad espantosa a la gente. Había llegado el momento en que un Maestro del cielo debía ser enviado al mundo. La profecía había predicho el advenimiento de este maestro. "En verdad dijo Moisés a los padres: El Señor vuestro Dios os levantará un profeta de entre vuestros hermanos, como yo; a él oiréis en todo lo que os diga. Y sucederá que toda persona que no escuche a ese profeta, será destruida de entre el pueblo. Y

todos los profetas, desde Samuel y los que le siguieron, cuantos han hablado, también han predicho de estos días", los días en que la autoridad de Cristo sería suprema y su poder invencible.

Al desenrollarse más el rollo, leemos: "Oh Sión, portadora de buenas nuevas, sube a los montes altos; oh Jerusalén, portadora de buenas nuevas, alza con fuerza tu voz; levántala, no temas; di a las ciudades de Judá: ¡He aquí vuestro Dios! He aquí que el Señor Dios vendrá con mano fuerte, y su brazo se enseñoreará de él; he aquí que su recompensa está con él, y su obra delante de él. Apacentará su rebaño como un pastor; recogerá los corderos con sus brazos, los llevará en su seno y conducirá suavemente a los que tienen crías."

Es por el poder de la cruz que el hombre ha de ser redimido. "He aquí mi siervo, a quien sostengo", dice Dios; "mi escogido, en quien se deleita mi alma; he puesto mi espíritu sobre él; él traerá juicio a los gentiles. No clamará, ni se alzarán, ni hará oír su voz en la calle. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humea; traerá juicio a la verdad. No desfallecerá ni se desanimará, hasta que ponga juicio en la tierra; y las islas esperarán su ley."

"Así ha dicho Dios el Señor, ... Yo, el Señor, te he llamado en justicia, y te sostendré la mano, y te guardaré, y te daré por alianza del pueblo, por luz de las naciones; para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de la prisión a los que están sentados en tinieblas.... Cantad al Señor un cántico nuevo y su alabanza desde los confines de la tierra, los que descendéis al mar y todo lo que hay en él; las islas y sus habitantes.... Llevaré a los ciegos por un camino que no conocían; los conduciré por sendas que no han conocido; haré que las tinieblas se aclaren ante ellos, y que lo torcido se enderece. Esto les haré, y no los desampararé".

"Todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es ordenado para los hombres en las cosas que pertenecen a Dios, a fin de que ofrezca tanto ofrendas como sacrificios por los pecados; el cual puede compadecerse de los ignorantes y de los extraviados, pues él mismo también está rodeado de flaqueza."

Liberados de la muerte

Cristo se despojó de su manto real y de su corona real, y revistió su divinidad de humanidad, para conocer por sí mismo los sufrimientos y las tentaciones de los seres humanos. Vino para ser su Garantía, para vencer en su favor, para vivir por ellos una vida sin pecado, para que a través de Su poder pudieran obtener la victoria sobre el mal. Vino diciendo: "Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en

medio de la iglesia te cantaré alabanzas". Se puso a la altura de los seres humanos, diciendo: "Me pondré a la cabeza de la raza, para que por mi humillación sean aceptados como miembros de la familia real. Anunciaré el nombre de Dios a mis hermanos. "Pondré mi confianza en Él", tal como deseo que hagan Mis discípulos.

Sólo cargando con la pena de nuestra desobediencia pudo Cristo librarnos de la muerte eterna. Él se hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él.

Así nos colocó en una posición ventajosa, donde podíamos vivir vidas puras y sin pecado. Los pecadores arrepentidos se presentan ante Dios justificados y aceptados, porque el Inocente ha cargado con su culpa. Los que no lo merecen son hechos merecedores, porque en su favor el Merecedor se hizo el que no lo merecía.

"Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre." "En todo le convenía ser semejante a sus hermanos, para ser misericordioso y fiel Sumo Sacerdote en lo que a Dios se refiere, a fin de expiar los pecados del pueblo. Porque en cuanto El mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados."

Ricos en una herencia eterna

Cristo murió para comprarnos la salvación. Resucitó para nuestra justificación y vive siempre para interceder por nosotros. Su vida y su muerte traen la salvación a todo hijo de Dios creyente. Por su muerte somos reconciliados con Dios; por su vida, tal como se realiza en nuestra vida, seremos salvos. Podemos ser pobres en las cosas temporales, pero somos ricos en el tesoro que permanece para siempre. Tenemos las escrituras de una herencia inmortal, los títulos de propiedad de una vida que coincide con la vida de Dios.

24 de junio de 1903

La formación del carácter

EGW

La gracia de Dios que trae la salvación se ha manifestado a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, que se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras."

Es una gran deshonra para Dios que alguien desprecie la maravillosa salvación traída a la humanidad a un costo tan infinito, incluso la vida del Unigénito del Padre. Los hombres y las mujeres son inexcusables por negarse a aceptar la invitación de Aquel que ha muerto por su redención. Cristo ofrece la vida eterna a quienes eligen ser obedientes y sumisos a la voluntad de Dios. Al llevar el yugo de la obediencia voluntaria, los hombres y las mujeres testifican a los mundos no caídos, a los ángeles y a los hombres que han aceptado a Cristo como su Gobernante, y que están conformando sus vidas a Su voluntad.

Los que se niegan a aceptar la invitación de Cristo a llevar su yugo de obediencia y a aprender de él su mansedumbre y humildad, no formarán caracteres que los capaciten para llegar a ser miembros de la familia real, hijos del Rey Celestial. Ante el universo tales personas dan un testimonio directo contra Cristo. Le hacen un gran daño a su Salvador. Con su elección revelan que desprecian la gran salvación que el Padre celestial ha puesto a su alcance. No aprecian plenamente el valor que Cristo les ha dado. No se dan cuenta de que Él los ha comprado a un costo infinito. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna".

Cooperación con Cristo

Cristo asumió la naturaleza humana para poder sufrir y morir como propiciación por los pecados de la raza caída. Por sus méritos, los pecadores arrepentidos pueden unirse a la Divinidad. Los suyos son por creación y por redención. "A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios".

El Señor está haciendo una gran obra en la tierra. Con intenso interés está examinando la aptitud de cada hombre para asociarse con los ángeles sin pecado y con la familia redimida del cielo. Ninguno de los rescatados estará dispuesto a iniciar una rebelión semejante a la que Satanás comenzó antes de la creación de nuestra raza. El Señor da a los hombres y a las mujeres un tiempo de prueba para que se familiaricen con sus términos de salvación. Se les da la oportunidad de unirse a él, como "colaboradores de Dios", para moldear sus caracteres a semejanza del carácter divino. Al aprovechar esta oportunidad, prestan atención a Sus palabras de consejo: "Trabajad en vuestra salvación con temor y temblor. Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad".

En estos últimos días de prueba, aprovechemos las palabras de advertencia: "Mirad por vosotros mismos, no sea que en cualquier momento vuestros corazones se sobrecarguen con el exceso y la embriaguez, y los cuidados de esta vida, y así ese día venga sobre vosotros de improviso. Porque como un lazo vendrá sobre todos los que habitan sobre la faz de toda la tierra". Aquellos que son descuidados e indiferentes, aquellos que se han entregado al mundo-cuerpo, alma y espíritu-se encontrarán, cualquiera que sea su posición, desprevenidos para Su aparición. "Velad, pues, y orad siempre, para que seáis tenidos por dignos de escapar de todas estas cosas que vendrán, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre."

Cristo es hecho el juez del carácter de cada hombre. Todo juicio es entregado por el Padre en Sus manos. Diariamente se lleva a cabo un examen del carácter de hombres y mujeres. Dios es particular al exigir que todos se conformen a su norma de carácter.

El tejido a menudo estropeado

Muchos, muchos confían en su propia justicia. Negándose a someterse a la voluntad de Cristo o a permitirle que los vista con el manto de Su justicia, establecen una norma para sí mismos, formando caracteres según su propia voluntad y placer. Tergiversan el carácter perfecto -la justicia- de Cristo. Engañados ellos mismos, engañan a otros, llevando a muchos por caminos falsos. Satanás se complace en su religión, pero Dios no los acepta. Al fin recibirán castigo con el gran engañador.

Hay un gran número de cristianos profesos que no siguen realmente a Jesús. No llevan la cruz con abnegación y sacrificio voluntarios. Aunque hacen una gran

profesión de ser cristianos sinceros, entretejen en el tejido de sus caracteres tantos hilos de imperfecciones personales que el hermoso patrón se echa a perder. De ellos dice Cristo en efecto: Os jactáis de ser ricos y aumentados con supuestos logros espirituales. En realidad no sois ni fríos ni calientes, sino que estáis llenos de vanidad. Si no os convertís, no podréis salvaros; porque con vuestra sabiduría no santificada estropearíais el cielo. No puedo respaldar su espíritu ni su obra. No actuáis de acuerdo con el ejemplo divino, sino que seguís un modelo de vuestra propia invención. Debido a tu tibia condición debo vomitarte de Mi boca.

Yo, tu Redentor, conozco tus obras. Conozco los motivos que te impulsan a declarar jactanciosamente, con respecto a tu condición espiritual: "Soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad." Tú "no sabes que eres desventurado, y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo".

Los que están en esta condición son deliberadamente ignorantes. No discernen el verdadero carácter del pecado. Por sus malas acciones, constantemente tergiversan el carácter de Cristo y lo avergüenzan abiertamente. Profesando tener un conocimiento de la verdad, actúan como novatos. No parecen comprender la verdad que debe expresarse de palabra y obra para mostrar una diferencia decisiva entre el que sirve a Dios y el que no le sirve. Son falsos pretendientes de toda bendición y privilegio cristianos. Pretenden ser representantes de Cristo, pero no son ricos en gracia espiritual ni en buenas obras. A su propia luz, son desdichados, pobres, ciegos, mutilados. ¡En qué posición se encuentran!

Sé celoso y arrepíentete

A pesar de su ignorancia deliberada, el Señor no los deja sin añadir una advertencia y un consejo. "Te aconsejo", les suplica, "que compres de mí oro refinado en el fuego, para que seas rico; y vestiduras blancas, para que estés vestido, y no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso y arrepíentete. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias".

Hay algunos que no quieren oír. Tanto tiempo han elegido seguir su propio camino y su propia sabiduría, tanto tiempo han abrigado tendencias hereditarias y cultivadas al mal, que están ciegos y no pueden ver de lejos. Por ellos, se pervierten los principios; se levantan falsas normas; se hacen pruebas que no llevan la firma del cielo. Están asimilando ideas mundanas y formando caracteres que los excluirán del cielo. Y sin embargo, algunos de estos mismos se jactan en el Señor de ser un pueblo que hace justicia, y que no abandona las ordenanzas de su Dios.

La recompensa de los rectos

"Temed al Señor, vosotros sus santos". "He aquí, el ojo del Señor está sobre los que le temen, sobre los que esperan en su misericordia". "Confía en Él en todo momento; ... derrama tu corazón ante Él". "Confía en el Señor con todo tu corazón; y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y Él enderezará tus sendas".

"Confía en el Señor, y haz el bien; así habitarás en la tierra, y ciertamente serás alimentado. Deléitate también en el Señor, y Él te concederá los deseos de tu corazón. Encomienda tu camino al Señor; confía también en Él, y Él lo realizará". "Porque los malhechores serán talados; pero los que esperan en el Señor, ellos heredarán la tierra". "El Señor conoce los días de los rectos; y su herencia será para siempre".

1 de julio de 1903

Mundanidad y libertinaje

EGW

Lecciones del pasado

Satanás ha logrado siempre sus mayores éxitos por la negligencia del pueblo de Dios en mantener su separación del mundo, sus costumbres, sus prácticas y sus principios. Sólo hay dos grandes partidos entre los hombres: los siervos de Cristo y los siervos de Satanás. Sus líderes son opuestos en todos los aspectos. Nuestro Señor Jesucristo, que vino a vencer al príncipe de las tinieblas, dice: "Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece". Aquí Cristo hace una marcada distinción entre sus seguidores y el mundo. Los que son del mundo están en oposición directa a los que aman a Dios y guardan sus mandamientos.

El corazón debe guardarse con toda diligencia, para que lo humano no sea exaltado por encima de lo divino. Si los que profesan amar y servir a Dios siguen un impulso ciego, en vez de la razón y la conciencia, caerán por el artificio de Satanás. Los afectos deben ser guardados y controlados, para que no sean puestos en objetos indignos que están prohibidos en la Palabra de Dios.

Sansón, aquel poderoso hombre de valor, había hecho el solemne voto de ser nazareo durante toda su vida; pero, encaprichado por los encantos de una mujer lasciva, rompió temerariamente aquella sagrada promesa. Satanás obró por medio de sus agentes para destruir a este gobernante de Israel, a fin de que el misterioso poder que poseía dejara de intimidar a los enemigos del pueblo de Dios. Fue la influencia de esta atrevida mujer lo que lo separó de Dios, y sus artificios fueron su ruina. El amor y el servicio que Dios reclama, Sansón se los dio a esta mujer. Esto fue idolatría. Perdió todo sentido del carácter sagrado y de la obra de Dios, y sacrificó el honor, la conciencia y todo interés valioso a una pasión vil.

La vida de Salomón debería ser un faro de advertencia para el pueblo de Dios en todas las épocas. El Señor había erigido una barrera entre Israel y las demás naciones. Había hecho de ese pueblo el depositario de su ley, y su seguridad residía en preservar su carácter peculiar y santo. Pero cuando el corazón del rey Salomón se enaltecía de orgullo, se volvió ávido de riquezas y poder aún mayores. Para asegurárselos, formó alianzas políticas con naciones idólatras.

El honor y las riquezas fluyeron hacia él como resultado; pero estas ventajas temporales fueron compradas muy caras a costa del sacrificio de los principios. Su reino se enriqueció con el oro de Tarsis, pero el oro fino de su carácter fue empañado por la influencia corruptora del paganismo. Una vez superada la sabia barrera que Dios había erigido, el rey dio, uno tras otro, los pasos fatales que le alejaron de la esperanza, la felicidad y el cielo. De ser el más sabio de los gobernantes, Salomón se convirtió en un déspota. Satanás triunfó cuando este hombre, que había sido llamado tres veces el amado de su Dios, se convirtió en esclavo de la pasión y sacrificó su integridad al poder embrujador de la mujer.

Los casos mencionados son suficientes para mostrar el peligro de corromper el alma mezclándose con los enemigos de Dios. Estos ejemplos se registran para beneficio de los que viven en medio de los peligros de los últimos días. Las artimañas de Satanás no son menores ahora que en los tiempos antiguos. En efecto, a medida que nos acercamos al período de la segunda venida de Cristo, Satanás redobla sus esfuerzos para obrar con todo engaño de injusticia.

Especialmente los jóvenes están en constante y temible peligro de ser vencidos por sus tentaciones.

Ahora se necesita vigilancia y vigilancia. El ojo lujurioso debe dejar de contemplar la vanidad. La audacia y la inmodestia deben ser reprendidas con decisión. Que nadie ceda a un espíritu de confianza en sí mismo y crea que no corre peligro. Mientras Satanás viva, sus esfuerzos serán constantes e incansables para hacer que el mundo sea tan perverso como antes del diluvio, y tan licencioso como lo eran los habitantes de Sodoma y Gomorra. La oración bien puede ser ofrecida diariamente por todos los que tienen ante sí el temor de Dios, para que Él preserve sus corazones de los malos deseos, y fortalezca sus almas para resistir la tentación. Aquellos que, en su confianza en sí mismos, no sienten la necesidad de la vigilancia y la oración incesante, están cerca de alguna caída humillante. Todos los que no sienten la importancia de guardar resueltamente sus afectos serán cautivados por los que practican sus artes para entrapar y extraviar a los incautos.

Satanás se regocijó al ver a Sansón, un hombre a quien Dios podría haber utilizado para su gloria, tan encaprichado que pudo traicionar su fuerza en manos de Dalila. Satanás sabía que había hecho cautivo a Sansón. Pocos de los que llegan tan lejos vuelven a ver claramente el carácter agravado del pecado. La reputación, la fuerza y la utilidad se sacrifican por la indulgencia pecaminosa. La ciega infatuación lleva a los hombres por el camino de la destrucción. ¿Quién puede conocer el poder de Satanás, sus artes y maquinaciones? Los que, desafiando todas las advertencias y súplicas de la Palabra de Dios, se aventuran a entregarse al pecado, duermen al borde mismo de la ruina eterna. Porque Dios soporta a los transgresores de Su ley, porque les envía advertencias y súplicas, porque el castigo no sigue inmediatamente a sus malas acciones, abusan de Su misericordia y paciencia, y se precipitan ciegamente en el curso del crimen. Cuando son asaltados por la tentación, muchos no tienen fuerza moral para decir, como José: "¿Cómo, pues, podré hacer esta gran maldad, y pecar contra Dios?". No rechazan decididamente la primera invitación a transgredir la ley de Dios, y pronto la indulgencia ilícita se convierte en habitual, y están dispuestos a negar que sea pecado.

Los matrimonios imprudentes son la maldición de esta época. Tal alianza no puede ser sino desastrosa para ambas partes. Ese amor que no tiene mejor fundamento que la mera gratificación sensual será testarudo, ciego e incontrolable. El honor, la verdad y todo poder noble y elevado de la mente se ven sometidos a la esclavitud de las pasiones. El hombre que está atado con las

cadena de esta infatuación es sordo con demasiada frecuencia a la voz de la razón y de la conciencia; ni los argumentos ni las súplicas pueden hacerle ver la locura de su conducta.

Los hombres y las mujeres que profesan la piedad deberían temblar ante la idea de entrar en un pacto matrimonial con aquellos que no respetan ni obedecen los mandamientos de Dios. Esto fue lo que abrió las compuertas del pecado a los antediluvianos. Tal conexión con el mundo es una desviación directa de los requisitos expresos de Dios: "No os unáis en yugo desigual con los incrédulos".

En estas alianzas la criatura recibe el amor que debería dar al Creador. Hay peligro en entrar en cualquier relación íntima con los que no tienen conexión con el Cielo. Esta es la amistad que la Inspiración llama enemistad con Dios. No podemos ser demasiado celosos de nosotros mismos, no sea que, al asociarnos con mundanos, caigamos en los mismos hábitos. Fue por esta razón que a los israelitas se les ordenó habitar solos, como un pueblo separado de todas las demás naciones. La amistad de los enemigos del Señor es más de temer que su enemistad; porque Satanás obra constantemente por medio de incrédulos agradables e inteligentes, para tentar al pueblo de Dios a pecar.

Cuando se quebranta un mandamiento del Decálogo, los pasos hacia abajo son casi seguros. Una vez eliminadas las barreras del pudor femenino, el más bajo libertinaje no parece excesivamente pecaminoso. ¡Ay, qué terribles resultados de la influencia de la mujer para el mal pueden presenciarse en el mundo de hoy! A través de las seducciones de "mujeres extrañas", miles son encarcelados en prisiones, muchos se quitan la vida, y muchos cortan la vida de otros. Cuán ciertas son las palabras de la Inspiración: "Sus pies descienden a la muerte; sus pasos se aferran al infierno".

En el camino de la vida se colocan faros de advertencia por todas partes, para evitar que los hombres se acerquen al terreno peligroso y prohibido; pero, a pesar de ello, multitudes eligen el camino fatal, en contra de los dictados de la razón, sin tener en cuenta la ley de Dios y desafiando Su venganza.

Los que quieran conservar la salud física, un intelecto vigoroso y una moral sana, deben "huir de las concupiscencias juveniles". Los que se esfuerzan con celo y decisión por frenar la maldad que levanta su cabeza audaz y presuntuosa entre nosotros, son odiados y calumniados por todos los malhechores, pero serán honrados y recompensados por Dios.

5 de agosto de 1903

"Id, pues, y enseñad a todas las naciones"

EGW

A un paso de Su trono celestial, Cristo dio la comisión a Sus discípulos. "Todo poder me es dado en el cielo y en la tierra", dijo. "Id, pues, y enseñad a todas las naciones". "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura". Una y otra vez se repitieron las palabras, para que los discípulos captaran su significado. Sobre todos los habitantes de la tierra, altos y bajos, ricos y pobres, debía brillar la luz del cielo con rayos claros y fuertes. Los discípulos debían ser colaboradores de su Redentor en la obra de la salvación del mundo.

La comisión había sido dada a los doce cuando Cristo estaba con ellos en el aposento alto; pero ahora iba a ser dada a un número mayor. En la reunión en un monte de Galilea, se reunieron todos los creyentes que podían ser convocados. De esta reunión, Cristo mismo, antes de su muerte, había designado la hora y el lugar. El ángel del sepulcro recordó a los discípulos su promesa de reunirse con ellos en Galilea. La promesa se repitió a los creyentes reunidos en Jerusalén durante la semana de Pascua, y a través de ellos llegó a muchos solitarios que lloraban la muerte de su Señor.

Todos esperaban la entrevista con gran interés. Se dirigieron al lugar de la reunión por caminos tortuosos, entrando por todas partes para no despertar las sospechas de los celosos judíos. Venían con el corazón maravillado y hablaban seriamente de las noticias que les habían llegado acerca de Cristo.

A la hora señalada, unos quinientos creyentes estaban reunidos en pequeños nudos en la ladera de la montaña, deseosos de aprender todo lo que se podía aprender de los que habían visto a Cristo desde su resurrección. Los discípulos pasaban de un grupo a otro, contando todo lo que habían visto y oído de Jesús, y razonando a partir de las Escrituras como Él había hecho con ellos. Tomás relató la historia de su incredulidad, y contó cómo sus dudas habían sido barridas. De repente, Jesús apareció entre ellos. Estaban presentes muchos que nunca antes le habían visto; pero en sus manos y en sus pies veían las marcas de la crucifixión; su rostro era como el rostro de Dios, y cuando le vieron, le adoraron.

Pero algunos dudaron. Así será siempre. Hay quienes tienen dificultades para ejercer la fe y se sitúan en el lado de los que dudan. Estos pierden mucho a causa

de su incredulidad. Esta fue la única entrevista que Jesús tuvo con muchos de los creyentes antes de su ascensión. Vino y les habló diciendo: "Todo poder me es dado en el cielo y en la tierra". Los discípulos lo habían adorado antes de que hablara, pero estas palabras, que salían de labios que habían estado cerrados en la muerte, los estremecieron con peculiar poder. Ahora era el Salvador resucitado. Muchos de ellos le habían visto ejercer su poder en la curación de los enfermos y en el control de las agencias satánicas. Creían que poseía poder para establecer su reino en Jerusalén, poder para sofocar toda oposición, poder sobre los elementos de la naturaleza. Había calmado las aguas impetuosas, había caminado sobre las olas de blanca cresta; había resucitado a los muertos. Ahora declaró que le había sido dado "todo poder".

Las palabras de Cristo en la ladera de la montaña fueron el anuncio de que su sacrificio en favor del hombre era pleno y completo. Las condiciones de la expiación se habían cumplido. Se dirigía al trono de Dios para ser honrado por ángeles, principados y potestades. Había comenzado su obra mediadora. Revestido de autoridad ilimitada, dio su comisión a los discípulos: "Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo".

El pueblo judío había sido hecho depositario de la verdad sagrada; pero el fariseísmo lo había convertido en el más exclusivo, el más intolerante de toda la raza humana. Todo en los sacerdotes y gobernantes -sus vestidos, costumbres, ceremonias, tradiciones- los incapacitaba para ser la luz del mundo. Se consideraban a sí mismos, el pueblo judío, como el mundo. Pero Cristo encargó a sus discípulos que proclamaran una fe y un culto que no tuvieran nada de casta o de país, una fe que se adaptara a todos los pueblos, a todas las naciones, a todas las clases de hombres.

12 de agosto de 1903

"Yo estoy siempre contigo"

EGW

Antes de dejar a sus discípulos, Cristo expuso claramente la naturaleza de su reino. Les recordó cosas que les había dicho anteriormente con respecto a él. Les declaró que su propósito no era establecer en este mundo un reino temporal, sino un reino espiritual. No iba a reinar como un rey terrenal en el trono de

David. De nuevo les abrió las Escrituras, mostrándoles que todo por lo que había pasado había sido ordenado en los concilios entre el Padre y Él mismo. Esto había sido predicho por profetas y hombres inspirados por el Espíritu Santo.

Cristo dijo a los discípulos que comenzaran su trabajo en Jerusalén. Jerusalén había sido el escenario de Su asombrosa condescendencia por la raza humana. Allí había sufrido, había sido rechazado y condenado. La tierra de Judea fue su lugar de nacimiento. Allí, vestido con el ropaje de la humanidad, había caminado con los hombres, y pocos habían discernido cuán cerca estaba el cielo de la tierra cuando Jesús estaba entre ellos. En Jerusalén debía comenzar la obra de los discípulos.

Había en Jerusalén muchos que habían creído secretamente en Jesús, y muchos que habían sido engañados por los sacerdotes y los gobernantes. A éstos había que predicarles el Evangelio. Había que llamarlos al arrepentimiento. Había que explicarles la maravillosa verdad de que sólo por medio de Cristo se podía obtener la remisión de los pecados. Aunque toda Jerusalén estaba conmovida por los emocionantes acontecimientos de las últimas semanas, la predicación del Evangelio causaría la impresión más profunda.

Pero la obra de los discípulos no debía terminar en Jerusalén. Debían llevar la verdad hasta los confines más remotos de la tierra. Cristo dijo a sus discípulos: "Habéis sido testigos de mi vida de abnegación en favor del mundo. Habéis sido testigos de mis trabajos por Israel. Aunque no quisieron venir a Mí para tener vida, aunque los sacerdotes y los gobernantes me han hecho lo que querían, aunque me han rechazado como predijeron las Escrituras, todavía tendrán otra oportunidad de aceptar al Hijo de Dios. Habéis visto que a todos los que vienen a Mí confesando sus pecados, Yo los recibo libremente. Al que viene a Mí, de ninguna manera lo echo fuera. A vosotros, Mis discípulos, os encomiendo este mensaje de misericordia. Debe ser dado a todas las naciones, lenguas y pueblos. A judíos y gentiles. Todos los creyentes deben reunirse en una sola Iglesia.

Los discípulos debían llevar adelante su obra en nombre de Cristo. Su fe debía centrarse en Aquel que es la Fuente del poder. En Su nombre debían presentar sus peticiones al Padre, y recibirían respuesta. El nombre de Cristo debía ser su consigna, su insignia de cargo, su vínculo de unión, la autoridad para su acción y la fuente de su éxito. Nada debía ser reconocido en Su reino que no llevara Su nombre y superinscripción.

Así dio Cristo a los discípulos su encargo. No les dijo que su trabajo sería fácil. Les mostró la vasta confederación que se alzaba contra ellos. Les dijo que

debían luchar, no sólo contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra la maldad espiritual en las regiones celestes. Pero no debían luchar solos. Él les aseguró que estaría con ellos, y que si avanzaban con fe, se moverían bajo el escudo de la Omnipotencia. "He aquí que yo estoy con vosotros todos los días", les dijo. Hizo provisión completa para la prosecución de su obra, y tomó sobre sí la responsabilidad de su éxito. Mientras obedecieran su palabra y trabajaran en conexión con él, no podrían fracasar. Id a todas las naciones, les ordenó. Id a la parte más lejana del globo habitable, pero sabed que mi presencia estará allí. Trabajad con fe y confianza, pues nunca llegará el momento en que Yo os abandone.

Los discípulos salieron a predicar la Palabra. Se prepararon para su trabajo. Antes del día de Pentecostés, se reunieron y eliminaron todas sus diferencias. Estaban de acuerdo. Creyeron en la promesa de Cristo de que se les daría la bendición, y oraron con fe. No pedían una bendición sólo para ellos, sino que estaban cargados con el peso de la salvación de las almas. El Evangelio debía ser llevado hasta los confines de la tierra, y reclamaron el poder que Cristo había prometido. Entonces se derramó el Espíritu Santo y miles de personas se convirtieron en un día.

19 de agosto de 1903

Poder para el servicio

EGW

La comisión que Cristo dio a sus discípulos justo antes de su ascensión se nos da también a nosotros. A cada creyente son dichas las palabras: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura." El Señor ha dado a Su iglesia una obra especial de servicio personal. Pudo haber dado solamente a los ángeles la obra de salvar almas, pero no lo hizo. La humanidad debe tocar a la humanidad.

Es un error fatal suponer que la obra de salvar almas depende únicamente del ministro ordenado. A todos aquellos a quienes ha llegado la inspiración celestial se les confía el Evangelio. Todos los que reciben la vida de Cristo son ordenados para trabajar por la salvación de las almas. Para esta obra fue establecida la Iglesia, y todos los que toman sobre sí los votos sagrados se comprometen a ser colaboradores de Cristo.

"El Espíritu y la esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tenga sed, que venga. Y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente". El que está verdaderamente convertido está lleno del deseo de salvar a los pecadores. Sale proclamando: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Toda su alma va en pos de los demás con el deseo de que gocen de la paz que él ha encontrado. La luz que ha entrado en el corazón y en la mente no puede encerrarse. Debe brillar.

A nosotros, como a los discípulos, Cristo nos dice: "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". El poder prometido a ellos nos es prometido también a nosotros. Cristo nos asegura que si salimos con su fuerza, haremos las obras de la Omnipotencia. Pero, ¿nos hemos colocado donde Dios puede darnos el poder que dio a los discípulos, poder que les permitió predicar el Evangelio tan poderosamente que miles se convirtieron en un día? ¿Cómo podemos esperar la aprobación del Cielo mientras dejamos a nuestros semejantes desprevenidos?

Los privilegios que Dios nos ha dado, las ventajas que nos ha concedido, las promesas que nos ha hecho, deberían inspirarnos con mucho mayor celo y devoción. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". Cristo vino a este mundo para vivir y morir por los pecadores. Pide a sus discípulos que se esfuercen incansablemente por aquellos que no conocen el gozo de la comunión con Él. Está dispuesto a darles poder para el cumplimiento de la comisión.

El velo se ha rasgado de arriba abajo. Se ha abierto un camino nuevo y vivo. Y ahora, todos los que quieran pueden extender sus manos hacia Dios, y asirse de Su fuerza, y harán la paz con Él. El mundo pagano ya no estará envuelto en tinieblas. Las tinieblas de la superstición desaparecerán ante los brillantes rayos del Sol de Justicia. Los poderes del infierno han sido vencidos. La verdad de las palabras ha sido probada: "Soy buscado de los que no me buscaban; soy hallado de los que no me buscaban; dije: Miradme, miradme, a una nación que no era llamada por mi nombre".

Id, enseñad y predicad a Cristo. Instruye y educa a todos los que no conocen Su gracia, Su bondad y Su misericordia. Enseña a la gente. "¿Cómo, pues, invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin un predicador?".

"¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del que trae buenas nuevas, del que publica la paz; del que trae buenas nuevas del bien, del que publica la

salvación; del que dice a Sión: Tu Dios reina! ... Prorrumpid en júbilo, cantad juntos, asolados de Jerusalén; porque el Señor ha consolado a su pueblo, ha redimido a Jerusalén. El Señor ha desnudado su santo brazo a los ojos de todas las naciones, y todos los confines de la tierra verán la salvación de nuestro Dios."

26 de agosto de 1903

Nuestro ayudante

EGW

Hace casi dos mil años se oyó en el cielo una Voz de misteriosa importancia, que decía: "Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero un cuerpo me has preparado.... He aquí que vengo, ... para hacer tu voluntad, oh Dios".

Cristo vino a nuestro mundo para ser la garantía del hombre, para vencer en su favor, para vivir por él una vida sin pecado, para que en Su poder pudieran obtener la victoria sobre el pecado. Vino diciendo: "Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la iglesia te cantaré alabanzas". Se puso a la altura de los seres humanos, diciendo: "Me pondré a la cabeza de la raza, para que por mi humillación sean aceptados como miembros de la familia real. Anunciaré el nombre de Dios a Mis hermanos. Pondré Mi confianza en Él, tal como deseo que hagan Mis discípulos.

"Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre."

Cuando Cristo tomó sobre sí esta obra, vio todo lo que traería consigo: su traición a causa de la envidia, el orgullo y el amor al dinero; su juicio en el tribunal, la flagelación y la muerte cruel. Había conducido a los hijos de Israel de la esclavitud egipcia a la tierra de Canaán. Ahora había venido para sacarlos de la esclavitud espiritual y llevarlos a la Ciudad de Dios. Pero ellos lo rechazaron y lo entregaron a la muerte. Vino a su viña para recibir el fruto de ella, pero los que deberían haberle acogido, dijeron: "Este es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su heredad."

Mirando hacia el futuro, Cristo vio el retorno que se haría por Su amor. Se vio a Sí mismo condenado a sufrir el castigo infligido sólo a los más profundamente

hundidos en el crimen. Se vio a Sí mismo colgando de la cruz, mientras los sacerdotes y los gobernantes miraban con exultación, diciendo burlescamente: "Él salvó a otros; a Sí mismo no puede salvarse."

Cristo miró hacia abajo a través de las edades, y vio Su humillación llevada a cada generación sucesiva. Oyó el falso testimonio de que había venido a abrogar la ley de Dios. Vio pisoteada y deshonrada la ley que vino a magnificar y hacer honorable.

Sabiendo todo esto, Cristo cargó con la pena de la transgresión. Fue crucificado y sepultado, pero rompió los grilletes de la tumba, y sobre el sepulcro rasgado de José proclamó: "Yo soy la Resurrección y la Vida." A todos los que le reciben, les da el poder de convertirse en hijos de Dios. Él pagó el precio de la redención por cada hijo e hija de Adán, y es abundantemente capaz de salvar a todos los que acuden a Él.

Sólo llevando en la cruz el castigo de nuestra desobediencia pudo Cristo librarnos de la muerte eterna. Él se hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él. Los pecadores arrepentidos comparecen ante el Padre justificados, porque el Inocente ha cargado con su culpa.

"¿Quién es éste que viene de Edom, con vestiduras teñidas de Bosra? ¿Éste que es glorioso en su vestidura, viajero en la grandeza de su fuerza? Yo que hablo en justicia, poderoso para salvar. ¿Por qué estás rojo en tu ropa, y tus vestidos como el que pisa el lagar? He pisado el lagar solo, y del pueblo no había nadie conmigo.... Miré, y no había quien me ayudara; y me maravillé de que no hubiera quien me sostuviera; por eso mi propio brazo me trajo la salvación."

"En toda la aflicción de ellos fue afligido, y el Ángel de su presencia los salvó; en su amor y en su piedad los redimió, y los llevó y los soportó todos los días de la antigüedad."

Esta es nuestra esperanza. "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, ... lleno de gracia y de verdad.... Y de su plenitud tomamos todos, y gracia por gracia".

2 de septiembre de 1903

"¿Por qué dudaste?"

EGW

¿Por qué dudas?" preguntó Cristo a Pedro. A muchos podría dirigirse hoy la misma pregunta. Como el panorama no es agradable, se envuelven en el manto de la incredulidad. Miran en su interior y, como todo es oscuridad, piensan que Dios los abandona. ¿Por qué deshonramos así a Dios? Él se ha comprometido a ser nuestro Auxiliador en todo momento de necesidad. En Su Palabra podemos encontrar base para la confianza, y provisión para la eficiencia. Es nuestro privilegio decir confiada y humildemente: El Señor es mi ayudador; por tanto, no temeré. Mi vida está escondida con Cristo en Dios. Porque Él vive, yo también viviré.

Comprometámonos ante Dios y ante los ángeles del cielo a no deshonrar a Dios cediendo al desaliento y a la incredulidad. Cerremos la puerta del corazón a la desconfianza, y abrámosla de par en par a la fe. Si nos sentimos abatidos, miremos a Jesús. Si pensamos que nuestros amigos nos malinterpretan, recordemos que Jesús, nuestro Hermano Mayor, nunca se equivoca. Él juzga con justicia.

Que cada palabra que pronuncies, cada línea que escribas, den evidencia de una fe inquebrantable. No pienses en Jesús como el amigo de alguien más, sino como tu amigo personal. Nunca te quedes solo en la lucha. Cristo dice: "Yo estoy con vosotros todos los días". Y los ángeles son tus ayudantes. El Consolador que Jesús prometió enviar permanece contigo.

Ejerce constantemente la fe. Confía en Dios sean cuales sean tus sentimientos. "¿Quién hay entre vosotros que tema al Señor, que obedezca la voz de su siervo, que camine en tinieblas y no tenga luz? Confíe en el nombre del Señor, y permanezca en su Dios". Que diga con el salmista: "Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque Tú estás conmigo; tu vara y tu cayado me sosiegan. Preparas una mesa delante de mí en presencia de mis enemigos; unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando. Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida; y habitaré en la casa del Señor para siempre."

No pienses que porque has pecado, debes estar siempre bajo condenación. Cuando el tentador te diga que tus pecados son tan grandes que no tienes

derecho a reclamar las promesas de Dios, dile: "Escrito está: 'Aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos'; y 'Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad'."

"Si alguno pecare, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el Justo". Cristo murió para rescatar a las almas de la esclavitud del pecado, y los que vuelven a su lealtad son preciosos a los ojos del Señor. Él los ama como ama a Su Hijo unigénito.

El que murió para que viviéramos eternamente en el cielo, está ahora ante su Padre, suplicando en nuestro favor. Él vive siempre para interceder por nosotros, y para dispensarnos gracia y bendición en medida abundante. Él dará a sus hijos la ayuda que vea que necesitan. Ha prometido: "Como tus días, así será tu fortaleza". No les impondrá una carga mayor de la que puedan soportar.

Agarra con la mano de la fe las promesas de Dios y mantente en terreno ventajoso. Entonces estarás donde Satanás no pueda acercarse para decirte: Dios no te ayudará, porque has pecado. El enemigo desea que pensemos que el camino de la vida es tan difícil que nos resulta imposible alcanzar el cielo. Pero no permitas que sus insinuaciones de duda te impidan seguir adelante. En la fuerza de Dios podemos ser más que vencedores. Su propósito para nosotros es que desarrollemos caracteres perfectos. Él puede ayudarnos a vivir en este mundo de tal manera que seamos considerados dignos de unirnos a la familia de los redimidos en los atrios de arriba. Él está dispuesto a hacer por nosotros más de lo que podemos pedir o pensar.

16 de septiembre de 1903

Palabras a los padres

EGW

El hogar es una escuela de entrenamiento, en la cual los hijos deben aprender de sus padres el significado de la autodisciplina y el dominio propio. Recuerden los padres que en la autoridad de Dios han de hacer la obra que Él les ha encomendado. En el santuario del hogar debe comenzar la obra de Dios para sus hijos. Deben cooperar con él haciendo todo lo que esté a su alcance para ser maestros idóneos para sus hijos. Deben familiarizarse con los deberes que les incumben, y mediante el fiel cumplimiento de estos deberes demostrar que son fieles a Dios y a sus hijos.

Padres, recordad que la formación de vuestros hijos es el trabajo de vuestra vida. Ustedes tienen la obligación de ser ejemplos de lo que desean que sus hijos lleguen a ser. En el hogar deben ser los médicos del Señor, sanadores de las aflicciones físicas, mentales y espirituales. Manténganse en contacto con sus hijos e hijas a medida que crecen desde la niñez hasta la madurez y la femineidad. Aseguraos de que sus hábitos físicos sean tales que les ayuden a formar caracteres fuertes y simétricos. No permitáis en casa nada que tenga sabor a barato o vulgar. Estáis preparando a vuestros hijos para entrar en la Ciudad de Dios, y nada que contamine puede entrar allí.

Sé agradable y alegre. Recuerda que el amor es la fuerza que une a tus hijos contigo. Mantén tus palabras y acciones libres de ira. No hagas nada que pueda destruir la armonía del hogar. Deja que las palabras afiladas que tengas la tentación de decir se queden sin pronunciar. Esas palabras hieren y lastiman el corazón de los que las escuchan.

No es la voluntad del Señor que los padres estén tan absortos en otras cosas que descuiden a sus hijos. Debe ser el estudio constante tanto del padre como de la madre formar a sus hijos de tal manera que estén capacitados para desempeñar bien su parte en el servicio de Dios. Pacientemente, sabiamente, tiernamente, los padres han de enseñar a sus pequeñuelos, mostrando en sus vidas que la fortaleza se gana con la obediencia.

Es privilegio de la madre bendecir al mundo por la fidelidad con que trabaja por sus hijos; y, al hacerlo, traerá alegría a su propio corazón. Ella puede hacer caminos rectos para los pies de sus hijos, a través del sol y la sombra, hacia las gloriosas alturas. Pero sólo en la medida en que ella misma procure seguir las enseñanzas de Cristo, podrá esperar formar el carácter de sus hijos según la semejanza divina. Que toda madre acuda a menudo a Dios con la oración: "¿Cómo ordenaremos al niño, y cómo le haremos?". Que preste atención a la instrucción que Dios ha dado, y, según su necesidad, se le dará sabiduría.

Pero no toda la carga debe recaer en la madre. El padre debe compartirla con ella. Nunca debe decaer su interés por sus hijos. El padre que tiene una familia de niños inquietos no debe dejarlos enteramente al cuidado de la madre. Es una carga demasiado pesada para ella. Debe hacerse su compañero y amigo, haciendo todo lo que esté a su alcance para mantenerlos alejados de las malas compañías.

Padres y madres, pensad seriamente en la importancia de vuestra labor. De vosotros depende que los pensamientos buenos o malos ocupen la mente de

vuestros hijos. Santificaos diariamente para Dios. En todos vuestros planes y propósitos, que vuestra primera pregunta sea: ¿Cómo puedo ministrar mejor al bien presente y futuro de mis hijos? Prepararlos para heredar la vida eterna requiere un esfuerzo paciente e incansable. Que no decaiga su perseverancia. Estudien con sus hijos. Recuerden que ustedes mismos son hijitos de Dios, y que primero deben aprender de Él antes de poder enseñar correctamente a sus hijos.

Guarda el corazón de tus hijos contra el mal. No olvides la sutileza del enemigo, que trata de entrar en el corazón para apoderarse de todo el ser. Una vez firmemente asentado en el trono del corazón, ningún poder humano puede echarlo de su fortaleza.

El investigador del corazón conoce el poder cruel del enemigo y la debilidad de los seres humanos. Sabe cuán incansablemente procura Satanás apoderarse de los niños y los jóvenes, y cuán a menudo le ayuda en sus esfuerzos la negligencia de padres y madres. ¡Oh, cuántas familias hay donde a los niños, con sus necesidades temporales abundantemente suplidas, se les permite crecer sin un conocimiento del Salvador! Se descuidan sus necesidades espirituales. Dios no está en el hogar. Su lugar lo ocupa el enemigo.

Oh padres, dad a vuestros hijos sabios cuidados, para que crezcan y se conviertan en hombres y mujeres nobles, y para que, si la muerte los llama antes de que venga el Salvador, se acuesten a descansar, sabiendo que en la mañana de la resurrección resucitarán a una vida nueva.

30 de septiembre de 1903

Un Divino Portador del Pecado

Adán cayó por desobediencia. La ley de Dios había sido quebrantada. El gobierno divino había sido deshonrado, y la justicia exigía que se pagara la pena de la transgresión.

Para salvar a la raza de la muerte eterna, el Hijo de Dios se ofreció voluntariamente a soportar el castigo de la desobediencia. Sólo mediante la humillación del Príncipe del cielo podía eliminarse la deshonra, satisfacerse la justicia y restituirse al hombre lo que había perdido por su desobediencia. No había otro camino. No habría bastado con que un ángel viniera a esta tierra y pasara por el suelo donde Adán tropezó y cayó. Esto no podría haber quitado ni

una mancha de pecado, ni haber traído al hombre una hora de libertad condicional.

Cristo, igual a Dios, resplandor de la "gloria del Padre e imagen misma de su persona", revistió su divinidad de humanidad y vino a esta tierra para sufrir y morir por los pecadores. El Hijo unigénito de Dios se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Al llevar en Su cuerpo la maldición del pecado, puso la felicidad y la inmortalidad al alcance de todos.

Uno de los honrados de todos los cielos vino a este mundo para ponerse en la naturaleza humana a la cabeza de la humanidad, testificando a los ángeles caídos y a los habitantes de los mundos no caídos que a través de la ayuda divina que ha sido provista, cada uno puede caminar en el sendero de la obediencia a los mandamientos de Dios. El Hijo de Dios murió por los que no tenían derecho a su amor. Por nosotros sufrió todo lo que Satanás podía traer contra Él.

Maravilloso -casi demasiado maravilloso para que el hombre lo comprenda- es el sacrificio del Salvador en nuestro favor, reflejado en todos los sacrificios del pasado, en todos los servicios del santuario típico. Y este sacrificio era necesario. Cuando comprendemos que Su sufrimiento era necesario para asegurar nuestro bienestar eterno, nuestros corazones se conmueven y se derriten. Él se comprometió a lograr nuestra salvación plena de una manera satisfactoria a las demandas de la justicia de Dios, y consistente con la santidad exaltada de Su ley.

Nadie menos santo que el Unigénito del Padre, podría haber ofrecido un sacrificio que fuera eficaz para limpiar a todos -incluso a los más pecadores y degradados- que aceptaran al Salvador como su expiación y se hicieran obedientes a la ley del Cielo. Nada menos que eso podría haber restablecido al hombre en el favor de Dios.

El derecho de haber hecho un sacrificio que satisface los principios de justicia por los que se rige el reino de los cielos. Él vino a esta tierra como el Redentor de la raza perdida, para conquistar al astuto enemigo, y, por Su firme lealtad al derecho, para salvar a todos los que lo aceptan como su Salvador. En la cruz del Calvario pagó el precio de la redención de la raza. Y así se ganó el derecho de liberar a los cautivos de las garras del gran engañador, quien, mediante una mentira, atentó contra el gobierno de Dios, causó la caída del hombre y, de este modo, perdió todo derecho a ser llamado súbdito leal del glorioso reino eterno de Dios.

Rescatados del pecado

Nuestro rescate ha sido pagado por nuestro Salvador. Nadie necesita ser esclavizado por Satanás. Cristo está ante nosotros como nuestro todopoderoso ayudante. "En todo le convenía ser semejante a sus hermanos, para ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, a fin de expiar los pecados del pueblo. Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados".

"Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.... Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, ... lleno de gracia y de verdad.... Y de su plenitud tomamos todos, y gracia por gracia".

Aquellos que son adoptados en la familia de Dios son transformados por Su Espíritu. La autoindulgencia y el amor supremo por uno mismo se cambian por la abnegación y el amor supremo por Dios. Ningún hombre hereda la santidad como un derecho de nacimiento, ni puede, por ningún método que pueda idear, llegar a ser leal a Dios. "Sin mí", dice Cristo, "no podéis hacer nada". La justicia humana es como "trapos de inmundicia". Pero con Dios todo es posible. En la fuerza del Redentor, el hombre débil y descarriado puede llegar a ser más que vencedor sobre el mal que le asedia.

21 de octubre de 1903

El poder de la influencia

EGW

Recoge mi influencia y entiérrala conmigo", exclamó un hombre en su lecho de muerte. Pero, ¿podía hacerse esto? Como la semilla del cardo llevada por el viento, su influencia había sido llevada a todas partes, para no volver jamás.

Si arrojamos un guijarro a un lago, se forma una ola, y otra; y a medida que aumentan, el círculo se ensancha, hasta llegar a la misma orilla. Lo mismo ocurre con nuestra influencia. Más allá de nuestro conocimiento o control, influye en los demás bendiciendo o maldiciendo.

Nadie puede vivir para sí mismo en este mundo, aunque quisiera. Cada uno forma parte de la gran red de la humanidad. Ningún hombre puede ser

independiente de sus semejantes, pues el bienestar de cada uno afecta a los demás.

Cada alma está rodeada por una atmósfera propia, una atmósfera que puede estar cargada con el poder vivificante de la fe, la esperanza y el valor, y dulce con la fragancia del amor, o puede ser pesada y fría con la oscuridad del descontento y el egoísmo, o venenosa con la mancha mortal del pecado acariciado. La atmósfera que nos rodea afecta consciente o inconscientemente a todos aquellos con quienes entramos en contacto.

Se trata de una responsabilidad de la que no podemos liberarnos. Nuestras palabras, nuestros actos, nuestra conducta, incluso la expresión del rostro, tienen una influencia. De la impresión así causada penden resultados para bien o para mal que nadie puede medir. Cada impulso así impartido es una semilla sembrada que producirá su cosecha. Es un eslabón en la larga cadena de los acontecimientos humanos que se extienden sin que sepamos hacia dónde. Si, con nuestro ejemplo, ayudamos a otros a desarrollar buenos principios, les damos poder para hacer el bien. A su vez, ellos ejercen la misma influencia sobre otros, y ellos sobre otros más. Así, por nuestra influencia inconsciente, muchos pueden ser bendecidos. Por otra parte, un acto imprudente, una palabra irreflexiva, puede ser la ruina de algún alma. Una mancha en el carácter puede alejar a muchos de Cristo.

Como la semilla sembrada produce una cosecha, y ésta a su vez es sembrada, la cosecha se multiplica. Lo mismo ocurre en nuestra relación con los demás. Cada acto, cada palabra, es una semilla que dará fruto. Cada acto de bondad considerada, de obediencia o de abnegación, se reproducirá en otros y, a través de ellos, en otros más. Así que cada acto de envidia, malicia o disensión, es una semilla que brotará como "raíz de amargura", por la cual muchos serán contaminados. Y ¡cuántos más serán los "muchos" envenenados! Así continúa la siembra del bien y del mal por el tiempo y por la eternidad.

Ningún hombre perecerá solo en su iniquidad. Por contraída que sea la esfera de uno, ejerce una influencia para bien o para mal. Que nuestra influencia sea un sabor de muerte hasta la muerte es un pensamiento temible; sin embargo, esto es posible. Muchos que profesan a Cristo se están alejando de Él. La frivolidad, la indulgencia egoísta y la indiferencia descuidada de parte de los que profesan ser cristianos, están desviando a muchas almas del camino de la vida. Hay muchos que temen encontrarse ante el tribunal de Dios con los resultados de su influencia.

El baluarte más fuerte del vicio en nuestro mundo no es la vida inicua del pecador abandonado o del marginado degradado; es esa vida que por lo demás parece virtuosa, honorable, noble, pero en la que se fomenta un pecado, se consiente un vicio. Para el alma que lucha contra la tentación, temblando al borde mismo de ceder al mal, una vida así es uno de los más poderosos alicientes para pecar.

Dios necesita cristianos fuertes y valientes, cuya influencia se ejerza siempre a favor del bien. Su causa necesita hombres y mujeres cuyas palabras y acciones atraigan a Cristo a quienes los rodean, uniéndolos a Él por la fuerza persuasiva del servicio amoroso. En este tiempo se necesitan hombres y mujeres que estén en comunión con Dios y que, por cooperar con los ángeles celestiales, estén rodeados de una santa influencia.

Sólo por la gracia de Dios podemos hacer un uso correcto de nuestra influencia. No hay nada en nosotros que nos permita influir en los demás para bien. Si nos damos cuenta de nuestra impotencia y de nuestra necesidad del poder divino, no confiaremos en nosotros mismos. No sabemos qué resultados puede determinar un día, una hora o un momento, y nunca debemos comenzar el día sin encomendar nuestros caminos a nuestro Padre celestial. Sus ángeles están designados para velar por nosotros, y si nos ponemos bajo su tutela, entonces en todo momento de peligro estarán a nuestra diestra. Cuando inconscientemente estemos en peligro de ejercer una influencia equivocada, los ángeles estarán a nuestro lado, impulsándonos a un curso mejor, eligiendo palabras por nosotros e influyendo en nuestras acciones. Así, nuestra influencia puede ser un poder silencioso, inconsciente, pero poderoso, para atraer a otros a Cristo y al mundo celestial.

28 de octubre de 1903

El Padre Nuestro

EGW

Es muy importante que sepamos orar correctamente. Un estudio cuidadoso de la oración que Jesús dio a Sus discípulos será de gran beneficio para nosotros. Esta oración es tan valiosa para los seguidores de Cristo hoy como lo fue para Sus discípulos cuando les fue dada. Que los padres enseñen a sus hijos el significado de esta oración. Y que les enseñen que Dios no la aceptará si se ofrece como una forma. Sólo cuando ofrezcamos esta oración comprendiendo

su significado y dándonos cuenta de nuestra necesidad, será aceptable para Dios.

"Cuando recéis decid: Padre nuestro"

Cristo nos señala a Dios como nuestro Padre celestial. Debemos pedirle a Él lo que necesitamos, igual que un niño pide a su padre terrenal lo que necesita. Jesús dice: "Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan." Como hijos adoptivos de Dios, es nuestro derecho pedirle las cosas que necesitamos. Ojalá todos pudiéramos comprender el valor que tiene reconocer nuestra relación y lealtad a Aquel a quien reclamamos como nuestro Padre. Antes de emprender nuestro trabajo diario, deberíamos acercarnos a Dios, hablar con Aquel a quien reverenciamos y amamos, y pedirle ayuda, no sólo para nosotros mismos, sino también para los demás. Él se complace cuando acudimos a Él con plena confianza, pidiéndole gracia para vencer. No será para nosotros como un Juez ofendido, sino como un Padre bondadoso y amoroso.

El Dios infinito, dijo Jesús, hace que tengas el privilegio de acercarte a Él con el nombre de Padre. Comprende todo lo que esto implica. Ningún padre terrenal suplicó jamás tan fervientemente a un hijo descarriado como Aquel que te hizo a ti suplica al transgresor. Ningún interés humano y amoroso siguió jamás al impenitente con tan tiernas invitaciones. Dios habita en cada morada; oye cada palabra que se pronuncia, escucha cada oración que se ofrece, saborea las penas y los desengaños de cada alma, considera el trato que se da al padre, a la madre, a la hermana, al amigo y al prójimo. Él cuida de nuestras necesidades, y Su amor y misericordia y gracia fluyen continuamente para satisfacer nuestra necesidad.

"Santificado sea tu nombre"

Dios quiere que busquemos aquellas cosas que honrarán Su nombre. En ningún caso debemos glorificarnos a nosotros mismos; debemos buscar a Dios por gracia y bendición, para que podamos glorificar Su nombre en nuestras vidas; Dios es glorificado, Su nombre es santificado, cuando, a través de las vidas de Sus hijos, Cristo es revelado.

El nombre de Dios es santificado por los ángeles del cielo y por los habitantes de los mundos no caídos. Cuando oras: "Santificado sea tu nombre", pides que sea santificado en este mundo, santificado en ti. Dios te ha reconocido ante los hombres y los ángeles como Su hijo; ora para que no deshonres el "digno

nombre con que sois llamados". Dios os envía al mundo como Sus representantes. En cada acto de vuestra vida debéis manifestar el nombre de Dios. Esta petición los llama a poseer Su carácter. No podéis santificar su nombre, ni representarlo ante el mundo, a menos que, en vida y carácter, representéis la vida y el carácter mismos de Dios. Esto sólo se puede hacer mediante la aceptación de Cristo.

"Venga a nosotros tu reino"

Cristo envió a sus discípulos con el mensaje: "El reino de Dios está cerca". La proclamación de este mensaje es nuestra obra. Jesús dijo: "Este Evangelio del reino será predicado en todo el mundo para testimonio a todas las naciones." Su reino no vendrá hasta que las buenas nuevas de Su gracia hayan sido llevadas a toda la tierra. Proclamemos el mensaje: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Así podremos apresurar la venida del Salvador. "Venga a nosotros tu reino". Durante siglos esta oración ha ascendido a Dios desde corazones contritos. Seguramente será respondida. Los reinos de este mundo se convertirán en los reinos de nuestro Señor y de su Cristo. Las puertas celestiales se levantarán de nuevo, y con diez mil veces diez mil y miles de miles de santos, nuestro Salvador saldrá como Rey de reyes y Señor de señores. Jehová Emanuel será Rey sobre toda la tierra; en aquel día habrá un solo Señor, y su nombre será uno solo. "El tabernáculo de Dios está con los hombres, y Él habitará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos, y será su Dios".

"Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo"

En su ministerio, los ángeles no actúan como siervos, sino como hijos. Existe una unidad perfecta entre ellos y su Creador. La obediencia no es para ellos un trabajo pesado. El amor a Dios hace de su servicio un gozo. Así, en cada alma donde habita Cristo, la esperanza de gloria, resuenan las palabras: "Me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío; sí, tu ley está en mi corazón". Los hogares del pueblo de Dios en esta tierra deben ser un símbolo, en la medida de lo posible, del hogar celestial, donde Dios tiene su trono. Somos sus súbditos, sus hijitos, a quienes desea hacer felices. Los miembros de cada círculo familiar deben procurar llevar a cabo los métodos de Dios revelados en Su Palabra. Los que pongan sus vidas en armonía con la oración que Cristo ha dado serán santificados por medio de la verdad.

4 de noviembre de 1903

El Padre Nuestro

EGW

"Danos hoy nuestro pan de cada día"

Como el niño, recibirás día a día lo necesario para las necesidades del día. Cada día debes rezar: "Danos hoy nuestro pan de cada día". No te inquietes si no tienes lo suficiente para mañana. Tienes la seguridad de Su promesa: "Habitarás en la tierra, y ciertamente serás alimentado". David dice: "Joven he sido, y ahora soy viejo; con todo, no he visto al justo desamparado, ni a su descendencia mendigando pan." Ese Dios que envió los cuervos para alimentar a Elías junto al arroyo Querit, no pasará de largo de uno de sus hijos fieles y abnegados. Del que camina rectamente está escrito: "Se le dará pan; sus aguas serán seguras". "No serán avergonzados en el tiempo malo; y en los días de hambre serán saciados". "El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él gratuitamente todas las cosas?". El que alivió las preocupaciones y ansiedades de su madre viuda, y ayudó a mantener el hogar de Nazaret, simpatiza con toda madre en su lucha por dar de comer a sus hijos. El que tuvo compasión de la multitud porque "desfallecían y se dispersaban", sigue teniendo compasión de los pobres que sufren. Su mano se extiende hacia ellos en bendición y en la misma oración que dio a sus discípulos, nos enseña a acordarnos de los pobres.

"Perdona nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben"

Después de completar el Padre Nuestro, Jesús añadió: "Si perdonáis a los hombres sus ofensas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial. Pero si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas". El que no perdona corta el canal por el que puede recibir la misericordia de Dios. Debemos tener un espíritu de compasión hacia los que nos han ofendido, confiesen o no sus faltas. Por muy gravemente que nos hayan herido, no hemos de abrigar nuestros agravios, ni compadecernos de nosotros mismos por nuestras injurias; sino que, como esperamos ser perdonados por nuestras ofensas a Dios, hemos de perdonar a todos los que nos han hecho mal.

Sólo el Calvario puede revelar la terrible enormidad del pecado. Si tuviéramos que cargar con nuestra propia culpa, nos aplastaría. Pero Aquel sin pecado ha tomado nuestro lugar; aunque sin merecerlo, Él ha cargado con nuestra iniquidad. "Si confesamos nuestros pecados", Dios "es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad". Gloriosa verdad,-justo a Su propia ley, y sin embargo el justificador de todos los que creen en Jesús. "¿Quién es un dios como Tú, que perdona la iniquidad, y pasa por alto la transgresión del remanente de su heredad? No retiene para siempre su ira, porque se deleita en misericordia".

"No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del maligno"

Esta oración es en sí misma una promesa. Si nos encomendamos a Dios, tenemos la seguridad de que Él "no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar". Cristo nunca abandonará al alma por la que ha muerto. El alma puede abandonarlo y ser abrumada por la tentación, pero Cristo nunca puede alejarse de alguien por quien ha pagado el rescate de su propia vida. Si nuestra visión espiritual se agudizara, veríamos almas doblegadas bajo la opresión y cargadas de dolor, oprimidas como un carro bajo las gavillas y listas para morir en el desaliento. Deberíamos ver ángeles volando rápidamente para ayudar a estos tentados, que están parados como al borde de un precipicio. Los ángeles del cielo hacen retroceder a las huestes del mal que rodean a estas almas, y las guían para que planten sus pies sobre el fundamento seguro. Las batallas que se libran entre los dos ejércitos son tan reales como las que libran los ejércitos de este mundo, y del resultado del conflicto espiritual dependen los destinos eternos. Vive en contacto con el Cristo vivo, y Él te sostendrá firmemente de una mano que nunca te soltará. Conoce y cree el amor que Dios nos tiene, y estarás seguro; ese amor es una fortaleza inexpugnable a todos los engaños y asaltos de Satanás. "El nombre del Señor es una torre fuerte; el justo corre a ella y está seguro".

"Tuyo es el Reino, el Poder y la Gloria"

La última, como la primera frase de la oración del Señor, señala a nuestro Padre como por encima de todo poder y autoridad y de todo nombre que se nombra. El Salvador contempló los años que se extendían ante sus discípulos, no, como ellos habían soñado, tendidos bajo el sol de la prosperidad y el honor mundanos, sino oscurecidos por las tempestades del odio humano y la ira satánica. En medio de luchas y ruinas nacionales, los pasos de los discípulos se verían

acosados por peligros, y a menudo sus corazones estarían oprimidos por el temor. Habrían de ver a Jerusalén desolada, el templo arrasado, su culto terminado para siempre, e Israel esparcido por todas las tierras, como náufragos en una orilla desierta. Jesús dijo: "Oiréis hablar de guerras y rumores de guerras". "Se levantará nación contra nación, y reino contra reino; y habrá hambres, y pestilencias, y terremotos en diversos lugares. Todo esto es principio de dolores". Sin embargo, los seguidores de Cristo no debían temer que su esperanza estuviera perdida, o que Dios hubiera abandonado la tierra. El poder y la gloria pertenecían a Aquel cuyos grandes propósitos seguirían avanzando incontenibles hacia su consumación. En la oración que alienta sus deseos diarios, los discípulos de Cristo fueron dirigidos a mirar por encima de todo poder y dominio del mal al Señor su Dios, cuyo reino lo domina todo, y que es su Padre y Amigo eterno.

11 de noviembre de 1903

La vida en casa

EGW

El esposo y la esposa han de ser fieles el uno al otro mientras dure el tiempo, revelando siempre la abnegación que trae la verdadera felicidad. Han de ser uno en Cristo, y cuando les nazcan hijos, han de recibirlos como una confianza del Señor, para ser cuidadosamente formados para Él, enseñados a vivir vidas puras y santas.

El esposo y la esposa tienen deberes que cumplir que antes de su matrimonio no tenían. Que estudien cuidadosamente la siguiente instrucción: "Esposas, someteos a vuestros maridos como al Señor. Porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia.... Así que, como la Iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres, como también Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella".

El matrimonio, una unión para toda la vida, es un símbolo de la unión entre Cristo y Su iglesia. El espíritu que Cristo manifiesta hacia la iglesia es el espíritu que marido y mujer deben manifestar el uno hacia el otro.

Ni el marido ni la mujer deben pedir el gobierno. El Señor ha establecido el principio que debe guiar este asunto. El marido debe amar a su mujer como

Cristo ama a la Iglesia. Y la esposa debe respetar y amar a su marido. Ambos deben cultivar el espíritu de bondad, decididos a no afligir ni herir al otro.

Los padres pueden ser ministros de Cristo en la formación de sus hijos. Desde su infancia, el niño debe ser enseñado a obedecer. Aquellos padres que permiten que sus hijos crezcan obstinados y desobedientes los están preparando para una vida de tristeza y desilusión. Padres, enseñad a vuestros hijos a obedecer. Y del dolor que sentís cuando desobedecen vuestros deseos, aprended cómo os entristecéis y decepcionáis a Cristo cuando le desobedecéis. El esfuerzo por educar correctamente a sus hijos les enseñará muchas lecciones con respecto a su deber de obedecer al Señor.

Nunca trates a tus hijos con dureza, porque la dureza despierta terquedad y resistencia. Encontrarás que se gobiernan más fácil y exitosamente con amabilidad y gentileza. El amor rompe todas las barreras, y la dulzura somete la voluntad más obstinada. Trata a tus hijos como te gustaría que te trataran a ti si estuvieras en su lugar. Que no haya regaños, ni órdenes en voz alta y airadas. Obedece el mandato: "Estad quietos y sabed que yo soy Dios".

La desobediencia y la rebelión deben ser castigadas; pero recuerde que el castigo debe ser dado en el espíritu de Cristo. Cuando se le pida que discipline a su hijo, recuerde su propia relación con su Padre celestial. ¿Has andado perfectamente delante de Él? ¿No eres rebelde y desobediente? ¿No lo contristas a menudo? Pero, ¿acaso te trata Él con ira? Recuerde, también, que es de usted que sus hijos han recibido sus tendencias al mal. A pesar de sus años de experiencia cristiana, a pesar de sus muchas oportunidades de autodisciplina, ¡cuán fácilmente son provocados a la ira! Trata, pues, con delicadeza a tus hijos, recordando que ellos no han tenido las oportunidades que tú has tenido de adquirir dominio propio.

Todo el Cielo está interesado en vuestro hogar. Dios y Cristo y los ángeles celestiales desean intensamente que eduquéis a vuestros hijos de tal manera que estén preparados para entrar en la familia de los redimidos. Enseñales a ser leales a Cristo. Llevad al hogar el poder transformador de la gracia de Cristo. Haced de vuestro hogar un objeto-lección que ayude a otros padres a cumplir el propósito de Dios para ellos. Enseña a tus hijos a vivir como Cristo. Pon en orden tu propio corazón. Una entrega sin reservas a Dios barrerá las barreras que durante tanto tiempo han desafiado los acercamientos de la gracia celestial. Pongan sus vidas en conformidad con la voluntad de Cristo, y sus hijos serán

ganados para Él. El mundo sabrá que han estado con Jesús y que han aprendido de Él. De palabra y obra darán testimonio del poder de su gracia.

18 de noviembre de 1903

Oración eficaz

EGW

La oración no es una expiación por el pecado. No es una penitencia. No necesitamos acudir a Dios como criminales condenados, porque Cristo ha pagado la pena de nuestra transgresión. Él ha hecho expiación por nosotros. Su sangre nos limpia del pecado.

Nuestras oraciones son como cartas enviadas desde la tierra, dirigidas a nuestro Padre del cielo. Las peticiones que surgen de corazones sinceros y humildes seguramente llegarán a Él. Él puede discernir la sinceridad de sus hijos adoptivos. Se compadece de nuestra debilidad y fortalece nuestras flaquezas. Él ha dicho: "Pedid y recibiréis".

Muchos de la familia humana no saben lo que deben pedir como es debido. Pero el Señor es bondadoso y tierno. Él ayuda a sus debilidades dándoles palabras para hablar. El que viene con deseo santificado tiene acceso a través de Cristo al Padre. Cristo es nuestro Intercesor. Las oraciones que se depositan en el incensario de oro de los méritos del Salvador son aceptadas por el Padre.

Todas las promesas de la Palabra de Dios son para nosotros. En sus oraciones, presente la palabra empeñada de Jehová, y por fe reclame Sus promesas. Su palabra es la seguridad de que si usted pide con fe, recibirá todas las bendiciones espirituales. Continúe pidiendo, y recibirá sobreabundantemente por encima de todo lo que pida o piense. Edúcate para tener confianza ilimitada en Dios. Echa toda tu preocupación sobre Él. Espéralo pacientemente, y Él lo hará realidad.

Hemos de acudir a Dios, no con espíritu de autojustificación, sino con humildad, arrepentidos de nuestros pecados. Él es capaz de ayudarnos, dispuesto a hacer por nosotros más de lo que pedimos o pensamos. Él tiene la abundancia del cielo para suplir nuestras necesidades. "Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de lo alto". Dios es santo, y debemos orar, "levantando manos santas, sin ira y sin dudar."

Debemos orar en nombre de Cristo, nuestro Mediador. Nuestras peticiones sólo tienen valor si se hacen en su nombre. Él ha salvado el abismo que el pecado ha abierto. Por Su sacrificio expiatorio, ha unido a Sí mismo y a Su Padre a aquellos que creen en Él. El suyo es el único nombre bajo el cielo por el que podemos ser salvos.

Dios es nuestro Rey, y nosotros somos sus súbditos. El mero conocimiento de Su voluntad no excluye la necesidad de ofrecerle fervientes súplicas de ayuda y de procurar diligentemente, mediante la obediencia a Su ley, cooperar con Él en la respuesta a las oraciones ofrecidas. Así se establece Su reino en nuestros corazones.

"Buscad a Jehová mientras puede ser hallado, invocadle en tanto que está cercano; deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, y él tendrá de él misericordia, y a nuestro Dios, porque él perdonará abundantemente." Hemos de buscar "primero el reino de Dios y su justicia". Hemos de estar dispuestos a recibir la bendición que Dios otorgará a los que le buscan de todo corazón, con sinceridad y verdad. Debemos mantener el corazón abierto, si queremos recibir de la gracia de Cristo.

En nuestras oraciones no debemos predicar un sermón al Señor. No necesitamos contarle la historia de nuestras vidas. No podemos decirle nada que no conozca. Él conoce nuestros pensamientos más íntimos. Todo secreto está abierto ante Él. Nada se le puede ocultar.

El lenguaje altisonante es inapropiado en la oración, ya sea que la oración se ofrezca en el púlpito, en el círculo familiar o en secreto. Especialmente, se debe usar un lenguaje sencillo cuando se ofrece la oración en público, para que los demás puedan entender lo que dice y unirse a su petición.

Dios escucha las oraciones que se ofrecen en el círculo familiar, si proceden de corazones devotos. Jesús dice: "Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos".

No descuides la oración secreta. "Entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público."

No debemos sentirnos tan abrumados por el pensamiento de nuestros pecados y errores que dejemos de orar. Algunos se dan cuenta de su gran debilidad y pecado, y se desaniman. Satanás proyecta su oscura sombra entre ellos y el

Señor Jesús, su sacrificio expiatorio. Dicen: Es inútil que ore. Mis oraciones están tan mezcladas de malos pensamientos que el Señor no las oirá. Estas sugerencias provienen de Satanás. En su humanidad, Cristo enfrentó y resistió esta tentación, y sabe cómo socorrer a los que son tentados de esta manera. En nuestro favor, Él "ofreció oraciones y súplicas con fuerte clamor y lágrimas".

Muchos, al no comprender que sus dudas provienen de Satanás, se acobardan y son derrotados en el conflicto.

No por tener malos pensamientos dejes de orar. Si pudiéramos, con nuestra propia sabiduría y fuerza, orar correctamente, también podríamos vivir correctamente, y no necesitaríamos ningún sacrificio expiatorio. Pero la imperfección está sobre toda la humanidad. Educad y adiestrad la mente para que con sencillez podáis decir al Señor lo que necesitáis. Al ofrecer tus súplicas a Dios, buscando el perdón de los pecados, una atmósfera más pura y santa rodeará tu alma.

Cuando ores por bendiciones temporales, recuerda que el Señor puede ver que no es para tu bien o para Su gloria darte justo lo que deseas. Pero Él responderá a tu oración, dándote justo lo que es mejor para ti.

Cuando Pablo oró para que le fuera quitada la espina en su carne, el Señor respondió a su oración, no quitándole la espina, sino dándole gracia para soportar la prueba. "Mi gracia", le dijo, "te basta". Pablo se regocijó en esta respuesta a su oración, declarando. "De buena gana, pues, me gloriaré más bien en mis flaquezas, para que repose sobre mí el poder de Cristo". Cuando los enfermos oran por la recuperación de la salud, el Señor no siempre responde a su oración de la manera que ellos desean. Pero aunque no se curen inmediatamente, Él les dará lo que es mucho más valioso: gracia para soportar su enfermedad.

"Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, que da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada. Pero que pida con fe, sin vacilar. Porque el que vacila es como la ola del mar, arrastrada por el viento y echada a perder."

25 de noviembre de 1903

Servicio

EGW

Una vida de ociosidad y autocomplacencia no es la vida de un cristiano, ni nunca lo ha sido. Cristo fue un trabajador incansable, y ha dado a sus seguidores la ley del servicio, una ley que es el vínculo que une al hombre con Dios y con sus semejantes.

Cristo encontró su mayor alegría en el servicio. No vino a la tierra para ser servido, sino para servir. Véanlo enseñando en el templo, junto al mar, en la ladera de la montaña, en las grandes vías de tránsito. Véanlo junto al lecho de los enfermos, hablando de paz y esperanza a los afligidos. Anduvo haciendo el bien, consolando a los dolientes, ayudando a los desvalidos, curando las heridas que el pecado había hecho.

"El Espíritu del Señor está sobre mí", declaró, "porque me ha ungido para predicar el Evangelio a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a predicar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los magullados."

Una vida de servicio es la vida más verdadera y noble que el hombre puede vivir. Por medio de ella nos ponemos en contacto con Aquel que es la luz y la vida del mundo. El servicio es un honor conferido al hombre como heredero del cielo. Debe encontrar su alegría en los esfuerzos sinceros y desinteresados por ayudar y bendecir a los que le rodean.

Innumerables son las oportunidades para el servicio desinteresado. Hay muchos para quienes la vida es una lucha dolorosa; sienten sus deficiencias, y se sienten miserables e incrédulos; piensan que no tienen nada por lo que estar agradecidos. Palabras amables, miradas de simpatía, expresiones de aprecio, serían para muchos que luchan y están solos como un vaso de agua fría para un alma sedienta. Una palabra de simpatía, un acto de bondad, levantaría cargas que descansan pesadamente sobre hombros cansados. Y cada palabra o acto de bondad desinteresada es una expresión del amor de Cristo por la humanidad perdida.

"Nosotros, pues, que somos fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles, y no agradarnos a nosotros mismos". Ningún alma que crea en Cristo,

aunque su fe sea débil y sus pasos vacilantes, debe ser estimada con ligereza. Por todo lo que nos ha dado ventaja sobre otro, ya sea educación, refinamiento, formación cristiana, experiencia religiosa, estamos en deuda con los menos favorecidos, y, en la medida en que esté en nuestro poder, debemos sostener las manos de los débiles. Los ángeles de gloria, que siempre contemplan el rostro del Padre celestial, se alegran de servir a sus pequeños. Las almas temblorosas, que tienen muchos rasgos objetables de carácter, son su carga especial. Los ángeles están siempre presentes donde más se les necesita, con aquellos que tienen que librar la batalla más dura contra sí mismos, y cuyo ambiente es el más desalentador.

Cada uno de nosotros será responsable de hacer menos de lo que puede hacer. El Señor mide con exactitud cada posibilidad de servicio. Las capacidades no utilizadas se tienen en cuenta tanto como las utilizadas. Seremos juzgados de acuerdo a lo que deberíamos haber hecho, pero no logramos porque no usamos nuestros poderes para glorificar a Dios. Aunque no perdamos nuestras almas, nos daremos cuenta por toda la eternidad del resultado de nuestros talentos no utilizados.

La recompensa del servicio

Al abrir tus puertas a los necesitados y sufrientes de Cristo, estás dando la bienvenida a ángeles invisibles. Invitas a la compañía de seres celestiales. Traen una atmósfera sagrada de paz y alegría. Vienen con alabanzas en los labios, y en el cielo se oye un canto de respuesta. Cada obra de misericordia hace música allí. El Padre, desde su trono, cuenta a los trabajadores desinteresados entre sus tesoros más preciados.

En el último gran día Cristo dirá a estos obreros: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me hospedasteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme.

"Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te vestimos, o enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti?

"Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis".

9 de diciembre de 1903

Un nuevo mandamiento

EGW

Justo antes de Su crucifixión, Cristo dijo a Sus discípulos: "Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos".

Por esta insignia debían ser reconocidos como seguidores y amigos de Cristo. La manifestación de Su amor debía distinguirlos del mundo.

¿Por qué era éste un mandamiento nuevo? Los discípulos no se habían amado los unos a los otros como Cristo les había amado. Todavía no habían visto la plenitud del amor que Cristo iba a revelar en favor del hombre. Todavía no le habían visto morir en la cruz por sus pecados. A través de su vida y de su muerte iban a recibir una nueva concepción del amor. En la luz que brillaba desde la cruz del Calvario, iban a leer el significado de las palabras. "Como yo os he amado, que también os améis los unos a los otros".

Después de Su resurrección, debían tomar el nombre de cristianos. No debían ser reconocidos como miembros de alguna sociedad secreta. Por su amor desinteresado debían ser conocidos como cristianos. No tenían riquezas, ni conocimientos, ni fama. No debían aspirar a ser reconocidos como los grandes hombres del mundo.

El Hijo de Dios tomó sobre sí la naturaleza humana y vino a esta tierra para ponerse a la cabeza de la raza caída. Vivió aquí como hombre entre los hombres. Murió en la cruz para que hombres y mujeres pudieran vivir en la gloria. Su obra está ante nosotros como la obra del más grande misionero médico que el mundo haya conocido. Si estudiáramos su amor y tratáramos de comprender su grandeza, revelaríamos más de él en nuestras vidas.

El capítulo diecisiete de Juan es un despliegue del amor que hemos de profesarnos unos a otros. En esta oración, Cristo dijo: "Te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese". Cristo vino a representar al Padre revelando un amor que no tiene paralelo. Tan incansables fueron Sus esfuerzos, que cuando llegó el momento de dejar la tierra, pudo decir: "He terminado la obra que me diste que hiciese".

"Y ahora, oh Padre, glorifícame Tú mismo con la gloria que tuve Contigo antes que el mundo fuese. He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo: Tuyos eran, y Tú me los diste; y ellos han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado son de Ti. Porque yo les he dado las palabras que tú me diste; y ellos las han recibido, y han conocido ciertamente que yo salí de ti, y han creído que tú me enviaste. Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que Tú me has dado, porque son Tuyos. Y todos los Míos son Tuyos, y Tuyos son Míos; y Yo soy glorificado en ellos".

Esta oración me conmueve el corazón y estremece todo mi ser. ¿No nos esforzaremos por hacer que nuestra vida, que tanto costó al Hijo de Dios, sea tal que Él pueda ser glorificado en nosotros?

"No ruego sólo por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como Tú, Padre, en mí y yo en Ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado."

Muchos han de creer en Cristo a través de la comunicación de la verdad por Sus siervos. Al ver la belleza de la Palabra de Dios, y al ver a Jesús revelado en las vidas de Sus hijos, lo alabarán con corazón, alma y voz.

"Os ruego, pues, ... que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional". Recojamos nuestros dones y llevémoslos al Maestro, para que los use en Su obra.

¿Serán descuidados e indiferentes aquellos por quienes se ofreció la oración de Cristo? Los ángeles del cielo tienen su parte asignada para responder a esta oración. Nosotros también tenemos una parte que cumplir. Debemos ser fieles y verdaderos, mostrando la semejanza de Cristo en todo lo que hacemos y decimos. El mundo necesita luz. Las tinieblas han cubierto la tierra, y las tinieblas las personas. Debemos ser portadores de luz, llevando la luz del cielo a los que están en tinieblas. "Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". Hemos de ser testigos de Dios, revelando en la vida cotidiana el amor que le llevó a sufrir y morir por los pecadores.

En el mundo abundan los profesores de religión. Lo que necesita hoy son hombres y mujeres, cuya práctica esté en armonía con su profesión, cuyas vidas estén perfumadas con el amor de Cristo.

16 de diciembre de 1903

El amor de Dios por el individuo

EGW

En la parábola de la oveja perdida, el pastor sale en busca de una sola oveja, la menos numerosa. Así que si hubiera habido una sola alma perdida, Cristo habría muerto por ella.

La oveja que se ha alejado del redil es la más indefensa de todas las criaturas. Debe ser buscada por el pastor, porque no puede encontrar el camino de vuelta. Lo mismo sucede con el alma que se ha alejado de Dios; está tan desamparada como la oveja perdida, y a menos que el amor divino hubiera venido a rescatarla, nunca podría encontrar el camino hacia Dios.

El pastor que descubre que falta una de sus ovejas, no mira despreocupado al rebaño que está a buen recaudo, y dice: "Tengo noventa y nueve, y me costará demasiado trabajo ir en busca de la descarriada. No; apenas se extravía la oveja, el pastor se llena de dolor y ansiedad. Cuenta y recuenta el rebaño. Cuando está seguro de que se ha perdido una oveja, no se duerme. Deja las noventa y nueve dentro del redil y va en busca de la oveja descarriada. Cuanto más oscura y tempestuosa es la noche, y cuanto más peligroso es el camino, tanto mayor es la ansiedad del pastor y más intensa su búsqueda. No escatima esfuerzos para encontrar a la oveja perdida.

Con qué alivio oye a lo lejos su primer débil grito. Siguiendo el sonido, escala las alturas más escarpadas; llega hasta el borde mismo del precipicio, arriesgando su propia vida. Así busca, mientras el grito, cada vez más débil, le indica que su oveja está a punto de morir. Por fin, su esfuerzo se ve recompensado; la oveja perdida es encontrada. Entonces no la regaña por haberle causado tantos problemas. No la golpea con el látigo. Ni siquiera intenta llevarlo a casa. En su alegría toma a la criatura temblorosa sobre sus hombros; si está magullada y herida, la recoge en sus brazos, apretándola contra su pecho, para que el calor de su propio corazón le dé vida. Con la gratitud de que su búsqueda no ha sido en vano, la lleva de vuelta al redil.

Gracias a Dios, no ha presentado a nuestra imaginación la imagen de un pastor apesadumbrado que regresa sin las ovejas. La parábola no habla de fracaso, sino de éxito, y de alegría en la recuperación. Aquí está la garantía divina de que ni una sola de las ovejas descarriadas del redil de Dios será pasada por alto, ni una

sola quedará desamparada. Cristo rescatará del pozo de la corrupción y de las zarzas del pecado a toda aquella que se someta a ser rescatada.

Alma abatida, ten ánimo, aunque hayas obrado mal. No pienses que *tal vez* Dios perdonará tus transgresiones y te permitirá llegar a Su presencia. Dios ha hecho el primer avance. Mientras tú estabas en rebelión contra Él, Él salió a buscarte. Con el tierno corazón del pastor dejó a los noventa y nueve, y salió al desierto para encontrar lo que se había perdido. Al alma herida y magullada, y a punto de perecer, la rodea en sus brazos de amor, y la lleva gozosamente al redil de la seguridad.

Cuando la oveja descarriada es llevada por fin a casa, la gratitud del pastor se expresa en melodiosos cantos de júbilo. Llama a sus amigos y vecinos, diciéndoles: "Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido". Así, cuando el gran Pastor de las ovejas encuentra a una descarriada, el cielo y la tierra se unen en acción de gracias y regocijo.

30 de diciembre de 1903

Ayuda en caso de necesidad

EGW

Es por nuestra felicidad presente y nuestro bien futuro que Dios nos somete a prueba. La mayor bendición que tienen sus hijos descarriados es la corrección que les envía. Cuando somos llamados a pasar por pruebas, podemos saber que así Dios se esfuerza por llevarnos a conocerle y a poner nuestra confianza en Él.

Tu camino puede parecer muy oscuro. Puede parecer que tus amigos te han abandonado y que las circunstancias están en tu contra. Las tendencias hereditarias al mal luchan por dominarte, y estás a punto de hundirte en el desánimo. Pero no estás abandonado. El Señor, Dios de Israel, te mira con compasión y simpatía. Sus pensamientos hacia ti son pensamientos de bien y no de mal. Él ve las fuerzas dispuestas contra ti, y te envía el mensaje: "Que se agarre de mi fuerza, para que haga la paz conmigo; y hará la paz conmigo."

No dependas de la ayuda humana. ¿Por qué apartarse de Aquel que es todopoderoso para pedir ayuda a seres humanos finitos? ¿Por qué no hacer de Dios tu consejero, diciendo: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna". ¿No hemos actuado con descortesía hacia Aquel a quien debemos todo

lo que tenemos? No nos apartemos más de la luz que alumbra a todo hombre, a la incierta sabiduría de los que no tienen más poder que el que reciben de Dios.

Nuestro Salvador no yace en la nueva tumba de José. Sobre el sepulcro rasgado ha proclamado: "Yo soy la resurrección y la vida", se ha retirado de la vista humana a la presencia inmediata de Dios. Allí intercede por los que se acercan a Dios por la fe. Los presenta al Padre, diciendo: "Por las marcas de los clavos en mis manos, pido perdón por ellos. He hecho expiación por ellos".

Entonces no lles tus penas y dificultades al hombre. Cuando necesites ayuda, acude a Aquel a quien le ha sido dado "todo poder en el cielo y en la tierra". En tu debilidad e indignidad acude a Cristo, diciendo: "Señor, salva, o pereceré". De Él puedes aprender la multiforme sabiduría de Dios, sabiduría más preciosa de lo que las palabras pueden expresar. Puedes obtener fortaleza de Jesús; porque en Él habita toda plenitud.

Dios ve y se compadece tiernamente de los que son tentados. Él oye la voz de la súplica y de la angustia. No se le escapa ni un gemido, ni un suspiro, ni una lágrima. ¿No vino Cristo a este mundo para llevar a cabo el plan de redención en favor del hombre, para mostrarle cómo vencer las tentaciones del enemigo? Entonces, ¿va a negar Dios a sus hijos algo que perfeccione su carácter? Si no nos amara, no habría hecho este gran sacrificio.

En la hora más oscura, deja que la fe atraviese la nube que te rodea; porque Cristo está detrás, y todo lo hace bien. Tenemos un Dios que cumple el pacto, que conoce todas nuestras necesidades, un Dios que une a su majestad la dulzura y la ternura del pastor. Él se ha comprometido a suplir todas nuestras necesidades. Ten fe en Él, pues está en juego su honor. Él no alterará lo que ha salido de Su boca. Cumplirá su promesa. Suyo es el poder absoluto, y ningún obstáculo puede interponerse ante Él. Su entendimiento es infinito. No puede equivocarse. Él nunca está en perplejidad con respecto a los medios que empleará. Él dice: "No temas, porque yo estoy contigo.... Yo, el Señor tu Dios, sostendré tu mano derecha, diciéndote: No temas; yo te ayudaré".

Lleva el regocijo a tu experiencia. Cuando estés deprimido, canta alabanzas a Dios. Alégrate en la esperanza puesta delante de ti, la esperanza de la vida eterna. Habla de fe, aunque parezcas estar rodeado de tinieblas. Él quiere que arranques y comas las hojas del árbol de la vida.

El Señor Jesús ha elegido a los que creen en Él para ser herederos de Dios y coherederos con Él a una herencia incorruptible e incontaminada, que no se

marchita. Creamos en los mensajes de alegría que Él nos envía. Vivamos vidas de esperanza y confianza. Cristo nos ha dado la llave que abre el tesoro de bendiciones del cielo. Él declara: "Todo lo que pidieréis en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo". Cristo promete no sólo presentar nuestras peticiones al Padre e interceder en nuestro favor, sino también conceder las bendiciones solicitadas.

"Teniendo, pues, un gran sumo sacerdote que subió a los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro." "Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe".

El don de Cristo es nuestra prenda de ayuda en la tribulación y de victoria en el conflicto. En Cristo está la fuerza de Su pueblo; porque a Él le ha sido dado todo poder. "Él da poder a los cansados, y a los que no tienen fuerzas les da más vigor. Aun los jóvenes desmayarán y se fatigarán, y los mancebos caerán; pero los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán."

6 de enero de 1904

Consagración

EGW

Cristo pide una consagración sin reservas, un servicio indiviso. Exige el corazón, la mente, el alma, la fuerza. Las observancias externas no pueden ocupar el lugar de la fe sencilla y de la renuncia total a uno mismo. Pero nadie puede vaciarse de sí mismo. Sólo podemos consentir que Cristo realice la obra. Entonces el lenguaje del alma será: "Señor, toma mi corazón, porque no puedo guardarlo para Ti. Sálvame a pesar de mí mismo, de mi yo débil y poco cristiano. Moldéame, fórmame, elévame a una atmósfera pura y santa, donde la rica corriente de Tu amor pueda fluir a través de mi alma."

Esta renuncia al yo no sólo debe hacerse al comienzo de la vida cristiana. En cada paso hacia el cielo debe renovarse. Todas nuestras buenas obras dependen de un poder exterior a nosotros. Por lo tanto, es necesario que el corazón busque continuamente a Dios, que confiese sus pecados y se humille ante Él. Sólo

mediante una constante renuncia al yo y dependencia de Cristo podemos caminar seguros.

Hay muchos que no hacen una entrega total. No mueren al yo para que Cristo viva en ellos. Adoptan Su nombre, llevan Su insignia, pero no participan de Su naturaleza. No han vencido su ambición impía y su amor por el mundo. No toman la cruz y siguen a Cristo en el camino de la abnegación y el sacrificio. Casi cristianos, pero no plenamente cristianos, parecen estar cerca del reino de los cielos, pero no pueden entrar en él. Casi, pero no totalmente salvados, significa estar totalmente perdidos.

Necesitamos examinarnos a nosotros mismos, para ver si realmente somos dignos del nombre de cristianos. Oímos la voz de Cristo, clara y distinta diciendo: "Sígueme". "Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame". "Así será Mi discípulo". ¿Le estamos siguiendo? Él ordenó Su vida y llevó Su cruz por el honor de Su padre. ¿Estamos haciendo esto?

La misma devoción, la misma abnegación, la misma sujeción a las exigencias de la Palabra de Dios, que se manifestaron en Cristo, deben verse en sus siervos. Dejó su hogar de seguridad y paz, dejó la gloria que tenía con el Padre antes de que el mundo fuera, dejó su posición en el trono del universo. Salió, un hombre sufriente y tentado, salió en soledad, para sembrar con lágrimas, para regar con Su sangre, la semilla de la vida para un mundo perdido.

De la misma manera, sus siervos deben salir a sembrar. Cuando fue llamado a convertirse en sembrador de las semillas de la verdad, se le ordenó a Abraham: "Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré". "Y salió sin saber a dónde iba". Así al apóstol Pablo, orando en el templo de Jerusalén, le llegó el mensaje de Dios: "Vete, porque te enviaré lejos, a los gentiles." Así, los que son llamados a unirse a Cristo deben dejarlo todo para seguirle. Las viejas asociaciones deben romperse, los planes de vida deben abandonarse, las esperanzas terrenales deben rendirse. Con trabajo y lágrimas, en soledad y sacrificio, debe sembrarse la semilla.

Aquellos que consagran cuerpo, alma y espíritu a Dios recibirán constantemente una nueva dotación de poder físico, mental y espiritual. Los suministros inagotables del cielo están a su disposición. Cristo les da el aliento de su propio Espíritu, la vida de su propia vida. El Espíritu Santo despliega sus más altas energías para obrar en el corazón y en la mente. La gracia de Dios agranda y multiplica sus facultades, y todas las perfecciones de la naturaleza divina

acuden en su ayuda en la obra de salvar almas. Mediante la cooperación con Cristo, se completan en Él, y en su debilidad humana son capaces de realizar obras de Omnipotencia.

13 de enero de 1904

"Escoged hoy a quién serviréis"

EGW

Justo antes de su muerte, Josué convocó a los hijos de Israel y les dijo: "Escogeos hoy a quién sirváis". La elección que Israel fue llamado a hacer ese día es una que hoy todos están llamados a hacer; porque todavía hay poderes rivales en el mundo. Consideremos el carácter de los poderes que reclaman el homenaje de los hombres.

Cristo, el Comandante de las huestes celestiales, dejó el honor y la gloria que tenía con el Padre, y vino a este mundo a vivir como hombre entre los hombres, para rescatar a los seres humanos de la destrucción. Podía haber venido acompañado de diez mil veces diez mil ángeles, pero no lo hizo. Vino en humildad y pobreza, sin honor ni rango. Se humilló a Sí mismo, tomando la naturaleza de la raza caída. Vino a ayudar a los necesitados y a los afligidos; a curar a los enfermos; a hablar de paz a los que sufrían; a liberar a los que Satanás afligía; a traer la redención a todos los que aceptaran la bendición enviada por el Cielo. Tal es el carácter de Aquel que dice: "Si me amáis, guardad mis mandamientos".

Hay otro que reclama el homenaje de los hombres, pero es muy diferente del Príncipe de la vida. Fue una vez querubín protector en los atrios celestiales, y de él está escrito: "Tú sellas la suma, lleno de sabiduría y perfecto en belleza". Pero la envidia entró en su corazón, y fue expulsado del cielo. Su obra es ahora la destrucción de los hijos de los hombres; la ruina de las almas es su delicia y su único empleo. Su paso es silencioso, sus movimientos son sigilosos, sus baterías están enmascaradas. Se ha ocultado tanto de la vista que muchos apenas pueden creer que existe, y mucho menos pueden convencerse de su asombrosa malignidad, actividad y poder. Si se mostrara abiertamente, en su verdadero carácter, despertaría las energías dormidas del cristiano, y lo enviaría a Dios en oración.

Bajo la influencia engañosa y embrujadora del enemigo, muchos obedecen los peores impulsos del corazón humano, y sin embargo creen que Dios los está

guiando. Si se les abrieran los ojos para distinguir a su Capitán, verían que no están sirviendo a Dios, sino al enemigo de toda justicia.

Cuando Cristo estaba en el mundo, la batalla entre Él y Satanás era incesante. Al comienzo de su ministerio público, nuestro Salvador encontró al astuto enemigo en el desierto de la tentación. Allí, durante los cuarenta días y cuarenta noches del largo ayuno de Cristo, Satanás, ocultando su verdadero carácter, trató por todos los medios de vencer al Redentor. Disfrazándose de ángel de luz, de amigo enviado del Cielo, se ofreció a mostrar a Cristo un camino más fácil para conseguir su objetivo que el sendero de pruebas y sufrimientos por el que había entrado. Pero Jesús rechazó al enemigo y lo obligó a marcharse como enemigo vencido.

Hoy Satanás viene con sus tentaciones a los hijos de los hombres, y aquí tiene mejor éxito. Uno de sus artificios más exitosos es mantener a los hombres en la ignorancia de sus artimañas; porque no estarán en guardia contra un enemigo cuya existencia ignoran. Una vez me preguntaron: "¿Cree usted en la existencia de un demonio personal?". "Yo creo", respondí. "Yo no", replicó el interlocutor. "Creo que nuestros malos pensamientos e impulsos son el único demonio que existe". "Pero", pregunté, "¿quién sugiere estos pensamientos? ¿Dónde se originan si no es en Satanás?".

Queridos amigos cristianos, no os dejéis engañar por la ilusión de que Satanás no existe. Tan cierto como que tenemos un Salvador personal, tenemos un adversario personal, cruel y astuto, que constantemente vigila nuestros pasos, conspirando para desviarnos. Allí donde se cree que no existe, es donde está más ocupado. Cuando menos sospechamos de su presencia, está ganando ventaja sobre nosotros. Me siento alarmado al ver a tantos que ceden a su poder, sin saberlo. Si vieran su peligro, huirían a Cristo, el refugio del pecador.

El tentador susurra a menudo que la vida cristiana es una vida de exacción, de deber riguroso; que es difícil estar en guardia continuamente, que no hay necesidad de ser tan particular. Así engañó a Eva en el Edén, diciéndole que los mandamientos de Dios eran arbitrarios e injustos, dados para impedir que el hombre llegara a ser libre y exaltado.

Es verdad que nuestro Salvador representa su servicio como un yugo, y que la vida cristiana es una vida de carga; pero contrastando esto con el cruel poder de Satanás y las cargas impuestas por el pecado, exclama: "Mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Si tratamos de hacer frente a las responsabilidades de la vida cristiana y cumplir con sus deberes, sin Jesús como ayudante, encontraremos el

yugo mortificante, y la carga intolerablemente pesada. Pero no se nos pide que llevemos la carga solos. Cristo llevará la carga de nuestros cuidados y penas. Él nos invita a echar todo nuestro cuidado sobre Él; porque Él nos lleva en Su corazón. Él mira a cada alma que vuelve su rostro hacia Él como el Salvador. Sabe por experiencia cuáles son las debilidades de la humanidad, cuáles son nuestras necesidades y dónde reside la fuerza de nuestras tentaciones; porque Él fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.

La verdadera felicidad no se encuentra en la autocomplacencia y el autocomplacerte, sino en aprender de Cristo. Los que confían en su propia sabiduría y siguen su propio camino se quejan a cada paso. Pero los que le toman la palabra a Cristo, y entregan el alma a su custodia, sus vidas a sus órdenes, encontrarán paz y quietud. Nada del mundo puede entristecerlos cuando Jesús los alegra con su presencia. El Señor dice: "Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado".

Aquellos que eligen a Cristo como su líder, crecen cada día más como Él. "Fortalecidos con todo el poder de su Espíritu", forman caracteres que les ganarán la entrada a la ciudad santa.

Ahora tenemos la oportunidad de decidir si seremos contados entre los siervos de Cristo o los siervos de Satanás. Día tras día, de palabra y obra, mostramos qué elección estamos haciendo. ¿No decidiremos como Josué: "En cuanto a mí y a mi casa, a Jehová serviremos"?

20 de enero de 1904

El poder de la fe

EGW

Por el pecado hemos sido separados de la vida de Dios. Por nosotros mismos somos completamente incapaces de vivir una vida santa. Hay muchos que se dan cuenta de su impotencia, y que anhelan esa vida espiritual que los pondrá en armonía con Dios; en vano se esfuerzan por obtener esta vida. En su desesperación exclaman: "¡Oh miserable de mí! ¿quién me librá de este cuerpo de muerte?". Que estos abatidos y desesperados miren hacia arriba. El Salvador les ordena levantarse en salud y paz. No esperes a sentir que has sido sanado. Cree en Su Palabra, y se cumplirá. Pon tu voluntad del lado de Cristo. Ten la voluntad de servirle, y al actuar conforme a Su Palabra recibirás fortaleza. Cualquiera que sea la mala práctica, la pasión dominante, que a través

de una larga indulgencia te ata alma y cuerpo, Cristo es capaz y anhela liberarte. Él impartirá vida al alma que está "muerta en delitos". Liberará al cautivo que está sujeto por la debilidad y la desgracia y las cadenas del pecado.

El poder de la fe queda demostrado por el milagro que Cristo realizó al curar al niño poseído por un espíritu sordomudo. "Maestro", dijo el padre a Jesús, "te he traído a mi hijo, que tiene un espíritu mudo; y dondequiera que lo lleva, lo arranca; ... y hablé a tus discípulos para que lo echasen fuera, y no pudieron".

Jesús preguntó: "¿Cuánto tiempo hace que le sucedió esto?". El padre contó la historia de largos años de sufrimiento y, entonces, como si no pudiera soportar más, exclamó: "Si puedes hacer algo, ten compasión de nosotros y ayúdanos." "Si puedes". Incluso ahora el padre cuestionaba el poder de Cristo.

Jesús respondió: "Si puedes creer, todo es posible para el que cree". No hay falta de poder por parte de Cristo; la curación del hijo depende de la fe del padre. Con un estallido de lágrimas, dándose cuenta de su propia debilidad, el padre se arroja sobre la misericordia de Cristo, con el grito: "Señor, yo creo; ayuda mi incredulidad."

Jesús se vuelve hacia el que sufre y le dice: "Espíritu mudo y sordo, te conjuro a que salgas de él y no entres más en él". Se oye un grito, una lucha agónica. El demonio, de paso, parece a punto de arrancar la vida de su víctima. Luego, el muchacho yace inmóvil, aparentemente sin vida. La multitud susurra: "Está muerto". Pero Jesús lo toma de la mano y, levantándolo, se lo presenta a su padre en perfecto estado de salud. Padre e hijo alaban el nombre de su libertador. La multitud "se asombra del poder de Dios", mientras los escribas, derrotados y cabizbajos, se alejan hoscamente.

"Si algo puedes, ten compasión de nosotros y ayúdanos". Cuántas almas cargadas de pecado se han hecho eco de esa oración. Y a todos los que se compadecen. La respuesta del Salvador es: "Si puedes creer, todo es posible para el que cree".

Es la fe la que nos conecta con el cielo y nos da fuerzas para hacer frente a los poderes de las tinieblas. En Cristo, Dios ha proporcionado los medios para dominar todo rasgo pecaminoso y resistir toda tentación, por fuerte que sea. Pero muchos sienten que les falta la fe, y por eso permanecen alejados de Cristo. Que estas almas, en su impotente indignidad, se arrojen a la misericordia de su compasivo Salvador. No se miren a sí mismos, sino a Cristo. El que sanaba a los enfermos y echaba fuera los demonios cuando andaba entre los hombres, es

hoy el mismo poderoso redentor. La fe viene por la Palabra de Dios. Entonces capta Su promesa: "Al que a mí viene, en ninguna manera le echo fuera". Échate a sus pies clamando: "Señor, yo creo; ayuda mi incredulidad".

"Si tuviereis fe como un grano de mostaza", dijo Jesús, "diréis a este monte: Pásate a otro lugar, y se pasará". Aunque el grano de mostaza es tan pequeño, contiene el mismo misterioso principio vital que produce el crecimiento del árbol más elevado. Cuando la semilla de mostaza se echa en la tierra, el pequeño germen se aferra a todos los elementos que Dios ha provisto para su nutrición, y rápidamente desarrolla un crecimiento robusto. Si tienes una fe así, te aferrarás a la palabra de Dios y a todos los organismos útiles que Él ha designado. Así tu fe se fortalecerá y atraerá en tu ayuda el poder del cielo. Los obstáculos que Satanás interponga en tu camino, aunque parezcan tan insuperables como las colinas eternas, desaparecerán ante la exigencia de la fe. "Nada os será imposible".

No debemos creer porque veamos o sintamos que Dios nos escucha. Debemos confiar en sus promesas. Cuando acudimos a Él con fe, toda petición entra en el corazón de Dios. Cuando hemos pedido Su bendición, debemos creer que la recibimos, y darle gracias por haberla recibido. Entonces debemos seguir con nuestros deberes, seguros de que la bendición se realizará cuando más la necesitemos. Cuando hayamos aprendido a hacer esto, sabremos que nuestras oraciones han sido contestadas. Dios hará por nosotros "sobreabundantemente", "según las riquezas de su gloria" y "la operación de la fuerza de su poder".

3 de febrero de 1904

Cómo alcanzar el éxito al servicio de Cristo

EGW

No se necesitan ahora obreros eruditos y elocuentes, sino hombres y mujeres humildes, semejantes a Cristo, que hayan aprendido de Jesús de Nazaret a ser mansos y humildes, y que, confiando en Su fuerza, salgan a los caminos y a los setos para hacer la invitación: "Venid, porque ya está todo preparado".

La carga que llevamos por amor de Cristo, la voluntad de nuestro servicio, la plenitud de nuestra entrega, ésta es la medida de nuestro amor por Él y de nuestro éxito en el servicio.

Muchos cristianos están trabajando en propósitos cruzados con Dios. Nos dicen que están esperando que alguna gran obra venga a ellos. Descuidan los deberes diarios de la vida. Les parecen poco interesantes y sin importancia. Anhelan inquietos un lugar grande. Día tras día pierden oportunidades de mostrar su fidelidad a Dios. Mientras esperan alguna gran obra, su vida pasa.

No dejes de cumplir tus deberes diarios con la más estricta fidelidad. En el plan que Dios tiene para cada cristiano, no hay nada que no sea esencial. Hay lecciones que cada uno debe aprender en la experiencia diaria. Sé paciente y realiza fielmente el trabajo que se te ha encomendado, por humilde que sea. Continúa tu trabajo con calma, confiando en la fortaleza de Dios. No mires ansiosamente al mañana. Emplea hoy tu tiempo de la mejor manera. Hoy deja que tu luz brille para Cristo, incluso en el desempeño de pequeños deberes. Mañana preséntate de nuevo a Jesús como alguien dispuesto a realizar cualquier trabajo, por humilde que sea. El fiel cumplimiento de los deberes de hoy os preparará para emprender el trabajo de mañana con nuevo valor, diciendo: "Hasta aquí me ayudó el Señor". Permaneced siempre como hombres diminutos ante Dios. Que la oración de vuestro corazón sea: "Señor, ¿qué quieres que haga? Imbúyeme de Tu Espíritu; fortaléceme para Tu Obra". Así creceréis hasta la plena estatura de hombres y mujeres en Cristo.

Para hacer un trabajo exitoso para el Señor, debemos estar dispuestos a hacer y sufrir alegremente por Su causa. El egoísmo es la muerte. Ningún órgano del cuerpo podría vivir si limitara su servicio a sí mismo. Si el corazón dejara de enviar su sangre vital a la mano y a la cabeza, perdería rápidamente su poder. Somos miembros los unos de los otros, y el alma que rehúsa impartir perecerá.

Cristo vino a esta tierra "como el que sirve". La misma ley de servicio está escrita en todas las cosas de la naturaleza. Las aves del cielo, las bestias del campo, los árboles del bosque, las hojas, la hierba y las flores, el sol en los cielos y las estrellas de luz, todos tienen su ministerio. El lago y el océano, el río y la fuente, cada uno toma para dar.

Es necesario rezar mucho para que el esfuerzo tenga éxito. La oración trae poder. La oración ha "subyugado reinos, hecho justicia, obtenido promesas, cerrado la boca de los leones, apagado la violencia del fuego, ... puesto en fuga los ejércitos de los extranjeros".

La oración es el aliento del alma. Jesús vivió en dependencia de Dios y en comunión con Él. Al lugar secreto del Altísimo, bajo la sombra del Todopoderoso, los hombres van de vez en cuando; permanecen una temporada,

y el resultado se manifiesta en nobles obras; luego su fe falla, la comunión se interrumpe, y la obra de la vida se estropea. Pero la vida de Jesús fue una vida de confianza constante, sostenida por una comunión continua; y su servicio al cielo y a la tierra no tuvo fallos ni vacilaciones.

Muchos, incluso en sus épocas de devoción, no logran recibir la bendición de la verdadera comunión con Dios. Tienen demasiada prisa.

Con pasos apresurados atraviesan el círculo de la presencia amorosa de Cristo, deteniéndose quizás un momento dentro del recinto sagrado, pero sin esperar consejo. No tienen tiempo para permanecer con el divino Maestro. Con sus cargas vuelven a su trabajo.

Estos trabajadores nunca podrán alcanzar el mayor éxito hasta que aprendan el secreto de la fortaleza. Deben darse tiempo para pensar, para orar, para esperar en Dios una renovación del poder físico, mental y espiritual. Necesitan la elevación de Su Espíritu. Al recibirlo, serán vivificados por una vida fresca. El cuerpo cansado y el cerebro fatigado se refrescarán, el corazón agobiado descansará.

El obrero cristiano debe estudiar la Palabra de Dios. Cuántos son sorprendidos cometiendo pecado por no estudiar las Escrituras. Bajaron la guardia, y Satanás los encontró presa fácil. El salmista declara: "En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti".

Y en la carta de Pablo a Timoteo leemos: "Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra."

La vida de Dios, que da vida al mundo, está en Su palabra. Fue por Su palabra que Jesús sanó enfermedades y expulsó demonios. Y por su palabra calmó el mar y resucitó a los muertos; y el pueblo daba testimonio de que su palabra era con poder. Hablaba la palabra de Dios, como la había hablado a todos los [profetas y maestros del] Antiguo Testamento. Toda la Biblia es una manifestación de Cristo. Es nuestra única fuente de poder.

Como nuestra vida física se sustenta en el alimento, así nuestra vida espiritual se sustenta en la Palabra de Dios. Y cada alma debe recibir vida de la Palabra de Dios para sí misma. Así como debemos comer por nosotros mismos para recibir alimento, así debemos recibir la Palabra por nosotros mismos. Sí, la

Palabra de Dios es pan de vida. Quien recibe y asimila esta Palabra, haciéndola parte de cada acción, de cada atributo del carácter, crecerá fuerte en la fuerza de Dios. Da vigor inmortal al alma, perfeccionando la experiencia, y trayendo alegrías que permanecerán para siempre.

17 de febrero de 1904

Religión Doméstica

EGW

La obra de la santificación comienza en el hogar. Los que son cristianos en el hogar serán cristianos en la iglesia y en el mundo. Hay muchos que no crecen en la gracia porque no cultivan la religión en el hogar.

En el hogar, el espíritu de crítica y de búsqueda de defectos no debe tener cabida. La paz del hogar es demasiado sagrada para que este espíritu la estropee. Pero cuán a menudo, cuando se sientan a la mesa, los miembros de la familia se reparten un plato de críticas, reproches y escándalos. Si Cristo viniera hoy, ¿no encontraría a muchas de las familias que profesan ser cristianas, abrigando el espíritu de crítica y falta de amabilidad? Los miembros de tales familias no están preparados para unirse con la familia de arriba.

Dios espera que Sus hijos usen el talento de la palabra de una manera que honre al Salvador. Que el mal pensar y el mal hablar sean desechados como levadura que produce contención, alienación y contienda. Que la lengua rebelde sea puesta bajo el control de Dios.

No hay palabra áspera y apasionada que se pronuncie sin contristar al Señor Jesús y herir el corazón de quien la pronuncia y de quien la escucha. En el hogar cristiano se excluirán todos los discursos airados o triviales; porque en el hogar de arriba no hay lugar para nada de este carácter.

Padres, asegúrense de pasar algún tiempo cada día en oración privada, pidiendo sabiduría al Señor, no sea que la prepotencia se apodere de ustedes y entreguen el talento de la palabra al control del enemigo. En el círculo familiar, las palabras generosas, amables y semejantes a las de Cristo tienen más valor que cualquier tesoro terrenal.

Recordad que vuestros hijos seguirán de cerca el ejemplo que de palabra y obra les deis. Vivid vidas que les ayuden a prepararse para ser trasladados a los atrios

de lo alto cuando suene la última trompeta y Cristo venga a reunir consigo a sus fieles. No descuiden a sus hijos. Ellos son su primer cuidado. El hogar debe ser su primera escuela. Y en esta escuela vosotros mismos debéis aprender lecciones que os prepararán mejor para trabajar por su salvación y por la salvación de los demás. Estas lecciones serán del más alto valor para ustedes en su experiencia religiosa.

Mientras trabajas con éxito por tus hijos, estás obrando tu propia salvación, y Dios está obrando en ti, para querer y hacer por Su buena voluntad.

Corrige amable pero firmemente toda inclinación al mal que pueda aparecer en la vida de tus hijos. Cuando os veáis obligados a corregir a un niño, no elevéis la voz a un tono agudo que despierte las peores pasiones del corazón del niño. No pierdas el dominio de ti mismo. El padre que, al corregir a su hijo, cede a la cólera, es más culpable que el hijo.

Refrena toda palabra apresurada que pugna por pronunciarse. Antes de pronunciar esa palabra inquieta e impaciente, detente y piensa en la influencia que, si se pronuncia, ejercerá. Recuerda que los niños son rápidos para oír cada palabra, y para notar cada entonación de la voz. Recuerda también que los ángeles oyen tus palabras. Eres un espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Sigue un camino que sea un honor para Jesús, un camino que atraiga a los ángeles a tu lado. Que tu hogar sea tal que Cristo pueda entrar en él como un huésped permanente. Que sea tal que la gente sepa de ti que has estado con Jesús y que has aprendido de Él.

El hogar en el que los miembros son cristianos amables y corteses, ejerce una influencia de largo alcance para el bien. Otras familias observan los resultados alcanzados por un hogar así, y siguen el ejemplo dado, protegiendo a su vez sus hogares contra las malas influencias.

Los ángeles del cielo visitan a menudo el hogar en el que impera la voluntad de Dios. Bajo el poder de la gracia divina, tal hogar se convierte en un lugar de alivio para los cansados peregrinos. Se impide que el yo se imponga. Se forman hábitos correctos. Hay un cuidadoso reconocimiento de los derechos de los demás. La fe que obra por amor y purifica el alma está al timón, presidiendo todo el hogar. Bajo la sagrada influencia de un hogar así, el principio de hermandad establecido en la Palabra de Dios es más ampliamente reconocido y obedecido.

24 de febrero de 1904

El camino estrecho

EGW

Cristo hace a todos la invitación: "Sígueme". "El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida".

"Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la encuentran."

El camino trazado para los rescatados del Señor está muy por encima de todos los planes y prácticas mundanos. Los que caminan por él deben mostrar con sus obras la pureza de sus principios. Tienen un cielo que ganar, y por medio de una vida bien ordenada y una conversación piadosa deben mostrar la autenticidad de su profesión. Deben trabajar en su propia salvación con temor y temblor, no sea que no perfeccionen su carácter cristiano, esforzándose por seguir las huellas de Cristo, teniendo siempre ante sí su vida y sus enseñanzas. Al hacer esto, Dios obra en ellos el querer y el hacer por su buena voluntad.

Los que caminan por el camino estrecho deben seguir las indicaciones de la Guía. Sólo así podrán llegar a las puertas de la ciudad de Dios. Deben seguir el ejemplo de Cristo, trabajando como Él trabajó. Entonces, al fin, oirán el elogio: "Bien, siervo bueno y fiel; ... entra en el gozo de tu Señor".

Nuestros regalos

Dios ha puesto a hombres y mujeres en posesión de dones preciosos. A cada uno le da un don diferente. No todos tienen la misma fuerza de carácter o la misma profundidad de conocimiento. Pero cada uno ha de usar sus dones al servicio del Maestro, por pequeño que parezca este don. El administrador fiel comercia sabiamente con los bienes que le han sido confiados.

Los dones de la mente y del cuerpo deben ser cuidadosamente protegidos. Nuestros dones no deben ser debilitados por la autoindulgencia. Cada poder debe ser cuidadosamente preservado, para que esté siempre listo para su uso instantáneo. Ninguna parte del organismo físico debe debilitarse por el mal uso. Cada parte, por pequeña que sea, influye en el todo. El abuso de un nervio o

músculo disminuye la utilidad de todo el cuerpo. Aquellos por quienes Cristo ha dado su vida deben ajustar sus hábitos y prácticas a su voluntad.

"De gracia recibisteis, dad de gracia"

La Palabra de Dios declara: "El alma que pecare, esa morirá". Pero Dios no desea la muerte de nadie. Cuando el pecado de Adán había perdido la vida eterna, a un costo infinito Dios proveyó para la raza una segunda probación. Él "amó tanto al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna". Aquellos a quienes ha llegado la luz de la verdad para este tiempo, ¿no deberían ponerse en estrecha conexión con Dios, usando sus capacidades para adelantar la obra de la salvación de las almas? ¿No debería el que posee un entendimiento de las Escrituras impartir el conocimiento que le ha sido dado a los que no conocen la verdad? Sobre cada creyente en la verdad presente descansa la responsabilidad de trabajar por los pecadores. Dios les señala su obra especial: la proclamación del Mensaje del Tercer Ángel. Deben mostrar su aprecio por el gran don de Dios consagrándose a la obra por la cual Cristo dio su vida. Deben ser administradores de la gracia de Dios, dispensando a los demás las bendiciones que les han sido concedidas. El que ha encontrado consuelo en la Palabra de Dios debe compartirlo con los demás. Sólo así podrá seguir recibiendo consuelo.

El hijo sincero de Dios no toma a la ligera ninguno de Sus requisitos. Si lo hiciera, pronto haría para sí mismo leyes que no estarían en armonía con los requisitos de Dios. Otro, teniendo gran confianza en él, haría lo mismo, y así Dios sería grandemente deshonrado. Los infieles miran las vidas defectuosas de los que profesan ser cristianos, y dicen: "Si yo creyera lo que esos hombres y mujeres profesan creer, nunca podría hacer las cosas que ellos hacen."

Avancemos con paso firme. Despojémonos de todo peso y del pecado que tan fácilmente nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante. Mantengamos la verdad en justicia. Entonces, cuando llegue la adversidad, podremos confiar en Dios, sabiendo que hemos hecho todo lo posible. La confianza en Dios es uno de los signos que distinguen a los justos de los impíos. Dios nunca olvida a sus hijos fieles en sus sufrimientos y aflicciones. Con confianza pueden decir:

"El Señor es mi Pastor; nada me falta. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará. Él restaura mi alma; me guía por sendas de justicia por amor de su nombre. Aunque ande en valle de sombra

de muerte, no temeré mal alguno, porque Tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento. Preparas una mesa delante de mí en presencia de mis enemigos; unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando. Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida; y habitaré en la casa del Señor para siempre."

16 de marzo de 1904

Una ayuda presente

EGW

La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, como Nosotros somos uno: Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfeccionados en uno, y el mundo conozca que Tú me has enviado". Estas palabras parecen casi fuera del alcance de nuestra fe, pero debemos creerlas y actuar de acuerdo con ellas. Hemos de dedicar tiempo a orar, y luego hemos de vivir vidas que estén en armonía con nuestras oraciones, creyendo que el Señor nos responderá. Puede que la respuesta no llegue de la manera que esperamos, pero podemos estar seguros de que el Maestro sabe lo que es mejor para nosotros. Él es demasiado sabio para equivocarse, y demasiado bueno para hacernos daño. Debemos enfrentar cada prueba y desilusión con las palabras: "No se haga mi voluntad, sino la Tuya".

"Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá". Ponernos en estrecha relación con Cristo mediante la oración ferviente y creyente: ésta es nuestra parte. Somos responsables del cumplimiento de esta parte. Por lo demás, debemos confiar en Aquel que sabe lo que mejor nos ayudará en nuestros esfuerzos por hacer Su voluntad.

Pongámonos en la línea de cooperación con Dios, haciendo posible que Él responda a nuestras oraciones. Él ha emitido Sus pagarés, declarando: "Un corazón nuevo os daré". Él dice que Él será encontrado de aquellos que lo buscan con todo el corazón. Cuando usted pierde su asimiento en Él, y falla de recibir el cumplimiento de la promesa, el banco del cielo no ha fallado; usted ha roto su pacto con Dios. Él no puede cumplir Sus promesas mientras tú te niegues a permitirle que quite tus transgresiones, porque supones que al desobedecerle, te has colocado más allá de toda ayuda. El Señor dice: "Que se

aferre a Mi fuerza, para que haga las paces conmigo; y hará las paces conmigo". Entonces deja de preocuparte por los problemas que tan a menudo traes sobre ti mismo; ven como un niño penitente a Jesús, confesando tus pecados. "Así dice el alto y sublime que habita la eternidad, cuyo nombre es Santo: Yo habito en el lugar alto y santo, también con el que es de espíritu contrito y humilde, para reanimar el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los contritos."

¿No están estas palabras llenas de aliento? Dios nos asegura que no nos dejará a tuestas en la incertidumbre. No nos dejará ser nuestros propios maestros en los asuntos tan importantes que conciernen a nuestro destino eterno. Él declara: "Yo seré tu Maestro. Os daré luz y conocimiento. Luz se siembra para los justos, y alegría para los rectos de corazón". No ganamos nada acumulando a nuestro alrededor niebla y nubes. El Señor desea que estemos alegres y contentos. Él desea que tengamos una experiencia sin nubes.

Debemos rezar a menudo: "Señor, aumenta mi fe, para que sea fuerte para apagar los dardos encendidos del enemigo. Hazme más que vencedor por Aquel que me amó y se entregó por mí". El Espíritu Santo, fervientemente buscado y constantemente acariciado, obra en el corazón de los que creen, dándoles poder para llegar a ser hijos de Dios. Seguir a Cristo significa todo para nosotros. El camino del cristiano es como una luz resplandeciente que brilla más y más hasta el día perfecto. El que sigue a Cristo tiene la seguridad de que tendrá la luz de la vida, una visión de las cosas sagradas, un conocimiento íntimo y personal de Dios.

El abatimiento en el servicio de Dios es pecaminoso e irrazonable. Él conoce todas nuestras necesidades. Él tiene todo el poder. Puede conceder a sus siervos la medida de eficiencia que exija su necesidad. Su infinito amor y compasión nunca se cansan. A la majestad de la omnipotencia une la dulzura y el cuidado de un tierno pastor. No debemos temer que no cumpla sus promesas. Él es la verdad eterna. Nunca cambiará la alianza que ha hecho con los que le aman.

"No temas, porque yo estoy contigo", declara Él; "no desmayes, porque yo soy tu Dios; yo te fortaleceré; sí, yo te ayudaré; sí, yo te sostendré con la diestra de mi justicia". "Los que esperan en el Señor renovarán sus fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán."

23 de marzo de 1904

Una vida de ayuda

EGW

Dios ha dado a cada uno una parte para actuar en su gran plan para la elevación de la humanidad. Cristo ha unido lo humano y lo divino. En esta tierra, vestido de humanidad, vivió la vida que desea que vivan sus discípulos: una vida de servicio desinteresado. ¿Vivimos nosotros esta vida? ¿Estamos haciendo la invitación? "Todo el que tenga sed, venga a las aguas; y el que no tenga dinero, venga, compre y coma; sí, venga, compre vino y leche sin dinero y sin precio. ¿Por qué gastáis dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? ... Buscad al Señor mientras puede ser hallado, invocadle mientras está cerca; que el impío abandone su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y que se vuelva al Señor, y Él tendrá misericordia de él; y a nuestro Dios, porque Él perdonará abundantemente"?

Dios nos llama a indicar a los que están en el error el camino correcto. ¿Cómo pueden escuchar sin un predicador? No sólo los ministros ordenados deben hacer esta obra. Los ángeles del cielo cooperarán con los que trabajan desinteresadamente para el Maestro. El servicio a Dios incluye mucho más que sermonear. Los ignorantes deben ser iluminados, los desanimados levantados, los enfermos curados. La voz humana debe desempeñar su papel en la obra de Dios. Las palabras de ternura, simpatía y amor deben dar testimonio de la verdad. Las oraciones sinceras y sentidas deben acercar a los ángeles.

En Su conversación con la mujer samaritana, en lugar de menospreciar el pozo de Jacob, Cristo presentó algo mejor. "Si conocieras el don de Dios", dijo, "y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva". Volvió la conversación hacia el tesoro que tenía para otorgar, ofreciendo a la mujer algo mejor de lo que ella poseía, incluso agua viva, el gozo y la esperanza del Evangelio. Esta es una ilustración de la manera en que debemos obrar. De poco sirve que vayamos a los amantes de los placeres, a los que van al teatro, a los borrachos y a los jugadores, y los reprendamos mordazmente por sus pecados. Esto no servirá de nada. Debemos ofrecerles algo mejor que lo que ellos poseen, la paz de Cristo, que sobrepasa todo entendimiento. Debemos hablarles de la santa ley de Dios, la transcripción de Su carácter, y una expresión de aquello en lo que Él desea que se conviertan.

Hay muchos que se dedican a perseguir el placer mundano y las riquezas terrenales. Así piensan conseguir la felicidad. Pero el placer y la riqueza son impotentes para traer la verdadera felicidad. La fama, el genio, la habilidad, todos son igualmente incapaces de alegrar el corazón afligido. Los juegos, los teatros, las carreras de caballos, no satisfacen el anhelo del alma. El hombre no ha sido creado para satisfacerse así. Muéstrales cuán infinitamente superior a las efímeras alegrías y placeres de este mundo es la gloria imperecedera del cielo. Háblales de la libertad, el descanso y la paz que se encuentran en el Salvador. "El que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás", declara Él. Levanta a Jesús, clamando: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo". Sólo Él puede satisfacer el ansia inquieta del corazón, y dar paz a la mente atribulada. La riqueza no puede hacerlo; el placer no puede hacerlo. El título, el rango, la educación, el poder, todo es inútil para bendecir y sanar.

Hay muchas almas en perplejidad, agobiadas por una carga de culpa. Desean ser liberadas del pecado. Se han alejado de los manantiales de la verdadera felicidad, y han envenenado sus vidas bebiendo de las turbias aguas de la transgresión. Necesitan la ayuda de una mano amiga y tendida. Enséñales a elevarse, a vivir de modo que se ganen el respeto de sus semejantes. Aunque la voluntad se haya depravado y debilitado, hay esperanza para ellos en Cristo. Él despertará en sus corazones impulsos más elevados y deseos más santos. Necesitan oír las palabras de aliento, para que puedan aferrarse a la esperanza que les ofrece el Evangelio. Las promesas de la Palabra de Dios serán para ellos como las hojas del árbol de la vida. Continúa pacientemente tus esfuerzos hasta que, con alegría agradecida, la mano temblorosa se aferre a la esperanza de la redención por medio de Cristo.

Aquel que ha sido tentado y probado, y cuya esperanza estuvo a punto de perderse, pero que fue salvado al escuchar un mensaje de amor, es quien mejor puede comprender la ciencia de la salvación de las almas. Aquel cuyo corazón está lleno de amor por Cristo, porque ha sido buscado por el Salvador y devuelto al redil, sabe cómo trabajar por los demás. Puede señalar a los pecadores el Cordero de Dios. Se ha entregado sin reservas a Dios y ha sido aceptado en el Amado. La mano que en su debilidad tendió en busca de ayuda ha sido tomada. Por el ministerio de los tales, muchos pródigos serán llevados al Padre, para presentarse ante Él en contrición y penitencia.

30 de marzo de 1904

Un ideal perfecto

EGW

El hombre ha caído. La imagen de Dios en él está desfigurada. Por su desobediencia está depravado en inclinación y debilitado en poder, incapaz, aparentemente, de esperar otra cosa que no sea tribulación e ira. Pero Dios, por medio de Cristo, ha forjado una vía de escape, y dice a cada uno: "Sed, pues, perfectos". Es Su propósito que el hombre se presente ante Él recto y noble, y Él no será derrotado. Envió a su Hijo a este mundo para llevar la pena del pecado y mostrar al hombre cómo vivir una vida sin pecado.

Cristo es nuestro ideal. Ha dejado un ejemplo perfecto para la infancia, la juventud y la madurez. Vino a esta tierra y pasó por las diferentes fases de la experiencia humana. El pecado no tuvo cabida en su vida. Desde el principio hasta el fin de su vida terrenal, conservó inmaculada su lealtad a Dios. La Palabra dice de Él. "El Niño crecía, y se fortalecía en Espíritu, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios era sobre Él". Él "crecía en sabiduría y estatura, y en gracia para con Dios y los hombres."

El Salvador no vivió para complacerse a sí mismo. Leemos de Él que anduvo "haciendo el bien". Pasó Su vida en amoroso servicio, consolando a los afligidos, ministrando a los necesitados, levantando a los abatidos. No tenía hogar en este mundo, sólo la bondad de sus amigos le proporcionó uno; sin embargo, era el cielo estar en su presencia. Día tras día se enfrentaba a pruebas y tentaciones, pero no fracasaba ni se desanimaba. Era siempre paciente y alegre, y los afligidos lo aclamaban como mensajero de vida, paz y salud. Su vida no contenía nada que no fuera puro y noble.

La ley de Dios es el eco de su voz, que nos dice: "Más santos, sí, más santos todavía". Desead la plenitud de la gracia de Cristo; sí, hambre y sed de justicia. La promesa es: "Seréis saciados". Dios ha declarado claramente que espera que seamos perfectos, y debido a que requiere esto, ha hecho provisión para que seamos hechos partícipes de la naturaleza divina. Sólo así podemos ser partícipes de la naturaleza divina. Sólo así podemos alcanzar la perfección. El poder es dado por Cristo. "A cuantos le recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios".

La promesa de Dios es: "Seréis santos, porque yo soy santo". La santidad es el reflejo de la gloria de Dios. Pero para reflejar esta gloria, debemos cooperar con Dios. El corazón y la mente deben vaciarse de todo lo que conduce al mal. Hay que leer y estudiar la Palabra de Dios con el deseo sincero de obtener de ella fuerza espiritual. Esta Palabra es el pan del cielo. Los que la reciben y hacen de ella parte de su vida, se fortalecen en la fuerza de Dios. Nuestra santificación es el objeto de Dios en todo su trato con nosotros. Nos ha escogido desde la eternidad para que seamos santos. Cristo declara: "Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación". ¿Es también tu voluntad que tus deseos e inclinaciones se conformen a la voluntad divina?

El que quiera forjar un carácter fuerte y simétrico, el que quiera ser un cristiano equilibrado, debe darlo todo y hacerlo todo por Cristo; porque el Redentor no aceptará un servicio dividido. Debe aprender diariamente el significado de la entrega. Debe estudiar la Palabra de Dios, captar su significado y obedecer sus preceptos. Así podrá alcanzar el más alto nivel de excelencia cristiana. No hay límite para el avance espiritual que puede hacer quien es partícipe de la naturaleza divina. Día tras día Dios trabaja con él, perfeccionando el carácter que ha de resistir en el día de la prueba final. Cada día de su vida ministra a los demás. La luz que hay en él resplandece y apacigua la contienda de lenguas. Día tras día está llevando a cabo ante los hombres y los ángeles un vasto y sublime experimento, mostrando lo que el Evangelio puede hacer por los seres humanos caídos.

No nos escatimemos, sino llevemos adelante con seriedad la obra de reforma que debe hacerse. Crucifiquémonos a nosotros mismos. Los hábitos impíos clamarán ferozmente por la victoria, pero en el nombre y por el poder de Jesús podemos vencerlos. Al que procura guardar diariamente su corazón con toda diligencia se le da la promesa: "Ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada podrá apartarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro." Vivir la vida del Salvador, vencer todo deseo egoísta, cumplir con valentía y alegría nuestro deber para con Dios y los que nos rodean, esto nos hace más que vencedores. Esto nos prepara para comparecer ante el gran trono blanco sin mancha ni arruga, habiendo lavado nuestras vestiduras de carácter y emblanqueciéndolas en la sangre del Cordero.

6 de abril de 1904

Lecciones de la historia de Cornelio-Parte 1

Un buscador de la verdad

EGW

Había en Cesarea un hombre llamado Cornelio, centurión de la banda llamada italiana, hombre piadoso y temeroso de Dios con toda su casa, que daba muchas limosnas al pueblo y oraba siempre a Dios."

Aunque Cornelio era romano, había conocido al Dios verdadero y había renunciado a la idolatría. Obedecía la voluntad de Dios y le adoraba de corazón. No se había relacionado con los judíos, pero conocía la ley moral y obedecía sus preceptos. No estaba circuncidado ni participaba en los sacrificios, por lo que los judíos lo consideraban impuro. Sin embargo, hacía generosas donaciones para sostener el culto judío y era conocido en todas partes por su caridad y beneficencia. Su vida recta le dio buena reputación, tanto entre los judíos como entre los gentiles. Cornelio no tenía una fe comprensiva en Cristo, aunque creía en las profecías y esperaba la venida del Mesías. Por su amor y obediencia a Dios, se acercó a Él y se preparó para recibir al Salvador cuando le fuera revelado. Es el rechazo de la luz dada lo que trae la condenación.

El centurión era un hombre de familia noble y ocupaba un puesto de confianza y honor. La verdadera bondad y grandeza se unieron para hacer de él un hombre de valor moral. Su influencia era una bendición para todos aquellos con quienes entraba en contacto.

Creando en Dios como Creador del cielo y de la tierra, le reverenciaba, reconocía su autoridad y buscaba su consejo en todos los asuntos de la vida. Era fiel en sus deberes domésticos, así como en sus responsabilidades oficiales, y había erigido el altar de Dios en su familia. No se atrevía a llevar a cabo sus planes ni a soportar la carga de sus responsabilidades sin la ayuda de Dios, por lo que oraba mucho y con fervor. La fe marcaba todas sus obras, y Dios consideraba la pureza de su vida y la liberalidad de su donación, y se acercaba a él. Reconoció su piedad, y así ordenó los acontecimientos para que recibiera mayor luz.

Mientras Cornelio oraba, Dios le envió un mensajero celestial, que se dirigió a él por su nombre. El centurión tuvo miedo, pero sabía que el ángel había sido enviado por Dios para instruirle, y le dijo: "¿Qué pasa, Señor?". "Y le dijo: Tus oraciones y tus limosnas han subido para memoria delante de Dios. Envía ahora hombres a Jope, y llama a un tal Simón, que se apellida Pedro. Se hospeda con un tal Simón, curtidor, cuya casa está junto al mar."

Lo explícito de estas indicaciones, en las que se nombraba incluso la ocupación del hombre con quien Pedro estaba haciendo su hogar, muestra que el Cielo conoce la historia y los negocios de los hombres en todos los grados de la vida. Dios conoce la calle en la que vivimos. Él conoce el empleo diario del humilde trabajador, así como el del rey en su trono. Y tanto los pecados de los hombres como sus buenas obras le son conocidos.

"Enviad hombres a Jope, y llamad a un tal Simón, que se apellida Pedro". Así mostró Dios su consideración por el ministerio evangélico, y por su iglesia organizada. El ángel no fue comisionado para contarle a Cornelio la historia de la cruz. Un hombre, sujeto, como él mismo, a las debilidades y tentaciones humanas, debía hablarle del Salvador crucificado, resucitado y ascendido. En su sabiduría, el Señor pone en contacto a quienes buscan la verdad con seres que la conocen. Su forma designada es comunicar la verdad a través de los seres humanos. Los que han recibido la luz deben revelarla a los que están en tinieblas.

Hablando del misterio "que desde el principio del mundo ha estado oculto en Dios", Pablo dice: "A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me ha sido dada esta gracia de predicar entre los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo, y de hacer ver a todos cuál sea la comunión del misterio, ... a fin de que ahora sea conocida por la iglesia la multiforme sabiduría de Dios a los principados y potestades en los lugares celestiales."

También a nosotros se nos ha confiado el sagrado encargo de dar a conocer "las inescrutables riquezas de Cristo". Como representantes suyos entre los hombres, Cristo no escoge ángeles que nunca han caído, sino seres humanos, hombres de pasiones semejantes a las de aquellos a quienes trata de salvar. Cristo tomó sobre sí la humanidad, para poder llegar a la humanidad. La divinidad necesitaba de la humanidad, pues se requería tanto de lo divino como de lo humano para traer la salvación al mundo. La divinidad necesitaba a la humanidad, para que la humanidad pudiera ofrecer un canal de comunicación entre Dios y el hombre. Lo mismo ocurre con los servidores y mensajeros de Cristo. El hombre necesita un poder fuera de sí mismo y más allá de sí mismo, que le devuelva la semejanza con Dios y le permita realizar la obra de Dios. La humanidad se apoya en el poder divino. Cristo habita en el corazón por la fe; y, mediante la cooperación con lo divino, el poder del hombre se hace eficiente para el bien.

Hemos de ser obreros junto con los ángeles en la presentación de Jesús al mundo. Con ansia casi impaciente, los ángeles esperan nuestra cooperación; porque el hombre debe ser el canal para cooperar con el hombre. Y cuando nos entregamos a Cristo con devoción de todo corazón, los ángeles se regocijan de poder hablar a través de nuestras voces para revelar el amor de Dios.

13 de abril de 1904

Lecciones de la historia de Cornelio - Parte 2

EGW

La experiencia de Peter

Inmediatamente después de la entrevista con Cornelio, el ángel se dirigió a Pedro, que, cansado y hambriento por el viaje, estaba orando en el terrado de su posada en Jope. Mientras oraba, tuvo una visión. Vio el cielo abierto, y una vasija que descendía hacia él, como si fuera una gran sábana unida por las cuatro esquinas y bajada a tierra, en la que había toda clase de cuadrúpedos, fieras, reptiles y aves del cielo. Y se le oyó decir: Levántate, Pedro; mata y come. Pero Pedro dijo: No, Señor, porque nunca he comido cosa común o inmunda. Y la voz le dijo por segunda vez: Lo que Dios limpió, no lo llames tú inmundo. Así se hizo tres veces, y el vaso fue recibido de nuevo en el cielo".

Aquí podemos percibir la obra del plan de Dios para llevar a cabo los acontecimientos por los cuales Su voluntad puede hacerse en la tierra como se hace en el cielo. Pedro todavía no había predicado el Evangelio a los gentiles. Muchos de ellos habían escuchado con interés las verdades que él enseñaba; pero en la mente de los apóstoles seguía existiendo el muro intermedio de separación, que la muerte de Cristo había de derribar, y que excluía a los gentiles de las bendiciones del Evangelio. Los judíos griegos habían recibido las labores de los apóstoles, y muchos de ellos habían llegado a ser creyentes en Jesús; pero la conversión de Cornelio iba a ser la primera de importancia entre los gentiles.

Por la visión de la sábana y su contenido, bajada del cielo, Pedro debía despojarse de sus prejuicios contra los gentiles. Debía ser inducido a ver que, por medio de Cristo, los paganos eran hechos partícipes de las bendiciones y privilegios del Evangelio, y por lo tanto debían ser beneficiados igualmente que los judíos.

La visión dada a Pedro era una ilustración que presentaba la verdadera posición de los gentiles, mostrando que, por la muerte de Cristo, eran hechos coherederos con Israel. Le transmitió a Pedro tanto una reprensión como una instrucción. Hasta entonces, su labor se había limitado a los judíos, y había considerado a los gentiles como impuros, excluidos de las promesas de Dios. Ahora se le hacía comprender el alcance mundial del plan de Dios.

Obsérvese cuán estrechas son las conexiones que se establecen en la realización del plan de Dios. Mientras Pedro pensaba en la visión, preguntándose qué significaba, los hombres enviados por Cornelio se presentaron ante la puerta de su casa de hospedaje, y el Espíritu le dijo: "He aquí, tres hombres te buscan. Levántate, pues, desciende y ve con ellos, sin dudar nada, porque yo los he enviado."

Para Pedro fue una orden difícil, pero no se atrevió a actuar según sus propios sentimientos. Bajó y recibió a los mensajeros enviados por Cornelio. Le hablaron de su singular misión y, de acuerdo con las instrucciones que acababa de recibir de Dios, prometió acompañarles al día siguiente. Los hospedó cortésmente aquella noche, y por la mañana partió con ellos para Cesarea, acompañado de seis de sus hermanos, que debían ser testigos de todo lo que dijera o hiciera al visitar a los gentiles, pues sabía que se le pedirían cuentas por una oposición tan directa a la fe y las enseñanzas judías.

20 de abril de 1904

Lecciones de la historia de Cornelio - Parte 3

EGW

"Arrepentimiento para vivir"

Pasaron casi dos días antes de que terminara el viaje a Cesarea y Cornelio tuviera el privilegio de abrir sus puertas a un ministro del Evangelio, quien, según la seguridad de Dios, iba a enseñarles a él y a su casa el camino de la salvación. Mientras los mensajeros cumplían su misión, el centurión había reunido a cuantos de sus parientes estaban a su alcance, para que tanto ellos como él fuesen instruidos en la verdad. Cuando Pedro llegó, había reunida una gran multitud que esperaba ansiosamente escuchar sus palabras.

Cuando Pedro entró en la casa del gentil, Cornelio no lo saludó como a un visitante ordinario, sino como a alguien honrado por el cielo y enviado a él por

Dios. Es costumbre oriental que las personas se inclinen ante un príncipe u otro alto dignatario, y que los niños se inclinen ante sus padres. Pero Cornelio, abrumado de reverencia hacia el apóstol, que había sido delegado por Dios para instruirle, se postró a sus pies y le adoró. Pedro, horrorizado, levantó al centurión y le dijo: "Levántate; yo también soy hombre". Entonces comenzó a hablarle familiarmente, para quitarle el sentimiento de temor y extrema reverencia con que el centurión le miraba.

A Cornelio y a los reunidos en su casa, Pedro les habló de la costumbre de los judíos, diciendo que se consideraba ilícito que se mezclaran socialmente con los gentiles, y que esto implicaba una contaminación ceremonial. No estaba prohibido por la ley de Dios, pero la tradición de los hombres lo había convertido en una costumbre obligatoria. "Vosotros sabéis", dijo, "que es cosa ilícita que un hombre judío se junte o se acerque a uno de otra nación; pero Dios me ha enseñado que no debo llamar a nadie común o inmundo. Por eso fui a vosotros sin vacilar, en cuanto se me mandó llamar; pregunto, pues, ¿con qué intención me habéis mandado llamar?".

Cornelio relató entonces su experiencia y las palabras del ángel que se le había aparecido en visión. En conclusión dijo: "Inmediatamente, pues, envié a ti; y bien has hecho en venir. Ahora, pues, estamos todos aquí presentes ante Dios, para oír todo lo que te es mandado de parte de Dios.

"Entonces Pedro, abriendo la boca, dijo: En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación el que le teme y obra justicia es acepto delante de Él." Aunque Dios había favorecido a los judíos por encima de todas las demás naciones, si rechazaban la luz y no vivían de acuerdo con su profesión, no eran más exaltados en su estima que otras naciones. Aquellos de entre los gentiles que, como Cornelio, temían a Dios y hacían justicia, andando en la luz que tenían, eran considerados benignamente por Dios, y su servicio sincero era aceptado.

Pero la fe y la justicia de Cornelio no podían ser perfectas sin el conocimiento de Cristo; por lo tanto, Dios le envió el conocimiento para el desarrollo ulterior de su carácter. Muchos rehúsan recibir la luz que Dios les envía y, para excusarse, citan las palabras de Pedro a Cornelio: "En toda nación el que le teme y obra justicia es acepto a él". Sostienen que no tiene importancia lo que crean los hombres, mientras sus obras sean buenas. Los tales están en un error. La fe y las obras deben unirse. Debemos avanzar con la luz que se nos da. Si Dios nos pone en contacto con Sus siervos que han recibido una nueva verdad,

corroborada por Su Palabra, debemos aceptar esta verdad con alegría. Por otro lado, aquellos que afirman que su fe por sí sola los salvará, están confiando en una cuerda de arena; porque la fe se perfecciona con las buenas obras.

Pedro predicó a Cristo: su vida, sus milagros, su traición, su crucifixión, su resurrección, su ascensión y su obra en el cielo como representante y abogado del hombre. Mientras el apóstol hablaba, su corazón resplandecía con el espíritu de la verdad que estaba presentando. Sus oyentes estaban encantados con la enseñanza que escuchaban, pues sus corazones habían sido preparados para recibir la verdad. La charla fue interrumpida por el descenso del Espíritu Santo, como en el día de Pentecostés. "Y los de la circuncisión que habían creído se asombraron, todos los que habían venido con Pedro, de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo. Porque los oían hablar en lenguas, y glorificar a Dios. Entonces Pedro respondió: ¿Puede alguien impedir el agua para que no sean bautizados éstos que han recibido el Espíritu Santo tanto como nosotros? Y les mandó que se bautizaran en el nombre de Jesucristo".

Cuando los hermanos de Judea se enteraron de que Pedro había predicado a los gentiles, se había reunido con ellos y había comido con ellos en sus casas, se sorprendieron y ofendieron. Temían que tal proceder, que les parecía presuntuoso, tendiera a contradecir sus propias enseñanzas. Tan pronto como Pedro los visitó, lo recibieron con severa censura, diciendo: "Entraste a hombres incircuncisos, y comiste con ellos."

Pedro les expuso todo el asunto. Relató su experiencia en relación con la visión, y alegó que ésta le amonestaba a no seguir observando la distinción ceremonial entre circuncisión e incircuncisión, ni a mirar a los gentiles como impuros, pues Dios no hacía acepción de personas. Les habló del mandamiento de Dios de ir a los gentiles, de la llegada de los mensajeros, de su viaje a Cesarea, del encuentro con Cornelio y de la compañía reunida en su casa. Su cautela se puso de manifiesto por el hecho de que, aunque Dios le había ordenado ir a casa de los gentiles, había llevado consigo a seis de sus discípulos, como testigos de todo lo que dijera o hiciera allí. Contó lo esencial de su entrevista con Cornelio, en la que éste le había hablado de su visión, en la que se le había ordenado enviar mensajeros a Jope para que le trajeran a Pedro, quien le hablaría palabras por las que él y toda su casa podrían salvarse.

"Cuando empecé a hablar", dijo al relatar su experiencia, "el Espíritu Santo cayó sobre ellos, como sobre nosotros al principio. Y recordé la palabra del Señor,

que dijo: Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo. Si, pues, Dios les concedió el don semejante al que nos concedió también a nosotros, cuando creímos en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para oponerme a Dios?".

Al oír este relato, los hermanos enmudecieron. Estaban convencidos de que el proceder de Pedro cumplía directamente el plan de Dios, y que sus prejuicios y exclusivismos iban a ser totalmente destruidos por el Evangelio. Callaron y glorificaron a Dios, diciendo: "Entonces también a los gentiles ha concedido Dios arrepentimiento para vida."

27 de abril de 1904

Lecciones de la historia de Cornelio - Cuarta parte

Ángeles mensajeros

EGW

La experiencia de Cornelio debe animar mucho a los que buscan al Señor con el ferviente propósito de hacer su voluntad. Un mensajero celestial fue enviado a Cornelio con el propósito expreso de ponerlo en contacto con alguien que pudiera enseñarle más acerca de Dios. Hoy los ángeles de Dios se acercan a aquellos que con humildad de corazón buscan la guía divina. Mensajeros celestiales atraviesan la tierra a lo largo y a lo ancho, tratando de consolar a los afligidos, de proteger a los impenitentes, de ganar los corazones de los hombres para Cristo. Nadie es desatendido ni pasado por alto. Dios no hace acepción de personas y cuida por igual de todas las almas que ha creado.

También para el obrero de Cristo, la experiencia de Cornelio debe traer fuerza y valor. Los ángeles de Dios cooperan con sus siervos en sus esfuerzos por llevar a la plena luz de la verdad a los que andan en toda la luz que tienen. Se unen a los hombres en simpatía y labor por la salvación de los perdidos. No podemos verlos personalmente; sin embargo, están con nosotros, guiándonos, dirigiéndonos, protegiéndonos.

Los ángeles protegieron a Lot y lo sacaron sano y salvo de en medio de Sodoma. Así protegieron a Eliseo en la pequeña ciudad de la montaña. Cuando las colinas circundantes se llenaron de los caballos y carros del rey de Siria y de la gran hueste de sus hombres armados, Eliseo contempló las laderas de las colinas más

cercanas cubiertas de los ejércitos de Dios, caballos y carros de fuego alrededor del siervo de Dios.

Así, en todas las épocas, los ángeles han estado cerca de los fieles seguidores de Cristo. La vasta confederación del mal está dispuesta contra todos los que quieren vencer; pero Cristo quiere que miremos a las cosas que no se ven, a los ejércitos del cielo acampados alrededor de todos los que aman a Dios, para librarlos. De qué peligros, visibles e invisibles, hemos sido preservados por la interposición de los ángeles, nunca lo sabremos, hasta que a la luz de la eternidad veamos el significado de las providencias de Dios. Entonces sabremos que toda la familia del cielo se interesó por la familia de aquí abajo, y que mensajeros del trono de Dios siguieron nuestros pasos de día en día.

Los mismos ángeles que, cuando Satanás buscaba la supremacía, libraron la batalla en los atrios celestiales y triunfaron del lado de Dios; los mismos ángeles que gritaron de alegría por la creación del mundo y sus habitantes sin pecado; los ángeles que presenciaron la caída del hombre y su expulsión de su hogar en el Edén, estos mismos mensajeros celestiales están intensamente interesados en la obra de todos los que tratan de restaurar la imagen de Dios en el hombre.

El cielo y la tierra no están hoy más separados que cuando los pastores escuchaban el canto de los ángeles. La humanidad sigue siendo tan objeto de la solicitud del Cielo como cuando los hombres comunes de ocupaciones comunes se encontraban con los ángeles al mediodía, y conversaban con los mensajeros celestiales en los viñedos y en los campos. Los ángeles de los atrios de lo alto asisten a los pasos de los que van y vienen por orden de Dios.

Los seres celestiales aún visitan la tierra, como en los días en que caminaban y conversaban con Abraham y con Moisés. En medio del ajetreo de nuestras grandes ciudades, en medio de las multitudes que abarrotan las calles y llenan los mercados del comercio, donde de la mañana a la noche la gente actúa como si los negocios, el deporte y el placer fueran todo lo que hay en la vida, donde hay tan pocos para contemplar las realidades invisibles, incluso aquí el cielo tiene sus vigilantes y sus santos. Hay organismos invisibles que observan cada palabra y cada acto de los seres humanos. En cada asamblea de negocios o de placer, en cada reunión de culto, hay más oyentes de los que puede ver la vista humana. A veces las inteligencias celestiales descorren la cortina que oculta el mundo invisible, para que nuestros pensamientos se aparten de la prisa y el ajetreo de la vida, para considerar que hay testigos invisibles de todo lo que hacemos o decimos.

Debemos comprender mejor de lo que lo hacemos la misión de los visitantes celestiales. Sería bueno considerar que en todo nuestro trabajo contamos con la cooperación y el cuidado de seres celestiales. Ejércitos invisibles de luz y poder asisten a los mansos y humildes que creen y reclaman las promesas de Dios. Querubines y serafines y ángeles que sobresalen en fuerza,-diez mil veces diez mil y miles de miles,-están a su diestra, "todos espíritus ministradores, enviados para ministrar a favor de los que serán herederos de la salvación."

"Por tanto, nosotros también, viéndonos rodeados de tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que tan fácilmente nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el Autor y Perfeccionador de nuestra fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios."

11 de mayo de 1904

"Sobrellevad los unos las cargas de los otros"

EGW

Dios ha ordenado las cosas de tal manera que ningún hombre es absolutamente independiente de sus semejantes. Él ha unido a los miembros de su familia humana con las cuerdas de la dependencia recíproca. Y aunque cada hombre tiene su propia carga que llevar, que no olvide las palabras: "Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo."

En nuestro trato mutuo, debemos mantener en constante ejercicio el principio de tolerancia y ayuda mutuas. Debemos compadecernos de los que nos rodean. Debemos ser corteses y considerados con todos. Hay que ayudar a los pobres, visitar a los enfermos, consolar a los afligidos y a los deudos, aconsejar a los inexpertos, infundir esperanzas a los pusilánimes. Todos estos actos ayudan a la mano que ayuda.

El espíritu de ayuda ha de ser en nuestros corazones un espíritu cultivado, activo, enérgico, no forzado a la acción, sino siempre atento a las oportunidades de ayudar donde se necesita ayuda.

La humanidad por sí sola es una combinación muy pobre de opuestos. Naturalmente, los seres humanos son egocéntricos y obstinados. Pero el egoísmo desaparece de la vida de quienes aprenden las lecciones que Cristo

desea enseñarles. Se hacen partícipes de la naturaleza divina, y Cristo vive en ellos. Consideran a todos los hombres como hermanos, con aspiraciones, capacidades, tentaciones y pruebas similares, que anhelan simpatía y necesitan ayuda.

Nunca debemos humillar a un semejante. Cuando veamos que se han cometido errores, debemos hacer todo lo que esté en nuestra mano para ayudar a los que se han equivocado, contándoles nuestra propia experiencia, cómo cuando cometimos errores graves, la paciencia y el compañerismo, la amabilidad y la ayuda de nuestros compañeros nos dieron valor y esperanza.

El juicio severo no es propio de quienes se equivocan continuamente. Recuerda que no puedes leer los corazones. No conoces los motivos que impulsaron las acciones que a ti te parecen equivocadas. Tened miedo de menospreciar el carácter. Dejad que vuestros corazones sean sensibles a las necesidades humanas. Los hombres pueden encontrarse en situaciones en las que necesiten no sólo la ayuda de palabras amables, sino también el firme apretón de una mano tendida. Prestadles la ayuda que necesiten. Puede llegar el momento en que vuestras manos sean sostenidas por las manos de aquellos a quienes habéis servido.

Hay quienes han heredado temperamentos y disposiciones peculiares. Puede ser difícil tratar con ellos, pero ¿acaso somos intachables? No hay que menospreciarlos. Sus errores no deben convertirse en propiedad común. Cristo compadece y ayuda a los que yerran en el juicio. Él ha sufrido la muerte por cada hombre, y por eso tiene un profundo interés en cada miembro de la familia humana.

Un hombre puede estar tratando de servir a Dios. Pero le asaltan tentaciones internas y externas. Satanás y sus ángeles le instan a transgredir. Y tal vez caiga presa de sus tentaciones. ¿Cómo lo tratan entonces sus hermanos? ¿Le dicen palabras duras y cortantes, alejándolo del Salvador? Recordemos que todos somos seres humanos descarriados, que luchamos y nos esforzamos, que no representamos a Cristo ni de palabra ni de obra, que caemos y volvemos a levantarnos, que desesperamos y esperamos. Guardémonos de tratar con dureza a quienes, aunque hayan cedido a la tentación, son como nosotros, objeto del amor inmutable de Cristo.

El Señor Jesús exige el reconocimiento de los derechos de todo hombre. Deben tenerse en cuenta los derechos sociales de los hombres y sus derechos como cristianos. Deben ser tratados con refinamiento y delicadeza, como hijos e hijas

de Dios. Este asunto no se deja a nuestra elección. La vida y las lecciones de Cristo lo han convertido en una obligación que debemos cumplir como un acto de lealtad a Dios. Los impulsos naturales del corazón deben cambiarse por impulsos de Cristo. Los sentimientos de amor y buena voluntad deben controlarnos.

"Todo lo que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos". "Amaos los unos a los otros con amor fraternal; con honra prefiriéndoos los unos a los otros". "Sed todos de un mismo sentir, compadeciéndoos los unos de los otros, amaos como hermanos, tened piedad, sed corteses; no devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que para esto habéis sido llamados, para que heredéis bendición."

18 de mayo de 1904

La vida coherente

EGW

Hay una elocuencia mucho más poderosa que la elocuencia de las palabras en la vida tranquila y coherente de un cristiano puro y verdadero. Lo que un hombre es tiene más influencia que lo que dice. Una vida piadosa es una epístola viviente, conocida y leída por todos los hombres.

El carácter no es algo que se forma desde fuera, o que se pone; es algo que irradia desde dentro. Si la verdadera bondad, pureza, mansedumbre y equidad habitan en el corazón, esto se manifestará en el carácter; y tal carácter está lleno de poder.

Los oficiales que fueron enviados a llevar a Jesús volvieron con el informe de que nunca un hombre habló como Él habló. Pero la razón de esto era que ningún hombre vivió como Él vivió. Si su vida hubiera sido otra, no podría haber hablado como lo hizo. Sus palabras tenían un poder convincente, porque provenían de un corazón puro y santo, lleno de amor y simpatía, benevolencia y verdad.

La verdadera religión consiste en cumplir las palabras de Cristo; no cumplirlas para ganarnos el favor de Dios, sino porque, sin merecerlo, hemos recibido el don de su amor. Cristo pone la salvación de los hombres, no en la mera profesión, sino en la fe que se manifiesta en obras de justicia. De los seguidores

de Cristo se espera que hagan, no que digan. Es a través de la acción que se construye el carácter. "Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios". No aquellos cuyos corazones son tocados por el Espíritu, no aquellos que de vez en cuando ceden a su poder, sino aquellos que son guiados por el Espíritu, son los hijos de Dios.

Por la influencia silenciosa e inconsciente de una vida santa, los verdaderos cristianos revelan a Cristo. La fragancia de la vida, la hermosura del carácter, muestran al mundo que son hijos de Dios. Los hombres toman conocimiento de que han estado con Jesús.

A los que han nombrado Su nombre, Cristo les dice: "Ustedes se han entregado a Mí, y Yo los he entregado al mundo como Mis representantes". Como el Padre le había enviado al mundo, así, declara, "también yo les he enviado al mundo". Así como Cristo es el canal divino para la revelación del Padre, así nosotros somos el canal para la revelación de Cristo. Si bien nuestro Salvador es la gran fuente de iluminación, no olvides, oh cristiano, que Él se revela a través de la humanidad. Cada discípulo individual es el canal designado por el Cielo para la revelación de Dios al hombre. Los ángeles de gloria esperan comunicar a través de ti la luz y el poder del cielo a las almas que están a punto de perecer. ¿Fallará el agente humano en cumplir la obra que le ha sido señalada? Oh, entonces en esa medida se priva al mundo de la prometida influencia del Espíritu Santo.

Cuando Cristo quiso definir el avance posible para nosotros, dijo: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto". Este avance no se obtiene sin esfuerzo. La vida cristiana es una batalla y una marcha. Pero la victoria que hay que obtener no se gana con el poder humano. El campo de conflicto es el dominio del corazón. La batalla que tenemos que librar -la batalla más grande que jamás haya librado el hombre- es la rendición del yo a la voluntad de Dios, el sometimiento del corazón a la soberanía del amor. La vieja naturaleza, nacida de la sangre y de la voluntad de la carne, no puede heredar el reino de Dios. Hay que renunciar a las tendencias hereditarias, a los hábitos formados.

El que decida entrar en el reino espiritual se encontrará con que todos los poderes y pasiones de una naturaleza no regenerada, respaldados por las fuerzas del reino de las tinieblas, se alistan contra él. El egoísmo y el orgullo se opondrán a cualquier cosa que los muestre como pecaminosos. No podemos, por nosotros mismos, conquistar los malos deseos y hábitos que luchan por el dominio. No podemos vencer al poderoso enemigo que nos tiene cautivos. Sólo

Dios puede darnos la victoria. Él desea que tengamos el dominio sobre nosotros mismos, nuestra propia voluntad y caminos. Pero no puede obrar en nosotros sin nuestro consentimiento y cooperación. El Espíritu divino obra a través de las facultades y poderes dados al hombre. Nuestras energías son necesarias para cooperar con Dios.

La victoria no se obtiene sin mucha oración sincera, sin humillarse a cada paso. Nuestra voluntad no debe ser forzada a cooperar con las agencias divinas, sino que debe someterse voluntariamente. Si fuera posible forzar sobre ti con una intensidad cien veces mayor la influencia del Espíritu de Dios, no te convertiría en cristiano, en un sujeto apto para el cielo. La fortaleza de Satanás no sería quebrantada. La voluntad debe ponerse del lado de la voluntad de Dios. Usted no es capaz, por sí mismo, de someter sus propósitos, deseos e inclinaciones a la voluntad de Dios; pero si está "dispuesto a ser dispuesto", Dios realizará la obra por usted, aun "derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo". Entonces usted "trabaja su propia salvación con temor y temblor. Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad."

1 de junio de 1904

El toque de fe

EGW

"Si tan sólo tocara Su manto, quedaría sano".

Fue una pobre mujer quien pronunció estas palabras, una mujer que durante doce años había sufrido una enfermedad que hizo de su vida una carga. Había gastado todos sus medios en médicos y remedios, sólo para ser declarada incurable. Pero, al oír hablar del gran Sanador, sus esperanzas revivieron. Pensó: "Si pudiera acercarme lo suficiente para hablar con Él, podría sanar".

Cristo se dirigía a casa de Jairo, el rabino judío que le había rogado que fuera a curar a su hija. La desconsolada petición: "Mi hijita está al borde de la muerte; te ruego que vengas y pongas tus manos sobre ella para que sane", había conmovido el tierno y compasivo corazón de Cristo, y en seguida se puso en camino con el gobernante hacia su casa.

Avanzaban lentamente, pues la multitud apretaba a Cristo por todas partes. Abriéndose paso entre la multitud, el Salvador se acercó al lugar donde estaba la afligida mujer. Una y otra vez había intentado en vano acercarse a Él. Ahora había llegado su oportunidad de oro. No veía manera de hablarle. No quiso entorpecer su lento avance. Pero había oído decir que la curación se producía al tocar sus vestiduras y, temerosa de perder su única oportunidad de alivio, siguió adelante, diciéndose a sí misma: "Si tan sólo tocare sus vestiduras, quedaré sana".

Cristo conocía cada pensamiento de su mente, y se estaba abriendo camino hasta donde ella se encontraba. Se daba cuenta de su gran necesidad y la ayudaba a ejercitar la fe.

Cuando Él pasaba, ella alargó la mano y consiguió apenas tocar el borde de su manto. En ese momento supo que estaba curada. En aquel toque se concentró la fe de su vida, y al instante desaparecieron su dolor y su debilidad. Al instante sintió la emoción de una corriente eléctrica que atravesaba cada fibra de su ser. Se apoderó de ella una sensación de perfecta salud. "Inmediatamente... sintió en su cuerpo que estaba curada de aquella plaga".

Deseaba expresar su agradecimiento al poderoso Sanador, que había hecho más por ella en un solo toque que los médicos en doce largos años; pero no se atrevía. Con el corazón agradecido, trató de alejarse de la multitud. De repente, Jesús se detuvo y, mirando a su alrededor, preguntó: "¿Quién me ha tocado?". Mirándole con asombro, Pedro respondió: "Maestro, la multitud te apretuja y te aprieta, y tú dices: ¿Quién me ha tocado?". "Alguien me ha tocado", dijo Jesús; "porque veo que la virtud ha salido de Mí". Podía distinguir el toque de la fe del toque casual de la muchedumbre despreocupada. Alguien le había tocado con un propósito profundo, y había recibido respuesta.

Cristo no hizo la pregunta para su propia información. Tenía una lección para el pueblo, para sus discípulos y para la mujer. Quería infundir esperanza a los afligidos. Quería mostrar que era la fe la que había traído el poder curativo. La confianza de la mujer no debe pasar desapercibida. Dios debía ser glorificado por su confesión agradecida. Cristo deseaba que ella comprendiera que aprobaba su acto de fe. No quería que se marchara sólo con una bendición a medias. Ella no debía permanecer en la ignorancia de su conocimiento de su sufrimiento, de su amor compasivo, y de su aprobación de su fe en su poder para salvar hasta lo sumo a todos los que vienen a él.

Mirando hacia la mujer, Cristo insistió en saber quién le había tocado. Vano el disimulo, la mujer se acercó temblorosa y se arrojó a sus pies. Con lágrimas de agradecimiento le contó, delante de todo el pueblo, por qué había tocado su manto y cómo había sido curada inmediatamente. Ella temía que su acto de tocar su manto hubiera sido un acto de presunción, pero ninguna palabra de censura salió de los labios de Cristo. Sólo pronunció palabras de aprobación. Provenían de un corazón de amor, lleno de compasión por el dolor humano. "Hija", le dijo dulcemente, "consuélate; tu fe te ha salvado; vete en paz". Qué alentadoras fueron estas palabras para ella. El temor de haber sido ofendida no perturbó su alegría.

Durante toda su vida en esta tierra, desde su infancia hasta su madurez, Cristo trató de llevar vida, alegría y paz a los demás. Sus días estuvieron llenos de obras de misericordia y compasión. A menudo estaba cansado. Su naturaleza humana anhelaba descansar. Pero tuvo pocas oportunidades de descansar. Los hijos del dolor y la aflicción se agolpaban tras sus pasos. No se dejaban disuadir, sabiendo que si podían llegar hasta donde Él estaba, no buscarían ayuda en vano. ¿No había dicho Él: "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá"?

La muchedumbre maravillada que se apretujaba en torno a Cristo no se percató de ninguna accesión de poder vital. Pero cuando la mujer que sufría extendió su mano para tocarlo, creyendo que sería sanada, sintió la virtud curativa. Así sucede en las cosas espirituales. Hablar de religión de una manera casual, orar sin hambre del alma y fe viva, no sirve de nada. Una fe nominal en Cristo, que lo acepta sólo como el Salvador del mundo, nunca puede traer sanidad al alma. La fe que es para salvación no es un mero asentimiento intelectual a la verdad. El que espera el conocimiento completo antes de ejercer la fe, no puede recibir la bendición de Dios. No basta creer acerca de Cristo; debemos creer en Él. La única fe que nos beneficiará es la que lo abraza como Salvador personal, la que se apropia de sus méritos. Muchos tienen la fe como una opinión. La fe salvadora es una transacción, por la cual los que reciben a Cristo se unen a sí mismos en relación de pacto con Dios. Una fe viva significa un aumento de vigor, una confianza confiada, por la cual el alma se convierte en un poder conquistador.

8 de junio de 1904

Cooperación

EGW

Gracia y paz os sean multiplicadas por el conocimiento de Dios y de Jesús nuestro Señor, según nos ha dado con su divino poder todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó a la gloria y a la virtud; por las cuales nos han sido dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia."

"Participantes de la naturaleza divina". ¿Es esto posible? Por nosotros mismos no podemos hacer nada bueno. Entonces, ¿cómo podemos ser partícipes de la naturaleza divina? viniendo a Cristo tal como somos, necesitados, indefensos, dependientes. Él murió para que pudiéramos participar de la naturaleza divina. Tomó sobre sí la humanidad, para poder elevar a la humanidad. Con la cadena de oro de su incomparable amor nos ha unido al trono de Dios. Hemos de tener poder para vencer como Él venció. A todos Él da la invitación: "Venid a mí, ... y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga".

Para ser partícipes de la naturaleza divina, debemos cooperar con Dios. El hombre no es un ser pasivo, que se salva en la indolencia. Que nadie piense que los hombres y las mujeres van a ser llevados al cielo sin comprometerse en la lucha aquí abajo. Tenemos una batalla que librar, una victoria que ganar. Dios nos dice: "Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor". ¿Cómo? - "Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad". El hombre trabaja, y Dios trabaja. El hombre está llamado a forzar cada músculo, y a ejercitar cada facultad, en la lucha por la inmortalidad; pero es Dios quien suministra la eficiencia.

Dios ha hecho sacrificios asombrosos por los seres humanos. Él ha gastado poderosa energía para recuperar al hombre de la transgresión y el pecado a la lealtad y la obediencia; pero Él no hace nada sin la cooperación de la humanidad. Pablo dice: "Una cosa hago: olvidando lo que queda atrás, ... prosigo hacia la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús". La vida cristiana es una batalla y una marcha. En esta guerra no hay

tregua; el esfuerzo debe ser continuo y perseverante. Es por el esfuerzo incesante que mantenemos la victoria sobre las tentaciones de Satanás. La integridad cristiana debe buscarse con energía inquebrantable y mantenerse con una resuelta firmeza de propósito.

"Vosotros sois la labranza de Dios; vosotros sois el edificio de Dios". Esta figura representa el carácter humano, que ha de ser labrado punto por punto. Cada día Dios trabaja en su edificio, trazo tras trazo, para perfeccionar la estructura, a fin de que llegue a ser un templo santo para Él. El hombre ha de cooperar con Dios, esforzándose en su fuerza para llegar a ser lo que Dios quiere que sea, edificando su vida con obras puras y nobles.

Nadie es llevado hacia arriba sin un esfuerzo severo y perseverante en su propio beneficio. Todos deben participar en la guerra por sí mismos. Individualmente somos responsables del resultado de la lucha; aunque Noé, Daniel y Job estuvieran en la tierra, no podrían librar ni a su hijo ni a su hija por su justicia.

Hay una ciencia del cristianismo que debe ser dominada, una ciencia mucho más profunda, amplia y elevada que cualquier ciencia humana, como los cielos son más elevados que la tierra. La mente ha de ser disciplinada, educada, entrenada; porque hemos de servir a Dios de maneras que no están en armonía con la inclinación innata. A menudo el entrenamiento y la educación de toda una vida deben ser descartados, para que uno pueda convertirse en un aprendiz en la escuela de Cristo. Nuestros corazones deben ser educados para ser firmes en Dios. Debemos formar hábitos de pensamiento que nos permitan resistir la tentación. Debemos aprender a mirar hacia arriba. Los principios de la Palabra de Dios -principios que son tan altos como el cielo y que abarcan la eternidad- debemos comprenderlos en su relación con nuestra vida diaria. Cada acto, cada palabra, cada pensamiento, debe estar de acuerdo con estos principios.

Las preciosas gracias del Espíritu Santo no se desarrollan en un momento. El valor, la fortaleza, la mansedumbre, la fe, la confianza inquebrantable en el poder salvador de Dios, se adquieren con la experiencia de los años. Mediante una vida de santo empeño y firme adhesión al derecho, los hijos de Dios han de sellar su destino.

Los errores no pueden corregirse, ni puede reformarse el carácter con unos pocos esfuerzos débiles e intermitentes. La santificación es la obra, no de un día, ni de un año, sino de toda una vida. La lucha por la conquista del yo, por la santidad y el cielo, es una lucha de toda la vida. Sin un esfuerzo continuo y una

actividad constante, no se puede avanzar en la vida divina, ni alcanzar la corona del vencedor.

15 de junio de 1904

El camino de la abnegación

EGW

Cristo se entregó por la salvación de un mundo perdido. Su vida en esta tierra, desde el principio hasta el fin, fue una vida de abnegación. A los que desean seguirle les dice: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". No aceptará un servicio a medias. No retuvo ninguna parte del precio, sino que se entregó a sí mismo como una ofrenda completa, un sacrificio fragante con el incienso de su justicia.

Con demasiada frecuencia, los cristianos profesantes no están dispuestos a practicar la abnegación que pide el Salvador, no están dispuestos a restringir sus deseos para tener más que dar al Señor. A todos llega la tentación de satisfacer inclinaciones egoístas y extravagantes. Pero recordemos que el Señor de la vida y de la gloria vino a este mundo para enseñar a la humanidad la lección de la abnegación. Murió por nosotros para que viviéramos eternamente en el Reino de Dios.

Justo antes de Su ascensión, Cristo dio a Sus discípulos la obra a la que debían subordinar todo lo demás. "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra", dijo. "Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo."

Piensa en la grandeza de la obra que tiene ante sí el pueblo de Dios. El mundo debe ser advertido. El mensaje de la verdad presente debe ser llevado a todas partes de la tierra. Esta obra requiere medios. Aquellos que se inclinan a ser extravagantes deben vencer su deseo de complacerse a sí mismos. Sólo así podrán ser verdaderos seguidores de Cristo.

Ningún sacrificio es demasiado grande para hacerlo por la verdad, por el cielo. Ni un centavo del dinero que manejamos es nuestro. Todo es del Señor, confiado a nosotros para probarnos, para ver si haremos un uso correcto de los bienes del Señor. Quien en esta vida no demuestre ser fiel y verdadero, no tendrá

una segunda prueba. Los que eligen el mundo perecerán con el mundo. Una nube de testigos celestiales vigila el conflicto entre el bien y el mal. Los que viven para su propio placer deberán responder un día ante el Juez de toda la tierra por sus privilegios malgastados y sus oportunidades desaprovechadas. Perderán una eternidad de dicha y las riquezas de la vida eterna. Dios quiera que nadie se demore hasta que sea demasiado tarde, y tenga que decir al fin: "La cosecha ha pasado, el verano ha terminado, y no nos hemos salvado".

Niégate a ti mismo, toma la cruz y sigue más de cerca las huellas del Salvador. Antes de gastar dinero, pregúntate: "¿No puedo ahorrar este dinero? Me negaré a mí mismo por amor de Cristo. Él dio su vida para comprarme la vida eterna. Con su sacrificio puso a mi disposición las riquezas de su gracia. No estaba obligado a concederme Su favor. Si me lo hubiera negado todo, no habría sido más de lo que yo merecía. Los ricos tesoros de la gracia, que son la expresión de Su amor por mí, fueron adquiridos mediante un sacrificio infinito y una humillación sin parangón. Estos tesoros son las pruebas tangibles de un amor abundante y sin medida. ¿Cuán profunda es mi deuda con mi Salvador? ¿Cómo expresaré mi aprecio por su generosidad, mi agradecimiento por lo que ha hecho por mí?".

Te llegarán tentaciones para satisfacer deseos egoístas. No ceda a ellas. Refrena tu inclinación por la ropa cara y los muebles ricos. Es deber expreso de todos los creyentes vivir con sencillez. El dinero ahorrado vale tanto como el dinero ganado. El dinero tiene valor, y gastarlo inútilmente, para satisfacer la inclinación a la ropa cara o a los muebles costosos, es dar un ejemplo que aparta del camino a los cojos, a los débiles de fe y de fuerza moral.

Mantén a la vista el mundo más noble revelando la abnegación y el sacrificio de Aquel que dio su vida para que los pecadores arrepentidos pudieran vivir para siempre. Oh, en una obra de abnegación, los hombres y las mujeres pueden permanecer como si estuvieran dentro de los portales abiertos de la ciudad de Dios, contemplando la gloria que hay en su interior.

15 de junio de 1904

Desde Washington

EGW

Casa Carroll, Takoma Park. D. C.,

10 de mayo de 1904.

Queridos compañeros de trabajo,

Con gratitud reconozco el tierno cuidado de mi Padre celestial por las bendiciones que me ha concedido desde que salimos de Santa Elena. El viaje a través del continente, que tanto temía, fue agradable y descansé durante todo el trayecto. Y desde que llegué a Washington, mi salud ha sido mejor que durante muchos meses antes.

Estamos agradablemente instalados en Takoma Park. A menos de quince minutos a pie están las casas de los hermanos Daniells, Prescott, Washburn, Spicer, Curtis, Bristol, Rogers, Needham, Cady y otros relacionados con nuestro trabajo.

El camino se está abriendo rápidamente para el comienzo de nuestro trabajo. Estoy muy agradecido por ello. Al contemplar la situación y las perspectivas, me siento lleno de esperanza y de valor. Nos esforzaremos por responder a las providencias favorables que nos asisten impulsando la obra lo más rápidamente posible.

La ubicación que se ha asegurado para nuestra escuela y sanatorio es todo lo que se podría desear. El terreno se asemeja a las representaciones que me ha mostrado el Señor. Está bien adaptado para el propósito para el que se va a utilizar. Hay en él amplio espacio para una escuela y un sanatorio, sin abarrotar ninguna de las dos instituciones. La atmósfera es pura y el agua también. Un hermoso arroyo atraviesa nuestra tierra de norte a sur. Este arroyo es un tesoro más valioso que el oro o la plata. Los terrenos de construcción están en buenas elevaciones, con excelente drenaje.

Un día dimos un largo paseo en coche por varias zonas de Takoma Park. Gran parte del municipio es un bosque natural. Las casas no son pequeñas ni están

amontonadas unas junto a otras, sino que son espaciosas y cómodas. Están rodeadas de pinos, robles, arces y otros hermosos árboles.

Los propietarios de estas casas son en su mayoría hombres de negocios, muchos de ellos empleados en las oficinas gubernamentales de Washington. Van a la ciudad a diario y regresan por la tarde a sus tranquilas casas.

Se ha elegido una buena ubicación para la imprenta, a poca distancia de la oficina de correos, y también se ha encontrado un lugar para una casa de reuniones. Parece como si Takoma Park hubiera sido preparado especialmente para nosotros, y que hubiera estado esperando a ser ocupado por nuestras instituciones y sus trabajadores.

Tengo muchas esperanzas puestas en este lugar. El país en millas y millas alrededor de Washington va a ser trabajado desde aquí. Estoy muy agradecido de que nuestra obra se establezca en este lugar. Si Cristo estuviera aquí sobre la tierra, diría: "Alzad los ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega". Tenemos un trabajo que hacer para guiar paso a paso a las almas preciosas. A muchos habrá que enseñarles línea tras línea, precepto tras precepto. La verdad de Dios será aplicada, por el poder del Espíritu, al corazón y a la conciencia. Debemos presentar la verdad en amor, fe, esperanza y valor.

Ellen G. White.

22 de junio de 1904

Los dos caminos

EGW

Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la encuentran."

Los dos caminos mencionados llevan en direcciones opuestas; uno es estrecho y accidentado, el otro es más ancho y suave, pero termina en la destrucción.

Los que recorren estos dos caminos son opuestos en carácter, vestimenta y conversación. Los del camino angosto son serios y serios, pero alegres. El Varón de dolores les abrió el camino, y lo recorrió Él mismo. Ven sus pasos y

se sienten reconfortados. A medida que avanzan, hablan de la alegría y la felicidad que les esperan al final de su viaje.

Los que van por el camino ancho están ocupados con pensamientos de placer mundano. Se entregan libremente a la hilaridad y al regocijo, sin pensar en el final de su viaje.

En el camino de la muerte pueden ir todos, con su mundanalidad, su egoísmo, su orgullo, su deshonestidad y su envilecimiento moral. Hay lugar para las opiniones y doctrinas de cada hombre, espacio para seguir sus inclinaciones, para hacer lo que dicte su amor propio. Para ir por la senda que lleva a la destrucción, no hay necesidad de buscar el camino; porque ancha es la puerta y ancho el camino, y los pies se desvían naturalmente por la senda que termina en la muerte.

Pero el camino de la vida es estrecho, y la entrada recta. Si te aferras a cualquier pecado que te asedia, encontrarás que la puerta es demasiado estrecha para que entres. Tus propios caminos, tu propia voluntad, tus malos hábitos y tus prácticas anticristianas, deben ser abandonados si quieres seguir el camino del Señor. El que quiere seguir a Cristo no puede seguir las opiniones del mundo ni cumplir la norma del mundo. El camino del cielo es demasiado estrecho para que cabalguen en él el rango y las riquezas, demasiado angosto para el plan de la ambición egocéntrica, demasiado escarpado y escabroso para que lo escalen los amantes de la facilidad. El trabajo, la paciencia, la abnegación, el reproche, la pobreza, la contradicción de los pecadores contra Él mismo, fue la porción de Cristo, y debe ser nuestra porción, si alguna vez entramos en el Paraíso de Dios.

Sin embargo, no concluyas que el camino ascendente es el difícil y el descendente el fácil. A lo largo del camino que conduce a la muerte hay penas y castigos, hay penas y decepciones, hay advertencias de no seguir adelante. El amor de Dios ha hecho difícil que los negligentes y testarudos se destruyan a sí mismos. Es verdad que el camino de Satanás se hace parecer atractivo, pero todo es un engaño; en el camino del mal hay amargos remordimientos y cuidados caniculares. Puede parecer agradable seguir el orgullo y la ambición mundana; pero el fin es dolor y tristeza. Los planes egoístas pueden presentarnos promesas halagüeñas y darnos la esperanza de disfrutar, pero descubriremos que nuestra felicidad está envenenada y nuestra vida amargada por las esperanzas que se centran en el yo. En el camino descendente, la puerta puede ser brillante con flores, pero las espinas están en el camino. La luz de la

esperanza que brilla en su entrada se desvanece en la oscuridad de la desesperación; y el alma que sigue este camino desciende a las sombras de la noche interminable.

El camino al cielo es estrecho, pero nadie tiene por qué dejar de encontrarlo. Ha sido claramente marcado por la mano del Padre. Ningún pecador tembloroso debe dejar de caminar en la luz pura y santa. Aunque el camino ascendente sea a veces difícil y a menudo fatigoso, aunque el cristiano tenga que soportar fatigas y conflictos, que siga adelante con regocijo, confiando como un niño pequeño en la amorosa guía de Aquel "que guarda los pies de sus santos", sabiendo que el camino que recorre le llevará al fin a las mansiones que Cristo ha ido a preparar para los que le aman.

"El camino de los justos es como la luz del alba, que brilla más y más hasta el día perfecto".

29 de junio de 1904

"Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí"

EGW

Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga".

En estas palabras, Cristo se dirige a todos los seres humanos. Lo sepan o no, todos están cansados y agobiados. Todos están agobiados por cargas que sólo Cristo puede quitar. La carga más pesada que llevamos es la carga del pecado. Si nos dejaran llevar esta carga, nos aplastaría. Pero el Sin Pecado ha tomado nuestro lugar. "El Señor cargó en Él la iniquidad de todos nosotros". Él ha llevado la carga de nuestra culpa. Él tomará la carga de nuestros hombros cansados. Él nos dará descanso. También soportará la carga de la preocupación y el dolor. Nos invita a echar sobre Él todo nuestro cuidado, porque Él nos lleva en Su corazón.

"Llevad mi yugo sobre vosotros", dice Jesús. El yugo es un instrumento de servicio. El ganado es yugo para el trabajo, y el yugo es esencial para que puedan trabajar eficazmente. Por medio de esta ilustración, Cristo nos enseña

que estamos llamados a servir mientras dure nuestra vida. Debemos tomar sobre nosotros su yugo, para que seamos colaboradores con él.

El yugo que ata al servicio es la ley de Dios. La gran ley de amor revelada en el Edén, proclamada en el Sinaí, y en la nueva alianza escrita en el corazón, es la que ata al obrero humano a la voluntad de Dios. Si se nos dejara seguir nuestras propias inclinaciones, ir sólo a donde nuestra voluntad nos llevara, caeríamos en la trampa de Satanás, y nos convertiríamos en poseedores de sus atributos. Por eso, Dios nos limita a su voluntad, que es alta, noble, elevadora. Él desea que asumamos con paciencia y sabiduría los deberes del servicio.

Los hombres crean para sus propios cuellos yugos que parecen ligeros y fáciles, pero que resultarán pesados y penosos. Cristo ve esto, y dice: "Llevad mi yugo sobre vosotros". El yugo que desees poner sobre tu cuello se volverá intolerablemente pesado. Toma Mi yugo; es fácil. Aprende de Mí las lecciones que tanto necesitas aprender. Cuando te sometas a Mi yugo, cuando abandones la lucha que es tan poco provechosa, encontrarás descanso.

El yugo de Cristo es un yugo de restricción y obediencia. Debemos llevarlo para poder trabajar en armonía con Él. Esto puede requerir un cambio completo en nuestros planes y propósitos. "Si alguno quiere venir en pos de mí", dice Cristo, "niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". El yugo y la cruz son símbolos que representan la misma cosa: la entrega de la voluntad a Dios. Llevar el yugo coloca al hombre en compañía del Hijo de Dios. Levantar la cruz corta el egoísmo del alma, y coloca al hombre donde aprende a llevar cargas.

No podemos seguir a Cristo sin llevar su yugo, sin levantar su cruz y llevarla tras Él. Si nuestra voluntad no está de acuerdo con las exigencias divinas, debemos negar nuestras inclinaciones, renunciar a nuestros deseos y seguir los pasos de Cristo. El Señor no alienta los planes más acariciados de los seres humanos si ve que no son para el mejor bien de Sus hijos. A veces Sus propósitos vienen en oposición directa a los planes en los que los seres humanos no pueden ver una falla.

El yugo se coloca sobre los bueyes para ayudarles a arrastrar la carga, para aligerar la carga. Así sucede con el yugo de Cristo. Cuando nuestra voluntad es absorbida por la voluntad de Dios, y usamos Sus dones para bendecir a otros, encontraremos ligeras las cargas de la vida.

El que lleva el yugo de Cristo ya no sigue su propio camino ni hace lo que le place. En tiempos de dificultad mira a su Maestro para que dirija su curso, y no

sigue el camino de su propia elección. Cuanto más difíciles son las circunstancias en que se encuentra, tanto más se apega a Jesús. Descubre que el trabajo más pesado puede llevarse a cabo, que las cargas más pesadas pueden soportarse, porque el Señor da la fuerza, y da alegría al hacer el trabajo.

6 de julio de 1904

El descanso permanente

EGW

Todo en el mundo está agitado. Los signos de los tiempos son ominosos. Los acontecimientos venideros proyectan sus sombras. El Espíritu de Dios se retira de la tierra, y las calamidades se suceden por mar y por tierra. Hay tempestades, terremotos, incendios, inundaciones, asesinatos de todo tipo. ¿Quién puede leer el futuro? ¿Dónde está la seguridad? No hay seguridad en nada que sea humano o terrenal. Rápidamente los hombres se alinean bajo la bandera que han elegido. Inquietos, esperan y observan los movimientos de sus líderes.

Una intensidad nunca antes vista se está apoderando del mundo. En las diversiones, en el hacer dinero, en la disputa por el poder, en la lucha misma por la existencia, hay una fuerza terrible que absorbe el cuerpo, la mente y el alma. En medio de esta prisa enloquecedora, Dios está hablando. Nos pide que nos separemos y entremos en comunión con Él. "Estad quietos y sabed que yo soy Dios".

"Venid a Mí", dice Cristo, "y Yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso."

En el corazón de Cristo, donde reinaba la perfecta armonía con Dios, había una paz perfecta. Nunca se sintió exaltado por los aplausos, ni abatido por la censura o la decepción. En medio de la mayor oposición y del trato más cruel, seguía siendo valiente. Pero muchos que profesan ser sus seguidores tienen un corazón ansioso e inquieto, porque tienen miedo de confiar en Dios. No se entregan completamente a Él, porque temen las consecuencias que tal entrega puede acarrear. A menos que hagan esta entrega, no pueden encontrar la paz.

El descanso permanente -la conciencia de que Dios es verdadero- ¿quién lo tiene? Ese descanso se encuentra cuando se abandona toda autojustificación y

se hace una entrega total a Cristo, para ser y hacer sólo lo que Él quiere. Aquellos que no cumplen con estas condiciones no pueden encontrar descanso.

Apartémonos de los polvorientos y acalorados caminos de la vida para descansar a la sombra del amor de Cristo, y aprendamos de Él la lección de la tranquila confianza. No una pausa de un momento en Su presencia, sino el contacto personal con Cristo, sentarnos en compañía con Él, ésta es nuestra necesidad. Muchos, aun en sus tiempos de devoción, no logran recibir la bendición de la verdadera comunión con Dios. Tienen demasiada prisa. Con pasos apresurados atraviesan el círculo de la presencia amorosa de Cristo, deteniéndose tal vez un momento dentro del recinto sagrado, pero sin esperar el consejo. No tienen tiempo para permanecer con el divino Maestro. Con sus cargas vuelven a su trabajo.

Estos trabajadores nunca podrán alcanzar el mayor éxito hasta que aprendan el secreto de la fortaleza. Deben darse tiempo para pensar, para orar, para esperar en Dios una renovación del poder físico, mental y espiritual. Necesitan la elevación de Su Espíritu. Al recibirlo, serán vivificados por una vida fresca. El cuerpo cansado y el cerebro fatigado se refrescarán, y el corazón agobiado se aligerará y se animará.

Descansa en el Señor y espéralo pacientemente. Él será para ti como la sombra de una gran roca en una tierra cansada. Él te dará el descanso que el mundo no puede dar ni quitar. Venid a Mí, os dice, y vuestro corazón se llenará de la paz que sobrepasa todo entendimiento.

Nada del mundo puede entristecer a aquellos a quienes Jesús alegra con su presencia. En la perfecta aquiescencia hay perfecta paz. "Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado". Nuestras vidas pueden parecer una maraña; pero a medida que nos encomendamos a la custodia del Maestro-trabajador, Él sacará el modelo de vida y carácter que será para su propia gloria.

Como a través de Jesús entramos en el descanso, el cielo comienza aquí. Respondemos a Su invitación: "Venid, aprended de Mí", y al venir así, comenzamos la vida eterna. El cielo es un acercamiento incesante a Dios por medio de Cristo. Cuanto más tiempo permanezcamos en el cielo de la bienaventuranza, más y más gloria se nos revelará; y cuanto más conozcamos a Dios, más intensa será nuestra felicidad. Mientras caminemos con Jesús en esta vida, podremos estar llenos de su amor, satisfechos de su presencia. Todo lo que la naturaleza humana puede soportar, podemos recibirlo aquí. Pero qué es esto

comparado con el más allá. Allí "están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado en el trono morará entre ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, ni les dará el sol ni calor alguno. Porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará, y los conducirá a fuentes de aguas vivas; y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos."

13 de julio de 1904

El amor de Dios

EGW

El amor de Dios es una cadena de oro que une a Sí mismo a los seres humanos finitos. Este amor sobrepasa nuestro conocimiento. La ciencia humana no puede explicarlo. La sabiduría humana no puede comprenderlo. Los padres aman a sus hijos, pero el amor de Dios es más grande, más amplio, más profundo, de lo que puede ser el amor humano. Todo el amor paternal que se ha transmitido de generación en generación, a través del canal de los corazones humanos, todos los manantiales de ternura que se han abierto en los hijos de los hombres, no son más que un pequeño riachuelo en el océano sin límites, en comparación con el amor infinito e inagotable de Dios. La lengua no puede expresarlo; la pluma no puede describirlo. Puedes meditar en él todos los días de tu vida; puedes escudriñar las Escrituras diligentemente en un esfuerzo por comprenderlo; puedes recurrir a cada poder y capacidad que Dios te ha dado; y sin embargo hay una infinidad más allá. Puedes estudiar ese amor durante siglos, pero nunca podrás comprender plenamente la longitud, la anchura, la profundidad y la altura del amor de Dios.

Para Dios, el objeto más querido en la tierra es Su iglesia. "La porción del Señor es su pueblo; Jacob es la suerte de su heredad. Lo halló en tierra desierta, y en el desierto aullante; lo condujo, lo instruyó, lo guardó como a la niña de sus ojos". "Porque así ha dicho el Señor de los ejércitos: Tras la gloria me ha enviado a las naciones que os despojaron; porque el que os toca, toca a la niña de Su ojo."

La decepción vendrá a nosotros; podemos esperar tribulación; pero debemos confiar todo, grande y pequeño, a Dios. Él no se desconcierta por la multiplicidad de nuestras quejas, ni se abruma por el peso de nuestras cargas. Su vigilancia se extiende a cada hogar y rodea a cada individuo. Él marca cada lágrima. Él se conmueve con el sentimiento de nuestras debilidades. Las pruebas y aflicciones que nos sobrevienen aquí abajo se le permiten realizar sus

propósitos de amor hacia nosotros, "para que seamos partícipes de su santidad", y así lleguemos a ser partícipes de esa plenitud de gozo que se encuentra en su presencia.

Los hijos del Señor nunca están ausentes de Su mente. Él conoce la casa en la que viven. A veces ha dado instrucciones a sus siervos para que vayan a cierta calle de cierta ciudad, a tal casa, para encontrar a uno de sus hijos.

Sólo al contemplar el gran plan de la redención podemos tener una justa apreciación del carácter de Dios. La obra de la creación fue una manifestación de su amor; pero sólo el don de Dios para salvar a una raza culpable y arruinada revela las infinitas profundidades de la ternura y compasión divinas. "Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna". Mientras la ley de Dios se mantenga y su justicia sea vindicada, el pecador puede ser perdonado. Se ha derramado el don máspreciado que el Cielo mismo tenía para conceder, para que Dios "sea justo, y el que justifica al que cree en Jesús".

"Mirad qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios". ¡Qué amor, qué amor sin igual, que, pecadores y extranjeros como somos, podamos ser llevados de nuevo a Dios y adoptados en Su familia! Podemos dirigirnos a Él con el cariñoso nombre de "Padre nuestro", que es un signo de nuestro afecto por Él y una prenda de su tierna consideración por nosotros. Y el Hijo de Dios, contemplando a los herederos de la gracia, no se avergüenza de llamarlos hermanos. Su relación con Dios es aún más sagrada que la de los ángeles que nunca han caído.

El amor humano puede cambiar, pero el amor de Dios no conoce cambio. "Los montes se apartarán, y las colinas serán removidas; pero mi bondad no se apartará de ti, ni el pacto de mi paz será removido, dice el Señor que tiene misericordia de ti". Las circunstancias pueden separar a los amigos; las anchas aguas del océano pueden rodar entre ellos; pero ninguna circunstancia, ninguna distancia, puede separarnos del amor de Dios. "Estoy persuadido -declara Pablo- de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro."

20 de julio de 1904

El Gran Apóstol de los Gentiles

EGW

De celoso perseguidor de los seguidores de Cristo, Pablo se convirtió en uno de los obreros más eficaces y devotos del Salvador. En la puerta de Damasco, la visión del Crucificado cambió toda la corriente de su vida. Los días de oscuridad pasados en soledad en Damasco fueron como años en su experiencia. Las Escrituras del Antiguo Testamento almacenadas en su memoria fueron su estudio, y Cristo su maestro. También las soledades de la naturaleza se convirtieron para él en una escuela. Fue al desierto de Arabia para estudiar las Escrituras y aprender de Dios. Vacío su alma de los prejuicios y tradiciones que habían moldeado su vida, y recibió instrucción de la fuente de la verdad.

Su vida posterior estuvo inspirada por el único principio de abnegación, el ministerio del amor. "Soy deudor", dijo, "tanto de los griegos como de los bárbaros; tanto de los sabios como de los insensatos". "El amor de Cristo nos constriñe".

A partir de entonces, su vida estuvo totalmente dedicada al servicio del Maestro. Más tarde, cuando se dedicaba al ministerio de Cristo, relataba, con el poder del Espíritu, las circunstancias de su conversión. Sus palabras eran tan impresionantes que los que estaban llenos del odio más amargo contra la religión cristiana, no podían resistirlas.

Pablo fue un trabajador incansable. Viajaba constantemente de un lugar a otro, a veces a través de regiones inhóspitas, a veces en el agua, a través de la tormenta y la tempestad. No permitió que nada le impidiera hacer su trabajo. Era siervo de Dios y debía cumplir su voluntad. De boca en boca y por carta llevó un mensaje que desde entonces ha traído ayuda y fortaleza a la Iglesia de Dios. Para nosotros, que vivimos al final de la historia de esta tierra, el mensaje que llevó habla claramente de los peligros que amenazarán a la Iglesia y de las falsas doctrinas que el pueblo de Dios tendrá que afrontar.

De campo en campo y de ciudad en ciudad iba Pablo predicando a Cristo y fundando iglesias. Dondequiera que podía encontrar una audiencia, trabajaba para contrarrestar el error, y para volver los pies de hombres y mujeres hacia el camino correcto. Organizaba en iglesias a los que, gracias a su labor en cualquier lugar, eran inducidos a aceptar a Cristo. No importaba cuán pocos

fueran, lo hacía. Y Pablo no se olvidó de las iglesias así establecidas. Por pequeña que fuera una iglesia, era objeto de su cuidado e interés.

La vocación de Pablo le exigía servicios de diversa índole: trabajar con sus manos para ganarse la vida, fundar iglesias, escribir cartas a las iglesias ya establecidas. Sin embargo, en medio de estas variadas labores, declaró: "Una cosa hago". Un objetivo mantenía firmemente ante sí en todo su trabajo: ser fiel a Cristo, quien, cuando él estaba blasfemando Su nombre y utilizando todos los medios a su alcance para hacer que otros lo blasfemaran, se le había revelado. El único gran propósito de su vida era servir y honrar a Aquel cuyo nombre una vez le había llenado de desprecio. Su único deseo era ganar almas para el Salvador. Judíos y gentiles podían oponerse a él y perseguirlo, pero nada podía apartarlo de su propósito.

Escribiendo a los Filipenses, describe su experiencia antes y después de su conversión. "Si alguno piensa que tiene en qué confiar en la carne," dice, "yo más: Circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de los hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto al celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es de la ley, irreprochable."

Después de su conversión, su testimonio fue: "Sí, en verdad, y estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor; por quien sufrí la pérdida de todas las cosas, y las tengo por basura, a fin de ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, la que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe."

La justicia que hasta entonces había considerado de tanto valor, ahora carecía de valor a sus ojos. El anhelo de su alma era: "Para conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, hecho semejante a su muerte; si en alguna manera llegase a la resurrección de los muertos. No como si ya lo hubiera alcanzado, ni como si ya fuera perfecto; sino que proseguiré, si es que he de alcanzar aquello para lo cual fui también alcanzado por Cristo Jesús. Hermanos, no me tengo por alcanzado, sino que una cosa hago: olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo."

Véanlo en el calabozo de Filipos, donde, a pesar del dolor de su cuerpo, su canto de alabanza rompe el silencio de la medianoche. Después de que el terremoto ha abierto las puertas de la prisión, su voz se oye de nuevo, en palabras de aliento al carcelero pagano: "No te hagas daño, porque todos estamos aquí", cada uno en su lugar, contenido por la presencia de un compañero de prisión. Y

el carcelero, convencido de la realidad de la fe que sostiene a Pablo, pregunta por el camino de la salvación, y con toda su familia se une al grupo perseguido de los discípulos de Cristo.

Vean a Pablo en Atenas, ante el concilio del Areópago, mientras se enfrenta a la ciencia con la ciencia, a la lógica con la lógica y a la filosofía con la filosofía. Obsérvese cómo, con el tacto que nace del amor divino, señala a Jehová como el "Dios desconocido", a quien sus oyentes han adorado ignorantemente; y con palabras citadas de un poeta de ellos mismos, lo describe como un Padre cuyos hijos son ellos. Escúchenlo, en esa época de castas, cuando los derechos del hombre como hombre eran totalmente desconocidos, mientras expone la gran verdad de la hermandad humana, declarando que Dios "ha hecho de una sangre todas las naciones de los hombres para que habiten sobre toda la faz de la tierra". Luego muestra cómo, a través de todos los tratos de Dios con el hombre, corren como un hilo de oro Sus propósitos de gracia y misericordia. Él "ha determinado los tiempos antes señalados, y los límites de su morada; para que busquen al Señor, por si acaso pudieran sentir en pos de Él, y encontrarlo, aunque no está lejos de cada uno de nosotros".

Oídle en el tribunal de Festo, cuando el rey Agripa, convencido de la verdad del Evangelio, exclama: "Casi me persuades a ser cristiano". Con qué gentil cortesía Pablo, señalando su propia cadena, responde: "Quisiera Dios que no sólo tú, sino también todos los que hoy me oyen, fuesen casi y del todo como yo, salvo estas cadenas."

Así transcurrió su vida, según la describen sus propias palabras, "en viajes frecuentes, en peligros de las aguas, en peligros de los ladrones, en peligros de mis propios compatriotas, en peligros de los paganos, en peligros en la ciudad, en peligros en el desierto, en peligros en el mar, en peligros entre falsos hermanos; en fatigas y dolores, en vigilias frecuentes, en hambre y sed, en ayunos frecuentes, en frío y desnudez".

"Siendo injuriados", dijo, "bendecimos; siendo perseguidos, lo sufrimos; siendo difamados, suplicamos"; "como tristes, pero siempre alegres; como pobres, pero enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, pero poseyéndolo todo".

En el servicio encontró su alegría, y al final de su vida de trabajo, mirando hacia atrás a sus luchas y triunfos, pudo decir: "He peleado una buena batalla".

27 de julio de 1904

El camino cristiano

EGW

Somos peregrinos y extranjeros en esta tierra, en busca de una ciudad con cimientos, cuyo constructor y artífice es Dios. El camino que recorreremos es estrecho y exige abnegación y sacrificio, pero Dios no nos ha dejado sin ayuda. Ha llenado Su Palabra de maravillosas promesas para fortalecer y animar a Sus hijos. En estas promesas Él descorre el velo de la eternidad, y nos da vislumbres del mucho más excedente y eterno peso de gloria que espera al vencedor.

A lo largo del camino, Dios coloca las bellas flores de la promesa, para alegrar nuestro viaje. Pero muchos se niegan a recoger estas flores, eligiendo, en cambio, las espinas y los cardos. A cada paso lloran y se lamentan, cuando podrían alegrarse en el Señor.

Cuánta alegría podríamos traer a nuestra vida aquí abajo si hiciéramos nuestras estas promesas. Al hablar de las mansiones que Cristo está preparando para nosotros, olvidaremos las pequeñas molestias que encontramos día a día. Es nuestro privilegio cantar ahora los cantos de Sión, volver nuestros ojos a la luz, llevar esperanza a nuestros corazones y a los corazones de los demás. Dios desea que recojamos Sus promesas, para que seamos fortalecidos y refrescados. Quitemos nuestros ojos de la maldición, y fijémoslos en la gracia tan abundantemente provista.

Esta vida será mucho más brillante para nosotros si recogemos las flores y dejamos las zarzas. Consuelo, aliento y apoyo han sido provistos para cada circunstancia y condición de la vida. No viene a nosotros ninguna tentación que Cristo no haya resistido, ninguna prueba que Él no haya soportado. Él conoce a cada uno de nosotros por su nombre. Cuando se nos impone una carga, Él está a nuestro lado para levantar el peso más pesado. Nos asegura que Su gracia es suficiente. Hoy tenemos su ayuda. Mañana podemos ser colocados en nuevas circunstancias de prueba, pero la promesa es: "Como tus días, así será tu fortaleza".

Regocijémonos en el amor de Dios. Alabemos a Aquel que ha hecho promesas tan reales. Que estas promesas mantengan nuestros corazones en perfecta paz. Jesús vive. Su mano nos guía. Que nuestros corazones se llenen constantemente de la paz que sobrepasa todo entendimiento, la paz que da Jesús.

El Salvador nunca abandonará al alma por la que ha muerto. El alma puede abandonarlo y ser abrumada por la tentación; pero Cristo nunca puede alejarse de alguien por quien ha pagado el rescate de su propia vida. Si nuestra visión espiritual se agudizara, veríamos almas doblegadas bajo la opresión y cargadas de dolor, oprimidas como un carro bajo las gavillas y listas para morir en el desaliento. Veríamos ángeles volando rápidamente hacia estos tentados que están al borde del precipicio. Los ángeles del cielo hacen retroceder a las huestes del mal que rodean a estas almas, y las guían para que planten sus pies sobre el fundamento seguro.

Gracias a Dios, no estamos solos. Aquel que "tanto amó al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna", no nos abandonará en la batalla contra el adversario. "He aquí", dice, "os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo; y nada os dañará".

Vive en contacto con el Cristo vivo, y Él te sostendrá firmemente de una mano que nunca te soltará. Conoce y cree el amor que Dios nos tiene, y estarás seguro; ese amor es una fortaleza inexpugnable a todos los engaños y asaltos de Satanás. "El nombre del Señor es una torre fuerte; el justo corre a ella y está seguro".

3 de agosto de 1904

"El necio ha dicho en su corazón que no hay Dios"

EGW

El ateísmo no tiene poder para refrenar el crimen, ni para avivar las energías superiores del ser, ni para elevar o purificar el alma. No puede arrojar luz en la tumba.

Los hombres pueden pensar que han tenido éxito en desterrar de sus mentes todo pensamiento de Dios; pero cuando son llevados cara a cara con el rey de los terrores, se arranca de sus labios renuentes la confesión de que las jactancias de toda una vida han sido un engaño.

¿Se conoció alguna vez un caso en que un cristiano moribundo diera a sus amigos que lo velaban el testimonio de que había sido engañado, de que no hay Dios, ni realidad en la religión de Cristo? Pero, ¿cuántos de los que se han envuelto en las oscuras vestiduras del ateísmo las han dejado caer ante el sombrío mensajero de la muerte? Podríamos citar muchos casos en los que

hombres sabios se han glorificado en su incredulidad y en hacer alarde de su ateísmo. Pero cuando la muerte los ha reclamado, han mirado con horror al futuro sin estrellas, y sus últimas palabras han sido: "He intentado creer que no hay Dios, ni recompensa para los fieles, ni castigo para los malvados. Pero qué vano ha sido el intento. Ahora sé que debo encontrarme con el destino de los perdidos".

Sir Thomas Scott en sus últimos momentos gritó: "Hasta este momento creía que no había ni Dios ni infierno. Ahora sé y siento que existen ambos, y que estoy condenado a la perdición por el justo juicio de Dios."

Voltaire fue en un tiempo el león del momento. Vivía en una espléndida mansión y estaba rodeado de todos los lujos que el corazón pudiera desear. Los reyes le honraban. Los grandes hombres del mundo buscaban su compañía. En una ocasión, unos hombres bajaron los caballos de su carruaje y lo pasearon triunfalmente por la ciudad.

¿Era esto suficiente para hacer felices a los hombres que niegan a Cristo? Acompáñame a su lecho de muerte y escucha sus palabras de lúgubre desesperación: "En el hombre hay más desdicha que en todos los demás animales juntos. Ama la vida, pero sabe que ha de morir. Si disfruta de un bien pasajero, sufre diversos males, y al final es devorado por los gusanos. La mayor parte de la humanidad son poco más que desgraciados, igualmente criminales y desafortunados, y el globo contiene cadáveres más que hombres. Tiemblo ante este cuadro espantoso, y desearía no haber nacido".

Ve ahora al lecho de muerte de un cristiano, Halburton de Escocia. Era pobre y sufría grandes dolores. No tenía ninguna de las comodidades que poseía Voltaire, pero era infinitamente más rico. Dijo: "Pronto moriré. En la resurrección saldré para ver a mi Dios y vivir eternamente. Bendigo su nombre por haberlo encontrado y muero regocijado en Él. Bendigo a Dios por haber nacido".

En un relato de los últimos días de Sir Davis Brewster, su hija escribe: "Agradeció a Dios que el camino de la salvación fuera tan sencillo. No se requería ningún argumento laborioso, ningún logro difícil. Creer en el Señor Jesucristo era vivir. Confiaba en Él y disfrutaba de Su paz". Las últimas palabras de este gran hombre de ciencia fueron: "La vida ha sido muy brillante para mí, y ahora hay un brillo más allá. Veré a Jesús, que creó todas las cosas, que hizo los mundos. Le veré tal como es. Sí, he tenido la Luz durante muchos años. ¡Oh, qué brillante es! Me siento tan seguro, tan satisfecho".

"Duro es el camino del transgresor"; pero los "caminos de la sabiduría son caminos agradables, y todas sus sendas son paz". En el camino descendente la puerta puede ser brillante con flores, pero hay espinas en el sendero. La luz de la esperanza que brilla en su entrada se desvanece en las tinieblas de la desesperación; y el alma que sigue ese camino desciende a las sombras de la noche interminable.

Pero el que toma a Cristo por guía será conducido seguro a casa. El camino puede ser áspero, y la subida empinada; puede haber escollos a la derecha y a la izquierda; puede que tengamos que soportar fatigas en nuestro viaje; cuando estemos cansados, cuando anhelemos descansar, puede que tengamos que seguir esforzándonos; cuando estemos desfallecidos, puede que tengamos que luchar; cuando estemos desanimados, aún debemos esperar; pero con Cristo como guía, no dejaremos de llegar al fin al puerto deseado. Cristo ha recorrido el camino áspero delante de nosotros, y ha allanado la senda para nuestros pies.

Aquellos que caminan por los senderos de la sabiduría están, incluso en la tribulación, sumamente alegres; porque Aquel a quien ama su alma camina invisible a su lado. A cada paso hacia arriba disciernen más claramente el toque de Su mano; a cada paso, destellos más brillantes de gloria del Invisible caen sobre su camino; y sus cantos de alabanza, alcanzando siempre una nota más alta, ascienden para unirse a los cantos de los ángeles ante el trono. "El camino de los justos es como la luz de la aurora, que brilla más y más hasta el día perfecto".

24 de agosto de 1904

Dispuesto a gastar y ser gastado

EGW

Todo verdadero y abnegado obrero de Dios está dispuesto a gastar y ser gastado por el bien de los demás. Cristo dice: "El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna". El verdadero cristiano demuestra su amor a Dios y a sus semejantes mediante esfuerzos sinceros y atentos para ayudar donde se necesita ayuda. Puede perder su vida en el servicio. Pero cuando Cristo recoja para sí sus joyas, volverá a encontrarla.

No gastes tiempo y dinero en ti mismo para aparentar. Los que hacen esto se ven obligados a dejar sin hacer muchas cosas que habrían consolado a otros, enviando un cálido resplandor a sus espíritus cansados. Todos debemos

aprender a mejorar más fielmente las oportunidades que tan a menudo se nos presentan de llevar luz y esperanza a la vida de los demás. ¿Cómo podemos mejorar estas oportunidades si nuestros pensamientos están centrados en el yo? El que está centrado en sí mismo pierde innumerables oportunidades de hacer aquello que habría traído bendición a sí mismo y a los que le rodean. Es deber del siervo de Cristo, en toda circunstancia, preguntarse: ¿Qué puedo hacer para ayudar a los demás? Después de haber hecho todo lo posible, debe dejar las consecuencias a Dios.

El Señor ha proporcionado a todos un placer que puede ser disfrutado por ricos y pobres por igual, el placer que se encuentra en el cultivo de la pureza de pensamiento y la generosidad de acción, el placer que viene de hablar palabras de simpatía y hacer obras de bondad. La luz de Cristo resplandece en aquellos que prestan este servicio para iluminar vidas oscurecidas por muchas sombras.

Los peligros de los últimos días están sobre nosotros. Aquellos que viven para complacer y gratificarse a sí mismos están deshonrando al Señor. Él no puede obrar con ellos, porque lo representarían mal ante los que ignoran la verdad. Tened mucho cuidado de no obstaculizar, mediante un gasto imprudente de medios, la obra que el Señor quiere que se haga proclamando el mensaje de advertencia a un mundo que yace en la maldad. Estudia la economía, reduciendo tus gastos personales a la cifra más baja posible. Por todas partes las necesidades de la causa de Dios están pidiendo ayuda. Dios puede ver que estás fomentando el orgullo. Puede ver que es necesario quitarte bendiciones que, en vez de mejorar, has usado para la gratificación del orgullo egoísta. La verdad que oímos nos salvará sólo en la medida en que la aceptemos de buen grado, mostrando en nuestras vidas el resultado de su obra, creciendo en la gracia y en el conocimiento de Dios.

Ayuda en caso de necesidad

Los que trabajan en lugares donde la obra no lleva mucho tiempo iniciada, se encontrarán a menudo en gran necesidad de mejores instalaciones. Su trabajo parecerá obstaculizado por la falta de estas instalaciones; pero que no se preocupen. Que lleven todo el asunto al Señor en oración. Al tratar de edificar la obra en un nuevo territorio, a menudo hemos llegado al límite de nuestros recursos. A veces ha parecido que no podíamos avanzar más. Pero mantuvimos nuestras peticiones ascendiendo a los atrios celestiales, negándonos todo el tiempo a nosotros mismos; y Dios escuchó y respondió a nuestras oraciones, enviándonos medios para el avance de la obra.

Pon todo cuidado a los pies del Redentor. "Pedid y se os dará". Trabaja, reza y cree de todo corazón. No esperes hasta que el dinero esté en tus manos antes de hacer algo. Dios ha declarado que el estandarte de la verdad ha de ser plantado en muchos lugares. Aprended a creer mientras pedís ayuda a Dios. Practica la abnegación; porque toda la vida de Cristo en esta tierra fue de abnegación. Él vino a mostrarnos lo que debemos ser y hacer para obtener la vida eterna.

Haz lo mejor que puedas, y luego espera, con paciencia, con esperanza, con regocijo, porque las promesas de Dios no pueden fallar. El fracaso viene porque muchos que podrían poner sus medios en circulación para el avance de la obra de Dios carecen de fe. Cuanto más tiempo retengan sus medios, menos fe tendrán. Son constructores de barreras, que retrasan temerosamente la obra de Dios.

Mis queridos compañeros de trabajo, sean sinceros, esperanzados, valientes. Que cada golpe sea dado con fe. El Señor recompensará vuestra fidelidad. De la Fuente vivificante extraed energía física, mental y espiritual. Virilidad, femineidad, santificadas, purificadas, refinadas, ennoblecidas, tenemos la promesa de recibir. Necesitamos esa fe que nos permitirá soportar la visión de Aquel que es invisible. Al fijar tus ojos en Él, te llenarás de un profundo amor por las almas por las que Él murió, y recibirás fuerzas para un esfuerzo renovado.

Cristo es nuestra única esperanza. Acude a Dios en el nombre de Aquel que dio su vida por la vida del mundo. Apóyate en la eficacia de Su sacrificio. Demuestra que Su amor, Su alegría, está en tu alma, y que por ello, tu alegría es plena. En Dios está nuestra fuerza. Reza mucho. La oración es la vida del alma. La oración de fe es el arma con la que podemos resistir con éxito todo asalto del enemigo.

31 de agosto de 1904

Mirar los errores de los demás

EGW

Hay quienes dicen: "Yo podría haber sido cristiano si hubiera visto en la vida de los que profesan serlo algo mejor que lo que he visto en la vida de los que no profesan". Se esfuerzan por excusar sus propios defectos señalando los defectos de los demás.

A tales personas les diría: No mantengan sus ojos fijos en el ejemplo defectuoso de los cristianos profesantes. Por supuesto, verás en sus vidas cosas que están mal. Pero si sigues mirando sus defectos, te volverás como ellos. Mira en cambio la vida de Jesús. Allí verás perfección, bondad, misericordia y verdad. Toma al Salvador como ejemplo. Es en mirar los errores de los demás, en vez de a Cristo, donde has cometido tu gran error.

Cristo vino a este mundo, sujeto a la voluntad de Su Padre, para mostrar a los hombres y mujeres lo que Dios desea que sean, y lo que, mediante Su gracia, pueden llegar a ser. Vino a desarrollar para el hombre un carácter perfecto. Su propósito es que alcancemos la perfección, no fijando nuestros ojos en las vidas defectuosas de los que profesan ser cristianos, sino contemplándole constantemente a Él, el Enviado de Dios, que en este mundo y en la naturaleza humana vivió una vida pura, noble y perfecta.

No os permitáis pensar que estáis justificados para pecar porque otros pecan. Es vuestro privilegio colocaros donde podáis alcanzar el punto más alto de excelencia cristiana. Recuerden que en su vida, la religión no debe ser una influencia entre otras. Debe ser una influencia que domine a todas las demás. Resiste toda tentación. No hagas concesiones al astuto enemigo. No escuches sus sugerencias. Tienes una victoria que ganar, tienes nobleza de carácter que conseguir; pero esto no puedes conseguirlo mientras te fijes en las faltas de los demás. No ganas nada cuando intentas excusar tus propios defectos señalando los defectos de los demás.

A medida que avanzamos en obediencia a los mandatos de Cristo, su luz ilumina nuestro camino, y su fuerza nos sostiene. Así avanzamos de fuerza en fuerza, de gracia en gracia, por obediencia haciéndonos cada vez más semejantes a Cristo.

No debemos seguir las directrices humanas. Cristo es nuestro líder. En todo tiempo y lugar lo encontraremos como una ayuda presente. Debido a que hay cristianos profesos que deshonran a Cristo en pensamiento, palabra y obra, debemos dar una evidencia más clara que nunca de nuestra plenitud en él. Debemos andar a la luz de su rostro. Debemos mostrar que Él es luz, y que en Él no hay oscuridad alguna. Si nos sometemos a Su guía, Él nos conducirá desde el bajo nivel en que el pecado nos ha dejado, hasta las alturas más sublimes de la gracia. Y mientras luchamos por la corona de la vida inmortal, orando para que seamos fortalecidos en la fuerza de Aquel que es invencible, podemos

ayudar a aquellos que parecen no tener poder para escapar de la trampa en la que han caído.

7 de septiembre de 1904

Permanecer en Cristo

EGW

Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. Si alguno no permanece en Mí, como pámpano es echado fuera, y se seca; y los hombres los recogen, y los echan en el fuego, y arden."

Permanecer en Cristo es la condición para dar fruto. Sólo cuando estamos unidos a Él podemos realizar cualquier obra buena. Sin Él, separados de Él, no podemos hacer nada bueno. Para tener éxito en la vida cristiana, es esencial que nos demos cuenta de nuestra continua dependencia de la corriente vital que viene de Cristo. Debemos adherirnos habitualmente a Él, y obtener diariamente de Él el alimento que nos dará fuerza espiritual. Este es nuestro privilegio y nuestra fuente de éxito.

La conexión del sarmiento con la vid, dijo Cristo a sus discípulos, representa la relación que vosotros debéis mantener conmigo. El sarmiento se injerta en la vid viva, y fibra a fibra, vena a vena, crece hasta convertirse en la cepa. La vida de la vid se convierte en la vida del sarmiento. Así el alma, muerta en delitos y pecados, recibe la vida a través de la conexión con Cristo. Por la fe en Él como Salvador personal se forma la unión. El pecador une su debilidad a la fuerza de Cristo, su vacío a la plenitud de Cristo, su fragilidad al poder perdurable de Cristo. Entonces tiene la mente de Cristo. La humanidad de Cristo ha tocado nuestra humanidad, y nuestra humanidad ha tocado la Divinidad. Así, por obra del Espíritu Santo, el hombre se hace partícipe de la naturaleza divina. Es aceptado en el Amado.

"Si permanecéis en Mí, y Mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis, y os será hecho. En esto es glorificado Mi Padre, en que llevéis mucho fruto".

¿No es ésta una promesa positiva en la que puedes confiar? Lleva estas palabras a tu experiencia diaria, y tu fe en Jesús será una realidad viva. No hay razón

para que los hijos de Dios no reciban, hora tras hora, el cumplimiento de esta promesa.

"Estas cosas os he hablado, para que mi gozo permanezca en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido". El gozo que viene de cualquier otra fuente que no sea Cristo no tiene valor. Es una pretensión, una emoción que no trae ninguna satisfacción duradera. Cristo nos ha redimido con su propia vida, y debemos apreciar el sacrificio que ha hecho por nosotros. Debemos reclamar Sus promesas, descansando por fe en el conocimiento de la expiación hecha por nosotros. Debemos entregarnos sin reservas a Él, porque sólo Su gracia tiene poder suficiente para salvar el alma del pecador arrepentido y creyente.

La voluntad de Cristo debe convertirse en nuestra voluntad. Entonces el fruto que demos en palabras y obras glorificará a Dios. Daremos evidencia de nuestro discipulado. La prueba de que somos hijos de Dios se verá claramente. Seremos moldeados y formados de acuerdo con la semejanza divina. Pero a menos que nos pongamos totalmente bajo el control de Cristo, no podremos dar evidencia de un cambio de corazón.

Que los cristianos recuerden que el hecho de que sus nombres estén en los libros de la iglesia no los salvará. Deben mostrarse aprobados por Dios, obreros que no necesitan avergonzarse. Día tras día deben edificar su carácter de acuerdo con las instrucciones de Cristo. Deben permanecer en Él, ejercitando constantemente la fe en Él. Así crecerán hasta alcanzar la estatura plena de cristianos sanos, alegres y agradecidos, guiados por Dios paso a paso hacia una luz cada vez más clara. La unión con Cristo produce todo bien.

12 de octubre de 1904

Enoch

EGW

Muchos consideran a Enoc como un hombre a quien Dios dio poder especial para vivir una vida más santa que la que nosotros podemos vivir. Pero el carácter del hombre que era tan santo que fue trasladado al cielo sin ver la muerte, es una representación del carácter que deben alcanzar aquellos que serán trasladados cuando Cristo venga en las nubes del cielo. La vida de Enoc no fue más ejemplar de lo que puede ser la vida de todo aquel que mantiene una estrecha relación con Dios.

Rodeado de influencias tan corruptas que Dios trajo un diluvio de agua sobre la tierra para destruir a sus habitantes por su maldad, Enoc no estuvo en absoluto libre de tentaciones; sin embargo, en medio de una sociedad no más amiga de la rectitud que la que nos rodea, vivió una vida de santidad. Respirando una atmósfera contaminada por el pecado y la corrupción, permaneció inmaculado ante la iniquidad imperante de la época. Durante trescientos años "caminó con Dios".

Fue a través del conflicto constante y la fe simple que Enoc caminó con Dios. Se dio cuenta de que Dios es "ayuda muy presente en las tribulaciones". Cuando estaba en perplejidad, oraba a Dios para que lo guardara y le enseñara Su voluntad. ¿Qué haré para honrarte, Dios mío? era su oración. Su voluntad estaba sumergida en la voluntad de Dios. Sus pies estaban siempre dirigidos en el camino de la obediencia a los mandamientos de Dios. Constantemente meditaba en la bondad, la perfección y la belleza del carácter divino. Su conversación versaba sobre las cosas celestiales; entrenó su mente para que discurriera por este cauce. Al mirar a Jesús, se transformaba en la gloriosa imagen de su Señor, y su semblante se iluminaba con la gloria que resplandece en el rostro de Cristo.

Enoc vivió una vida activa y celosa de abnegación. Caminó con los hombres como uno *entre* ellos, pero no como uno *de* ellos; como uno cuyos propósitos, obras y esperanzas se basaban, no sólo en el tiempo, sino en la eternidad. No dio a los mundanos ninguna razón para cuestionar su profesión o su fe. Con palabras serias y acciones decididas demostraba que estaba separado del mundo. Tras períodos de retiro, se mezclaba con los impíos, exhortándoles a aborrecer el mal y elegir el bien. Como fiel trabajador de Dios, trató de salvarlos. Advertía al mundo. Predicaba la fe en Cristo, el Salvador del mundo, la única esperanza del pecador.

Vivimos en una época maligna. Los peligros de los últimos días se multiplican a nuestro alrededor. Porque abunda la iniquidad, el amor de muchos se enfría. El ejemplo de Enoc está ante nosotros. Como él, debemos caminar con Dios, sometiendo nuestra voluntad a la suya. Debemos entrenar nuestras mentes para amar la pureza y pensar en las cosas celestiales. Recordemos también que nuestra responsabilidad es proporcional a los talentos que se nos han confiado. Si permanecemos en la Vid Verdadera, si producimos los frutos de la rectitud, iremos haciendo el bien. Al tratar de salvar a las almas por las que Cristo ha muerto, al vencer las dificultades y al mantenernos sin mancha del mundo, podemos revelar la autenticidad de nuestra religión.

El cristiano fiel no busca el lugar más fácil, las cargas más ligeras. Se le encuentra donde el trabajo es más duro, donde su ayuda es más necesaria. Muchos que dicen ser cristianos actúan como si estuvieran en este mundo sólo para complacerse a sí mismos. Olvidan que Jesús, su modelo, no se complació a sí mismo. Olvidan que la abnegación y el sacrificio que caracterizaron su vida deben caracterizar sus vidas, o en el día de Dios serán hallados faltos, y oirán de sus labios la sentencia irrevocable: "Echad al siervo inútil a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes." ¡Temible sentencia! Que cada cristiano profesante, por medio de una celosa actividad en la causa del Maestro, trate de evitar esta temible condena.

Enoc era adventista. Dirigió las mentes de los hombres hacia adelante, hacia el gran día de Dios, cuando Cristo vendrá por segunda vez, para juzgar la obra de todo hombre. Judas nos dice: "Y también Enoc, el séptimo desde Adán, profetizó de éstos, diciendo: He aquí, el Señor viene con diez mil de sus santos, para hacer juicio contra todos, y para convencer a todos los impíos de entre ellos de todas sus obras impías que han cometido impíamente, y de todas sus duras palabras que los pecadores impíos han hablado contra él. Estos son murmuradores, quejumbrosos, que andan según sus propias concupiscencias; y su boca habla grandes palabras hinchadas, teniendo en admiración a las personas de los hombres por causa de ventaja."

Como Enoc, debemos proclamar seriamente el mensaje de la segunda venida de Cristo. "El día del Señor", declaran las Escrituras, "viene como ladrón en la noche. Porque cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, ... y no escaparán". En estas palabras se enfatiza la importancia de estar constantemente preparados para este gran evento. "Pero vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios, ... vistiéndonos la coraza de la fe y del amor, y por yelmo, la esperanza de la salvación."

2 de noviembre de 1904

Este mismo Jesús

EGW

Cristo ha permanecido en el mundo durante treinta y tres años; ha soportado sus desprecios, insultos y burlas; ha sido rechazado y crucificado. Ahora, cuando

está a punto de ascender al trono de Su Padre, al repasar la ingratitud del pueblo que vino a salvar, ¿no les retirará Su simpatía y amor? ¿No se centrarán sus afectos en ese mundo donde se le aprecia, y donde ángeles sin pecado le adoran y esperan para cumplir sus órdenes? No; su promesa a aquellos seres amados que deja en la tierra es: "He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo".

Con las manos extendidas para bendecirlos, y como en seguridad de su cuidado protector, ascendió lentamente de entre ellos, atraído hacia el cielo por un poder más fuerte que cualquier atracción terrenal. A medida que ascendía, los discípulos, asombrados, buscaban con los ojos entornados la última visión de su Señor ascendente. Una nube de gloria lo recibió fuera de su vista, y en el mismo momento flotó hasta sus encantados sentidos la más dulce y gozosa música del coro de ángeles.

Mientras su mirada seguía clavada en lo alto, se dirigieron a ellos unas voces que sonaban como la música que acababa de encantarles. Se volvieron y vieron a dos seres con forma de hombres; sin embargo, su carácter celestial fue inmediatamente discernido por los discípulos, a quienes se dirigieron con acentos consoladores, diciendo: "Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? este mismo Jesús, que ha sido arrebatado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo." Estos ángeles eran de la compañía que había estado esperando en una nube brillante para escoltar a Jesús a su trono; y en simpatía y amor por aquellos a quienes el Salvador había dejado, vinieron a quitar toda incertidumbre de sus mentes, y a darles la seguridad de que vendría a la tierra otra vez.

Bienvenida a casa

Todo el cielo esperaba para dar la bienvenida al Salvador a los atrios celestiales. Mientras ascendía, Él encabezaba la marcha, y la multitud de cautivos a quienes había resucitado de entre los muertos en el momento en que salió del sepulcro, le seguían. Las huestes celestiales, con cantos de alegría y de triunfo, le escoltaban hacia arriba. En los portales de la Ciudad de Dios, una innumerable compañía de ángeles aguardaba su llegada. Al acercarse a las puertas de la ciudad, los ángeles que escoltaban a la Majestad del Cielo se dirigieron en tono triunfal a la compañía que estaba en los portales: "¡Levantad la cabeza, puertas, y alzaos, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria!".

Los ángeles que aguardan a las puertas de la ciudad preguntan arrobados: "¿Quién es este Rey de gloria?". Los ángeles de la escolta responden alegremente con cantos de triunfo: "El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla. Levantad la cabeza, puertas; levantadla, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria". De nuevo los ángeles que esperan preguntan: "¿Quién es este Rey de gloria?" y los ángeles que lo escoltan responden con melodiosos acordes: "El Señor de los ejércitos, Él es el Rey de la gloria". Entonces se abren de par en par los portales de la Ciudad de Dios, y el tren celestial pasa en medio de un estallido de música angélica. Todas las huestes celestiales rodean a su majestuoso Comandante mientras toma Su posición en el trono del Padre.

Con la más profunda adoración y alegría, las huestes de ángeles se inclinan ante Él, mientras el grito de alegría resuena por los atrios del cielo: "Digno es el Cordero que fue inmolado de recibir poder, y riquezas, y sabiduría, y fortaleza, y honor, y gloria, y bendición". Los cantos de triunfo se mezclan con la música de las arpas angélicas, hasta que el cielo parece desbordarse de deliciosa armonía e inconcebible alegría y alabanza. El Hijo de Dios ha triunfado sobre el príncipe de las tinieblas y ha vencido a la muerte y al sepulcro. El cielo resuena con voces que en elevados acordes proclaman: "Bendición, honor, gloria y poder al que está sentado en el trono y al Cordero por los siglos de los siglos".

Está sentado junto a su Padre en su trono. Presenta a los cautivos que ha rescatado de las cadenas de la muerte, al precio de su propia vida. Sus manos colocan coronas inmortales sobre sus frentes; porque son los representantes y muestras de los que serán redimidos por la sangre de Cristo, de todas las naciones, lenguas y pueblos, y saldrán de entre los muertos, cuando Él llame a los justos de sus tumbas en su segunda venida. Entonces verán las marcas del Calvario en el cuerpo glorificado del Hijo de Dios. Su mayor gozo se hallará en la presencia de Aquel que está sentado en el trono; y los santos embelesados exclamarán: "¡Mío es mi Amado, y yo suya! Él es el primero entre diez mil, y todo él codiciable".

El "mismo Jesús"

El hecho más precioso para los discípulos en la ascensión de Jesús fue que Él se fue de ellos al cielo en la forma tangible de su divino Maestro. El mismo Jesús que había caminado, hablado y orado con ellos, que había partido el pan con ellos, que había estado con ellos en sus barcas en el lago, que había buscado

retiro con ellos en las arboledas, y que ese mismo día había trabajado con ellos en la empinada subida del Olivar, había ascendido al cielo en forma humana. Y los mensajeros celestiales les habían asegurado que el mismo Jesús a quien habían visto subir al cielo, volvería de la misma manera que había ascendido. Esta seguridad ha sido siempre, y será hasta el fin, la esperanza y el gozo de todos los verdaderos amantes de Cristo.

23 de noviembre de 1904

"Serán míos, dice el Señor de los Ejércitos"

EGW

El mundo se prepara para el último gran conflicto, nación que se levanta contra nación. La gran mayoría de los seres humanos están tomando su posición en contra de Dios. Pero en cada época el Señor Jesús ha tenido sus testigos, un remanente que confió en la Palabra de Dios. Y hoy, en todo lugar, hay quienes están en comunión con Dios. Una corriente vital de influencia los está conduciendo a la luz, y cuando les llega la pregunta. "¿Quién está del lado del Señor?", tomarán su posición por Él. Sus caracteres han sido moldeados según la semejanza divina, porque han leído y practicado las enseñanzas de Su Palabra.

Muchos en los hogares de jubilados son los escondidos de Dios, sirviéndole de acuerdo a la luz que han recibido. Estos escondidos se deleitan grandemente en la Palabra de Dios. Sus preceptos son apreciados y atesorados por ellos, y muchas son las obras de amor que hacen por amor de Cristo.

Cuando Elías se quejó de que estaba solo en su servicio a Dios, la respuesta que vino del cielo fue: "Me he reservado siete mil hombres que no han doblado la rodilla ante Baal". Los hombres son, en el mejor de los casos, pobres jueces del avance que ha hecho el Evangelio, de la influencia que tiene sobre las almas que, tal vez, nunca han oído la predicación de un ministro ordenado. En todo el mundo el Señor tiene Sus elegidos. Podemos ver claramente la degeneración prevaleciente. El libertinaje y la infidelidad están aumentando en proporciones alarmantes. Sin embargo, en las comunidades más perversas hay hogares desde los cuales se elevan a Cristo oraciones sinceras y fervientes.

30 de noviembre de 1904

En el juicio muchas cosas secretas serán reveladas. Entonces veremos lo que la fe en la Palabra de Dios ha hecho por hombres y mujeres. Se verá cómo pequeñas compañías, a veces no más de tres o cuatro, se han reunido en lugares secretos para buscar al Señor, y cómo recibieron luz y gracia, y ricas gemas de pensamiento. El Espíritu Santo fue su maestro, y sus vidas revelaron las bendiciones que provienen de la posesión de los oráculos de Dios. Cuando Cristo separe la cizaña del trigo, se verá que Dios reconoce y honra a estos humildes seguidores. En el mundo puede que no hayan sido considerados dignos de reconocimiento, pero en los atrios celestiales son registrados como verdaderos y fieles. A través de la prueba y la oposición mantuvieron su fe intacta. Obtuvieron fuerza de la Palabra de Dios, que les habló de la esperanza de la vida inmortal en el reino de Dios. De "los que temieron a Jehová, y pensaron en su nombre," está escrito: "Míos serán, dice Jehová de los ejércitos, en aquel día en que yo componga mis joyas; y los perdonaré como quien perdona a su hijo que le sirve."

La obediencia, condición de la salvación

EGW

Así ha dicho el Señor: Haced juicio y justicia, y librad a los despojados de mano del opresor; y no hagáis agravio, ni violencia al extranjero, ni al huérfano, ni a la viuda, ni derramáis sangre inocente en este lugar. Porque si en verdad hacéis esto, entrarán por las puertas de esta casa reyes sentados en el trono de David, montados en carros y en caballos, él, sus siervos y su pueblo. Pero si no escucháis estas palabras, juro por mí mismo, dice el Señor, que esta casa se convertirá en una desolación."

Estas palabras muestran claramente que la obediencia a los mandamientos de Dios es la condición para que se cumplan sus promesas. Estos mandamientos no son gravosos. Dios los ha dado para el bien de su pueblo. Su ley es el seto que ha construido alrededor de su viña para protegerla. El Señor ha declarado claramente que bendecirá abundantemente a su pueblo si obedece las leyes de su reino. Es su vida obedecer. Guardando los mandamientos de Dios hay gran recompensa.

Dios desea que los hombres y mujeres despierten a un sentido de Su gran misericordia y bondad amorosa. Todas las bendiciones que recibimos proceden de Él. El Gobernador del universo, Él toma conocimiento de las palabras y acciones de los seres humanos. Sabe si Sus hijos merecen alabanza o condena. Cada ser humano será recompensado o castigado según sus obras. El castigo

caerá sobre aquellos que no respeten las leyes que Dios ha establecido. Aquellos que son leales y obedientes serán recompensados con las más ricas bendiciones. Aquellos que son desleales y presuntuosos, que deshonran las leyes del reino de Dios, negándose a arrepentirse, seguramente serán castigados con la muerte.

El estudiado plan de Satanás es mantener a Dios fuera de los pensamientos de los hombres, y en la ejecución de este plan tiene gran éxito. Constantemente presenta planes que mantienen sus mentes absortas en el placer y en hacer dinero. Las mentes de la gran mayoría de los hombres están tan ocupadas con las cosas del tiempo, con los intereses mundanos, que las cosas de la eternidad no encuentran lugar en sus vidas. Sin tener en cuenta las advertencias de la Palabra de Dios, muestran una indiferencia sorprendente hacia las leyes de Su reino.

El egoísmo, la codicia y el fraude dominan el mundo. Hay miles y millones de personas que no saben nada de sus verdaderas relaciones con Dios, nada de las leyes que Él ha hecho, nada de las consecuencias de la desobediencia. Muchos no ignoran los hechos, pero no los aplican a su propio caso. Todos saben que han de morir, pero no se hacen la pregunta: "¿Cuál será el porvenir de mi alma?". Saben que hay un juicio venidero, pero sus mentes están tan entenebrecidas que se despreocupan por completo de lo que este juicio les traerá. No se dan cuenta de lo pecaminoso del pecado. Siguen un curso que el Señor del cielo ha declarado que debe terminar en la muerte eterna.

El carácter de Dios se revela en los preceptos de su ley. Esta es la razón por la cual Satanás desea que esta ley quede sin efecto. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, la ley permanece santa e inmutable. Es una transcripción del carácter de Dios. No puede ser impugnada ni alterada.

Se nos ofrecen maravillosos incentivos para que nos esforcemos por alcanzar la norma que nos presenta la Palabra de Dios. Se nos ofrecen todos los estímulos. Se ha hecho toda provisión para que seamos tan conformes al carácter divino que Cristo pueda llevarnos a vivir con él en el cielo. Se nos han hecho promesas sumamente grandes y preciosas, pero se nos cumplen sólo a medida que obtenemos un conocimiento de Dios. Este conocimiento se da a los que llegan a ser partícipes de la naturaleza divina. Los que se salvan deben adquirir en esta vida la aptitud para morar con la familia real en los atrios del cielo.

Si tenemos esa fe que obra por amor y purifica el alma, obtendremos una experiencia más valiosa que el oro o la plata o las piedras preciosas. El Espíritu Santo obra en los hijos de obediencia. El que participa de la naturaleza divina

tendrá los pensamientos de Dios. Sus percepciones serán santificadas por la gracia de Cristo. Trabajaré en las líneas de Cristo, manifestando Su bondad, consideración, misericordia y amor, ayudando y animando a los que le rodean.

"Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto". Maravillosas son las posibilidades que se nos presentan, y podemos alcanzarlas estudiando y practicando las verdades de la Palabra de Dios. Pero si no nos aferramos a Cristo, si no obtenemos diariamente un conocimiento experimental de Él como nuestra suficiencia, estamos en terreno perdido.

Hay muchos cristianos profesantes que aún no han alcanzado la altura y la anchura de la semejanza de Cristo. Hemos de contemplar a Cristo por fe como Aquel cuya perfección de carácter hemos de alcanzar. Con un deseo intenso y orante de ser como Él, debemos contemplarlo, llenos de ternura y amor. Entonces, al contemplarlo, seremos transformados a Su semejanza. Él es el Autor y Consumador de nuestra fe.

30 de noviembre de 1904

Una oportunidad para ayudar a una causa necesitada

EGW

Durante años he estado profundamente interesado en la obra evangélica entre la gente de color del Sur. He tenido el privilegio de visitar este campo varias veces y de conocer personalmente sus necesidades. Durante los nueve años que pasé en Australia, me mantuve al tanto del avance de la obra entre la gente de color en América. Conocí las luchas y los apuros, la abnegación y el sacrificio de los trabajadores del Sur, y ayudé todo lo que pude.

A principios del verano pasado visité el Sur y pasé allí varias semanas. Mientras viajaba de un lugar a otro, vi de nuevo la condición de pobreza del campo, y recordé vívidamente escenas que a menudo se me han presentado en la temporada nocturna.

La condición de la escuela industrial establecida para la formación de obreros cristianos en Huntsville, Alabama, atrajo fuertemente mis simpatías. La gran granja de trescientos sesenta acres, comprada por la Conferencia General como sede de esta institución, con un cultivo inteligente, cubrirá una parte considerable de los gastos corrientes de la escuela. Pero los edificios han sido inadecuados para el trabajo que debe hacerse. Los maestros y los estudiantes

tienen muy pocos aparatos escolares. En la casa del estudiante y en la granja ha habido muy pocas instalaciones adecuadas. Deben construirse y amueblarse nuevos edificios. Se necesitan buenos baños. En relación con esta escuela, los estudiantes deben ser entrenados para el trabajo misionero médico.

El hermano F. R. Rogers ha sido elegido para actuar como gerente de negocios y director de la Escuela de Huntsville. Durante años ha trabajado en la escuela para la gente de color en Mississippi, bajo la dirección de la Sociedad Misionera del Sur. Asociado con él habrá una facultad competente para llevar adelante todas las ramas de la instrucción, tanto en las líneas de la escuela y en la formación industrial. La eficacia de la escuela mejorará mucho este año. Deseamos llevar a cabo una labor importante en la preparación de la gente de color del Sur para llevar a cabo lo que debe hacerse por su propia raza. Entre los jóvenes más prometedores están aquellos que deben ser entrenados para trabajar como promotores, enfermeras misioneras, cocineros higiénicos, maestros, trabajadores bíblicos y ministros.

Las escuelas misioneras que se han establecido en Mississippi y en otros estados, están haciendo un buen trabajo; y éstas deben recibir nuestro apoyo continuo. Deben establecerse cientos de estas escuelas. Esta línea de esfuerzo ha sido especialmente presentada ante mí como uno de los métodos más eficaces y económicos de dar la verdad a la gente de color. Pero la obra está casi paralizada por falta de dinero para proporcionar instalaciones y pagar los salarios de los maestros.

En Nashville encontré un pequeño sanatorio, completamente equipado y frecuentado por la mejor clase de gente de color. Este es el único sanatorio que tenemos para la gente de color en el Sur. Y está tristemente necesitado de ayuda. Las donaciones generosas a esta empresa serían del agrado del Señor. El establecimiento de esta institución en forma permanente no será sino el comienzo de una gran obra que debe realizarse en las ciudades del Sur. Nos hemos demorado lo suficiente en el establecimiento de sanatorios y salas de tratamiento en las que los hombres y mujeres de color puedan atender las necesidades físicas y espirituales de sus semejantes.

Mi alma anhela que se lleve a cabo en el Sur la obra que durante tanto tiempo ha necesitado nuestra ayuda. La gran necesidad de escuelas en las ciudades y fuera de ellas, de sanatorios y salas de tratamiento, y de obra evangélica, exige que hagamos todo lo que podamos. Este campo estéril está enviando al Cielo su

lastimero pedido de ayuda. ¿Dónde podemos encontrar otro campo en el que la necesidad sea mayor?

A medida que he ido conociendo la pobreza del campo sureño, he deseado fervientemente que se ideara algún método para sostener la obra en favor de la gente de color. Una noche, mientras oraba por este campo necesitado, se me presentó una escena que describiré.

Vi a un grupo de hombres trabajando y les pregunté qué hacían. Uno de ellos respondió: "Estamos haciendo cajitas que se colocarán en las casas de todas las familias que estén dispuestas a practicar para que envíen de sus medios para ayudar a la obra entre la gente de color del Sur. Tales cajas serán un recordatorio constante de las necesidades de esta raza indigente; y la entrega del dinero que se ahorre por medio de la economía y la abnegación será una excelente educación para todos los miembros de la familia."

Sin demora escribí a nuestros hermanos del Sur para que hicieran pequeñas cajas de abnegación y las distribuyeran ampliamente, a fin de utilizarlas como mensajeros silenciosos en los hogares de nuestro pueblo, para recordar a padres e hijos su deber hacia una raza desatendida. La Sociedad Misionera del Sur, de Edgefield Junction, Tennessee, se hizo cargo de este asunto de inmediato, y ahora están preparados para enviar las cajas a todos los que deseen ayudar de esta manera.

Padres, madres, enseñad a vuestros hijos lecciones de abnegación, animándoles a que se unan a vosotros prescindiendo de las cosas que realmente no necesitamos, y donando a la obra de color el dinero así ahorrado. Hablad a vuestros hijos de los pobres de color y de sus necesidades. Implantad en cada tierno corazón el deseo de negarse a sí mismo para ayudar a los demás. Haz que los niños se den cuenta pronto de la estrecha relación que existe entre el dinero y las misiones.

Los campos están blancos para la cosecha. ¿No tendrán los obreros medios para recoger el precioso grano? ¿No verán los que conocen la verdad lo que pueden hacer para ayudar, precisamente ahora? ¿No se abstendrá cada uno de todo gasto innecesario? Vean lo que pueden hacer en abnegación. Prescindid de todo lo que no sea positivamente necesario. Pónganse a la altura de la responsabilidad que Dios les ha dado. Cumplan con su deber hacia la raza de color.

Algunos pueden decir: "Se nos pide continuamente medios. ¿No tendrán fin estas llamadas?". Esperamos que no, mientras haya en nuestro mundo almas

que perecen por el pan de vida. Hasta que se haya hecho todo lo que se puede hacer para salvar a los perdidos, os pedimos que no os canséis de nuestros repetidos llamamientos. Muchos no han hecho todavía lo que podrían hacer, lo que Dios les permitirá hacer, si se consagran a Él sin reservas.

Los siervos del Señor deben sentir una noble y generosa simpatía por cada línea de trabajo que se lleva a cabo en el gran campo de la cosecha. Debemos interesarnos por todo lo que concierne a la fraternidad humana. Por nuestros votos bautismales estamos obligados, en alianza con Dios, a hacer esfuerzos perseverantes, abnegados y sacrificados para promover, en las partes más difíciles del campo, la obra de salvar almas. Dios ha puesto sobre cada creyente la responsabilidad de ayudar a rescatar a los más necesitados, a los más indefensos, a los más oprimidos. Los cristianos deben iluminar la ignorancia de sus hermanos menos favorecidos. Deben romper todo yugo y liberar a los oprimidos del poder de los hábitos viciosos y las prácticas pecaminosas. Al impartir el conocimiento enviado del cielo, deben ampliar las capacidades y aumentar la utilidad de los más necesitados de ayuda.

14 de diciembre de 1904

Un Salvador que todo lo puede

EGW

Las palabras y los actos de Cristo mientras estuvo en la tierra fueron una revelación de la verdad divina. Dieron evidencia de que Él había venido directamente de la gloria más excelente; pero la gloria misma estaba oculta. Sus acciones hablaron más fuerte que las palabras, inspirando fe en corazones que habían estado muertos en delitos y pecados. Su obra consistía en revelar al Padre. Y en la realización de esta obra avanzó con firmeza, realizando constantemente obras de misericordia y compasión, sin que su energía decayera nunca. "Plugo al Padre que en Él habitase toda plenitud".

"Como el Padre me dio mandamiento, así hago yo", declaró. "Este mandamiento he recibido de Mi Padre". En todo lo que hago, consulto la voluntad y cumplo los designios del Dios eterno. Las palabras que pronuncio, los actos que realizo, son el cumplimiento de los deseos y propósitos de Dios. Son la manifestación de Su gran amor por los seres humanos.

"Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna". Cristo tomó sobre Sí la

naturaleza humana para mostrarnos lo que Dios desea que seamos. Los que por la fe se unen a Él aprenderán que la justicia en verdad enaltece a las naciones y a los individuos. Día tras día, año tras año, se demuestra que la falta de obediencia y reverencia a Dios es la ruina de las naciones. En la obediencia a la ley de Dios hay vida. En la conformidad con Sus requisitos hay un poder transformador que trae paz y buena voluntad entre los hombres.

Cristo cumplió la voluntad de su Padre, entregándose sin reservas a la obra de recuperación de la raza caída. Unió a sí a los hombres para obrar por medio de ellos la salvación de los pecadores.

Toda la agencia del mal está trabajando para oponerse a Dios. El espíritu que llevó a la apostasía en el cielo está en incesante actividad en todas partes del mundo. Satanás halaga a sus súbditos con la seguridad de que sus fuerzas vencerán con seguridad. Antes de la primera venida de Cristo, parecía como si el mundo estuviera totalmente entregado al control del enemigo. "Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, ... para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos". Todo el cielo estaba interesado en este gran acontecimiento. A la hora señalada apareció el Instructor. El mismo Hijo de Dios, el Verbo eterno. Vino a dar al mundo una prueba del amor de Dios muriendo por la raza caída. Recogió en su propia alma pura y sin pecado el castigo que recaía sobre la raza pecadora, y se ofreció a sí mismo como sacrificio.

Así fue revelado el amor de Dios, y así fue revelada también la inmutabilidad de la ley de Dios. Ni una jota ni una tilde de esta ley podía ser cambiada para satisfacer al hombre en su condición caída. Pero no se dejó a los pecadores sin esperanza, para que murieran en la transgresión. Se encontró un rescate. Cristo se convirtió en su sustituto y garantía. Sobre Él fueron puestas "las iniquidades de todos nosotros". A quienes lo reciben como su Salvador se les concede gratuitamente el perdón y se convierten en miembros de la familia real.

"La gracia de Dios que trae la salvación, se ha manifestado a todos los hombres". Esta gracia nos enseña a no usar las bendiciones de Dios para placer egoísta, sino a impartir el conocimiento divino a aquellos que no se dan cuenta de su peligro y su responsabilidad. Procura con el mayor empeño mostrarles su peligro. Así usaréis vuestro conocimiento con un propósito en armonía con la voluntad de vuestro Redentor. El alma debe ser purificada de toda autoindulgencia, de todo orgullo, de toda vanidad. Consagra los poderes de todo tu ser al servicio de Dios, negando la impiedad y la lujuria mundana. Mantente

firme en defensa de los principios puros y santos del derecho. Obedece las palabras del gran Maestro. Que tu voluntad se conforme a la Suya. Rehúsa dejarte llevar por las tentaciones del enemigo. Acaricia constantemente un sentimiento de acción de gracias y gratitud. Alaba a Dios siendo paciente, tierno, atento, deseoso de ayudar a los demás. Trabaja en la línea de Cristo, y demuestra así la autenticidad de tu amor por Él. Significa todo para el creyente realizar y mejorar los privilegios que son suyos. Los obreros de Dios deben ser fieles minuciosos.

Aquellos que aceptan a Cristo como su redentor trabajarán fervientemente por la salvación de aquellos a quienes Él ha redimido con Su sangre. El sacrificio de Cristo ha revelado el valor del alma humana, y los cristianos mostrarán un interés profundo y desinteresado por los que perecen en el pecado. Sea cual fuere el crimen de que uno haya sido culpable, no muestren, por amor a Cristo, una disposición a hacer que su culpa aparezca bajo la peor luz. Mostrad piedad y simpatía por ellos, porque para salvarlos Cristo pagó el precio de su propia sangre. Aquellos que tengan la oportunidad de hablar con alguien así, dirijan su atención a Cristo, el Amigo de los pecadores. Que sus palabras sean pocas y bien escogidas, y que revelen la bondad amorosa del Salvador.

Nunca es demasiado tarde para que Cristo escuche palabras de arrepentimiento, nunca es demasiado tarde para que pronuncie palabras de compasión.

Cuando Cristo fue crucificado, tenía un ladrón a cada lado. Sobre uno de estos ladrones presionaba la convicción de que hay un Dios al que temer, un futuro que le hace temblar. Contaminado por el pecado como estaba, la historia de su vida estaba a punto de concluir. "Y nosotros, a la verdad, justamente", gimió; "pues recibimos la debida recompensa de nuestras obras; pero éste no ha hecho nada malo".

Recordó todo lo que había oído de Jesús, cómo había curado a los enfermos y perdonado el pecado. Había oído las palabras de los que creyeron en Jesús y le siguieron llorando. Había visto y leído el título sobre la cabeza del Salvador. Había oído a los transeúntes repetirlo, unos con labios afligidos y temblorosos, otros con chanza y burla. El Espíritu Santo iluminó su mente, y poco a poco se fue uniendo la cadena de evidencias. En Jesús, magullado, escarnecido y colgado de la cruz, vio al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. La esperanza se mezcló con la angustia en su alma cuando el alma arrepentida y moribunda se arrojó sobre el Salvador. "Señor, acuérdate de mí", gritó, "cuando vengas a tu reino".

Rápidamente llegó la respuesta. Suave y melodioso el tono, lleno de amor, compasión y poder, las palabras: "En verdad te digo hoy: Estarás conmigo en el Paraíso".

La compasión que Cristo reveló, incluso en su agonía, ¿no debería llevarnos a tratar como Él trataría a los que son llevados a lugares de prueba? Que cada cristiano represente a Cristo diciendo palabras de simpatía y compasión a los que son tentados y probados. Oh, cuántos que profesan ser cristianos no tienen el espíritu del manso y humilde Salvador. Oh, cuántos olvidan sus propios defectos de carácter, y olvidan también que Dios dio a su Hijo unigénito para morir una muerte de vergüenza y agonía, para que los pecadores pudieran ser perdonados. Se ha comprometido a salvar a todos los que se arrepientan y acudan a Él. Los que ponen su confianza en los méritos del Cordero de Dios obtendrán la vida eterna.

4 de enero de 1905

"Escudriñar las Escrituras"

EGW

"Escudriñad las Escrituras, porque en ellas pensáis que tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de Mí".

El apóstol nos dice: "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra". Hay poder en la Palabra de Dios, y los que inventan excusas para descuidar familiarizarse con sus enseñanzas, descuidarán las demandas de Dios en muchos aspectos. El carácter se deformará, las palabras y los actos serán un reproche para la causa de Cristo.

El estudiante debe esforzarse tanto por llegar a ser inteligente en el conocimiento de las Escrituras como por sobresalir en el estudio de las ciencias. Si se descuida cualquiera de ellas, no debe ser la Palabra de Dios. El mandato de nuestro Salvador: "Escudriñad las Escrituras", debe ser considerado religiosamente por todo aquel que profesa su nombre. Los padres deben hacer del Libro de Dios su guía constante. No deben alegar excusas insignificantes para no interesarse en su estudio con sus hijos. Pero, en vez de buscar primero el reino de Dios y su justicia, a menudo exaltan lo temporal por encima de lo espiritual y eterno. Este ejemplo de olvido de Dios y descuido de su Palabra

moldea las mentes de los niños según una norma mundana, y no según la norma exaltada erigida por Cristo. Cuánto más provechoso es ser fieles discípulos de Cristo, escudriñando siempre las Escrituras, para poder dar una explicación inteligente de la Palabra dada por Dios para ser lámpara a nuestros pies y lumbrera a nuestro camino.

"No hay tiempo para las madres

Se oye a las madres deplorar que no tienen tiempo para enseñar a sus hijos, ni para instruirlos en la Palabra de Dios. Pero estas mismas madres encuentran tiempo para adornos innecesarios en sus propios vestidos y en los de sus hijos. Pueden encontrar tiempo para pliegues y volantes, aun cuando sus propias mentes y las mentes de sus hijos están hambrientas para seguir la costumbre y la moda. Actúan como si consideraran el adorno de la mente y la cultura del alma de menor importancia que el adorno de la ropa.

Padres y madres, retomad vuestros deberes largamente descuidados. Escudriñad vosotros mismos las Escrituras; ayudad a vuestros hijos en el estudio de la Sagrada Palabra. No enviéis a los niños solos a estudiar la Biblia, sino leedla con ellos; enseñadles de manera sencilla cuanto sepáis, y sed estudiantes diligentes, para que podáis guiarlos sabiamente. Madres, vestíos vosotras y vuestros hijos con ropa modesta, limpia y ordenada, pero sin adornos innecesarios. Cuando aprendáis a vestiros con concienzuda sencillez, no tendréis excusa para ignorar las Escrituras. Sigán el mandato de Cristo: "Escudriñad las Escrituras"; entonces adquirirán ustedes mismas fortaleza espiritual y podrán instruir correctamente a sus hijos.

"Ellos son los que dan testimonio de Mí", el Redentor, Aquel en quien se centran nuestras esperanzas de vida eterna. La oración de Cristo por sus discípulos fue: "Santifícalos en tu verdad; tu Palabra es verdad". Si hemos de ser santificados por medio de la verdad, debemos tener un conocimiento inteligente de la voluntad de Dios tal como se revela en Su Palabra. Debemos escudriñar las Escrituras, no simplemente leer apresuradamente un capítulo, sin esmerarnos en entenderlo; sino que debemos escarbar en busca de la joya de la verdad, que enriquecerá la mente y el alma.

El escrutinio de la Palabra escrita nos permite observar de cerca el Modelo divino. A medida que uno se familiariza con la historia del Redentor, descubre en sí mismo graves defectos de carácter; su falta de semejanza con Cristo es tan grande que ve la necesidad de cambios radicales en su vida. Sin embargo,

estudia, con el deseo de llegar a ser como su gran Ejemplo. Capta las miradas, el espíritu de su amado Maestro; al contemplarlo, "mirando a Jesús, el Autor y Consumador de nuestra fe", se transforma en la misma imagen. No es apartando la mirada de Él como imitamos la vida de Jesús; sino hablando de Él, deteniéndonos en sus perfecciones, procurando refinar el gusto y elevar el carácter, tratando, mediante la fe y el amor y mediante un esfuerzo ferviente y perseverante, de acercarnos al Modelo perfecto. Incluso inconscientemente imitamos aquello con lo que estamos familiarizados. Al conocer a Cristo -sus palabras, sus hábitos y sus lecciones de instrucción-, instintivamente tomamos prestadas las virtudes del carácter que hemos estudiado tan de cerca, y nos imbuimos del espíritu que tanto hemos admirado. Jesús se convierte para nosotros en el "más grande entre diez mil", el "todo él codiciable".

"El temor del Señor es el principio de la sabiduría". Pero hay muchos que profesan ser cristianos que gratifican los deseos del corazón carnal siguiendo sus propias inclinaciones; y el tiempo de prueba que Dios les concedió para familiarizarse con las preciosas verdades de la Biblia, lo dedican a la lectura de cuentos ficticios. Este hábito, una vez formado, se supera con dificultad; pero puede hacerse, y debe hacerse por todos los que quieran ganar la vida eterna. La mente que se deja absorber por la lectura de cuentos se arruina. La imaginación se enferma, y hay un vago desasosiego, un extraño apetito por alimentos mentales malsanos. Miles de personas se encuentran hoy en manicomios cuyas mentes se desequilibraron por la lectura de novelas, lo que resulta en la construcción de castillos de aire y un sentimentalismo enfermizo.

La Biblia es el Libro de los libros. Practica sus preceptos, y será para ti vida y salud. "Porque el Señor da la sabiduría; de su boca salen la ciencia y la inteligencia". "Cuando la sabiduría entre en tu corazón, y la ciencia sea agradable a tu alma; la discreción te preservará, la inteligencia te guardará".

<https://secabipministerio.wixsite.com/scbp>